



UNIVERSIDAD DE OVIEDO
DEPARTAMENTO DE CIRUGÍA Y ESPECIALIDADES MÉDICO-QUIRÚRGICAS

TESIS DOCTORAL
AÑO ACADÉMICO 2014/2015

**LA MEDICINA EN EL PERIODO ICONOCLASTA DE
BIZANCIO (717-842): RETROCESO, ESTANCAMIENTO O AVANCE**

PROGRAMA DE DOCTORADO: INVESTIGACIÓN EN CIRUGÍA

Autor

Francisco A. Aguado Blázquez

Directores

Ángel Álvarez Arenal
Víctor Manuel Álvarez Antuña



UNIVERSIDAD DE OVIEDO
DEPARTAMENTO DE CIRUGÍA Y ESPECIALIDADES MÉDICO-QUIRÚRGICAS

TESIS DOCTORAL
AÑO ACADÉMICO 2014/2015

**LA MEDICINA EN EL PERIODO ICONOCLASTA DE
BIZANCIO (717-842): RETROCESO, ESTANCAMIENTO O AVANCE**

PROGRAMA DE DOCTORADO: INVESTIGACIÓN EN CIRUGÍA

Autor

Francisco A. Aguado Blázquez

Directores

Ángel Álvarez Arenal
Víctor Manuel Álvarez Antuña



RESUMEN DEL CONTENIDO DE TESIS DOCTORAL

1.- Título de la Tesis	
Español/Otro Idioma: La medicina en el periodo iconoclasta de Bizancio (717-842): retroceso, estancamiento o avance	Inglés: Medicine during the period of Byzantine iconoclasm (717-842): backwardness, stagnation or progress

2.- Autor	
Nombre: Francisco Avelino Aguado Blázquez	DNI/Pasaporte/NIE: [REDACTED]
Programa de Doctorado: Investigación en Cirugía	
Órgano responsable: Departamento de Cirugía y Especialidades Médico-Quirúrgicas	

RESUMEN (en español)

El trabajo analiza la situación de la medicina bajo los emperadores iconoclastas de Bizancio (717-842), un periodo de oscuridad debido a la especial limitación de las fuentes, distorsión de los documentos que han sobrevivido y la *damnatio memoriae* sufrida. Se han recogido textos médicos datados en esas fechas o muy próximos, destacando las sinopsis de Pablo Niceno y León Constantinopolitano, junto con otras firmadas por Teófilo Protospatario y Melecio Opsiquioneo. También se analizan, como restos físicos, algunos materiales, manuscritos y elementos de arquitectura. Los datos históricos de esta turbulenta época son revisados y discutidos. Igualmente se enfatiza la iconoclastia como movimiento regenerador, tanto económico como militar y sociocultural. Los resultados abogan por una influencia real del iconoclasmo sobre la medicina. Opuesto a la presbeia, las reliquias y el milagro, la reforma iconoclasta bizantina favorece el desarrollo de las ciencias "duras", incluyendo la anatomía. El descubrimiento de las venas antebraquiales cefálica y basilica podría ser el único resultado evidenciable, pero las descripciones sugieren que la disección fue practicada con el consentimiento de las autoridades. Tanto la asistencia pública como privada permaneció en los niveles previos y en algunos aspectos podríamos asumir que hubo significativos avances. Uno de los grandes xenones (hospitales) fue construido en este tiempo y parece que por entonces se estableció un nuevo sistema de gobierno interior: a partir de ese momento estarían controlados exclusivamente por el Estado. Entre los avances diagnósticos podríamos subrayar la diferenciación entre artritis reumatoide y gotosa, mientras en la cirugía podría resaltar la litotricia transuretral. Por último, podríamos considerar éste como un tiempo de renovación, un proyecto de desarrollo y avance en moral y sociedad, además de ciencia. Seguramente no hubo continuidad debido al fracaso político de la opción iconoclasta y el triunfo de los adversarios "ortodoxos", partidarios de la dulzura y la prevalencia de lo eclesiástico y sobrenatural sobre lo civil y natural.



FOR-MAT-VOA-008-BIS

RESUMEN DEL TESIS DOCTORAL

RESUMEN (en Inglés)

The paper analyzes the situation of medicine under the iconoclastic emperors of Byzantium (717-842), a period of darkness for the special limited sources, distortion of the remaining documents and damnatio memoriae suffered. Medical texts whose dating is within or very close to those years are collected, highlighting the synopsis of Paul of Nikea and Leon of Constantinople, together with other signed by Theophilus Prostospatrius and Meletius of Obsiquion. Also some materials, manuscripts and architectural elements are analyzed as physical traces. The historical data of that turbulent era are reviewed and discussed. It also stresses the iconoclasm as regenerative movement, both economic and military and sociocultural. The results argue for a real influence of the iconoclasm on medicine. Opposite the presbeia, relics and miracle, the byzantine iconoclastic reform favors the development of the "hard" sciences, including anatomy. The discovery of the antebrachial basilic and cephalic veins would be the only evidential results, but the descriptions suggest that dissection was performed, with the consent of the authorities. Both public and private assistance remained at previous levels and in some ways we must accept significant improvements. One of the great xenones (hospitals) was built at this time and it seems that by then established a new system of internal government: thereafter they would be controlled exclusively by the State. Among the diagnostic advances we would emphasize the differentiation between rheumatic and gouty arthritis, while among surgical would point transurethral lithotripsy. Ultimately, we should consider this as a time of renewal, a project of development and advancement in moral and society, in addition to science. Surely it could not be continued due to the political failure of the iconoclastic choice and the triumph of the adversaries "orthodox", dulia supporters and a higher prevalence of ecclesiastical and supernatural over civil and natural.

SR. DIRECTOR DE DEPARTAMENTO DE CIRUGÍA Y ESPECIALIDADES MÉDICO-QUIRÚRGICAS
SR. PRESIDENTE DE LA COMISIÓN ACADÉMICA DEL PROGRAMA DE DOCTORADO EN INVESTIGACIÓN
CIRUGÍA

Deseo manifestar la enorme deuda de sabiduría y amistad que desde hace muchos años tengo con mi maestro, el profesor D. Ángel Álvarez Arenal, con quien la fortuna me ha mantenido unido en varios y distintos episodios formativos, desde la anatomía hasta la prótesis estomatológica, y aún después, en el ejercicio de la especialidad.

No menor es la obligación de agradecer la estima y el apoyo incondicional que he recibido, en esta ocasión y en muchas otras, de la directiva y resto de miembros del Centro de Estudios Bizantinos, Neogriegos y Chipriotas de la Universidad de Granada. Ellos han permitido que un simple médico tuviera acceso privilegiado a sus fondos bibliográficos y, todavía más importante, a la docencia, los comentarios y el extraordinario ambiente, lleno de entusiasmo y cordialidad, de esta eximia institución científica.

De nuevo también doy las gracias al reverendo padre Albert Failler y a todo el personal de la Biblioteca Jean de Vernon, del Instituto Católico de París, en los que siempre he encontrado benevolencia y ayuda.

INDICE

ABREVIATURAS	17
I. INTRODUCCIÓN, ESTADO ACTUAL DEL TEMA, PLANTEAMIENTO DE LAS PREGUNTAS, FORMULACIÓN DE LA HIPÓTESIS HISTÓRICA Y OBJETIVOS DE LA INVESTIGACIÓN	
I. 1. Introducción	21
I. 2. Estado actual de la cuestión	36
I. 3. Planteamiento de las preguntas	55
I. 4. Formulación de la hipótesis histórica	57
II. FUENTES HISTÓRICAS DEL PERIODO	
II. A. Fuentes escritas	62
II. A. 1. Escritos médicos	66
II. A. 2. Historiografía y Cronografía	105
II. A. 3. Hagiografía	118
II. A. 4. Actas Conciliares	132
II. A. 5. Tratados teológicos	135
II. A. 6. Cartas	138
II. A. 7. Textos legales	140
II. B. Fuentes no escritas	143
II. B. 1. Arquitectura	144
II. B. 2. Manuscritos	158

III. PROSOPOGRAFÍA

III. 1. Emperadores	166
III. 2. Otros seculares	189
III. 3. Patriarcas	209
III. 3. Otros clérigos	224

IV. RESULTADOS

IV. 1. LAS CONDICIONES SOCIALES, ECONÓMICAS, POLÍTICAS Y MILITARES EN BIZANCIO,
DESDE COMIENZOS DEL SIGLO VIII HASTA MEDIADOS DEL SIGLO IX

(Aproximación a la querrela iconoclasta/iconodula)

IV. 1. 1. Relato histórico del movimiento iconoclasta bizantino	235
IV. 1. 2. Rasgos generales de la pugna ideológica iconoclasta/iconodula	308
IV. 1. 3. La pugna teórica fundamentos epistemológicos de la medicina.....	322

IV. 2. CULTURA Y CIENCIA EN BIZANCIO, DESDE COMIENZOS DEL SIGLO VIII
HASTA MEDIADOS DEL SIGLO IX

IV. 2. 1. La educación básica, media y superior.....	330
La “Universidad de Constantinopla” en tiempos iconoclastas	348
IV. 2. 2. Actitud hacia la cultura y ciencia.....	353
IV. 2. 3. Avances en cultura y ciencia	371

IV. 3. LA MEDICINA EN BIZANCIO, DESDE COMIENZOS DEL SIGLO VIII
HASTA MEDIADOS DEL SIGLO IX

IV. 3. 1. Formación en medicina

Modos y lugares de enseñanza, profesores y alumnos	383
Textos disponibles y utilizados	408
La Anatomía y la visión del cuerpo humano	415

IV. 3. 2. La praxis médica en Bizancio durante el periodo iconoclasta	
IV. 3. 2. 1. Lugar de ejercicio profesional del médico técnico	431
Medicina en los gabinetes/dispensarios	432
Medicina en los xenones/nosocomiones	434
Medicina Militar	476
Medicina en el Gran Palacio	490
IV. 3. 2. 2. Consideración social del médico técnico	493
IV. 3. 2. 3. Características específicas del médico técnico	499
IV. 3. 2. 4. La práctica médica y quirúrgica	501

V. DISCUSIÓN

Hipótesis ofrecidas en torno al origen y significación	
de la iconoclastia bizantina	509
Hipótesis recesiva sobre a cultura y las ciencias	
en el periodo iconoclasta	515
Hipótesis recesiva sobre la medicina	
en el periodo iconoclasta	520

VI. RESPUESTA A LAS PREGUNTAS, EVALUACIÓN DE LA HIPÓTESIS HEURÍSTICA Y CONCLUSIONES FINALES

VI. A. Respuesta a las preguntas surgidas en el desarrollo del tema.....	526
VI. B. Respuesta a las preguntas propuestas en la introducción	541

VII. BIBLIOGRAFIA..... 545

ABREVIATURAS

AA.SS	Acta Sanctorum
AB	Analecta Bollandiana
BF	Byzantinische Forschungen
BMGS	Byzantine and Modern Greek Studies
Byz	Byzantium
BZ	Byzantinische Zeitschrift
COD	Conciles Oecumeniques Décrets
DAGLAMA	Dictionnaire des Auteurs Grecs et Latins de l'Antiquité et du Moyen Âge
DOP	Dumbarton Oaks Papers
EANS	The Encyclopedia of Ancient Natural Scientists
EPLBHC	Encyclopaedic Prosopographical Lexicon of Byz. History and Civilization
EO	Échos d'Orient
JOB	Jahrbuch der Österreichischen Byzantinistik
ODB	Oxford Dictionary of Byzantium
PmbZ	Prosopographie der Mittelbyzantinischen Zeit
PG	Patrologiae cursus completus. Series Graeca, ed. J.P. Migne
PL	Patrologiae cursus completus. Series Latina, ed. J.P. Migne
REB	Revue des Études Byzantines
SC	Sources Chrétiennes
TM	Travaux et Mémoires

I

INTRODUCCIÓN, ESTADO ACTUAL DEL TEMA, PLANTEAMIENTO DE LAS PREGUNTAS, FORMULACIÓN DE LA HIPÓTESIS HISTÓRICA Y OBJETIVOS DE LA INVESTIGACIÓN

I.1. Introducción

A tenor de los arbitrarios márgenes temporales que circunscriben aquel imperio¹, y conforme a la opinión mayoritaria entre los autores clásicos², la medicina bizantina se extendería desde el 330 hasta el 1453. Suponen algo más de 1.200 años, entre la fundación de Constantinopla (Nueva Roma) y su caída en manos del sultán turco Mehmet II, dando término al orden legal-institucional que se reivindicaba como estricta continuidad del diseñado por Octavio Augusto, a comienzos de la era cristiana. Es evidente que semejante lapso resulta de una amplitud poco usual y casi parece axiomático asumir que en ella se verificaron discontinuidades y variaciones, eventualmente notables, por más que en la historiografía tradicional se abunde sobre la idea de que predominó una porfiada inmovilidad³. Como recordaba Signes Codoñer⁴, sería hartó complicado hacer una valoración global sin tener en cuenta esas substanciales diferencias entre periodos. Ello a despecho también de otro tenaz prejuicio “giboniano”⁵ que, insistiendo en la absurda imagen de un régimen corrupto sumido en una crónica

¹ Vid. por ej. los razonamientos al respecto de Shepard, 2008, pp. 21-26, bajo el epígrafe “When did Byzantium end or begin?”.

² Neuburger, 1911, pp. 93-138; Bloch, 1902, pp. 492-568; Temkin, 1962, pp. 95-115 y Laín Entralgo, 1978, pp. 97-115.

³ Vid. por ej. Majno, 1975, p. 417

⁴ Signes Codoñer, 1998, p. 187.

⁵ Para una revisión de los tenaces prejuicios anti-bizantinos entre los historiadores de la medicina, en la onda del expresado por Edwar Gibbon para el conjunto de Bizancio, remitimos a los párrafos de Scarborough, 1984a, pp. ix-x.

decadencia, pretende reducir su pensamiento y actividad médicas al plagio de las figuras clásicas precedentes⁶, con una debilidad endémica frente a la superstición⁷. Ciertamente, la *excerpta* fue el sistema preferido por los facultativos tratadistas para plasmar su visión de la docencia o transmisión de conocimientos⁸. Ello estaría en consonancia con el *enciclopedismo*⁹ y la “concepción retrospectiva”¹⁰ que a menudo dominó la actividad intelectual, enmarcada en lo que se podría considerar como un impetuoso anhelo de “legitimidad histórica”.

Con todo, no parece que se trate siempre de meras recopilaciones, colecciones o extractos del hipocratismo/galenismo, en ellas no faltan referencias a innovaciones de la praxis y hasta enfoques inéditos, amén de erudición, elegancia y espíritu práctico¹¹. También es verdad que ciertas figuras del tiempo proto-bizantino¹², incluso relevantes, puntualmente deslizan sorprendentes notas de magia blanca entre las notas de terapéutica¹³. Empero, es obligado reconocer que esa pueril liturgia hechicera no deja de ser anecdótica y en general más que reflejar una falta de racionalidad parece corresponder a una forma de “psicoterapia”, la que aplicada a un paciente

⁶ Véase, entre otros muchos, Singer/Underwood, 1962, p. 67.

⁷ Así, Garrison, 1921, pp. 110-111.

⁸ Signes Codoñer, 1998, pp. 188-189.

⁹ Sobre el “enciclopedismo bizantino”, como aproximación general vid. Lemerle, 1971, pp. 267-300 y más reciente, Magdalino, 2013a, *passim*.

¹⁰ Signes Codoñer, 2003, p. 250.

¹¹ Nutton, 2004, p. 295.

¹² Alejandro Trallense y Aecio Amideno son los más destacados autores que ceden a ello. Más tarde, en el periodo macedonio, vuelve a recaer el compilador Teófanos Crisobalantes (vid. *infra*).

¹³ Sobre la magia blanca en Bizancio, y los textos médicos en particular, vid. Chroné, 2011, *passim*.

predispuesto podía extraer beneficio del efecto placebo puro¹⁴, cuando lamentablemente no restaba ninguna otra opción¹⁵. Al sentir de Temkin¹⁶, si la medicina bizantina se caracterizó por algo, fue por conformar y transferir una tradición, bien que utópicamente intacta y a la par inevitablemente rota. Es decir, aunque sin duda se verificaron no pocas modificaciones, tal vez algunas importantes, sus protagonistas siempre se reivindicarían como meros intérpretes de una larga y acreditada herencia. Podría decirse que la Antigüedad se llegó a considerar insuperable, al menos en el orden teórico, de modo que los matices o verdaderos cambios que en ocasiones surgían se pretendían “redescubrir” dentro de ella misma.

En efecto, la conformidad con el sistema doctrinal greco-romano del equilibrio de humores se tuvo por requisito inexcusable y a veces el autor bizantino parece que intenta por encima de todo “justificar” en tal sentido su nueva aportación, tanto como demostrar la bondad o beneficio que añadía. Pero ello no merma la búsqueda de eficiencia por encima de todo, un pragmatismo que algunos quieren también establecer como ingrediente básico de la medicina en Bizancio¹⁷. A fin de cuentas, la motivación de aquellos facultativos para pensar, aplicar, evaluar y escribir fue la misma de hoy y siempre; mantener la salud y mejorar el armamentario contra la enfermedad. Así, el que llamaríamos *corpus medicorum byzantinorum*, se fue creando y creciendo de forma sincrética, intentando reunir y mejorar

¹⁴ “Placebo puro” sería aquél que carece de ningún efecto farmacológico real, en tanto el “placebo impuro” tendría alguna propiedad por más que no directamente relacionada con el objetivo perseguido (al respecto, vid. Moerman, 2002, *passim*).

¹⁵ Scarborough, 1984a, p. x.

¹⁶ Temkin, 1962, p. 202.

¹⁷ Por ej. Congourdeau, 2004, p. 1737.

los datos considerados útiles en cada nuevo manuscrito¹⁸. No se trató de una acrítica custodia de *auctoritates*, apunta haber sido esencialmente un flujo de reflexión y elaboración continuado¹⁹. Estaría en consonancia con la verdadera esencia del “conservadurismo bizantino”, comúnmente exagerado y malinterpretado²⁰. Se trató de un “ideal de permanencia” pero sobre una “realidad de cambio” y también de “resistencia al cambio”, dialéctica que generaría expansión y retracción en diversos órdenes; económicos, territoriales y demográficos, amén de culturales. A la postre, ya mejor conocidos y apreciados los triunfos y fracasos políticos de Bizancio, se han llegado igualmente a vislumbrar las líneas de su saber y las comprensibles oscilaciones. Se trata de sucesivas metamorfosis que simulan más acordes con las propias de cualquier sociedad dinámica y flexible, capaz de sobrevivir durante un milenio²¹. Bien parece que aquella compleja civilización greco-romana del medievo acertó a mantener, aplicando justo a tiempo reformas exitosas, unos órganos administrativos eficientes que se nos antojan relativamente “modernos”²². La economía, burocracia y fuerza armada se adaptaron a los cambios y soportaron las presiones, superando pruebas y circunstancias exteriores e interiores muy difíciles. Una saludable movilidad social vertical y cierto “espíritu igualitario”²³ podrían estar entre las mejores razones para entender porqué los ciudadanos comunes se mostraron leales al

¹⁸ Bádenas de la Peña, 1999, pp. 461-476.

¹⁹ Angeletti/Cavarra/Gazzaniga, 2009, p. 15.

²⁰ Bury, 1965, p. 427.

²¹ Bury, 1965, p. 428.

²² Vid. por ej. el resumen que se ofrece en Ducellier, 1988, pp. 131-193 (“Une économie et une société immobiles?”).

²³ Guillou, 1990, p. 371.

emperador, pagaron sus impuestos y sirvieron en la milicia, a lo largo de tantas generaciones. No resulta extraño que, de ordinario, se sintieran superiores material y espiritualmente frente al resto del mundo, sin excepción²⁴. Los historiadores²⁵, a día de hoy, admiten sin reservas esa preeminencia sobre cualquier otra entidad estatal de Europa, al menos hasta el colapso del siglo XIII. Sus artesanos y profesionales, en términos generales y relativos a cada momento histórico, demostraron poseer pericia y método muy notables, no sólo en diversos aspectos del arte sino también de la ciencia y tecnología²⁶, campos donde se intuyen mejoras y desenvolvimiento.

Entre esos logros estarían algunos relativos a la τέχνη ἰατρική o *ars medica*, la que incluso se alzaría como una de las parcelas más aventajadas de su legado universal²⁷. Se trata de la medicina racional que heredan por vía directa, resultado de la fusión de tradiciones mediterráneas, una disciplina reconocida como útil y a la par compleja en su cuerpo teórico²⁸. Digno de resaltar sería el desarrollo, acaso por vez primera, de la institución que entendemos como genuino “hospital”²⁹. Hablamos de grandes “casas de acogida” para extranjeros, indigentes y enfermos, donde recibían hospedaje, manutención y tratamiento con una actitud ético-operativa indudablemente novedosa. Sus raíces más inmediatas y directas habría que buscarlas en el monasterio cenobítico basiliano, al decir de Crislip³⁰, aunque seguramente la

²⁴ Ostrogorsky, 1984, p. 47.

²⁵ Vid. por ej. el clásico Bury, 1965, p. 427.

²⁶ Maier, 1974, pp. 1-3; Mango, 2002, pp. 9ss.

²⁷ Signes Codoñer, 1998, pp. 191-194 y Signes Codoñer, 2003, pp. 250-252.

²⁸ Cavarra, 2009, p. 35.

²⁹ Miller, 1997, *passim*.

³⁰ Crislip, 2005, pp. 100-142.

raigambre de los *asclepeion* (ἀσκληπιεῖον), los *medicis publicis* (δημόσιοι ἰατροί) y *valetudinaria* no debería minusvalorarse³¹. El *hospitium* o xenodoquio (ξενοδοχεῖον), en la acepción enunciada por Basilio de Cesarea que lo hace equivalente de nosocomio (νοσοκομεῖον), se convertirá en un referente de *locus ubi aegroti curantur*, tanto a criterio de las autoridades como de los comunes. En origen no eran entidades exclusivas de Bizancio, pero muy posiblemente fue allí donde alcanzarían su mayor desarrollo y dieron el oportuno salto cualitativo, superando el nivel de simple “albergue compasivo” destinado a la beneficencia y el control social. Hablamos de completar los requisitos exigidos de ejercicio científico (hipocrático-galénico), estructura, organización y disponibilidad³².

Pese al escepticismo expresado por autores como Horden³³, no cabe más que aceptar sin reservas que tales instituciones se dotaron con servicios médicos de calidad, según los estándares del momento, jerarquizados y accesibles a toda la población. Estarían dentro del marco de una “medicina social” que sin duda no tuvo rival en el medioevo y podría acaso resistir la comparación con el mundo moderno³⁴. Ciertamente, y a falta de innovaciones teóricas estimables, una reevaluación en positivo de la medicina bizantina parece imponerse entre los especialistas³⁵. Todo apunta a que en el territorio bajo su jurisdicción nunca faltaron doctores bien pagados ni legislación

³¹ Al respecto, vid. Kapsambelis, 2012, *passim*.

³² Responde en esencia a la definición de hospital que defiende Miller, 1984, pp. 53 y 55; centros que tienen por objeto sanar a los pacientes por medio de la terapia médica racional, en tanto reciben alimento, abrigo y atención, ejerciendo un complejo cuadro escalafonado de profesionales.

³³ Horden, 2006, *passim*.

³⁴ Sobre la cuestión, en general, vid. Constantelos, 1968, *passim*.

³⁵ Congourdeau, 2004, *passim*; Angeletti/Cavarra/Gazzaniga, 2009, p. 15.

sobre la actividad. Suponen pruebas fehacientes de que la sanitaria estuvo entre las principales preocupaciones de los gobernantes, contando con la colaboración de la Iglesia, junto a otras de carácter socio-asistencial dirigida a quienes sufrían por edad, dolencias varias y/o minusvalía³⁶. Aún más, es toda la sociedad la que parece haber sido muy consciente y estado muy interesada por tales cuestiones. A la postre, como destacaba Laín Entralgo³⁷, “la estimación por la salud fue grande en el hombre de Bizancio”.

En otro orden, está claro que la literatura médica no fue materia reducida ni estuvo exenta de cierta originalidad, en múltiples formatos, de la enciclopedia al tratado y del manual al recetario, a expensas de que restan muchas obras inéditas o en ediciones inaccesibles para los ajenos a la filología³⁸. La variedad es testimonio de la existencia de figuras profesionales diversas, desde docentes y exégetas o facultativos que pretendían la mayor erudición posible, hasta los simples terapeutas que se conformaban con la sencilla eficiencia³⁹. Por último, pero no menos importante, tampoco parece haberse extinguido nunca la práctica de la disección anatómica, al objeto confesado de conocer el cuerpo humano y atajar la enfermedad, algo sólo muy recientemente descubierto⁴⁰. Es bien posible que ello guarde alguna relación con el hecho de que la cirugía se mantuviera en un nivel excelente, tal que Geroulanos⁴¹ ha defendido. El catálogo de instrumentos y de

³⁶ Al respecto, vid. Constantelos, 1999, *passim* y Guilleard, 2007, *passim*.

³⁷ Laín Entralgo, 1978, pp. 145-146.

³⁸ Cavallo, 1993, pp. 44ss y Garzya, 2006, pp. 16ss.

³⁹ Cavarra, 2009, p. 37.

⁴⁰ Bliquez/Kazhdan, 1984, *passim*.

⁴¹ Geroulanos, 2007, *passim*.

intervenciones recogidos por este autor y también por Bliquez⁴², cotejando documentos con hallazgos arqueológicos, permite dar por cierta la destreza de los cirujanos, su conocimiento de las normas y principios que aún hoy se enuncian, y la influencia decisiva que sobre sus vecinos tuvieron. La terminología al respecto utilizada en Occidente, dejados al margen los griegos clásicos y una escasa impronta árabe, acreditan el origen romano-oriental de la inmensa mayoría. Ello sería prueba del sentido en el que se movieron los conocimientos quirúrgicos, al menos hasta el esplendor de la *Scuola Salernitana* (siglos XI-XIII).

Desde luego, en la medicina bizantina igualmente se podrían y deberían saber apreciar las fluctuaciones o irregularidades citadas con carácter general, amén de un cierto número de periodos definidos y fijados mediante atributos de singularidad. En este sentido se ha impuesto la primera propuesta de hace una centuria, diferenciando la denominada *etapa alejandrina* (hasta la conquista árabe de Egipto en el 642) y el *ciclo constantinopolitano* que, mediando un “interludio tenebroso”, emergería ya con la religión ortodoxa entronizada como elemento constitutivo esencial⁴³. En puridad, dentro de éste se desglosarían los dos últimos siglos, bajo la familia Paleólogo, superada la ruptura en todos los órdenes que supuso el terrible saqueo de la capital por los cruzados y la subsiguiente “latinocracia” (1204-1261), que impuso patrones feudales en la región. La alejandrina fue una continuidad estricta del Bajo Imperio, con gobernantes a menudo más “romanos” que “bizantinos”, actuando las mismas escuelas y centros culturales, sobresaliendo figuras

⁴² Bliquez, 1984, *passim*.

⁴³ Bloch, 1902 p. 97; Neuburger, 1911, pp. 492ss. y Temkin, 1962, p. 109.

como Oribasio Pergameno, Aecio Amideno, Antemio Trallense, Paladio Alejandrino o Pablo Egineta. La patrística todavía no impone sus dogmas sobre un acervo helénico sostenido en la milenaria *paideia* (παιδεία). La actividad dominante habría sido la de los comentaristas alejandrinos y los grandes tratadistas. La constantinopolitana ya asume con mayor rigor los principios y normas eclesiales, aunque sin renunciar a ciertas esencias previas, en una Romanía (Ρωμανία) ya puramente medieval y replegada a la metrópoli del Bósforo. Por entonces tampoco faltaron ensayistas con talento, tales que Esteban Ateniense, Teófilo Protospatario, Melecio Obsiquioneo, León Constantinopolitano, Teófanos Crisobalantes, Simeón Seth o Nicolás Calicles. No obstante, por entonces van a predominar los breviarios diagnósticos y terapéuticos, obras de uso instrumental y carácter práctico que reúnen la experiencia, en menoscabo de la retórica demostrativa. Al final, sobre un régimen menos burocrático y territorio reducido y decreciente, la paleóloga representa un largo epílogo occidentalizante. Todavía en ese atribulado tiempo pudo la vida artística e intelectual florecer, con explicables improntas educativas y estéticas propias. Igualmente se dieron maestros de talla en nuestro campo, y basta citar a Nicolás Mirepso, Demetrio Pepagomeno o el insigne Juan Zacarías. Ciertamente ellos retornan a lo deductivo “preclínico” y las voluminosas disertaciones, en un ambiente que se ha tildado de “renacentista”⁴⁴. Su entronque y nivel de influencia en el *Quattrocento* italiano, virtud a los intelectuales bizantinos que huyeron del avance otomano para instalarse en Occidente como profesores, todavía es

⁴⁴ Al respecto, vid. la monografía de Mergiali, 1996.



Fig. 1. Primer folio del “Dioscórides de Viena”, obra realizada hacia el año 515 por voluntad de la princesa Anicia Juliana en Constantinopla. El códice suma el *Carmen de Herbis* de Rufo Efesino, el *Tratado ornitológico* de Dionisio de Filadelfia y el *Tratamiento de las mordeduras de serpiente* atribuido a Nicandro. Descubierto en Estambul en 1560, fue adquirido por el embajador Ogier Ghiselin de Busbecq y pasó después al emperador Fernando I. Actualmente se conserva en la Biblioteca Nacional de Austria. Sabemos que, aunque en origen podría haber sido una edición de lujo para un cliente bibliófilo, después se utilizó fundamentalmente en la práctica ordinaria, a juzgar por las abundantes anotaciones en los márgenes.



Fig. 2. Folio 5v del “Dioscórides de Viena”. El ilustrador y/o copista se representa a sí mismo en el momento de dibujar una de las plantas medicinales. A juzgar por los detalles de la estampa, se pone bien en evidencia que se trataba de un taller “civil” y privado, “a demanda”, sin conexión alguna con el mundo eclesial o cenobítico.



Fig. 3. Folio del *Parisinus Graecus* 2144, datado del año 1338. El códice se encontraba en el Serrallo de Estambul y fue enviado a París en febrero del 1688. Contiene la mayor parte del *Corpus Hippocraticum* y sabemos que fue encomendado por el chambelán Alejo Apocaucos, bajo Andrónico II Paleólogo. La figura representada es el propio Hipócrates que, conforme a la descripción de Sorano Efesino, aparece con calvicie y barba. A destacar también que sostiene un libro abierto, donde se puede leer el célebre aforismo I.1: "Ὁ βίος βραχύς, ἡ δε τέκνη μακρή" "La vida es corta y el arte largo [de aprender]".

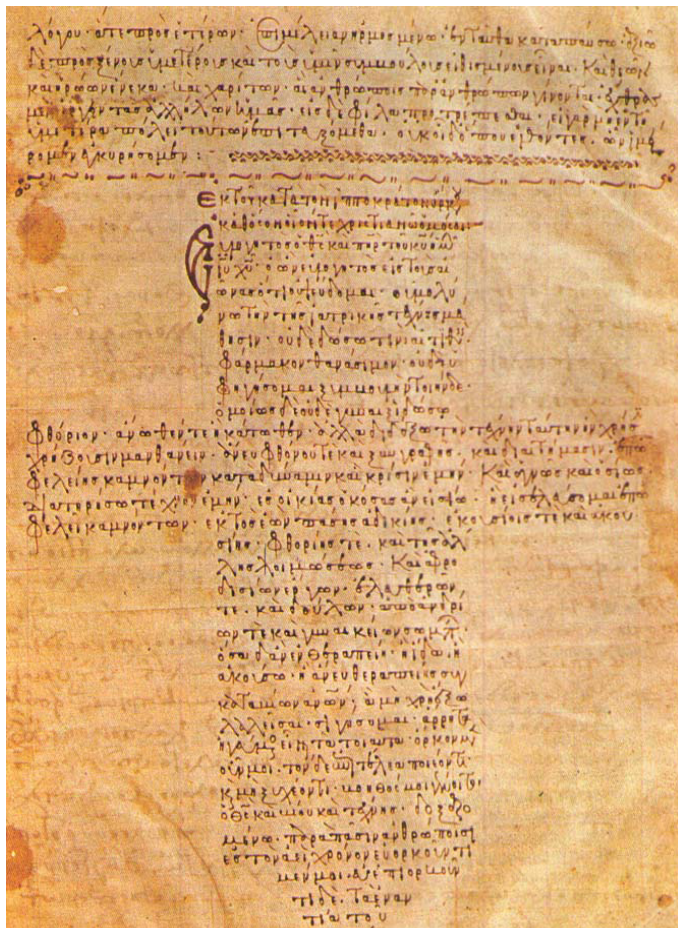


Fig. 4. Folio del *Vaticanus Graecus* 1245. Se trata de un manuscrito constantinopolitano del siglo XI, donde queda recogido el tradicional juramento hipocrático, colocando el texto circunscrito en forma de cruz, algo habitual en los evangelarios. Sería una manifestación del ideal bizantino que pretendía alcanzar la síntesis armónica entre racionalidad griega y cristianismo revelado.

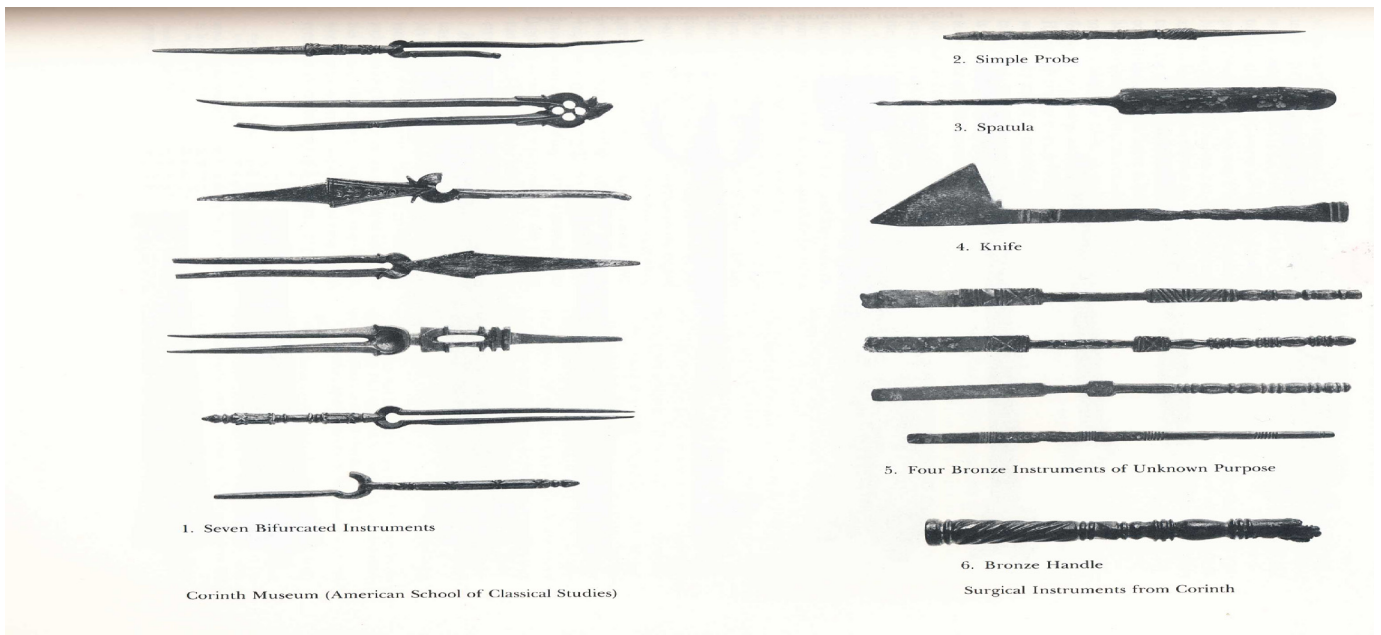


Fig. 5. Instrumental quirúrgico obtenido de las excavaciones en la Corinto bizantina. Ref. Bliquez, 1984.

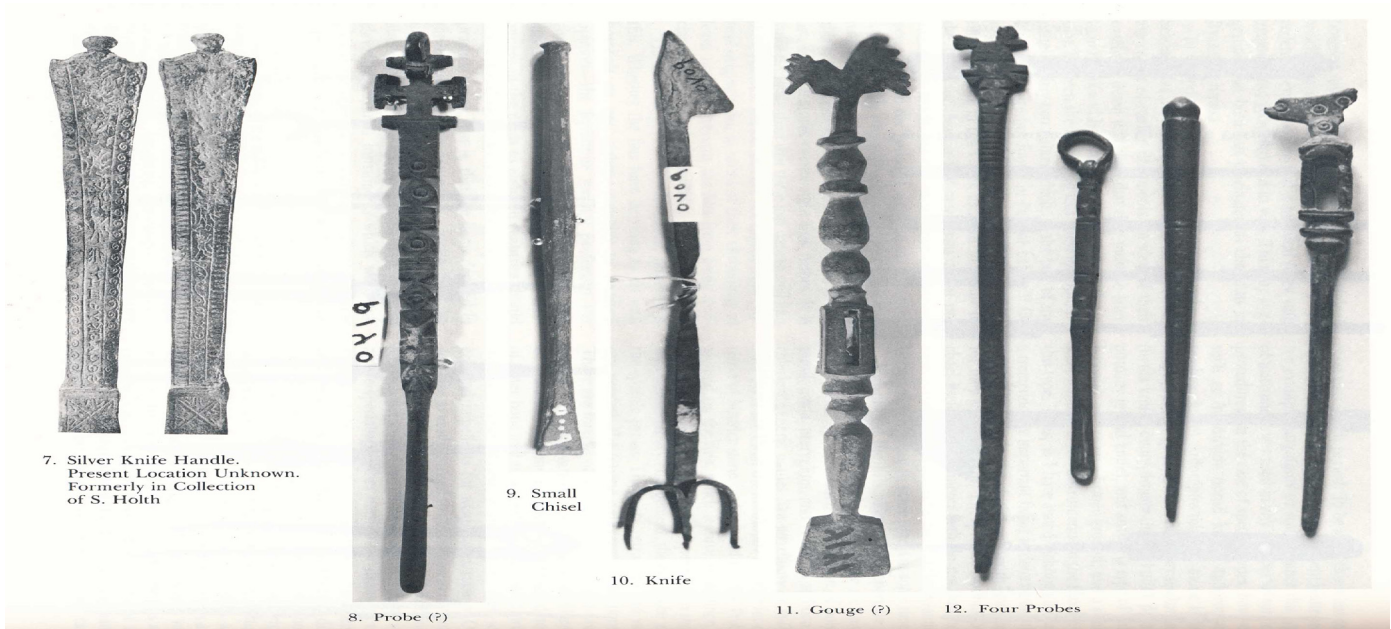


Fig. 6. Instrumental quirúrgico expuesto en el Museo Copto del Cairo, del periodo bizantino. Ref. Bliquez, 1984.

Fig. 7. Primer folio del *Dinameron*, obra escrita en el último cuarto del siglo XIII por Nicolás Mirepso, médico del palacio imperial (“actuarius”) en la Nicea de Juan III Ducas Vatatzes. El manuscrito (*Parisinus Graecus* 2243, en los fondos de la Biblioteca Nacional de Francia) seguramente fue confeccionado hacia el año 1399 en Atenas por el escriba Cosmas Camelos para el médico Demetrio Clomos. Se demuestra el mantenimiento aún en esta época tardía, de los talleres “a demanda” seculares. Sobre la representación del médico farmacólogo se sitúa una *Deesis*, con María y Juan Bautista implorando a Jesús por la salvación de los hombres, en presencia de los arcángeles Miguel y Gabriel.



Fig. 8. Primer folio del volumen confeccionado por Jacobo Diasorino para el rey Felipe II. Se trata de una copia de la llamada *Sinopsis Médica* del Pseudo-Psellos, uno de los tratados de *iatrosophía* o “manuales de supervivencia” en el argot de residentes hospitalarios actual. Representan verdaderos compendios de práctica sin pretensiones eruditas, un modelo de literatura médica que desde Bizancio pasaría al Islam, el mundo otomano y el Occidente.



objeto de debate⁴⁵. El posible ascendiente afectaría también al arte de curar, y en ello la consideración tan sólo del quehacer de un humanista como Juan Argiropoulo, antiguo facultativo del Hospital de Kral en Constantinopla, permite reflexionar con fundado optimismo⁴⁶.

Ciertamente, esta taxonomía ha guiado el pensamiento investigador histórico, por un lado privilegiando el abordaje de las características representativas de cada bloque principal, y por otro viendo de encajar los temas sectoriales en esos mismos cánones distintivos que se terminaban de definir y establecer. Bien de manera *narrativista* o abordando aspectos concretos, los autores han preferido tratar asuntos que supuestamente cabría enmarcar en alguna de las grandes épocas, donde las explicaciones agencial-estructurales resultaban, al menos a priori, más sencillas. Por contra, el nebuloso y en apariencia poco feliz paréntesis abierto entre finales del siglo VII (desaparición de la dinastía heráclida) y mediados del siglo IX (inicio de la dinastía macedonia) ha suscitado mucho menos interés. A buen seguro, en ello ha influido la irritante escasez de noticias relativas a la actividad intelectual o técnica en general y el arte médico en particular, fechadas o referidas dentro de tales márgenes cronológicos.

Un panorama de “sombras” que en la actualidad tal vez no esté en absoluto justificado, a tenor de los nuevos planteamientos que desde la bizantinística se están ofreciendo sobre los diversos aspectos de esa peculiar entidad temporo-espacial. La llamada *Dark Age Crisis*⁴⁷ es hoy un

⁴⁵ Bravo, 1997, pp. 122-132; Geanakoplos, 1989, pp. 31-32 y Aguado, 2004, pp. 41-44.

⁴⁶ Al respecto, vid. Ieraci Bio, 2010, *passim*.

⁴⁷ Término (“Dark-Age Crisis”) utilizado para tratar el periodo por Brown, 1973.

capítulo importante y muy dinámico entre los estudios medievales relativos al Mediterráneo oriental. Todo un amplio abanico de fuentes hasta hace poco inéditas, cuyo origen es en buena medida periférico a Bizancio, está sirviendo ahora para enfoques muy novedosos⁴⁸. Ello ha permitido superar definitivamente la presunción de que apenas se trató de una controversia, esencialmente estéril, sobre la licitud o no de venerar los iconos. Los datos apuntan a una cuestión de calado, incluso identitaria, con raíces en el intervalo de desastres que van del 630 al 700 y estando en juego el valor de la autoridad imperial⁴⁹.

El periodo sabemos que ofrece frutos, la mayoría positivos, en los aspectos administrativos, fiscales y estratégicos. Igualmente se pueden reconocer modificaciones sustanciales de las ideas, las relaciones, los valores y modos de expresión de la sociedad, por más que no sea fácil adivinar cuales son consecuencia de la propia disputa o herencia directas de la iconomaquia⁵⁰. Está claro que los médicos, con los principios y herramientas propios, nunca han estado al margen de su entorno o contexto político-social, y este precepto igualmente debe resultar aplicable a nuestro tema⁵¹. Es bien conocido que los cambios del pensamiento y moral públicas, del modo y estilo de vida, tienen una influencia substancial en el binomio salud-enfermedad. Bien cabe presuponer que un movimiento y contienda tan formidables como la que genéricamente damos en llamar “iconoclastia”, que parece haber tocado aspectos medulares de la existencia común, de alguna

⁴⁸ Vid. por ejemplo el *corpus* reunido en Brubaker/Haldon, 2001.

⁴⁹ Brubaker/Haldon, 2001, p. 5.

⁵⁰ Para una introducción al tema, vid. Brubaker/Haldon, 2001, pp. 1-8.

⁵¹ Vid. por ej. los comentarios sobre este aspecto en Scarborough, 1984a, pp. ix-xi.

manera pudo afectar a la ciencia y praxis de la sanación. Tal vez, incluso los tratados teóricos de orden médico, particularmente los de anatomofisiología, podrían reflejar de alguna manera ese agrio debate intelectual y lucha intestina de la época. Se trata, en definitiva, de una cuestión abordable desde vías menos o en absoluto exploradas. Hablamos de una polémica lejos de cualquier consenso, en suma, merecedora de recibir renovada atención.

I.2. Estado actual de la cuestión

Considerando el no muy numeroso elenco de trabajos que, de una u otra manera, han abordado el asunto del pensamiento y la ciencia en la “Edad Oscura” de Bizancio, es obligado reconocer que no muestran una tendencia uniforme respecto a su carácter o cualidades. Desde luego estamos ante una *historia abierta*, puesto que el contraste entre “conclusiones” no puede ser mayor. Si debemos aceptar como normal la disparidad en la interpretación de los procesos históricos, ciertamente en este tema el llamado “Síndrome de Schaff”⁵² alcanza cotas muy llamativas. Bien parece que, una vez más, los diferentes o incluso contradictorios resultados que encontramos en la bibliografía sólo traducen esa tendencia natural hacia la formulación de *verdades absolutas*, cuando lo que procedería es acumular si acaso *verdades relativas*, que evolucionan y se enriquecen⁵³. Así, mientras académicos de la

⁵² Aróstegui, 1995, p. 334.

⁵³ Schaff, 1982, p. 372.

categoría de Krumbacher⁵⁴, Laín Entralgo⁵⁵, Mango⁵⁶, Haldon⁵⁷ o Tihon⁵⁸, reproducen un discurso de aguda regresión en cultura y conocimientos, otros no menos prestigiosos han dejado entrever la continuidad en educación e incluso la presencia de ciertas cualidades pro-científicas en el ambiente socio-político de esos años, hasta el punto de alzarse como un interesante escenario de progreso o renovación. Respecto a lo primero, especialistas como Beck⁵⁹, Lemerle⁶⁰ y Speck⁶¹ han sabido descubrir pruebas de que la enseñanza, lejos de desaparecer, se conservó en estándares como mínimo habituales y alcanzaba una amplia difusión entre los ciudadanos, siempre en términos relativos. Con poco margen a la incertidumbre, las publicaciones señaladas vienen a refrendar que los tres niveles formativos consagrados se mantuvieron, y el primario estuvo accesible tanto para niñas como niños⁶². Se descartaría, como expresa Magdalino⁶³, que existiera ningún “enorme agujero negro entre la Antigüedad y la Edad Media”. Para ello tuvieron que revisar con minuciosidad los relatos hagiográficos y otros documentos indirectos, donde eventualmente se ponen de manifiesto tales hechos. Alguien del grupo escéptico como Moffatt⁶⁴, ha venido a ratificar que la afirmación resulta válida en general, aunque considere “débiles” las

⁵⁴ Krumbacher, 1897, pp. 613ss

⁵⁵ Laín Entralgo, 1978, p. 155.

⁵⁶ Por ej. Mango, 1975, *passim*.

⁵⁷ Entre otros trabajos, Haldon, 1990, pp. 425-435.

⁵⁸ Tihon, 1988, pp. 94-95.

⁵⁹ Beck, 1966, pp. 69-81.

⁶⁰ Lemerle, 1971, pp. 97-104.

⁶¹ Speck, 1974, *passim* y Speck, 1986b, *passim*.

⁶² Lemerle, 1971, pp. 100ss y Moffatt, 1977, pp. 91ss.

⁶³ Magdalino, 2006, p. 54.

⁶⁴ Moffatt, 1977, esp. p. 92.

pruebas relativas al grado superior o “universitario”. Empero, incluso en la élite de las letras y ciencias bizantinas de ese tiempo esquivo no parece que haya signos de desfallecimiento en absoluto. El clasicismo y dominio de la retórica sofisticada que se pone de manifiesto en alguna homilía del patriarca Germán, podría servir como rotunda refutación de que ningún *breakdown* literario habría ocurrido al alba mismo del iconoclasmo⁶⁵. Los ejemplos de cronistas y cronógrafos, de prelados, de abades, del propio emperador Constantino V y de un buen número de personajes del periodo, amén de otros tantos ya en el umbral del periplo posterior, todos ellos eruditos provistos de inequívoco talento, igualmente aseguran su mantenimiento y transmisión a las generaciones siguientes.

Si la iniciativa pública para esa instrucción de máxima calidad puede ser puesta en duda⁶⁶, aún resta la privada, que siempre fue preponderante y de la que no faltan pruebas respecto a su devenir en aquellos decenios. Para la cosmología, las matemáticas en singular, se ha llegado incluso a proponer un modelo evolutivo, no precisamente de ralentización sino de estímulo⁶⁷. Algunos tratados que al final se han podido fechar con seguridad durante ese tiempo, en particular el *Vaticanus graecus* 1291, podrían servir como brillantes “signos de actividad”⁶⁸. Cabe especular, por otro lado, con que la disputa teológica entre iconodulia e iconoclastia pudiera haber estimulado

⁶⁵ Speck, 1986b, *passim*, esp. pp. 225-226.

⁶⁶ Speck, 1974, pp. 29-34 y n. 28.

⁶⁷ Al respecto vid. Pérez Martín, 2009, pp. 56-59. La colección de ejercicios aritméticos COD. UPS. GR. 8, demuestra que los textos matemáticos docentes se transmiten bajo la iconoclastia (sobre la cuestión vid. Searby, 2008, *passim*).

⁶⁸ Magdalino, 2006, p. 23.

el análisis de fuentes patrísticas⁶⁹ o, más aún, la recopilación de textos en general por mor de dominar la gramática, retórica y lógica⁷⁰. Según criterio de Lemerle⁷¹, la producción literaria se benefició considerablemente de todo ello. En este sentir, al transcurso de tan azarosos decenios se habrían construido las bases del acreditado *Primer humanismo bizantino*, referencia a las casi tres centurias (siglos IX-X) de desarrollo artístico y literario en Bizancio⁷². El que denominan *Renacimiento macedonio* habría comenzado bastante antes de lo comúnmente aceptado, hundiría sus raíces en el “oscuro siglo VIII”, al decir de Ševčenko⁷³. Ya en torno al 780 lo fijaría Speck⁷⁴, acaso con la disputa intelectual entre Ignacio Diácono y Teodoro Estudita como paradigma de un debate impulsor. Se podría hablar incluso de una *Renaissance iconoclaste*⁷⁵, acaecida entre 813 y 842 y sobre raíces en el iconoclamismo sirio, con el patriarca Juan VII Gramático y León Constantinopolitano (iatrosofista, matemático, filósofo y retor) como figuras nucleares. Ciertamente, sería un resurgir más inclinado hacia la ciencia (filosofía, matemática, astronomía, biología) y técnica (ingeniería civil y militar) de lo que acaecería en siglos posteriores, un sustancial matiz que ya había llegado a percibir el desdeñoso Gibbon⁷⁶. Noción que igualmente Bury⁷⁷ subrayaba, advirtiendo que el *revival of learning* de este momento

⁶⁹ Mango, 1975, p. 30.

⁷⁰ Hemmerdinger, 1955, pp. 33-35.

⁷¹ Lemerle, 1971, p. 75.

⁷² Lemerle, 1971, esp. pp. 22-42.

⁷³ Ševčenko, 1977, p. 129.

⁷⁴ Speck, 1986a, esp. pp. 570-571 y Speck, 1987, p. 255.

⁷⁵ Hemmerdinger, 1955, pp. 33-41 y Hemmerdinger, 1964, pp. 129-133.

⁷⁶ Gibbon, 1776-1788, V, p. 512.

⁷⁷ Bury, 1912, pp. 434-449.

inclinó la balanza más hacia la filosofía/ciencia que hacia la literatura/retórica. Sería tanto como hacer predominar la *fisis* (φύσις) y la *poíesis* (ποίησις), es decir el mundo natural y el saber creador capaz de producir bienes materiales, sobre el propio lenguaje persuasivo o estético, incluida la apología cristiana, el “estudio de Dios” (*theologia naturalis*) y aún la “revelación” (*theologia supernaturalis*). Estaría en conexión, y acaso dura competencia, con el fenómeno de similares características que a la sazón parece explotar en el califato rival que encabezan líderes esclarecidos como Harún al-Rashid (766-809) y su hijo al-Mamun (786-833). Pudiera ocurrir que, como sugiere Hemmerdinger⁷⁸, el auge de erudición observado en la corte abásida coetánea no fuera más que un reflejo del habido en Bizancio y que el movimiento de traducción de textos seculares del griego al árabe se hiciera sobre el sustrato de flamantes ediciones bizantinas. O bien que, según la alternativa enunciada por Speck⁷⁹ y Gutas⁸⁰, el rápido desarrollo científico-cultural abasí, asociado a un apabullante éxito político-militar, sirviera como acicate para que los bizantinos emularan esa misma disposición.

Entendemos, en consecuencia, que la iconoclastia podría representar una reacción “positivista” frente al exceso de devoción y subsiguiente parálisis económico-social-tecnológica. Esa hipertrofiada credulidad y extrema dependencia cotidiana de lo sobrenatural, en torno a “santones” (*holy man*), iconos y reliquias, rozando o invadiendo ya el terreno de la

⁷⁸ Hemmerdinger, 1964, *passim*.

⁷⁹ Speck, 1986a, *passim*.

⁸⁰ Gutas, 1998, pp. 175-186.

idolatría, conformarían los ingredientes de la “iconolatría”. Ella sería la causa primera de tantas derrotas, conforme a un discurso explicativo que acaso se podría haber expresado en, al menos, dos fórmulas distintas. Por un lado se traería a colación la “ira divina desatada por la impiedad” según la conocida exhortación bíblica⁸¹. De forma simultánea, y conforme a un prisma más terrenal, se aludiría al debilitamiento de las fuerzas demográfico-económicas del Imperio que implicaba.

Éste representa un argumento sin duda muy sólido, el cual posiblemente debió pesar tanto o más que el primer considerando en la mente de los emperadores antidolátricos⁸². La iconoclastia habría, en ese sentido, conformado un plan consciente y ambicioso para reformar la sociedad considerada en conjunto, hasta el punto de promover una nueva “cultura social”⁸³. Sus rasgos más representativos, serían el absoluto predominio de la justicia y autoridad laicas⁸⁴, el fomento del arte profano en detrimento del religioso⁸⁵, el repudio de los excesos en la piedad⁸⁶, el estímulo de las actividades productivas, incluida la familia con hijos, y aquellas lúdicas⁸⁷, como el teatro o la música. Frente a ello se situarían la “libertad de la

⁸¹ El *locus classicus* de ello sería Romanos 1:18-32 y en relación a la idolatría destacaríamos el Salmo 106:20.

⁸² Por ej. Haldon, 1977, *passim*.

⁸³ Auzépy, 2006, pp. 112-117.

⁸⁴ Kaplan, 1997, pp. 91ss.

⁸⁵ Bury, 1912, pp. 429-434 y Brown, 1973, pp. 4ss.

⁸⁶ Vid. por ej. Bertelli, 1988, *passim* y Dagron, 2000a, pp. 148-149.

⁸⁷ Remitimos al análisis de la cuestión en Auzépy, 1999, pp. 47-60.

Iglesia”⁸⁸, las prerrogativas del patriarcado⁸⁹, el fervor monacal⁹⁰, la primacía del interés de grupo frente al Estado, la política subordinada a la teología, con el ascetismo y la abstinencia asumidos como valores supremos. Podríamos intentar resumir diciendo que estaríamos ante un “luteranismo” en pleno medioevo levantino⁹¹, con sus secuelas de librepensamiento o, cuando menos, ruptura de cierta “inercia oscurantista”.

En tal caso, cabe imaginar a la medicina y las ciencias biológicas del *Imperium Orientale* caminando paralelas al resto de ramas del conocimiento, una *ars medica* que, en buena lógica, tampoco habría disminuido o bien comenzaría a resurgir. Aún más, si se subrayan algunos detalles (la doble reescritura del *De Usu Partium*, ciertos descubrimientos anatómicos, procedimientos e instrumental quirúrgico y hasta un eventual *revival* de la disección experimental) cabría incluso abrir la posibilidad de que estuviéramos ante una coyuntura dinamizadora, aunque fallida, un paréntesis de “oportunidad perdida” que acaso no alcanzó a consolidarse⁹². Incluso, como Chroné⁹³ entiende, pudo ser éste un importante momento en la evolución hacia una científicidad de base anatomo-funcional, algo perceptible en los métodos y textos desde el siglo noveno en adelante. Ciertamente, la preocupación teórica sobre el, en aquel tiempo, candente debate en torno

⁸⁸ Al respecto, vid. Afinogenov, 1996, *passim*.

⁸⁹ Afinogenov, 1994, *passim* y Afinogenov, 1996, *passim*.

⁹⁰ Brown, 1973, pp. 19ss.

⁹¹ Auzépy, 2006, pp. 4-5.

⁹² Aguado, 2013, pp. 23-26.

⁹³ Chroné, 2012, *passim*.

a la *dulía*⁹⁴ (δουλεία) y la *circumscribibilidad*⁹⁵ (τὸ περιγραπτόν) podría no ser ajena a tal dinámica. A fin de cuentas, el enrevesado artículo de la *unión hipostática*⁹⁶ (ἕνωσις καθ'ὑπόστασιν) obligaba a revisar y ampliar, si ello fuera posible, las hipótesis y conocimientos sobre la naturaleza del cuerpo humano⁹⁷. Ello habría supuesto una quiebra de la deriva “anti-biológica” que sabemos se sufría en toda la cristiandad desde, al menos, el siglo IV, en el contexto del helenismo tardío⁹⁸.

Se ha dicho que el desarrollo del pensamiento neoplatónico a finales de la tardoantigüedad fue, en gran medida, la causa de un creciente desinterés por las ciencias naturales y, por ende, de la medicina racional. En ese modelo místico-mágico, expresado entre otros por Agustín y Capella, ciencia era sólo aquello que podía permitir al alma elevarse de lo terrenal y llegar a lo celeste⁹⁹. En consecuencia, el arte de sanar, junto a la arquitectura, perdió su status epistemológico dejando de ser considerada *ars liberalis*, pues

⁹⁴ Podría hablarse de tres “tipos de culto”, la *latría*, tributado sólo a Dios, la *hiperdulía*, ofrecido a la Virgen María y la *dulía*, dirigido a los santos (y sus representaciones).

⁹⁵ La teología tradicional aceptaba la doble naturaleza de Cristo, por un lado humana y “circunscrible” (limitada en lugar y tiempo) y por otro divina e “incircunscrible” (ilimitada e intemporal). Los iconoclastas (en particular Constantino V Caballinos) defendían la imposibilidad del icono de Cristo, porque suponía “circunscribir” la inasequible divinidad de Jesús, absolutamente inseparable de su humanidad (unión hipostática). Para los iconodulos, el Hijo de Dios al encarnarse se había circunscrito en una forma comprensible y visible; por ende era “representable”. El icono compartiría el misterio de poder “ver” a la vez su humanidad y divinidad. Para la compleja cuestión, vid. Yébenes Escardó, 2009, *passim*.

⁹⁶ Equiparable a unión de las dos naturalezas, divina y humana, en una única persona. Se considera una forma imposible en seres creados y que por ende resulta “misteriosa”. No se trata de una entidad mitad hombre y mitad Dios, es completamente divina y en el mismo grado humana, sin mezcla, inconfusa, incambiable, indivisible e inseparable. El concepto (unidad en la distinción), de tan importantes consecuencias teológicas, quedó establecido en la “definición” (*horos*) del Concilio de Calcedonia (451).

⁹⁷ Chrone, 2012, p. 2.

⁹⁸ Vid. por ej. Laín Entralgo, 1978, pp. 146-148.

⁹⁹ Al respecto, vid. Vössing, 2008.

su objeto era algo mortal. El paradigma explicativo “geométrico” de una realidad organizada de manera jerárquica fue, en buena medida, el trasfondo de aquel “galenismo medieval” que asumía una interpretación teleológica de los procesos naturales, en total sintonía con la dogmática cristiana¹⁰⁰. Es evidente que semejante planteamiento estaba muy alejado del “organicismo” y aún más allá del “mecanicismo”, fórmulas¹⁰¹ que cabe suponer sí habrían empujado a la experimentación y el pensamiento biologicista. Estaríamos ante lo que Laín Entralgo¹⁰² denominó el “reblandecimiento de la racionalidad fisiológica”, perceptible en la mente y la conducta de los galenos bizantinos. Una genuina crisis de este paradigma podría haber surgido a comienzos del siglo VIII, favoreciendo en particular el primero de los sistemas citados. Existirían señales de tal inestabilidad intelectual acompañando a otra enorme y profunda de los principios y valores que habían sustentado hasta entonces la fórmula política del *dominado*¹⁰³.

Tal vez fue necesario reafirmar la autoridad del emperador, a la que se oponían diversas fuerzas centrífugas en tanto los enemigos exteriores amenazaban la existencia misma del Imperio¹⁰⁴. Se correspondería con lo que Dagron¹⁰⁵ llamaba “la sombra de la duda”, la puesta en cuestión de la hagiografía y la quiebra de aquella “institucionalización del milagro”

¹⁰⁰ Sobre esta “coexistencia pacífica” entre galenismo y religión monoteísta, vid. la síntesis ofrecida por Strohmaier, 1995, pp. 134-135.

¹⁰¹ Utilizamos la nomenclatura enunciada por Kearney, 1970, *passim*.

¹⁰² Laín Entralgo, 1978, p. 147.

¹⁰³ Se trata de elevar el estatus del emperador, hasta llegar a la más despótica entre las formulaciones de gobierno que se dieron en Roma.

¹⁰⁴ Brown, 1973, pp. 17ss.

¹⁰⁵ Dagron, 1992, *passim*.

en la Europa cristiana¹⁰⁶. Desde luego, deberíamos poder advertir algún movimiento en consonancia surgido en el campo de la salud/enfermedad. Por de pronto, notamos que en este tiempo no estuvo ausente, en absoluto, la producción de ensayos médicos y en sus páginas eventualmente se encontrarían rasgos de ello. El esmeradamente ilustrado *codex Niketas*, los diversos trabajos de Teófilo Protospatario, la compilación utilitaria reunida por Pablo Niceo (Περὶ πολλῶν τε καὶ ποικίλων γενομένων νοσημάτων ἀναριθμήτων τε συμπτωμάτων περὶ τὰ ἀνθρώπινα σώματα), el interesante tratado anatómico-antropológico de Melecio Opsikiono (Περὶ τῆς τοῦ ἀνθρώπου κατασκευῆς) unidos a la magna obra del polímata León Constantinopolitano, incluida una gruesa *Sinopsis Médica* (Σύνοψις ἰατρική) y su epítome de morfo-fisiología (Σύνοψις εἰς τὴν φύσιν τῶν ἀνθρώπων), servirían como referentes principales.

A ellos habría que añadir, en el sentir de Miller¹⁰⁷, otros dos “menores”, por la entidad de lo conocido. Se trata del casi ignorado Mercurius Monacos¹⁰⁸, con su manual sobre el pulso (Αναγκαιοτατη διδασκαλια περι σφυγμων) y del no menos misterioso Juan Archiatros¹⁰⁹, bajo cuya firma se reúne uno de los más completos “apuntes” del género que han dado en llamar *iatrosafia*¹¹⁰. Se entendería que un movimiento hacia lo que hoy llamaríamos “medicina basada en la evidencia” se pudo generar entonces, pues esos sumarios de *materia medica* y farmacología prescinden de justificaciones teóricas y

¹⁰⁶ Comelles Esteban, 1993, *passim*.

¹⁰⁷ Miller, 1997, pp. 173ss.

¹⁰⁸ Sobre el autor y la obra, vid. Masullo/Roselli, 2006, *passim*.

¹⁰⁹ Sobre los autores médicos con nombre de “Juan”, vid. Temkin, 1932, pp. 51-57.

¹¹⁰ Al respecto, Touwaide, 2007; Nutton, 2013 y sobre todo Zipser, 2009.

buscan una eficiencia terapéutica basada exclusivamente en la experiencia clínica individual, a partir de otras previas, puesta en común con colegas y “actualizada”. Desde luego, se habría dado sin perjuicio de una búsqueda consciente de conocimientos morfo-funcionales y no tanto doctrinales. Podría ser muy significativo que las únicas tres obras bizantinas que tratan con exclusividad el *humani corporis* o la *natura hominum* deriven de este tiempo, por más que en ellas se secunde y admire al maestro pergameno.

Es importante insistir en que el siglo y medio que esbozamos estuvo sometido, en teodicea y política, a una agria disputa entre dos corrientes del cristianismo medieval, la iconoclasta o “incrédula” y la iconodula o “devota”¹¹¹. Sin perjuicio de que aún se discuta sobre su carácter o verdadera motivación, poca duda cabe de que estamos ante una más de las llamadas “logomaquias” bizantinas¹¹². En definitiva, debemos aceptar que el hiperdebatido asunto de la “venerabilidad del icono sobre el cimiento de la encarnación de Cristo”¹¹³ representa exclusivamente el aspecto exterior de algo todavía mucho más complejo y medular. Si en el campo intelectual, como Brown¹¹⁴ asegura, se trataba esencialmente de dilucidar el papel de lo sagrado en la sociedad, está también muy claro que ello conllevaba planteamientos básicos relativos al pensamiento y la vida en

¹¹¹ “Incrédulos”(ἄπιστοι) era el término con el que los iconodulos (ortodoxos) designaban a los iconoclastas, en tanto “devotos” (εὐσεβεῖς) era el término que se aplicaban a ellos mismos. Al respecto vid, Auzépy, 1994, p. 37.

¹¹² Bravo, 1997, p. 25.

¹¹³ Sobre la “teología del icono”, en particular el fundamento de la iconodulia sobre la encarnación de Cristo (dentro de la cristología antioquena del Lógos-ántropos, Verbo Divino-ser humano completo), remitimos a lo expuesto en el prefacio de la traducción del tratado de Nicéforo Patriarca, *Antirrhētici Nicephori*, Mondzain-Baudinet, pp. 7-34.

¹¹⁴ Brown, 1973, pp. 1-34.

común. Igualmente se enlazaría con la “gestión del problema de la salud”, en concreto la porfía entre cuidado, adivinación, terapéutica y milagros¹¹⁵. Sabemos con seguridad que el iconoclasmo rechazaba sin paliativos el culto a las imágenes sacras aunque en absoluto prohibía el arte figurativo, muy al contrario apunta haber auspiciado la vuelta de los tipos iconográficos clásicos, sin excluir aquellos emanados del paganismo¹¹⁶.

No resulta ocioso insistir en que se estaba lejos de ningún aniconismo, como el musulmán que a la sazón se abría paso en el califato. Más bien parece haber sido una única y directa prohibición de retratos hábiles para ser “adorados”, en particular los portátiles¹¹⁷. Incluso las estampas religiosas incompatibles o difícilmente susceptibles de recibir dulcía, como las narrativas, se ha apuntado que recibieron su beneplácito¹¹⁸. Igualmente está claro que ponía en duda el poder taumatúrgico de iconos y reliquias, también de “anacoretas locos” (σαλοὶ) y *fontes sacras* (αγιάσματα), en tanto matizaba la “capacidad de intercesión de los santos” (πρεσβεία) y consideraba el milagro (θαύματος) algo bastante más difícil de lo que sus opositores defendían¹¹⁹.

Además de tales premisas, parece haber representado un trascendental impulso regenerador de la administración civil y del ejército de profundo

¹¹⁵ Términos utilizados por Comelles Esteban, 1993, pp. 166-168.

¹¹⁶ Bury, 1912, pp. 430-431.

¹¹⁷ En general, Auzépy, 1987, p. 159.

¹¹⁸ Auzépy, 2003, p. 19.

¹¹⁹ En general, Auzépy, 2001, *passim*.

calado¹²⁰. Estamos, como aseguraba Mango¹²¹ haciéndose eco de una idea consensuada entre los historiadores, ante uno de los momentos de transformación en la estructura e ideología constitucional de Bizancio. Su origen y perfeccionamiento radicó esencialmente en el propio Gran Palacio, fue así una “herejía sin parangón, la única imperial”¹²². Estuvo auspiciado por no menos de seis emperadores, desde León III Sirio (717-741) hasta Teófilo Amoriano (829-842), todos ellos de procedencia o con fuerte vocación militar, extraordinariamente atentos a la justicia social y la seguridad. Las “cualidades de gobierno” que reivindicaron con énfasis, y hasta sus enemigos les llegarían a reconocer, fueron la equidad (ἡ δικαιοσύνη) y la victoria (ἡ νίκη)¹²³. Al parecer, gracias a ese empeño impregnado de pragmatismo se pudo superar un peligroso *état d’urgence*, derivado del acoso simultáneo que árabes y búlgaros procuraron en las fronteras de uno y otro lado del Imperio¹²⁴.

Frente a ellos, la iconodulia agrupaba a un conjunto de poderosas fuerzas “conservadoras”, sobre todo de orden eclesiástico, partidarios de los iconos y reliquias como elementos de culto y a la par seguidores de los histriónicos santones¹²⁵ (*holy man*), todos ellos primordiales transmisores de la *energeia* divina. Se añadían otros considerandos teoréticos y sociales de diversa índole, en particular la defensa de la exención fiscal para los enormes y

¹²⁰ Una introducción sobre esa urgente reforma se ofrece en Auzépy, 2007, *passim*.

¹²¹ Mango, 1977a, p. 1.

¹²² Auzépy, 1998, pp.

¹²³ Auzépy, 2003, p. 18.

¹²⁴ Al respecto, Auzépy, 2007, *passim*.

¹²⁵ Brown, 1971, p. 91.

ricos cenobios “aristocráticos”. Contra tales instituciones, y el monaquismo en general, incluso se lanzarían campañas de persecución, puntualmente no exentas de crueldad¹²⁶. Hipotéticamente serían menos “laicistas” y más respetuosos con la tradición litúrgica, aunque no tanto en coherencia con los cánones veterotestamentarios¹²⁷. Los “campeones” de esa ortodoxia fueron archimandritas o higúmenos de grandes y opulentos centros monásticos, como Sabas Sacudita, Platón Sacudita y su sobrino Teodoro Estudita, amén de patriarcas como German I, Tarasio, Nicéforo I, Metodio I, Ignacio I o el mismo Focio I “el Grande”. Contarían con el apoyo moral, y seguramente también económico, de las sedes apostólicas orientales y del papado, con figuras de reconocida talla como Juan Damasceno, Gregorio III, Adriano I y Pascual I.

El triunfo de estos “piadosos iconodulos” y la *damnatio memoriae* aplicada con inusitado celo a cuantos documentos pudieran haber surgido desde el bando opuesto, podrían haber influido de manera decisiva en la tenebrosa y distorsionada visión que nos resta de la época¹²⁸. El resultado sería la construcción de un cuadro frontalmente pesimista, que también se cimentaría en algunos otros factores circunstanciales y equívocos, como sería el hecho de comenzar a utilizar el papel, substituyendo al papiro¹²⁹. Este material, mucho más endeble y perecedero, explicaría que sobrevivieran menos vestigios y, a la postre, resultara una aparente menor producción de

¹²⁶ Particularmente en tiempos de Constantino V Caballinos. Vid. *infra*.

¹²⁷ Auzépy, 2004a, pp. 79-92.

¹²⁸ Vid. por ej. Auzépy, 2004b, pp. 127-165.

¹²⁹ Al respecto, Wilson, 1994, pp. 98-101.

manuscritos¹³⁰. Por contra, estarían presentes otros indicios de vitalidad, entre los cuales destacaría el desarrollo y rápida generalización del uso de la letra minúscula¹³¹ y las noticias indirectas que nos han llegado sobre el excelente nivel de la enseñanza secundaria y “ecuménica” en Constantinopla durante esos siglos¹³².

Ambos fenómenos estarían en estrecha relación, siendo el alargamiento de los programas de estudio la verdadera causa de que hacia el 780/790 se conformara el nuevo tipo de escritura¹³³. Ésta pudo nacer, conforme a la opinión de Auzépy¹³⁴, al calor del ambiente vivido en el círculo palatino hacia esa misma década. No es, desde luego, descabellado imaginar un fomento de la llamada “cultura escrita”, ello virtud al testimonio de la *Ecloga Legum* (Ἐκλογῆς τῶν Νόμων). En este compendio jurídico de la dinastía siria, que ha sobrevivido contra todo pronóstico sólo virtud a su utilidad en la práctica del derecho¹³⁵, se insiste reiteradamente en la normalidad y necesidad de realizar y mostrar documentos, tanto para contratos como transacciones.

Desde luego, se muestra en vibrante contraste a lo que marcaba el precedente *Código de Justiniano*, más conciliador con la oralidad¹³⁶. Cabría añadir las enormes incertidumbres que suscitan ciertas dataciones hasta ahora ofrecidas respecto a un buen número de obras en diversos campos,

¹³⁰ Los manuscritos conservados no reflejan una “estadística precisa” (Wilson, 1994, p. 99).

¹³¹ Wilson, 1994, pp. 101ss.

¹³² Lemerle, 1971, pp. 79ss.

¹³³ Irigoin, 1962, p. 288.

¹³⁴ Auzépy, 2007, p. 24.

¹³⁵ Al respecto, Freshfield, 1932, pp. 9-34.

¹³⁶ Bravo, 1997, p. 62.

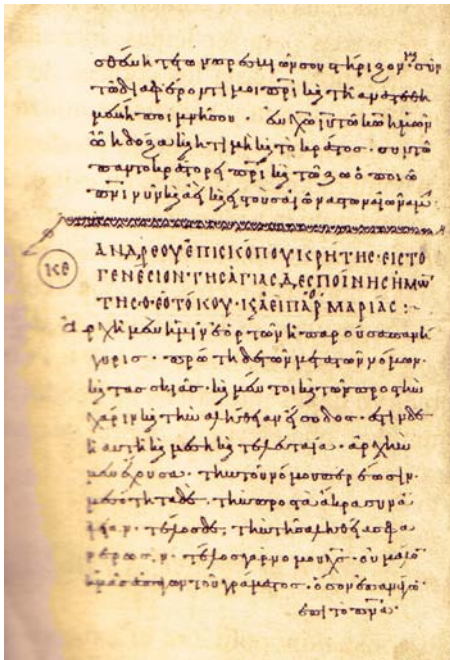


Fig. 9. Folio Jn. 17: 2-12 del llamado *Evangelario Uspensky* (Minuscule 461). Sería el primer documento conservado en minúscula griega y dataría del año 835. El taller de copia habría sido aquél a la sazón ubicado en el gran cenobio de San Juan de Estudios en Constantinopla. Los especialistas subrayan que se trata de una grafía ya de cierto desarrollo previo, con letras regulares y bien formadas. Todo apunta a que esta significativa escritura podría haber surgido *de novo*, sin derivar del procedimiento carolíngeo similar, en pleno periodo del llamado primer iconoclasmo.



Fig. 10. Pórtico de entrada a la basílica de San Juan de Estudios, con el architrabe y las columnas teodosianas que seguramente son originales del siglo V, época fundacional de la longeva institución.



Fig. 11. Interior de la basílica de San Juan de Estudios en su estado actual.

en especial los científicos, desde la astronomía a la medicina. Algunas muy notables, que reconocidos especialistas habían ubicado en el periodo heracliano o, con más frecuencia, en el macedonio, han resultado al final ser “iconoclastas”. El ejemplo más llamativo sería precisamente las antes citadas *Tablas Sencillas* de Ptolomeo, recogidas en el *Vaticanus Graecus* 1291, fechado ahora en el reinado de Constantino V Caballinos (741-775) con plena seguridad¹³⁷. Cabe sospechar que algo similar está ocurriendo en otros casos, donde los autores encuentran disonancias a pesar de que asuman fechas previas o posteriores a la época que tratamos.

Ello se complementaría con otras noticias relativas a cierta proliferación de “ingenios” o complejas máquinas de diversa utilidad, tales como órganos hidráulicos musicales¹³⁸, autómatas¹³⁹, relojes astronómicos¹⁴⁰, telégrafos ópticos¹⁴¹ o sifones impulsores¹⁴². Algunos de ellos se basarían en los trabajos de mecánica y robótica adjudicados a Herón Alejandrino (s. I dC), los que al parecer comienzan de nuevo a ser difundidos por esas fechas¹⁴³. Serían testimonio sobre la preocupación y conciencia que los emperadores iconoclastas tuvieron respecto a la necesidad de recuperar cierta parte del legado helenístico, hasta entonces no demasiado valorada¹⁴⁴.

¹³⁷ Al respecto, Wright, 1985, *passim*.

¹³⁸ Brubaker/Haldon, 2001, p. 115.

¹³⁹ El artículo de referencia sería Brett, 1954. También Trilling, 1997.

¹⁴⁰ En relación al reloj ubicado en palacio y sus monjes-técnicos vid. Magdalino, 2006, pp. 23ss.

¹⁴¹ Sobre la cuestión, vid. Lemerle, 1971, pp. 154-155.

¹⁴² Bien para uso civil, en el riego agrícola y para controlar los incendios, o también en lo militar, como “lanzallamas” de fuego griego. Al respecto vid. Lewis, 2007, pp. 370-371.

¹⁴³ Signes Codoñer, 2003, pp. 234-235.

¹⁴⁴ Hemmerdinger, 1955, pp. 38-39.

Se conforma con todo lo expuesto un conjunto nada despreciable, capaz de modificar nuestra percepción, dibujando un periodo intelectual mucho más feliz, en sus diversas facetas, por más que sin continuidad. Está claro que hablamos de un “paréntesis”, protagonizado por cierto planteamiento globalizante que no se desarrolla en plenitud, al perder la batalla el “partido” sobre el que se sostenía. Tal vez fue, en el aspecto epistemológico, un intento de retornar al clasicismo con modelos e intereses científicos orgánico-mecanicistas, pero sabemos que no caminó más allá del siglo IX, momento en el que se diluye y viene a ser substituido por una erudición literaria¹⁴⁵, al amparo de una iconodulia triunfante. La diferencia entre el temperamento y las aficiones amén del contenido de sus bibliotecas privadas, la derrota al fin en el favor imperial de un científico como León Contantinopolitano a manos de un teólogo-literato como Focio, pueden suponer la mejor ilustración del panorama expuesto¹⁴⁶. Se trataba ya de la regencia ejercida por la emperatriz Teodora Paflagonia, restauradora de la veneración a las imágenes y las reliquias, la presbeia y la “libertad de la Iglesia”.

Por último, y sintetizando sobre aquello hasta ahora escrito por los especialistas respecto a nuestro concreto tema de tesis, la medicina bizantina en el periodo iconoclasta, podemos recordar las sentencias expresadas por dos autores, posiblemente los únicos que se han atrevido a escribir con referencia explícita a ello. Primero, y en el polo “negativo”, estaría Laín Entralgo¹⁴⁷, quien aseguraba un hundimiento de la formación y práctica sanitaria

¹⁴⁵ Signes Codoñer, 2003, pp. 229-230.

¹⁴⁶ Al respecto, Lemerle, 1971, pp. 148-204.

¹⁴⁷ Laín Entralgo, 1978, pp. 155-156.

constantinopolitanas como resultado de las “violentas y reiteradas acciones de los iconoclastas contra los monasterios”. No en balde, en ellos era donde, a su sentir, “se conservaba la cultura griega”. Segundo, y en un tono muy “positivo”, tendríamos a Chronē¹⁴⁸, quien defiende que fue entonces cuando se conformó la percepción de la enfermedad y el tratamiento sobre “una estructura científica y contenidos organizados en secciones comprensibles”, siendo la primera vez en la que “instrucciones y prescripciones de magia blanca y amuletos están completamente ausentes”. Para la autora, la obras de Pablo Niceno y León Constantinopolitano establecerían los estándares verdaderamente médico-rationales en los siglos siguientes. Marcarían una impronta sobre la totalidad de los más importantes ensayistas médicos del periodo macedonio, comneno y hasta paleólogo, amén de sus colegas occidentales. A partir de ellos se impondrá la concisión, la inteligibilidad y el repudio a cualquier elemento de superstición, reconociendo sólo los factores naturales en la etiología de la enfermedad y siendo conscientes de que ejercían un “arte” (τέχνη) y no tanto una “ciencia” (ἐπιστήμη). Añadiríamos un especial interés por la prevención, en el sentido de estar atento a las manifestaciones clínicas y sus causas, diseñando un nuevo tipo de literatura médica, basada en la descripción y clasificación de las enfermedades por criterios de tal orden¹⁴⁹.

Está claro que continua el debate, pero se abre paso la aproximación a este tiempo y a sus posibles logros y/o propuestas de progreso, frente a las tradicionales visiones de estancamiento o involución. Hacemos referencia

¹⁴⁸ Chronē, 2012, *passim*, esp. p. 6.

¹⁴⁹ Chronē, 2012, pp. 4-5.

a la ciencia/técnica en general y medicina en particular, enlazadas con la sociedad y el Estado bizantinos. Algo a lo que contribuye la cada vez mejor inteligencia del periodo, por más que en el marco de un proceso de esclarecimiento todavía puntual y aleatorio.

I.3. Planteamiento de las preguntas

Sobre la base de nuestra propia indagatoria preliminar y de lo publicado con anterioridad, hemos considerado oportuno plantear varias interrogantes en orden a los tres tipos fundamentales descritos en la metodología tradicional¹⁵⁰:

A. Preguntas factográficas. (Fijación de eventos y coyunturas)

A.1. ¿Qué aconteció en la esfera de la medicina durante el periodo iconoclasta en Bizancio? Pensamos en los hechos y circunstancias atinentes a cada una de las parcelas que conforman la actividad médica, desde la formación y el cuadro de valores ético-ideológico-religiosos hasta los profesionales, el ejercicio privado, la asistencia pública, la sanidad militar, la farmacopea, los actos médicos, el instrumental y técnicas de cirugía, los actos quirúrgicos y las publicaciones.

A.2. ¿Tuvo aquella medicina rasgos propios, diferenciales? ¿Cuales fueron las relaciones y en qué sentido predominante circularon especialistas

¹⁵⁰ Topolsky, 1985, pp. 280ss.

y saberes entre las potencias del periodo, en particular el Imperio carolingio y el califato de Bagdad? La particularidad podría formar parte de los principios morales y/o las condiciones socio-culturales que afectan ineludible y substancialmente a la medicina. Desde luego, el flujo de conocimientos y facultativos sería determinante para conocer el nivel académico y técnico del arte de sanar en cada entidad política.

A.3. ¿Cabe hacer un balance en términos de retroceso, paralización o progreso, considerando las etapas precedente y subsiguiente? El baremo se propone sobre las ciencias básicas y también en lo referente a la praxis, teniendo en cuenta número y calidad.

B. Preguntas explicativas. (Esclarecimiento de las causas)

B.1. ¿Porqué se dieron esos eventuales sucesos y circunstancias, tanto relativos a los fundamentos como al ejercicio ordinario? Las razones o el conjunto de elementos que permiten entender la realidad de una supuesta medicina peculiar o con rasgos singulares, tendrían una dinámica generadora que deberíamos conocer. Se trata de la habitual interacción entre condiciones político-social-religiosas y el soporte teórico-práctico para encarar la enfermedad.

B.2. ¿Tuvo la iconoclastia, como movimiento socio-político con un soporte doctrinal complejo, influencia de algún tipo en tales acontecimientos científico-prácticos referentes a la salud, la enfermedad y la terapéutica? Si el movimiento iconómaco afectó a la ética social, cabe buscar respuesta a la capacidad de influir directamente en el campo de la salud, acaso por modificar

la percepción de la naturaleza, el milagro, la devoción, la intercesión de los santos, el cuerpo humano, los hábitos higiénico-dietéticos, la enfermedad y la muerte.

C. Preguntas teóricas. (Universalización de lo propuesto)

C.1. ¿Se verifican en esta etapa los condicionantes generales que, según se afirma, dificultan o impulsan la ciencia y praxis médicas? La duda razonable, el espíritu de investigación, el rechazo del dogmatismo y la superstición podrían haber estado presentes en la iconomaquia.

I.4. Formulación de la hipótesis histórica

Nuestra hipótesis de partida es que, efectivamente, la medicina en Bizancio durante la *Dark Age* iconoclasta pudo tener ciertos atributos singulares, susceptibles de ser reseñados y que incluso algunos logros o mejoras pudieron surgir entonces. Ello afectaría tanto a la teoría, en particular lo relativo al estímulo de conocimientos morfo-funcionales y unos más rigurosos cánones literarios, como a la práctica, especialmente en el campo de la cirugía. Se primaría la recopilación de tratados de anatomofisiología e incluso podría haberse dado un *revival* de la disección. En puridad, ese progreso que esbozamos estaría basado y tendría su mayor interés en la instauración, sea parcial, de un ambiente socio-político capaz de promover el desarrollo de la disciplina. Las características esenciales

“iconoclastas” de oposición a los excesos en la piedad, rechazo del llamado “milagro disponible” y la búsqueda de la utilidad práctica estarían entre los condicionantes de semejante rumbo. Ciertamente, también sospechamos que esta tesitura cultural, proclive a las ciencias naturales y alejada de la superstición, no disfrutó del tiempo suficiente para que se consolidara. De alguna manera no supo enfrentar las fuerzas antagónicas y sucumbió con un cese relativamente brusco del apoyo entre los gobernantes. Una feroz censura que ejercerían sus adversarios estaría detrás de la oscuridad y casi ausencia de influjo alguno aparente a primera vista. Por ende, los resultados no pudieron ser demasiado llamativos ni disfrutar de la tan necesaria inmediata continuidad. Desde luego, esbozamos una *hipótesis heurística* que deberemos elucidar, ver de aumentar su apoyo y, en el grado que sea posible, llegar a corroborar. Bien entendido que estamos honestamente dispuestos a una modificación del planteamiento, en el extremo que sea oportuno, conforme se perfilen sucesivamente la *hipótesis factográfica* (establecimiento probable de los hechos a partir de las fuentes y su análisis), la *hipótesis explicativa* (comprensión razonada del relato) y la *hipótesis de construcción* (periodización y clasificación de lo expuesto).

II

FUENTES HISTÓRICAS
DEL PERIODO

Respetando los principios de la investigación histórica¹⁵¹ y conforme a lo que Topolsky¹⁵² ha denominado *metodología pragmática*, analizaremos a continuación las fuentes históricas que, de una u otra manera, resultan atinentes a nuestra investigación. Cabe subrayar que entendemos el concepto en modo generosamente amplio y heterogéneo, de acuerdo a la definición expresada por el profesor Aróstegui¹⁵³: “todo aquel objeto material, instrumento o herramienta, símbolo o discurso intelectual, que procede de la creatividad humana, a cuyo través puede inferirse algo acerca de una determinada situación social en el tiempo”. Para el espacio que nos ocupa podría servir de referente la amplia y elaborada revisión que publicaron los especialistas Leslie Brubaker y John Haldon¹⁵⁴, analizando tanto los restos materiales como las fuentes escritas. Las primeras serían esencialmente del tipo *no testimonial*, enmarcadas en la llamada “historia inconsciente”, a priori vestigios dejados sin la intención de servir como “testimonio histórico”. Las segundas, por el contrario, se presentan como *testimoniales* y cabe imaginar que vendrían a reflejar el conflicto interno de la sociedad bizantina, que en ese momento fue vibrante y profundo, con implicaciones en la sociedad y el devenir del Estado. Hemos establecido los límites temporales del periodo a valorar entre 717 y 842, es decir desde el ascenso al trono de León III Sirio (25 de marzo del 717) a la muerte de Teófilo Amoriano (20 de enero del 842). Ello sin perjuicio de asumir

¹⁵¹ Aróstegui, 1995, pp. 326ss.

¹⁵² Topolsky, 1985, pp. 38ss.

¹⁵³ Aróstegui, 1995, p. 338.

¹⁵⁴ Brubaker/Haldon, 2001.

que resulta imprescindible revisar también fuentes anteriores y posteriores, que podrán ayudar a comprender y valorar lo acaecido en ese intervalo. Se trata del *periodo iconoclasta* de gobierno en Bizancio, por la filiación de los titulares del trono, con la salvedad de Constantino VI (771-797), Irene Ateniese (797-802), Nicéforo I Megaloteta (802-811) y Miguel I Rangabé (811-813). Valoramos documentos no sólo del espacio territorial bizantino, también del resto de actores coetáneos, el Occidente de Europa, los círculos sirio-monofisitas y el mundo árabo-islámico especialmente. No es necesario explicar que las interrelaciones en tantas esferas de la existencia humana individual y colectiva que mantuvieron todos estos distintos entes socio-político-religiosos es causa más que suficiente para tenerlos en atenta consideración para nuestro propósito.

II. A. FUENTES ESCRITAS

Para el estudio de la medicina en el periodo iconoclasta de Bizancio resulta necesaria la recopilación y análisis de materiales y textos de todo orden y no solo los relacionados en modo directo con la praxis y teoría médicas. La política, la población o la cultura suponen de ordinario un objetivo preliminar insoslayable, y en este caso aún podrían ser más trascendentales, pues estamos ante un momento de áspero, incluso cruento, enfrentamiento entre lo que parecen haber sido dos concepciones de la sociedad. Sabemos que la victoria, aparentemente completa, quedó en manos de los iconodulos

o “piadosos” y este hecho condiciona *in totum* la observación que en la distancia un investigador puede llevar a cabo. Tanto las coetáneas como las posteriores fuentes bibliográficas bizantinas son, sin excepción, enemigas de los iconoclastas, alcanzando un grado de vehemencia verdaderamente sorprendente. Ello ha sido señalado en muchas ocasiones y la causa, sintetizada por la especialista Auzépy¹⁵⁵, ofrece pocas dudas: las primeras fueron escritas por activistas iconodulos y las segundas por individuos que estuvieron bajo el abrumador peso de la ideología dominante. Los poderes civil y religioso que se suceden tras el llamado *Domingo de la Ortodoxia*, (19 de febrero del 842), no parecen haber permitido la más mínima discrepancia al respecto. El sesgo afecta a todos los tipos de documentos; historiográficos, cronográficos, hagiográficos, actas conciliares, escritos científicos, teológicos, literatura y los públicos o burocráticos. Empero, no faltan datos que apuntan a que también existieron, en cada uno de los señalados, ejemplos neutros o incluso claramente favorables al iconoclasmo. Los especialistas han querido advertir reminiscencias de crónicas iconoclastas que fueron utilizadas, reescritas y reelaboradas por los autores iconodulos del siglo IX cuyas obras han llegado hasta nosotros¹⁵⁶. Esa perspectiva más amable con los “perdedores” se advierte aún mejor cuando se trata de fuentes no bizantinas, en particular siriacas y armenias. Resalta el contraste del tono expresado por Teófanos Confesor (758-817), Nicéforo Patriarca (758-829), el llamado *Scriptor Incertus* (820), Jorge Monje (c. 846) o José Genesisio (c. 959), frente a Samuel Aniota (1100-1180), Miguel Sirio (1166-1199) o Bar

¹⁵⁵ Auzépy, 2006, p. 8.

¹⁵⁶ Brubaker/Haldon, 2001, pp. 166-167.

Hebreus (1226-1286), quienes dibujan un panorama radicalmente opuesto. Pese a la relativa lejanía temporal de estos últimos, es obligado recordar que los métodos compilatorios utilizados por ellos, reproduciendo literalmente párrafos, permite dar tales versiones por muy aproximadas a las que en su momento plasmaron los eruditos orientales coetáneos. En lo referente a los documentos institucionales, viene a suceder algo similar. El silencio o la selección arbitraria de párrafos es la tónica dominante, aunque bien es cierto que la *Recopilación de Leyes*, el *Código Rural*, el *Código Militar*, el *Código Náutico* y una *Lista de Presencia*, el célebre Takticon Uspenskij (842-843), vuelven a contraponer una versión menos negativa, por no decir decididamente positiva. La literatura epistolar y los ensayos polémicos anti-iconoclastas son, desde luego, los únicos disponibles, lo mismo que las estereotipadas *Vidas de Santos* o las *Colecciones de Milagros*.

Ciertamente, analizando sus contenidos el investigador puede llegar a conocer ingentes datos y alcanzar conclusiones sólidas, a veces bastante alejadas de la intención original del piadoso narrador. Con todo, y ello sabemos que supuso una tarea mucho más difícil, también se ha podido descubrir la existencia de una hagiografía iconoclasta, algunos de cuyos exponentes han sobrevivido, bien que adulterados¹⁵⁷. Parecen muy relevantes las diferencias con aquellas iconodulas, a cargo de monjes cuya animadversión contra la llamada “herejía imperial” se nos antoja particularmente virulenta. En suma, para nuestro tema somos muy conscientes de que el componente de distorsión asociado a muchas fuentes

¹⁵⁷ Auzépy, 1992, *passim*; Auzépy, 1999, *passim* y Brubaker/Haldon, 2001, pp. 201-203.

verbales escritas es más que notable. Por ello, la toma en consideración de las anteriores y posteriores se torna imprescindible, en principio por mor de verificar continuidades y/o rupturas. Además, el método regresivo también podría desembocar en el descubrimiento de literatura e incluso arte nacidos en la iconoclastia. Se trata de entes respetados sea parcialmente por su utilidad o categoría, pero sin que ninguna mención los atribuya en concreto a esos “emperadores malditos”¹⁵⁸. Sería el caso, por ejemplo, de tres tratados militares recopilados por Constantino VII Porfirogéneta¹⁵⁹ y tal vez también del *Patria Constantinopoleos*¹⁶⁰, amén del célebre *Salterio Chludov*, del que se especula con la posibilidad de que hubiera tomado por modelo uno previo elaborado bajo la dinastía siria¹⁶¹. Desde luego, en palabras de Auzépy¹⁶², estamos ante una historia “mayormente escrita en condicional”. Representa un grueso inconveniente, que se añade a los habituales, y donde aún cabe sumar una hipersensibilidad poco común. De cierto la inquina de los autores contra sus enemigos alcanza cotas poco usuales, de hecho abundan inusualmente las descalificaciones injustificadas y los adjetivos gruesos. En este aspecto psico-emocional tal vez una de las mejores alternativas sea especular sobre las intenciones. En el sumario de la disputa teórica y de las descripciones a cargo de cronistas, el análisis de ¿por qué miente el que miente?, o ¿por qué oculta el que oculta?, podría ser una substancial ayuda para buscar un acercamiento a la realidad¹⁶³. Igualmente

¹⁵⁸ Auzépy, 2003, p. 13.

¹⁵⁹ Constantino Porfirogéneta, *Tres Tratados Militares*, Haldon, p. 96; Auzépy, 2003, p. 13.

¹⁶⁰ El texto podría datar parcialmente del 750. Al respecto, vid. Dagron, 1984, pp. 9-60.

¹⁶¹ Al respecto, Auzépy, 2003, *passim*.

¹⁶² Auzépy, 2007, p. 1.

¹⁶³ Aróstegui, 1995, p. 352.

tenemos muy en cuenta que esa corriente de silencio y desfiguración fue mantenida, hasta tiempos relativamente no muy lejanos. Es seguro por ello que una buena parte de las fechas y atribuciones, en particular de códices científicos y relatos legendario-piadosos, no son en absoluto correctas. Junto a otros datos, están demasiado sesgadas por el influjo de ideas establecidas y aceptadas, de manera crítica a veces y acrítica en no pocos casos, desde una ideología o creencia religiosa fuertemente arraigadas. El historiador queda obligado, como siempre pero en nuestro tema aún con mayor imperiosidad, a ser muy cauto y ampliar todo lo posible la documentación accesible.

II. A. 1. ESCRITOS MÉDICOS

Los autores y tratados médicos del periodo iconoclasta, incluso los inmediatamente precedentes y posteriores, sufren de una tremenda opacidad en lo referente a su identificación y datación. Tan frustrante incertidumbre, por ausencia de noticias, tal vez no deba causar sorpresa; está en plena consonancia al resto de elementos. No faltan, empero, ejemplos que creemos revisten crucial importancia para nuestra investigación; algunos que a priori ubicaríamos bajo la dinastía heráclida, otros en el primer o segundo iconoclasmo y los últimos en la primera etapa macedonia. El análisis de las obras de Pablo Egineta y Esteban Ateniense, epígonos alejandrinos, aquellas de Melecio Opsikioneo y León Constantinopolitano como representantes admitidos del momento, la reevaluación de Pablo Niceno junto a Teófilo

Protopatario, amén de los compendios firmados por Nicetas (quirúrgico) y Teófanos Crisobalantes (médico), suponen pilares esenciales. Los primeros ayudan a establecer la realidad de la ciencia y medicina, basadas en el método científico-especulativo, justo antes de la profunda crisis generada por la gran guerra bizantino-persa y las invasiones árabes. Se trata de un práctico y un docente que se forman y ejercen inicialmente en Alejandría para terminar acaso en Constantinopla, durante los vertiginosos años de la dinastía heráclida. Los segundos, que cabe fechar en pleno siglo IX, nos permitirían conocer lo propio al final de los amorianos. Uno podría representar la corriente médica de raíz patrística, la “monástico-teológica”, en tanto el otro bebería de la más tradicional “laico-filosófica”. Respecto a los terceros, mayormente datados al final de nuestro periodo, suponen ejemplos muy notables de la capacidad para superar lo previo. Integran sin complejos la pura *experiencia* (ἐμπειρία) y aquella parte de la *doctrina* (δίδαξις) más eficaz en el proceso de afrontar la *discrasia* (δυσκрасία). Bien entendido que no tenemos por imposible estar incluso inmersos en el clímax del “momento iconómaco”, porque a nuestro sentir ambos podrían haber vivido bajo emperadores contrarios a la dulía. Respecto a los postreros, “enciclopedistas” ya de inequívoca factura macedonia, permiten valorar los que entendemos fueron rasgos esenciales y propios de aquel *Triunfo de la Ortodoxia*.

Sea como fuere, cabe adelantar que todos y cada uno de los textos recogidos respetan la antes comentada característica común y constante en Bizancio: se trata de compilaciones con una reverencial dependencia de

los clásicos; ello sin perjuicio de que pretenden principalmente ser útiles a la praxis. Sobre los cimientos de la observación clínica y legitimados por el bagaje humoralista, buscan aunar *concisura* (συντομία), *perspicuitas* (σαφήνεια) y *utilis* (χρήσιμος)¹⁶⁴. En suma, la motivación cardinal para editar los tratados parece haberse fijado en una conocida triada de adjetivos, precisión-evidencia-utilidad, heredada del periodo tardo-antiguo y, a más lejano plazo, del helenístico empiricista. Por último, pero en absoluto menos importante, añadimos que el encaje con los principios evangélicos también ocupa un notable espacio, a veces abrumador, aunque en ningún caso parece desvirtuar lo esencial. En general evitan cuidadosamente poner de relieve el doble binomio enfermedad-salud *versus* pecado-redención, que tan opuesto resulta a los principios hipocráticos y, podría decirse, al sentido común. Sin excepciones, el relativamente escaso número de ensayistas recogido sigue una concepción naturalista estricta, racional y coherente, tanto en la clínica y terapéutica como en la anatomofisiología. Dentro de este capítulo cabe destacar sobremanera la triple reescritura del *De Usu Partium* por parte de Melecio Obsiquioneo, Teófilo Protospatario y León Constantinopolitano. El primero se empeña en llevar a cabo un esmerado acopio de aquello escrito por los Padres de la Iglesia relativo a la constitución del hombre, en la estela del tratado neoplatónico de Nemesio de Emesa, pero los otros dos apenas conceden un tenue halo cristiano a la obra clásica galénica. En cualquier caso, cabe pensar que la edición corregida y ampliada de ese texto esencial en unos años tan próximos, dentro del largo milenio bizantino, no puede ser algo casual. Por de pronto, implicaría que el original de Galeno estaba

¹⁶⁴ Ieraci Bio, 2006, p. 792.

a disposición de los médicos bizantinos y después que la preocupación o importancia de la anatomía, como sistema epistémico, teleológico y de acción o destreza, volvió de alguna manera a ser algo crucial en ese lapso iconoclasta, como lo había considerado el sabio pergameno¹⁶⁵.

Epítome de los escritos de los antiguos (Ἐπίτομος ἐκ τῶν ἀρχαίων συναγωγή) de Pablo Egineta

La obra mayor de Pablo Egineta pretendía ser, conforme asegura en el proemio, un compendio “canónico” del conocimiento que los antiguos habían llegado a elaborar. Deseaba, se dice, crear para los médicos un equivalente sanitario de los manuales legales que usaban los juristas¹⁶⁶. Realmente no sabemos cual fue su título original y el mismo autor se limita a dar el referente de “materia práctica” (πραγματεία) o “memoria” (ὑπόμνημα)¹⁶⁷. En cualquier caso se trata de un texto ambicioso, dividido en siete libros (I, higiene, profilaxis y dietética; II, patología general, doctrina de las fiebres, semiología; III, patología local, *a capite ad calcem*; IV, dermatología y helmintología; V, toxicología; VI, cirugía; VII, farmacología)¹⁶⁸. Avanza, así pues, desde el “arte de conservar la salud” hasta la *materia medica*, pasando por las fiebres, las afecciones internas, aquellas externas, los agentes agresivos y el indispensable “trabajo manual” (χειρουργεία). Es evidente la escrupulosa obediencia del orden tradicional

¹⁶⁵ Sobre la anatomía en Galeno, vid. López Férez, 1999, *passim* y Rocca, 2008, pp. 242-262.

¹⁶⁶ Tabanelli, 1964, pp. 12-13 y Pormann, 2004, p. 8.

¹⁶⁷ Tabanelli, 1964, p. 10; Pormann, 2004, pp. 7-8 y Lamagna, 2006, p. 683.

¹⁶⁸ Para un análisis del contenido y división en capítulos, vid. Tabanelli, 1964, pp. 12ss.

en la formación médica clásica y la vocación pedagógica “iatrosofista”¹⁶⁹. También se manifiesta que entre sus fuentes se incluyen no sólo Hipócrates y Galeno, igualmente están presentes Dioscórides, Alejandro Trallense, Aecio Amidense y, en modo muy particular, Oribasio Pergameno¹⁷⁰. De este último replica no sólo el contenido del capítulo inicial, sino también el “enciclopedismo provechoso” de su *magnum opus*, la conocida como *Colección médica* (Συναγωγή ιατρική)¹⁷¹. Hablamos de una “instrucción en círculo” (ἐνκύκλιος παιδεία) que aspira a estar disponible para cualquier facultativo, el que demanda ideas claras, consolidadas, en diagnóstico y terapéutica, lejos de cualquier discusión fisio-patológica, veleidad literaria y adorno superfluo¹⁷².

Empero, es un tratado con significativas aportaciones propias, tanto en medicina y farmacología (con la cita de alguna planta desconocida hasta entonces) como en cirugía. En esta decisiva parcela es donde se pone bien a la luz un modelo propio, seguramente fruto de reflexionar sobre la base de una sacrificada y larga práctica. Pablo divide el tema en dos grandes secciones, la relativa a estructuras blandas (VI, 1-87) y aquella que afecta al esqueleto (VI, 89-122), intercalando entre ambas un interesante epígrafe sobre la extracción de flechas (VI, 88). Al hilo de ello, cabe subrayar el excelente conocimiento que demuestra tener de las distintas armas y heridas que provocan¹⁷³. La competencia demostrada en las técnicas de cirugía de

¹⁶⁹ Pormann, 2007, p. 7.

¹⁷⁰ Tabanelli, 1964, pp. 12-15; Pormann, 2007, pp. 294-298 y Lamagna, 2006, p. 684.

¹⁷¹ Tabanelli, 1964, pp. 3-7 y Pormann, 2007, p. 294.

¹⁷² Al respecto, Pormann, 2007, pp. 293-297.

¹⁷³ Al respecto, Briau, 1885, pp. 10ss.

guerra propuestas y descritas con precisión, en particular la ligadura de arterias para combatir la hemorragia¹⁷⁴, permite dar por segura la participación del médico en campañas militares¹⁷⁵. De hecho, su libro VI será la referencia fundamental en esa especialidad hasta la época de Ambrosio Paré (1510-1592) y el desarrollo de la pólvora¹⁷⁶.

Lo cierto es que el éxito de la obra del egineta fue considerable, no sólo en su propia época también alargado a la posteridad, con una supervivencia inusual¹⁷⁷. Sabemos que ya Hunain Ibn Ishâq elaboró una feliz traducción al árabe¹⁷⁸, que tendría largo recorrido, sirviendo entre otros para los sabios ar-Razî, al-Baladî e Ibn Samağun amén de Ibn Sîna¹⁷⁹. La obra del último llegaría al sur de Italia corriendo el siglo XI, vertida al latín por el genio de Constantino Africano, en el núcleo del renombrado e influyente *Liber Pantegni*¹⁸⁰. Es posible que se tratara de una vía independiente de otra traslación directa debida a los monjes de Montecassino, acaso verificada algunos decenios antes¹⁸¹. Aquí cabe sospechar la mano de embajadas u otro tipo de contacto estrecho, acaso en relación con la campaña del general Maniaces y el intento de reconquista de Sicilia en 1038. En España, el tratado paulino también será recogido y muy estimado por Albucasis (al-

¹⁷⁴ Destacado ya por Briau, 1885, p. 11.

¹⁷⁵ Al respecto, vid. Frölich, 1880; Salazar, 1998 y, sobre todo, Mounier-Kuhn, 2006, pp. 106ss y 274ss.

¹⁷⁶ Al sentir de Briau, 1885, pp. 65-66, Ambrosio Paré habría alumbrado la idea de ligar arterias y venas, no sólo para las hemorragias, sino también en las amputaciones, tras recibir noticia de las ideas defendidas por Pablo Egineta nueve siglos antes.

¹⁷⁷ Sobre su “influencia”, vid. el capítulo dedicado en Pormann, 2004, pp. 293-310.

¹⁷⁸ Heiberg, 1919, p. 269; Tabanelli, 1964, pp. 14-15 y Pormann, 2004, pp. 114-122.

¹⁷⁹ Al respecto, vid. las conclusiones de Pormann, 2004, pp. 312ss.

¹⁸⁰ Pormann, 2004, p. 297.

¹⁸¹ Tabanelli, 1964, p. 15.

Abbâs az-Zahrâwî), el erudito de la Córdoba Omeya a la sazón aliada con el Imperio de Oriente¹⁸². Tal vez alentado por la lejanía temporal y geográfica, el andalusí se atreverá a tomar como propia, parafrasear¹⁸³ o incluso plagiar¹⁸⁴, la del egineta. Cien años después, Gerardo de Cremona aportará una nueva versión, que le hará célebre en todo el Occidente cristiano¹⁸⁵. Por otro lado, múltiples noticias permiten asegurar que en el propio Bizancio la memoria y uso de Pablo Egineta nunca se perdió, hasta llegar a los siglos finales. Pablo Niceno y León Constantinopolitano, autores datados en la iconoclastia, estarán entre sus más próximos deudores¹⁸⁶. De hecho, al caer Constantinopla en 1453, los ejemplares en griego medieval proliferan por las ciudades renacentistas que recogen a los profesores bizantinos exiliados¹⁸⁷. A partir de tales manuscritos, un buen número de los cuales se conservan en diversas bibliotecas europeas¹⁸⁸, su influencia aún se proyectaría bastante tiempo más. Todavía en 1607, el programa de estudios de la Sorbona parisina incluía en su bibliografía para estudiantes el magnífico sexto libro quirúrgico¹⁸⁹. Cabe sentenciar que, al alba de las invasiones árabes, el trabajo de Pablo Egineta pone de manifiesto la pujanza

¹⁸² Pormann, 2004, pp. 300-302 y 308.

¹⁸³ Esta es la impresión de Pormann, 2004, pp. 300-311.

¹⁸⁴ Así piensa Tabanelli, 1964, pp. 15 y 128ss.

¹⁸⁵ Pormann, 2004, pp. 20-22.

¹⁸⁶ Vid. en los epígrafes correspondientes. Cabe adelantar que Tabanelli, 1964, pp. 18-19 se niega a aceptar que realmente existiera un autor llamado Pablo Niceno. Al italiano le llamaba la atención tan “excepcional semejanza” entre ambas obras. Su interpretación sería que Pablo Niceno no es otro sino el mismo egineta. El epónimo “de Nicea” vendría a señalar la estancia del “de Egina”, al final de la vida, en aquella ciudad Bitinia, o bien haría referencia al médico propietario del manuscrito.

¹⁸⁷ Lamagna, 2006, p. 688.

¹⁸⁸ Al respecto, vid. el comentario de Tabanelli, 1964, pp. 16-17.

¹⁸⁹ Heiberg, 1919, p. 269.

del *ars medica* en el Imperio Romano Oriental, la supervivencia de la mejor bibliografía médico-racional y el manejo de la cirugía, con un nivel muy estimable, por los prácticos del momento.

Para nuestro estudio, daremos uso de la edición completa, en dos volúmenes, a cargo de Johan Ludvig Heiberg, publicados en 1921 y 1924.

Comentarios sobre los Aforismos de Hipócrates (Σκόλεια σὺν Θεῶ τῶν ἀφορισμῶν ἱπποκράτους) de Esteban Ateniense

Esteban Ateniense, cuya existencia se fija ordinariamente en el reinado de Heraclio¹⁹⁰, a caballo entre Alejandría y Constantinopla, con seguridad es el autor de estos comentarios del célebre texto hipocrático conocido como *Aforismos*¹⁹¹. Westerink¹⁹², el editor y traductor de la obra, está convencido de que, al igual que el dedicado al pronóstico¹⁹³, represente la reunión de un grupo de lecturas médicas “académicas”, tal y como se llevaban a cabo en Alejandría hacia finales del siglo VI. Llega a estimar que sumarían unas 70 lecciones o “clases”, ocupando un curso o asignatura de aproximadamente 3 meses de duración. De hecho, considera que las desiguales versiones que nos han llegado podrían representar los “apuntes de clase” tomados por varios *reportators* en distintos años. Otra alternativa que ofrece es que se trate

¹⁹⁰ Wolska-Conus, 1989, pp. 82-89. Sobre el personaje, vid. *infra* en el capítulo de Prosopografía.

¹⁹¹ El texto hipocrático original, con traducción al francés, se recoge en Hipócrates, *Obras Completas*, Littré, 1984, t. IV.

¹⁹² Esteban Ateniense, *Comentarios sobre los Aforismos*, Westerink, Vol. I, Introduction, p. 22.

¹⁹³ Para el contenido y análisis de esta otra obra perihipocrática del autor, remitimos a Esteban Ateniense, *Comentarios al Prognosticón*, Duffy, 1983.

de una mezcla obtenida desde las lecciones magistrales de dos profesores distintos. En ese supuesto, Esteban habría aprovechado el gui3n de un tal Asclepio Trallense, “el maestro de medicina” (3 τῆς ἰατρικῆς διδάσκαλος) que le habr3a precedido, conforme a un procedimiento a3n de actualidad.

De cierto, el amplio tratado apenas suma absolutamente nada significativo a la ciencia m3dica, lo cual por otro lado nunca fue su pretensi3n, pero no est3 exenta de inter3s. Para nuestro trabajo aporta informaci3n muy valiosa y fidedigna al objeto de conocer cuales eran las caracter3sticas principales del sistema de docencia m3dica en aquel siglo pre-iconoclasta. Como subraya Wolska-Conus¹⁹⁴, estar3amos en una 3poca bisagra dentro de la metodolog3a, entre el amplio comentario (3πόμνημα) y las simples notas de curso (σχ3λια 3πο φωνῆς). Los referentes siguen siendo aquellos tradicionales alejandrinos. As3 vemos como se pone de manifiesto un perfecto dominio tanto de la f3sica como la l3gica de Arist3teles¹⁹⁵, mientras obviamente vuelve a ser Galeno el v3nculo principal hacia Hip3crates¹⁹⁶. No obstante, se advierten algunas modificaciones conceptuales que revisten genuina importancia. Por de pronto, cabe advertir que el autor fuerza una introducci3n con numerosas indicaciones de orden no s3lo filos3fico sino tambi3n astron3mico que considera 3tiles para el m3dico¹⁹⁷. Su lenguaje resulta mucho m3s simple y claro, pese a que no falten las disgresiones y la viveza¹⁹⁸, con pormenorizadas descripciones expl3citas y llamativas que

¹⁹⁴ Wolska-Conus, 1992, pp. 7-8.

¹⁹⁵ Wolska-Conus, 1992, p. 70.

¹⁹⁶ Wolska-Conus, 1992, p. 59-60.

¹⁹⁷ Wolska-Conus, 1992, pp. 50-51.

¹⁹⁸ Wolska-Conus, 1992, p. 72.

sin duda buscan suscitar y mantener la atención de quienes le escuchan¹⁹⁹. Sabemos que Galeno insistía en que el estudiante fuera consciente de la diferencia entre los tratados técnicos (πράγματα), apropiados para el médico práctico, y los comentarios/explicación de textos (ἐξηγήσεις), compuestos para servir a un público cultivado, pero no necesariamente profesional²⁰⁰. Los primeros debían preceder a los segundos, lo que equivale a subrayar la diferencia de grado entre quienes se ocupan de los asuntos del arte (ἔργα τῆς τέχνης) y quienes sólo son “médicos oradores” (λογιατροὶ)²⁰¹. Para Esteban Ateniense el orden se invierte y pretende fusionar ambos, la práctica de su momento y la teoría histórica hipocrática en un único cuerpo²⁰². Podría decirse que no renuncia a ser un teórico muy práctico, o en otros términos, descender de lo general a lo particular. Desde luego, ello le crea problemas insolubles de los que sólo desplegando un notable ingenio apenas escapa²⁰³. Al final, en la esperanza de que sus discípulos tengan mejor suerte, les recuerda los métodos exegéticos, armas que permiten abordar las obras de los grandes clásicos, gruesos volúmenes que en general se muestran mucho más profusos y ambiguos de lo deseable²⁰⁴. En lo que atañe a la caracterización profesional médica, en verdad el texto de Esteban Ateniense parece haber correspondido a la más pura tradición helenístico-romana. Se jacta en sus comentarios de ser un buen profesor-facultativo (διδάσκαλος-

¹⁹⁹ Wolska-Conus, 1992, p. 77.

²⁰⁰ Wolska-Conus, 1992, p. 78.

²⁰¹ Wolska-Conus, 1992, pp. 37 y 79-80.

²⁰² Wolska-Conus, 1992, pp. 80-81.

²⁰³ Wolska-Conus, 1992, pp. 84-85.

²⁰⁴ Wolska-Conus, 1992, p. 81.

τεχνίτης) mientras está muy orgulloso de su profesión como sanador²⁰⁵. En múltiples párrafos²⁰⁶ insiste sobre la enorme distancia que separa al médico hipocrático e instruido (ιατρὸς Ἱπποκράτειος καὶ ἐπιστήμων) del médico ignorante y vulgar (ιατρὸς ἰδιώτης καὶ ἀγελαῖος). A su juicio, la diferencia no radicaba sólo en los conocimientos para encarar la enfermedad, afectaba por igual al comportamiento y los principios morales²⁰⁷. Se basaba en el cosmopolitismo y la *humanitas*, constituyentes esenciales de la filantropía, es decir de la ética médica, en la Antigüedad²⁰⁸. Como los antecesores en la tarea, su docencia pretendía ser tanto teórica como práctica y así vemos la sucesión de observaciones sobre anatomo-fisiología junto a la semiología y terapéutica, con vívidas descripciones de las “visitas médicas”²⁰⁹.

Los consejos a los futuros colegas se nos antojan razonables y están absolutamente exentos de cualquier exceso religioso. Continúa reiterando los deberes del facultativo greco-romano, los que le comprometen con el enfermo, los que le sujetan a la *polis* o el Estado y los que rigen las relaciones con compañeros y ayudantes²¹⁰. En la más pura ortodoxia, advierte de operar con suma prudencia y sin precipitación, amén de no aventurar pronósticos arriesgados. Muy por el contrario recomienda mostrarse modesto y digno, evitar hacer nada con violencia y, en resumen, no ser más que un servidor e imitador de la naturaleza para actuar sólo cuando ésta desfallezca.

²⁰⁵ Wolska-Conus, 1994, p. 33.

²⁰⁶ Wolska-Conus, 1994, p. 33, n. 109, con todas las citas de Esteban Ateniense al respecto.

²⁰⁷ Wolska-Conus, 1994, pp. 34-35.

²⁰⁸ Laín Entralgo, 1978, pp. 134-135.

²⁰⁹ Wolska-Conus, 1994, pp. 34-35.

²¹⁰ Laín Entralgo, 1978, p. 133.

También encarece no abandonar nunca al enfermo y perseverar, sin perder la esperanza, hasta el último momento²¹¹. Los principios expresados por Esteban Ateniese no pueden resultar más coherentes con la ética y doctrina hipocrático-galénica y nos dibujan un panorama de estricta continuidad en los principios morales, la enseñanza y praxis de la medicina en la antesala misma del periodo iconoclasta. Sólo mediaría el convulso periodo de las invasiones persas y árabes con toda su secuela de destrucción, algo que en su primer estadio acaso pudo todavía vivir el autor de estos comentarios.

Para la presente tesis, utilizaremos la edición y traducción al inglés de Leendert Gerrit Westerink, aparecida en tres volúmenes (el primero vuelto a publicar y corregido) entre los años 1985 y 1998.

Comentarios sobre los Aforismos de Hipócrates (Σκόλεια σὺν Θεῶ τῶν ἀφορισμῶν ἱπποκράτους) de Teófilo Protospatario

Teófilo Protospatario²¹² parece haber sido el responsable de elaborar también cierto comentario a los mismos Aforismos de Hipócrates. Se trata de un texto muy próximo al precedente, como no podía ser de otra manera, al tener ambos un mismo objetivo y tampoco estar muy distantes en el tiempo, algo ya señalado por el editor Dietz²¹³. Sin embargo, no se esconden las diferencias entre ambos, siendo la más llamativa *a priori* el tamaño. Desde luego, la teofiliana es mucho más reducida. Westering llegaría a

²¹¹ Wolska-Conus, 1994, pp. 38-39.

²¹² Sobre el personaje, vid, epígrafe en el capítulo de Prosopografía.

²¹³ Teófilo Protospatario, *Comentarios sobre los Aforismos*, Dietz, p. 249, n. 3.

considerar que en ella se llevaba a cabo una síntesis de las precedentes articuladas por Galeno y Esteban, apenas ampliada por las contribuciones de un tercero sin identificar²¹⁴. Empero, el exhaustivo análisis interno de las obras, confrontando uno tras otro los párrafos, han permitido modificar considerablemente tales apreciaciones apriorísticas²¹⁵.

En principio, se ha demostrado la inexistencia de relación alguna directa entre los dos autores. Teófilo no se inspira en Esteban sino que ambos utilizan como base un tercer texto, próximo al del filósofo alejandrino pero “intrínsecamente diferente”, en palabras de quien ha permitido certificar tales conclusiones²¹⁶. Esa fuente desconocida fue modificada por el ateniense, hacia una versión más doctrinal, compleja y “docta”, en tanto el protospatrio la vuelve más utilitaria y práctica, directa y “llana”, posiblemente complementándolo con la propia experiencia personal²¹⁷. Uno usa y abusa de discursos, conjeturas o aporías varias, clasificaciones enrevesadas, digresiones y disertaciones; surgidas a partir de una frase o tan sólo un vocablo²¹⁸. A veces, hasta se está en riesgo de perder el hilo conductor por tanta literatura. El otro es mucho menos retórico y nada afectado, casi rígido por mor de la precisión y simplicidad. El primero es prolijo, académico y extremadamente filosófico. El segundo parece más asequible, práctico y hasta un tanto empiricista, al menos en términos relativos. A nuestro juicio,

²¹⁴ Esteban Ateniense, *Comentarios sobre los Aforismos*, Westerink, Vol. I, p. 19. Refutación en Wolska-Conus, 1994, pp. 9ss.

²¹⁵ Esa fue la tarea de Wolska-Conus, a lo largo de varios años, con sucesivas publicaciones en la *Revue des Études Byzantines*.

²¹⁶ Wolska-Conus, 1994, p. 10.

²¹⁷ Wolska-Conus, 1994, pp. 9 y 25-26.

²¹⁸ Wolska-Conus, 1994, pp. 12-13.

y contestando a la pregunta de Wolska-Conus²¹⁹, el protospatrio se emplea a fondo para atemperar los “desbordamientos” del ateniense. Se trata de un método más economizador y limpio, acaso propio de una época capaz de caminar hacia la “renuncia de ideas absolutas” o definitivamente “menos ortodoxa”.

Si la datación de los autores que proponemos es correcta²²⁰, uno pertenecería al epílogo de Alejandría y el otro al clímax de la iconoclastia. Al menos creemos que sus rasgos están en plena consonancia con cuanto conocemos de tales épocas. Esteban traduce el espíritu, en la bisagra de los siglos VI y VII, del programa de formación alejandrino gobernando los heráclidas²²¹. Teófilo hace propio el raciocinio “positivista” que conocemos compartieron otros dos autores, de los que no se duda sobre su existencia bajo soberanos antidolátricos. Nos referimos a Pablo Niceno y León Constantinopolitano, partícipes de los mismos principios y maneras en su composición de los libros. Estaría así el Prostospatrio entre quienes renovaron el espíritu hipocrático genuino, marcando un nuevo “estilo de literatura médica”²²².

Se trataba de volver a rechazar con firmeza cualquier tipo de elemento mágico o sobrenatural en tanto se renovaba el compromiso de seguir con exclusividad la esfera del hombre y la naturaleza, ello siempre respetando el principio de mayor facilidad y menor ornamentación. Estaríamos ante

²¹⁹ Wolska-Conus, 1996, p. 7.

²²⁰ Remitimos al epígrafe correspondiente en Prosopografía.

²²¹ Wolska-Conus, 1994, p. 25.

²²² Chroné, 2012, *passim*.

una legitimación con signos incuestionables de “modernidad”, puramente naturalista, del arte de recuperar la salud y entender el proceso de enfermar.

Para nuestra tesis, nos remitiremos a la única edición disponible del conjunto de scholia, a cargo de Friedrich Reinhold Dietz publicada en 1842, con una traducción al latín del texto original.

Sobre la Constitución del Hombre (Περὶ τῆς τοῦ ἀνθρώπου κατασκευῆς) de Teófilo Protospatario

El principal o más largo tratado que se atribuye a Teófilo Protospatario y ha llegado hasta hoy, es éste que podríamos renombrar como “Introducción a la Anatomía y Fisiología humanas”, conformado por un conjunto de 5 libros: I, *De Manibus et Cruribus*; II, *De Abdomine*; III, *De Thorace*; IV, *De Capite*, y V, *De Spina et Genitalibus*.

Es fácil advertir que estamos de nuevo ante una síntesis reordenada del amplio *De Usu Partium*, la archiconocida obra morfo-funcional de Galeno, bien que con generosas inserciones para finalizar de párrafos procedentes del *De Genitura* y *De Natura Pueri*, adjudicados a Hipócrates²²³. También está claro que el enfoque es puramente pedagógico, orientado a discentes que necesitan ideas y esquemas sencillos, a modo de entrada y presentación de los fundamentos en medicina científica. Sigue así el patrón de otros tratados que

²²³ Teófilo Protospatario, *Sobre la constitución del hombre*, V, 11, 3, Greenhill, p. xix (“index subsidiorum”); *ODB*, p. 2067.

aparecen bajo la firma del mismo sabio facultativo, ciertamente en la misma onda que el resumen homónimo que elaboraría León Constantinopolitano, en fecha no muy distante.

Sea como fuere, no faltan algunos detalles propios del maestro íntimamente convencido de la necesidad de una buena formación básica o dicho de otro modo, “preclínica”. A nuestro juicio, el más importante sería haber recogido el énfasis galénico encomendando la práctica de la disección (*ad dissecandum hortatio*) por parte del futuro facultativo. No hay indicación expresa del estudio directo sobre el hombre y cabe suponer que ello o bien contravenía la norma y moral propia o acaso sólo viene a traducir la dificultad circunstancial de llevarlo a efecto. La legislación al respecto permanece muda y otros datos conocidos sugieren la continuidad de la anatomía en el mundo de Bizancio. En cualquier caso, sí invita abierta y reiteradamente a la apertura y corte de estructuras en seres animados. Reproduce de nuevo aquellos más ajustados para cada aparato. Así concreta en V, 11, 4, los oportunos ejemplos del mono y del oso cuando se trata de las articulaciones, músculos y tendones. Si ello no fuera posible, aboga por que cuando menos el alumno “diseccione algún animal”, para que realmente sea capaz de entender la estructura y función de tales partes²²⁴. No en balde, podemos añadir nosotros pretendiendo descubrir la intención del bizantino, los juegos del aparato locomotor de casi cualquier vertebrado muestran un buen número de semejanzas. A nuestro juicio, resulta muy significativa esta especificación ontológica. Teófilo, en la estela de Galeno,

²²⁴ Teófilo Protospatario, *Sobre la constitución del hombre*, V, 11, 3, Greenhill, p. 202.

era consciente de la mayor o menor proximidad morfo-funcional entre distintas especies y encarece la visualización de aquello que ya ofrecía la teoría expresada en los viejos códigos. Es posible que la disección no fuera entonces algo común, pero sí parece claro que en los ambientes más letrados se tenía por una necesidad; acaso menos para investigación pero sí con un irrenunciable objetivo docente. No puede ser casual que esta obra, basada en la contemplación directa del cuerpo y utilizada por el pergameno para sus vivisecciones en Roma²²⁵, fuera la escogida por el protospatario. Sea cual fuere la datación de la obra y del autor, su contenido suma un testimonio al elenco de aquellos que respaldan la teoría de que la disección no se había abandonado totalmente, al menos la aplicada sobre especímenes distintos al ser humano²²⁶. Hablamos, conforme a las hipótesis ofrecidas, del abanico histórico abierto entre los siglos VII al IX.

Para la presente tesis, utilizaremos la edición clásica del erudito y reformador sanitario, doctor William Alexander Greenhill, publicada en 1842, con una traducción al latín del texto original.

Sobre la orina (Περὶ Οὐρῶν) de Teófilo Protospatario

El manual titulado *Sobre la Orina*, de Teófilo Protospatario, se divide en un proemio y cuatro capítulos; el primero dedicado a definir y concretar conceptos, el segundo a exponer el lugar de origen o síntesis, el tercero al espacio donde se divide y el cuarto al análisis de las características de

²²⁵ French, 2003, p. 102.

²²⁶ Remitimos al epígrafe de Anatomía.

interés clínico, hablando siempre de la materia urológica. Por más que el estudio de los desechos orgánicos haya sido una constante en la medicina greco-romana y en la protobizantina²²⁷, no hay duda de que este trabajo tiene un notable interés, tanto por la inequívoca novedad del planteamiento general y algunas aportaciones concretas como por la firmeza en la defensa del método racionalista hipocrático que incluye. Al sentir de Cavallo²²⁸, estamos ante un texto que “en Bizancio y fuera de Bizancio, fue de capital importancia en la historia de la medicina”. Por un lado se advierte que aumenta extraordinariamente el valor semiológico de la uroscopia, poniendo el foco no tanto en la prognosis, como era la tradición hasta entonces, sino también sobre la propedéutica y la fisiología, hasta convertirse en un método de diagnosis decisivo²²⁹. Sabemos que en la antigüedad clásica la valoración de los rasgos físicos de la orina apenas había tenido un interés marginal, a diferencia del pulso, la fiebre y ocasionalmente la hematoscopia. Su desarrollo como una técnica deductiva de uso en la práctica clínica sería un avance medieval, en origen bizantino trasladado después a Occidente, y en ello sin duda fue esencial el aporte de la obra del protospatrio²³⁰. El recurso a la observación y combinación de tres primordiales rasgos; la consistencia la coloración y el sedimento, al margen del tiempo de emisión, elevan el procedimiento semiológico hasta un nivel sin precedentes. Más aún, su concepción de la enfermedad sería pre-moderna, sobre todo en virtud de

²²⁷ Sobre el desarrollo de la uroscopia en la Edad Media, remitimos a la amplia monografía de Moulinier-Brogi, 2012.

²²⁸ Cavallo, 2009, p. 10

²²⁹ Moulinier-Brogi, 2012, p. 53.

²³⁰ Wallis, 2000, pp. 34-35.

que, seguramente, representa un primer eslabón para que se consolide o en puridad se “invente” el genuino “diagnóstico médico”²³¹. Por más que se fundamente en la etiopatogenia humoral galénica, en concreto sobre el concepto de “coedura de los humores”²³², su valoración de los cambios homeostáticos y su manifestación en signos cualitativos representa una novedad en verdad muy significativa.

Pese a todo ello, el autor no se arroga ningún tipo de primicia, al contrario pretende remitir su planteamiento directamente al de Hipócrates, explicando que la diferencia era sólo el resultado de un equivocado análisis de aquellos “discípulos sin sabiduría”. Su única intención, según confiesa, fue retornar a la auténtica enseñanza hipocrática del tema²³³. Pero, como es habitual en la medicina bizantina, la realidad va mucho más allá de esta modestia respetuosa. Teófilo Protospatario actualiza los conocimientos con una feliz técnica expositiva, manejando un lenguaje rico y mejor articulado que cualquiera de los precedentes²³⁴. El resultado es un ágil instrumento de consulta para el médico práctico, consiguiendo ordenar con sencilla y clara prosa lo que antes era fragmentario, disperso y desorganizado²³⁵. Utiliza el método a la sazón predilecto en la didáctica bizantina, el de la *erotapócrisis* (ερωταπόκρισις), equivalente al *quaestiones et responsiones* latino, es decir la serie progresiva de preguntas y respuestas en torno a un

²³¹ Al respecto, Wallis, 2000, *passim*.

²³² Moulinier-Brogi, 2012, p. 45.

²³³ Angeletti/Cavarra/Gazzaniga, 2009, p. 125 (“Conclusioni”).

²³⁴ Angeletti/Cavarra/Gazzaniga, 2009, p. 17 (“Introduzione”).

²³⁵ Angeletti/Cavarra/Gazzaniga, 2009, p. 18 (“Introduzione”).

tema²³⁶. Estamos ante una feliz combinación de diálogo y conocimiento, aquella genuina “conversación” puesta de relieve desde comienzos de la etapa alejandrina pero que ganó aún mayor crédito entre las centurias VII y IX. A la postre, se trataba de un género literario distintivo de la cultura y la época, de cuya eficiencia no cabe tener duda alguna. El léxico técnico que se manifiesta, simple y sintácticamente no elaborado, hace fácil el aprendizaje y la memorización²³⁷. Esta obra además a buen seguro añadía diagramas recordatorios al final de cada capítulo y, según ediciones, también algún recurso visual con un alto grado de iconicidad. Es decir, en ella se intentaban mostrar fragmentos de la realidad. Indudablemente ello no resulta baladí, pues en el trabajo se alude a las peculiaridades cromáticas y sedimentarias con sumo detalle²³⁸. No es de extrañar que el *De Urinis* disfrutara de gran predicamento a lo largo de la Edad Media, tanto en Oriente como Occidente. Sabemos que fue traducido al latín en algún momento entre el periodo carolíngio y el siglo XI, en una versión totalmente libre de influencia árabe²³⁹. También es conocida su incorporación al canon médico de la Escuela Médica Salernitana conocido como *Articella*, siendo junto al *De pulsivus* (Περὶ ΣΦυγμῶν) adjudicado a Filaretos los dos tratados “prácticos” esenciales de aquella enseñanza²⁴⁰. Del mismo modo parecen haber sido la fuente principal de los célebres poemas pedagógicos homónimos elaborados por Gilles de Corbeil (*Egidius Corboliensis*) hacia finales del siglo XII.

²³⁶ Según Kazhdan, *ODB*, p. 727.

²³⁷ Angeletti/Cavarra/Gazzaniga, 2009, p. 126.

²³⁸ Un análisis, con las citas al texto, en Moulinier-Brogi, 2012, pp. 60-61.

²³⁹ Wallis, 2000, p. 40 y n. 21.

²⁴⁰ Wallis, 2000, pp. 40ss y Moulinier-Brogi, 2012, pp. 54-55 y 64-65.

Igualmente asemeja que el excelente y original *De la Orina*, obra de Juan Zacarias (el “Actuarius”) y considerada la más completa sobre el asunto hasta el nacimiento de la medicina química, utiliza como referente principal el de su antecesor protospatario²⁴¹. En este caso la transmisión parece directa, sin traducciones de sentido inverso ni intermediarios, resultado de la conservación de textos que en Bizancio fue norma inveterada. Estamos, en suma, ante alguien que al alba del Renacimiento se tiene por un experto “uroscopista”, si observamos el retrato con el que aparece en una de las copias utilizadas todavía en ese tiempo²⁴².

Para la presente tesis, utilizaremos la edición de Julio Ludovico Ideler, reproducida en el extenso trabajo monográfico sobre la obra de Luciana Rita Angeletti, Berenice Cavarra y Valentina Gazzaniga, que aportan una doble traducción al inglés e italiano.

Sobre la Constitución del Hombre (Περὶ τῆς τοῦ ἀνθρώπου κατασκευῆς) de Melecio Opsikioneo

El tratado cuyo título podemos traducir como *Sobre la Constitución del Hombre*, se debería a Melecio Obsikioneo²⁴³, un médico-monje cuya existencia por consenso se fija en el siglo IX. Considerando el tema que nos ocupa, el interés que suscita es de primer orden. Estamos, y ello resulta muy remarcable, ante la segunda obra bizantina que analizamos teniendo por

²⁴¹ Moulinier-Brogi, 2012, p. 45.

²⁴² MacKinney, 1965, fig. 5; *ODB*, p. 2067 y Moulinier-Brogi, 2012, pp. 88-89.

²⁴³ Sobre el personaje, remitimos al capítulo de Prosopografía.

objeto la morfología funcional basada en el *De Usu Partium*, y la primera de la que no se discute respecto a su génesis durante el periodo iconoclasta²⁴⁴. Ciertamente es muy distinta de la antes considerada y que debemos a Teófilo Protospatario, aquí su orientación hacia la existencia y atributos divinos no pasa en modo alguno desapercibida. Hunger²⁴⁵, de hecho, la considera más un estudio teológico que médico, lo cual a nuestro juicio supone una exageración inaceptable. No cabe duda de que esencialmente se trata de una larga exposición sobre conocimientos asentados, amén de terminología anatómica y fisiológica del cuerpo humano, al completo²⁴⁶. Ello sin perjuicio de que no falta un peculiar y sustancial enfoque antropológico cristiano, que intenta vincular el soma y el alma del individuo, mientras glorifica la perfección y sabiduría de Dios. Para ello utiliza pensamientos de Platón, Aristóteles, Plotino y particularmente Nemesio de Emesa, a quien copia el título y los principios fundamentales. Éstos serían una amalgama de doctrina patrística, neoplatonismo alejandrino y tradición médica²⁴⁷. En esencia intenta dar continuidad al tema de las facultades psíquicas y su fundamento orgánico, en la línea de lo desarrollado por Basilio el Grande, Gregorio de Nissa, Juan Crisóstomo y Cirilo de Alejandría²⁴⁸. Podría decirse que el obsiquioneo emula al edesino desde una perspectiva un tanto más material y algo menos filosófica, aunque ciertamente con no menor fe en el Creador, para quien dedica todo el epílogo a modo de oración sobre lo extraordinario

²⁴⁴ Al respecto, Ieraci Bio, 2005, pp. 33-37.

²⁴⁵ Hunger, 1978, p. 132.

²⁴⁶ Ieraci Bio, 2005, pp. 29-30.

²⁴⁷ Al respecto, Boudon-Millot, 2005, *passim*, Beatrice, 2005, *passim* y Boulnois, 2005, *passim*.

²⁴⁸ Ieraci Bio, 2005, pp. 31-32.

de la naturaleza humana²⁴⁹. Ello sin perder de vista su principal interés, que es la formación básica médica “cristiana”. En el proemio, Melecio asegura que pretende sintetizar y completar, para hacer accesible en un solo compendio, los capítulos relativos a morfología y función que están en la obra de Hipócrates y Galeno, a los que añade un ingenioso razonamiento etimológico en la estela de Sorano de Efeso. La parte primera del tratado abunda sobre “qué cosa es el hombre” y el motivo de tal denominación, en tanto la segunda se ocupa de las distintas secciones del cuerpo humano, siempre precedido de invocaciones divinas²⁵⁰. Su visión, insistimos, es indudablemente nemesiana, lo que equivale a decir galénica, bien que con el Ser Supremo de la Biblia desplazando al demiurgo. El hombre no sería más que una unidad indisociable espiritual-mental-física destinada a la inmortalidad, una maravillosa máquina cuyo creador sólo puede haber sido el único y verdadero Dios²⁵¹. Ciertamente, el debate sobre la “encarnación del Verbo” o *unión hipostática* (ἔνωσις καθ’ὕποστασιν) de las dos naturalezas, tan propio del periodo iconoclasta, se muestra aquí en una inesperada vertiente antropológico-médica²⁵². Cabe destacar el énfasis que Melecio hace sobre la inequívoca dicotomía pero a la par estrecha alianza establecida entre alma y cuerpo. No habría sede propia del llamado “principio hegemónico” (τὸ ἡγεμονικόν), sino que éste se diseminaría por todo el organismo²⁵³. Semejante ligazón explicaría el origen de ciertas

²⁴⁹ Chrono, 2012, p. 3.

²⁵⁰ Ieraci Bio, 2005, p. 30

²⁵¹ Chrono, 2012, pp. 2-3.

²⁵² Chrono, 2012, p. 2.

²⁵³ Ieraci Bio, 2005, pp. 42-43.

enfermedades, precisamente por el conflicto que en ocasiones estalla entre ambas. Aquí es más leal a la teología patristica que a Platón, defensor del cerebrocentrismo, e incluso Aristóteles, partidario del cardiocentrismo. El concepto de “unión sin confusión”, cuyo paradigma sería el modelo antropológico del Cristo en la versión de los concilios ecuménicos es el que se impone, en la estela de Nemesio Emesino, que a su vez derivaría de Agustín y Porfirio²⁵⁴.

Debemos añadir, por último, el notable éxito que tuvo este libro, mencionado y reproducido a menudo, hasta el punto de que con tan sólo estas páginas, el monje obsiquiono parece haber alcanzado el estatus de autor canónico²⁵⁵. En algunos manuscritos iatrosóficos, es citado al mismo nivel de Hipócrates y Galeno, como referente preclínico²⁵⁶. Con seguridad ello se debió a que se prestaba a un uso múltiple, como recurso bibliográfico para el médico y en igual medida para los filósofos y hasta teólogos. Dentro del primer grupo cabe resaltar la influencia, bien que muy matizada, que tuvo sobre León Constantinopolitano, el polímata que también tendrá en la anatomía una de sus múltiples pasiones técnico-científicas²⁵⁷. La proximidad entre ambas obras y personajes abonaría la sospecha de un renovado interés por la anatomo-fisiología durante ese periodo iconoclasta. En una y otra obras de idéntico título se podrían advertir, quizás, las dos visiones antagónicas o simplemente distintas del momento, acaso la “piadosa” o iconodula del obsiquioneo y tal vez la “incrédula” o “iconómaca” del constantinopolitano.

²⁵⁴ Boulnois, 2005, pp. 457-459.

²⁵⁵ Ieraci Bio, 2006, p. 793.

²⁵⁶ Ieraci Bio, 2005, pp. 44-45.

²⁵⁷ Chrono, 2012, p. 3.

En cualquier caso hablamos de un tiempo donde el interés por la temática morfofisiológica, con todas las derivaciones filosófico-teológicas que se quiera, salta a la vista. El recurso a Galeno, autor original de todos los tratados que analizamos, viene también a subrayar la permanencia y actualidad del pergameno y su pensamiento biológico durante los siglos alto y medio bizantinos.

Para nuestro trabajo utilizaremos la edición clásica de John Anthony Cramer en la serie de *Anécdota Graeca*.

Compendio sobre la naturaleza del Hombre (Σύνοψις εἰς τὴν φύσιν τῶν ἀνθρώπων) de León Constantinopolitano

El *De Natura Hominum Synopsis* supone la *operetta* médica más sencilla de León Constantinopolitano²⁵⁸, el polímata iconoclasta al que se le atribuye una singular sabiduría científica y técnica. Pese a la confusión generada por los diversos manuscritos disponibles, hoy en día no cabe dudar de esta autoría²⁵⁹. Se trata de un ágil prontuario que, siguiendo el consabido esquema *a capite ad calcem*, pretende exponer las nociones o conocimientos anatomo-fisiológicos de modo sencillo y con un especial enfoque lexicográfico. El responsable está, como asegura Ieraci Bio²⁶⁰, sólo interesado por el dato racional inmediato y elude la elucubración, no desarrollando ningún prólogo aclaratorio. Bien es cierto que tampoco

²⁵⁸ Ieraci Bio, 2006, p. 787.

²⁵⁹ Ieraci Bio, 2006, pp. 787-791.

²⁶⁰ Ieraci Bio, 2006, p. 794.

podríamos descartar la existencia en origen de un exordio pero de tono iconoclasta, y por ello mismo fuera víctima de la censura y amputada en sucesivas copias. Sea como fuere, lo esencial es que no se desliza fuera del ámbito puramente médico-técnico, aunque se pueda dudar de su exacto cometido, acaso una amplia obra divulgativa o un relativamente conciso tratado de introducción académico.

Cabe destacar que, de nuevo, vemos emplear aquí el método de la erotapocrítica, el diálogo impersonal de escalonadas y progresivas preguntas/respuestas que, como ya hemos visto, apunta haber sido fórmula común durante el periodo que tratamos. Podríamos elucubrar que se daba entonces en el marco de un nuevo florecimiento del gusto por las ciencias de la naturaleza, junto a las de orden formal, en particular la matemática. Sabemos que se había aplicado a la literatura médica desde finales del periodo clásico²⁶¹, aunque después se perfilara un género mixto, más literario que científico. Desde luego, el recurso a la etimología de los conceptos recuerda otros trabajos medievales, como el célebre diccionario escrito por Isidoro de Sevilla, a su vez insertos en la tradición donde predominaba la gramática sobre las restantes siete artes. Con todo, para la obra de León Constantinopolitano el proceso es muy diferente. Su compendio morfofuncional en absoluto ofrece un simple repertorio léxico. Claramente estaríamos ante una explicación argumentada de la realidad que se designa o define. La formulación responde al esquema pseudo-aristotélico del *problemata* (προβλήματα), con el ¿qué es esto? (τί ἐστίν), el ¿por qué?

²⁶¹ Al respecto, Ieraci Bio, 1995, *passim*.

(διατί), el ¿de dónde? (πόθεν), el ¿cuál? (ποῖα) y el ¿cuántos? (πόσοι). Se trata de un modelo ya utilizado en medicina por Cassius Felix de Cirta²⁶² en la tardoantigüedad, con sus 85 *Quaestiones Medicae et Problemata Naturalia*. El erudito bizantino parece manejarlo en el mismo sentido y con similares intenciones, sin conexión con frivolidad dogmática o escolástica de ningún género.

En verdad que, analizada con detalle, los especialistas han visto en la de León Constantinopolitano una *excerpta* de la obra homónima firmada por Melecio Opsikioneo²⁶³. Empero, las diferencias tampoco son menores. La del primero apunta ser una selección o reescritura del segundo, pero con un fondo y tono más científicos, sin el fervor y las concesiones religiosas y líricas del frigio. Una sólo vez se exalta la grandeza de Dios y apenas en dos más se hace referencia a textos sacros. Tampoco se remonta a la poesía clásica y el referente nominal principal citado se reduce a Hipócrates²⁶⁴. Mientras el monje obsiquiono reflexiona sobre la Providencia que acudió en ayuda del hombre no sólo con objetos que hacen la vida más fácil, también con el arte médico, el laico constantinopolitano apenas inserta una definición dialéctica de la tarea del médico y en igual modo sobre los conceptos de la matemática²⁶⁵. En suma, parece evidente que la sinopsis viene de la mano de alguien mucho menos pendiente de la teología y literatura, más cerca del racionalismo y las ciencias naturales y exactas, un personaje que

²⁶² Sobre éste autor, vid. Garzya/Marullo, 2004, *passim*.

²⁶³ Ieraci Bio, 2006, p. 794.

²⁶⁴ Ieraci Bio, 2006, p. 795.

²⁶⁵ Ieraci Bio, 2006, p. 796.

ostentó los epítetos de “iatrosofista”, “filósofo”, “matemático” y “retor”²⁶⁶. Entendemos que el autor estuvo atento a la cosmología y dominó los términos astronómico-matemáticos, convencido de que el organismo humano se conformaba por elementos “en acuerdo”. Precisamente, su descomposición vendría a suceder justo una vez perdido ese equilibrio, conforme a una dinámica inexorable que venía a subrayar el hecho de que nada material es capaz de subsistir²⁶⁷. Es importante, por último, recordar que semejante planteamiento está en las antípodas de la mal llamada “iatro-matemática” o “medicina astrológica”. Hablamos de ese peculiar recurso al horóscopo que especula sobre la constitución psíquica y somática amén de los desbalances y enfermedades que pueden afectar al hombre, en función de su “carta astral”²⁶⁸. Sin duda, a León le apasionaban los números, pero de ningún modo en el sentido de la cosmología pitagórica. Parece entenderlo como una herramienta maravillosa para medir, comparar y conocer la materia, como deja bien claro el contenido de cierta homilía que ha sobrevivido²⁶⁹, pronunciada acaso de su voz el 25 de marzo del 842. En lugar de sobre el misterio, el médico que ejercía como arzobispo prefiere extenderse sobre la cifra “50” y sus componentes, en un alarde de culto a la exactitud. Al parecer, la matemática que seduce al sabio es aquella que pudiera servir como “lenguaje” al resto de ciencias, entendemos que sin excluir los procesos biológicos. Queremos imaginar la misma filosofía que siglos más

²⁶⁶ Vid. epígrafe en el capítulo de Prosopografía.

²⁶⁷ Westerink, 1986, pp. 193-222.

²⁶⁸ Sobre la iatromatemática en Bizancio, vid. Papathanassiou, 1999, *passim*.

²⁶⁹ Pronunciada siendo arzobispo de Tesalónica, con motivo de la fiesta de la Anunciación. Al respecto, vid. la edición y análisis en Laurent, 1964, *passim*.

tarde caracterizaría el pensamiento de otro polímata avanzado a su época, como fue Giovanni Alfonso Borelli (1608-1679), también preocupado por el tema de la motilidad animal²⁷⁰. Creemos que no es la magia sino el orden y la capacidad deductiva que generan las fórmulas lo que inspiraba a León, y su poda “okaniana” de la obra del obsiquioneo no parece buscar otra cosa distinta al retorno sobre las raíces galénicas originales.

Para nuestra tesis haremos uso de la edición y traducción al italiano de Ieraci Bio, que enmienda un tanto a la *editio princeps* en la serie del *Corpus Medicorum Graecorum* berlinesa (X4) con traducción al inglés de Robert Renehan.

***Compendio de medicina* (Σύνοψις τῆς ἰατρικῆς) de León Constantinopolitano**

Este prontuario, sin paliativos breve, de la medicina científica del momento no ha suscitado por parte de los especialistas un interés especial. De hecho, la única edición crítica disponible es la de Ermerins²⁷¹, de 1840, y todavía permanece sin traducir a ninguna lengua moderna. Ello pese a que, como decimos, es un texto asequible, con apenas 70 páginas en el griego original.

Se trata ciertamente de una síntesis en verdad alejada respecto a las precedentes “enciclopedias” proto-bizantinas, como las de Oribasio

²⁷⁰ Borelli, *De motu animalium*, 1680.

²⁷¹ León Constantinopolitano, *Compendio de Medicina*, Ermerins, 1840.

Pergameno, Aecio Amideno o aún Pablo Egineta²⁷². Sin embargo, entendemos que puede aportar información de primer orden y muy apreciable, en particular virtud a su lógica y estructura. De entrada, porque se muestra inflexible en el respeto de los principios racionales, a diferencia de algunos otros precedentes, y después porque se limita a exponer lo que está bien definido y ofrece información contrastada, sin evitar la de naturaleza quirúrgica. Añadiríamos una concisión, orden y claridad muy encomiables. Su código de enfermedades se establece por un lado sobre la anatomía humana y por el otro sobre las variables de edad, estación y clima, con un énfasis extraordinario en la profilaxis y prevención²⁷³. Es por todo ello que se ha dicho representa un “nuevo método de editar textos médicos”, encontrando en Pablo Niceno otro digno colega que cumple idénticos preceptos²⁷⁴. Cabe añadir que lo hace con un inexcusable criterio de uso en la práctica diaria, muy lejos del “interés de anticuario” que a veces se descubre en obras aparentemente similares. Aún más, hasta se puede advertir un cierto avance en la taxonomía diagnóstica, entendiendo que por vez primera se acierta a distinguir entre lo que ahora designamos poliartritis o artritis reumatoide y la afección gotosa²⁷⁵. Sin duda estamos ante una sutil diferenciación sólo obtenida en virtud de la amplia y atenta observación de casos clínicos. Tales elementos suponen para nuestra tesis

²⁷² Bliquez, 1999, p. 293.

²⁷³ Chrono, 2012, p. 4.

²⁷⁴ Chrono, 2012, *passim*.

²⁷⁵ León Constantinopolitano, *Compendio de Medicina*, Ermerins, p. 7, 10, 1-6. La poliartritis afectaría de preferencia a extremidades superiores, en tanto la gota lo haría en las inferiores. Para ambos casos se considera el exceso de humor colérico como la causa. Al respecto, vid. Gritzalis/Karamanou/Androustos, 2011, p. 85.

un conjunto homogéneo de alta significación, puesto que hablamos de una fecha, con toda seguridad, correspondiente al momento álgido del segundo mandato iconómaco, bajo el gobierno de Teófilo. El autor, por nombre León y que aparece adornado como “iatrosofista”, sería el célebre sabio polímata que nosotros designamos como “Constantinopolitano”. Habría vivido, así pues, entre los reinados de Teófilo y Miguel III. Según reza en el prefacio, escribe el epítome a instancias de uno de sus alumnos, un tal Jorge, quien aspiraría a tener un “ayuda memoria” (ὑπομνήσεως ἕνεκα) facilitado por su admirado maestro²⁷⁶. Le solicita algo “breve” (διὰ βραχέων), pero que incluya todo lo importante. En vías a ese objetivo, parece haber recurrido a las mejores autoridades y entre ellas incluye a Hipócrates y Galeno pero también a Arquígenes de Apamea, entre otros²⁷⁷. Éste fue uno de los más celebrados cirujanos de Roma, audaz y ecléctico, cuya influencia aún continuaba en la tardoantigüedad. Está claro que muchos siglos después, las palabras de aquel *quirurgo*, que daba predilección e instruía en la ligadura de las arterias antes de amputar, frente a la más sencilla pero mucho menos predecible cauterización, aún estaban disponibles para los facultativos de los siglos medievales²⁷⁸.

Es difícil de precisar más, pero asumiendo que León Constantinopolitano se dedicó a la filosofía y matemáticas con gran énfasis a finales del reinado del penúltimo y comienzos del último amoriano, tal vez lo más apropiado sea considerar que es una obra de primeros años o acaso tras caer en

²⁷⁶ León Constantinopolitano, *Compendio de Medicina*, Ermerins, p. 88-89. Al respecto, vid. Bliquez, 1999, p. 295.

²⁷⁷ Bliquez, 1999, pp. 296 y 319, con n. 10.

²⁷⁸ Bliquez, 1999, p. 296.

desgracia, inmediatamente después del *Triunfo de la Ortodoxia*. Hacemos referencia al tiempo que se dedica a la “enseñanza privada”, alejado de los círculos de poder. En cualquier caso, las características esenciales del libro podrían derivar del pensamiento iconoclasta, que habría entonces alcanzado su madurez e influido sobre varias generaciones de eruditos y médicos.

Cabe insistir que es un resumen breve pero a la par ambicioso, abordando un amplio elenco de facetas. Como decimos, el recurso a la cirugía (διὰ χειρουργίας) no se desestima en este *conspectus medicinae*, de hecho representa un grupo importante dentro del total. Si lo comparamos con Pablo Egineta es bastante más modesto, alude a unos 40 frente a los casi 100 procedimientos del gran maestro con formación alejandrina. Pero no se trata de una disminución real, seguramente la causa hay que buscarla en la deseada sencillez, se trataba de introducir al alumno en las tareas más fáciles con la mayor seguridad posible. Ello sin perjuicio de presentar cualquier mejora que se hubiera dado y un ejemplo destacable al respecto sería la recomendación de utilizar la vena cefálica (κεφαλική φλέψ) para la flebotomía, con el instrumento específico denominado flebotomo (φλεβοτόμον)²⁷⁹. Esta vena superficial, que Abu al-Qasim (936-1013) señala como “la más segura del brazo”²⁸⁰, no está tan cerca de la arteria como en el caso de la basílica y semejante detalle topográfico, de tanta trascendencia, apunta que se ha puesto de relieve durante el periodo iconoclasta²⁸¹. La nómima de ambas aparece también en el texto de otro médico del momento,

²⁷⁹ León Constantinopolitano, *Compendio de Medicina*, Ermerins, pp. 108-109. El procedimiento lo recomienda para el tratamiento de las cefalalgias intensas.

²⁸⁰ Albucasis, Spink/Lewis, pp. 636 y 638.

²⁸¹ Temkin, 1961, *passim*.

Hunain ibn Isâhq, en la grafía *alqifal* y *basliq* respectivamente²⁸². También se constata que no aparecen en el corpus de textos clásicos anteriores²⁸³. Semejante primicia y coincidencia temporal dejan bien claro que se trata de un descubrimiento morfológico y quirúrgico del siglo iconómaco, lo que pudiera traducir la realidad de una práctica disectiva. También apunta a una cierta originalidad o espíritu de superación, desde luego no siempre evidenciable en el Medioevo.

Para nuestra tesis haremos uso del texto incluido en la *Anécdota Medica Graeca*, a cargo del médico helenista Franz Zacharias Ermerins.

Compendio de medicina (Σύνοψις ιατρική) de Pablo Niceno

La obra de Pablo Niceno, del que en suma ningún dato cierto tenemos, representa un completo y sistemático manual “de uso” para clínicos, en verdad un “sumario médico” (κεφαλαιώδη) presentado en la fórmula literaria erotapocrítica²⁸⁴. De nuevo estamos ante una exposición sencilla de “todo el arte médico”, con la mínima retórica indispensable y los elementos clave para el diagnóstico y tratamiento, al servicio del hombre. El espacio dedicado al abordaje de los fundamentos es exiguo, porque parece urgir el propósito de aportar datos genuinamente prácticos. La obra se inicia por ello con un proemio hartamente sencillo, donde revisa sucintamente la teoría humoral, sin citar fuentes que se dan por bien conocidas. Casi parece

²⁸² Subrayado por Barcia Goyanes, 1984, p. 242.

²⁸³ Barcia Goyanes, 1984, pp. 240-242.

²⁸⁴ Pablo Niceno, *Manual Médico*, Ieraci Bio, p. 17.

un ejercicio “obligado” por el ambiente más que una honesta llamada al repaso de aquella “macroteoría” irrefutable o pseudocientífica en el sentido popperiano. Continúa con una introducción bastante más ambiciosa de semiología, describiendo la visita médica, la anamnesis y los principales signos clínicos y características temperamentales. Siguen después un total de 132 capítulos, la esencia del conjunto, los 9 primeros tratando sobre los síndromes febriles y el resto las enfermedades en orden topográfico, *a capite ad calcem*. En cada epígrafe se subdividen dos apartados, aquel de etiología y clínica, que se inicia con un “lo que es” (τί ἐστὶ), y luego el de tratamiento, encabezado con la fórmula ¿cómo pues tratarlo? (πῶς οὖν θεραπεύσῃς). Advertimos aquí las características propias de un tratado que pudiéramos catalogar como relativo a “medicina interna”, porque no se incluyen las ramas puramente quirúrgicas, salvo las que cabe admitir como “cirugía ambulatoria simple”, ni tampoco las actuales médico-quirúrgicas, como la ginecología. Están totalmente ausentes, y es de remarcar, cualquier referencia a amuletos o remedios mágicos. En cuanto a su entidad, se puede incluir entre aquellas de tamaño intermedio, tanto en volumen como nivel lingüístico, concorde al *Zwischenschichtsprosa*, entre la prosa helenística y la vulgar²⁸⁵. Podría ser la que manejaban por entonces los clínicos, hombres cultivados pero no precisamente absortos en las filigranas del idioma y la literatura. Respecto a la datación de este trabajo recopilatorio adjudicado a Pablo Niceno, todo apunta a que deriva del periodo iconoclasta o, en su defecto, del paréntesis iconodulo. Ciertamente en ningún otro estudio se ha hecho semejante aseveración, pero no cabe más que achacarlo a

²⁸⁵ Pablo Niceno, *Manual Médico*, Ieraci Bio, p. 19.

la secular reticencia a fijar cualquier documento en la tan estigmatizada y opaca *Dark Age*. Es llamativa, en este sentido, la peculiar manera que la autora de su reciente edición *princeps* tiene de fechar el texto. Sólo se atreve a escribir que el siglo VII es un *terminus post quem* y que el IX-X serían el *terminus ante quem*. No deja de ser sorprendente la frase, cuando se precisaría más y en menos palabras diciendo que el siglo VIII es cuando con mayor probabilidad se elaboró el compendio. Nicea era a la sazón una de las principales ciudades del Imperio y nada extraño es que allí vivieran facultativos de prestigio y capaces de ofrecer enseñanza, seguramente en escuelas privadas.

Para nuestro trabajo utilizaremos la edición de Anna Maria Ieraci Bio en la serie de Anécdota Graeca, aparecida en 1996.

Colección de textos quirúrgicos (Περὶ τῆς τοῦ ἀνθρώπου κατασκευῆς)
de Nicetas Médico

La colección del médico Nicetas es un extraordinario volumen, con 406 folios de pergamino, magníficamente ilustrado que pasa por ser el texto de cirugía con ilustraciones más antiguo conservado. Sabemos que incluía originalmente cinco libros esenciales de la materia, a saber el Comentario de Apolonio de Cizio al *Sobre las Articulaciones* (Περὶ ἄρθρων) hipocrático, el *Sobre las Fascias* (Περὶ ἐπιδέσμων) de Sorano Efesino, la última parte del *Sobre las heridas de la cabeza* (Περὶ τῶν ἐν κεφαλῇ τραυμάτων) y la totalidad del *Sobre la naturaleza de los huesos* (Περὶ ὀστέων φύσιος) amén

del *Sobre la reducción de la luxaciones mediante el uso de una leva* (Περὶ Μοχλικόν), los tres últimos dentro del *corpus* adjudicado a Hipócrates²⁸⁶. Al parecer, en origen no sólo reunía tales autores, parece que ha sufrido notables pérdidas y que algunos otros se sumaban antaño en la selección. Como decimos, pese a los graves quebrantos el manuscrito florentino aún comprende 16 escritos, que van desde los orígenes de la medicina racional hasta Pablo Egineta, es decir de finales del siglo V a.C. al siglo VII d.C., cubriendo un periodo de más de un milenio de cirugía antigua y medieval²⁸⁷. Resulta en este sentido un libro sin parangón, testimonio brillante del tantas veces aducido conservadurismo bizantino.

Se trata, y ello resulta esencial, de un volumen para consulta del práctico e incluso docencia²⁸⁸, por más que no se escatime en costosos materiales y ornato²⁸⁹. Igualmente es relevante el hecho de que no pretende adjudicarse ninguna autoría, como suele ser habitual, en cambio se admite que sólo representa la combinación sucesiva de excelentes obras firmadas por sabios de épocas precedentes. Está claro que tales se eligen por su valía, conforme al criterio de un genuino profesional, que pretende sirva también a otros colegas o alumnos. Este responsable sería un tal Nicetas, del que no cabe dudar de su profesión como facultativo. Por desgracia nada sabemos del personaje, que apunta haber tenido fama, recursos y dinero; a juzgar por los poemas que se conservan en la primera página²⁹⁰.

²⁸⁶ Marganne, 2009, p. 37; Bernabò, 2010, pp. 1-2 y Marganne, 2010, pp. 47-49.

²⁸⁷ Marganne, 2010, p. 48

²⁸⁸ Nutton, 1986, p. 220.

²⁸⁹ Marganne, 2009, p. 39

²⁹⁰ Sobre los poemas, Speranzi, 2010, pp. 30-31.



Fig. 12. *Codex Nicetas*. Folio 194v. Reducción de una luxación de codo. Método “a brazo colgante”.



Fig. 13. *Codex Nicetas*. Folio 195v. Reducción de una luxación de codo. Método “con la mano del médico”.



Fig. 14. *Codex Nicetas*. Folio 196v. Reducción de una luxación de carpo (semilunar). Método “con la palma del médico”.



Fig. 15. *Codex Nicetas*. Folio 198v. Reducción de una luxación de mandíbula, “con ayudante”.



Fig. 16. *Codex Nicetas*. Folio 200r. Estiramiento de vértebras, "con escalera y testa abajo".



Fig. 17. *Codex Nicetas*. Folio 233rv. Vendajes "simples" para fractura de clavícula.



Fig. 18. *Codex Nicetas*. Folio 239r. Vendajes para inmovilizar articulaciones de muñeca y rodilla.



Fig. 19. *Codex Nicetas*. Folio 291v. Reducción de una luxación de hombro. Método "de la puerta".

La misma incertidumbre prevalece cuando se pretende dilucidar la fecha del proyecto compilador y su precioso códice. Se ha dicho que la obra podría haber sido dibujada y maquetada finales del siglo X o comienzos del XI, acaso más probable la primera que la segunda, teniendo en cuenta el empleo de la minúscula *antica*. Conforme a esta hipótesis, se pondría en relación con el tantas veces considerado “enciclopedismo macedonio”, no muy distante de Teófanos Crisobalantes.

Empero, dista la cuestión de estar segura. La clamorosa ausencia de autores posteriores a Pablo Egineta vendría a sugerir una mayor antigüedad. También, en nuestro sentir, el estilo “helenístico” de las figuras podría no ser compatible con un periodo muy púdico como fue el que siguió al *Triunfo de la Ortodoxia*. Pese a estar privados de sexo, quienes aparecen en los dibujos, totalmente desnudos, pretenden el realismo y asumen prototipos “paganos” que no se compadecen con otros conocidos del periodo post-iconoclasta, como los célebres del *Skyllitzés Matritensis*²⁹¹. Por el contrario, queremos encontrar en el *Tablas Sencillas* de Ptolomeo²⁹², que se fecha bajo el radical Constantino V (741-775), unos patrones más acordes. En suma, por nuestra parte no descartaríamos una datación dentro del periodo iconoclasta o inmediatamente después, cuando aún estuvieran en plena vigencia sus hipotéticos intereses y modos. El denodado interés que entendemos hubo por la anatomía y cirugía bajo los emperadores contrarios a la dulía, junto a la preferencia por la opción médico-racional, en detrimento de la mágico-religiosa, aportaría un argumento más. Igualmente, la ausencia de referencias

²⁹¹ Al respecto, Tsamakda, 2002, pp. 29-41.

²⁹² Vid. en epígrafe correspondiente.

hagiográficas o teológicas frente a una encendida reivindicación de saberes pretéritos, por más que acaso sospechosos de “peligroso paganismo”, apuntarían en la misma dirección. Sea como fuere, el texto destinado “a doctores viejos y jóvenes”, también para “asistentes” está claro que sobrevivió virtud a recibir unos cuidados extraordinarios, con seguridad al amparo de la biblioteca de algún hospital, como sugiere Miller²⁹³.

En el presente trabajo de tesis haremos uso de la moderna edición con un numeroso acompañamiento de estudios, editado por Massimo Bernabò en 2010.

II.A. 2. HISTORIOGRAFÍA Y CRONOGRAFÍA

Es obligado reconocer que, al margen del sesgo señalado, también la escasez de fuentes historiográficas del periodo es algo verdaderamente de lamentar. Cabe añadir que la esperanza de encontrar nuevas, al menos significativas, es bastante poca. En tales términos lo subrayaba ya en 1977 el insigne bizantinista Mango²⁹⁴, añadiendo que aún restaba ingente trabajo por realizar sobre las conocidas. Advertía igualmente que esa ardua tarea era imprescindible llevarla a cabo antes de poder emitir ninguna respuesta o formulación sobre la naturaleza y reales características del iconoclasmo. No cabe duda de que algo se ha avanzado desde entonces y aunque dista

²⁹³ Miller, 1997, pp. 180-182.

²⁹⁴ Mango, 1977a, p. 6, n. 12.

de ser una parcela bien asentada, pensamos que hoy no es razonable ser tan pesimista. Ciertamente, todavía la extensa *Cronografía* de Teófanos Confesor y la más sintética *Crónica Breve* de Nicéforo Patriarca siguen siendo las únicas obras con edición crítica reconocida y estudiadas con el detalle necesario. Empero, los artículos relativos y las traducciones de otras más han proliferado en estos decenios, lo que sumado al análisis de distintos tipos de documentos y no testimoniales permiten seguramente avanzar alguna conclusión a las preguntas planteadas desde hace tanto tiempo.

En este apartado y desde la esfera bizantina, junto a las anteriores “historias” estimamos necesario reseñar aquellos designados como *Scriptores post Theophanen*²⁹⁵. Suponen un conjunto de obras escritas ya bien avanzado el siglo X, podría decirse que con el ánimo de continuar el relato de Teófanos, abarcando el periodo que va de León V (813-820) hasta Romano II (959-963). Se incluiría al llamado *Theophanes Continuatus*, sin autor nominal, la *Crónica Universal* de Jorge Monje, la homónima de Simeón Magister (“Grupo del Logoteta”), así como el sucinto *Sobre el reinado de los emperadores* que se adjudica a José Genesio, amén de una más ambiciosa *Sinopsis de la Historia* a cargo de Juan Esquilitzés.

Todas ellas, en mayor o menor medida, mantienen el pulso anti-*iconómaco* que inauguraban las citadas en primer lugar. Empero, por fortuna éstas no son las únicas que podemos manejar, del ámbito “Oriental” nos ha llegado otro exiguo pero inestimable elenco de narraciones. Por más que un tanto alejadas en lo geográfico y temporal, en conjunto vienen a

²⁹⁵ Brubaker/Haldon, 2001, pp. 176ss.

servir de feliz contrapeso para dar una imagen del periodo más amable. Acaso deberíamos tener en muy alta consideración su aporte, porque *a priori* ningún vínculo favorable u hostil les liga a los acontecimientos y personajes que nos interesan. Entre ellas destacaría la considerada “primera cronografía armenia”, escrita por el sacerdote Samuel de Ani, de cuya vida apenas hay datos, aunque se cree que murió en torno al 1180. También tendríamos la amplia y documentada *Gran Crónica* del obispo Miguel, que ejerció como patriarca jacobita entre 1166 y 1169, teniendo acceso a fuentes coetáneas del periodo iconómico. Igualmente interesante resulta la rememoración de Bar Hebreus (1226-1286), otro prelado siríaco del que se conocen sus excelentes cualidades como teólogo, filósofo, gramático, poeta y hasta hombre de ciencias, provisto de conocimientos incluso en el campo de la medicina.

Cronografía (Χρονογραφία) de Teófanos Confesor

La narración de esta “descripción de tiempos” esencial para nuestro periodo abarca desde el 284 hasta el 813 y probablemente fue escrita en Constantinopla entre los años 810 y 814, por Teófanos Confesor quien a la sazón ya profesaba como monje²⁹⁶. Básicamente cubre los sucesivos reinados de Diocleciano a Miguel I Rangabé y supone una cabal extensión de la Crónica de Miguel Sincel²⁹⁷. Probablemente fue este último clérigo el que recopiló todas las fuentes utilizadas después por su continuador y, a

²⁹⁶ Datos biográficos en el capítulo de Prosopografía.

²⁹⁷ Brubaker/Haldon, 2001, p. 168.

buen seguro, pupilo predilecto²⁹⁸. Para Mango²⁹⁹, en realidad la contribución personal de Teófanos podría haber sido muy reducida, limitándose a ordenar y corregir un texto ya casi establecido. Dada la escasez, el de Teófanos se alza como un texto imprescindible en la búsqueda de información directa relativa al periodo iconoclasta, virtud a su proximidad a los hechos, la notable amplitud y una relativa minuciosidad. Para los años 769-813 es, de hecho, la única fuente que aporta detalles de otra manera desconocidos³⁰⁰. No obstante, como Brubaker y Haldon³⁰¹ afirman, deberá ser usada con gran cautela, pues además de compleja resulta sumamente tendenciosa. Se ha señalado que, al menos en lo relativo a León III y Constantino V, su relato es deudor de otro original acaso más favorable a los emperadores sirios, y también de las Actas Conciliares del 787, con referencias al previo iconoclasta celebrado en el palacio de Hiereia tres decenios antes³⁰². Con todo, el sesgo “piadoso” es aplastante, cargando contra los sirios tanto como ensalza a Irene Ateniese. Incluso Nicéforo I Megaloteta recibe un trato destemplado, principalmente debido a su política fiscal que apunta haber lesionado los intereses de la Iglesia. Ello a pesar de que sólo lo hizo en forma comedida y obligado por las circunstancias extremas, pues es evidente que este emperador siempre se mostró firme partidario de las tesis iconodulas moderadas. En cualquier caso, la cronografía tendría rápida, grande y larga fortuna. Muy poco después de su composición fue traducida al latín

²⁹⁸ Al respecto, vid. Mango, 1997, pp. xliii-ii.

²⁹⁹ Mango, 1997, pp. lx-lxiii.

³⁰⁰ *DAGLAMA*, p. 832.

³⁰¹ Brubaker/Haldon, 2001, p. 170.

³⁰² Brubaker/Haldon, 2001, pp. 169-170.

por Anastasio Bibliotecario, en tanto que Teodoro Estudita y el patriarca Metodio la recogen y utilizan para sus escritos, algunos con dedicatoria para el confesor³⁰³.

Para nuestro trabajo utilizaremos la edición de De Boor, dentro del *Corpus Fontium Historiae Byzantinae*, publicada entre 1883-1885, así como la traducción a la lengua inglesa, con abundantes notas, ofrecida por Mango y Scout en 1997.

Crónica breve (Ἱστορία σύντομος) del Nicéforo Patriarca

La *Crónica Breve* es un relativamente corto relato que apenas viene a cubrir el periodo del 602 al 769, es decir, desde Focas hasta los esponsales de León IV Kázaro con Irene Ateniense³⁰⁴. Abundan los detalles biográficos, las curiosidades y las noticias eclesiásticas, siempre expuestas de una manera concisa y amena. De hecho, es muy posible que en origen estuviera destinado a un público general³⁰⁵. Al parecer, pretendía ser una continuación del trabajo de Teofilacto Simocata, un epítome con características similares y que en algún códice le precede³⁰⁶. Sabemos que no tuvo un gran impacto en los tiempos que seguirían a la iconoclastia, a diferencia de la *Cronografía de Teófanos*. Seguramente la brevedad no fue un valor en alza en los tiempos post-iconoclastas, bajo el dominio del

³⁰³ Varona Codeso, 2009, p. 13.

³⁰⁴ *Crónica de Nicéforo*, Mango, p. 5.

³⁰⁵ *DAGLAMA*, p. 596.

³⁰⁶ Alexander, 1958, p. 157.

ampuloso enciclopedismo macedonio. Se acepta que fue escrita por el patriarca Nicéforo I de Constantinopla hacia el año 780, poco después de la muerte del muy odiado y enérgico Constantino V. En aquel momento todavía era un laico y estaba en activo como secretario en la cancillería imperial³⁰⁷. Tal vez por ello el texto se muestra menos agresivo en su iconodulia, sobre todo si consideramos los escritos del mismo autor que se datan de la última época³⁰⁸. También es cierto que, sin que sepamos el motivo, detiene su narración en el reinado del Caballinos, aunque hay evidencias de que el autor todavía vivía bajo el primero de los amorianos, Miguel II Tartamudo (820-829). Igualmente resulta un enigma para los estudiosos el hecho de que se hayan conservado dos redacciones aparentemente originales y netamente distintas de la misma obra, no tanto por el contenido como por el estilo amén de omisiones y adiciones menores³⁰⁹. En cualquier caso, el manual niceforiano representa una fuente esencial para los siglos VII y VIII y, como subrayaba Flusin³¹⁰, un testimonio del renacimiento que se abría en Constantinopla en esas fechas “iconoclastas”. No debe olvidarse, empero, que el creador es uno de los representantes más notables del partido iconodulo y que compartía procedencia social e ideológica con Teófanos Confesor y Tarasio. Seguramente los tres se conocían desde mucho antes y trabajaron juntos durante algún tiempo en el patriarcado que, a la sazón, dirigía el último en estrecha intimidad con la emperatriz Irene Ateniese³¹¹.

³⁰⁷ Alexander, 1958, pp. 161-162 y *Crónica de Nicéforo*, Mango, p. 12.

³⁰⁸ Se trata de los tratados teológicos. Al respecto, vid. Alexander, 1958, pp. 162ss.

³⁰⁹ *Crónica de Nicéforo*, Mango, p. 5.

³¹⁰ Flusin, 1992, pp. 278-279.

³¹¹ *Crónica de Nicéforo*, Mango, p. 12.

Parece que en Nicéforo I Megaloteta, un seglar de tendencia “iconófila moderada”, encontrará otro emperador “amigo”, con el que establecerá una colaboración estrecha a todos los niveles.

Para la tesis tomaremos como referente el texto, la traducción y el comentario de Mango, incluido en el *Corpus Fontium Historiae Byzantinae*, publicación del año 1990; que a la edición previa de De Boor (sobre el Vat. Gr. 977) añade los capítulos iniciales de la versión londinense (Lond. Add. 19390).

Crónica Universal (Χρονικὸν σύντομον) de Jorge Monje

Seguramente el núcleo esencial de esta obra histórica fue redactada por cierto fraile respondiendo al nombre de Jorge, quien se define a si mismo como “pecador” (ἁματωλός). Todo apunta a que se escribió en una fecha no muy posterior a la muerte del emperador Teófilo, acaso hacia el 845/6 y a buen seguro en el entorno del nuevo patriarca Metodio³¹². Hablamos del momento más álgido en el *Triunfo de la Ortodoxia*, cuando los deseos de revancha embargaban el pensamiento de muchos iconófilos, hasta entonces perseguidos. Los partidarios de la presbeia y la dulía tal vez sentían entonces la oportunidad de establecer y proclamar como “verdad” su versión “piadosa” de lo acaecido bajo los “impíos” gobernantes de ideología opuesta. También se especula con que algún tiempo más tarde fuera recompuesta, en torno al 866/7 e incluso posterior al 872, sin variar el esquema y tono general³¹³.

³¹² Afinogenov, 1999b, *passim*.

³¹³ Brubaker/Haldon, 2001, pp. 172-173.

Con todo, pudo tratarse de un plan extenso con aires de erudición, pues intenta narrar los acontecimientos desde el bíblico Adam hasta la muerte del último amoriano. A la postre, su mayor interés se limita al lapso entre 813 y 842 y para todo lo precedente es casi una transcripción de Teófanos³¹⁴. Es obligado subrayar que el autor en verdad pudiera pertenecer de pleno al grupo “zelota”, siendo su obra una típica “crónica monástica”³¹⁵. En este orden, superaría con creces la inquina del Confesor, entendemos que fruto del añadido en sufrimientos padecidos por los monjes iconodulos en los decenios inmediatos. Salta a la vista que se trata de un clérigo haciendo profuso alarde de una feroz animadversión contra la iconoclastia y los emperadores que la sostuvieron³¹⁶. Suponemos que no estaría muy lejana la caída en desgracia de Juan VII Gramático y el ascenso de nuevos obispos en las principales sedes del Imperio.

Utilizaremos aquí la edición de Emmanuel Bekker en el volumen conjunto del *Corpus Scriptorum Historiae Byzantinae*.

Crónica Universal de Simeón Magister

Se trata de una confusa sucesión de crónicas, denominadas “Grupo del Logoteta”³¹⁷, que recogen porciones comunes y distintas, en tanto suponen un complejo problema para los especialistas en cuanto a datación

³¹⁴ Ostrogorsky, 1984, p. 157

³¹⁵ Brubaker/Haldon, 2001, p. 172.

³¹⁶ *DAGLAMA*, p. 335.

³¹⁷ Varona Codeso, 2009, pp. 27ss.

y autoría³¹⁸. Cabe decir que representa en esencia una continuación de la obra asignada al monje Jorge, por más que no quepa estar seguro de que su objetivo fuera ese precisamente³¹⁹. Aunque se le ha identificado con Simeón Metafraste (muerto hacia el año 1000), su autor primero y principal parece haber sido contemporáneo de Constantino VII Porfirogéneta (913-959) y alguien habituado al lenguaje pobre pero ordenado de los burócratas palatinos. Podría tratarse de un alto funcionario, que alcanzaría la dignidad de patricio y el importante cargo de logoteta del dromo (λογοθέτης τοῦ δρόμου), equiparable a ministro de correos y asuntos exteriores³²⁰. En esa redacción original llegaría hasta el año 948, para ser completada a la par que resumida por León Gramático, extendiendo su información hasta el 1013. Aparecerán más tarde una versión tercera, designada como “Crónica de Teodoro Meliseno”, y otra cuarta a nombre de Julio Polideuces³²¹. Algunos autores sugieren que todas estas obras son versiones y *continuatio* de cierto *Epitomé* cuyo núcleo esencial sería un tratado histórico escrito por Traianos Patricios³²². Sea como fuere, el peculiar conjunto de historias tiene un especial interés para los acontecimientos del segundo iconoclasmo, virtud a que forman parte de una historiografía muy reducida. Tal que Varona Codeso³²³ advierte, “en todas ellas abundan las incoherencias, lagunas y omisiones difíciles de justificar”. Acontecimientos mayores pasan en silencio y en compensación otros sin importancia reciben una atención

³¹⁸ Remitimos al estudio de Varona Codeso, 2009, pp. 13-48.

³¹⁹ Varona Codeso, 2009, p. 28.

³²⁰ Al respecto, Bury, 1911, pp. 91-93.

³²¹ Al respecto, vid. Brubaker/Haldon, 2001, pp. 173-174.

³²² *DAGLAMA*, p. 803. Discusión en Varona Codeso, 2009, pp. 33-34.

³²³ Varona Codeso, 2009, p. 36.

y énfasis desmesurado³²⁴. Es más que evidente que la censura aplicada tras el triunfo de la Ortodoxia sólo permitió sobrevivir a este tipo de literatura “antiiconoclasta” y “promacedónica”, extirpando prácticamente el resto de la documentación elaborada en el periodo de una manera menos manipulada³²⁵. Es por ello que no debería sorprender su inusitado éxito, puesto bien de manifiesto por la supervivencia de un amplio elenco de manuscritos bizantinos distintos, superando las tres decenas.

Como en el caso anterior, recurrimos a la edición establecida en el *Corpus Scriptorum Historiae Byzantinae*, cuyo autor fue Emmanuel Bekker.

***Theophanes Continuatus* (Continuación de Teófanos)**

Sin duda se trata de un ambicioso y dilatado proyecto que redacta, al menos en parte, y edita por vez primera el mismo emperador Constantino VII Porfirogéneta (913-959), utilizando los medios del propio Estado³²⁶. Con todo, la obra completa sobrepasa de largo su tiempo vital y muestra señales inequívocas de que varios momentos y distintas plumas se han entrelazado en ella. La primera página del manuscrito más antiguo conservado (el *Vaticanus Graecus* 167) declara que el relato histórico toma como inicio el final de la *Cronografía de Teófanos* y de ahí la denominación que se ha impuesto. Debe tenerse en cuenta que, a la sazón, Teófanos de Sigriane

³²⁴ Karlin-Hayter, 1971, p. 493.

³²⁵ Varona Codeso, 2009, p. 37.

³²⁶ Brubaker/Haldon, 2001, pp. 176-177.

gozaba de una enorme popularidad entre las élites cultas del poder civil y religioso³²⁷. Parece que ya había sido elevado a los altares por la triunfante ortodoxia iconodula y hasta el augusto “nacido en la púrpura” se quería reivindicar como su descendiente³²⁸. Continuar la historiografía en el perfil ideológico desarrollado por el cronógrafo “confesor de la Fe”, bien podría haber sido considerada misión oportuna por el entorno del Gran Palacio, donde el titular pretendía ensalzar el origen de su cuna y denigrar a los antecesores “herejes”. En la versión definitiva el grueso trabajo consta de seis volúmenes³²⁹, dedicados respectivamente a León V, Miguel II, Teófilo y Miguel III (libri I-IV), Basilio I (liber V), León VI, Romano I, Constantino VII y Romano II (liber VI). Los cuatro primeros conformarían un bloque, acaso el más equilibrado, escrito entre 944 y 949, reproduciendo en gran medida noticias aparecidas poco antes en el *Sobre los emperadores de Genesisio*³³⁰. El quinto constituiría otra distinta unidad, que cabe designar como *Vita Basilii*, seguramente la más de cerca revisada por el porfirogéneta y surgida con ligera anterioridad, como un proyecto previo al que después se pensó añadir los anteriores³³¹. Estamos, así pues, ante un trabajo en dos fases, reordenado cuando se decide ampliar hacia atrás en el tiempo. Ciertamente, no resulta descabellado pensar que el propio Constantino VII fue el genuino autor de estos cinco primeros títulos, como han defendido

³²⁷ Varona Codeso, 2009, p. 13.

³²⁸ Sobre el testimonio del proemio del *Theophanes Continuatus* y el *De administrando imperio*, vid. Rochow, 1991, p. 38 y n. 8 y Ševčenko, 1998, pp. 89 ss., con las citas correspondientes a las fuentes.

³²⁹ Hirsch, 1876, p. 178.

³³⁰ Signes Codoñer, 1989, p. 18.

³³¹ Signes Codoñer, 1989, p. 22.

Hirsch³³² y Signes Codoñer³³³ con argumentos convincentes. El sexto podría haber sido compuesto bastante más tarde, entre finales del 962 y comienzos del 963, por un último cronista ya gobernando Nicéforo II Focas (963-969). Pese a los matices que se distinguen, debemos reconocer que todos en general se vuelcan netamente hacia la iconodulia y, muy en particular, a la justificación del advenimiento de la dinastía macedonia, en detrimento de la amoriana precedente³³⁴. Para ello no dudan en hacerse eco de tradiciones hagiográficas mendaces y panfletarias, sin el más mínimo respeto por la tradición historiográfica clásica³³⁵. Están, por ende, al servicio de la propaganda dinástica en la que se empeñó Constantino VII Porfirogéneta, fin esencial de este *Theophanes Continuatus*³³⁶.

Volvemos a usar la edición del *Corpus Scriptorum Historiae Byzantinae*, a cargo de Emmanuel Bekker.

Sobre los emperadores (βασιλεῖαι) de José Genesis

Prácticamente nada se conoce sobre la vida y circunstancias del autor de esta obra en 4 libros que pretende tratar sobre “historia imperial” (βασιλεῖαι), en concreto sobre el gobierno de cinco emperadores, desde León V Armenio (813-820) hasta Basilio I Macedonio (867-886), lo que equivale a tratar el “segundo iconoclasmo” y el *Triunfo de la Ortodoxia*. Es posible que incluso

³³² Hirsch, 1876, pp. 179ss.

³³³ Signes Codoñer, 1989, *passim*.

³³⁴ Brubaker/Haldon, 2001, pp. 176-177.

³³⁵ Grégoire, 1934, p. 204.

³³⁶ Signes Codoñer, 1989, p. 20.

no fuera real el nombre que se le atribuye³³⁷. En cualquier caso, no cabe duda alguna de que también fue Constantino VII Porfirogéneta el responsable, como mecenas e inductor, siendo acaso un proyecto previo a ningún otro de orden historiográfico³³⁸. El prefacio y la dedicatoria lo dejan bien a las claras, pudiendo ser el 925 la fecha de su primera redacción³³⁹. Desde luego, entre sus páginas se toma abierto partido por la dinastía macedonia y la tónica general es una panorámica definitivamente negativa de cuantos les precedieron, León V y los amorianos, por más que se deslicen algunos signos de mesura en las apreciaciones. La documentación que emplea es en esencia la misma que el *Theophanes Continuatus*, como resulta comprensible, pero no apunta menos cierto que también hizo uso de algunas otras hoy perdidas³⁴⁰. Es por ello que su valor resta muy estimable para conocer los acontecimientos del periodo, incluso a pesar de que los especialistas deploran la mediocridad de Genesio como historiador³⁴¹. Está claro que se trataba de un hombre culto y que intentaba reproducir el lenguaje aticista; lo cual habla de una educación esmerada al final mismo de la iconoclastia. Aún más, parece que pretende superar la cronografía para retornar al modelo clásico de exponer Historia, con Tucídides como exponente, autor que sabemos por entonces se había puesto en valor³⁴². Empero, abundan las repeticiones y causa desconcierto la desconexión entre párrafos, tanto como frustración el abuso de anécdotas, hechos extraordinarios o milagros, amén de las divagaciones etimológicas.

³³⁷ Signes Codoñer, 1995, p. xxix y Varona Codeso, 2009, p. 26.

³³⁸ Análisis en Varona Codeso, pp. 21-27.

³³⁹ Genesio, Kaldellis, pp. ix y xiv.

³⁴⁰ Al respecto, Genesio, Kaldellis, pp. xxi-xxiv.

³⁴¹ Al respecto, vid. Varona Codeso, 2009, pp. 23-24.

³⁴² Al respecto, vid. Hemmerdinger, 1955, pp. 32-41.

En cualquier caso, se articula entre sus páginas un relato relativamente ordenado por fechas de los acontecimientos ocurridos durante el llamado “segundo iconoclasmo”, sin que falten pequeñas concesiones a la objetividad, al menos en lo que se refiere a los principales hechos y la clasificación de los, de manera invariable, denostados emperadores del periodo.

En la tesis, haremos referencia a la edición del *Corpus Fontium Historiae Byzantinae*, establecida por Thurn en 1978, y la traducción al inglés de Kaldellis, publicada en el 2006.

II.A.3. HAGIOGRAFÍA

Las escrituras sobre los santos suponen un conjunto de fuentes de alto valor para la Edad Media en general, y por ello han sido en las décadas recientes uno de los capítulos que más atención ha recibido por parte de los medievalistas. Desde mucho antes se habían utilizado para explorar el enredado devenir de las controversias religiosas y las instituciones de la Iglesia. En la actualidad, reconociendo la información que aportan sobre la existencia rutinaria, la impronta que en ellos marcaban los grandes acontecimientos y, en particular, la mentalidad de los individuos y grupos sociales, su estudio se ha extendido notablemente. Los detalles sobre la vida ordinaria son, a buen seguro, más interesantes que aquellos otros en mayor o menor grado fantásticos o de escasa credibilidad. La flagrante contradicción en la que a veces caen las encendidas narraciones, tampoco

merman utilidad en lo referente al trabajo, la educación, la vestimenta, la dieta, la enfermedad y la sanación, las relaciones familiares, el culto de las reliquias o el papel de los iconos y los santones (*holy man*). Por todo ello, como para cualquier otro que trate sobre el medioevo, en nuestro trabajo representan un grupo de textos insoslayable y esencial. El artículo pionero de Magoulias³⁴³ en la *Byzantinische Zeitschrift* ha servido, al margen de los concretos detalles elegidos y analizados, para llamar la atención sobre la enorme cantidad de información que se concentra en estas narraciones piadosas, a rebosar de espectaculares curaciones. Más aún cuando los especialistas han identificado en el género y sus variantes importantes modificaciones surgidas precisamente en estos siglos que nos interesan.

Es sabido que los relatos hagiográficos pueden ser de dos tipos esenciales. Por un lado están las “Vidas” (*Vitae*) donde se recuerda la existencia terrenal de un santo y por otro los “Milagros” (*Miracula*) en los que se relatan diversos tipos de hechos taumatúrgicos llevados a cabo por el santo *post-mortem*, en general a través de reliquias o iconos relativos al mismo. Las *Vitae* surgen hacia el siglo IV, como “biografías” de personajes extremos, que renuncian a la vida ordinaria por el ascetismo, los que por someterse a la mortificación consiguen la “cercanía con Dios”, y en las que el milagro, virtud a la *energeia* divina, se hace moneda común y hasta único signo tangible de la santidad³⁴⁴. Los *Miracula* son acaso más tardíos, pero comienzan a multiplicarse y hasta hacerse predominantes hacia la segunda mitad del siglo VII, como “memorias” de eventos sobrenaturales que se

³⁴³ Magoulias, 1964, *passim*.

³⁴⁴ Auzépy, 1994, pp. 32-33.

verifican en torno a los restos o representaciones figuradas de un santo³⁴⁵. Es probable que ese florecimiento inusitado del subgénero esté en relación con el traslado masivo de reliquias a Constantinopla, ante la inseguridad y el avance musulmán en Asia Menor. Una vez depositadas en alguna capilla, los *incorruptos* necesitaban un “curriculum” capaz de convencer a los feligreses que, *a priori*, no estaban familiarizados con el taumaturgo. Por mor de atraer y convencer, en estos nuevos folletines los prodigios son aún más abundantes y exagerados que en los tradicionales³⁴⁶. Sea como fuere, parece que en Bizancio, a comienzos del siglo VIII se ha llegado a un “paroxismo” del culto de los santos, centrado en reliquias e iconos, con el corolario de una extraordinaria presencia, al menos literaria, del milagro. El fenómeno corre en paralelo a lo que Magoulias³⁴⁷ ha denominado “actitud beligerante de los religiosos hacia los profesionales de la medicina”.

Con todo, la hagiografía del periodo también sugiere la existencia de una neta y creciente oposición a tanta piedad y credulidad, algo puesto de relieve por Dagron³⁴⁸ y Auzépy³⁴⁹. Ciertamente, y como novedad, en los *Miracula* coetáneos del iconoclasmo vemos a los autores obligados de algún modo a justificar las maravillas que se describen, mientras lanzan directos ataques a los que denominan “incrédulos” (ἄπιστοι), con apelaciones al auditorio

³⁴⁵ Auzépy, 1994, pp. 35.

³⁴⁶ Auzépy, 1994, p. 33

³⁴⁷ Magoulias, 1964, p. 129.

³⁴⁸ Dagron, 1992, *passim*. El autor apunta y argumenta como la “hagiografía se pone en cuestión” entre los siglos VI y XI.

³⁴⁹ Auzépy, 1994, *passim*. La autora analiza “la evolución de la actitud frente al milagro en Bizancio”, durante los siglos VII al IX.

y puesta en escena de “incrédulos castigados por el santo”³⁵⁰. No basta, al parecer, con reforzar lo prodigioso, se advierte también con la represalia para quienes cierran los oídos o duden de lo que escuchan. Semejante batalla por las emociones y los “resultados” parece, en verdad, reflejar una “dura competencia” digna de ser analizada. Recogemos a renglón seguido, de forma sucinta, los principales relatos hagiográficos que utilizaremos en la tesis en vías a dilucidar lo expuesto.

— *A: VITAE*

Vida de San Juanito (Ioannikios)

El santo habría vivido entre 754 y 846 y la *vita* se escribiría en torno al 847-850, por distintos monjes bitinios que habrían sido sus pupilos³⁵¹. Se trata del típico anacoreta que, sin participar en la vida común ni actividad productiva alguna, posee dotes extraordinarias como resultado de su rigor ascético. Es de remarcar que, según se refiere, fue soldado excubita en su juventud, e incluso “iconoclasta”, pero tras la cruenta batalla de Markellai (792), hizo deserción y “abandonó el mundo”, amén de a sus camaradas³⁵². Los milagros que protagoniza se concentran en aspectos muy poco ordinarios, como dar muerte a serpientes o dragones, amén de profecías a individuos

³⁵⁰ Auzépy, 1994, p. 36

³⁵¹ Brubaker/Haldon, 2001, pp. 215.

³⁵² *Vida de San Juanito*, Sullivan, p. 243 y n. 6.

concretos. Entre los emocionados párrafos surgen datos que permiten dar por sentada la existencia de una educación básica relativamente extendida bajo el gobierno de un iconoclasta como Constantino V Caballinos, por más que el protagonista reciba sus lecciones en el mismo monasterio. También es posible advertir la relación estrecha que se había establecido entre los Monasterios de Bitinia y Constantinopla, dentro del partido iconodulo y su *tagma* de monjes. Juanito no apunta haber pertenecido al grupo de los cenobitas sino más bien al de los anacoretas, que buscaban estar lejos de la polis, y ello podría haber sido la causa de que Teodoro Estudita le llegara a criticar³⁵³. En cualquier caso aparece siempre como un firme partidario de la dulía, enemigo de Juan VII Gramático y entusiasta de Metodio, a quien predice su ascenso al trono patriarcal³⁵⁴.

(Ref. usada: *Vida de san Juanito*, Sullivan, pp. 243-351)

Vida de San Sampson

Sampson podría haber sido un médico cuyo gabinete privado se convertiría al final en un xenodoquio. La tradición asegura que procedía de la vieja Roma, nacido en una familia senatorial y trasladado a Oriente con el fundador, Constantino I el Grande³⁵⁵. Resulta muy difícil discernir entre lo real y ficticio, porque las distintas versiones se contradicen, además de incurrir en notables anacronismos e incoherencias. Es de remarcar que, al

³⁵³ *Vida de San Juanito*, Sullivan, p. 244.

³⁵⁴ *Vida de San Juanito*, Sullivan, p. 245.

³⁵⁵ *Vida de San Sampson*, Halkin, pp. 8-9.

sentir del editor Halkin³⁵⁶, la *vita* se habría escrito a finales del siglo VII o comienzos del VIII, lo que implica que aporta información de primera mano sobre el Xenón de Sampson en la época iconoclasta o muy poco antes³⁵⁷. La institución, que se ubicaba entre Santa Irene y Santa Sofía, pasa por haber sido la más antigua, grande y dotada de Constantinopla, a todo lo largo de su historia³⁵⁸. El organigrama de facultativos, personal auxiliar y administrativo que aparece en el texto hagiográfico nos permite conocer, incluso con cierto detalle, la realidad tal y como era bajo los últimos heráclidas y los emperadores sirios.

(Ref. usada: *Vida de San Sampsón*, Halkin).

Vida de San Nicéforo Patriarca

El autor de este interesante relato, que seguramente se escribió entre 843 y 846, fue el erudito conocido como Ignacio Diácono, alguien que acaso también ejerció como gramático y sacristán (σκευοφύλαξ) de Santa Sofía³⁵⁹. Sabemos que recibió una educación esmerada y de gran nivel, en consonancia con la de sus personajes preferidos, los patriarcas iconófilos Tarasio y Nicéforo I. Desde luego, las obras hagiográficas que firma demuestran tener una indiscutible calidad literaria y en ellas se ponen a la luz detalles

³⁵⁶ *Vida de San Sampson*, Halkin, p. 6.

³⁵⁷ Sobre el Xenón de Sampson, remitimos al epígrafe correspondiente. En general, el artículo más extenso y documentado al respecto es Miller, 1990, *passim*.

³⁵⁸ Miller, 1990, pp. 103-104.

³⁵⁹ Sobre el personaje, vid. *ODB*, p. 984; *Correspondencia de Ignacio Diácono*, Mango, pp. 3-18 y, sobre todo, *Vida de San Tarasio Patriarca*, Efthymiadis, pp. 38-46.

tanto relativos a la “crisis teológica” como a la realidad socio-cultural. Al parecer, estos alegatos laudatorios de quienes habían sido “confesores” bajo la iconoclastia podrían haber sido comisionadas por el “restaurador de la ortodoxia”, el también padre ecuménico Metodio³⁶⁰. Se ha especulado con la posibilidad de que el escritor quisiera así limpiar un hipotético pasado de simpatizante iconoclasta que le creaba serios problemas. En ese sentido, la titularidad del obispado de Nicea en tiempos de Teófilo y cierto poema épico en dodecasílabos titulado *Contra Tomas el rebelde* (obra hoy desaparecida) le habrían supuesto una terrible mancha. No resultaría extraño que su reclusión en Picridion, al fondo del Cuerno de Oro justo en el 843 fuera ajena a esta necesidad de purgar pasados errores. Al hilo de ello, igualmente es notoria su defensa del partido “moderado” frente a los zelotas, justo los que estaban de acuerdo en admitir a cuantos clérigos se retractaran de su anterior oposición a la dulía. En la misma medida resulta significativo el interés que muestra hacia los clásicos paganos, como Sófocles o Eurípides, acaso reminiscencia de su previo “pecado” antidolátrico. Desde luego parece haber algo testimonial y autobiográfico en esta *vita* niceforiana, la que ha venido a ser considerada como el más ambicioso en tamaño y estilo literario entre cuantos de sus trabajos han sobrevivido³⁶¹. De todos modos, el relato suma a nuestro objeto muchos y esenciales elementos. Certifica la existencia de una educación elemental, media y superior en los años del primer iconoclasmo, que produce numerosos eruditos entre obispos y abades aristocráticos, además de los laicos³⁶². Combinada con la literatura

³⁶⁰ *Vida de San Nicéforo Patriarca*, Fisher, p. 33.

³⁶¹ *Vida de San Nicéforo Patriarca*, Fisher, pp. 33-34.

³⁶² Remitimos al epígrafe correspondiente de nuestra tesis.

epistolar que nos ha dejado³⁶³, entendemos que en aquellos años ejercieron *grammaticós* (γραμματικὸς), es decir “profesores de secundaria” e incluso “catedráticos” (οἰκουμηνικὸς διδάσκαλος). De hecho, ayuda a poder establecer la realidad de una *intelligentsia* iconómaca³⁶⁴ que pudo jugar un papel esencial en la vida académica y política de aquellos años. Un grupo tan ilustrado, al menos, como el que se les enfrentaba desde las oficinas del patriarcado o los cenobios del Monte Olimpo en Bitinia³⁶⁵.

Para nuestro trabajo, utilizaremos la edición de De Boor en 1880 y la traducción de Fisher aparecida en 1998.

Vida de San Esteban Joven

Se trata de una fuente esencial para la época iconoclasta, como asegura su editora y traductora, Auzépy³⁶⁶. Ciertamente, la información que aporta sobre los acontecimientos y las causas de la crisis iconoclasta es muy valiosa³⁶⁷. El personaje, que apunta haber sido real, representa los valores del monacato iconodulo, su “venerabilidad genética”, el providencial “estado de santidad”, la multiplicidad de milagros y el rigorismo. Es un hombre “de buena familia” que entra en el cenobio y se enfrenta al régimen “satánico” del Caballinos³⁶⁸. Su taumaturgia es apabullante, sana a un ciego

³⁶³ Recogida en *Correspondencia de Ignacio Diácono*, Mango.

³⁶⁴ Al respecto, Mango, 1975, p. 45.

³⁶⁵ *Vida de San Tarasio Patriarca*, Eftymiadis, pp. 39ss.

³⁶⁶ *Vida de San Esteban Joven*, Auzépy, p. 1

³⁶⁷ Un análisis completo en Auzépy, 1999, *passim*.

³⁶⁸ Auzépy, 1991, p. 85.

de nacimiento, a un niño “poseído”, a una mujer que padece hemorroides sangrantes y hasta un soldado inválido³⁶⁹. Maravillas que no conmueven al emperador iconómaco, al parecer muy poco dado a la credulidad. Más aún, pese a todo se atreve a intentar convencer con argumentos al monje³⁷⁰. Pero Esteban Joven se muestra irreductible e inasequible a cualquier oferta para ceder, hasta el punto de que casi parece buscar abiertamente el martirio. Desde luego, vemos como lo alcanza a manos de “ellos”, los “impíos”, quienes estaban fuera de la ecúmene cristiana. Ciertamente, habría muerto en el año 765 a resultas de los golpes propinados por un capitán de los aguerridos soldados escolares, utilizando un elemento insólito, el brazo de madera de un sifón contra incendios, que el oficial arranca de su lugar enervado por el victimismo del monje³⁷¹. El detalle se nos antoja muy significativo, ratifica la presencia en la capital de un complejo sistema hídrico, dotado de sofisticados ingenios que parecen ser nuevos. De otra manera, cabe la sospecha de que en la condena pudiera haber pesado más la acusación de “desobediencia política” que la de “idolatría”. Hablamos de incumplir la ley ordinaria y no tanto la canónica, pues había repudiado los resultados del Concilio de Hieréia, algo que a lo mejor sólo le habría supuesto el destierro. La persecución no pretende la destrucción física de los opositores, en principio aspira a convencer³⁷². Al decir de Auzépy³⁷³, el autor del relato hagiográfico, Esteban Diácono que escribe pasados

³⁶⁹ *Vida de San Esteban Joven*, Auzépy, pp. 247-252.

³⁷⁰ *Vida de San Esteban Joven*, Auzépy, pp. 252-255.

³⁷¹ *Vida de San Esteban Joven*, Auzépy, pp. 169-170.

³⁷² *Vida de San Esteban Joven*, Auzépy, p. 36.

³⁷³ Auzépy, 1999, p. 60.

40 años desde los acontecimientos³⁷⁴, toma buen cuidado de enmascarar la verdadera causa del cruel final. Sea como fuere, esta *vita* es una de las principales fuentes que nos informan sobre las diferencias de fondo y forma que separaban a quienes defendían la dulía y quienes la repudiaban. Se trata de “los devotos” (οἱ εὐσεβεῖς) y “los incrédulos” (οἱ ἄπιστοι), en el lenguaje que asumen los “confesores”. Cabe asegurar, desde su atenta lectura, que hubo una cultura propia iconoclasta, que afectaba tanto a la vestimenta, los gustos en el arte y la diversión, la alimentación, la actitud ante la naturaleza y, en lógica consecuencia, el planteamiento cara a la ciencia y la medicina.

(Ref. usada: *Vida de San Esteban Joven*, Auzépy).

Vida de San Filareto

Redactada por el propio nieto del protagonista, esta *vita* supone un imprescindible texto para intentar profundizar en el periodo realmente oscuro del primer iconoclasmo. Breve pero directa y clara, la narración presenta rasgos en verdad clarificadores, sobre todo en virtud de su falta de tipicidad. Desde Filareto podría haber sido el arquetipo de “santo iconoclasta”. Se trata de un hombre común, rico propietario y laborioso que ciertamente no hace ningún milagro³⁷⁵. Su mayor valor es la misericordia o generosidad sin límites, es decir dar limosna, proteger a los débiles, a las viudas y huérfanos, al enfermo y al prisionero³⁷⁶. Su existencia gira en torno a la familia y los

³⁷⁴ *Vida de San Esteban Joven*, Auzépy, p. 8.

³⁷⁵ Auzépy, 1991, p. 332.

³⁷⁶ Auzépy, 1991, p. 333, con las referencias.

bienes, aunque siempre pendiente de la sociedad y de quienes padecen. Tiene por norma que se deberá “ganar el pan con el sudor de la frente”, y así lo hace cuando la desgracia le convierte en un paria³⁷⁷. Llegado el momento sabrá sufrir sin lamentarse, emulando al santo Job. Al margen de los rasgos ideológicos y sociales que apunta, también ofrece el relato algunos detalles respecto a la fundación de xenones, igualmente de interés al tema que nos ocupa. Puede servir como testimonio de la permanencia, sino florecimiento, del evergetismo “sanitario” bajo la iconoclastia.

(Ref. usada: Vida de san Filareto, Fourmy/Leroy).

— **B. MIRACULA**

Los Milagros de San Artemio

Este interesante texto anónimo consiste en una colección de 45 milagros a cargo de San Artemio, ensalzado como “megalomártir y hacedor de milagros”. El personaje pudiera haber sido alguien real, el *doux* Artemius, aunque no tanto las circunstancias de su vida y muerte expuestas en la leyenda. Posiblemente el histórico fue un fanático partidario de Arrio que, como gobernador de Egipto, se empeñó en la persecución sangrienta de los ritos paganos, llegando a destruir el templo de Serapis y torturar algunos de los sacerdotes. Ésta fue la causa de su condena a muerte, sancionada

³⁷⁷ *Vida de San Filareto*, Fourmy/Leroy, p. 117.

por el emperador Juliano, en torno al año 363. Enterrado inicialmente en Antioquía, parece que muy pronto comienza a recibir culto por parte de la importante comunidad arriana en la ciudad. Todo apunta a que los hechos extraordinarios que se pregonan, particularmente sanaciones, convierten su tumba en un lugar de peregrinación. Pasado algún tiempo y olvidadas las discrepancias originales, el santo entra también en el martirologio de los ortodoxos, cobrando mucha más fuerza su atracción como taumaturgo. Sería ya a mediados del siglo VII, bajo Constante II y con una tradición muy consolidada, cuando las reliquias se trasladan hasta Constantinopla, en concreto a la Iglesia de San Juan Evangelista en Oxieia (Πρόδρομος ἐν τῇ Ὀξειᾷ)³⁷⁸. Aquí se reproduce el fenómeno, con una “especialización” en resolver hernias y enfermedades genitales muy llamativa³⁷⁹. Es bien posible que mediara inicialmente algún tipo de “publicidad” al respecto, y nada mejor que un dossier o *curriculum* de milagros para contribuir a consolidar la nueva sede. De hecho, Nesbitt³⁸⁰ especula con la posibilidad de estar ante una recopilación de historietas contadas a los transeúntes o pacientes/peregrinos durante ese mismo primer tiempo en la capital. En consideración a las últimas referencias cronológicas expresadas, los especialistas fechan su composición entre los años 658 al 668, aunque tampoco cabe descartar un retraso hasta la década del 680, por el apelativo de “impío” aplicado al

³⁷⁸ Sobre esta iglesia dedicada al “Pródromos”, vid. Janin, 1969, pp. 419-420.

³⁷⁹ *Milagros de San Artemio*, Crisafulli/Nesbitt, p. xi.

³⁸⁰ *Milagros de San Artemio*, Crisafulli/Nesbitt, p. 27.

patriarca Sergio I (610-638)³⁸¹. Podrían ser años de ajuste de cuentas con el monotelismo, donde una parte de la Iglesia se esforzaba en la tarea de repudiar las herejías, el judaísmo y la incredulidad tal vez creciente, debido a las continuas derrotas y mermas territoriales, económicas y demográficas. Sea como fuere, la información que este fantástico documento aporta sobre la realidad de la medicina en el ecuador del siglo VII es realmente muy valiosa. Yannopoulos³⁸² supo ponerlo de relieve en su monografía sobre la sociedad profana del Imperio bizantino de las centurias oscuras, desde el VII al IX. Entre sus páginas, los doctores ordinarios, con los actos y herramientas empleados, no son en absoluto un elemento extraño, más al contrario se mencionan y describen con suma frecuencia³⁸³. El aporte tal vez más significativo, es que podría venir a certificar la existencia de una fidedigna “orden de médicos” (τάξις ὄντως ἰατροῦ³⁸⁴). Desde luego, cabe entender el término como un rango, clase, tipo de vida o incluso título provisto de cierto carácter oficial y “jerarquizable”³⁸⁵. De hecho, en los prodigios 42 y 44, llega a especificar que sus miembros portaban un vestido o uniforme particular (ἐν σχήματι ἰατροῦ³⁸⁶), haciéndoles fácilmente reconocibles; por más que no aclare la forma de adquirir tal *ordinatio*. Igualmente apunta a establecer una

³⁸¹ *Milagros de San Artemio*, Crisafulli/Nesbitt, p. 7. El patriarca Sergio I había impulsado la doctrina monotelita (“dos naturalezas pero una sola voluntad”) en tiempos del emperador Heraclio, acaso para ganarse la alianza de las poblaciones orientales monofisitas, al inicio del expansionismo árabe. Fue por ello condenado explícitamente en el VI Concilio Ecuménico del año 680-681.

³⁸² Yannopoulos, 1975, pp. 170-171.

³⁸³ *Milagros de San Artemio*, Crisafulli/Nesbitt, p. 82, 21; p. 122, 18; p. 126, 7; p. 128, 24, p. 130, 17, p. 138, 10; p. 166, 8; p. 188, 29.

³⁸⁴ *Milagros de San Artemio*, Crisafulli/Nesbitt, p. 206, 8 (milagro 40).

³⁸⁵ Sobre el esencial concepto polivalente bizantino de *taxis* (τάξις), traducido por “orden”, remitimos al epígrafe correspondiente en *ODB*, p. 2018.

³⁸⁶ *Milagros de San Artemio*, Crisafulli/Nesbitt, p. 216, 15 y 220, 19-20.

diferenciación entre aquellos que trabajaban en “privado” o sin un especial reconocimiento público, los simples “médicos” (ἰατροὶ)³⁸⁷, y quienes ya gozaban de prestigio y ejercían en el marco de un centro asistencial, los “arquiátratos” (ἀρχίατροι)³⁸⁸, acaso doctores de mayor experiencia y grado. Para terminar, aparece un tercer grupo, conformado por el selecto plantel que actuaba y vivía en el Gran Palacio, a quienes designa como “médicos imperiales” (βασιλικοὶ ἰατροὶ³⁸⁹), aparentemente los de estatus más elevado. En lo que respecta a los emolumentos, también resulta precioso el reporte. Vemos que un paciente llega a pagar 4 *keraton* por tres visitas, sin contar el costo de los fármacos³⁹⁰. De 8 a 12 son los *nomismata* que se solicitan por una herniorrafia³⁹¹. Sin duda, la variación de tarifas vendría a traducir la diversidad de valías, competencias y reputaciones³⁹². Por último, este texto hagiográfico es el único en especificar la existencia de enfermeros, ayudantes (ὑπουργοί³⁹³) o sirvientes (ὑπηρέταις³⁹⁴), al menos en los grandes sanatorios. Se trataba de auxiliares estables, tanto como para permanecer en algún caso hasta 28 años en activo y ser capaces de reemplazar a los facultativos, con recetas o cirugía. Ello sin que pudieran tomar el título de “facultativos”, lo que sugiere que había un aprendizaje especial para ello y seguramente también la exigencia de algún tipo de “licencia” para ejercer,

³⁸⁷ *Milagros de San Artemio*, Crisafulli/Nesbitt, p. 138, 10 y 166, 7-8.

³⁸⁸ *Milagros de San Artemio*, Crisafulli/Nesbitt, p. 130, 14-16.

³⁸⁹ *Milagros de San Artemio*, Crisafulli/Nesbitt, p. 202, 28.

³⁹⁰ *Milagros de San Artemio*, Crisafulli/Nesbitt, p. 138, 26-27.

³⁹¹ *Milagros de San Artemio*, Crisafulli/Nesbitt, p. 190, 1-3 y 15.

³⁹² *Milagros de San Artemio*, Crisafulli/Nesbitt, p. 138, 10-11.

³⁹³ *Milagros de San Artemio*, Crisafulli/Nesbitt, p. 130, 15; p. 132, 5, p. 134,17 y p. 136, 16.

³⁹⁴ *Milagros de San Artemio*, Crisafulli/Nesbitt, p. 134, 23.

como Yannopoulos³⁹⁵ llega a plantear. Estamos en suma, ante un documento precioso para poder establecer la realidad del ejercicio práctico en los años inmediatos anteriores al estallido de la crisis iconoclasta, en pleno periodo de supuesto declinar urbano y científico gobernando los heráclidas, mientras los árabes ocupaban Siria, Egipto y el norte de África, poniendo fin a la etapa alejandrina del saber médico bizantino.

En nuestra tesis, tomaremos las referencias de la edición y traducción publicadas por Virgil Crisafulli y John Nesbitt en 1997, bien que sobre el texto establecido por Papadopoulos-Kerameus en 1909.

II. A. 4. ACTAS CONCILIARES

Actas del Concilio de Nicea II

Convocado por la emperatriz Irene Ateniese y su hijo Constantino VI, el Concilio de Nicea II se celebró en la basílica de Santa Sofía de la vieja *polis* bitinia entre los días 24 de septiembre y 13 de octubre del 787, con una última sesión extraordinaria la semana siguiente en la Magnaura del Gran Palacio en Constantinopla. Participarían unos 132 abades, cuota muy estimable amén de novedad, y 365 obispos, lo que en este caso no supone una cifra demasiado elevada; contando además con la esencial presencia de legados papales y del resto de patriarcados³⁹⁶. En el precedente “concilio

³⁹⁵ Yannopoulos, 1975, p. 171.

³⁹⁶ Auzépy, 1988, p. 47.

iconoclasta” de Hieréia, el número de asistentes fue mucho mayor, pero no estuvo ninguno de los titulares o delegados de la llamada Pentarquía, ni siquiera el de Constantinopla, trono que estaba a la sazón vacante, acaso por voluntad del emperador Constantino V, el verdadero líder intelectual de la reunión convocada justo para establecer unos genuinos “preceptos contra la idolatría de las imágenes religiosas”. Nicea II fue la réplica, el intento de refutar y sepultar Hieréia, con una urgencia y pasión realmente muy notables. Ciertamente, la lectura del desarrollo de las sesiones del concilio niceno segundo aporta detalles y datos muy significativos, por más que sepamos que hubo posteriores interpolaciones y hasta errores en la atribución de discursos³⁹⁷. No son sólo los relativos al protocolo o la argumentación y las declaraciones dogmáticas, también resultan del máximo interés las *retractationes* de los obispos iconoclastas. El asunto de los arrepentimientos, viendo las fórmulas utilizadas, sirve para precisar la esencia de lo importante que se trató en la reunión. Como Auzépy ha demostrado, esos conceptos fueron el de la santidad, las reliquias y los iconos, en particular respecto a su capacidad de hacer milagros, fenómenos que se quieren advertir como relativamente “comunes”. Algo que sus rivales no terminaban de aceptar, siendo por ello catalogados como “incrédulos” o también “indóciles”. Las palabras con la que se expresaba Teodosio de Amorion³⁹⁸, uno de los obispos iconoclastas “arrepentidos” son muy significativas: “De la misma manera (que delante de los iconos) yo me arrodillo delante de las reliquias de los santos, yo las honro y las abrazo, porque los santos han luchado por el Cristo y han

³⁹⁷ Al respecto, vid. Bribaker/Haldon, 2001, pp. 236-237.

³⁹⁸ *Concilio de Nicea II*, Mansi XII 1014C (*Retractatio* de Teodosio de Amorion), recogida por Auzépy, 1994, pp. 43-44.

recibido de él la gracia de efectuar curaciones, de sanar las enfermedades y de expulsar a los demonios”. Resulta evidente que negar la capacidad taumaturgica de aquellos elementos se llega a considerar anatema y en la misma medida se debía aceptar que tales hechos extraordinarios estaban “disponibles”, en frase de Laín Entralgo que traemos de nuevo a colación³⁹⁹ En Nicea II sabemos que se procedió a la lectura de hasta una decena de hechos maravillosos intermediados por iconos⁴⁰⁰, a modo de “prueba” respecto a la idoneidad de su veneración. Para nuestro tema, acaso el más interesante sea aquél en el que se describe la cura contra todo pronóstico de una mujer enferma (no se especifica la entidad) al ingerir una decocción de raspaduras obtenidas desde un fresco que representaba a los santos “anargiros”, los célebres Cosme y Damián⁴⁰¹. El hecho habría ocurrido poco antes del 787 y aunque hoy pueda parecer ingenuo, parece que la revelación se tomó muy en serio. Incluso suscitó entre los presentes un gran entusiasmo, dando origen a otras atropelladas y espontáneas “comunicaciones” respecto a la existencia de varios “iconos milagrosos” por parte de encendidos obispos asistentes⁴⁰². El arrebató de prodigios casi permite entender que los prelados se plantearan una necesidad evidente y no una alternativa a elegir dentro de la liturgia y la oración. Como plantea Auzépy⁴⁰³, al final pudiera ser que la cuestión no fuera tanto defender la imagen como la obligatoriedad de tener devoción por la imagen, de rendir algo muy similar a la adoración, por más

³⁹⁹ Laín Entralgo, 1978, p. 187.

⁴⁰⁰ Los 10 milagros y sanaciones quedan recogidos por Auzépy, 1994, p. 43, n. 77.

⁴⁰¹ Auzépy, 1994, p. 39.

⁴⁰² Auzépy, 1994, p. 43, n. 78.

⁴⁰³ Auzépy, 1987, *passim*.

que no se quisiera reconocer como tal. El beso (ἀσπασμός), la postración de rodillas (προσκύνησις) y el encendido de incienso y velas habían sido desde siempre signos reservados a la divinidad y ahora se exigían para ellas. Como colofón, podríamos sintetizar los que creemos fueron principales rasgos de Nicea II, a partir de las actas conservadas en su totalidad, subrayando las tres novedades que aportó respecto a anteriores concilios: fue el primero donde se impuso no un dogma sino un culto⁴⁰⁴ (a los iconos); el primero donde se invitó a participar a los monjes⁴⁰⁵ y el primero donde los textos hagiográficos se aceptaron como *testimonia*⁴⁰⁶.

Para nuestra tesis utilizaremos la edición de Mansi en la *Sacrorum Concilium nova et amplissima Collectio*, originalmente publicada en 1759.

II. A. 5. TRATADOS TEOLÓGICOS

***Antirrhetici* (Ἀντίρρησις ἀνατροπή / Refutatio et eversio) del patriarca Nicéforo I de Constantinopla.**

Existe un amplio consenso para considerar que el autor de estas “discusiones y refutaciones” contra los iconoclastas fue el mismo patriarca Nicéforo I de Constantinopla. A diferencia de la *Crónica Breve*, se trataría ahora de un escrito elaborado en la vejez, acaso entre los años 818-820,

⁴⁰⁴ Auzépy, 1994, p. 43.

⁴⁰⁵ Auzépy, 1988, pp. 5-21.

⁴⁰⁶ Van den Ven, 1955-57, p. 333 y n. 43.

en plena efervescencia del segundo iconoclasmo. El prelado ya habría sido depuesto y viviría exiliado por su firmes convicciones iconodulas, reproduciendo lo que ya había sufrido su padre por las mismas razones. El emperador titular era a la sazón León V el Armenio, quien sabemos tomó como modelo para su reinado a Constantino V Caballinos, el más enérgico y seguramente también el mayor intelectual entre los iconoclastas. Resulta lógico advertir que el adversario elegido sea el segundo, aunque se hable de él en un pasado muy presente⁴⁰⁷. Desde luego, el tono es muy distinto al de la crónica, llega a resultar llamativo el desdén, incluso el odio que destila. Al decir de Mondzain-Baudinet⁴⁰⁸, estamos ante un “escrito de exilio, pleno de violencia, hinchado de fervor”, elaborado por “un viejo de 62 años” que “moriría 8 años más tarde sin volver a ver Constantinopla”. En verdad que se mezclan párrafos “refutatorios”, haciendo alarde de retórica, con otros hirientes, panfletarios cabría decir. Sea como fuere, esta interminable soflama representa para nuestro interés, una de las fuentes de información más jugosas. Entre sus páginas asoman los principios ideológicos de uno y otro lado, con una sinceridad y concreción que pocas veces es posible obtener. Muchos de los elementos que el patriarca presenta como acusaciones contra los iconoclastas, sirven para aquilatar la posible actitud de éstos frente al pensamiento, en particular el de orden científico que nos ocupa. Así asumiríamos, por ejemplo, el planteamiento de la causalidad en las grandes catástrofes. Para el “confesor” de la iconodulia, la peste

⁴⁰⁷ El emperador Constantino V Caballinos, el verdadero adversario “intelectual” contra quien se dirigen las refutaciones, habría muerto casi 40 años antes (*Antirrhetici Nicephori*, Mondzain-Baudinet, p. 11).

⁴⁰⁸ *Antirrhetici Nicephori*, Mondzain-Baudinet, p. 8.

y los seísmos no eran más que castigos de Dios contra la “irreligiosidad iconoclasta”⁴⁰⁹. Ciertamente, Constantino V no parece haber creído en semejantes conjeturas y ello exaspera al clérigo. El patriarca considera un “enamorado del cosmos” (φιλόκοσμος) y llama “arrogante” (αὐθάδης) e “ignorante” (ἀπαίδευτος) al emperador, porque no advierte la expiación que el Cielo le está mandando⁴¹⁰. Los elementos, asegura, “no pueden mantener la calma cuando el Creador es ofendido”, en tanto que subraya el “increíble sufrimiento” que al Señor le estaba causando aquella “revolución”⁴¹¹. Entre tanto, los iconómacos, “realmente estúpidos” se vanagloriaban de vivir “días felices y prósperos”⁴¹². Cabe entender que lo aceptaban sin remordimientos ni propósitos de enmienda, en la convicción plena de que tales desastres se regían por leyes que nada tenían que ver con la liturgia y la moral.

El patriarca reivindica la “Fe pura” y la tradición “no escrita”, a la que considera “más sólida”, ello en respuesta a la pregunta del emperador sobre el origen de la dulía⁴¹³. Se escandaliza Nicéforo de la convicción iconómaca respecto a que Cristo “no se mezcla con las cosas de aquí abajo”, incluso hasta el punto de que “se muestran intolerantes respecto a la presencia de la divinidad sobre la tierra”⁴¹⁴. De hecho, afirma el obispo, los “impíos” usurpan el nombre de cristianos porque niegan todo el poder y toda práctica ligada a este nombre⁴¹⁵. Vemos, en suma, un debate acalorado sobre el

⁴⁰⁹ *Antirrhetici Nicephori*, PG100, col. 496B-397A, Mondzain-Baudinet, pp. 272-273.

⁴¹⁰ *Antirrhetici Nicephori*, PG100, col. 497C-497D, Mondzain-Baudinet, pp. 273-274.

⁴¹¹ *Antirrhetici Nicephori*, PG100, col. 500B, Mondzain-Baudinet, pp. 274.

⁴¹² *Antirrhetici Nicephori*, PG100, col. 500B-500C, Mondzain-Baudinet, pp. 274-275.

⁴¹³ *Antirrhetici Nicephori*, PG100, col. 385B-392A, Mondzain-Baudinet, pp. 191-195.

⁴¹⁴ *Antirrhetici Nicephori*, PG100, col. 393C-396A, Mondzain-Baudinet, pp. 197-198.

⁴¹⁵ *Antirrhetici Nicephori*, PG100, col. 400B, Mondzain-Baudinet, p. 201.

predominio de lo sobrenatural o lo natural, de la arbitrariedad divina o la constancia de las leyes cósmicas. También, podría decirse que se llega a poner en entredicho la primacía de lo religioso sobre lo laico, replanteando lo que es o no sagrado y sus respectivos campos ordinarios de actuación.

Para nuestro trabajo, haremos uso de la edición aparecida en la *Patrología Graeca* y la traducción al francés de Mondzain-Baudinet, del año 1989.

II. A. 6. CARTAS

Carta del emperador Miguel II a Luis I el Piadoso

Todo apunta a que tras superar la peligrosa y prolongada insurrección de Tomás Eslavo (820-823), el emperador Miguel II Amoriano intentó un aproximación al llamado “Imperio de Occidente”, establecido por los francos⁴¹⁶. Seguramente el objetivo era debilitar la posición del papa Esteban II, que se había erigido en campeón de la dulía dando refugio en su sede a los exiliados de Oriente, entre ellos el futuro patriarca Metodios. Es sabido que éste, junto a otros monjes, actuaba de enlace entre los italianos y bizantinos iconodulos, algo que podría haber sido considerado una “traición” al Estado en Constantinopla, además de una deslealtad en relación a la cabeza de la Iglesia Oriental. El trono ecuménico estaba a la sazón ocupado por

⁴¹⁶ Remitimos al epígrafe de Relato histórico.

Antonio I Kasimatas, un iconoclasta convencido. Posiblemente el soberano de Bizancio pretendía que el carolíngio se sumara al combate contra la “iconolatría” y de ese modo subrayar la preeminencia del poder civil sobre el eclesiástico. La carta, una de las pocas que no se discute su autenticidad, sólo se conserva en su traducción latina y podría ser fechada en el año 824. Analizando el texto, Karlin-Hayter⁴¹⁷ ha entendido que la realidad de un culto totalmente sobrepasado podría haber sido la primera y esencial preocupación de los emperadores iconoclastas, al margen de las complicadas discusiones que intentaban justificar la postura contraria. Algunos de los excesos señalados sabemos que eran bien vistos por insignes teóricos de la iconodulia, que pasan por hombres inteligentes y piadosos. Sería el caso de Teodoro Estudita⁴¹⁸, quien se llega a congratular de que alguien llegara a elegir una imagen como padrino para su vástago.

Dado su interés ofrecemos aquí la traducción al español de los párrafos más significativos, sobre la base del texto en Mansi XIV, 417B-422B y la traducción la francesa de Bigham⁴¹⁹.

“En primer lugar eliminaron de las santas iglesias las venerables cruces vivificantes, para reemplazarlas por imágenes, delante de las cuales disponían velas, y hacían quemar incienso, rindiéndoles el mismo honor que al signo sagrado y vivificante sobre el cual el Cristo, nuestro verdadero Dios, se dignó ser crucificado por nuestra salvación. Cantaban salmos, rendían adoración y pedían socorro a tales imágenes. Muchos, vistiéndolas con telas, las convertían en padrinos de sus hijos en las fuentes bautismales. Otros,

⁴¹⁷ Karlin-Hayter, 1997, p. 137-138, con las referencias.

⁴¹⁸ Al respecto Cholij, 2002, pp. 183-184, con las referencias.

⁴¹⁹ *Carta de Miguel II a Luis el Piadoso*, Bigham, pp. 277-287.

deseando tomar el hábito monástico, despreciaban a las personas piadosas, aquellas que anteriormente tenían la costumbre de recibir su cabellos una vez cortados, y preferían dejar caer su cabellera cortada en el seno de las imágenes. Entre los sacerdotes y los clérigos, hay quienes rayaban los colores de las imágenes para mezclarlos a las oblatas y al vino y quien, después de la misa, daba estas ofrendas a quienes querían comulgar. Otros incluso colocaban el cuerpo del señor entre las manos de las imágenes; era desde ellas de donde quienes querían comulgar la recibían. Algunos, despreciando a la Iglesia, utilizan las planchas de los iconos a modo de altar en las casas privadas y celebraban sobre ellas el santo sacrificio. Cantidad de prácticas de este género, prohibidas y contrarias a nuestra religión, se han seguido en las iglesias, prácticas que los hombres eruditos y sabios consideraban como indignas”.

II.A.7. TEXTOS LEGALES

***Ecloga legum compendiaría per Leonem et Constantinum* (Manual de leyes resumidas de León III y Constantino V) (Ἐκλογή τῶν νόμων ἐν συντόμῳ)**

La *Ecloga Leonis*, como generalmente es conocida, representa una selección de normas legales y jurisprudencia, publicada con el objetivo de hacer más accesible e inteligible la ley anterior, particularmente su versión justiniana, tanto para los profesionales de la justicia como para los ciudadanos ordinarios. Así lo especifica el Proemio del tratado, donde se enfatiza la

importancia suma que los emperadores otorgan a la justicia⁴²⁰. Considerada inicialmente una obra de León VI, no fue hasta las investigaciones de Biener y Zacharie que se pudo establecer con claridad la autoría y datación⁴²¹. En este sentido, cabe añadirlo a la tendencia habitual: un documento o una obra material de calidad que sólo tras un pormenorizado análisis se llega a descubrir su relación con la iconoclastia. Ciertamente, el valor y logro de este sucinto manual está fuera de duda. Sabemos que ya desde el instante mismo de su publicación se convirtió en autoridad incontestable⁴²², siendo muy divulgado y reproducido. Ello hasta el punto de ser capaz de superar la férrea censura impuesta por los iconodulos a cuanto derivaba de la dinastía siria. Incluso tras su derogación oficial y la implantación de un nuevo texto impulsado por la dinastía macedonia, donde se aprovecha para denigrar esta anterior “isauriana”, continuó sin ser abandonada⁴²³. Tanta exitosa existencia y supervivencia fueron debidas, según los especialistas, a su concisión, claridad y utilidad, rasgos muy estimados por quienes ejercen la abogacía real⁴²⁴. Las peculiaridades de este resumen de leyes son variadas y notables. Entre ellas destaca el hecho de ser la primera vez que se usa la lengua griega en un texto de semejante orden. Sería una irrefutable muestra de pragmatismo y de acercamiento al común de los ciudadanos, pues el latín ya había dejado de ser entendido por la mayor parte de ellos⁴²⁵. También es aventajada en cuanto a la introducción de principios éticos cristianos

⁴²⁰ *Ecloga Legum*, Von Ligenthal, p. 11.

⁴²¹ Mortreuil, 1966, I, p. 363, con las citas correspondientes.

⁴²² Mortreuil, 1966, I, p. 363.

⁴²³ Mortreuil, 1966, I, p. 372.

⁴²⁴ Mortreuil, 1966, I, p. 375; Pieler, 1978, pp. 440ss y Andrés Santos, 2007, pp. 397-398.

⁴²⁵ Freshfield, 1932, p.22.

junto a los clásicos romanos, lo que contribuye a dar un importante sesgo “humanizante” al código⁴²⁶. Por último y no menor, se destacaría la propiedad de aportar gruesas innovaciones extraídas de la práctica consuetudinaria⁴²⁷, lo que apunta a un espíritu renovador y realista.

Para nuestra tesis utilizaremos la edición clásica de Zacarías von Lingenthal y también la más moderna, con estudio preliminar y traducción al alemán de L. Burgmann, publicada en 1983.

Leyes Militares (Νόμοι Στρατιωτικοί)

La hipótesis tradicional asume que también las llamadas “Leyes Militares” fueron redactadas bajo el periodo iconoclasta⁴²⁸, o hacia el siglo VIII, a la par que las *Leyes Agrarias* (Νόμοι γεωργικοί) y la *Ley Marítima Rodia* (Νόμος ναυτικός Ροδίωνος). El conjunto acaso se articuló como un apéndice de la *Ecloga* para concretar las normas que debían regular el fortalecimiento del ejército, la agricultura y el comercio marítimo. Sea como fuere y en puridad, estas *Leges Militarii* se presentan como un verdadero “código militar”, enunciando delitos y penas castrenses. Podría ser un texto destinado a establecer con claridad lo que se debía hacer, en un tiempo cuando la fuerza armada se reforma, enrolando muchos nuevos reclutas y oficiales⁴²⁹. A la sazón contaban con un excelente manual de doctrina (el

⁴²⁶ Freshfield, 1932, p.14.

⁴²⁷ Andrés Santos, 2007, p. 398.

⁴²⁸ Ver amplia y pormenorizada discusión en Mortreuil, 1966, I, pp. 388-393 y también Brubaker/Haldon, 2001, pp. 288-293.

⁴²⁹ Mortreuil, 1966, I, p. 393.

llamado *Estrategicón de Mauricio*) pero seguramente no tenían algo similar relativo a la justicia militar. Parece estar de acuerdo con la inclinación “justiciera” y a la par “guerrera” de la que hicieron alarde no sólo los dirigentes sirios, también los amorianos y el resto de gobernantes contrarios a la dulzura. En cualquier caso, ciertamente supone una fuente estimable para nuestro tema. Es gracias a este documento que podemos estar seguros de que, en el momento de su publicación, los médicos continuaban estando exentos de realizar trabajos serviles⁴³⁰, un privilegio que ya sabemos el *Código de Justiniano*⁴³¹ recogía, y que compartían con los docentes y el resto de “honorables”⁴³².

Haremos referencia también a la sección propia que se incorpora en la antes citada edición de Zacarías von Lingenthal.

II. B. FUENTES NO ESCRITAS

Podría denominarse a este gran grupo de fuentes como “dosier arqueológico” de la iconoclastia, haciéndonos eco del título que el sabio ruso-francés André Grabar⁴³³ escogió para su extenso tratado sobre los restos materiales que sirven al estudio de aquel movimiento en Bizancio. Desde

⁴³⁰ “Οἱ στρατιῶται οὔτε ὁδοστρωσίας οὔτε μὴν ἄλλης οἰασοῦν ἐπιτηρίας ἀπαίτησιν ἔχουσιν, οὔτε μὴν ἰατροὶ καὶ διδάσκαλοι”; *Leyes Militares*, I, 2. Von Lingenthal, p. 73.

⁴³¹ Vid. *supra*.

⁴³² Yannopoulos, 1997, p. 170.

⁴³³ Grabar, 1984 (*L'Iconoclasme byzantin, le dossier archéologique*).

luego, el elenco de integrantes es amplio y complejo. Adelantamos que dejaremos al margen la numismática, una importante herramienta que será obligado traer a colación con cierta asiduidad en diversas partes del trabajo. Para nuestro interés, acaso sólo resulta en este epígrafe adecuado analizar los referentes a la arquitectura y manuscritos que se han conservado, que pueden trasladar alguna información respecto a la tecnología, capacidad económica y cultura de la época. Cabe recordar que los documentos se consideran y analizan aquí en cuanto objeto tangible y motivos para su elaboración y menos por su contenido literal en texto escrito.

II. B. 1. ARQUITECTURA

Contra muchas de las opiniones expresadas con demasiada frecuencia y ligereza, los vestigios arqueológicos que datarían del periodo iconoclasta no son pocos y menos aún humildes. Estarían al nivel, en número y calidad, de las provenientes del periodo macedonio, que pasa por haber alcanzado mayor relieve en la Historia del Arte⁴³⁴. Subrayaríamos que en Estambul y alrededores han sobrevivido más edificios y de mejor calidad originarios de esos siglos tildados “oscuros” que de cualquiera posterior, exceptuando el periplo relativamente reciente de los Paleólogos. Es de remarcar que, salvo alguna puntual iglesia, en su casi totalidad se corresponden a obras de ingeniería civil y militar, en agudo contraste con lo que parece haber ocurrido

⁴³⁴ Cormack, 1977, p. 35.

tras el *Triunfo de la Ortodoxia*. Entre las primeras destacaríamos Santa Irene en Constantinopla y Santa Sofía en Tesalónica, templos notables pero austeros, y de las segundas sobresaldrían las fortificaciones y el acueducto constantinopolitanos, obras de gran envergadura y alta calidad técnica. Es muy posible que semejante sesgo esté en consonancia con la reconocida predilección iconoclasta por actividades constructoras defensivas y relativas a proyectos considerados esenciales⁴³⁵. Se reforzaría así la impresión de un periodo proclive al pensamiento mecanicista, la matemática aplicada y el dominio de lo profano y posible frente a lo devoto y maravilloso.

Iglesia de Santa Irene en Constantinopla

Todo apunta a que Santa Irene, el arcano templo situado justo al norte de Santa Sofía, fue prácticamente reconstruida desde los cimientos tras la devastación causada por el terremoto del 740, acaso un año o poco después⁴³⁶. Lo avalan los abundantes restos estructurales y decorativos que han sobrevivido en el edificio, por más que la planta justiniana se haya respetado. El principal sería la gran cruz del ábside, de rasgos inequívocamente sirio-iconoclastas⁴³⁷. También se sumarían los fragmentos de placas de mármol, procedentes seguramente del iconostasio, con el monograma de Constantino V y ahora colocados para soportar las basas de la columnata de la nave norte, un ala que se reformó en época otomana. Al margen de

⁴³⁵ Cormack, 1977, p. 36.

⁴³⁶ Janin, 1969, p. 104; *ODB*, p. 1009; Magdalino, 2007, p. 7 y Brubaker/Haldon, 2001, pp. 19-20.

⁴³⁷ Cormack, 1977, p. 36.



Fig. 20. Basílica de Santa Irene (a la izquierda) y de Santa Irene (a la derecha), vista desde el sur. Muralla marítima en el área del Gran Palacio y Torre de Teófilo (abajo a la derecha).



Fig. 21. Basílica de Santa Irene, vista desde el ángulo sureste, con la catedral de Santa Sofía al fondo.



Fig. 22. Interior de la basílica de Santa Irene, de planta basilical romana, cúpula principal y naves laterales con galerías sostenidas por columnas de capiteles de 15 m de diámetro elevada a 35 m de altura con 20 ventanas.

Fig. 23. Gran Cruz de orden "iconoclasta" todavía presente en el ábside de Santa Irene, con la inscripción bíblica recorriendo el arco de la semicúpula. La calidad técnica de la obra, a juicio de los especialistas, es muy notable, poniendo en valor materiales de alto costo. Dibujo de Walter S. George, 1921.

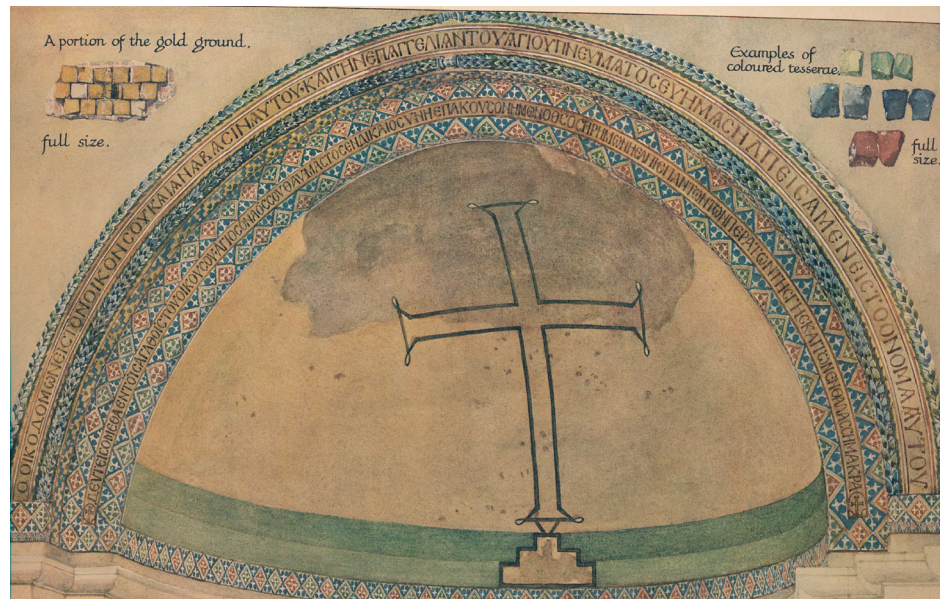


Fig. 24. Monograma del emperador iconoclasta Constantino V Caballinos, grabado sobre pieza de mármol blanco, que actualmente se encuentra semienterrada en el pavimento de la Iglesia de Santa Irene.



los detalles estructurales, la decoración apunta haber sido peculiar y no precisamente inferior en habilidad técnica. La cruz y las representaciones bucólicas podrían haber sido, junto a los versículos veterotestamentarios⁴³⁸, los ingredientes principales de ella. Ciertamente, un interés particular añaden estos elementos, todos elaborados en un *opus mosaicum* nuevo y singular. Constituirían el primer ejemplo conservado de una exitosa fórmula, teselas negras insertadas en un fondo de cubos dorados y plateados, todo ello con exquisito orden, sumo cuidado y detalle. Los especialistas reconocen que de este modo se suaviza y da una iluminación con mayor profundidad a lo representado. También advierten que tal proceder se continuó utilizando durante siglos por los maestros bizantinos. Cabe añadir que el dominio de la perspectiva por estos artistas iconómacos no fue tampoco menor, sorprende su habilidad para curvar la imagen y compensar así la concavidad de la cúpula. Desde luego, como señalan Brubaker/Haldon⁴³⁹, “este es un mosaico de alta cualidad técnica”.

Iglesia de Santa Sofía en Tesalónica

La Iglesia de Santa Sofía en Tesalónica habría sido construida entre los años 768 y 769, gobernando Irene Ateniense y su hijo Constantino VI, en un momento de reacción iconodula pero donde la impronta estética siria aún estaría vigente⁴⁴⁰. Se conserva una inscripción haciendo referencia a la

⁴³⁸ Janin, 1969, p. 106.

⁴³⁹ Brubaker/Haldon, 2001, p. 19.

⁴⁴⁰ Cormack, 1977, pp. 36-37 y Grabar, 1984, pp. 175-176.

pareja donante, en tanto que resulta verosímil considerar la decoración inicial siguiendo el patrón de Santa Irene en Constantinopla. Los especialistas han podido distinguir vestigios de una cruz iconoclasta similar en el ábside, sustituida acaso en el siglo XI por una estampa de la Virgen con el Niño, no muy diferente de la aún visible en el lugar homónimo de la gran basílica sofiana en la capital⁴⁴¹. Está claro que, con el *Triunfo de la Ortodoxia*, la predilección mariana iconodula se impuso a la estauriana iconómaca.

Murallas de Constantinopla

Sabemos que Constantinopla estuvo inicialmente protegida por una muralla simple ordenada levantar por Constantino I el Grande, delimitando la zona urbana. A comienzos del siglo V, el prefecto Antemio impulsaría la construcción de una nueva cinta pre-urbana, a un kilómetro y medio al Occidente, enfrentada hacia la llanura tracia⁴⁴². El terreno, en esencia rural, que restaba entre ambas fortificaciones serviría como espacio logístico de un enorme valor, capaz de aportar vegetales frescos e incluso productos de la ganadería a la ciudad asediada. En el curso de algunos años, se terminará por conformar un circuito completo, triple en el lado terrestre, con una eficiencia antipoliórcética acaso sin parangón durante la Edad Media⁴⁴³. A buen seguro, el extraordinario talento de los ingenieros militares unido a la especialización de unas unidades acantonadas para su custodia, estén en

⁴⁴¹ Brubaker/Haldon, 2001, pp. 23-24.

⁴⁴² Sobre el desarrollo de la muralla teodosiana, vid. Janin, 1964, pp. 265ss.

⁴⁴³ Al respecto, Foss/Winfield, 1986, pp. 41ss.

la clave de esa extraordinaria longevidad de la capital de Bizancio. Para ello, desde luego, también serían fundamentales las sucesivas reparaciones y reformas en las torres y lienzos, ejecutadas con suma diligencia a lo largo de los siglos. En este sentido, los trabajos que se llevan a cabo en el periodo iconoclasta sobre las murallas constantinopolitanas representan un conjunto muy notable. Sobre ciertos aspectos son los más importantes de cuantos allí se verificaron, considerado todo el tiempo. Cabría distinguir tres grandes grupos, uno patrocinado por los emperadores sirios (reconstrucción del “Dikeraton”), otro por León V (antemuro de Blaquernas) y el último por los emperadores amorianos (Torres amorianas en Blaquernas y el muro marítimo).

— Reconstrucción del “Dikeraton”

El terremoto del 740 apunta haber causado un quebranto enorme en la cinta muraria, afectando a casi la totalidad. Las fuentes hablan de que León III se empeña en una reedificación rápida, sin escatimar en gastos⁴⁴⁴. Para recaudar el dinero necesario no duda en recurrir a un impuesto especial, el designado como “dikeraton” que debería ser abonado sin excepción ninguna. Constantino V parece haber continuado la tarea, tras fallecer su padre. El alcance y la importancia de semejante obra vienen corroborados por el número y la extensa localización de inscripciones sobre las peculiares torres. Éstas se distinguen por un patrón estético y estructural muy definido. Ladrillos cocidos y piedras igualmente talladas para el momento, sin ceder a la reutilización, junto a un mortero con excelentes propiedades, son los

⁴⁴⁴ En general, vid. Foss/Winfield, 1986, pp. 53-54, con las referencias a las fuentes.

irrefutables testimonios de una esmerada técnica y calidad en la obra. También habría que destacar las abundantes representaciones de la Cruz, en diversos materiales, y ruegos dirigidos al Cristo, el único capaz de conceder la victoria (“IC XC NIKA”)⁴⁴⁵.

— La Muralla de León V

Considerando que el sector de Blaquernas, en el ángulo noroccidental de la muralla teodosiana, era un *locus minoris resistentiae*, el emperador León V decidió levantar otro refuerzo y acaso reformar el foso que conectaba con el Cuerno de Oro. Es difícil de evaluar la calidad técnica y envergadura de los trabajos, pero el hecho mismo de que las fuentes llegaran a reflejarlo implica que no fue un trabajo menor⁴⁴⁶. Posiblemente guardaba los principios tradicionales. Aunque muy desdibujados, pues no en balde han supuesto durante siglos el primer bastión contra los atacantes, aún se conservan algunos vestigios de la obra⁴⁴⁷.

— Torres Amorianas de las Blaquernas

Durante el asedio de Tomás Eslavo parece que el sector de Blaquernas fue escenario de choques artilleros muy duros, tanto como para amenazar la integridad de la relativamente cercana basílica de Santa María. Los proyectiles pasaban por encima del antemuro de León V y también superaban el fortín del ángulo llamado Braquiólion. Desde el punto de vista táctico seguramente no era algo peligroso, pero en cuanto a moral podría resultar

⁴⁴⁵ Al respecto, Brubaker/Haldon, 2001, p. 65, con las referencias.

⁴⁴⁶ Foss/Winfield, 1986, p. 66.

⁴⁴⁷ Aguado, 2007, pp. 407-410.



Fig. 25. Inscripción sobre el frente de la torre que todavía conserva la inscripción dedicada a los emperadores León III Sirio y su hijo Constantino V Caballinos, correspondiente seguramente al periodo del *Dikeraton*.



Fig. 26. Torre artillera en la muralla terrestre de Constantinopla seguramente construida en el periodo del *Dikeraton*. Cabe subrayar la excelencia manifestada tanto en la ingeniería como en los rasgos antipoliórcéticos.



Fig. 27. Torre del muro marítimo marmárico con inscripción que nos informa sobre la reconstrucción llevada a cabo en tiempos del emperador Teófilo.



Fig. 28. Conjunto del llamado “Braquiolion” en el distrito de Blaquernas, ya cerca del Cuerno de Oro, con el Muro de León V en primer plano y las tres grandes *Torres Amorianas* detrás, para emplazamiento de artillería anti-heleópolis. El conjunto destaca igualmente por su calidad arquitectónica y eficiencia militar.



Fig. 29. Detalle de la torre amoriana del extremo sur, donde se puede advertir la calidad y solidez de la construcción. Aún restan algunos vestigios de la ornamentación original, la palabra “autocrátor” en fragmentos de mármol blanco y cruces “iconoclastas” en ladrillo bordeando la esquina.

muy incómodo. Ésta sería la causa de que, una vez resuelta la crisis, se erigieran tres monumentales torres artilleras sobre el viejo muro principal o interior. Ciertamente han conseguido sobrevivir al tiempo y los bombardeos porque, aunque hundidas en el terreno y cubiertas de vegetación, tales baluartes aún cierran el paso al borde del Cuerno de Oro⁴⁴⁸. El tamaño, diseño y materiales empleados hablan de una notable habilidad antipoliorcética, con dominio de los principios teóricos y una depurada ejecución de obra⁴⁴⁹. De hecho, supone un conjunto estructural distinto a los precedentes, de innegable categoría, compatible con un momento de avance en tecnología y dinero en las arcas de Estado.

— Torres de Teófilo en el muro marítimo de la Propóntide

Entre el emplazamiento de la Puerta de Santa Bárbara (hoy destruida) y los restos del Palacio de Bucoleón se encuentran algunas evidencias del trabajo antipoliorcético llevado a cabo por voluntad de Teófilo⁴⁵⁰. Las fuentes aseguran que la misma entrada mostraba una inscripción donde el emperador se reivindicaba como “creyente en el Cristo” y “restaurador de la ciudad”⁴⁵¹. Otras similares se pueden ver en la ahora denominada Değirmenkapi, anunciando al Cristo como “la muralla indestructible” y aún más allá, en la Poterna de Miguel el Protovestuario, cuyo dintel soporta un salmo muy propio del emperador “justo”: “Abridme las puertas de la

⁴⁴⁸ Sobre el aspecto actual del conjunto amoriano de Blaquernas, con antemuro y sucesión de reconstrucciones en el lienzo principal, vid. Aguado, 2007, pp. 410-413.

⁴⁴⁹ Foss/Winfield, 1986, pp. 54-55 y 67.

⁴⁵⁰ Foss/Winfield, 1986, pp. 70-71.

⁴⁵¹ Janin, 1964, p. 294.

justicia, a fin de que, habiéndolas franqueado, pueda loar al Señor⁷⁴⁵². La calidad técnica de estas torres, en algunos aspectos similares a las antes citadas en las Blaquernas⁴⁵³, se refleja en su actual conservación y solidez, pese a que el mantenimiento deja mucho que desear.

Acueducto de Constantinopla

Al sentir de Crow/Bardill/Bayliss⁴⁵⁴, Constantinopla sufriría un largo periodo de dificultades para el aprovisionamiento de agua en el periodo que va desde el 626 hasta el 765. Las causas serían tanto la devastación de túneles, puentes y acueductos en la fecha inicial (gran asedio ávaro-persa), como la sostenida negligencia e incapacidad de los sucesivos gobiernos bizantinos. Llegado el 766, sabemos que Constantino V Caballinos se empeñaría en poner remedio al endémico problema. Llevó a cabo una ambiciosa reconstrucción de todo el sistema hídrico, desde sus orígenes en los bosques de Tracia hasta las plazas y calles de la ciudad. Fue una obra muy importante, que obligó a movilizar hasta 5.000 obreros, 1.000 albañiles, 200 yeseros, 500 fabricantes de ladrillos y 200 alicatadores, venidos de distintas provincias⁴⁵⁵. Se ciñeron a un plan global estando bajo la dirección de ingenieros, teniendo su arquitecto-director el rango de patricio. El eco de semejante tarea llegaría muy lejos y algunas fuentes lo recordarán como una

⁴⁵² Janin, 1964, pp. 296-297.

⁴⁵³ Foss/Winfield, 1986, p. 71.

⁴⁵⁴ Crow/Bardill/Bayliss, 2008, pp. 19-21.

⁴⁵⁵ *Cronografía de Teófanos*, De Boor, p. 440; *Crónica de Nicéforo*, Mango, p. 161.

genuina “lucha épica” entre el dragón (la sed) y el guerrero (el emperador)⁴⁵⁶. Desde luego, se trató de una “contribución mayor a la infraestructura básica de la ciudad”, en frase de Magdalino⁴⁵⁷. El mismo autor asegura que ella permitiría en un futuro inmediato aumentar la demografía urbana, manteniendo unos estándares de calidad de vida elevados. Es bien posible que sus efectos beneficiosos se mantuvieran a muy largo plazo; de hecho tanto Crow/Bardill/Bayliss⁴⁵⁸ como Brubaker/Haldon⁴⁵⁹ están convencidos de que tal empresa aseguró la continuidad del sistema hasta por lo menos finales del siglo XII. Se dice que las fuentes públicas comenzaron de nuevo a fluir y si sumamos los testimonios que aseguran la existencia de bocas de riego provistas de complejos sifones⁴⁶⁰ y la reparación de termas, justo con el dinero obtenido gracias a la desacralización de lujosas joyas litúrgicas⁴⁶¹, se alza un panorama de renovación higiénico-social ciertamente interesante.

Otro factor que, desde el punto de vista médico, también pudiera ser significativo es la concurrencia de fechas. La reparación de todas estas vías de aporte hídrico y alcantarillado público, parece estar no sólo vinculada a la sequía del año. También pudo jugar un papel esencial la epidemia de peste que había asolado el Mediterráneo en la década del 740, y su derivada de hacer trasladar pobladores nuevos a la capital. Sea como fuere, la renovación de Constantinopla bajo el Caballinos apunta haber seguido un

⁴⁵⁶ Crow/Bardill/Bayliss, 2008, p. 20.

⁴⁵⁷ Magdalino, 2007, p. 5.

⁴⁵⁸ Crow/Bardill/Bayliss, 2008, pp. 19-21.

⁴⁵⁹ Brubaker/Haldon, 2001, p. 17.

⁴⁶⁰ Testimonio en la *Vida de San Esteban Joven*, Auzépy, pp. 169-170.

⁴⁶¹ *Concilio de Nicea II*, Mansi XIII, 356.



Fig. 30. Vista de la sección del Acueducto de Constantinopla que supera el valle entre las colinas segunda y tercera de la ciudad. Bajo el gobierno de Constantino V Caballinos se procedió a rehabilitar todo el sistema de aporte hídrico a la capital que había permanecido inutilizado desde el asedio ávaro-persa del año 626.



Fig. 31. Vestigios de una calle bizantina en Estambul, donde se puede advertir el sistema de alcantarillado bajo el pavimento, un elemento sanitario de primer orden que probablemente también fue reconstruido en época de Constantino V Caballinos.

patrón clásico, que hacía énfasis en la salubridad del espacio común, como si de alguna manera los dirigentes entendieran esa necesidad y la afrontaran mediante obras estatales programadas.

II. B. 2. MANUSCRITOS

Se conservan un puñado de manuscritos que inequívocamente fueron producidos en el periodo iconoclasta. Su interés, para nosotros, no radica tanto en el contenido como en su técnica de ejecución y la orientación filosófico-científica que pudieran marcar. Dos son los que entendemos aportan mayor información en tal sentido, se trata del *Vaticanus Graecus* 1291 y del *Parisinus Graecus* 437.

***Vaticanus Graecus* 1291 (Tablas Manuales de Ptolomeo)**

El códice *Vaticanus Graecus* 1291 es una edición bizantina de las célebres *Tablas Manuales* (Πρόχειροι κανόνες) de Ptolomeo, un manual “práctico” que los investigadores del firmamento han apreciado desde los tiempos de la astronomía helenística. El ejemplar, acreditado como la copia más espléndida entre todas las conservadas, está confeccionado con mucho esmero, destacando la escritura en elegantes y hermosas letras unciales sobre un pergamino de alta calidad y folio pequeño (28 x 20 cm)⁴⁶². Tres

⁴⁶² Wright, 1985, p. 355.



Fig. 32. Detalle de las mujeres desnudas, realmente un motivo peculiar en Bizancio, sin paliativos transgresor de lo que sobre modas y costumbres se consideró aceptable en la civilización bizantina.

Fig. 33. Miniatura del folio 9r en el *Vaticanus Graecus* 1291. La imagen muestra en el centro a Helios guiando una cuadriga. La figura del dios pagano aparece vestida de emperador y sostiene un látigo y el globo universal. Ello sugiere una identificación con el mismo augusto patrocinador, Constantino V Caballinos. Los sucesivos círculos concéntricos están subdivididos en 12 segmentos que representan las horas (mujeres desnudas) diurnas y nocturnas, los meses, y los emblemas del horóscopo.

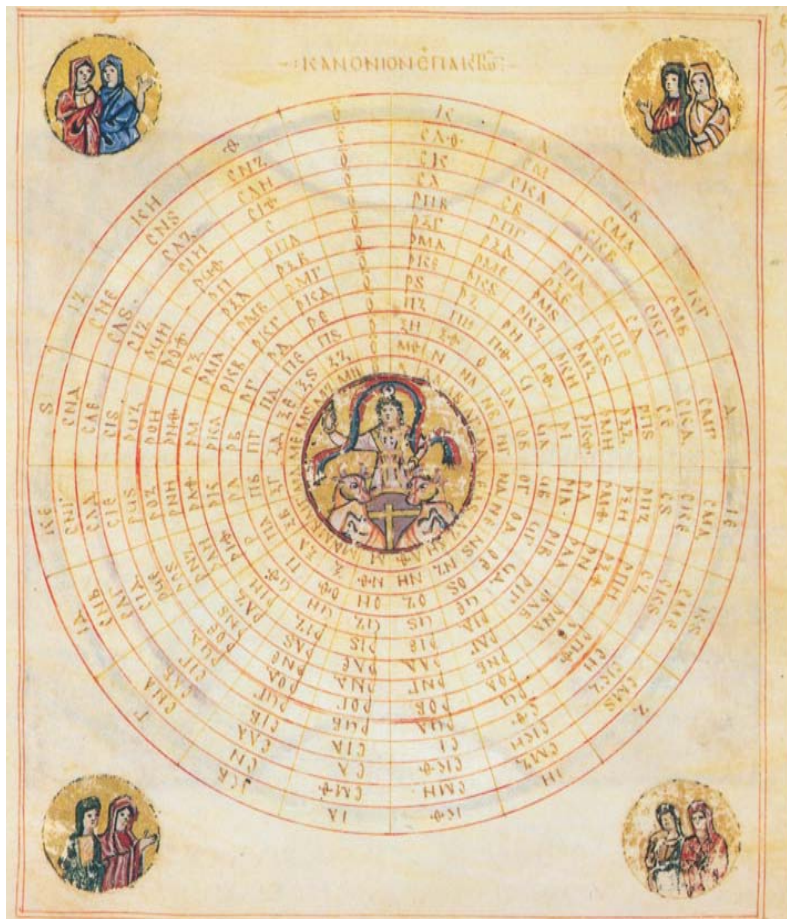


Fig. 34. Miniatura del folio 47r en el *Vaticanus Graecus* 1291. Cuando se combinan los datos de la lista de emperadores con la tabla del folio 47r se puede fijar con precisión el año en que fue realizado: 753/754. Se sabe que el libro estuvo en uso por lo menos hasta 5 generaciones más tarde. En el siglo XV llegó a manos del obispo de Brescia, Bartolomeo Malipiero y después de Doménico Domenici. Hacia 1562 estaba en la biblioteca de Fulvio Orsini quien lo donaría al Vaticano, donde ahora se conserva.

páginas aparecen a rebosar de miniaturas, dos representan las constelaciones de los hemisferios norte y sur, en tanto la tercera es una “tabla solar”, caricaturizando las horas, meses y los signos del zodiaco, presidiendo el sol sobre un carro⁴⁶³. Es también notorio que no se escatima en gastos, los artesanos utilizaron una amplia variedad de colores y el costoso oro para conferir el mayor brillo posible⁴⁶⁴.

Aunque se atribuyó a tiempos de León V Armenio, el trabajo de Wright⁴⁶⁵ ha demostrado fehacientemente que fue elaborado reinando Constantino V Caballinos, justo en Constantinopla, a juzgar por los datos que aparecen en los cuadros. Estamos ante un emperador iconoclasta “radical” y ciertamente los rasgos del manuscrito están acordes con lo que imaginamos fue su pensamiento y época. Los dibujos se alejan de cualquier pretensión religiosa cristiana⁴⁶⁶ y por contra aparentan proximidad a modelos paganos, sin ocultar el desnudo y las imágenes femeninas, de dioses y diosas. Su referente directo se remontaría a la Antigüedad Tardía, saltando los tiempos precedentes como si surgiera de una verdadera revolución “clasicista”. Es también, tal vez, un signo de las preferencias científicas de la corte, que podría simpatizar más con el afán matemático que con el teológico. Aún más, está en la onda de buscar una explicación al funcionamiento del cosmos, por leyes y no por el azar o lo maravilloso. Podría ponerse en relación con el interés hacia la medida del tiempo que demostró tener aquél emperador, de quien sabemos hizo fundar un “monasterio” de hombres dedicados a

⁴⁶³ Brubaker/Haldon, 2001, pp. 37-38.

⁴⁶⁴ Brubaker/Haldon, 2001, p. 40.

⁴⁶⁵ Wright, 1985, *passim*.

⁴⁶⁶ Brubaker/Haldon, 2001, pp. 37-38.

controlar el reloj (ὠροσκοπεῖον) del Gran Palacio⁴⁶⁷. Se trata del Monasterio de los Hodegoi, donde precisamente iniciará su carrera eclesiástica Juan VII Gramático, el futuro líder intelectual del segundo iconoclasmo⁴⁶⁸. Siendo a la sazón abad iconoclasta, no cabe descartar que fuera este importante personaje de la esfera iconómaca quien se hizo cargo del texto y estimula su uso, dando lugar a las anotaciones fechadas bajo el augusto armenio⁴⁶⁹. Cabe añadir, por último, que despeja las dudas respecto al excelente nivel económico que se disfrutaba entonces, el códice es muy lujoso y demuestra que de ninguna manera la producción artesanal se había estancado por entonces en la capital.

Parisinus Graecus 437 (Pseudo-Dionisio Aeropagita)

Se trata de una copia de los tratados teológicos conocidos como *Pseudo-Dionisio Aeropagita*, que los especialistas consideran pudo realizarse en fecha próxima al 827, escrito en mayúscula uncial. Todo apunta a que se trata de aquel ejemplar que hizo enviar Miguel II Amoriano a Luis el Piadoso⁴⁷⁰. Desde luego la decoración apunta “iconómaca”, destacando las pequeñas cruces de color rojo que acompañan cada encabezamiento y capitulares, ciertamente éstas muy estilizadas. Su paralelismo es bien evidente con algún otro documento que sabemos se originó en el *scriptorium* estudita, cual el célebre Evangelio Uspensky, el más antiguo conservado y que utiliza la

⁴⁶⁷ Magdalino, 2006, p. 23.

⁴⁶⁸ Magdalino, 2006, p. 56, con las referencias a las fuentes.

⁴⁶⁹ Magdalino, 2006, p. 63.

⁴⁷⁰ Brubaker/Haldon, 2001, p. 41 y Magdalino, 2006, p. 69.

letra minúscula⁴⁷¹. Al margen de las características formales señaladas, de no menor interés en este caso parece la elección del contenido. Pseudo-dionisio Aeropagita es uno de los pensadores que apunta haber servido al florilegio iconómaco auspiciado por León V Armenio y dirigido por Juan VII Gramático. No en balde pudo ser “el vehículo lícito” de pensamiento platónico que permitía esquivar la cita directa a los filósofos paganos⁴⁷². Se trataba acaso de plantear una divinidad abstracta y despersonalizada, capaz de crear el cosmos y otorgarle unas leyes inquebrantables, al igual

que el emperador hacía construir los edificios guardando unas normas estrictas. Dios se erige como el gran ingeniero, causa eficiente que crea y pone en marcha el mundo pero que no es necesario para explicar su funcionamiento. Es un modelo, cabe pensar, científico-racional y no místico-religioso.

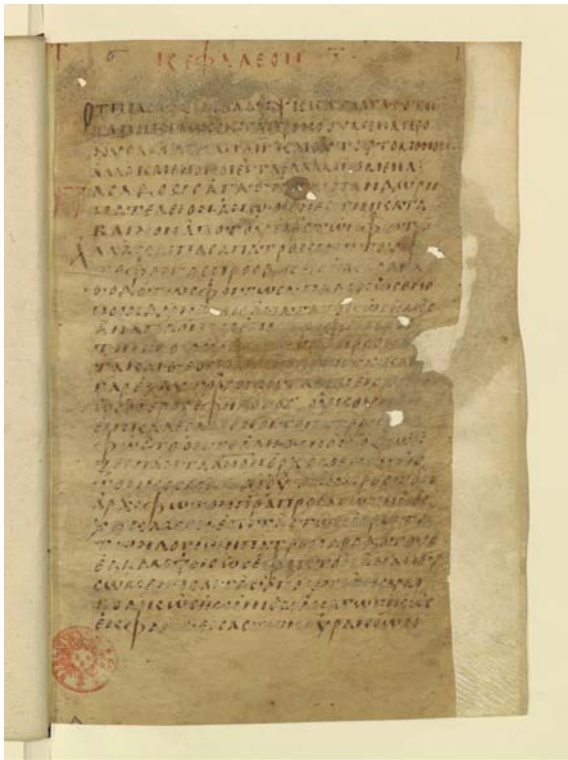


Fig. 35. Primer folio del *Parisinus Graecus* 437.

⁴⁷¹ Brubaker/Haldon, 2001, p. 42.

⁴⁷² Magdalino, 2006, p. 76.

III

PROSOPOGRAFÍA

El especialista Cameron⁴⁷³ nos ha recordado que la historiografía se realiza con todo tipo de componentes, pero que la información sobre las personas debe permanecer entre aquellos más importantes. Ciertamente, conocer a los individuos de la élite, sus carreras y conexiones, provee al historiador de una valiosa herramienta para dilucidar las comunidades de intereses y los clanes de poder. Si se amplía a las capas populares, algo que no siempre es posible, aumenta todavía más la capacidad para percibir y entender las características y los problemas de una sociedad concreta en un momento dado. En cualquier caso, “establecer la identidad” supone crear un archivo del pasado con múltiples posibles usos⁴⁷⁴. Entre otras perspectivas, la prosopografía permite detectar rupturas, continuidades en los modos de vida y, considerando un gremio, obtener una substancial variedad de valiosa información. Para civilizaciones como Bizancio y el Occidente medieval, donde la documentación disponible es escasa, esta recopilación de “biografías de vida pública” resta por derecho propio como esencial entre los principales instrumentos metodológicos al servicio del investigador⁴⁷⁵. En el tema que nos ocupa, todo lo expuesto no es menos cierto. Máxime cuando sospechamos que los diferentes posicionamientos pueden estar en relación con la pugna de necesidades o conveniencias colectivas entre uno o incluso varios grupos separados por origen familiar y nivel económico, amén de actividad o responsabilidades sin descartar de ninguna manera la

⁴⁷³ Cameron, 2003, p. xiii.

⁴⁷⁴ Magdalino, 2003, p. 47.

⁴⁷⁵ Cameron, 2003, p. xiii.

localización geográfica. A fin de cuentas, el trasfondo económico, tantas veces primordial en el devenir histórico, pudo también aquí jugar un papel sino dominante sí al menos muy a tener en cuenta. Rechazo *versus* obligación de venerar iconos y reliquias acaso serían manifestaciones más acordes con los réditos pecuniarios de unos u otros y, al margen de las siempre concurrentes excepciones, habrían podido ser propios de o convenientes para determinadas escalas y sectores poblacionales. Con el objetivo de aproximarnos a estas cuestiones, acotaremos en nuestro estudio algunos personajes que juzgamos participaron en primera línea, sobre lo político-religioso o intelectual-científico, bien que ambos criterios se mezclen a menudo en forma indisoluble. Cada grupo lo dividiremos a su vez en otros dos, según el orden civil. El de los laicos incluye emperadores y otros hombres de gobierno influyentes, amén de médicos. El de los seculares reúne patriarcas, obispos, abades y monjes.

III. 1. EMPERADORES

Anastasio II Artemio

Anastasio II Artemio (Ἀναστάσιος β' Ἀρτέμιος)⁴⁷⁶ ejercía como “primer secretario” de la cancillería imperial cuando un golpe palatino depuso a su antecesor, el monotelita Filípico Bardanes (711-713), quien originalmente había sido un rudo general armenio. Los “ortodoxos”, que

⁴⁷⁶ Datos prosopográficos reunidos en *PmbZ* 1, pp. 74-76 y *ODB* p. 87.

se oponían a la “herejía” del titular, encontraron en este burócrata civil el mejor candidato, acaso porque dominaba los engranajes de la corte. Sabemos que recibió la corona el 4 de junio del 713, poco después de que los búlgaros hubieran saqueado las regiones tracias. Una de sus primeras medidas fue retirar la legislación religiosa de su predecesor, anunciando una nueva comunión con la doctrina calcedoniana. Pero si ello granjeó cierta calma en las cuestiones eclesiásticas, nada parece haber mejorado en lo político-militar. Acaso percibiendo la debilidad en el gobierno de Bizancio, el califa Walîd comenzó entonces a preparar una potente ofensiva y “guerra total”, cuyo inequívoco objetivo era tomar la metrópoli y destruir el Imperio Romano Oriental. La incapacidad del emperador se hizo manifiesta desde el principio, sufriendo los ejércitos bizantinos sucesivos y costosos reveses, incluida la destrucción de la flota cerca de Rodas en el verano del 715. Poco antes el sínodo había hecho substituir al patriarca “heterodoxo” Juan VI (712-715) por Germán I, quien rápidamente volvió a los cánones del Tercer Concilio de Constantinopla, pese a que con ello rectificaba su propia anterior posición. Las tropas del *tema* de Obsiquion se rebelaron ya ese mismo año, iniciándose un conflicto civil que duraría seis meses. Al final Anastasio II abdicó, retirándose a un monasterio en Tesalónica. Su sucesor sería Teodosio III, un simple recaudador de impuestos provinciano, que a su vez pronto fue substituido por León III Sirio, alguien capaz de salvar la situación rechazando con enorme temple la ofensiva sarracena. Curiosamente, en plena conmemoración de la trascendental victoria, corriendo el 719, Anastasio II volvió a intentar recuperar el poder, ayudado por un grupo de altos oficiales civiles y policiales, y con apoyo de mercenarios búlgaros. Su

fuerza resultó fácilmente neutralizada y sería ejecutado a renglón seguido. Cabe conjeturar que semejante intentona, en un momento tan poco propicio, estuviera en relación con la fundada sospecha de que el nuevo emperador, un rudo comandante sirio, tampoco era “suficientemente ortodoxo”.

León III Sirio

León III Sirio (Λέων γ´)⁴⁷⁷ habría nacido en la ciudad de Germanicea (actual Maraš), cercana a la frontera oriental bizantina, en fecha desconocida. Aunque no abundan las referencias, está suficientemente esclarecido que procedía de una familia humilde y de etnia siria (τοῦ Συρογενοῦς)⁴⁷⁸. El apelativo de “isaurio” (ὁ Ἰσαυρος) con el que habitualmente se le conoce, no sería más que un infundio transformado en confusión. Es conocido que la procedencia isauriana fue durante largo tiempo en Bizancio indicadora de ignorancia y barbarie. Se dice que, apenas siendo un niño y para evitar las incursiones árabes, habría tenido que emigrar hacia la región de Mesembria en Tracia⁴⁷⁹. Seguramente enrolado muy joven en el ejército, parece haber despuntado por sus dotes en el combate, lo que explica que alcanzara el rango de *espartario* (capitán de la guardia imperial y cadete de la escuela de guerra) bajo el gobierno de último heráclida, Justiniano II (685-695 y 705-711). Enviado al Cáucaso, se distinguiría en el mando actuando contra los

⁴⁷⁷ Datos prosopográficos en *PmbZ* 2, pp. 662-668 y *ODB*, pp. 1208-1209. Un tratado completo sobre su vida y obra, analizando prácticamente todas las fuentes disponibles, se ofrece en la monografía de Gero, 1973, *passim*.

⁴⁷⁸ Al respecto, vid. el completo análisis de Gero, 1973, pp. 1-12.

⁴⁷⁹ Gero, 1973, pp. 25-31, con un pormenorizado relato de estos años iniciales del emperador.

musulmanes y manteniendo a los alanos fuera de la frontera⁴⁸⁰. Hacia el 716, ya gobernando el burócrata Anastasio II, alcanzaría el rango de *estratega* (capitán general) de los Anatólicos⁴⁸¹, los regimientos más fogueados y aguerridos que batallaban a diario contra los sarracenos. En marzo del 717, consciente de la crítica situación que sufre el Imperio y de la incapacidad del a la sazón inestable emperador Teodosio III, se rebela y toma el poder⁴⁸². Consigue derrotar al enorme cuerpo expedicionario de Maslama que asedia la capital durante muchos meses y derrota a varios usurpadores. En un proceder muy distinto al de Heraclio, semejante éxito no parece que lo hiciera agradecer públicamente a la intercesión de ninguna personalidad divina, tal vez un signo de los cambios que se avecinaban⁴⁸³. A partir de entonces, suponemos que se empeña en llevar a cabo una reforma profunda del Estado, en particular de las fuerza armadas, lo que en suma implicaba medulares cambios en la Hacienda Pública y, por ende, afectaría también a la Iglesia y otros grupos sociales privilegiados. Al decir de Hollingsworth⁴⁸⁴, todo su reinado estuvo dedicado a la defensa, organización y unidad del Imperio. El rechazo al culto de los iconos y reliquias, que estalla hacia el 727, podría haber sido sólo una derivada, por más que muy llamativa, de ese conjunto de medidas administrativo-económico-sociales, las que acaso conformaron el núcleo relevante de la “crisis”. Su objetivo apunta haber sido ambicioso y con un horizonte muy a largo plazo, de ahí que el conflicto que se genera

⁴⁸⁰ *Cronografía de Teófanos*, De Boor, pp. 391-394. Comentarios, otros datos y argumentación al respecto en Gero, 1973, pp. 28-29 y n. 17.

⁴⁸¹ *Cronografía de Teófanos*, De Boor, p. 395.

⁴⁸² Gero, 1973, pp. 33ss con las referencias a las fuentes.

⁴⁸³ Gero, 1973, pp. 34-36.

⁴⁸⁴ *ODB*, p. 1209.

bajo su reinado se prolongara durante casi siglo y medio. Sabemos que aumentó los impuestos, seguramente eliminando exenciones y aplicando mayor rigor en las regiones libres de guerra, probablemente redistribuyendo con mayor justicia las cargas. También es conocida la creación de nuevos distritos en tanto que reorganiza el despliegue naval. Publica un sencillo pero claro compendio legal (la llamada “Ecloga”), haciendo más accesible el código a los comunes. Hizo dimitir al patriarca Germán y se enfrentó al papado. Mantuvo una actividad bélica importante frente a los árabes, consiguiendo la victoria en una gran batalla a campo abierto, lo que hasta entonces nunca había ocurrido, en la llanura de Acroinon. Esta jornada sin ninguna duda aseguró el destino de Bizancio. León III falleció padeciendo alguna enfermedad que cursaba con ascitis, tal vez insuficiencia cardiaca derivada de una talasemia *minor*⁴⁸⁵, el 18 de junio del 741.

Constantino V Caballinos

Constantino V Caballinos (Κωνσταντῖνος ε΄ Καβαλλῖνος)⁴⁸⁶ nació en la llamada “Sala Púrpura” del Gran Palacio de Constantinopla el 25 de diciembre del 718, primogénito de León III y la emperatriz María. Parece que, a diferencia de su padre, recibió una educación esmerada, por parte de unos anónimos profesores que de alguna manera influyeron en sus

⁴⁸⁵ Al respecto, vid. Aguado, 2013, pp. 22-23.

⁴⁸⁶ Datos prosopográficos en *PmbZ* 2, pp. 491-496 y *ODB*, p. 501. Una completa revisión biográfica y de su amplia obra reformista se presenta en Gero, 1977, *passim*. Más reciente, Rochow, 1994, *passim*.

sólidas convicciones iconoclastas⁴⁸⁷. Ello le permitiría alzarse como un genuino “intelectual”, capaz de escribir tratados polémicos y librar debates de altura en teología, llegando acaso a configurar un pensamiento propio con indudables sesgos innovadores. Posiblemente también completaría una excelente formación militar, lo que unido a unas indudables buenas cualidades personales, permiten entender que se convirtiera en uno de los mejores comandantes de la Edad Media. Estuvo junto a su padre en Acroinon (verano del 740), la jornada decisiva contra los árabes, y sabemos que volvería a derrotarlos en numerosas ocasiones, al igual que acaeció frente a los búlgaros⁴⁸⁸. En relación a los aspectos social y económico, se le atribuye haber emprendido o continuado la reforma “iconoclasta” que iniciara León III, aunque todo apunta a que aún con mayor énfasis y determinación⁴⁸⁹. A buen seguro por ello y la correosa intransigencia mostrada contra los clérigos iconodulos, este emperador ha recibido los más sonoros y degradantes epítetos, por parte de los cronistas ortodoxos. Entre una larga lista, destacaríamos aquellos de “el de sucio nombre” (ὁ τῆς κοπρίας ἐπώνυμος) junto a Mamónas (Μαμμωνᾶς) y “apóstata” (ἀπόστατος), amén de “indócil” (ἀπειθής) y “enemigo de los mártires” (μισόμαρτυς) o “precursor del anticristo” (πρόδρομος τοῦ Χριστοῦ ἀντίθετος)⁴⁹⁰. Aunque en la literatura con frecuencia se le distingue con el pseudónimo de “Coprónimo” (Κοπρώνυμος), entendemos que representa una intolerable

⁴⁸⁷ Remitimos al epígrafe de cultura y ciencia en el periodo iconoclasta.

⁴⁸⁸ Gero, 1977, p. 13.

⁴⁸⁹ Vid. al respecto las conclusiones de Gero, 1977, pp. 166-168.

⁴⁹⁰ La mayoría de las fuentes recogen uno o varios de estos peyorativos epítetos, y aún otros muchos más. Sobre la cuestión vid. Gero, 1977, pp. 175 y sobre todo el léxico compendiado en *Antirrheticí Nicephori*, Mondzain-Baudinet, pp. 327-350.

injusticia, que distorsiona su figura, continuar haciéndose eco de semejante insulto. Recogemos por ello otro que acaso le sería más propio, “el de los caballos” (ὁ Καβαλλῖνος), que posiblemente hace referencia a su amor por tan imprescindible elemento de guerra o bien por cierta argucia que le valió la victoria frente a los árabes en una de sus brillantes campañas⁴⁹¹. Máxime, cuando la realidad apunta haber sido bastante más poliédrica. De hecho, lo único verosímil es que el líder iconoclasta disfrutara de prestigio entre sus pares y que tuviera un buen número de incondicionales, sobre todo entre las clases productivas y los soldados. Los indicios al respecto no son pocos a pesar de la infamia que se generó en torno a su memoria. Vemos que utiliza el hipódromo con mucha frecuencia (“baño de multitudes”) y parece manejarse muy bien en ese escenario⁴⁹². Tanto allí como en los diversos *fori* de la capital se dirige al pueblo directamente, prescindiendo de los tradicionales heraldos intermediarios. Ello supone un hecho sin precedentes desde la época alto-imperial, lo que ciertamente sugiere una cercanía y popularidad fuera de lo común⁴⁹³.

Entendemos que fue un aplauso y prestigio no sólo basado en su capacidad oratoria sino también en los considerables éxitos políticos, económicos y, muy en particular, gestas bélicas que acertó a cosechar. Según Goossens⁴⁹⁴, la célebre tradición épica del “guerrero vencedor de la serpiente

⁴⁹¹ Según Samuel de Ani y Ciriaco de Ganjak, en la batalla del río Halis el emperador habría hecho soltar los caballos para que corrieran por el lecho de agua, haciendo creer a los árabes que su fuerza era muy superior a lo real. A partir de entonces los soldados le recordarán por su ingeniosa maniobra como “el de los caballos”. Al respecto Gero, 1977, pp. 170-175 y 176-178, con las referencias a las fuentes.

⁴⁹² Cameron, 1976, pp. 172-173.

⁴⁹³ Rouan, 1981, p. 435, *Vida de San Esteban Joven*, Auzépy, p. 234, n. 260.

⁴⁹⁴ Goossens, 1935, p. 157.

y el león”, trasladada después al *Digénis Akritas* bizantino y los *chétifs* de las cruzadas, tendría en Constantino V Caballinos su origen. Todavía decenios tras su muerte parece haber conservado abundantes partidarios, quienes llegarían a solicitar delante de su tumba que retornara para “librarles de los bárbaros”⁴⁹⁵. No obstante, en igual medida también apunta el emperador haber sumado notables enemigos y una pésima reputación, en este caso concentrados entre el clero, los monjes y, tal vez, una parte de la aristocracia urbana. Explicarían la sucesión de golpes protagonizados por militares y hasta jefes de la guardia imperial en connivencia estrecha con altos funcionarios y la jerarquía eclesiástica, incluidos metropolitans y patriarcas. Por supuesto también estaría vinculado al énfasis con el que es denostado por tantos autores procedentes del ámbito clerical y, en particular, monástico. Serían manifestación y portavoces de una capa o grupo “tradicional”, acaso aquellos que Teófanos denomina “buena gente devota”⁴⁹⁶, de donde se nutriría una parte notable de aquellos. El odio suscitado apunta haber sido profundo y duradero, tanto como para ensuciar su memoria con terribles invectivas y hasta llegar a profanar el cadáver, asestándole latigazos y quemándolo en pública ceremonia una vez establecido el llamado *Triunfo de la Ortodoxia*⁴⁹⁷. Semejante espectáculo y destino, que compartirían también los restos mortales del obispo iconoclasta Juan VII Gramático, se llevó a cabo por instigación del patriarca iconodulo Metodio, consentido por la augusta Teodora Paflagonia, seguramente para extirpar de raíz toda

⁴⁹⁵ Remitimos al epígrafe de relato histórico del periodo iconoclasta.

⁴⁹⁶ *Cronografía de Teófanos*, De Boor, pp. 420-421.

⁴⁹⁷ Al respecto, remitimos al artículo específico de Brousselle, 2011, *passim*. Más datos en el epígrafe de relato histórico dentro del capítulo de Resultados.

referencia física y nostalgia de aquellos hombres y de su obra. Bien parece que la fuerte y valiente personalidad de Constantino V Caballinos generó hondos sentimientos a favor y en contra, algo que desde Heraclio ningún otro había sido capaz de hacer con tanta intensidad⁴⁹⁸.

Igualmente se daría explicación así a las medidas excepcionalmente humillantes contra el patriarcado y el monacato que sabemos tomó el emperador. Recordamos que, superado el golpe de Artabaso, en noviembre del 743 el patriarca Anastasio I Ireneo (730-754) fue paseado a lomos de un asno, escarnecido por el vulgo y devuelto después a su sede⁴⁹⁹. Dado lo inusual del método, cabe preguntarse si la afrenta se dirigía no sólo al titular sino también a la propia institución. Aún se atreve después del fallecimiento natural del prelado a convocar un concilio en Hieria sin haber nombrado ningún sustituto para que lo dirigiera, algo en verdad inusual y que vuelve a poner en cuestión las prerrogativas del primero entre los obispos. Algo más tarde, en agosto del 765, obliga a centenares de monjes a desfilarse en la arena del hipódromo, llevando del brazo a sendas doncellas, mientras el pueblo aplaudía⁵⁰⁰. Al parecer pretendía que se convirtieran en “hombres útiles a la sociedad”, en tareas productivas y hasta de reproducción. Todavía en octubre del 767, el también patriarca Constantino II Escotiopsis (754-766), sufre la infamante vuelta al ruedo sobre un burro en el hipódromo y luego termina ajusticiado⁵⁰¹. Parece que para llevar a efecto semejantes actos, se apoya en un núcleo duro de generales muy capaces, de extracción humilde y de una

⁴⁹⁸ Treadgold, 1988, p. 7.

⁴⁹⁹ *Cronografía de Teófanos*, De Boor, pp. 420-421.

⁵⁰⁰ *Cronografía de Teófanos*, De Boor, pp. 437-438 y *Crónica de Nicéforo*, Mango, pp. 156-157.

⁵⁰¹ *Cronografía de Teófanos*, De Boor, pp. 441-442 y *Crónica de Nicéforo*, Mango, p. 84.

inquebrantable lealtad. Ellos también ejecutaron, al decir de Teófanos⁵⁰², “hechos sacrílegos en sus propias plazas de mando”.

Incansable en la guerra, la muerte le sorprende en su enésima campaña contra los búlgaros, el 14 de septiembre del 775 cuando es evacuado hacia la capital desde el territorio enemigo donde actuaba⁵⁰³. Pudo tratarse de una fascitis necrosante en alguna de sus extremidades inferiores, seguramente por la infección sobrevenida de úlceras talasémicas con larga evolución⁵⁰⁴.

León IV Kázaro

León IV Kázaro (Λέων δ' ὁ Χάζαρις)⁵⁰⁵ seguramente también nació en la “Pórfira” del Gran Palacio el 6 de junio del 751, hijo de Constantino V Caballinos y de la princesa kázara Irene/Čičäk. Se carece de datos respecto a su infancia y la primera madurez. No obstante, resulta significativo que nunca aparezca acompañando a su duro progenitor en las campañas. Cabe aventurar que sufría de alguna dolencia grave genética y crónica. Sea como fuere, en el 775 recibe sin contestación la corona imperial. Anteriormente se había casado con una aristócrata procedente de Atenas, llamada Irene. Pero apenas tiene tiempo para desarrollar una política de matiz propio, por más que todo venga a sugerir una adhesión en lo esencial a la iconoclastia fundada por su abuelo. De hecho, sabemos que castigó a cierto grupo de “devotos”,

⁵⁰² *Cronografía de Teófanos*, De Boor, p. 440.

⁵⁰³ *Cronografía de Teófanos*, De Boor, pp. 448-449.

⁵⁰⁴ Al respecto, vid. Aguado, 2013, *passim*.

⁵⁰⁵ Los principales datos prosopográficos sobre León IV Kázaro, que no son en absoluto abundantes, se recogen en *PmbZ* 2, pp. 668-671 y *ODB*, p. 1209.

la mayoría sirvientes palatinos, por su connivencia en la veneración a los iconos⁵⁰⁶. Con premura hace elevar a su hijo, Constantino VI, al rango de co-emperador. Fallece el 8 de septiembre del 780, probablemente como consecuencia de una erisipela en la región cefálica, acaso padeciendo una talasemia *maior*⁵⁰⁷, y deja una regencia en manos de la joven viuda.

Constantino VI

Constantino VI (Κωνσταντῖνος ζ΄)⁵⁰⁸, el cuarto de la dinastía, nació en el Gran Palacio de Constantinopla el 14 de enero del 771, hijo de Irene Ateniense y León IV Kázaro. Apenas era un niño cuando quedó huérfano y desde entonces la influencia y dominio de su enérgica madre estaría muy presente, hasta el final. Tras un abortado proyecto de contraer nupcias con Rotruda, una hija de Carlomagno, se uniría a María de Amnia, hija de Filareto⁵⁰⁹, un potentado paflagonio. Oficialmente encabezó el Concilio de Nicea II (787), pero intentaría desligarse de Irene, con el apoyo de algunos generales que habían servido bajo su antecesor Caballinos. Fracasó en el campo de batalla y mantuvo un comportamiento errático, reprimiendo duramente a los mismos soldados que le habían ayudado a desprenderse de la regente. El divorcio y un nuevo matrimonio con su amante Teodota, en

⁵⁰⁶ *Cronografía de Teófanos*, De Boor, p. 453.

⁵⁰⁷ Al respecto, vid. Aguado, 2013, pp. 25-27.

⁵⁰⁸ Datos prosopográficos en *PmbZ* 2, pp. 497-500 y *ODB*, pp. 501-502. Un libro dedicado a este breve y confuso reinado es el de Speck, 1978.

⁵⁰⁹ Se trata de Filareto el Misericordioso, que alcanzaría la santidad. A juzgar por lo relatado en su vita, podría ser un ejemplo de lo que denominamos “santo iconoclasta”. Vid. en el capítulo de Fuentes.

el 795, derivaron en añadidos conflictos con el partido monástico radical (los “zelotas”)⁵¹⁰, conformando el denominado “cisma adúltero”. Llamó de nuevo a Irene y ello originó la revuelta de algunos regimientos que la aborrecían. Una absurda y feroz represión de quienes más fieles le habían sido, terminó de granjearle el desprecio de los iconoclastas. La emperatriz-madre aprovechó la coyuntura para forzar su deposición, privándole cruelmente de la vista corriendo agosto del 797, cuando tenía 27 años. Parece que murió en “prisión domiciliaria” no mucho tiempo después.

Irene Ateniense

Irene Ateniense (Ειρήνη ἡ Ἀθηναίη)⁵¹¹ habría nacido en la vieja capital del Ática hacia los años 750-755, en el seno de los “Sarantapequis”, una familia muy rica y tradicional, con gran influencia en la región⁵¹². No sabemos bien las causas y circunstancias, pero el caso es que contrajo matrimonio con el joven León IV a la par que era nombrada “augusta”, en el año 768. El intento de sellar algún tipo de alianza con los magnates heládicos, cara a recuperar el control de aquellas tierras sometidas a la presión invasora de tribus eslavas, podría haber estado en el origen de semejante matrimonio⁵¹³. Tras la muerte de su esposo ocupó la regencia (desde el 780 al 790) y se empeñó en un retorno a la veneración de iconos y reliquias, apoyada por el

⁵¹⁰ Ostrogorsky, 1984, p. 189.

⁵¹¹ Datos prosopográficos en *PmbZ* 1, pp. 454-459; *ODB*, pp. 1008-1009 y *EPLBHC* 3, pp. 322-325. Una revisión biográfica muy completa se ofrece en Herrin, 2002, pp. 79-171.

⁵¹² Sobre los orígenes y la familia de Irene, vid. Herrin, 2002, pp. 84-88.

⁵¹³ Herrin, 2002, pp. 86-88.

partido iconodulo, muy en particular los monjes⁵¹⁴. Para ello encontró un colaborador necesario en su propio secretario personal, Tarasio, a quien hizo elegir en pública sesión como patriarca, tras un meteórico proceso de ingreso y ascenso en la carrera eclesiástica⁵¹⁵. Otro de sus seguidores será el célebre Teodoro Estudita, a quien ella también conseguiría nominar como abad del gran monasterio situado en Psamatia⁵¹⁶. A lo largo del tiempo, y en modo incondicional, la “federación bitinia de cenobios” mostrará un inusual grado de connivencia con ella⁵¹⁷. La revisión de la política religiosa se vendrá a evidenciar plenamente cuando se cierren las actas del Concilio de Nicea II, donde se elevan la presbeia y la dulía como dogmas esenciales. Ciertamente sólo lo pudo llevar a cabo después de neutralizar a los regimientos escolares, que bloquearon el desarrollo de un primer sínodo en los Santos Apóstoles de Constantinopla, y crear una nueva guardia imperial⁵¹⁸. Igualmente parece la “verdadera piadosa” (εὐσεβεστάτη)⁵¹⁹ haber suprimido una parte substancial de los impuestos precedentes, mientras se renovaba la construcción y adorno de templos, algunos antes desacralizados por el Caballinos. A la par, desplazaría a los principales jefes militares iconoclastas, en tanto se rodeaba de ministros y nuevos “mariscales” elegidos entre su séquito de eunucos palatinos. Todo ello, el despilfarro y la dejación fiscal amén de la purga en el generalato, seguramente dejó al ejército en pésimas condiciones. Lo cierto

⁵¹⁴ Sobre el papel personal de Irene en esta aparentemente inesperada “restauración de los iconos”, vid. Herrin, 2002, pp. 118-128.

⁵¹⁵ *Cronografía de Teófanos*, De Boor, pp. 458-460

⁵¹⁶ Brubaker/Haldon, 2011, p. 291. Remitimos también al epígrafe correspondiente.

⁵¹⁷ Remitimos al capítulo de Resultados, epígrafe de Relato histórico.

⁵¹⁸ *Cronografía de Teófanos*, De Boor, pp. 461-462.

⁵¹⁹ *Cronografía de Teófanos*, De Boor, p. 454. Comentarios en Herrin, 2002, p. 109.

es que las derrotas se sucedieron teniendo que recurrir al pago de pesados tributos para evitar las incursiones enemigas, en particular de los sarracenos. La inseguridad volvió a sentirse con viveza en el interior de Anatolia y los Balcanes, algo que León III y Constantino V habían desterrado tras sus brillantes campañas guerreras. Sabemos que Constantino VI consiguió desalojarla del poder durante un breve tiempo, entre 790 y 792, apoyado por algunos viejos comandantes. No obstante, al volver aprovechando la débil personalidad de su hijo, se ocupó de neutralizar para siempre el peligro, cegándolo en el 797. Será entonces la primera y única mujer que se autoproclame “creyente emperador” (Ειρήνη πιστὸς βασιλεύς)⁵²⁰, en masculino para refrendar el carácter de soberano efectivo. Es notorio que representaba un desafío a la tradición y ello, sumado a un evidente mal gobierno⁵²¹, posiblemente supuso el descrédito del trono bizantino, que será tildado en Occidente como el *femineum imperium*⁵²². El comprensible agotamiento de las reservas y concomitante peligroso deterioro de la situación en las fronteras, condujo a que sus propios ministros y hasta los moderados del partido iconodulo, incluido el patriarca Tarasio, decidieran dejar de apoyarla⁵²³. En otoño del 802, tras un golpe “blando” fue conducida a un dulce exilio en Proti, una de las islas marmáricas situadas enfrente de Constantinopla. En noviembre del mismo año, acaso por temor a que sus maquinaciones tuvieran éxito, se convino en alejarla aún más, hasta Lesbos. Allí fallecería ya corriendo el 803. Sus restos se trasladarían a los

⁵²⁰ Así reza en una de sus *novellae* (*PmbZ* 1, p. 545 con las referencias).

⁵²¹ Ostrogorsky, 1989, p. 189.

⁵²² *PmbZ* 1, p. 458, con las referencias.

⁵²³ Un análisis convincente se ofrece en Herrin, 2002, pp. 168-171.

Santos Apóstoles tras el *Triunfo de la Ortodoxia*, “en olor de santidad”, para ocupar el espacio dejado libre por la profanación y despiece del sarcófago de Constantino V Caballinos⁵²⁴. La Iglesia Ortodoxa la celebra en el santoral el 7 de agosto y la Católica el 20 de julio.

Nicéforo I Megaloteta

Es probable que Nicéforo I Megaloteta (Νικηφόρος α΄ Μέγας λογοθέτης)⁵²⁵ naciera en Seleucia de Isauria, aunque desconocemos prácticamente la fecha y su familia, por más que se especule con un ancestro árabe. Sabemos que ocupaba el puesto de *logoteta del genicón* (λογοθέτης τοῦ γενικοῦ), ministro encargado de la Hacienda Pública justo antes de su ascenso al trono⁵²⁶. Seguramente, ante el peligroso rumbo que tomaban los asuntos del Estado, un grupo importante entre quienes sostenían a Irene Ateniense tomó la decisión de apartarla del poder. Corriendo el 802, el sector “moderado”, que incluía al propio patriarca Tarasio, impuso a este funcionario civil como emperador. El giro en materia fiscal y política exterior se materializó casi de inmediato, bien que pasando por diversos grados que apuntan haber dependido de la insuficiencia detectada. Al sentir de Niavis⁵²⁷, el Megaloteta “reactivó la legislación romana y bizantina”, en vías a “restaurar el orden fiscal”. Queremos entender que se trataba, en esencia,

⁵²⁴ Comentarios en Herrin, 2002, pp. 276-277.

⁵²⁵ Datos prosopográficos en *PmbZ* 3, pp. 354-360 y *ODB*, pp. 1476-1477. Una notable monografía dedicada en exclusiva a este emperador es la de Niavis, 1987, *passim*.

⁵²⁶ Al respecto, vid. Bury, 1911, pp. 86-90.

⁵²⁷ Niavis, 1987, pp. 93-112.

de aquella misma poco antes impulsada por los dos primeros miembros de la dinastía siria. Desde luego, este líder, también “verdadero piadoso” (εὐσεβέστατος) y “amigo de los monjes” (φιλομόναχος), se vio obligado a cercenar algunas prebendas⁵²⁸. La inquina de los cronistas iconodulos nos empuja a pensar que para ellos tales medidas suponían una “traición”, ejecutada por “uno de los suyos”. Pese a que mantuvo el favor de los menos intransigentes, liderados por el nuevo patriarca Nicéforo tras la muerte del antecesor en febrero del 806, parece que progresivamente los zelotas se radicalizaron en su contra. Ello mientras que, pese al rigor presupuestario, tampoco conseguía equilibrar las cuentas del Estado. La cancelación de exenciones a los monasterios, obispados y hasta al complejo eclesiástico-asistencial de Santa Sofía⁵²⁹, que establece acaso ya como último recurso en septiembre del 807, supondrá el estallido de un conflicto “interno” entre los mismos “piadosos” muy perjudicial para los apoyos que requería su gobierno. El problema se complicaría todavía más debido a su manifiesta incapacidad como comandante, que sólo puede suplir recurriendo a lo que pretendía eludir: el pago de tributos. Acuciado por el déficit, pretendió rechazar el pago de tributos y se embarcó en conducir de su propia mano ciertas campañas militares, todas fracasadas estrepitosamente. En la última de ellas, enfrentado a los búlgaros y donde reunió a la flor y nata del ejército, encontraría la muerte. Krum y sus guerreros lanzaron el 26 de julio del 811 un asalto contra el campamento bizantino, establecido sin respetar las más elementales normas, en las cercanías de Pliska. Todo terminó en una horrible

⁵²⁸ Sobre los epítetos, vid. Alexander, 1958, pp. 72-73, con las referencias.

⁵²⁹ *Cronografía de Teófanos*, De Boor, pp. 461-462.

matanza y el cráneo del emperador fue utilizado como copa de festejo por el kan. Dado que el heredero también resultó herido de muerte, dejaba el Imperio sin líder y la fuerza armada casi totalmente desarticulada.

Miguel I Rangabé

Miguel I Rangabé (Μιχαήλ α΄ Παγγαβέ) nació hacia el año 780 en la propia Constantinopla, hijo de Teofilacto Rangabé, a la sazón un importante patricio en la corte⁵³⁰. Tras contraer nupcias con la hija del emperador Nicéforo I Megaloteta, se convierte en su segundo en la línea de sucesión, recibiendo el título de *curopalates* (κουροπαλάτης), equivalente a un “jefe de la casa imperial”. Al llegar las trágicas noticias de lo acaecido en Pliska y estando sus posibles rivales heridos de gravedad o muertos, el 2 de octubre del 811 Miguel se hace con el poder, bendecido por el patriarca Nicéforo I. Desde luego, fue un celoso “devoto” que retornó a los dispendios de Irene Ateniense, prodigando donaciones a las iglesias y monasterios, mientras llamaba a los extremistas que habían sido exiliados por su predecesor. Empero, muy pronto se mostró su total ineptitud para semejante responsabilidad, algo que vienen a reconocer hasta los cronistas afines de la época⁵³¹. Con Rangabé sabemos que líderes iconodulos, moderados y zelotas, formaban parte del Consejo de Estado, casi podría decirse que suponían el “gobierno en la sombra”. Teófanos⁵³² nos informa de que el emperador reunió a tales

⁵³⁰ Un resumen prosopográfico sobre el emperador Miguel I Rangabe, con exhaustiva revisión de las fuentes disponibles, se ofrece en *PmbZ* 3, pp. 247-252. Vid. también *ODB*, p. 1362.

⁵³¹ Por ej. *Cronografía de Teófanos*, De Boor, pp. 499-500.

⁵³² *Cronografía de Teófanos*, De Boor, p. 498.

hombres el 1 de noviembre del 811 para decidir sobre política exterior, en concreto valorar las opciones cara a la ofensiva de Krum. Allí estaban los metropolitanos de Nicea y Cízico, junto a Teodoro Estudita y el patriarca Nicéforo I, imaginamos que amén de otros funcionarios y militares de alto rango. Los laicos no parecen haber contado demasiado. De hecho, sabemos que la opinión del abad de Estudios prevaleció, rechazando el tratado de paz que ofrecían los búlgaros, lo que sabemos condujo a una nueva y desastrosa guerra⁵³³. El 11 de julio del 813 sufrió una estrepitosa derrota en Versinikia y al volver abdicó dejando el trono en manos del general de las tropas anatólicas, llamado León y de origen armenio. Se retiraría sin sufrir daño alguno a un monasterio y aún viviría hasta el año 844.

León V Armenio

Seguramente, León V Armenio (Λέοντα ε΄ ὁ Ἀρμένης) nació en el seno de una familia de clase media con tradición militar estratiota, acaso ligada a las reformas de Constantino V Caballinos, asentada en el *Tema* de Armeniacos⁵³⁴. Su carrera apunta haber sido la tradicional, para un “oficial de escuela” procedente de alguna región fronteriza en aquél tiempo⁵³⁵. Seguramente se inició como subalterno y su primer puesto importante pudo

⁵³³ Al respecto, vid. Niavis, 1987, pp. 250-252.

⁵³⁴ Los principales datos prosopográficos en relación a León V se recogen en *PDMZ* 2, pp. 671-681 y *ODB*, pp. 1209-1210.

⁵³⁵ La guardia de “cadetes” del gran palacio apunta haber sido una genuina “Academia de Oficiales Superiores” en los periodos iniciales y medio de Bizancio. Cada capitanía regional o *tema* también parece haber tenido una “escuela provincial” integrada por jóvenes que pretendían hacer carrera en la fuerza armada. Al respecto vid. Haldon, 1984, pp. 30ss.

ser el de *turmarca* de los Federados, uno de los principales regimientos acuartelado en Bitinia. Alcanzaría el rango de *estratega* de los Armeniacos antes de *hipoestratega* y al final *estratega* de los Anatólicos, es decir jefe de la principal fuerza con la que contaba Bizancio entonces. Aunque las fuentes hostiles insinúan que hace traición en plena batalla, en Versinikia apuna haber sido el comandante que mejor supo maniobrar, de modo que tras el desastre encontró el apoyo suficiente para tomar el poder, reconocido incluso por su inepto antecesor. Incluso el “piadoso” Teófanos⁵³⁶ le considera a la sazón como un valiente y hábil soldado, en las páginas finales de su crónica, bien que sincero y no constreñido por la ideología, pues no alcanzó a conocer de su política ya que falleció poco antes de que el armenio empezara a desarrollarla. Nicéforo I coronó al rudo armenio, aún a sabiendas de que era un iconoclasta convencido, lo que implica que la situación era desesperada y no había otra opción. Un relato hagiográfico asegura que cuando el obispo colocó la corona sobre la cabeza del general, tuvo la impresión de estar tocando “espinas y brasas”⁵³⁷.

Sabemos que, maniobrando con astucia y valor, León V Armenio lograría salvar la crítica situación que había heredado. Después, se mostraría abiertamente decidido a cambiar la orientación político-religiosa. Los batallones tagmáticos, que apuntan haber conservado mayoritariamente la ideología contraria a la dulía, le apoyaron en ello sin reservas. En la navidad del 814 ordenó retirar las imágenes que pudieran ser objeto de veneración, arropado por la actitud beligerante de los soldados frente a ellas. No obstante,

⁵³⁶ *Cronografía de Teófanos*, De Boor, p. 502.

⁵³⁷ Alexander, 1958, p. 78, con las referencias.

fue incapaz de torcer la voluntad del muy iconófilo patriarca Nicéforo I. Una vez que le obligó a dimitir, convocaría un sínodo rehabilitando el Concilio de Hieréia. Antes, una comisión donde se encontraba Juan Gramático, se había encargado de recopilar escritos sobre el espinoso tema. No sabemos cual habría sido el balance final de su obra, porque resultó muerto el día de nochebuena del 820. Fue el resultado de una opaca y confusa conjura, encabezada por uno de sus camaradas más íntimos, con el que había tenido alguna diferencia personal sin especificar.

Miguel II Amoriano

De muy bajo y oscuro origen, Miguel II Amoriano (Μιχαήλ ὁ Ἀμοραῖος) seguramente nació en Amorium hacia el año 780, sin que se pueda precisar mucho más⁵³⁸. De carácter taciturno y sufriendo algún defecto en el habla, que le valió el sobrenombre de “el tartamudo” (ὁ τραυλός), todo apunta a que apenas pudo recibir una educación elemental. Inició su carrera militar como recluta, tal vez en la caballería. Por méritos de guerra podría haber llegado a oficial subalterno, acaso en el regimiento de los federados, siendo compañero de armas de León V Armenio. Con este último llegará a ocupar el puesto de *comes de la tienda*, capitán de la guardia en campaña, y *protostrator* o jefe de la remonta. Poco después, sería aupado al importante puesto de comandante de los excubitores, uno de los principales regimientos de alta movilidad.

⁵³⁸ Datos prosopográficos y extensa revisión de fuentes en *PmbZ* 3, pp. 252-259 y *ODB*, p. 1363.

Sin que sepamos las razones, lo cierto es que entrará en abierto conflicto con su antiguo camarada de armas y le substituirá en diciembre del 820, tras un confuso golpe donde se divide la propia guardia de corps. Miguel II mantiene una política iconómaca “moderada”, intenta prohibir la discusión pública sobre la dulía, pero se rodea de intelectuales contrarios a ella y deja a su hijo en manos de Juan Morocharzianos, el futuro patriarca iconoclasta. En el 823 contrae nupcias con Eufrosina, una hija de Constantino VI, en lo que parece un intento claro de emparentar con la dinastía siria, iniciadora de la iconoclastia. Sabemos que fallece en Constantinopla el 2 de octubre del 829, a resultas de “una enfermedad renal”, según testimonio de José Genesio⁵³⁹ y Jorge Monje⁵⁴⁰, que le ocasionaba dificultad urinaria⁵⁴¹.

Teófilo

Teófilo (Θεόφιλος) habría nacido hacia el año 812 y sabemos con seguridad que recibió la corona de co-emperador el 12 de mayo del 821, cuando su padre enfrentaba la insurrección de Tomás Eslavo⁵⁴². Ocho años después asume el poder en solitario, sin oposición, pero teniendo que hacer frente a importantes problemas, tanto de orden interior como exterior. En *Theophanes Continuatus*⁵⁴³ se le señala como “un fiero amante de la justicia y estricto guardián de las leyes civiles”. Además, parece haberse interesado

⁵³⁹ Genesio, Kaldellis, p. 43.

⁵⁴⁰ Jorge Monje, Bekker, p. 792.

⁵⁴¹ Podría ser un cáncer o tumor prostático, más que patología del propio riñón.

⁵⁴² Datos prosopográficos en *PmbZ* 4, pp. 628-636 y *ODB*, p. 2066.

⁵⁴³ *Theophanes Continuatus*, Bekker, p. 85.

por las ciencias, o “lo oculto”, al decir de Genesio⁵⁴⁴. Infatigable en las campañas, pese a combatir en difíciles circunstancias, supo también crear unas condiciones económicas favorables⁵⁴⁵. Igualmente se ha señalado su intensa labor edilicia, sobresaliendo la construcción del llamado Palacio de Bryas y el enorme xenón que tomará su epónimo, en el Zeugma. Nombrará patriarca a su tutor, Juan VII Gramático, y patrocinará al polímata León Constantinopolitano, ambos reconocidos iconoclastas. Éste último dirigirá una alta institución educativa en la ciudad, en tanto elabora algunos ingenios de uso civil y de aparato en el Gran Palacio⁵⁴⁶. La intransigencia y actividad subversiva de los “piadosos” parece ser la causa de una campaña de represión relativamente cruel. Empero, es sabido que su esposa Teodora Paflagonia simpatizaba con el partido iconodulo. Sin cumplir los 30 años de edad, de una dolencia aguda que cursaba con disentería y caída de cabello, fallece el 22 de enero del 842, sin que pueda descartarse el envenenamiento.

Teodora Paflagonia

Teodora nació en Ebissa, ciudad de Paflagonia, hija de un oficial medio del ejército, que muy pronto la había dejado huérfana⁵⁴⁷. Educada en una estricta fe ortodoxa, parece haber llegado a contraer nupcias con Teófilo tras ganar cierto “concurso de novias”, aparentemente virtud a su belleza y

⁵⁴⁴ Genesio, Kaldellis, p. 70.

⁵⁴⁵ Una amplia revisión de su política se ofrece en Treadgold, 1988, pp. 263-329.

⁵⁴⁶ Remitimos al epígrafe correspondiente en esta Prosopografía.

⁵⁴⁷ Datos prosopográficos en *ODB*, pp. 2037-2038. Amplia y razonada revisión biográfica en Herrin, 2002, pp. 243-306.

saber estar⁵⁴⁸. Durante el gobierno de su marido apenas disimula la simpatía que profesa por los iconos. Sabemos que protege en sus aposentos palatinos al monje siciliano Metodio, uno de los enlaces entre los cripto-iconodulos y el papado. También se dice que intentaba realizar actividades comerciales ilícitas, lo que enfureció sobremanera al augusto, siempre tan atento a la justicia⁵⁴⁹.

Al fallecer Teófilo, el comité de regencia se conforma por parientes de Teodora, además de Teoctisto⁵⁵⁰, un hábil eunuco de la corte que parece haber gozado de la más estricta intimidad y confianza de la emperatriz. Su objetivo, en modo similar a como aconteciera con Irene Ateniense, fue recuperar la llamada “ortodoxia iconodula”. En primer lugar, y contraviniendo la orden expresa del emperador agonizante, ordena apartar a Juan VII Gramático y lo substituye por Metodio. En marzo del 843 se celebra solemnemente la “restauración del culto a las imágenes”, con todo lo que ello implicaba. Gobernará apoyándose en el antedicho primer ministro emasculado, hasta que su hermano Bardas y el príncipe Miguel III, aficionado a la bebida, lo eliminan en la primavera del 843. La emperatriz madre es poco después relegada al Monasterio de Gastria, cerca de la muralla, en el barrio de Psamatia⁵⁵¹. Allí permanecerá hasta su muerte, cuya fecha no es posible precisar, no sin antes ver el derrocamiento de su hijo en el 867. El responsable fue quien había sido amante masculino del emperador “beodo”,

⁵⁴⁸ Herrin, 2002, p. 261.

⁵⁴⁹ Simeón Magister, Bekker, p. 328. Comentarios en Herrin, 2002, pp. 251-252.

⁵⁵⁰ Sobre el personaje, vid. *ODB*, p. 2056.

⁵⁵¹ Sobre el Monasterio de Gastria (Μονή τῶν Γαστριῶν), vid. Janin, 1969, pp. 67-68. Aún restaría visible en Estambul una capilla de dicho monasterio. Al respecto, Aguado, 2007, pp. 513-518.

un mozo de cuabras originario de macedonia que gobernará con el nombre de Basilio I. Con él se inicia la dinastía más larga del Imperio Bizantino, y sus descendientes, en particular Leon VI y Constantino VII Porfirogéneta, se empeñarán en distorsionar la historia, en buena medida para ocultar el origen tan poco glorioso de su derecho a gobernar.

III. 2. OTROS SEGLARES

Pablo Egineta

Pese a la importancia de la obra que se atribuye a Pablo Egineta, es muy escaso lo que conocemos de su vida. Según un comentador árabe, el periodo de mayor actividad del médico se situaría entre los años 610 y 642, bajo los emperadores Heraclio y Constantino III con Heraclonas⁵⁵². Está claro que era oriundo de la isla de Egina, enfrente de Atenas, pero desconocemos la fecha de nacimiento y las condiciones familiares. También es muy posible que realizara los estudios de medicina en Alejandría y que allí impartiera docencia, al menos durante algún tiempo. En la misma medida, cabe sospechar que huyó de la metrópolis greco-egipcia al entrar los árabes. A renglón seguido, como el mismo autor sugiere, inicia una vida itinerante, viajando por muchas y muy distintas regiones (“la mayor parte de la tierra”), padeciendo “fatigas”. Semejante descripción, que asociamos al apabullante

⁵⁵² Lamagna, 2006, p. 689, con la referencia a las diversas fuentes, principalmente el médico historiador Abul Farağ.

dominio que demuestra tener de técnicas habituales en cirugía de guerra, nos inclina a pensar que bien pudo ejercer como médico militar, acompañando a unidades que pelearon en distintos teatros, incluido el occidental. Es un médico que ha practicado su arte en ciudades (¿guarnición?), pueblos (¿campañas?) y embarcaciones (¿armada?). De hecho, utiliza términos latinos relativos a plantas y también tecnicismos del argot naval⁵⁵³. Aún más, podría haber estado residiendo algún tiempo en la vieja Roma, a juzgar por su manejo del sorgo o melca (*Sorghum vulgare*), aunque ciertamente también pudiera derivar todo de las lecturas. El abordaje de ciertos aspectos de la plástica⁵⁵⁴, como las relativas a fracturas nasales, mandibulares, ginecomastia, gangliones e hipospadias abundan en el mismo sentido, su relación con el mundo quirúrgico de la milicia, muy abierto en el sentido geográfico y doctrinal.

Sea como fuere, apunta haber sido un hombre de firmes convicciones ético-morales hipocráticas y no especialmente piadoso. Dios permanece en estricto ausente de su obra y, cabe subrayar, se muestra con radicalidad opuesto a la práctica de la castración, amén de la circuncisión. A su juicio la medicina debe intentar “devolver el cuerpo a su estado natural”⁵⁵⁵, entendemos que sin dejarse llevar por normas de otra índole, incluso las originadas en algún dogma religioso. Está claro que su modelo es el gran maestro pagano Oribasio Pergameno y la reproducción que hace de una “enciclopedia de uso” para prácticos, donde incorpora lo que parece fue su

⁵⁵³ Lamagna, 2006, p. 690.

⁵⁵⁴ Se le ha venido a considerar uno de los padres de la cirugía plástica. Al respecto, vid. Gurunluoglu/Gurunluoglu, 2001, *passim* y Damandopoulos/Kassimatis/Goudas, 2007, *passim*.

⁵⁵⁵ Al respecto, Lamagna, 2006, pp. 690-691.

propia experiencia, le acerca, a nuestro juicio, a un facultativo “de palacio”. Empero, nunca se cita en su obra emperador alguno, por más que no sea inverosímil estar ante otra *damnatio memoriae*. Sea como fuere, sus escritos gozaron pronto de fama y en la época de Hunain ibn Ishâq, el traductor al árabe, sabemos que ya formaba parte de la mejor tradición disponible. Por último, al igual que de sus circunstancias personales (mujer, hijos, etc), nada en absoluto se puede decir respecto a su muerte.

Melecio Opsikioneo

Las circunstancias y el periodo en el que escribió y trabajó Melecio Obsikioneo (Μελέτιος τοῦ Ὀψικίου) también son extremadamente imprecisos y opacos⁵⁵⁶. Tradicionalmente se le ha considerado un médico del siglo IX, aunque en realidad la hipótesis carece de fundamento sólido⁵⁵⁷. De cierto, si consideramos el hecho de que León Constantinopolitano reproduce en parte su obra⁵⁵⁸ y que Máximo Confesor es su fuente más tardía⁵⁵⁹, cabe sospechar que haya vivido y escrito ya a finales del siglo VIII, sino antes. Mucho más seguro es que, efectivamente, su lugar de ejercicio radicara en la región anatólica de Frigia, en concreto dentro del *Tema* de Opsikion. La *inscriptio* del tratado anatómico-fisiológico que se le adjudica, nos informa de que profesaba como monje en el Monasterio de la Santísima Trinidad en

⁵⁵⁶ Datos prosopográficos, aunque incompletos, en *PmbZ* 3, p. 222 y *ODB*, p. 1333.

⁵⁵⁷ *PmbZ* 3, p. 222 y *DAGLAMA*, p. 563.

⁵⁵⁸ *DAGLAMA*, p. 563.

⁵⁵⁹ Sobre las fuentes de Melecio, vid. Ieraci Bio, 2005, *passim*.

Tiberiópolis⁵⁶⁰, una ciudad anatólica. No está claro que siempre su entorno fuera cenobítico, cabe dentro de lo razonable que anteriormente tuviera una vida profesional seglar. También es posible que ejerciera en un xenón o una clínica dependiente del convento. Máxime, cuando su formación parece amplia y muy sesgada hacia la medicina. En cualquier caso sabemos que no era infrecuente compaginar ambas actividades, al menos en una segunda etapa de la vida⁵⁶¹. Las principales y directas fuentes que utiliza incluyen a Hipócrates, Galeno, Sorano, Nemesio de Emesa y Esteban Ateniese⁵⁶². Bien es cierto que los combina con Basilio de Cesarea, Gregorio de Nissa, Juan Crisóstomo, Cirilo de Alejandría y el citado Máximo Confesor. Es muy posible que sus inclinaciones psico-religiosas fueran importantes y de ahí que escribiera también algunas obras sobre la naturaleza inanimada y el alma humana, los entes que se estiman son la gran obra de Dios. En los dos tratados, *Sobre el Alma* (Περὶ Ψυχῆς) y *Sobre los cuatro elementos* (Περὶ τῶν τεσσάρων στοιχείων) aparecen, no obstante, abundantes fragmentos de orden inequívocamente médico⁵⁶³, que le acreditan como un sabio de formación básica científica más que literaria. Curiosamente, en la primera de las obras citadas hace un pequeño esbozo fisonómico de sí mismo, describiéndose como médico, corto de estatura, con los ojos azules y nariz chata, sufriendo de gota y con una cicatriz en la frente. De otra manera se define como “monje que visita”, aplica ungüentos y fármacos o cauteriza. Al ínterin, tal distingo de dos grupos de caracteres le sirve para explicar

⁵⁶⁰ Ieraci Bio, 2006, p. 789.

⁵⁶¹ Constantelos, 1985, pp. 382ss.

⁵⁶² Ieraci Bio, 2006, p. 790.

⁵⁶³ DAGLAMA, p. 563.

la diferencia entre “individuo” (ἄτομον) y “persona” (πρόσωπον)⁵⁶⁴. Cabe reiterar el éxito que su obra tuvo en años sucesivos, razón para convertirle en alguien célebre y que el tiempo colocó entre los grandes de la medicina. Bien parece que se le adjudicaron obras anónimas en un periodo tardío, pues su nombre venía a otorgar importancia y garantía de solidez⁵⁶⁵.

Teófilo Protospatario

Una vez más, la época y los detalles de la vida de este personaje son esencialmente desconocidos y la ausencia casi total de noticias apenas dejan hueco al debate⁵⁶⁶. El abanico temporal que se baraja va desde el reinado de Heraclio (610-641) hasta el de León VI (886-912), una indefinición en verdad lamentable⁵⁶⁷. Curiosamente, los extremos de fechas han gozado de algún predicamento, en tanto la porción central no ha recibido, a lo que sabemos, ninguna atención. Para autores como Krumbacher⁵⁶⁸, Scarborough⁵⁶⁹ y Lamagna⁵⁷⁰, habría vivido en el siglo VII, en época heracliana. Se fundamentarían en ciertos rasgos de coincidencia dentro de una misma “doctrina urológica” y en una supuesta afinidad de estilo con Esteban Ateniense, a quien se le hacía su discípulo. Ciertamente hay coincidencias en la exposición sobre los rasgos de interés diagnóstico

⁵⁶⁴ Ieraci Bio, 2006, pp. 789-790.

⁵⁶⁵ Esteban Ateniense, *Comentarios sobre los Aforismos*, Westering, Introducción, p. 19.

⁵⁶⁶ Breves detalles prosopográficos se ofrecen en *PmbZ* 4, p. 656.

⁵⁶⁷ *ODB*, p. 2067; Cavarra, 2009, p. 62; Cavallo, 2009, p. 167.

⁵⁶⁸ Krumbacher, 1897, p. 614.

⁵⁶⁹ Scarborough, 1984b, , p. 228.

⁵⁷⁰ Lamagna, 2003, p. 67.

en la orina, el modelo es similar⁵⁷¹, pero de ello no cabe inferir gran cosa. En verdad supone un salto *in vacuo* notable poner a Esteban como deudor de Teófilo. Al contrario de lo esperado, la excelencia y contenido del segundo no se advierten en el primero, su dominio del tema es mucho menor. Mientras, un análisis lingüístico riguroso de ambas obras aforísticas, ofrecido por Wolska-Conus⁵⁷², ha permitido descartar totalmente el primer tipo de relación esgrimido. La otra tendencia, más actual y defendida principalmente por Westering⁵⁷³, Deichgräber, Ieraci Bio⁵⁷⁴, Hohlweg⁵⁷⁵ o Cavallo⁵⁷⁶, parece sugerir que viviera a inicios del periodo macedonio. Se identificaría con cierto personaje al que Focio escribe un par de misivas⁵⁷⁷ y estaría en función del título que ostenta, “protospatario del Crisotriclinos” (πρωτοσπαθάριος το Χρυσοτρικλίνου), una dignidad más propia de las centurias IX y X, según este sentir.

Debemos objetar, no obstante, que la hipótesis tampoco es merecedora de ser aceptada. A priori porque nada permite asegurar que el funcionario y el médico sean la misma persona y en segundo argumento porque en modo alguno es correcto que los protospatarios existieran únicamente en tales tiempos. El que traducimos como “primer espatario” fue originalmente un comandante de la guardia interior palatina, conformada por los capitanes

⁵⁷¹ Cavarra, 2009, pp. 50-51.

⁵⁷² Wolska-Conus, 1994, *passim*.

⁵⁷³ Westering 1985, I, pp. 17-19.

⁵⁷⁴ Ieraci Bio, 1999, pp. 249-267, esp. 255.

⁵⁷⁵ Epígrafe en *DAGLAMA*, p. 836.

⁵⁷⁶ Cavallo, 2009, pp. 10-11.

⁵⁷⁷ Al respecto, Wolska-Conus, 1994, pp. 8-9.

spatari y la tropa de *lanciarit*⁵⁷⁸. Con el tiempo parece haber sido también una dignidad ofrecida como premio o reconocimiento por los servicios prestados, de modo que coexistirían dos tipos, el oficial o activo y el emérito o simple título honorífico. Si también fue archiatros, cual reza en alguno de los textos, igualmente cabría imaginar un ejercicio dentro del Gran Palacio, en algún xenón e incluso en el ejército, cuya alta oficialidad se nutría del llamado “Arma” (Ἄρμα). Éste era un abigarrado conjunto de cuarteles y cuerpos militares aledaños a la Puerta Calcé, cuya función era dar protección al trono y también servir como batallones del que podemos designar como “Estado Mayor Central” de la fuerza armada bizantina.

Cabe, en suma, proponer otra datación intermedia, precisamente aquella donde se reforma el llamado “ejército del emperador”, convirtiéndolo en una *force de frap* potente y rápida, conocida como los *Tágmata* (Τάγματα). Ello se corresponde con el reinado de Constantino V Caballinos o sucesores, que terminan de consolidar la trascendental reforma del organigrama y despliegue militar bizantino. Es justo en ese tiempo cuando parece que el término “protospatario” comienza a proliferar, apareciendo con frecuencia en documentos y epigrafía. De hecho, el primero del que tenemos constancia se fijaría en el año 718, actuando como teniente general en Sicilia⁵⁷⁹. Si Teófilo ostentó un cargo palatino tan elevado, parece lógico pensar que vivió mayormente en Constantinopla, y ello está de acuerdo con la formación que percibimos, de fondo distinta a la tardo-alejandrina, que por ejemplo

⁵⁷⁸ Sobre el protospatario, vid. Guillard, 1955-1957, *passim*.

⁵⁷⁹ Guillard, 1955-1957, pp. 650-651.

se manifiesta en Esteban Atenicense⁵⁸⁰. También podría ser significativa la invocación a “Cristo, el verdadero Dios” (Χριστὸν τὸν ἀληθινὸν Θεὸν), que aparece en el proemio de hasta tres de sus obras⁵⁸¹, rasgo que subraya Angeletti⁵⁸². Ello nos asegura, según la misma autora, que pertenece a una época posterior al final de las querellas cristológicas, es decir no antes de finales del siglo VII. Pero tal vez cabe ir un poco más lejos y traer a colación la preferencia mostrada de costumbre por los iconoclastas hacia el Cristo⁵⁸³, casi con carácter exclusivo, sin aparecer la Virgen María o los santos.

Es llamativo el hecho de que Teófilo igualmente se encomiende sólo a Jesús y ninguna referencia haga a los habituales beatos sanadores, como los célebres anargiros Cosme y Damián, algo que vemos habitualmente en muchos otros escritores bizantinos. Su demanda, además, es muy racional, “que sea favorable, auxiliador y que indique el camino de la investigación, en modo que pueda llevarla a término sin interrupción o retraso”, son sus palabras textuales⁵⁸⁴. No se adula en absoluto o solicitan milagros, representa una fórmula muy sencilla que significativamente apenas reclama apoyo para “poder investigar”. Podría ser un rasgo propio de los años más rigurosos iconómacos, acaso los del “primer iconoclasmo”. Traeríamos, por último, a colación otra concurrencia no menos interesante para lo que nos ocupa, la de aquellos autores que publican sendas obras con el

⁵⁸⁰ Wolska-Conus, 1994, *passim*.

⁵⁸¹ Además del *Sobre la orina*, aparece en los tratados *Sobre los excrementos* y *Sobre la constitución del cuerpo humano*.

⁵⁸² Angeletti, 2009, p. 70 y n. 7.

⁵⁸³ Al respecto, Auzépy, 1998, *passim*.

⁵⁸⁴ Teófilo Protospatario, *De Urinis*, Ideler, p. 262.

mismo título, “*En torno a la naturaleza de los hombres*”, demostrando un interés singular en la anatomo-fisiología humana. Se trata, como ya hemos señalado anteriormente, de Melecio Opsikioneo, León Constantinopolitano y el mismo Teófilo Protospatario. Los dos primeros sabemos que están muy próximos en el tiempo, el polímata algo más tardío, quien posiblemente murió hacia el 870. Con toda seguridad, el tercero habría sido el más antiguo, pero tal vez no muy distante, siendo acaso todos miembros de una etapa menos reacia de lo ordinario a la renovación del estudio “preclínico” o, al menos, el encaje final de la morfofuncionalidad galénica con el dogma cristiano. Queda sólo a título de especulación, pero nada permite descartar que el médico “Teófilo” citado por León Constantinopolitano en su sinopsis no sea éste que tratamos, pese a la opinión en contra de Westerink⁵⁸⁵.

En suma, no pensamos que sea más probable que el resto, pero considerarle un médico cortesano del siglo VIII es, a nuestro juicio, una hipótesis al menos tan válida como las antes señaladas. Sería entonces uno más entre la larga lista de brillantes “médicos imperiales”, en la estela de Oribasio Pergameno, Aecio Amideno, Nicolas Mirepsus o Juan Zacarias (Actuarius), al servicio y “bajo la tutela” de un soberano enérgico que se rodea de eruditos⁵⁸⁶. Muy evocador sería, en este sentido, que aparezca como “protospatario imperial y archiatros” (βασιλικὸς πρωτοσπαθάριος καὶ ἀρχίατρος) en una de sus obras “menores”, donde comenta los aforismos

⁵⁸⁵ Esteban Ateniense, *Comentarios sobre los Aforismos*, Westerink, Vol. I, Introducción, p. 19.

⁵⁸⁶ Cavallo, 2009, p. 11.

hipocráticos⁵⁸⁷. Acaso el hecho de que no se cite nunca el nombre del emperador al que sirvió, pueda traducir esa *damnatio memoriae* que tantas veces advertimos en relación a la iconoclastia, en particular si hablamos de la dinastía siria.

Sea como fuere, la obra de Teófilo Protospatario no apunta haber sido reducida, a juzgar por los rastros que ha dejado como responsable de diversos *libelli* de semiología, terapéutica y un comentario sobre los *Aforismos de Hipócrates*, amén del *Sobre la Constitución del Hombre* del que ya hemos hablado. Los primeros apuntan haber tenido notable trascendencia, sabemos que fueron copiados y estuvieron en uso durante largo tiempo, incluso en Occidente donde proliferaron diversas traducciones latinas⁵⁸⁸. El *De Urinis* (Περὶ Οὐρῶν) y el *De Pulsivus* (Περὶ Σφυγμῶν), por más que considerados “poco originales”, parecen haber sido la fuente principal de los célebres poemas pedagógicos del mismo nombre elaborados por Gilles de Corbeil (*Egidius Corboliensis*) hacia finales del siglo XII. Ello supone que se encontraban entre los más apreciados por la Escuela Médica Salernitana en aquel entonces, seguramente junto a los breves *De Excrementis* (Περὶ Διαχωρημάτων) y *De Febrium Differentia ex Hippocrate et Galeno* (Περὶ τῆς τῶν πυρετῶν διαφορᾶς ἐκ τε Ἱπποκράτους καὶ Γαληνοῦ), prontuarios que también aparecen bajo su nombre, con indiscutible halo de *auctoritas*. Del mismo modo asemeja que el excelente y original *De la Orina*, obra de Juan Zacarias (el “Actuarius”), considerada la más completa sobre el

⁵⁸⁷ Se trata del teofiliano *Comentarios sobre los Aforismos de Hipócrates* (Σχόλια εἰς τοὺς Ἱπποκράτους ἀφορισμοὺς), que se confunde con la obra paralela de Esteban Ateniense. Al respecto, vid. Grimm-Stadelmann, 2008, pp. 17-35.

⁵⁸⁸ Temkin, 1962, p. 110.

asunto hasta el nacimiento de la medicina química, utiliza como referente principal el de su antecesor protospatrio. Era, al correr del siglo XV, un lejano instructor que se tenía por hábil y experto “urólogo”, si observamos el retrato con el que aparece en una de las copias utilizadas todavía en ese tiempo⁵⁸⁹.

León Constantinopolitano

Adelantamos que compartimos la opinión de muchos estudiosos⁵⁹⁰ sobre la identificación plena entre el que se conoce como “León filósofo” (Λέοντος φιλοσόφου) y aquél recordado como “León médico” (Λέοντος ἱατροῦ), es decir entre el polímata iconoclasta coetáneo del emperador Teófilo y el autor de tres obras médicas en absoluto desprovistas de interés. Este sabio que designamos como León Constantinopolitano⁵⁹¹, sería el que *Theophanes Continuatus*⁵⁹² distingue muy significativamente como “el grande y filósofo” (ὁ μέγας τε καὶ φιλόσοφος). Es decir, un sabio cuya excepcionalidad ya se reconocía en su tiempo e incluso mucho después, ello pese a haber caído en desgracia por sus preferencias en el saber, positivas antes que teológicas, y/o sus opiniones religioso-políticas, decididamente

⁵⁸⁹ MacKinney, 1965, fig. 5; *ODB*, p. 2067.

⁵⁹⁰ Citaríamos a Sarton, 1927, pp. 554-555 y en particular a Hemmerdinger, 1955, pp. 35-36, cuyos argumentos nos parecen convincentes. Cabe subrayar que la sinopsis médica aparece firmada por un “León filósofo y médico” (Λέοντος φιλοσόφου καὶ ἱατροῦ) en el manuscrito más antiguo que se conserva, datado del siglo X, el Par. Suppl.gr. 446 (León Constantinopolitano, *Compendio de Medicina*, Ermerins, pp. 88-89). Vid. también la discusión en Ieraci Bio, 2006, pp. 788-789.

⁵⁹¹ Dada la prolífica serie de denominaciones, que tienden a la confusión, hemos preferido el término de “constantinopolitano” frente a los demás, porque entendemos es el menos utilizado por la historiografía para designar a otros personajes.

⁵⁹² *Theophanes Continuatus*, Bekker, p. 185.

iconómacas. Siendo así, el erudito profesor en tantas disciplinas, aparece como una figura clave del periodo que analizamos⁵⁹³, desde el punto de vista cultural y científico, incluido el pensamiento y la praxis médica.

Sobre esta premisa, cabe dar por bastante probable que naciera en Constantinopla⁵⁹⁴ hacia el 790/800, en el seno de una familia modesta, estando emparentado con Juan VII Gramático⁵⁹⁵. Allí habría realizado sus estudios de *trivium* y acaso también *quadrivium*, por más que las fuentes no lo señalen explícitamente. Considerando que podía alcanzar un mayor nivel, se traslada hasta la isla de Andros, donde un sabio de nombre desconocido le enseñaría nociones aún superiores, en particular de filosofía y aritmética. No parece aprovechar sólo el magisterio del enigmático maestro, el *Theophanes Continuatus*⁵⁹⁶ asegura que busca entre las bibliotecas monásticas del “continente”, acaso el Ática, antiguos ejemplares y los analiza a fondo, de un modo autodidacta⁵⁹⁷. Ciertamente, semejantes datos no dejan de ser extraños, pues el sur de Grecia y menos aún la isla eran en aquella época lugares “de cultura” como señala Wilson⁵⁹⁸, así que deberemos tomarlos con mucha precaución. En cualquier caso, una vez dominadas tales disciplinas, retorna

⁵⁹³ Datos prosopográficos en *PmbZ* 3, pp. 51-54 y *ODB*, p. 1217 (Leo the mathematician) y p. 1218 (Leo the Physician). Más información aportan Lemerle, 1971, pp. 148-176 y Wilson, 1983, pp. 119-132.

⁵⁹⁴ Westerink, 1986, p. 193 y Lemerle, 1971, p. 149.

⁵⁹⁵ Serían primos o acaso León sobrino de Juan. Al respecto, vid. Laurent, 1964, pp. 283-284, n. 11 y Lemerle, 1971, p. 149 y Martínez García, 1990-91, p. 81, n. 19, con las fuentes.

⁵⁹⁶ *Theophanes Continuatus*, Bekker, p. 192.

⁵⁹⁷ Remitimos a los comentarios de Lemerle, 1971, pp. 149-150.

⁵⁹⁸ Wilson, 1983, p. 120. Andros y el Ática seguramente eran por entonces “desiertos intelectuales”, así que con toda seguridad el relato es incompleto o está tergiversado por alguna razón que se nos escapa.

a su ciudad natal donde se instala en la docencia privada “enciclopédica”⁵⁹⁹, reconocido ya como un filósofo (φιλόσοφος) y matemático (μαθηματικός). Cabe imaginar que para favorecer la asimilación de conceptos teóricos, y conforme al espíritu simplificador preponderante, empieza a hacer uso de letras representando números sobre los teoremas aritméticos (notación algebraica), un muy substancial procedimiento que fue el pionero en desarrollar⁶⁰⁰. Su alumnado se habría nutrido de jóvenes procedentes de aquella clase media que aspiraba a una carrera en la administración⁶⁰¹. Al parecer uno de ellos, que ejercía como secretario de cierto general del ejército y había sido hecho prisionero por los árabes, fue quien facilitó la información de su enorme sabiduría a los árabes. El califa al-Mamûn (813-833), quien estaba muy interesado de la “ciencia helénica”, en particular la geometría, le invitó a su corte⁶⁰². Enterado el augusto Teófilo, le retiene concediéndole la “cátedra” de “enseñanza pública” (διδάσκειν δημοσίᾳ) en la llamada “Escuela de los Cuarenta Mártires”, la que a nuestro juicio pudiera no ser más que el arcano *Auditorium* del Capitolio, ahora más conocida dando referencia a la monumental iglesia levantada en su vecindad⁶⁰³.

⁵⁹⁹ Así la denomina Lemerle, 1971, pp. 149.

⁶⁰⁰ Stuloff, 1988, pp. 56-58; *DAGLAMA*, p. 511; Wilson, p. 125 y Signes Codoñer, 2000, p. 251.

⁶⁰¹ Laurent, 1964, p. 283.

⁶⁰² Según *Theophanes Continuatus*, Bekker, p.189, ello habría ocurrido entre el 829 y 833, pero Simeón Magister, Bekker, p. 638, lo retrasa hasta después de la caída de Amorium en el 838. Al respecto, vid. Laurent, 1964, p. 284; Lemerle, 1971, p. 151 y Westerink, 1986, p. 194.

⁶⁰³ A nuestro juicio se trata de la Τεσσαράκοντα μάρτυρες πλησίον τοῦ Χαλκοῦ Τετραπύλου, situada a la entrada del Filadelfion, donde antaño estaba el Capitolio y por ende el Auditorium o “universidad” fundada por Constantino I el Grande (vid. en el epígrafe correspondiente). Empero, al sentir de Janin, 1969, pp. 483-484, se trataría de otra iglesia levantada en el solar del antiguo pretorio (Τεσσαράκοντα μάρτυρες τῆς Μέσης), sobre la avenida principal o Mesé, entre el hipódromo y el Foro de Constantino. Desde luego, y así lo reconoce el autor, no aporta ningún dato que avale su presunción.

Allí se establece durante unos años, pese a que el califa lanzara otra oferta muy tentadora, prometiendo ingente oro al sabio y un tratado de paz al emperador⁶⁰⁴. En esta época es cuando podría haber ideado y construido el célebre y sofisticado sistema de señalización “telegráfica”, se habla de “dos relojes sincronizados” (ὠρολόγια δύο ἐξ ἴσου κάμνοντα), que conectaba la frontera anatólica con la capital⁶⁰⁵. Se iniciaba en la fortaleza de Loulon, al norte del Tarso para terminar en la torre/faro del Mármara, aupada sobre la muralla marítima de Constantinopla, en la esquina del Bucoleón, uno de los pabellones del Gran Palacio⁶⁰⁶. También podrían datar de entonces los autómatas áulicos que se le atribuyen, a buen seguro aprovechando los diseños de Heron y Filón de Alejandría, textos que apunta haber también manejado⁶⁰⁷. Del mismo modo, en desahogada posición económica, habría reunido una formidable biblioteca personal⁶⁰⁸. Hay constancia de que Euclides, Ptolomeo, Teón, Proclo, Diofante, Apolonio y Arquímedes, estuvieron en su poder y que se empeñó en propagarlos, jugando un relevante papel en la preservación de aquellos tratados⁶⁰⁹. También se informa del interés mostrado hacia Porfirio, precursor del nominalismo o taxonomía, y sobre Platón, en particular el tratado *Leyes* (Νόμοι), que analizó a fondo y hasta pretendería corregir⁶¹⁰. Es conocido que en este ensayo de madurez

⁶⁰⁴ Al respecto, vid. Lemerle, 1971, p. 151, n. 16 y Martínez García, 1990-91, p. 81.

⁶⁰⁵ Simeón Magister, Bekker, pp. 681-682. Sobre este complejo sistema, que apunta no haber sido la tradicional cadena de señales ópticas, sino algo novedoso y complejo que podía funcionar de día y transmitir diversos tipos de mensajes, vid. Lemerle, 1971, pp. 154-155.

⁶⁰⁶ Parte de la torre/faro aún se conserva en Estambul. Al respecto, vid. Aguado, 2007, p. 215.

⁶⁰⁷ Wilson, 1994, p. 123.

⁶⁰⁸ Wilson, 1994, p. 124.

⁶⁰⁹ *DAGLAMA*, p. 511.

⁶¹⁰ Wilson, 1994, p. 126.

platónico se perfila con realismo encajar ciencia, religión y política, incluso llegando a plantear la separación moderna de poderes, amen de establecer el trascendental concepto de *iustnaturalismo*⁶¹¹. En la primavera del 840, por voluntad de su pariente, a la sazón ya patriarca ecuménico, acepta el nombramiento como obispo de Tesalónica⁶¹². Era una de las más importantes ciudades y a buen seguro la intención era cubrir el episcopado con hombres de “perfil iconómaco”. Se conserva una de sus homilías, en la que el interés por Pitágoras se hace más patente que la vocación piadosa⁶¹³. Cuando se concreta el *Triunfo de la Ortodoxia*, apenas fallecido Teófilo, el nuevo patriarca Metodio se apresura a destituirlo, corriendo el 843, para colocar en su lugar al ferviente iconodulo Antonio Confesor⁶¹⁴.

Toma entonces un “perfil bajo”, retornando a su escuela y tal vez también ejerciendo la medicina, todo ello en el orden privado, añadiendo la categoría de “iatrosofista”. De ser así, en este tiempo habría compuesto sus obras de clínica y anatomo-fisiología. En ello se mantiene hasta el 863, cuando el gobernante Bardas le llama de nuevo para que ocupe la dirección de un nuevo centro de altos estudios ubicado en la Magnaura. Su misión sería enseñar la “sabiduría profana” (ἔξω σοφία), que había sido un tanto descuidada por la rusticidad e ignorancia (ἀγροικία καὶ ἀμαθία) de gobernantes anteriores⁶¹⁵. Parece haber continuado en esa tarea hasta su

⁶¹¹ La bibliografía al respecto es muy amplia. En general, remitimos a Ballen, 2007, *passim*.

⁶¹² Laurent, 1964, p. 284.

⁶¹³ Laurent, 1964, pp. 297-302.

⁶¹⁴ Laurent, 1964, p. 285.

⁶¹⁵ *Theophanes Continuatus*, Bekker, p.189. Sólo se nos ocurre que hablan de Teoctisto y el resto de ministros de la regencia, bajo Teodora Paflagonia, quienes podrían haber recelado de los profesores iconoclastas que habría dejado Teófilo en sus cátedras.

fallecimiento, en fecha desconocida pero posterior al 869. En enero de ese año se dice que supo encontrar el único lugar seguro donde refugiarse a salvo del terremoto que sacudió la ciudad⁶¹⁶.

Dado su vasto curriculum, desde luego propio de un “hombre del Renacimiento”⁶¹⁷, no es extraño que se le distinguiera con un inusitado número diferente de epítetos. Destacarían los de matemático, geómetra, astrónomo, médico y filósofo, amén de sabio. Éste último es el que le ha hecho objeto de confusión con el emperador León VI Macedonio (866-912) y el magister/proconsul León Chirofactés (850-920). Éste último pensador “filo-heleno” fue uno de sus más distinguidos discípulos, entre quienes cabe añadir aquellos célebres “apóstoles de los eslavos”, los hermanos Constantino y Cirilo.

Es de lamentar que, aunque lo escrito por León Constantinopolitano apunta haber sido importante, no resta apenas nada de su obra. Además del sermón antes señalado, se citan algunas notas sobre genios del *ars mathematica*, cierto *Seismologion* y un poema didáctico en 638 hexámetros titulado *Job* o *Sobre la indiferencia al dolor y sobre la Paciencia*⁶¹⁸ amén de unos 11 epigramas, recogidos casi todos en la *Antología Palatina*⁶¹⁹. Lo más notable serían sus epítomes, el preclínico “de física humana” (Σύνοψις εἰς τὴν φύσιν τῶν ἀνθρώπων) y el clínico “de medicina” (Σύνοψις ἰατρική). Se habría perdido al menos otro, *Sobre fracturas y articulaciones* (Περὶ

⁶¹⁶ Lemerle, 1971, p. 176, con las referencias.

⁶¹⁷ Lemerle, 1971 p. 148.

⁶¹⁸ Edición y análisis en Westerink, 1986, pp. 201-222.

⁶¹⁹ Al respecto, vid. Westerink, 1986, pp. 195-201, donde ofrece todos ellos.

ἀγμῶν καὶ ἄρθρων), al que desde el compendio reenvía a su alumno Jorge para que profundice en el tema⁶²⁰. Ciertamente, es bastante probable que el tiempo y también la censura iconodula, amén del ambiente “pro-literario” pero “anti-científico” que se impuso con los macedonios, hiciera que se perdieran otros trabajos de este genio “iconoclasta”.

Hunain ibn Ishâq

Hunain ibn Ishâq nació hacia el año 803 en Hîra⁶²¹, la antigua capital del reino lákmidia, en el seno de una familia culta de estirpe árabe y religión cristiana, seguidores de la doctrina “herética” de Nestorio⁶²². Los hirenses, en origen súbditos del Imperio Persa, se habían mantenido firmes en la fe tras la conquista musulmana. Cabe subrayar la elegancia, precisión y soltura con la que llegó a manejarse en su lengua materna, tanto hablado como escrito, tal y como reconocen unánimes los cronistas. Le Coz⁶²³ sospecha que pudo recibir lecciones en la célebre y cercana escuela de gramática establecida en Kûfa, donde se utilizaba el correspondiente alfabeto⁶²⁴. Además, y ello será esencial en su devenir, también acudió a la escuela del

⁶²⁰ Al respecto, Bliquez, 1999, pp. 313 y 315.

⁶²¹ Situada al sur del actual Iraq, al oeste del río Éufrates, podría corresponder a las ruinas que aún están visibles no lejos del aeropuerto de Nayaf. Allí en lo religioso convivían el zoroastrismo, el cristianismo nestoriano y el paganismo; mientras en lo étnico la mezcla se daba entre persas, siriacos y árabes lákmidas. La ciudad terminaría destruida por las incursiones de los beduinos en el siglo X.

⁶²² Le Coz, 2004, p. 150 y Le Coz, 2006, p. 59.

⁶²³ Le Coz, 2004, pp. 150-151.

⁶²⁴ El alfabeto árabe kúfico (“escritura hirí”) podría haber sido compuesto por misioneros cristianos, para poder evangelizar a las tribus de la región donde nació Hunain Ibn Ishâq. Al respecto, Le Coz, 2004, p. 309, n. 9, con las referencias a las fuentes.

obispado nestoriano, en principio para recibir catequesis. Allí la enseñanza era en siríaco, el mismo idioma que escuchaba cuando acudía diariamente a la liturgia en la catedral. Cabe recalcar, por ende, que Hunain ibn Ishâq era bilingüe en árabe y siríaco desde la infancia⁶²⁵.

Sabemos que el padre ejercía como farmacéutico o herborista y su intención fue procurar que el hijo siguiera un camino más completo. Por ello le envió a Bagdad, con el profesor de medicina más reputado por entonces, el también cristiano aunque sirio Yûhannâ ibn Mâsawayh⁶²⁶. Al parecer, entre maestro y alumno surgió alguna disputa, acaso espoleada por la diferencia étnica, de modo que Hunain abandonó la metrópolis califal y se trasladó a territorio bizantino. Supone una decisión valiente en un personaje que parece haber tenido ideas y un proyecto vital muy claro desde el comienzo. A buen seguro su objetivo fue continuar la formación y, algo trascendental, aprender los entresijos del griego, en tanto accedía a textos no siempre disponibles en su tierra. Por todo ello, pensamos que lo más razonable es asumir que se instaló en Constantinopla, pues a la sazón Alejandría ya no era una urbe “helena” y su escuela había desaparecido. Hablamos de la década del 820, cuando gobernaba el amoriano Teófilo y Antonio I Kasimatas presidía el patriarcado, con su sincl Juan Morocharzianos, en plena efervescencia del planteamiento socio-cultural iconómaco. Lo conocido después, permite asegurar que Hunain no sólo aprendió a leer directamente los trabajos de Hipócrates o Galeno, también los de otros autores paganos, entre ellos Homero, y que igualmente se convenció de la rectitud y superioridad de la

⁶²⁵ Le Coz, 2004, p. 151.

⁶²⁶ Sobre la familia “médica” de los Mâsawayh, vid. Le Coz, 2006, pp. 54-58.

versión doctrinal que rechazaba la dulzura. Los testimonios permiten asegurar que hasta el último de sus días sería un convencido iconoclasta.

Tras algunos años, el joven médico retorna a Bagdad, siendo readmitido por Yûhanna y es precisamente a su lado donde comienza a traducir obras, comenzando con el *Aforismos* hipocrático⁶²⁷. En ese tiempo, participa en las tertulias intelectuales que patrocina el califa Al-Wâthiq (842-847) y se labra una carrera como práctico, docente y traductor. Al llegar al poder Al-Mutawakkil (847-861), es elevado a la condición de médico personal del gobernante. Algunas noticias sugieren que ello causó cierta animadversión entre otros colegas, en particular los siriacos que seguramente siempre le vieron como un intruso y trataron con desdén. De hecho, pese a su valía, nunca fue aceptado en el medio selecto y hermético de médicos bagdasíes, dominado por gentes originarias de Jundîshâbûr.

Muy significativo resulta que, en el contexto de estas pueriles inquinas, la condición de iconoclasta de Hunain sirviera como excusa para agredirle. Varias fuentes lo acreditan⁶²⁸ y lo esencial es que terminará llevándole a prisión, poco antes del 856. Se dice que un colega hizo pintar una hermosa imagen de la Virgen que mostró al califa. Éste le preguntaría si todos los cristianos veneraban semejante belleza. Se dice que contestan advirtiendo que había una excepción, justo su médico personal. Hecho llamar, se le piden explicaciones y Hunain proclama que jamás aceptaría la representabilidad de lo divino y tampoco que tales estampas tengan nada de sagradas. Le dicen

⁶²⁷ Le Coz, 2004, p. 152.

⁶²⁸ Al respecto, vid. Leclerc, 1876, I, pp. 142-143, con amplio análisis las referencias. También Le Coz, 2004, p. 312, ns. 24, 25 y 26.

si, en consecuencia, se atrevería a destruir la hermosa figura y responde destrozando con sus propias manos el icono. Es una encerrona, pues como súbdito cristiano se hallaba bajo la jurisdicción del patriarca nestoriano, por lo que de inmediato fue detenido⁶²⁹. Se le acusa de “incredulidad” y resulta excomulgado, recibe un centenar de azotes y la condena a reclusión por tiempo indefinido, aparejando la confiscación de sus bienes, incluida la biblioteca. Sobrevive, pero el golpe es muy duro y le costará mucho recuperar lo perdido. Afortunadamente, cuando Al-Mutawakkil cae enfermo, es llamado para que le atienda y consigue tener éxito con la terapia empleada. Se le rehabilita y busca afanoso sus libros, aunque algunos jamás llega a recuperarlos⁶³⁰. No resulta fácil extraer consecuencias del relato expuesto, porque se adorna con toda la fantasía propia de los cuentos árabes. Empero parece claro que Hunain se mostró firme en sus convicciones iconómacas y que ello le valió gruesos inconvenientes. Es hasta probable que terminara por abominar de la fe cristiana, pues Bar Hebraeus⁶³¹ señala que, decepcionado por la actitud de sus correligionarios, llegó a desceñir en público su *zunnar*, el cinturón que le señalaba como *dhimmî*. Ello de ordinario significaba la conversión al Islam, pero dado que ninguna fuente señala tal hecho, y sin duda los historiadores islámicos no habrían dejado de proclamarlo, cabe imaginar que a la postre se convirtió en simple agnóstico. Durante el tiempo que permaneció libre, tenemos constancia de que continuó sus viajes en busca de documentación y que se aplicó en traducir tanto como escribir

⁶²⁹ Aunque en algún trabajo poco documentado se afirma lo contrario, existen sobradas pruebas de que la iglesia nestoriana practicó desde el comienzo la veneración de las imágenes, al igual que los ortodoxos. Al respecto, vid. Le Coz, 2004, p. 311, n 23, con las referencias.

⁶³⁰ Para las fuentes, vid. Le Coz, 2004, p. 312-313, n. 26.

⁶³¹ Bar Hebraeus, Abbeloos/Lamy, III, col. 197-199.

nuevas obras, sin dejar el ejercicio ordinario. Su legado es inmenso, creando una técnica y un vocabulario para poder insertar en la naciente sabiduría árabe la herencia greco-romana. Posiblemente, Hunain ibn Ishâq falleció en el año 873, desapareciendo así el último científico y médico simpatizante de la iconoclastia.

III. 3. PATRIARCAS

Germán I (715-730)

Germán I (Γερμανός α΄) pudo nacer hacia el año 655, acaso en Constantinopla, dentro de una familia senatorial⁶³². Sabemos que en el 669 su padre fue ajusticiado, sufriendo él mismo la pena de castración, prueba de que se había aspirado al trono articulando alguna conjura. Aunque su carrera eclesiástica no es conocida con detalle, sabemos que se inició en Santa Sofía y ostentó diversas prelaturas, entre ellas la de Cízico desde el 705, cuando apoyaba la “herejía” monotelita del emperador Filípico Bardanes. Ciertamente es que tras la caída de éste, en el 713, retorna a la “ortodoxia” y colabora con el calcedoniano emperador Anastasio II Artemio. El 11 de agosto del 715 fue nombrado patriarca de Constantinopla y desde ese puesto coronará a León III Sirio cuando los árabes rodean la capital. No mucho más tarde se enfrenta al emperador por su nueva política iconoclasta, haciendo hincapié en la defensa del culto a la Virgen. La firmeza de esta renuencia a la potestad

⁶³² Datos prosopográficos en *PmbZ* 2, pp. 31-38 y *ODB*, p. 846.

imperial contrasta con su anterior conducta conciliadora en relación a Filípico. Termina dimitiendo el 17 de enero del 730. Autor de numerosas cartas, himnos y homilías, casi todas de motivo mariano, también parece haber estado muy atento a la historia de las herejías y los sínodos donde fueron condenadas, dedicando su mayor obra, el *De haeresibus et sinodis*, a tan intrincada cuestión. Vivirá todavía hasta la década del 740, llegando a cumplir 90 años de edad.

Anastasio Ireneo (730-754)

No es conocido nada sobre la fecha de nacimiento y la familia de Anastasio (Ἀναστάσιος)⁶³³, aunque algunos datos sugieren que podría haber sido de origen sirio. El sobrenombre étnico daría lugar a la corrupción “irenis” por “siroinis”⁶³⁴. Se sabe que ejercía como sinclero de Germán cuando este fue depuesto, por lo que su ascenso al trono patriarcal puede considerarse como “ordinario”. Al morir León III Sirio, sorprendentemente apoya al usurpador Artabaso mientras acusa al legítimo titular, Constantino V, de arriano o incluso ateo⁶³⁵. Cuando en el 742, el Caballino tomó por asalto la capital y volvió a ser el único gobernante, el patriarca traidor no fue depuesto, pero recibió un trato degradante fuera de norma. Flagelado (τυφθέντι) y paseado por el hipódromo a lomos de un burro, vuelto de espaldas, a renglón seguido se le envió al patriarcado, como si nada hubiera ocurrido. Permaneció en el

⁶³³ Datos prosopográficos en *PmbZ* 1, pp. 95-96; *ODB*, p. 86

⁶³⁴ Gero, 1973, p. 29, n. 17.

⁶³⁵ *Cronografía de Teófanos*, De Boor, p. 415.

cargo, suponemos que incómodo y con pocos deseos de oponerse a nada, hasta su muerte, hacia el año 753. Sabemos que, tras ello, el emperador dejó vacante la sede durante muchos meses.

Constantino II Escotiopsis (754-766)

No tenemos información sobre el lugar y la fecha de nacimiento de Constantino II (Κωνσταντῖνος β'), llamado "Escotiopsis" (Σκοτίοψιν), aunque no sería extraño que fuera originario de Panfilia⁶³⁶. En cualquier caso sabemos que ocupaba algún episcopado de la región antes de acceder al trono patriarcal el 8 de agosto del 754. Probablemente tenía una educación de alto nivel y fue uno de los participantes más activos en el Concilio de Hiereia, donde prevalecieron las ideas iconómacas. No obstante, cabe pensar que su mayor mérito fue ser muy dócil a la voluntad imperial.

Lo cierto es que se mantiene en un segundo nivel, sin osar discutir ninguna de las medidas del emperador. Posiblemente no fue demasiado respetuoso con las normas habituales de comportamiento para un clérigo, lo cual por otro lado tampoco era una rareza. En cualquier caso, cometió la torpeza de involucrarse en el golpe de Estado que un gran número de altos oficiales y burócratas palatinos intentó hacia el año 767. Pretendían, con toda seguridad, una vuelta a la iconodulia, en los aspectos doctrinales y también socio-económicos que ello implicaba. Sería prueba de que la actitud de Constantino II Escotiopsis era meramente oportunista, no simpatizando

⁶³⁶ Datos prosopográficos en *PmbZ* 2, pp. 526-530.

en su fuero interior con la política del Caballinos. El juicio pudo durar cerca de un año, permaneciendo ese tiempo bajo reclusión en Hiereia y una isla cercana del Mármara. Al final le fueron leídos los cargos en el ambón de Santa Sofía y, al igual que su predecesor, también fue sometido al escarnio público en el hipódromo. Como se sospechaba de su falsa adherencia al iconoclasmo le fue solicitado un nuevo juramento de que repudiaba la dulía. Pese a que, como es bien comprensible, se ratificó para salvar la vida, le cortaron la cabeza siendo después su cuerpo arrastrado por las calles. Parece que para el caso aplicaron el procedimiento habitual reservado a los traidores⁶³⁷.

Nicetas I (766-780)

La fecha y el origen familiar de Nicetas I (Νικήτας α) son esencialmente desconocidos, sólo pudiendo especular con una posible estirpe eslava, al decir de Teófanos. Los escasos datos y abundantes silencios vienen a sugerir una baja procedencia social, pero muy aceptable formación académica⁶³⁸. Con todo, está claro que siguió, desde la base, una larga y fecunda trayectoria eclesiástica⁶³⁹. Sabemos que llegó a ostentar el cargo de protopresbítero (πρωτοπρεσβύτερος) en la Iglesia de los Santos Apóstoles, sacristán (σκευοφύσαξ) en Santa María de Chalcoprateia, “defensor en temas legales” (ἔκδικος) de Santa Sofía y un esencial puesto denominado “oficial

⁶³⁷ Al respecto, Gero, 1977, pp. 130-132.

⁶³⁸ Datos prosopográficos en *PmbZ* 3, pp. 410-412.

⁶³⁹ Datos al respecto en Gero, 1977, pp. 136-137.

de los monasterios” (ἀρχῶν τῶν μοναστηρίων), antes de ser nombrado patriarca de Constantinopla el 16 de noviembre del 766. En esa fecha es cuando sabemos que se reprime la intentona iconodula en la que, entre otros, estaba implicado el patriarca titular, Constantino II Escotíopsis. Es posible que al elegir a Nicetas, el Caballinos reconociera en él a un iconoclasta de sincera convicción. Sus enemigos le acusaron de inculto y bajo origen, pero la “carrera profesional” que sabemos desarrolló deja fuera de disputa su adecuada formación. Sin tener ningún inconveniente reseñable, terminó sus días el 6 de febrero del 780.

Pablo IV Anagnostes (780-784)

Pablo IV Anagnóstes (Παῦλος δ' Ἀναγνώστης), en ocasiones también denominado como “el joven” (ὁ νέος) parece haber nacido en el seno de una familia de clase media, sin que podamos precisar la ciudad⁶⁴⁰. Podría haber seguido una carrera eclesiástica desde joven, acaso así accediendo a una educación de cierto nivel. Lo cierto es que alcanza el grado de diácono o lector. El 20 de febrero del 780 sucede a Nicetas I en el patriarcado, elegido “en vía ordinaria”, por el sínodo. Podría haber pertenecido al grupo de los obispos “eccléticos” o fáciles de acomodar a las instancias del poder. No obstante, como la mayoría de colegas, en su fuero interno parece haber estado más de acuerdo con la veneración de imágenes y el resto de propuestas que tal implicaba. El caso es que al morir León IV Kázaro y subir Irene, en vista del cambio en las esferas de poder, se da otro fenómeno de “arrepentimiento”.

⁶⁴⁰ Datos prosopográficos en *PmbZ* 3, pp. 534-536.

Pablo reconoce públicamente que en realidad siempre ha sido iconodulo y que sólo su falta de coraje le hizo aceptar la iconoclastia. Se retira y en agosto del 784 es substituido por el “laico” Tarasio. No mucho después debió fallecer sin ser incomodado.

Tarasio (784-806)

Tarasio (Ταράσιος) nació probablemente en Constantinopla alrededor del año 730, hijo de un patricio y juez llamado Jorge y su esposa Encracia, ambos miembros de la más selecta sociedad radicada desde largo tiempo en la corte⁶⁴¹. Debió completar los estudios propios de un alto burócrata civil y ocupar cargos en la administración hasta llegar a ser el “primer secretario” (πρωτοασηκῆτης)⁶⁴² de Irene Ateniese. Al dimitir Pablo IV Anagnostes, la emperatriz recurrió a él para ocupar el puesto (29 de agosto del 785). Al ser un laico, debió cubrir todos los escalones de la carrera eclesiástica en una semana, un método ciertamente extraordinario que sin embargo no generó escándalo entre el clero iconodulo⁶⁴³. A renglón seguido se prepara un nuevo concilio en Constantinopla, que resultará abortado por la presión de los soldados tagmáticos. En 884 ya consigue llevarlo a cabo en Nicea, donde se proclama la validez de la dulía y los demás corolarios derivados. Siempre al lado de Irene, en la “disputa moequiana”, relativa al divorcio de Constantino VI (795), transigió para apoyar la maniobra de su protectora,

⁶⁴¹ Datos prosopográficos en PmbZ 4, pp. 309-317. Una completa revisión biográfica se presenta en *Vida de San Tarasio Patriarca*, Efthymiadis, pp. 6-25.

⁶⁴² Sobre el protoasecretes, vid. Bury, 1911, pp. 97-98.

⁶⁴³ Al respecto, vid. *Vida de San Tarasio Patriarca*, Efthymiadis, pp. 14-15.

aunque ello le granjeó problemas con los monjes zelotas, en particular Platón Sacudita y Teodoro Estudita. En vista al deterioro de la situación, tampoco dudó en apoyar el golpe de Nicéforo I Megaloteta, con el que igualmente estableció una sólida colaboración. Falleció el 18 de febrero del 806, y ahora es celebrado como santo el 25 de febrero por los ortodoxos y el 10 de marzo por los católicos.

Nicéforo I Cofesor (806-815)

Nicéforo I Confesor (Νικηφόρος α Όμολογητές) seguramente nació en Constantinopla hacia el año 757/758, en el seno de una opulenta familia aristocrática urbana⁶⁴⁴. Al parecer su padre había sufrido destierro por causa de la iconodulia, contándose entre los represaliados de la política iniciada por León III Sirio. Aún así pudo recibir una educación del muy alto nivel, acaso privada y en algún momento seguramente también dentro del complejo palatino, para ejercer poco después como *asecretis imperial* (βασιλικὸς ἀσηκρητῆς). En el 787 parece haber estado presente en calidad de comisionado imperial durante las sesiones del Concilio de Nicea II. Sabemos también que estuvo al cargo de un gran hospicio sostenido por el Estado a partir del 802 en la capital. En suma, su carrera apunta haber sido sustancialmente burocrática civil. Por ello, su elevación al patriarcado en abril del 806 acaecería *per saltum*. De voluntad firme y tenaz, es notorio que llegado el momento se muestra inflexible en sus creencias, hasta el grado de

⁶⁴⁴ Datos prosopográficos en *PmbZ* 3, pp. 376-385. Un análisis completo de la vida y obra del patriarca se encuentra en Alexander, 1958.

llegar a desobedecer el mandato imperial de retirar las imágenes religiosas susceptibles de recibir veneración o adoración. Enfrentado sin ambages al emperador León V Armenio, terminará depuesto por el sínodo permanente y exiliado a Bitinia en el 815. Empero no sufre daño físico alguno, ni tampoco verá cercenada su capacidad para escribir y mantener relaciones epistolares. Permanecerá encerrado en el Monasterio de San Teodoro Mártir⁶⁴⁵, una de sus propias fundaciones levantado en la costa asiática cerca de Crisópolis (actual Üsküdar), desarrollando gran actividad intelectual y literaria, hasta su muerte en junio del 828.

Teodoto I Kasiteras (815-821)

Teodoto I Kasiteras (Θεόδωτος ἁ΄ Κασσιτερᾶς) nació casi con seguridad en Constantinopla, hijo del general Miguel Melisenos y madre emparentada con la augusta Eudocia⁶⁴⁶. Se trataba de una familia de raigambre militar y origen provinciano, los “Meliseno” (Μελισσηνός), que había llegado a ocupar un lugar preeminente en la capital al calor de las reformas auspiciadas por Constantino V Caballinos. Ciertamente, como vástago de estratiota, el joven Teodoto podría haber recibido una excelente formación básica y entrado en el selecto cuerpo de espatarios del Gran Palacio, entidad que servía como genuina “academia de oficiales” al ejército. Sabemos que ostentó el rango de espatarocandidato (σπαθαροκανδιδᾶτος), lo que sugiere una pertenencia al “cuerpo de oficiales de Estado Mayor”. Sea como fuere,

⁶⁴⁵ Sobre el cenobio, vid. Janin, 1975, p. 27.

⁶⁴⁶ Datos prosopográficos en *PmbZ* 4, pp. 544-548.

al llegar León V Armenio y acaso aún antes de dimitir Nicéforo I, Teodoto muda su vocación hacia lo eclesiástico. En el 815 es nombrado patriarca y preside el sínodo que repone los cánones de Hiereia. Apunta haber sido un hombre afable y cortés, de “buenas maneras”, por más que muy firme en sus convicciones iconoclastas⁶⁴⁷. Continúa en el trono, ayudado por el obispo Antonio de Sillaion y el abad Juan Morocharzianos, hasta su fallecimiento en enero del 821.

Antonio I Kasimatas (821-836)

Antonio I Kasimatas (Ἀντώνιος α΄ Κασσυματᾶς) nació entre el 760 y el 780 en Constantinopla, dentro de una familia de clase media⁶⁴⁸. Es posible que estudiara derecho y que ejerciera durante algún tiempo la abogacía (νομικός) en un barrio de la capital, llegando incluso a ser profesor de la materia⁶⁴⁹. Más tarde abraza la carrera eclesiástica, iniciándose como monje, después abad y al final obispo de Sillaeum (actual Asar Köy) en Panfilia. Está claro que su ideología iconoclasta era pública, porque León V cuenta con él para el comité que debía buscar y reunir textos que sostuvieran el rechazo a la dulía. Sabemos que auxilia en su tarea al patriarca Teodoto, al que sucederá en el cargo ya bajo Miguel II Amoriano. Con decisión se enfrenta y hasta excomulga al patriarca de Antioquía, que apoyaba al usurpador Tomás Eslavo, acaso candidato de la iconodulia. A comienzos del reinado de Teófilo

⁶⁴⁷ Gero, 1974-1975, p. 25.

⁶⁴⁸ Datos prosopográficos en *PmbZ* 1, pp. 175-178; *ODB*, pp. 124-125 y *EPLBHC* 1, p. 310

⁶⁴⁹ *Scriptor Incertus de Leone*, Bekker, p. 351.

también encabeza el concilio que radicaliza la iconoclastia oficial⁶⁵⁰. Como Gero subraya, no participó en intrigas ni fue un oportunista. Se mantuvo firme en el ideario antidolátrico hasta su muerte, en diciembre del 836.

Juan VII Gramático (836-843)

Juan VII Gramático (Ἰωαννης ἡ΄ Γραμματικός) nació seguramente en Constantinopla⁶⁵¹, en una familia relativamente modesta y de estirpe armenia, conocidos como los Morocharzianos⁶⁵². Todo apunta a que su carrera eclesiástica tuvo inicio desde la base, acaso como monje “ilustrador” de textos y después lector (ἀναγνώστης) en el Monasterio de los Hodegoi. Podría ser significativo el hecho de que este cenobio fuera una fundación auspiciada por Constantino V Caballinos, teniendo sus profesantes la misión esencial de mantener en buen uso el reloj del Gran Palacio⁶⁵³. De ser así, entenderíamos la predilección por los saberes de orden científico que demostraría a lo largo de su vida, amén de la lealtad hacia el iconoclasmo. Está claro que, acaso en ese marco religioso-técnico, se pudo formar alcanzando un muy estimable nivel cultural. Ello hasta el grado de estar en condiciones para ejercer la docencia secundaria, circunstancia a la que haría referencia el sobrenombre con el que será conocido. Así se comprende que le fuera aplicado ya cuando León V Armenio configura el grupo de eruditos

⁶⁵⁰ Gero, 1974-1975, p. 25.

⁶⁵¹ Datos prosopográficos en *PmbZ* 2, pp. 322-327.

⁶⁵² *Theophanes Continuatus*, Bekker, pp. 154 y 169.

⁶⁵³ Magdalino, 2006, pp. 23-24.

que debía recolectar los testimonios patrísticos a favor de la iconoclastia⁶⁵⁴. Algo más tarde, quizás en premio a su buen hacer en ello, sería nombrado higumeno del Monasterio de los Santos Sergio y Baco en el barrio de Hormisdas (Μονὴ τῶν ἁγίων Σεργίου καὶ Βάκχου ἐν τοῖς Ὁρμίσδου)⁶⁵⁵, una veterana institución que estaba supeditaba al emperador. Seguramente por entonces se le consideraba el mayor intelectual entre los que aborrecían de la dulía y desde aquel cenobio, de arraigo y aventajado, sabemos que se enfrentó a los irreductibles Teodoro Estudita, Platón Sacudita y al cronógrafo Teófanos Confesor. Tras el ascenso al trono de Miguel II Amoriano continúa recibiendo muestras de confianza y reconocimiento de su sabiduría, pues es nombrado tutor del príncipe heredero. No cabe dudar de que tenía un excelente, acaso enciclopédico, conocimiento de la literatura clásica, sin excluir las ramas científico-técnicas. Es posible que consiguiera imbuir en su regio alumno esas mismas aficiones⁶⁵⁶. Podría ser también que en tales años construyera su propio lugar de estudio y hasta “laboratorio”, en una finca al otro lado del Cuerno de Oro. Se insiste en que el edificio era cupulado, acaso porque contaba con un observatorio astronómico, y estaba al servicio de los “dioses paganos”, para ejercer diversas tareas “dudosas”, tachadas de magia (γοητεῖαι) por sus rivales, pero que bien pudieran traducir actividad experimental e incluso anatómica⁶⁵⁷.

⁶⁵⁴ Comentarios en Bréhier, 1904, pp. 262-263 y Gero, 1976, p. 26.

⁶⁵⁵ Sobre la institución, vid. Janin, 1969, pp. 451-454. El catolicón del monasterio aún se mantiene en Estambul sirviendo ahora como mezquita y madrasa, popularmente conocida como “la pequeña Santa Sofía” (Küçük Ayasofya Camii). Sobre el estado actual del monumento vid. Aguado, 2007, pp. 200-207.

⁶⁵⁶ *Theophanes Continuatus*, Bekker, p. 129. Al sentir de Bréhier, 1904, p. 263, se trataría de una pueril afición por la “magia”.

⁶⁵⁷ Remitimos al capítulo de Resultados.

Sea como fuere, cuando su pupilo Teófilo recibe la corona (829), la primera misión que le encargan es encabezar una embajada al califato, testimonio de que poseía también habilidades en el campo de la diplomacia. Parece que participaría en algunas otras de similar índole, lo que le conduce a poner en valor ideas artísticas nuevas, hasta el grado de estimular la construcción y dirigir las obras, junto a un arquitecto, del nuevo Palacio de Bryas. A la sazón ejercía como sincl, al lado de su amigo Antonio I Kasimatas, igualmente un erudito iconoclasta, a quien sucederá sobre el trono patriarcal en torno al 838.

De su actividad como cabeza de la Iglesia apenas hay datos. Apunta haber mantenido la genuina independencia como valedor de principios y sabemos que llegó a reconvenir al emperador cuando consideró que su comportamiento no respetaba la ética cristiana⁶⁵⁸. De otra manera se mostró inflexible en la prohibición de venerar imágenes o reliquias, sobre el fundamento de matizar la presbeia. No menos importante, en lo que atañe a la práctica anatómica, pudo ser el que igualmente también relativizaba la resurrección de los cuerpos⁶⁵⁹. Su concurso en la represión de quienes persistían en tales hechos, resta por precisar.

Al morir Teófilo y pese a las indicaciones expresas en contra del agosto, Teodora y el comité de regencia expulsaron a Juan del patriarcado y le enviaron a prisión en Kleidin, cerca del Bósforo, poniendo en su lugar

⁶⁵⁸ Se trataría de la prisión decretada al general Alejo Mosele y el exilio del obispo Teodoro Critinus de Siracusa, pese a la promesa de no castigar al primero, con la mediación del segundo. Juan VII Gramático habría reprochado a Teófilo su conducta y conseguido que la justicia imperara en el asunto. Al respecto, vid. Gero, 1976, p. 26.

⁶⁵⁹ *Theophanes Continuatus*, Bekker, p. 61.

al monje iconodulo Metodio⁶⁶⁰. Sabemos que encerrado en una simple celda sufrió un trato degradante, siendo incluso apaleado⁶⁶¹. Murió en una fecha desconocida no mucho después del 865. Sus restos volvieron a sufrir un ignominioso trato, algunos años después, a la par que los del emperador Constantino V Caballinos, por instigación de Metodio⁶⁶². Es posible que, amén de muestra del *odium aeternum* se tratara de cortar desde la raíz algún tipo de *risorgimento* del movimiento iconoclasta⁶⁶³.

Metodio I (843-847)

Metodio (Μεθόδιος) nació en Siracusa, metrópolis de la Sicilia bizantina, entre los años 780 y 787, sin que se haya podido concretar la fecha exacta⁶⁶⁴. Su familia era distinguida y rica. Recibió, como atestigua su intrincado estilo de escritura y excelente oratoria, una aventajada educación clásica⁶⁶⁵, prueba de que la enseñanza no había menguado bajo la dinastía siria tampoco en las provincias occidentales. Pese a una prometedora carrera en la vida civil, alguna influencia hizo que decidiera profesar en el Monasterio de Xenolákos en Bitinia⁶⁶⁶. Parece que gracias a su “atletismo ascético” no tardó en llegar a ser abad del centro, participando de una ideología iconodula. Tampoco

⁶⁶⁰ Gero, 1974-1975, p. 32, n. 44, con las referencias a las fuentes.

⁶⁶¹ *Theophanes Continuatus*, Bekker, p. 157.

⁶⁶² *Theophanes Continuatus*, Bekker, p. 501.

⁶⁶³ Gero, 1974-1975, p. 29.

⁶⁶⁴ Datos prosopográficos en *PmbZ* 3, pp. 233-243. Una completa monografía dedicada a su vida y obra se ofrece en Bithos, 2001.

⁶⁶⁵ Bithos, 2001, pp. 66-67.

⁶⁶⁶ Sobre el cenobio, vid. Janin, 1975, pp. 189-190.

conocemos las circunstancias, pero lo cierto es que en algún momento deja su cenobio y comienza a ejercer como archidiácono del patriarca Nicéforo I Confesor⁶⁶⁷. Cuando éste es destituido, el siracusano se refugia en la vieja Roma al lado del papa Pascual I, en el Monasterio de San Sabas, acaso aprovechando su bilingüismo en griego y latín. Allí parece haber ejercido como enlace entre los iconodulos bizantinos, liderados por Teodoro Estudita, y los italianos del papado. Al morir León V Armenio, Metodio retorna a Constantinopla con una carta del obispo romano Pascual, urgiendo al nuevo gobernante a restaurar la dulía⁶⁶⁸. El tono y el fondo consiguieron irritar al nuevo augusto quien ordenó que el “embajador” fuera azotado y después recluido en San Andrés, una isla cerca de Nicomedia. Allí estuvo preso unos 9 años, aunque no parece que en régimen muy estricto, pues sabemos que durante ese tiempo escribió varias de sus obras hagiográficas. De hecho, todo apunta a que continuaba activo en la “subversión iconodula”, hasta llegar a participar en un complot, urdiendo un panfleto anónimo donde se denigraba al emperador Teófilo, que ya había sucedido a su padre, y le predecía la inminente muerte⁶⁶⁹. Descubierto como responsable del libelo, junto al obispo Eutimio de Sardes, Metodio es trasladado a una de las prisiones del Gran Palacio y sometido a juicio. Se le condena otra vez a la pena de flagelación. Es interesante resaltar que tras el castigo, un facultativo le cura las heridas en el propio ergasterio y, seguramente en vista de la gravedad,

⁶⁶⁷ Bithos, 2001, p. 67.

⁶⁶⁸ Bithos, 2001, p. 72.

⁶⁶⁹ Treadgold, 1988, pp. 276-277, con las fuentes. Los conspiradores aprovecharon la incertidumbre que iba pareja a una de las difíciles campañas militares que Teófilo mantuvo contra los árabes.

procede a evacuarle hacia un xenón⁶⁷⁰. La autonomía del médico palatino se pone de manifiesto cuando el documento advierte que éste también recibiría su reprimenda por un trato de tanto favor al reo. De alguna manera, el monje permaneció en el palacio, pero sin que sepamos las causas y circunstancias, su condición cambió de manera muy singular. La simpatía que profesaba Teodora Paflagonia por la iconodulia, seguramente tuvo mucho que ver. El caso es que al morir Teófilo en el 842, Metodio es uno de los íntimos de la emperatriz regente. Aún más, en un año es aupado al trono patriarcal (1 de marzo del 843), mientras Juan VII Gramático terminaba en prisión. Conduce sin tardanza el concilio que retorna a la dulía y preside el llamado *Triunfo de la Ortodoxia*, donde la veneración de iconos y reliquias se reafirma para siempre como la doctrina correcta. El siracusano, acaso sabedor de la resistencia formidable que aún podrían articular los iconómacos, jugó con habilidad entre la moderación y el rigor. Trataría con suma dureza a los que no se plegaron pero recibió con parabienes a los “dóciles” y simplemente se olvidó de quienes optaron por un prudente silencio y retiro a lo privado. En este último caso sabemos que estuvo León Constantinopolitano, al que destituyó de la sede tesalonicense pero dejó que se recogiera en su escuela. En su prelatura preferiría rodearse de zelotas y colocó en los obispados principales a “confesores de la iconodulia”, muchos de ellos monjes que imaginamos fueron sus “camaradas” en la clandestinidad, pero supo refrenar las ansias de revancha. Bien es cierto que la intransigencia de los radicales estuditas, que urgían a castigar con severidad el menor antecedente de simpatía hacia la iconoclastia, le obligaría a tomar contra ellos algunas

⁶⁷⁰ Sobre el episodio vid. Bithos, 2001, p. 76.

suaves medidas disciplinarias. Sería el responsable del célebre *Sermón sobre los santos iconos* (Λόγος περὶ τῶν ἁγίων εἰκόνων), recitado el *Domingo de la Ortodoxia*⁶⁷¹. Murió en su palacio patriarcal el 14 de junio del 847.

III. 4. OTROS CLÉRIGOS

Teófanos Confesor

Teófanos Confesor (Θεοφάνης Ὁμολογητής) procedía de una notable familia⁶⁷², acaso residente en la capital, pero con grandes propiedades fundiarias en la comarca de Sigriani, región de Cízico⁶⁷³. Probablemente nació en torno al año 760, es decir en plena efervescencia de la iconoclastia bajo Constantino V Caballinos. Su vocación principal fue sin duda la religiosa, porque pese haber recibido el título de *strator* (στράτωρ)⁶⁷⁴, alto oficial de la remonta militar, parece que desde temprana fecha se habría dedicado a la vida monacal. Llegó a casarse con otra patricia, pero el matrimonio duró muy poco, entrando ambos a profesar, justo cuando se iniciaba el reinado de Irene Ateniense. Como abad del llamado Gran Monasterio del Campo (Μέγας Μονὴ τοῦ Ἀγρός)⁶⁷⁵, que levantó sobre su hacienda (προάστειον) y con recursos monetarios propios, se enfrentaría abiertamente a la política

⁶⁷¹ Sobre la cuestión vid. Bithos, 2001, pp. 100ss.

⁶⁷² Datos prosopográficos en *PmbZ* 4, pp. 600-607 y *ODB*, p. 2063.

⁶⁷³ Se situaría a la falda del Monte Sigriani, el actual KaraDağ (al respecto, Janin, 1975, p. 195.

⁶⁷⁴ Sobre el *strator*, vid, *ODB*, p. 1967.

⁶⁷⁵ En relación al monasterio vid. Janin, 1975, pp. 195-199. Se localizaría en la actual pedanía llamada Kurşunlu.

del emperador León V Armenio. Colaboraba en esa tarea de dura oposición con Teodoro Estudita⁶⁷⁶ y también Metodio⁶⁷⁷, personajes que le dedicarían después escritos laudatorios por tal labor. En junio del 815 fue detenido y, pese a que supuestamente estaba enfermo, se le hace trasladar “en litera” a la capital para ser juzgado. Parece haber estado dos años en prisión, tras los que sería enviado al exilio en la isla de Samotracia, donde apenas desembarcar moriría, ya en la sesentena.

Teodoro Estudita

Teodoro Estudita (Θεόδωρος τῶν Στουδίου) nació en Constantinopla a finales del año 759, vástago de una extraordinariamente opulenta, bien relacionada y a la par muy piadosa familia⁶⁷⁸. Su padre, Foteinos, era un alto funcionario de la Tesorería, especialmente culto. Su madre, Teoctista, con fuerte personalidad, procedía de estirpe senatorial. Siendo el mayor de cuatro hermanos, recibió una educación civil completa. Aunque fue más un hombre de acción que de letras, se dice que desde temprano encontró predilección por las lecturas de *vitae*, en particular sobre confesores y mártires, amén de la patología, sobre todo Basilio el Grande, Gregorio de Nazianzo y Juan Crisóstomo⁶⁷⁹. Un año después del ascenso al trono de

⁶⁷⁶ Teodoro Estudita le dedica un panegírico cuando el entierro de Teófanos Confesor en una cripta de su monasterio en Sigriani. Al respecto, *Cronografía de Teófanos*, Mango, p. xlv.

⁶⁷⁷ El monje Metodio, futuro patriarca es el autor de una *vita*, escrita hacia el año 832. Al respecto, Gouillard, 1960, pp. 36ss.

⁶⁷⁸ Datos prosopográficos en *PmbZ* 4, pp. 429-433 y *ODB*, pp. 2044-2045. Una monografía extensa y completa se ofrece en Cholij, 2002.

⁶⁷⁹ Cholij, 2002, p. 23.

Irene Ateniense, el pariente Platón Sacudita animó a la familia para que abrazara, al completo, la vida monástica. El matrimonio, que al parecer ya vivía en continencia sexual desde hacía algún tiempo, y los hijos, algunos apenas niños, deciden ingresar en sendos cenobios, ubicados en tierras que eran de su propiedad, en Bitinia⁶⁸⁰. Sabemos que Teodoro tenía 22 años cuando recibe la tonsura en el Monasterio de la Madre de Dios en Símbolos (Μονὴ τῆς Θεοτόκου ἐν Σύμβολοις)⁶⁸¹, siendo su padrino (ἀνάδοχος) el cronógrafo Teófanos Confesor⁶⁸². Poco después se muda al Monasterio de Sacudión (Μονὴ τῶν Σακκουδίων)⁶⁸³, el que acaso se configuraba en esos días como *headquarter* y escuela de adoctrinamiento de la después llamada “confederación estudita” de monasterios. Está claro que manejaba importantes sumas de dinero, porque allí patrocina y costea una imponente iglesia dedicada a San Juan Evangelista, decorada con esmero y lujo⁶⁸⁴. Muy pronto, cubierto fiscalmente con los privilegios concedidos por Irene Ateniense y los parabienes del patriarca Tarasio, el lugar se convirtió en un emporio rico y floreciente que atrajo a numerosos candidatos⁶⁸⁵. Ciertamente, la influencia en la corte iconófila de los cenobitas también era grande, no siendo raro que las frecuentes visitas de los emperadores a las cercanas termas de Prusa sirvieran como excusa y escenario idóneo

⁶⁸⁰ El más pequeño, apenas con 5 años de edad, se agarraba a la falda de su madre cuando ésta entraba en la clausura y Teodoro, al relatar la escena, aplaude la acción y enfatiza la “piedad” de la señora cuando amonesta al crío. La categoría de exceso “piadoso” que demuestra la patética anécdota es más que evidente. Al respecto, vid. Choli, 2002, p. 17.

⁶⁸¹ Sobre el cenobio, vid. Janin, 1975, pp. 181-183.

⁶⁸² Choli, 2002, p. 27.

⁶⁸³ Sobre el cenobio, vid. Janin, 1975, pp. 177-181. Se localizaría no lejos de Prousa, la actual ciudad turca de Bursa.

⁶⁸⁴ Janin, 1975, pp. 179.

⁶⁸⁵ Choli, 2002, p. 28.

para las entrevistas y consultas directas. Sabemos que al enfermar Platón, se hizo cargo como abad Teodoro, ya sobre la treintena, en una sucesión “heridataria” (tío a sobrino) muy significativa.

Al estallar la peculiar crisis “moequiana”, discusión encendida sobre la disolución matrimonial de Constantino VI y María de Amnia, un proceso que era legal en el código civil pero no se admitía en el religioso, el celo en ese papel como “guía para cuestiones de ética” que asumían *de motu proprio* los zelotas se hizo patente. Se enfrentaron incluso al patriarca y en el 797 llegan a ser trasladados bajo vigilancia a Constantinopla y Tesalónica, tanto Teodoro como Platón. Esta primera detención no duró mucho, cuando Irene Ateniense hace cegar a su vástago Costantino VI y asume el poder en solitario, los abades son liberados y se les concede el arcano pero impresionante Monasterio del Pródromos en Estudios (Μονὴ τοῦ Προδρόμου ἐν τοῖς Στουδίου)⁶⁸⁶, que dominaba el elegante suburbio de Psamatia, no lejos de la Puerta de Oro y la muralla urbana. Cabe recordar que, debido a una manifiesta ineficiencia gubernamental, los raids árabes habían vuelto a convertir Bitinia en un lugar inseguro⁶⁸⁷.

Desde aquel enorme complejo cenobítico, que acogía más de 600 monjes⁶⁸⁸, Teodoro, ahora ya propiamente denominado “Estudita”, maneja su “imperio de monasterios” y participa en la vida política. Al caer Irene Ateniense y subir Nicéforo I Megaloteta (1 de noviembre del 802), las

⁶⁸⁶ Sobre el cenobio, más conocido como San Juan de Estudios, remitimos al epígrafe que se le dedica en Janin, 1969, pp. 430-440

⁶⁸⁷ *Cronografía de Teófanos*, De Boor, p. 473. Subrayado por Janin, 1975, p. 179.

⁶⁸⁸ *Cronografía de Teófanos*, De Boor, p. 481.

relaciones con el trono se hicieron algo más tensas. Pese a proceder del campo iconodulo, el nuevo emperador se vio obligado a tomar algunas medidas fiscales que seguramente dañaban al gran monacato, en particular la derogación de las exenciones. Cuando el 18 de febrero del 806 fallece Tarasio, el nombramiento del nuevo patriarca también es otra fuente de conflicto. Los moderados impusieron a Nicéforo I Confesor, cuando los zelotas seguramente esperaban que el propio Teodoro Estudita alcanzara el máximo honor. La airada respuesta obligó a su detención, en tanto se reactivaba el “asunto moequiano”, ahora simplemente por motivo de la readmisión, o no, del sacerdote que había oficiado el segundo matrimonio del infeliz Constantino VI. El trío de parientes abades y zelotas, Teodoro, Platón y José, resultaría dispersado. Tuvieron que retirarse a distintas islas dentro del cercano archipiélago marmárico de las Príncipe.

Tras perecer Nicéforo I Megaloteta en la cruenta batalla de Pliska (26 de julio del 801) y subir al trono Miguel I Rangabé, de nuevo vuelven a primera línea los citados. Una de las primeras medidas fue reinstalar a Teodoro en la abadía de Estudios y a José como arzobispo de Tesalónica. Pero la armonía no duró mucho, el derrumbe del régimen tras la batalla de Versinikia, por manifiesta ineptitud del titular, provocó la llegada al poder de un gobernante mucho más enérgico, amén de convencido iconoclasta, León V Armenio. Sabemos que forzó la caída del “moderado” Nicéforo Confesor para sustituirlo en el patriarcado por Teodoto I Kasiteras, de la familia militar de los Meliseno, en tanto retornaba a la doctrina contraria a la dulía. Teodoro Estudita se enfrentó con lo que tenía a mano, ordenó que el

Sábado de Pascua (año 815) sus centenares de monjes subordinados salieran a la calle, cual una genuina “manifestación”, vociferando y con iconos en lo alto⁶⁸⁹. Poco después el recalcitrante líder cenobita fue arrestado y conducido al exilio en un fuerte llamado Metopa, cerca del Olimpo de Bitinia⁶⁹⁰. Descubriendo que desde su celda aún mantenía una activa correspondencia, coordinando la acción de monjes subversivos, en estrecha colaboración con otros patriarcados y el papa romano, se le alejó hasta Bonita en el tema de Anatólicos, tal vez dentro de la región de Frigia y no lejos de Éfeso. Aún allí parece haber continuado su actividad epistolar, prueba de que contaba con muchos y/o poderosos simpatizantes, incluso entre los carceleros. Enterado León V Armenio, y considerando que hacía traición al Imperio porque en sus escritos incitaba a la enemistad occidental con Bizancio, ordenó que recibiera un centenar de latigazos. Pese a lo que pudiera esperarse o tal vez porque no se aplicaron con el rigor usual, Teodoro sobrevivió a semejante quebranto de modo que a renglón seguido fue trasladado hasta Esmirna, ahora bajo una más cercana y estricta vigilancia.

Cabe imaginar que al subir inesperadamente al trono Miguel II Amoriano (Navidad del 820), se renovara la esperanza de que, una vez más, las cosas cambiaran de rumbo. Pero no fue así, la tolerancia fue mayor y hasta recobró la libertad, pero no pudo volver a Estudios. Tendría que reunir a sus fieles bajo un nuevo techo en Crescentius, sobre el golfo de Nicomedia. Ciertamente no por mucho tiempo, cuando el usurpador Tomás Eslavo se

⁶⁸⁹ Alexander, 1958, p. 129 y Cholij, 2002, p. 56 con las referencias a las fuentes.

⁶⁹⁰ Cholij, 2002, p. 58, con las referencias a las fuentes. Seguramente permaneció recluido en el castillo desde la primavera del 816 hasta junio del 819.

acercó con sus huéspedes, el astuto emperador le obligó a que se internara en la capital, seguramente para evitar que apoyara al rival. Después se instalaría en otro lugar, el Monasterio de San Trifón⁶⁹¹ en el cabo Akritas (Tuzlaburnu), no lejos de Calcedonia. No fue incomodado, pero tampoco se le permitió ninguna veleidad de influir en la actividad de gobierno o “policía moral”. Enfermo y acaso frustrado, moriría sin pisar de nuevo Constantinopla el 11 de noviembre del 826.

⁶⁹¹ Sobre el cenobio, vid. Janin, 1975, pp. 55-56.

IV

RESULTADOS

Suele decirse que el historiador reconstruye el pasado por medio de la “fabricación de hechos historiográficos”⁶⁹², los que se definen como elementos primarios de la materia en la investigación histórica. Asumimos que la interpretación dialéctica pone en relación los sucesos pasados con los datos, sobre la base de las distintas fuentes en sentido largo, y que los resultados de la tesis no deben ser, por consiguiente, más que la presentación ordenada y sintética de esos mismos *hechos históricos* reconstruidos como *hechos historiográficos*. Hablamos de una narración consciente de lo que afectó a los individuos y las sociedades, en nuestro caso todo lo relativo a la medicina.

No obstante, somos bien conscientes de que semejante dinámica intelectual no representa mostrar ningún grupo de acontecimientos supuestamente “constatados o establecidos”, conforme a la terminología de la escuela positivista. Como bien advertía Carr⁶⁹³, “es una falacia absurda la creencia en un núcleo óseo de hechos históricos existentes objetivamente y con independencia de la interpretación del historiador”. Por ende, en esta substancial etapa del trabajo pretendemos un doble objetivo: recordar con la mayor precisión los llamados *hechos básicos* y, a la par, seleccionar e interpretar los *hechos proficuos*. Los primeros, aquellos relativos a fechas y sucesos llamativos, espina dorsal que conviene fijar con precisión, carecen de sentido sin los segundos, que escogemos, elaboramos y sobre los que

⁶⁹² Topolsky, 1985, pp. 173ss.

⁶⁹³ Carr, 2010, pp. 81-82

venimos a reflexionar. Desde luego, entendemos que se trata de un proceso en acción recíproca, condicionados al continuo trance de amoldar los actos a su sentido y viceversa⁶⁹⁴. Sabemos que tales “hechos” sólo hablarán cuando seamos capaces de apelar a ellos, decidiendo a cuales abrimos paso y en qué orden y contexto hacerlo⁶⁹⁵. También advertimos que, por más que sean constatables, no podremos nunca verificarlos, en tanto que son esencialmente una interpretación⁶⁹⁶. Resultan un material sobre el que estamos por vocación inclinados a razonar, pretendiendo entender y explicar, pero donde no cabe en modo alguno intervenir⁶⁹⁷.

La distinción entre resultados y conclusiones podría así quedar afectada, pero asumiremos que las segundas no son más que el resumen de los primeros. En verdad, algo similar es lo que se tiene como presentación estándar en los trabajos médico-biológicos. Por ello, hemos escogido este modelo de tesis “científico-natural” para un tema de Historia, bien que se refiera a la vida y desarrollo de un *ars medica* (τέκνη ἰατρική) hoy plenamente sostenida en la morfofisiología, el laboratorio y la experimentación controlada.

En suma, virtud a tales recomendaciones de ordenar, clasificar y reflexionar, hemos dividido este capítulo en tres principales epígrafes sucesivos. El primero tratará sobre sociedad, economía, política y ejército; es decir los pilares fundamentales de la existencia humana llevada en común. El segundo intentará profundizar en la cultura y ciencia, que pueden dar

⁶⁹⁴ Carr, 2010, p. 98.

⁶⁹⁵ Carr, 2010, p. 81.

⁶⁹⁶ Vilar, 2013, p. 17.

⁶⁹⁷ Vilar, 2013, p. 18.

las claves del modo de pensar y actuar. El tercero ya se ciñe al relato de la medicina, abordable con mejor capacidad de apreciación sólo una vez desarrollados los anteriores.

IV. 1. LAS CONDICIONES SOCIALES, ECONÓMICAS, POLÍTICAS Y MILITARES EN BIZANCIO, DESDE COMIENZOS DEL SIGLO VIII HASTA MEDIADOS DEL SIGLO IX

Aproximación a la querrela iconoclasta/iconodula

— Relato histórico del movimiento iconoclasta bizantino

El acontecimiento fundamental, que justo precede al inicio de la iconoclastia, es el intempestivo y peligroso gran ataque que lanzan los árabes contra el Imperio Romano Oriental en la segunda década del siglo VIII. Las fuentes describen como, corriendo la primavera del 716, los ejércitos dirigidos por el general Maslama se adentraban en Anatolia, mientras el emperador Teodosio III apenas se podía sentir seguro en Constantinopla⁶⁹⁸. Acababa de vencer en una guerra civil de 6 meses a su antecesor, Anastasio II Artemio, que aceptó el relevo, retirándose como monje en Tesalónica. Ciertamente ninguno de los dos parece haber contado con apoyos suficientes, ni ser el

⁶⁹⁸ Para el relato de los acontecimientos en estos años, en particular la gran operación combinada árabe del 717/718, las fuentes principales serían la *Cronografía de Teófanos*, De Boor, pp. 395-399 y la *Crónica de Nicéforo*, Mango, pp. 120-125.

líder apropiado para la situación. Tal vez por ello, el capitán general de los regimientos anatólicos, los más aguerridos de Bizancio, decidió rebelarse y tomar el poder. Nadie se le opuso; el senado, los generales y los arcontes de la administración se pronunciaron a su favor⁶⁹⁹. Teodosio III abdicaría y a cambio de entrar también en un convento vería respetada su vida.

El 25 de marzo del 717, ese *milites* de oscuro origen sirio, nacido en la lejana Germanicea (Kahramanmaraş), recibió la corona imperial en Santa Sofía de mano del patriarca titular, Germán I. El flamante emperador-soldado, León III, seguramente representaba las opiniones e intereses del ejército bizantino apostado en los límites de Asia Menor, en suma, la de aquellos hombres cuya existencia estaba condicionada por el conflicto con el califato⁷⁰⁰. Por ende, debía ser perfecto sabedor de que la situación que heredaba era más que delicada. Una enorme fuerza musulmana, alrededor de 120.000 soldados bien entrenados y pertrechados, llenos de fervor y moral elevada, avanzaba hacia la capital, apoyados por otra imponente flota. En julio tales tropas se desplegarían ante las murallas y preparaban sus máquinas de aporche y asalto⁷⁰¹.

Frente a semejante tesitura de inminente y enorme peligro, el emperador apunta haber actuado con “una juiciosa combinación de actividad militar y diplomática”, al decir de Herrin⁷⁰². Las acometidas fueron rechazadas una tras otra, mientras los dromones rápidos bizantinos lograban mantener a

⁶⁹⁹ *Cronografía de Teófanos*, De Boor, p. 390.

⁷⁰⁰ Mango, 1977a, p. 2.

⁷⁰¹ Sobre el asedio de del 717/718 vid Bury, 1889, II, pp. 401-405; Diehl, 1944, pp. 250-253; Guiland, 1959, *passim*, Canard, 1926, *passim*, Gero, 1973, pp. 36-43 y Brubaker/Haldon, 2011, pp. 74-75.

⁷⁰² Herrin, 1977, p. 15.

distancia los barcos con capacidad anfibia que había hecho construir en Alejandría el audaz Maslama. A la par, hordas de búlgaros llegaban para hostigar a la agrupación sarracena asentada en Tracia, creando confusión y sustanciales mermas. Empero, el asedio se mantuvo férreo todo el invierno, incluso en la primavera del 718 arribaron nuevas naves califales con víveres y armas para continuar el operativo. La desertión de muchos marinos cristianos, originarios de África y Egipto, permitiría a los “romanos” asestar golpes demoledores contra los arsenales de abastecimiento del invasor. En realidad, la escuadra árabe parece haber quedado sin capacidad para combatir. Un nuevo contingente que se envió por tierra fue detenido y aniquilado en Nicomedia, así que que a comienzos de agosto los miles de muyaidines carecían de lo más necesario para prolongar la guerra. La retirada por mar se hizo difícil, acosados por la marina bizantina y las tormentas, de modo que apenas lograron regresar unos pocos. Ese mismo otoño, León III envió unidades para recuperar las ciudades perdidas y estabilizar la frontera oriental. Resulta evidente que había logrado solventar con inesperada fortuna una ocasión de máximo riesgo, con implicaciones globales. El fracaso habría tenido consecuencias no sólo para Bizancio, por igual hubiera afectado al futuro de la cristiandad entera⁷⁰³. No resulta extraño que las fuentes armenias viniesen a reconocerle como un genuino Moisés *redivivus* y se gestaran tantas leyendas en la esfera árabe⁷⁰⁴. Cuando, ya corriendo el 719, Anastasio

⁷⁰³ La opinión de los autores al respecto viene a ser unánime. Bury, 1889, II, p. 405 considera el año 718 una “ecumenical date” y Diehl, 1944, p. 252 lo compara a la batalla de Poitiers. Guiland, 1959, *passim*, repasa los análisis y se adhiere a los anteriores. Ostrogorsky, 1984, p. 167 enfatiza que ya nunca después se volvería a “poner en duda” la existencia de Bizancio.

⁷⁰⁴ Gero, 1973, pp. 36ss, con las referencias. Teófanos reconoce la trascendencia del momento, pero todo el mérito lo achaca a la intervención de Dios y la Virgen María, movidos por las oraciones de “quienes imploran con sinceridad” (*Cronografía de Teófanos*, De Boor, pp. 397-398).



Fig. 36. El Imperio Bizantino en época justiniana (siglo VI), dominando el Mediterráneo. Las principales potencias antagonicas serían el reino visigodo, el reino franco y el imperio persa.



Fig. 37. El Imperio Bizantino en época iconoclasta (siglo VIII). El califato de Bagdad ha emergido como una gran superpotencia que amenaza la supervivencia de los poderes cristianos. El Imperio Carolingeo, derivado de los francos, se extiende y equipara a Bizancio. El papado ya es *de facto* independiente y el Reino de Asturias resiste a los musulmanes en el norte de Hispania.



Fig. 38. El catolicón del Monasterio de los Santos Sergio y Baco, actual Mezquita Hüsein Ağa, popularmente conocida como Küçük Ayasofya Çamii. El cenobio, dependiente del emperador, siempre estuvo dirigido por clérigos favorables a la ideología del augusto titular. Bajo la iconoclastia, en tiempos de Miguel II Tartamudo, el abad fue Juan Morocharzianos, el futuro patriarca Juan VII Gramático. Posiblemente los monjes sergianos por entonces eran contrarios a la dulfa y el taller de copia podría haberse ocupado de reproducir textos científicos o de la tradición pagana.



Fig. 39. Vista actual del barrio de Psamatia, muy diferente al apacible que sabemos existía en época bizantina. En la sección central de la fotografía se pueden advertir los restos del catolicón perteneciente al Monasterio de San Juan Pródromos de Estudios (justo donde asoma el minarete truncado que añadieron los otomanos). Regido en el periodo que consideramos por Teodoro Estudita, el célebre abad iconodulo zelota, su taller de copia habría preferido los textos litúrgicos y patrísticos amén de la hagiografía.

II Artemio pretendió retomar el poder con el concurso de guerreros eslavos y algunos cómplices en la capital, el emperador sirio apenas tuvo dificultad alguna para neutralizar a los traidores, poner en fuga a los extranjeros y capturar a su oponente, que terminaría ejecutado⁷⁰⁵.

Es evidente que la capacidad y dotes de mando de León III eran muy notables y tampoco menor su inteligencia política. A juzgar por lo que acontecería después bajo su reinado, deberíamos asumir que no sólo superó una delicada crisis táctica, seriamente se planteó remediar el complejo déficit estratégico, sobre fundamentos económico-sociales, que atenazaba Bizancio desde la gran guerra bizantino-persa del 610-630 y, en particular, tras el convulso final de la dinastía heracliana en el 695. Es notorio que decide emprender reorganizaciones ambiciosas en diversos aspectos esenciales, unificando los esfuerzos, optimizando la administración, las finanzas⁷⁰⁶ y la fuerza armada⁷⁰⁷. Todo ello, sacando provecho de la relativa debilidad momentánea de los musulmanes y de una positiva demanda por parte de un sector no despreciable de la ciudadanía. Podría pensarse que su ambicioso plan de regeneración afectaba a muchas de las estructuras físicas y mentales de Bizancio, lo que igualmente explica la tenaz resistencia encontrada en el seno mismo de la sociedad a la que dirigía.

⁷⁰⁵ Al respecto, vid. Bury, 1889, II, pp. 408-409

⁷⁰⁶ Sobre la cuestión de las finanzas en este periodo vid. Morrison, 2001, *passim*.

⁷⁰⁷ Al respecto, vid. Bury, 1899, II, pp. 410-424 y Diehl, 1944, pp. 255-259. Escéptico se muestra Ostrogorsky, 1984, p. 168 y n. 48. Para Whittow, 1996, p. 166, León III apenas habría llevado a efecto ninguna medida substancial en la fuerza armada, salvo la marina. A su sentir, sería ya Constantino V el que se empeñara en ello. Empero, los datos a favor de la iniciativa gobernando el primer emperador de la dinastía siria resultan abrumadores. En cuanto a Brubaker/Haldon, 2011, pp. 74ss, la ausencia de orden en la exposición, la clamorosas lagunas y un excesivo relativismo hacen que su análisis sea difícil de interpretar.

RESULTADOS

Las primeras medidas pudieron ser una modificación monetaria, tendente a agilizar las transacciones, y un ataque contra ciertos grupos étnico-religiosos disgregantes, en tanto se relanzaba la diplomacia en busca de alianzas. Sabemos que hacia el 721 introduce una nueva pieza “fiduciaria”, el *miliaresion* (μιλιαρήσιον), de valor intermedio entre el *follis* y el *nomisma*⁷⁰⁸. Casi a la par desencadena una persecución de paulicianos, a los que seguramente reconoce como peligrosos enemigos del Estado. Al año siguiente ordena una conversión masiva de judíos, por razones similares. En otro orden, consigue una esencial alianza con los kázaros que en ese tiempo cruzan por vez primera el Caucaso y atacan la Armenia califal. Ciertamente ello no impide que los musulmanes vuelvan a la ofensiva en el 723, tomando las fronteras Iconium y Camacha, pero sin atreverse a profundizar más. Por el momento se mantenía bajo control la furia islámica, aunque resultaba palpable la todavía extrema debilidad de Bizancio y la urgencia de llevar a cabo una revigorización de las estructuras estatales. Es bien posible que fuera en este mismo año cuando León III y sus asesores⁷⁰⁹ comiencen a perfilar una ideología que podríamos designar como “anti-clerical”, acaso por sentir la necesidad de obtener recursos, humanos y económicos, inmovilizados por la Iglesia. Bien cabe imaginar que aquella omnipresente y todopoderosa institución, con sus múltiples apéndices no oficiales, atesoraban desorbitada riqueza y privaban de una

⁷⁰⁸ Sobre la cuestión vid. Morrison, 2001, pp. 379-380.

⁷⁰⁹ Los obispos Juan de Sinada, Tomás de Claudiópolis y Constantino de Nacolea, amén del denostado ministro y confidente Beser, parecen estar entre quienes argumentan en esa dirección. En la *Cronografía de Teófanos*, De Boor, p. 402, se destaca sobremedida el papel de “instigadores” en los dos últimos, para quienes no escatima improperios. Al respecto, vid. Gero, 1973, pp. 85-93 y 189-198.

mano de obra esencial a la agricultura y de reclutas al ejército. Esta fase de “estudio” y sondeo de las voluntades explicaría el intercambio de misivas, algunas de las cuales conocemos,⁷¹⁰ cuyos párrafos reflejan el nerviosismo y la suspicacia latentes entre los dirigentes implicados. Acaso la necesidad continuaba siendo mucha y apremiante, pero también los intereses que se verían perjudicados de llevar a efecto lo que se murmuraba. Ésta doble cara del problema pudiera explicar lo arriesgado y extremo, amén de la cautela, en algunas decisiones que se tomarían llegado el momento.

Lo cierto es que en 725 y 726 la presión árabe vuelve a sentirse con intensidad. El primer año asolan la isla de Creta y el segundo penetran de nuevo en Anatolia, saqueando Cesarea para llegar a Bitinia y poner cerco a Nicea, una de las ciudades más importantes del Imperio. Sólo la heroica resistencia de los esforzados soldados obsiucionitas, apostados en la triple muralla urbana, permitiría superar la prueba y forzar la retirada de los sarracenos. Tales acontecimientos, que demostraban la persistencia de críticas debilidades en el sistema, podrían haber sido acicates para llevar a cabo esa reforma radical que sospechamos acariciaba el emperador. Más importante, a nuestro entender, que la erupción del volcán de Santorini unos meses después, marzo/abril del 726, por muy terrorífica que fuera⁷¹¹. Se

⁷¹⁰ Nos referimos a las cartas de Nicéforo Patriarca a los tres prelados iconoclastas de Asia Menor, que pondrían de manifiesto la existencia de cierta pugna sobre la reforma antes de que se hiciera pública y oficial (al respecto vid. Gero, 1973, pp. 85-93 y Brubaker/Haldon, 2011, pp. 94-105).

⁷¹¹ Sobre la erupción, que duró un mes y parece haber provocado importantes daños en Lesbos, la costa de Asia Menor y la región de Macedonia, vid, Ambraseys, 2009, pp. 226-227. Las fuentes principales en relación a este acontecimiento serían *Cronografía de Teófanos*, De Boor, pp. 404-405 y Miguel Sirio, Chabot, III, p. 258.

ha dicho⁷¹², sobre la pueril insidia de Teófanos⁷¹³ y Nicéforo⁷¹⁴, que fue ese fenómeno el que convenció a León III de estar sufriendo la ira divina por adorar imágenes. Empero, cuesta creer que un hombre templado, sensato y pragmático, de lo que dio abundantes pruebas, se dejara llevar por supersticiones de tal índole. De hecho, tal que Yannopoulos⁷¹⁵ ha recordado, la estupidez de semejantes leyendas resulta manifiesta no sólo para nosotros, en igual medida les parecía a los cronistas que las recogieron o idearon, motivo por el que deslizarán otras muchas no menos absurdas.

Sea como fuere, es muy posible que justo entonces se iniciara sin disimulos o hiciera público un discurso beligerante contrario al culto a los iconos⁷¹⁶. Se trataba, en concreto, de las imágenes sagradas (τῶν ἱερῶν εἰκονισμάτων), como bien especifica Nicéforo Patriarca⁷¹⁷ en su crónica breve. Ello apunta haber creado un profundo malestar en una parte no despreciable de las familias poderosas e igualmente entre otros menos pudientes pero que a fin de cuentas habían recibido educación o estaban bajo la influencia de clérigos que opinaban en forma contraria⁷¹⁸. Más discutible es que ordenara la destrucción de un vistoso mosaico representando a Cristo colocado en el dintel de la Puerta Calcé, el vestíbulo clásico del Gran Palacio en Constantinopla⁷¹⁹. Este acto inaudito habría sido el “fundacional” del

⁷¹² Por ej. Mango, 1977a, p. 1.

⁷¹³ *Cronografía de Teófanos*, De Boor, pp. 404-405.

⁷¹⁴ *Crónica de Nicéforo*, Mango, pp. 128-129.

⁷¹⁵ Yannopoulos, 1997, p. 373.

⁷¹⁶ Auzépy, 1990, pp. 164 ss; Yannopoulos, 1997, pp. 376-377 y Brubaker/Haldon, 2011, p. 79.

⁷¹⁷ *Crónica de Nicéforo*, Mango, pp. 128-129.

⁷¹⁸ Auzépy, 1990, p. 165.

⁷¹⁹ Auzépy, 1990, *passim*.

iconoclasmo y aparece reseñado en varias fuentes del siglo IX, en particular la *Cronografía de Teófanos*⁷²⁰ y la *Vida de San Esteban Joven*⁷²¹, una vez descartada la supuesta *Carta de Gregorio II* por su carácter inequívocamente apócrifo⁷²². Dada la lejanía a los hechos, cabe dudar de que respondan a una realidad o bien hagan referencia al retiro de susodicha estampa tiempo más tarde, bajo León V. Sería un enorme panel mural creado *de novo* tras el concilio del 787, gobernando la emperatriz Irene⁷²³. Para justificar su presencia se habría generado una fábula y hasta unos mártires, en concreto varias mujeres “devotas” que se atrevieron a obstaculizar la medida. El debate en torno a la cuestión aún permanece, por más que Auzépy⁷²⁴ haya dejado poco margen a la duda en cuanto a lo falso y propagandístico del episodio.

Ciertamente, al oprobioso pero incierto acto le acompañaría otro más material e irrefutable, hacemos mención al doblado de impuestos a cobrar entre septiembre del 727 y el mismo mes del 728. Desde luego, viene a reflejar una ingente necesidad de moneda inmediata. Le sucede una asonada en la Pentápolis y Roma, donde asesinan al gobernador con la anuencia del papa Gregorio II. También se alza la Hélade, incluidas las dotaciones navales temáticas que llegan a intentar un golpe de mano contra la capital⁷²⁵.

⁷²⁰ *Cronografía de Teófanos*, De Boor, p. 405.

⁷²¹ *Vida de San Esteban Joven*, Auzépy, c. 10, pp. 100-101 y 193-194.

⁷²² Al respecto apunta concluyente el trabajo de Gouillard, 1968, esp. pp. 271 y 274-275. Este autor ha demostrado, sin dejar margen a la duda, que el documento se elaboró hacia el año 800 en el medio intelectual del patriarcado.

⁷²³ Auzépy, 1990, pp. 176-178.

⁷²⁴ Auzépy, 1990, *passim*.

⁷²⁵ *Crónica de Nicéforo*, Mango, p. 131.

RESULTADOS

Ambas revueltas serán fácilmente aplastadas por las tropas leales. En Constantinopla, tampoco parece haber faltado alguna muestra de descontento y fuerza. Según Teófanos⁷²⁶, el emperador pierde la paciencia ante lo que podríamos llamar “aristocracia”. Conforme al *De haeresibus et synodis*⁷²⁷, afecta tanto a sacerdotes como laicos, con maltratos corporales diversos y exilio, destruyendo iconos y hasta incinerando reliquias. Se asocia, y es de subrayar, al ocaso de la “enseñanza piadosa” (τὴν εὐσεβῆ παιδευσιν), lo que a buen seguro no traduce más que una purga de eclesiásticos renuentes que ejercían docencia teológica⁷²⁸. Contra lo que a menudo se afirma⁷²⁹, al socaire de estos testimonios tan próximos y taxativos, parece claro que bajo León III hubo ya una importante controversia, obstinada renuencia y hasta dura represión.

Lo cierto es que, en enero del 730, León III convoca un *silention* exigiendo que los altos funcionarios eludieran postrarse delante de las representaciones de Cristo, la Virgen y los santos⁷³⁰. El requerimiento regio fue rechazado por el patriarca Germán, alguien que nunca había dado prueba de no plegarse a los designios imperiales. Del mismo modo tampoco encontró buena acogida del Papa en Roma, así como entre la élite cristiana que vivía bajo los árabes. Es bien posible que Juan Damasceno escribiera entonces sus primeros alegatos iconodulos⁷³¹, desde su monasterio de San Sabas en

⁷²⁶ *Cronografía de Teófanos*, De Boor, p. 405.

⁷²⁷ Germán, *De haeresibus et synodis*, Mai, 42, pp. 61-62.

⁷²⁸ Auzépy, 1990, p. 166.

⁷²⁹ Por ej. Mango, 1977a, p. 3. También Brubaker/Haldon, 2011, pp. 151-155.

⁷³⁰ Gero, 1973, pp. 96ss.

⁷³¹ Sobre la fecha de composición de los primeros tratados iconodulos de Juan Damasceno, vid. Flusin, 2006b, *passim*.

Jerusalem, con la amable protección del califa Hisham (724-743). Resulta evidente que, en principio, la jerarquía de la Iglesia o una gran parte de ella, incluso la más conciliadora, se opuso frontalmente a la nueva corriente que se impulsa, y parece que también origina, en el entorno del poder secular. Viene a coincidir con la propuesta o el inicio de implantación de otras reformas civiles, en particular la del sistema de sobretasación del impuesto sobre la tierra⁷³², que iba en detrimento de los terratenientes, y la exención adjudicada a los soldados-campesinos, que por el contrario beneficiaba a los medianos y pequeños propietarios. Probablemente se sumaba un aumento de la presión fiscal sobre las propiedades de la Iglesia y el Papado, o incluso la confiscación⁷³³ de una parte de su patrimonio (*ecclesiastica possessio*), y de aquellas regiones menos afectadas por la guerra, a la sazón el sur de Italia, Sicilia, Creta y la Hélade⁷³⁴. Está claro que tales medidas de “tiranía fiscal”⁷³⁵ no hicieron más que exasperar a los damnificados, como bien reflejaría el monje Teófanos⁷³⁶. No es extraño que en 731, el nuevo papa Gregorio III ordenara reunir un concilio para condenar sin paliativos la “iconoclastia”, rompiendo abruptamente con Bizancio⁷³⁷. La respuesta imperial a este “movimiento separatista”, en palabras de Yannopoulos⁷³⁸, no

⁷³² Remitimos al análisis clásico, preciso y sólido, de Diehl, 1944, pp. 256-257.

⁷³³ Zuckerman, 2005, p. 95.

⁷³⁴ Así opinan autores como Zuckerman 2005, pp. 85-87 y 105; Speck, 2002, pp. 533-534 y Brubaker/Haldon, 2011, pp. 81-82.

⁷³⁵ Diehl, 1944, p. 257.

⁷³⁶ *Cronografía de Teófanos*, De Boor, p. 413.

⁷³⁷ Al sentir de Anastos, 1968, *passim*, esp. p. 37, el papado no sólo discrepaba por asuntos dogmáticos, tanto o más importante podría haber sido la defensa del patrimonio de la Iglesia de Roma, que gracias a las remesas que obtenía desde las regiones sicilianas y calabresas se convertía en el principal ente económico del occidente imperial.

⁷³⁸ Yannopoulos, 1997, p. 382.

pudo ser muy efectiva, en singular por falta de suerte. Dos años más tarde la flotilla bizantina que se envía para intimidar al papado resultaba destruida por una tempestad en el Adriático⁷³⁹.

La justicia social y acaso la definitiva conversión de los siervos en una clase de arrendatarios libres podrían haber conformado las líneas directrices, que buscaban como meta final crear una nueva *solidaridad nacional*, reduciendo las diferencias entre ricos y pobres, enardecido el patriotismo al mejorar las condiciones de vida de las masas rurales⁷⁴⁰. De ello habla el rigor de los agentes del fisco y la creación de impuestos “por obra a realizar”, como el *Dikeraton* del año 739, tras el seísmo que afecta a las murallas y que apunta haber estimulado la actividad económica⁷⁴¹. La herramienta clave sería el retorno de las finanzas a las manos directas del Estado, restituyendo al Tesoro central las prerrogativas de recaudación hasta entonces delegadas en *possesores*, abades y obispos. Apuntan haber sido cuestiones de calado y controvertidas, capaces de generar fuerte tensión en la sociedad. Sea como fuere, podemos estar convencidos de que durante esos años estalló una agria disputa ideológica, al menos en el seno de la élite bizantina. Y lo cierto es que, lejos de llegar a un consenso, la cuestión se fue radicalizando para, seguramente, terminar extendiéndose a otras capas de la sociedad. El caso es que hacia el 740 la separación entre dos grandes “facciones” se había consolidado, a un extremo los partidarios de la reforma (iconoclastas) y enfrente quienes se resistían a ella (iconodulos).

⁷³⁹ *Cronografía de Teófanos*, De Boor, p. 410.

⁷⁴⁰ Ahrweiler, 1975, pp. 29ss. Para una elaborada revisión bibliográfica de la compleja y discutida materia, vid. Bravo, 1997, pp. 26-27.

⁷⁴¹ Diehl, 1944, p. 257.

Con todo, tan viva división y pugna interna no redujo, en absoluto, la capacidad de combatir y vencer al enemigo musulmán, el principal del periodo. Cabe sospechar que sus disposiciones, por más que levantaran ásperos litigios y protestas callejeras, daban frutos con inusual rapidez. En ese verano, el emperador se atreve a entablar batalla campal contra una gran fuerza musulmana que pretendía arrasar Anatolia. Maniobrando con velocidad y astucia consigue derrotar y poner en fuga a los jinetes yihadistas en la llanura conocida como Acroinon (Afyon)⁷⁴². No es tan célebre como otras, pero sin duda esta arriesgada y sangrienta jornada supuso el final de la milicia árabe como entidad capaz de amenazar nunca más la capital de Bizancio y poner en entredicho la existencia misma del Imperio⁷⁴³.

León III murió a los 60 años de edad, presentando un cuadro de ascitis⁷⁴⁴, el 18 de junio del 741. Al advenimiento de Constantino V Caballinos, la reacción coyuntural de los iconodulos podría explicar el intento de ocupación del trono protagonizado por el general Artabaso. Parece que éste contaba con el apoyo mayoritario del clero y de altos funcionarios en la capital, así que las objeciones en contra expresadas por autores como Speck⁷⁴⁵ o Brubaker y Haldon⁷⁴⁶ no permiten desechar ni mucho menos la sospecha. Máxime, cuando tanto Nicéforo⁷⁴⁷ como Teófanos⁷⁴⁸ subrayan

⁷⁴² *Crónica de Nicéforo*, Mango, p. 61 y *Cronografía de Teófanos*, De Boor, pp. 405-406 y 411.

⁷⁴³ Diehl, 1944, p. 252; Ostrogorsky, 1984, p. 167; Auzépy, 2007, p. 4.

⁷⁴⁴ *Crónica de Nicéforo*, Mango, p. 133 y *Cronografía de Teófanos*, De Boor, pp. 412-413. Acaso se trató de una insuficiencia cardíaca, resultado de una talasemia intermedia de larga evolución (al respecto, Aguado, 2013, pp. 32ss.

⁷⁴⁵ Speck, 1981, pp. 72ss.

⁷⁴⁶ Brubaker/Haldon, 2011, pp. 157ss.

⁷⁴⁷ *Crónica de Nicéforo*, Mango, p. 135.

⁷⁴⁸ *Cronografía de Teófanos*, De Boor, p. 415.

RESULTADOS

la “iconodulia” del líder rebelde, quien ordenó “reponer los sagrados iconos por toda la ciudad”, según el primero, o “rápidamente restauró las sagradas imágenes de los santos”, conforme al segundo. Ello contando con el respaldo del máximo prelado Anastasio I Ireneo, quien proclamaba ante el pueblo la “ortodoxia” del usurpador en tanto repudiaba al titular legítimo, tildándolo de “miserable” y “enemigo de Dios”. Incluso se llega a expresar una singular e inesperada confesión de “ateísmo” o al menos de no creer en la divinidad de Jesús, por parte de Constantino V, algo de cuya veracidad nunca podremos estar seguros pero que sugiere cierto “escepticismo” en el pensamiento del joven emperador. Podría haber sido una iconodulia oportunista la de Artabado⁷⁴⁹, pero el relato sugiere la alianza de un grupo militar con sectores hostiles a esa nueva línea religioso-política. El castigo aplicado a los alzados igualmente viene a indicar un choque entre poderosas instancias medulares de Bizancio. Se ciega, ejecuta o sufren la amputación de miembros un buen número de exministros, altos oficiales y algún obispo, en tanto señalados ciudadanos ven requisadas sus mansiones, que se entregan a “oficiales provinciales”⁷⁵⁰, pero al patriarca “traidor” se le aplica un tratamiento inédito. Padeció el escarnio de ser paseado por el hipódromo a lomos de un burro, recibiendo improperios, inmundicias y golpes, pero a renglón seguido fue repuesto en el majestuoso solio de la catedral⁷⁵¹. Cabe entender que se pretendió de este inusual modo no sólo denigrar y aterrorizar

⁷⁴⁹ Mango, 1977a, p. 3 y 1997, p. 576, n. 6; considera que no hay razón para dudar del vuelco oficial hacia la iconodulia de Artabado, por más que ello se debiera a convicción o una estrategia coyuntural. En contra se mostraba Speck, 1981, pp. 72-73. Para un análisis completo del asunto, vid. Gero, 1977, pp. 15-22.

⁷⁵⁰ *Cronografía de Teófanos*, De Boor, pp. 420.

⁷⁵¹ *Cronografía de Teófanos*, De Boor, pp. 420-421.

a la persona, también o más aún a la institución. Sea como fuere, lo cierto es que el fracaso de la intentona y, por encima de todo, el logro de un brillante conjunto de victorias sobre los árabes y búlgaros, permitiría al segundo de la dinastía siria promover y desarrollar una ambiciosa operación para convertir la iconoclastia en una realidad aún más definida y totalizadora. La opción político-religiosa se “institucionaliza”, cabría decir⁷⁵², en particular porque se convertirá entonces en la doctrina oficial teológica. Ello llevará algunos años, sin ceder nunca un ápice en el refuerzo del Estado y la justicia social, que compagina con una frenética actividad guerrera. Bien entendido que tales objetivos sólo se consiguieron manteniendo, sino endureciendo, la presión fiscal amén de dinamizando el mercado, en la dirección que ya había iniciado León III. Esta sería la razón por la que Nicéforo Patriarca⁷⁵³ le cataloga como “perceptor inexorable de los más pesados impuestos” y, junto a Teófanos⁷⁵⁴, le compara con el legendario rey Midas. Es en el bienio 743-744 cuando Constantino V lleva a cabo una de sus más longevas realizaciones, la modificación radical del despliegue militar bizantino. Hablamos de la creación de los llamados “Regimientos” o *Tágmata* (Τάγματα), un conjunto de unidades de élite basadas en la guarnición constantinopolitana, que servirán como fuerza de campaña profesional y acción rápida⁷⁵⁵. Estos nuevos “comitatenses” continuarán durante siglos en activo, sirviendo como núcleo de una eficiente máquina de guerra bizantina. Con ellos, en el 745 ataca por

⁷⁵² Para Brubaker/Haldon, 2011, pp. 156-247, el relativamente largo y en cualquier caso denso reinado de Constantino V supuso la “institucionalización” del iconoclasmo.

⁷⁵³ *Antirrheticí Nicephorí*, PG 100, 514, Mondzain-Baudinet p. 285.

⁷⁵⁴ *Cronografía de Teófanos*, De Boor, p. 443.

⁷⁵⁵ *Cronografía de Teófanos*, De Boor, p. 431. Al respecto, vid. Haldon, 1984, *passim*.

RESULTADOS

sorprende a los búlgaro-eslavos y al año siguiente se lanza contra Siria, donde toma Germanicea y Sozopetra. Seguramente se combina con una mejora en las condiciones de los soldados provinciales o temáticos, reforzando su disciplina y entrenamiento, estableciendo la prohibición de ocuparse en otras actividades distintas a la bélica⁷⁵⁶. También construyendo o reparando fortalezas, como las del frente europeo donde asentó guarniciones con “todo lo que les era necesario para vivir”, medida que el gobernante consideró uno de sus títulos de gloria⁷⁵⁷. Solo la llegada de la peste bubónica, entre 747-748, mantuvo relativamente inactivo al emperador. La enfermedad parece haber aniquilado a un tercio de la población en la capital⁷⁵⁸. Pero ello no desanima a Constantino, que hace trasladar habitantes desde el Egeo y reconstruir el sistema higiénico-hidráulico. En el 751 retoma sus raids contra los árabes, recuperando Teodosiopolis y Melitene y reubicando a la población cristiana local en comarcas más seguras de Tracia.

Cabe imaginar años similares, aunque faltan noticias, hasta el 754, cuando se decide a convocar un concilio, el que consolidaría la iconoclastia. La reunión de metropolitans y obispos que auspicia y acaso perfila intelectualmente el propio emperador, parece haber tenido una preparación larga y minuciosa. Se celebra en el Palacio de Hieréia (Fenerbaçe), en el lado opuesto del Bósforo frente a la capital, un entorno apacible que servía para solaz de la familia dinástica. A buen seguro, la mayoría de participantes ya

⁷⁵⁶ Diehl, 1944, p. 257, con las referencias, principalmente la llamada “Ley militar” (νόμος στρατιωτικός) que seguramente deriva de esta época.

⁷⁵⁷ *Antirrhetici Nicephori*, PG 100, 512B, Mondzain-Baudinet p. 285. Al respecto, remitimos a Lombard, 1902, p. 43 y Diehl, 1944, p. 256.

⁷⁵⁸ Sobre esta plaga, vid. Stathakopoulos, 2004, pp.384-385.

habían sido nombrados en el periodo sirio de gobierno, por lo que no cabía esperar colisiones serias. El ninguneado y ya anciano patriarca Anastasio I Ireneo fallece poco antes y de antemano se conoce el boicot de todos los patriarcas “externos” al Imperio, el papa de Roma y aquellos de Alejandría, Antioquía y Jerusalem⁷⁵⁹.

Pero aún así se continúa adelante, sin ninguna de las cabezas de la Iglesia, acaso confiando en el número y calidad de quienes sí habían aceptado contribuir. Al final están presentes 338 prelados, tal vez todos los del Imperio⁷⁶⁰, una cifra que deja muy pequeña aquella de apenas 157 que firman las actas del anterior Sexto Concilio Ecuménico⁷⁶¹. La aparición de nuevas sedes, prueba indirecta del resurgir urbano que había acaecido entre ambas fechas, y/o la mejoría del nivel de seguridad podrían explicar el hecho. Tras finalizar Hiereia, que “largo y laborioso”⁷⁶² dura sin interrupciones desde febrero hasta agosto, el hasta entonces obispo de Silaion en Panfilia es nombrado patriarca, siendo conocido como Constantino II Escotiopsis. A renglón seguido, el emperador da continuidad a las campañas punitivas contra los enemigos exteriores. En el 757 combate en Cilicia, en el 759 en los Balcanes y en el 760 dirige una operación anfibia en la desembocadura del Danubio. Allí actúa de idéntico modo en el 763, obteniendo un brillante triunfo en la llamada batalla de Anchialos. Ya es 764 cuando arrasa las comarcas búlgaras y elimina a sus principales caudillos. Todas son victorias inapelables. Entre tanto, a buen seguro también se persevera en las ciudades

⁷⁵⁹ Diehl, 1944, p. 271.

⁷⁶⁰ Mango, 1977a, p. 3.

⁷⁶¹ Remarcado por Whittow, 1996, p. 145.

⁷⁶² Diehl, 1944, p. 271.

medidas de carácter socio-económico que, de manera no baladí, afectaban a los intereses de grupos influyentes. Cabe imaginar que la oposición se hizo por ello aún más tenaz y peligrosa, al punto de hacer surgir una formidable conjura en la que apuntan haber participado, de nuevo, no pocas de las máximas autoridades civiles y religiosas. Representaría el segundo gran intento de derrocar a un emperador que se manejaba con desacomunado éxito en la guerra mientras sostenía una relativa estabilidad socio-económica. De alguna manera, poderosas fuerzas interiores no estaban en absoluto conformes con las medidas, al margen de sus frutos. Con todo, esta vez la respuesta del ya maduro Constantino V Caballinos y sus colaboradores resultó aún más resuelta y fulminante, hasta el punto de convulsionar el mundo interior bizantino entre 764 y 767. Desencadenarán, sin complejos, una campaña de desprestigio e incluso cruenta violencia contra cierta parte del *stablishmen*, el monacato y la jerarquía eclesiástica. A nuestro entender, la persecución fue acerada y general, tal y como señalaba taxativo Alexander⁷⁶³. La *Cronografía de Teófanos*⁷⁶⁴ representa para estos acontecimientos la fuente más directa y cercana, esencialmente digna de crédito, pese a las matizaciones edulcorantes y vaciadoras de contenido que algunos estudios pretenden aplicar⁷⁶⁵. El proceso judicial y la ejecución de Esteban Joven y otros conjurados, incluyendo al patriarca Constantino II Escotiopsis (30 de agosto del 766), posiblemente supuso el clímax de la represión y un *tournant du règne*⁷⁶⁶. Cabe imaginar que el origen de la

⁷⁶³ Alexander, 1958, p. 15.

⁷⁶⁴ *Cronografía de Teofanes*, De Boor, pp. 436-446.

⁷⁶⁵ Por ej. Brubaker/Haldon, 2001, pp. 197ss.

⁷⁶⁶ Auzépy, 1981, p. 36.

extrema inquina mostrada por los ortodoxos en siglos sucesivos contra Constantino V, denigrado como “el coprónimo” (ὁ κοπρώνυμος), tiene en estos duros años su razón esencial⁷⁶⁷. A partir de entonces explota, o se acentúa en extremo, la agresividad contra los opositores y sus símbolos, extendiéndose de nuevo a las reliquias. Todos ellos sufrirán ultrajes y penas poco usuales, reservadas hasta entonces sólo para los enemigos del Estado. Hacia finales de noviembre del 765, el “santo protomártir” del Monte San Auxencio fue arrastrado por las calles y muerto a golpes por soldados de élite pertenecientes a la Escolá⁷⁶⁸. El cronista asegura que de aquel modo se pretendía disuadir a cuantos súbditos se postraban ante los iconos y/o acariciaban la idea de profesar en el cenobio, que no parecen haber sido pocos, en lugar de aspirar a las dignidades y el “dinero imperial”. Igualmente argumenta su empeño en convencer a todos de que era mejor, más glorioso, devenir un auriga adornado con el laurel del triunfo antes que anacoreta, lo mismo que comer carne y escuchar la música de las cítaras en lugar de los sencillos vegetales y la oración silenciosa⁷⁶⁹. No es difícil ver en ello un intento de frenar la tendencia a huir hacia el retiro espiritual y eludir sus obligaciones como reclutas, funcionarios o simples elementos productivos de la sociedad. “Cruelles torturas” y otros dolorosos escarmientos se infringen a ciertos oficiales y tropa, acusados de “adorar los iconos”, lo que viene a traducir un denodado esfuerzo por purgar las fuerzas armadas de elementos iconófilos. Al resto se le impone un solemne juramento de jamás ponerse de

⁷⁶⁷ En torno a los abundantes y, en general, peyorativos sobrenombres aplicados a Constantino V, vid. Gero, 1977, pp. 169-175 (“The nicknames of Constantine V”). Remitimos también al epígrafe en Prosopografía.

⁷⁶⁸ *Cronografía de Teófanos*, De Boor, p. 437.

⁷⁶⁹ *Cronografía de Teófanos*, De Boor, pp. 442-443.

rodillas y rezar a una imagen⁷⁷⁰. Corriendo agosto del 766 un gran número de *abbas* son obligados a pasear por el hipódromo, cada uno del brazo de una doncella, mientras recibían improperios y chanzas del populacho⁷⁷¹. Apenas unos días después sufren el “triumfo de la burla” un grupo de dirigentes de muy alto nivel, entre los que se encuentran el eparca, el logoteta del dromo, los estrategas de Sicilia y de Tracia, el *comes* del Obsiquion y el doméstico de los excubitas. Se trata de responsables al mando de elementos críticos para la seguridad que, de forma comprensible, en su mayor parte terminan ejecutados. A finales del mismo mes hace detener y exiliar, más tarde humillar públicamente y ajusticiar, al patriarca Constantino II Escotiopsis⁷⁷². A renglón seguido, Teófanos recoge la destrucción de reliquias, como si fuera un plan consciente y metódico, negándoles la facultad de “sanar las almas y los cuerpos”⁷⁷³. Se expone como un corolario al rechazo de esa capacidad de intercesión de la Virgen y los santos ante Dios, “fuente de todo socorro”. Quienes no acataran tales preceptos, aquellos designados como los “piadosos” sufrirían confiscaciones, exilio y castigos corporales⁷⁷⁴. Del relato teofánico, cabe inferir que se trató de una genuina “causa general” contra la Iglesia, afectando a los “verdaderos” fieles, clérigos, monjes y obispos por igual. La persecución se cataloga como “mucho más furiosa” que cualquiera de las llevadas a efecto por los califas árabes en su territorio⁷⁷⁵. “Siempre había sido bestial en su comportamiento

⁷⁷⁰ Alexander , 1958, p. 13 y n. 2, donde recoge las fuentes que citan esta obligación de jurar.

⁷⁷¹ *Cronografía de Teófanos*, De Boor, pp. 437-438.

⁷⁷² *Cronografía de Teófanos*, De Boor, pp. 439 y 441-442.

⁷⁷³ *Cronografía de Teófanos*, De Boor, p. 439.

⁷⁷⁴ *Cronografía de Teófanos*, De Boor, pp. 439 y 442.

⁷⁷⁵ *Cronografía de Teófanos*, De Boor, p. 439.

y salvaje, pero a partir de este momento hizo prueba de una acrecentada demencia contra las santas iglesias”, es quizás el párrafo que sintetiza el pensamiento de Teófanos⁷⁷⁶. No hay duda de que se exagera lo que acaso ya era una tónica general del reinado y se recogerá después en el canon 40 secundo-niceno⁷⁷⁷, la conversión en “casas comunes” (κοινοῦντες) de “hogares piadosos” (εὐαγεῖς), monasterios y “complejos episcopales” (ἐπισκοπεῖα), término que hace referencia tanto al palacio como a los edificios adyacentes que de costumbre le solían rodear para usos diversos⁷⁷⁸. Tales directrices se implementaron también en las provincias, por medio de colaboradores tan enérgicos y convencidos como su líder. Se trató de generales capaces, tal que Miguel Melisenos (*Tema* de los Anatólicos), Miguel Lacanodracón (*Tema* de los Tracesianos) y Manes (*Tema* de los Bucelarios). Ellos también darían rienda suelta a “innumerables sacrilegios”, tantos que difícilmente podrían escribirse en libros por falta de espacio adecuado para ello, al decir del cronógrafo⁷⁷⁹. A buen seguro, fue durante estos mismos años cuando se verificaron algunas modificaciones ornamentales en ciertos edificios significativos. Hablamos en particular del salón sinodal (Σέκρετον) de Santa Sofía, un lugar emblemático donde sabemos que se substituyeron estampas sagradas figurativas por cruces⁷⁸⁰. Coincide con el inicio del patriarcado de Nicetas I (766-780), un antiguo supervisor de monasterios inequívocamente “colaboracionista” que a buen

⁷⁷⁶ *Cronografía de Teófanos*, De Boor, p. 442.

⁷⁷⁷ *Concilio de Nicea II*, Canon 13, *COD*, pp. 333-334.

⁷⁷⁸ Moulet, 2011, p. 156; con las referencias.

⁷⁷⁹ *Cronografía de Teófanos*, De Boor, pp. 440-441.

⁷⁸⁰ Brubaker/Haldon, 2011, p. 201, con las referencias.

RESULTADOS

seguro comisionó ambas reformas⁷⁸¹. Es evidente que estamos ante un trienio de cierta inseguridad⁷⁸², de lucha intestina que sacude los cimientos del Estado. Curiosamente, podría haber sido el prólogo de una década no sólo de coerción sostenida, también de fiebre constructora y, por ende, bonanza económica. Apunta tratarse del tropiezo que sacude un proyecto en marcha, ocasiona una feroz represión pero a la par libera nuevas fuerzas y procesos dinamizadores. Es por entonces cuando millares de artesanos, albañiles y carpinteros afluyen a la capital y vuelven a poner en marcha la red hidráulica, reconstruyendo no sólo el acueducto de Valente sino también las conducciones que ligaban con las lejanas fuentes en las montañas⁷⁸³. Coincidió con una prosperidad general y bajo precio del grano de harina⁷⁸⁴, tal vez porque se había conseguido poner en uso un buen número de nuevas hectáreas de cultivo, particularmente en Tracia, con reducciones del costo del transporte⁷⁸⁵. Suponía un notable progreso porque, desde la caída de Egipto en poder musulmán, las dificultades en este aspecto habían sido muy notables. Un ambiente de alegría y desenfado podría haberse instalado en la capital, casi un renovado espíritu “laico” a juzgar por los párrafos que se deslizan en las fuentes que seguimos. Teófanos describe a Constantino V disfrutando de la música profana, de la danza y “placeres obscenos”, mientras adoctrinaba a cuantos le rodeaban. Por el contrario, asegura, se mofaba de los que llamaba “inmemorables” (ἀμνημόνευτοι), en referencia a “quienes

⁷⁸¹ *Cronografía de Teófanos*, De Boor, p. 443.

⁷⁸² Brubaker/Haldon, 2011, p. 237.

⁷⁸³ *Cronografía de Teófanos*, De Boor, p. 440.

⁷⁸⁴ *Cronografía de Teófanos*, De Boor, p. 443 y *Crónica de Nicéforo*, Mango, p. 76.

⁷⁸⁵ Alexander, 1958, pp. 123-124 y ns. 3 y 4.

se encomendaban a la Teótocos, eran vistos en una vigilia, eran asiduos de la iglesia o vivían piadosamente”⁷⁸⁶. Es el momento del mayor y más directo ataque a los monasterios, algunos de los cuales son destruidos mientras otros resultan desacralizados y puestos en uso como cuarteles para los “soldados que pensaban como él”⁷⁸⁷. El cronista Nicéforo⁷⁸⁸ coincide en la apreciación, asegurando que el martirio de Esteban Joven no fue más que la cima personificada del ataque virulento que el emperador quiso lanzar contra el monasticismo, sin matices. Aquel díscolo asceta había sido el principal *spokesman* de la vida cenobítica y su renuencia a modificar las prédicas pudo sellar su suerte⁷⁸⁹. Al ser internado en el Pretorio de Constantinopla se encuentra allí con tres centenares de monjes procedentes de diversas regiones que, según se dice, habían sido torturados por no ceder a la prohibición absoluta de la dulzura⁷⁹⁰. Los “crímenes” del santón podrían haber sido tanto el desafío a la autoridad como el proselitismo hacia la profesión en el convento⁷⁹¹. Bien parece que, en efecto, las medidas de anticlericalismo institucional no fueron limitadas, afectaron tanto a la capital como las provincias. El estratega Lacanodracón posiblemente fue el más celoso ejecutor de las normativas imperiales. Bajo sus órdenes se hizo congregarse a un gran número de monjes y monjas en Éfeso, conminando a todos al matrimonio o sufrir el exilio hacia Chipre. Otros cenobios de su circunscripción fueron expropiados y vendidos, junto a los objetos de valor

⁷⁸⁶ *Cronografía de Teófanos*, De Boor, p. 442.

⁷⁸⁷ *Cronografía de Teófanos*, De Boor, p. 443.

⁷⁸⁸ *Crónica de Nicéforo*, Mango, p. 155.

⁷⁸⁹ Al respecto, vid. Gero, 1977, pp. 123-124.

⁷⁹⁰ Alexander, 1958, p. 56

⁷⁹¹ Brubaker/Haldon, 2011, p. 236.

que contenían. Los “libros monásticos y patrísticos”, así como las reliquias se arrojaban directamente al fuego. Los recalcitrantes recibían latigazos y terminaban expulsados de la provincia. “Al final, no deja en todo su *Tema* un hombre que vistiera el hábito monástico”, llega a decir Teófanos⁷⁹², añadiendo que el emperador le reconocía por ello como su más fiel servidor, quien en verdad y plenitud ejecutaba su voluntad.

Por más que para cierta rama de la historiografía al uso predomine una tendencia a minimizar y relativizar, lo cierto es que los datos que emanan de las fuentes no permiten sostener otra visión distinta a una campaña vigorosa y sostenida de represión, en particular antimonástica. Incluso cabe sugerir la eclosión de una profunda malquerencia, con choques verbales y a veces violentos, entre las dos facciones implicadas. Es muy posible que las reyertas no fueran episodios esporádicos sino algo relativamente corriente. La huida a territorios fuera del alcance de las huestes imperiales tampoco resultó algo excepcional. Incluso entre aquellos que habían sido capturados y penaban en prisiones árabes, tenemos testimonios referentes a la hostilidad intestina reinante entre bizantinos, iconoclastas contra iconodulos⁷⁹³.

Sea como fuere, cabe estar convencidos de que la línea dura de Constantino V se mantuvo hasta el final de su reinado. También está fuera de duda que, en general, su acción de gobierno resultó eficaz, al punto que cuando fallece inesperadamente⁷⁹⁴ el 14 de septiembre del 775, a los 55

⁷⁹² *Cronografía de Teófanos*, De Boor, p. 446.

⁷⁹³ Así se relata en la *Vida de San Román Neomártir*, Peeters, pp. 393-427. Al respecto, vid. Alexander, 1958, p. 17.

⁷⁹⁴ Posiblemente se trató de una erisipela complicada en fascitis necrotizante sobre úlceras talasémicas de larga evolución (al respecto vid. Aguado, 2013, *passim*).

años de edad, Bizancio puede disfrutar de una economía saneada con un ejército fuerte y temido. La situación de la Iglesia, entendida como una institución, ya es menos probable que estuviera a la altura del resto. La facción iconodula en absoluto se hallaba quebrada, de hecho podría ser aún la mayoritaria, y los acontecimientos que se sucederán así lo confirman. Ello implica un descontento subterráneo de la jerarquía eclesiástica y, en definitiva, también entre los estratos sociales de donde procedía y aquellos otros sobre los que tenía un mayor ascendiente.

León IV Kázaro, en principio, mantiene la política de su padre, bien que algunos signos señalen ciertos matices de moderación. Tal vez aminora la represión contra los monjes⁷⁹⁵, permitiendo el retorno de exiliados y nombrando entre ellos algunos obispos, pero no parece haber dudado en imponer la iconoclastia sin contemplaciones cuando ello fue necesario. El nombramiento de Pablo IV Chipriota como patriarca, un iconoclasta por más que tibio o incluso “oportunista”, supone también una buena referencia de sus íntimas convicciones. Seguramente hereda los engranajes bien engrasados y ello le permite continuar con éxito la lucha contra los inagotables y poderosos abásidas y mantener intacto el prestigio de Bizancio. Los generales de Constantino V todavía están en activo, en particular el implacable Miguel Lacanodracon que ejecuta oportunos y dolorosos raids en territorio enemigo a lo largo del 778. Pero el tercero de los “sirios” es un hombre muy enfermo, tal vez afectado de una *talasemia maior*⁷⁹⁶, que no tiene tiempo para mucho más que procurar consolidar una regencia y

⁷⁹⁵ Alexander, 1958, p. 17; Ostrogorsky, 1984, p. 184.

⁷⁹⁶ Aguado, 2013, pp. 33ss

asegurar la supervivencia de su hijo⁷⁹⁷. León IV Kázaro muere, es posible que a resultas de una erisipela⁷⁹⁸ complicada en región cefálica, el 8 de septiembre del 780.

Entonces ocurre lo que Teófanos⁷⁹⁹ llama un “milagro inesperado”, literaria forma de enunciar un vuelco que está lejos de haber estado determinado por factores estructurales⁸⁰⁰. La viuda que asume las riendas efectivas del poder, Irene Ateniense, resulta ser una fanática partidaria de la iconodulia. De cierto, pondrá todo su empeño, que no fue poco, en dar un giro radical a las cosas, apoyándose en la burocracia civil y los clérigos. Su influencia y dominio sobre el nominal augusto, Constantino VI con apenas 10 años de edad, apunta haber sido total, sin oposición o contrapeso de cualquier otro miembro del consejo de regencia⁸⁰¹.

El vuelco en la política debió ser manifiesto desde un principio, por más que se extremara cierto disimulo en las cuestiones más delicadas. Lo prioritario, como resulta preceptivo, fue renovar la cúpula de los ministerios clave y de la guardia imperial amén del ejército con la marina⁸⁰². Apenas a las seis semanas se ejecuta una sustancial purga en los primeros elementos citados, con la excusa de un complot, sustituyendo al logoteta del dromo y

⁷⁹⁷ Mango, 1977a, p. 4.

⁷⁹⁸ Aguado, 2013, pp. 35.

⁷⁹⁹ *Cronografía de Teófanos*, De Boor, p. 454.

⁸⁰⁰ Alexander, 1958, p. 21.

⁸⁰¹ Sobre las causas y acontecimientos durante el complejo reinado de Irene Ateniense y su hijo Constantino VI, vid. Bury, 1889, II, pp. 494-498; Diehl, 1944, pp. 278-289; Speck, 1978, *passim*; Treadgold, 1982, pp. 237-251 y Treadgold, 1988, pp. 60-126.

⁸⁰² Al respecto, Treadgold, 1988, pp. 65-70.

al jefe de los espatarios que también era doméstico de los excubitores⁸⁰³. Lo relativo a los segundos componentes, tarea más difícil, se llevó a cabo con sumo tacto, como exigía la coyuntura. Al comienzo simularía que se trataba de otorgar mandos “provisionales” por causa de operaciones concretas, donde ella misma participaba. Estos nuevos estrategias resultaban ser eunucos de palacio, con poca o nula experiencia salvo la de haber servido como capitanes guardias en palacio, y ello no siempre. Entre tanto retiraba a los viejos generales, de modo que en apenas cuatro años un buen número de jefes efectivos ya eran lo que podríamos llamar “medio hombres de la emperatriz”. Destacarían Teodoro Patricio y Estauracio, acaso guardaespaldas regios, y Juan Sacelario, un funcionario civil, todos ellos emasculados. Ciertamente, en pocos años las escaramuzas con árabes y búlgaros fueron cada vez peor, con una desorganización y deslealtad crecientes en la fuerza armada y pérdida de confianza entre los propios brigadieres y también de subordinados frente a superiores. Llegado 783, el ejército estaba en esencia neutralizado. También parece que el antimonasticismo precedente, aquél que disuadía a muchos de tomar los hábitos “tenebrosos”, se diluye con suma celeridad. Sabemos que ya fue hacia el final del primer año de reinado de Irene que la familia al completo de Teodoro Estudita decidió recluirse en monasterios⁸⁰⁴. No serían los únicos, posiblemente un significativo número de hombres y mujeres prominentes tomaron el mismo camino, entre ellos Teófanos Confesor⁸⁰⁵. El conjunto de profesantes en cenobios acaso alcanzó,

⁸⁰³ Bury, 1889, II, p. 481.

⁸⁰⁴ Treadgold, 1988, p. 63; Speck, 1978, pp. 113-114 y Cholij, 2002, pp. 26-28.

⁸⁰⁵ Teófanos Confesor parece que ejerce en Bitinia como “padrino” (ἀνάδοχος) del nuevo monje Teodoro Estudita (Cholij, 2002, p. 27).

en poco tiempo, de nuevo un número muy respetable dentro de la sociedad bizantina. Ellos conformarían la “masa de maniobra” más incondicional y sólida a disposición incondicional de la ateniense.

En cualquier caso, creadas las condiciones y corriendo el 784, es cuando la augusta se decide a actuar abiertamente. Consigue hacer dimitir al patriarca Pablo IV Chipriota, pese a su “arrepentimiento” de última hora⁸⁰⁶, y propone un método de elección sólo antes utilizado en la designación de Germán I, el último titular iconodulo. Se trató de una “asamblea popular”, reunida en la Magnaura, la sala principal de ceremonias en el Gran Palacio. Allí, la masa, suponemos que seleccionada, elegirá sin titubeos a Tarasio, hasta entonces el secretario de la emperatriz, es decir un laico, cuya familia estaba entre las de mayor alcurnia en la capital. Consagrado el 25 de diciembre, sin dilación se pone en marcha un nuevo concilio, esta vez restableciendo el contacto con Roma, sede que aplaudió la acción y que enviaría legados, al igual que los homólogos de Oriente⁸⁰⁷. En ello, a buen seguro, tuvo su parte la promesa de restituir el patrimonio que León III había requisado al papa. Se convocó a los invitados para el 31 de julio del mismo 786, apenas 18 meses después de la excepcional entronización.

No obstante, los acontecimientos no siguieron el curso esperado, acaso Irene Ateniense fue “demasiado rápido”⁸⁰⁸. En particular por la oposición de la oficialidad subalterna y soldados de los regimientos tagmáticos, que a la postre eran una criatura de Constantino V. Estos aguerridos *escolares*

⁸⁰⁶ Un relato pormenorizado se ofrece en Treadgold, 1988, pp. 75-76.

⁸⁰⁷ Mango, 1977, p. 4.

⁸⁰⁸ Diehl, 1944, p. 280.

(σχολάριοι) y excubidores (ἐξκουβίτορες), a los que se unirían civiles y un núcleo de obispos, impusieron el cierre y obligaron a la dispersión de los asistentes⁸⁰⁹. El hecho tiene, a nuestro juicio, un gran significado. Nunca antes ni después ocurrió en Bizancio algo parecido. Las tropas amenazan a los prelados con sus armas y bloquean una decisión imperial, sin pretender derribar al titular, en tanto desprecian el juicio y la consulta a quienes eran “pastores” de la Fe por excelencia. Con todo, el revés no quiebra la voluntad de Irene. Se las ingenia para alejar de la ciudad a los batallones más ideologizados⁸¹⁰ en tanto crea un nuevo contingente “pretoriano”, el llamado “Vigla” (βίγλα), que le es absolutamente fiel⁸¹¹. Sin pausa convoca las sesiones en Nicea, a unos 300 kilómetros de distancia, entorno que tiene connotaciones históricas y ventajas muy notables. Fue la sede del primero convocado por Constantino I el Grande, donde se había definido el Credo, y a la par estaba alejado de los cuarteles donde residían los “iconoclastas” de la agrupación *Tágmata*. Por fin, entre el 24 de septiembre y el 13 de octubre del 787 se llevan a cabo las sesiones, sin contratiempos, casi con celeridad⁸¹². Entre otras, sobresale la innovación de acoger un número muy holgado de monjes, 132 frente a 365 del clero ordinario⁸¹³. Liderados por Sabas Estudita y Platón Sacudita, son precisamente estos abades los que se muestran más radicales en la iconodulia⁸¹⁴. Es razonable asumir, como sugiere Van den

⁸⁰⁹ *Cronografía de Teófanos*, De Boor, p. 461. Comentarios al respecto en Alexander, 1958, pp. 18ss y Treadgold, 1988, pp. 80-82.

⁸¹⁰ *Cronografía de Teófanos*, De Boor, p. 462.

⁸¹¹ Al respecto, Haldon, 1984, pp. 236ss.

⁸¹² Para un relato “político” del concilio, vid. Treadgold, 1988, pp. 82-89.

⁸¹³ Sobre los participantes, vid. Darrouzès, 1975, pp. 5-76 y Auzépy, 1988, pp. 8ss.

⁸¹⁴ Auzépy, 1988, *passim* y Moulet, 2011, p. 186.

Ven⁸¹⁵, que su presencia allí no sea más que una especie de reconocimiento a la labor opositora vehemente que habían ejercido contra la iconoclastia. Al sentir de Auzépy⁸¹⁶, el objetivo sería integrar el “tagma” (τάγμα) monástico en el organigrama eclesiástico, bajo la autoridad del propio patriarca Tarasio, que así unificaba fuerzas para enfrentarse a los iconoclastas, en particular los laicos. A nuestro juicio, ambas razones esgrimidas son compatibles. En cualquier caso, parece que muy pronto fue posible percibir las señales de que una “reunificación de la Iglesia”, bajo las tesis iconodulas, se estaba fraguando. Apenas en la quinta sesión, Sabas Estudita demanda que los iconos fueran restablecidos *ipso facto* en los templos y las procesiones, en tanto que los legados papales proponían que un icono fuera instalado en ese momento presidiendo la sala conciliar⁸¹⁷. No parece haber estallado colisión alguna. Lo cierto es que la mayor parte de los obispos que cohabitaron bajo la dinastía siria, se retractan en bloque, piden perdón y son readmitidos en el seno de la redefinida ortodoxia. Bien entendido que no sin el rechazo enérgico de los zelotas monacales, exigiendo una purga más radical⁸¹⁸. Al final, el partido iconodulo mantiene una unión laxa, en buena medida por la intransigencia de los sacuditas y estuditas, quienes no parecen ser conscientes de lo inestable aún del triunfo de la iconodulia. Tras la séptima jornada, la emperatriz ordena un traslado ágil de los participantes a Constantinopla y el 23 de octubre en una solemne sesión extraordinaria, al abrigo de la Magnaura, se confirma el *horos* delante del pueblo y del ejército sin que los

⁸¹⁵ Van den Ven, 1955-1957, p. 331.

⁸¹⁶ Auzépy, 1988, pp. 20-21.

⁸¹⁷ Auzépy, 1988, p. 12.

⁸¹⁸ Auzépy, 1988, pp. 17-18 y Auzépy, 2007, p. 31.

higumenos fueran invitados⁸¹⁹. Cabe pensar que los soldados y monjes aún eran enemigos acérrimos y mezclar ambos “tagmas” se debió considerar arriesgado. En el aspecto dogmático, las resoluciones fueron inequívocas: se condena la iconoclastia como herejía, se ordena la destrucción de los escritos contrarios y se reinstaura el culto a las imágenes⁸²⁰. Se desprende que el llamado Concilio de Nicea II buscó, sobre todo, dejar de nuevo bien claro que sólo la jerarquía eclesiástica podía y debía ser la responsable de establecer y enunciar las cuestiones dogmáticas, y que sus decisiones estarían por encima de la opinión o deseos de cualquier otra autoridad, incluido el emperador⁸²¹. La “libertad de la Iglesia” aparece como el asunto principal a salvaguardar, por más que ello repercuta en actividades de la existencia ordinaria o, llegado el caso, del orden social, político y aún militar. Supone, entendemos, la antítesis del pensamiento sostenido por líderes como León III y Constantino V, sin menoscabo de otros anteriores, quienes defendían que el soberano, por mor de cuidar a sus súbditos y el Imperio, debía corregir lo que fuera necesario, incluso aquellas normas y costumbres de orden moral que incidían en lo “público”. Los integrantes principales de la dinastía siria plantearon, cabe pensar, que un exceso de piedad estaba conduciendo al desastre. Se verían por ende obligados a proceder simultáneamente como reyes y sacerdotes, sobre todo debido a la firme oposición encontrada entre los clérigos. La respuesta se pondría por escrito en el *horos* de Nicea II y tuvo su efecto en el modo de gobernar de Irene Ateniese, siempre atenta a las necesidades del partido iconodulo.

⁸¹⁹ Auzépy, 1988, p. 20.

⁸²⁰ Auzépy, 1997, *passim*.

⁸²¹ Haldon/Brubaker, 2011, p. 368.

Todo apunta a que la mayoría de edad de Constantino VI vino a desencadenar una momentánea ruptura entre regente y emperador nominal⁸²². El príncipe recibió el apoyo de las divisiones asiáticas y pudo tomar las riendas del poder, animado por los mariscales iconoclastas aún vivos, alejando del palacio a Irene y sus eunucos en octubre del 790. No obstante, demostró una inestabilidad y flaqueza enervantes, tal vez incluso una tendencia patológica hacia la depresión⁸²³. Posiblemente los valores y ejemplos recibidos no fueron los ideales y en cualquier caso su madre había fraguado en él una dependencia psicológica frustrante de la personalidad⁸²⁴. Tampoco demostró ser un buen comandante, rompiendo así una herencia familiar de tres generaciones⁸²⁵. En el 792 la llamó de nuevo, dejó al intrigante Estauracio controlando los resortes del poder y se volvió a la fórmula precedente. Ello generó el repudio de los mismos que le habían ayudado, gestándose una conspiración a favor de Nicéforo, uno de los hermanastros de León IV. La respuesta, casi seguro articulada por Irene, fue inmediata y brutal. Todos los tíos del príncipe sufrieron amputaciones traumáticas, ojos o lengua, así como el comandante y hasta los soldados del *Tema* de los Armeniacos, quienes más leales habían sido a la persona del nieto de Constantino V Caballinos. La purga de militares, entre ellos los más competentes, se extendió a la mayor parte de las regiones y unidades⁸²⁶. A partir de entonces, el agosto

⁸²² Diehl, 1944, p. 282 y Treadgold, 1988, pp. 93ss.

⁸²³ Treadgold, 1988, p. 108.

⁸²⁴ Diehl, 1944, p. 283.

⁸²⁵ Sobre los reveses militares sufridos por Constantino VI, vid. Treadgold, 1988, pp. 98-103.

⁸²⁶ Las noticias de ejecuciones y exilios, derrotas y muertes en el campo de batalla por falta de cohesión entre los mandos se repiten en el curso de esos años, conforme al testimonio de las fuentes. Vid en particular *Cronografía de Teófanos*, De Boor, pp. 464-471.

estuvo a merced de su madre. El capricho de divorciarse y volverse a casar, provocó el escándalo de los zelotas, con Platón Sacudita y Teodoro Estudita de nuevo a la cabeza. Por más que Metodio y los moderados iconófilos procuraron no exacerbar aquella estéril “querrela adulterina”, la agitación de los rigurosos monjes no cedió un ápice. Constantino VI ya no contaba con el apoyo de los iconoclastas, pero tampoco de los iconófilos, por ende Irene se decidió a apartarlo definitivamente del poder. Tenía 27 años y el 15 de agosto del 797 se le opacificaron las córneas aplicando calor en la misma sala púrpura donde había nacido⁸²⁷, por orden de su progenitora, quien nunca parece haber sentido por ello remordimiento alguno. Tampoco el resto de líderes “piadosos”, que apenas vieron en tan ominoso acto sólo la mano divina castigando al hereje. Como advertía con solemnidad Teodoro Estudita⁸²⁸, “así los emperadores mismos aprenderán a no violar las leyes de Dios y a no desencadenar nunca persecuciones impías”. A partir de entonces, Irene gobernó en su propio nombre, algo inconcebible hasta entonces, pues suponía una mujer por vez primera ocupando en solitario el trono de Bizancio. Rodeada de aquellos ministros y “generales” eunucos que debían toda su carrera al favor de la augusta, sus métodos y resultados no fueron, al decir de la mayor parte de los historiadores, afortunados⁸²⁹. Como el concilio que se empeñó en celebrar, casi todas sus medidas fueron antagónicas a las de Constantino V Caballinos. Al decir de Herrin⁸³⁰, las requisas de éste último fueron resarcidas entonces. Sabemos que entre sus primeras medidas

⁸²⁷ *Cronografía de Teófanos*, De Boor, p. 472.

⁸²⁸ *Cartas de Teodoro Estudita*, PG 99, 1658. Subrayado por Diehl, 1944, p. 285.

⁸²⁹ Ostrogorsky, 1984, p. 189.

⁸³⁰ Cormack, 1977, pp. 38ss y Herrin, 1987, p. 429.

estuvo el patrocinio, con dinero público, de una importante campaña para restaurar de templos y cenobios⁸³¹ en Constantinopla y la región central. Es muy probable que fuera allí donde tradicionalmente se concentraban los de extracción “aristocrática”. Parece que, durante el “primer iconoclasmo”, los asciterios de Bitinia habían sido el lugar de aprendizaje para jóvenes “bien nacidos” de la capital. Las redes parenterales y económicas que entrelazaban a los abadías bitinias y las familias acomodadas cortesanas resultan más que evidentes. En palabras de Auzépy⁸³², “se trata del mismo medio, agitado por los mismos problemas políticos”. En esos años es cuando Teófanos Confesor⁸³³ asegura que “los hombres piadosos vuelven a poder hablar con libertad, la palabra de Dios se expandía sin obstáculos, aquellos que buscaban la salvación eterna pudieron sin dificultad retirarse del mundo, la gloria de Dios fue de nuevo celebrada y los monasterios florecieron y el bien reapareció por todos los lugares”. En efecto, es entonces cuando el mismo cronógrafo y su esposa se retiran a una fundación levantada sobre una enorme finca de su propiedad en Sigriani y cuando toda la estirpe de Teodoro Estudita, el padre y la madre, sus hermanos y tíos, igualmente se trasladan a la “Santa Montaña” y levantan sendos establecimientos en haciendas propias. Son arcontes con mansiones en la urbe y latifundios en áreas rurales, en suma, hacendados a la vieja usanza. Irene, que procedía de un clan similar residente en Atenas⁸³⁴, se apoyó en ellos, fue su mentora y enérgica patrona, tanto como abanderada de la iconodulia. Cabe adelantar

⁸³¹ *Cronografía de Teófanos*, De Boor, p. 454ss. Al respecto, Diehl, 1944, p. 280.

⁸³² Auzépy, 1988, p. 10.

⁸³³ *Cronografía de Teófanos*, De Boor, p. 455.

⁸³⁴ Vid. epígrafe en Prosopografía.

que la supeditación de toda la política gubernativa a tales intereses no fue, en grado alguno algo beneficioso para el Estado y tal vez tampoco para la sociedad bizantina en general.

Bien parece que la emperatriz buscó en contrapartida un fácil populismo⁸³⁵, acaso para ampliar la base de su apoyo y sin perjuicio de arriesgar el equilibrio del Tesoro. Al parecer, redujo las cargas fiscales en general, lo que conduciría a graves problemas de financiación del Estado. Semejante liberalidad benefició sobre todo a los grandes monasterios y tierras de la Iglesia, que volvieron a estar libres de cargas, y también a los privilegiados de la corte, cancelando el impuesto municipal y las aduanas portuarias. Teodoro Estudita⁸³⁶ se regocija por ello, pero tal vez no podían ser medidas menos oportunas. Se acompañaba de una merma importante en la calidad del servicio de recaudación, lo que a la postre se tradujo en corrupción y fraude galopantes, en particular de los ricos potentados⁸³⁷. Lo cierto es que la muerte o retiro de mandos militares capaces, la disminución y desmoralización continua de los efectivos y el caos en las finanzas, permiten explicar la sucesión de desastres en las fronteras, la firma de tratados de paz humillantes, el pago de pesados tributos para mantener treguas fugaces y la inseguridad con pérdidas territoriales tanto en Europa como Anatolia. En

⁸³⁵ Niavis, 1987, p. 92.

⁸³⁶ Cholij, 2002, p. 43 con las referencias.

⁸³⁷ Treadgold, 1988, pp. 125-126. Este autor, empero, considera el régimen de Irene Ateniense como un momento de “expansión económica”, sobre la base de que redujo las cargas fiscales, gastó de manera importante y aún así pudo dejar cierto remanente en líquido a su sucesor. Parece no tener en cuenta las reservas que Constantino V y León IV habían dejado, con toda seguridad, en el Tesoro. Tampoco cabe admitir que Nicéforo I Megaloteta encontrara monetario en el momento de acceder al trono; por el contrario todo apunta a una enorme penuria que obligó al nuevo emperador a cambiar bruscamente la política fiscal para intentar recaudar más y reducir gastos.

octubre del 802 la situación a buen seguro era ya insostenible y un golpe blando encabezado por el ministro de economía termina con el reinado de Irene Ateniese⁸³⁸. Era, a la sazón, quien mejor conocía la tesorería y dominaba las complejas oficinas del Gran Palacio. No hubo derramamiento de sangre ni resistencia alguna, se dio “una transferencia de poder relativamente en armonía” al decir de Treadgold⁸³⁹.

Nicéforo I Megaloteta fue, a nuestro sentir, la alternativa elegida por el partido iconófilo moderado, que entendemos se conformaba en esencia por funcionarios del servicio civil, aristócratas urbanos y jerarquía eclesiástica. Se trataba de frenar la debacle, pero sin perturbar el orden teológico-político en lo nuclear. En este sentido es cardinal recordar, como subraya Niavis⁸⁴⁰, que el nuevo gobernante mantuvo en vigor el Concilio de Nicea II. De hecho, ni siquiera cambió inicialmente a los mandos de la guardia y el ejército precedentes, lo cual sugiere una estricta continuidad de la élite dirigente⁸⁴¹. El patriarca Tarasio le coronó de buen grado, para convertirse desde el primer momento también en un leal colaborador. Sería de hecho, durante el resto de vida, uno de sus principales consejeros⁸⁴². Pese a reticencias iniciales, incluso los zelotas monacales también parecen haber aceptado pronto su liderazgo. Podemos advertir cómo Teodoro Estudita, en los escritos coetáneos, “se olvida” de Irene y asume abiertamente que

⁸³⁸ Sobre la incruenta deposición de Irene Ateniese continúa siendo muy útil el relato pormenorizado de Bury, 1965, pp. 1-7.

⁸³⁹ Treadgold, 1988, pp. 126.

⁸⁴⁰ Niavis, 1987, p. 115.

⁸⁴¹ Sobre los cambios, no significativos, en los miembros del gobierno al ascenso de Nicéforo I Megaloteta, vid Niavis, 1987, pp. 53ss.

⁸⁴² Treadgold, 1988, p. 140.

el nuevo gobernante prometía ser más eficiente sin perder demasiado en “ortodoxia”⁸⁴³. Al mismo tiempo, el hagiógrafo Teostericos⁸⁴⁴ le designa con satisfacción como un “verdadero piadoso” (εὐσεβέστατος) y “amigo de los monjes” (φιλομόναχος).

Las primeras medidas del Megaloteta buscan equilibrar las cuentas, en principio lesionando en la menor medida posible los intereses de quienes le auparon y sostenían en el trono. Así, en la primavera del 803 decide no pagar el tributo, exorbitante y humillante⁸⁴⁵, que se había prometido a los árabes en esa fecha. A la vez, reintroduce las tasas urbanas y aduaneras antes eliminadas por la ateniense⁸⁴⁶. Como tercer elemento de reforma urgente crea un tribunal especial que entiende de la venalidad y el abuso de ricos contra pobres⁸⁴⁷. No obstante se muestra como un ferviente iconodulo, haciendo ostentación de íntima amistad con señalados ascetas y abades y, sobre todo, manteniendo los privilegios de la Iglesia así como el programa de restauración de templos iniciado por Irene⁸⁴⁸. Desde luego, tales medidas parciales sólo podrían servir si se estaba dispuesto a combatir en la guerra que, inevitablemente, iba a estallar. De hecho, la agresión del califato abasí se reinicia ese mismo verano y para mayor dificultad con las tropas anatólicas en rebeldía, tal vez porque sus condiciones de vida no eran las deseables y habían visto cancelado la exención del impuesto

⁸⁴³ Comentarios y referencia a las fuentes en Cholij, 2002, p. 46.

⁸⁴⁴ *Vida de San Nicetas de Medikion*, BHG 1341, 31. Comentarios en Alexander, 1958, pp. 72-73 y Auzépy, 1990, pp. 197-198.

⁸⁴⁵ Treadgold, 1988, p. 130.

⁸⁴⁶ Diehl, 1944, p. 291

⁸⁴⁷ *Cronografía de Teófanos*, De Boor, pp. 478-479.

⁸⁴⁸ Al respecto, vid. Alexander, 1958, pp. 71ss y Treadgold, 1988, pp. 131ss.

sobre la herencia. A buen seguro por falta de claro liderazgo, la asonada se diluye, mientras los árabes atacan Capadocia, dirigidos por el brillante Hârûn al-Rachîd. Los bizantinos, incapaces de plantar batalla, recurrieron a la diplomacia y apenas consiguen superar la situación prometiendo volver a tributar, aunque una cantidad algo inferior⁸⁴⁹. El trato, que evidentemente sólo buscaba ganar algo de tiempo, no fue respetado y en agosto del 804 las huestes musulmanas volvieron. Esta vez Nicéforo I Megaloteta se enfrentó en campo abierto, cosechando la primera derrota, con miles de muertos y otros tantos capturados. El revés no tuvo consecuencias más graves porque el califa hubo de hacer frente a otras dificultades muy graves en el norte de Irán, que le mantendrían ocupado durante meses. Construyendo alguna fortificación, estimulando la rebelión de cristianos en Creta y lanzando algún pequeño raid, el emperador bizantino pudo dar por mejor cerrada la frontera oriental⁸⁵⁰. Esa misma relativa seguridad le permitiría lanzar una modesta operación para dominar a las tribus eslavas que ocupaban el Peloponeso y Tracia. Podría buscar la ampliación del territorio fiscal y por ende aumentar las entradas a las vacías arcas estatales. Parecen haber sido años de un equilibrio difícil que Nicéforo afronta con inteligencia, aunque muy menguado por su falta de talento militar y por las limitaciones que le imponían sus propios partidarios.

En febrero del 806, el patriarca Tarasio fallece. La decisión de nombrar al siguiente se la arrogó el propio emperador, bien que con la aquiescencia de los clérigos, incluido el que restaba como “líder espiritual” del partido

⁸⁴⁹ Treadgold, 1988, p. 133.

⁸⁵⁰ Treadgold, 1988, p. 139.

iconodulo, en su versión “extremista”, Teodoro Estudita⁸⁵¹. Ciertamente, la “libertad de la Iglesia” parece haber sido más importante cuando los gobernantes no se acomodaban a los deseos o normas clericales. De nuevo se elige *per saltum* a un laico, burócrata de larga carrera y muy culto, de intachable raigambre iconodula. Será el patriarca Nicéforo I, cuyo padre había sufrido confiscaciones y exilio bajo Constantino V Caballinos⁸⁵². La facción zelota estuvo renuente, porque al parecer no se respetó su única condición expresada, que el nuevo prelado perteneciera al menos a la carrera eclesial. El poderoso dúo conformado por los familiares Platón Sacudita y Teodoro Estudita se plantearon llevar a efecto un cisma⁸⁵³. La solución fue implementar una carrera meteórica del elegido. El domingo de Ramos se le tonsuró como monje, el martes de Pascua fue nombrado diácono y el viernes sacerdote, para el sábado recibir la corona de patriarca en Santa Sofía, rodeado de obispos, cortesanos y el pueblo. Los rígidos abades zelotas se avinieron a aceptar la situación⁸⁵⁴, bien que sin perder su ascendiente y reservándose algunos altos puestos en el engranaje eclesial. José, el hermano de Teodoro Estudita, recibió entonces el arzobispado de Tesalónica y otro miembro del grupo estudita se aupó a la cabeza del importante monasterio de Dalmacio en las afueras de la capital⁸⁵⁵, uno de los que Constantino V había requisado antaño para servir como caserna y que evidentemente había sido devuelto al orden monástico.

⁸⁵¹ Al respecto, Cholij, 2002, pp. 46ss.

⁸⁵² Alexander, 1958, pp. 54-55.

⁸⁵³ *Cronografía de Teófanos*, De Boor, pp. 481.

⁸⁵⁴ Treadgold, 1988, p. 143.

⁸⁵⁵ Cholij, 2002, p. 48, con las referencias.

RESULTADOS

Al llegar el 807, el emperador se decide a llevar a cabo una más profunda reforma fiscal. Es muy posible que sus necesidades de liquidez fueran acuciantes, dados los fracasos militares y gastos añadidos. El ejército hubo de reponer y aún ampliar efectivos, lo que generaba mayor demanda de efectivo en metálico. Sin duda es por ello, bajo extrema necesidad, que se restablecen las tasas sobre el crecimiento de las fortunas y sucesiones, sobre la venta de esclavos y el mercadeo, en tanto se refuerzan las inspecciones y se confecciona un nuevo censo⁸⁵⁶. Aún más importante, a lo que nos interesa en este trabajo, es que también se vuelve a aplicar la capitación sobre las granjas y tierras, que siendo propiedad privada, participaban teóricamente al sostenimiento de iglesias, monasterios y centros de beneficencia, incluyendo xenones y orfanatos⁸⁵⁷. No es descabellado pensar que en realidad la mayoría o una gran parte de esas haciendas no contribuían de manera decisiva a cubrir los gastos de aquellos piadosos establecimientos. Sabemos que, de hecho, las instituciones tenían una financiación compleja, en parte por las aportaciones estatales o benefactores amén de sus propios medios de obtener recursos, incluidos núcleos agrícolas de titularidad propia. Cabe la sospecha de que no fuera más que una argucia para el fraude y el blindaje de fortunas familiares. Posiblemente la exención había sido una medida de favor otorgada por Irene al alto clero y los miembros más destacados del partido iconodulo. La tasa se exige con carácter retroactivo, señal de un acuciante apremio, desde el primer año de reinado del megaloteta aunque se perdonan los de la ateniense.

⁸⁵⁶ Diehl, 1944, p. 291; Treadgold, 1988, pp. 164-165 y 167.

⁸⁵⁷ Treadgold, 1988, p. 151.

Esta “vejación” hizo mella entre obispos y abades, quienes se lamentaron con acritud, doliéndose de que tuvieran que poner en venta oro y plata litúrgica para hacer frente a la injusta obligación⁸⁵⁸. Al final, hasta sus originales partidarios le achacarían actuar “más para lucirse que de acuerdo con Dios”⁸⁵⁹. La continuidad de semejante ley, sin duda más suave que bajo Constantino V pero aún así incómoda⁸⁶⁰, parece haberle granjeado una animadversión general de quienes le habían seguido desde el comienzo⁸⁶¹. Y no sólo entre ellos, durante esos años de una u otra manera había lesionado los intereses o sensibilidades de muchos grupos, desde mercaderes y campesinos hasta potentados urbanos o rurales⁸⁶². Teófanos⁸⁶³ asegura que se empeñó en ser “cruel” tanto con ricos, como clase media y pobres. No resulta extraño que, aprovechando el asunto de la “querrela adúltera”, los estuditas se mostraran extraordinariamente enojados e irreductibles, hasta llegar a desobedecer las instrucciones conciliadoras del patriarca y recurrir al arbitrio del papa romano⁸⁶⁴. Nicéforo I Megaloteta, desde luego enojado, optó por dispersar a los 700 monjes del gigantesco Monasterio de Estudios, exiliando a los cabecillas. Tampoco sorprende que en el 808 se descubriera un complot de funcionarios civiles, y que corriendo el 810 sufriera un intento de asesinato, según parece por parte de un ciudadano común, lo que sugiere una impopularidad ya muy extendida del gobernante.

⁸⁵⁸ *Cronografía de Teófanos*, De Boor, pp. 486-487.

⁸⁵⁹ *Cronografía de Teófanos*, De Boor, p. 480.

⁸⁶⁰ Moulet, 2011, p. 157, considera que Nicéforo I Megaloteta actúa entonces como Constantino V Caballinos, pero es evidente que son distintas medidas, tanto en calidad como cantidad.

⁸⁶¹ *Cronografía de Teófanos*, De Boor, p. 489.

⁸⁶² Treadgold, 1988, p. 167.

⁸⁶³ *Cronografía de Teófanos*, De Boor, p. 487.

⁸⁶⁴ Diehl, 1944, pp. 292-293.

Pero la realidad del peligro exterior aún parece haber sido más perentoria que las desavenencias del interior. Desde el 807 los búlgaros amenazaban al Imperio, cada vez con mayor peligro. A pesar de las deficiencias que como comandante había puesto bien de manifiesto, el augusto “contable” se decide en el 811 a emprender acciones contra aquellos “bárbaros” del norte. Se aprovecha de una relativa tranquilidad en el lado musulmán y convoca al grueso de las fuerzas que lanza sin una verdadera planificación dentro de territorio enemigo. El desastre de la batalla de Pliska, una emboscada de tratado, fue terrible. En una pavorosa jornada perecieron la flor y nata de las fuerzas y hasta el propio emperador⁸⁶⁵. Su cráneo sirvió como copa de bebida a Krum, el kan búlgaro. Este fracaso de la iconodulia moderada que lideró Nicéforo I Megaloteta, ahogado entre la intransigencia de los zelotas y la incapacidad militar, condujo a una de las situaciones más delicadas para Bizancio, a comienzos del siglo IX.

En Constantinopla, al conocerse el desastre, las intrigas estallaron⁸⁶⁶. El patriarca y los ministros parecen haber decidido reunificar la iconodulia, entregando el poder a Miguel I Rangabé, un aristócrata de nacimiento, yerno del precedente augusto y de alguna manera partidario de los zelotas⁸⁶⁷. Sus inmediatas disposiciones fueron en esa línea. Llama del exilio a los estuditas, elimina las tasas sobre las propiedades religiosas y persigue con saña a los iconoclastas o a cuantos se manifestaban en contra de tales medidas. Resultan significativas las apreciaciones de Teófanos

⁸⁶⁵ Sobre la batalla de Pliska, vid. Niavis, 1987, pp. 240-250.

⁸⁶⁶ Bury, 1965, p. 17.

⁸⁶⁷ Diehl, 1944, p. 295.

sobre el gobernante, al que considera “verdadero piadoso y muy ortodoxo, de elevada alma y en absoluto ávido de dinero”⁸⁶⁸. Según el cronógrafo, tuvo por deseo principal reparar las injusticias de su predecesor “a causa de las cuales había perecido miserablemente”⁸⁶⁹. Empero, todo apunta a que tales medidas, acaso beneficiosas para quienes se sentían “eupiadados”, no eran las más apropiadas para revitalizar la administración, la economía y el músculo militar, que tanta falta hacía entonces. En realidad apunta haber transcurrido un bienio de franca indolencia en la gobernación, que no hizo más que ahondar la crisis general. Parece que por entonces la influencia en tareas de gobierno ordinarias que ejercían jerarcas eclesiásticos, en particular Nicéforo Patriarca y Teodoro Estudita, fue sustancial⁸⁷⁰. Miguel I Rangabé, a buen seguro “estuvo en manos del patriarca”, conforme a la frase de Bury⁸⁷¹;

Lo cierto es que cuando Krum avanzó contra Constantinopla misma, en la primavera del 813, la situación era desesperada. Una masa se reúne, en forma espontánea acaso, en torno a la tumba de Constantino V y solicita al fallecido emperador que se levante, monte de nuevo en su caballo y salve al Imperio de la destrucción⁸⁷². Además gritan consignas contra los “padres ortodoxos y los que portan el santo hábito monástico”, justamente aquellos que al sentir del cronógrafo representaban “la escuela de la filosofía divina”

⁸⁶⁸ *Cronografía de Teófanos*, De Boor, pp. 493-494.

⁸⁶⁹ *Cronografía de Teófanos*, De Boor, p. 494.

⁸⁷⁰ Al respecto, vid. Niavis, 1987, pp. 251-252.

⁸⁷¹ Bury, 1965, p. 43.

⁸⁷² *Cronografía de Teófanos*, De Boor, p. 501. Un análisis completo de la cuestión aparece en Alexander, 1958, pp. 112-113.

RESULTADOS

(θεὸν φιλοσοφίας γυμνάσιον). Quizás eran en su mayoría veteranos o “soldadesca” (στρτευόμενοι), pero ello no desdice la sospecha de que aún gozaba de notable popularidad la dinastía siria y su obra. Alexander⁸⁷³ ha podido deducir que estalló una verdadera “revolución urbana iconoclasta”, que demandaba “dejar que los huesos de los iconos sean exhumados”, una expresión habitual en las rebeliones protagonizadas por las masas. La represión que desencadenan los días siguientes las fuerzas policiales, dirigidas por el eparca, apunta haber sido brutal, signo del nerviosismo que perturbaba al gobierno. Cabe imaginar que no pocos estimaban como posible y aún en extremo necesaria una política distinta, con mayor energía y menor devoción, más eficiente en suma. Acaso el rechazo radical a la veneración de los iconos continuaba siendo el más célebre y llamativo de los componentes de esa facción o corriente de pensamiento que no era, evidentemente, residual.

Miguel I Rangabé se vio obligado a marchar con lo restante del ejército y enfrentarse a campo abierto en Versinikia, cerca de Adrianópolis (Edirne), el 22 de junio⁸⁷⁴. De nuevo desembocó en otro rotundo fiasco, pese a que la fuerza bizantina superaba a la búlgara en una proporción de 10 a 1. Superado por los acontecimientos y consciente de su incapacidad, el emperador “eupiadoso” puso voluntariamente el trono en manos del comandante de los regimientos mas potentes del ejército, los anatólicos. Se trataba de un rudo armenio, “en extremo valiente”⁸⁷⁵, llamado León y el patriarca sospecha de

⁸⁷³ Alexander, 1958, p. 125, con las fuentes.

⁸⁷⁴ Al respecto Niavis, 1987, pp. 252-253.

⁸⁷⁵ *Cronografía de Teófanos*, De Boor, p. 502.

sus convicciones, así que le insta a firmar una profesión de fe iconodula, algo que elude hacer aunque se compromete verbalmente. El peligro no puede ser mayor y podría pensarse que el nuevo líder disimula y no piensa más que en redoblar esfuerzos y encarar la lucha contra los aguerridos búlgaros que se acercan, casi sin oposición, a la capital. León V Armenio es coronado el 12 de julio del 813, cuando las huestes de Krum merodean por los suburbios de Constantinopla. El soldado anatólico-armenio se faja para poner las defensas urbanas al nivel técnico adecuado, construyendo un nuevo antemuro en Blaquernas⁸⁷⁶, y elevar la moral de los combatientes. Tiene para ello apenas 6 meses, mientras los bárbaros arrasan Tracia y toman al asalto Arcadiópolis (Lüleburgaz) deportando a sus pobladores. El asedio a la capital se estableció en abril del 814, el mismo mes en el que fallece, ya muy anciano, el abad Platón Sacudita. Por fortuna para Bizancio, el correoso kan búlgaro también muere de forma inesperada, tal vez por un accidente cerebro-vascular, y ello hace que los asediantes se retiren, abandonando el territorio bizantino. Seguro ya en el trono y avalado por la sorprendente salvación de la ciudad y la Romanía, es justo entonces cuando da rienda suelta a sus convicciones y pone en marcha un proyecto personal de reforma “iconoclasta”. León V Armenio podría aparecer, al sentir de los coetáneos decepcionados con el curso de los acontecimientos previos, como el afortunado general de la tradición iconómaca que al fin conseguía imponerse en el trono y desbancar a la inepta aristocracia iconodula, que durante demasiado tiempo había mal gobernado el Imperio. Era, de hecho,

⁸⁷⁶ Es el llamado “Muro de León V”, todavía visible en el antiguo sector del Braquiolion de Blaquernas, en el actual barrio de Ayvansaray. Se trataba de un *locus minoris resistentiae* clásico en la muralla teodosiana. Remitimos al epígrafe en Fuentes.

RESULTADOS

un hombre austero de baja extracción social que debía todo a una brillante carrera militar. El contraste con su predecesor no puede ser mayor⁸⁷⁷, como también será en los principios, objetivos y la manera de gobernar. Se siente, y así lo expresa, como el restaurador de la autoridad, la justicia social y la verdadera fe, tomando como referentes o patrones a los sirios León III y Constantino V con su política⁸⁷⁸, civil y religiosa, dos vertientes que entonces parecen apenas poder diferenciarse.

Al decir de Mango⁸⁷⁹, las victorias de los augustos sirios, la duración y estabilidad o prosperidad de sus reinados, contrastaban con la humillación y confusión que había prevalecido después del 780. León V parece haber reivindicado el retorno a esa época y para ello seguramente contaba con apoyos entre la milicia y también el “populacho”, según expresión del autor citado; las masas urbanas que aún recordaban con nostalgia los días de seguridad y pan barato disfrutados bajo el “Coprónimo”. En contrapartida, de nuevo se vuelve a poner en peligro la llamada “libertad de la Iglesia” al decir de sus detractores, reiniciándose las tensiones, en principio contenidas⁸⁸⁰. Hacia la primavera del 814, el emperador perfila una comisión de “sabios” a los que ordena la búsqueda de argumentos en el tema de las “imágenes”, presidida por el culto obispo Antonio de Sillaeum⁸⁸¹. En el

⁸⁷⁷ Bury, 1965, p. 43

⁸⁷⁸ *Scriptor Incertus de Leone*, Bekker, p. 346 y *Antirrhethici Nicephori*, PG 100, 208D-209A, Mondzain-Baudinet p. 59 (donde al emperador Constantino V Caballinos le designan peyorativamente como “Mamonas”). Al respecto, vid. Bury, 1912, pp. 58-59 y Alexander, 1958, p. 128 y Treadgold, 1988, p. 207.

⁸⁷⁹ Mango, 1977a, p. 5.

⁸⁸⁰ Brubaker/Haldon, 2011, p. 368.

⁸⁸¹ Para el desarrollo de estos trascendentales acontecimientos, que explican la evolución posterior, remitimos al trabajo de Alexander, 1958, pp. 126ss.

verano convoca una reunión en el palacio para discutir un gran número de decretos conciliares históricos. Suponemos que las relaciones Iglesia con Estado estaban entre los epígrafes discutidos, en íntima conexión con la idoneidad de venerar los iconos. El patriarca Nicéforo I y el abad Teodoro Estudita no transigen, tampoco los legados del patriarca de Jerusalem y los monjes palestinos presentes; es decir tanto moderados como zelotas se oponen frontalmente a admitir cualquier cambio. León V pone fin a la reunión sin aplicar sanciones, declarando que no quiere hacer mártires⁸⁸².

Durante la Navidad el desencuentro entre patriarca y emperador se manifiesta públicamente, uno insta a adorar la estampa de Cristo y en contrapartida el otro ordena retirar los iconos que están a baja altura y aquellos portátiles, que invitaban a un ejercicio de inaceptable adoración⁸⁸³. Unos días después, cierta imagen del Pantocrátor sobre la Calcé, acaso la misma que había hecho colocar Irene Ateniese, fue ofendida por soldados y retirada “por razones de seguridad”⁸⁸⁴. Ciertamente, León V Armenio prosigue con su línea de retornar a los “buenos tiempos” de la dinastía siria. En marzo del 815 el sínodo hace deponer y exiliar al patriarca, sustituyéndolo por un funcionario palatino, Teodoto Kasiteras, de la familia Meliseno, cuyo progenitor había sido uno de los feroces generales de Constantino V Caballinos⁸⁸⁵. El domingo de Ramos, un enojado Teodoro Estudita responde con sus millares de monjes en la calle, cada uno portando un icono

⁸⁸² Diehl, 1944, p. 297, con las referencias.

⁸⁸³ *Scriptor Incertus de Leone*, Bekker, p. 352. Estudio y observaciones en Mango, 1977a, p. 5; Alexander, 1958, pp. 133ss y Brubaker/Haldon, 2011, p. 368.

⁸⁸⁴ *Scriptor Incertus de Leone*, Bekker, p. 354. La imagen fue “lapidada” por “soldados impíos” (ἀσεβεῖς στρατιώτας). Comentarios en Mango, 1977a, p. 5 y Auzépy, 1990, p. 148.

⁸⁸⁵ Análisis en Alexander, 1958, pp. 127ss y Brubaker/Haldon, 2011, pp. 371-372.

y gritando “¡veneramos vuestra santa imagen, o bienaventurado!”⁸⁸⁶. Se convoca entonces raudo el insoslayable concilio, celebrado en la galería de Santa Sofía⁸⁸⁷. Allí se proclama un iconoclasmo “suavizado” como doctrina oficial, no sin tener que superar una fuerte oposición⁸⁸⁸.

León V termina por desterrar a los cabecillas y principales miembros del partido iconodulo, incluso del moderado, incluyendo a Teodoro Estudita y Teófanos Confesor, el cronógrafo. Deben dimitir los obispos de Tesalónica, Amorium, Nicea, Éfeso, Cízico y Mileto; es decir casi la totalidad de las sedes principales⁸⁸⁹. Un número sin definir de clérigos secundarios es detenido, entre ellos Miguel el Sincel⁸⁹⁰. El resto se aviene a obedecer o, al menos, no obstaculizar abiertamente el nuevo rumbo, sin que tampoco falten hombres de la Iglesia que compartan con sinceridad la versión del cristianismo contraria a los excesos en el culto. El arzobispo de Mitilene podría ser uno de los más expresivos representantes de ese grupo, acaso minoritario pero no inactivo. Lleno de sentido común, se atreve a exigir al anacoreta Simeón que descienda de su absurdo aislamiento encima de una columna⁸⁹¹. En el 816, este “príncipe de la impiedad” (ἀσεβάρχης)⁸⁹² parece atenuar la severidad de su represión, que en cualquier caso nunca

⁸⁸⁶ Al respecto, vid. Diehl, 1944, p. 297 y Cholij, 2002, p. 56, con las referencias a las fuentes.

⁸⁸⁷ Sobre la cuestión vid. la excelente síntesis de Alexander, 1958, pp. 137-140. Mucho más confuso, Brubaker/Haldon, 2011, pp. 372ss.

⁸⁸⁸ Sobre la “teoría ética” desarrollada en el Concilio del 815, vid. Anastos, 1954, *passim*.

⁸⁸⁹ Alexander, 1958, pp. 129.

⁸⁹⁰ El alcance de la persecución lanzada por León V contra los iconodulos, se puede valorar a partir de la correspondencia de Teodoro Estudita. Al respecto vid. Tougard, 1891, *passim*; Bury, 1965, pp. 74-75; Alexander, 1958, pp. 140-147; Mango, 1977, pp. 5-6 y sobre todo Cholij, 2002, pp. 56-64.

⁸⁹¹ Alexander, 1958, p. 142, con las referencias a las fuentes.

⁸⁹² Cholij, 2002, p. 144.

apunta haber tenido tintes sangrientos. Solicita y permite el regreso de higumenos aristócratas a la capital, en el deseo de que Juan Gramático, a la sazón abad del Monasterio de los Santos Sergio y Baco, institución bajo control imperial, pueda convencerles de su error. Los zelotas, por supuesto, no se avienen a razones y Teodoro Estudita, aún desde el exilio, aprovecha para coordinar la oposición mediante una gran actividad epistolar⁸⁹³. Todo apunta, en efecto, a que este irreductible abad del Pródromos de Estudios fue quien asumió la responsabilidad de organizar lo que Mango⁸⁹⁴ designa como *underground movement* iconodulo. Para ello usaría sus conexiones con la clase aristocrática y una considerable red de agentes que se extendían a Roma y al Oriente bajo dominio árabe. Ello cabe deducir de la ingente y variada literatura epistolar⁸⁹⁵ que se ha conservado de este que Karlin-Hayter a designado como un *byzantine politician monk*⁸⁹⁶. No obstante, parece que León V es inmune a las veleidades teoréticas teológicas, resulta un gobernante pragmático y lo cierto es que prosigue sin descanso con la política activa y, en particular, guerrera. En abril inicia una compleja campaña contra los búlgaros de Omurtag en la costa del mar Negro y obtiene un apurado pero contundente triunfo en Mesembria⁸⁹⁷. Se firma una paz de “treinta años” en tanto la frontera retorna a lo establecido en la década del 780. Considerando las extremas crueldades y hasta la agonía que

⁸⁹³ Cholij, 2002, p. 59.

⁸⁹⁴ Mango, 1977a, p. 5.

⁸⁹⁵ Para una revisión y estudio de estas misivas, en relación con su actividad “política internacional” vid. Alexander, 1958, pp. 145-147 y Cholij, 2002, pp. 65-78.

⁸⁹⁶ Karlin-Hayter, 1994, *passim*.

⁸⁹⁷ Un análisis de las operaciones y resultados diplomáticos se ofrece en Bury, 1965, pp. 251-252 y 360ss. También en Treadgold, 1988, pp. 216ss. y 419, n. 296, con las fuentes atinentes.

apenas unos años antes estos enemigos habían infligido a los ciudadanos de Bizancio, no es de extrañar que semejantes noticias se celebraran con júbilo y que la popularidad del dirigente armenio se elevara hasta el paroxismo⁸⁹⁸. De retorno en Constantinopla, declara que esa victoria era la prueba de que Dios estaba a favor del iconoclasmo⁸⁹⁹. Justo entonces, Teodoro Estudita debe ser, de nuevo, más alejado aún del centro, hasta la villa de Bonita, en el oriental *Tema* de Anatólicos, donde permanecerá otros tres años⁹⁰⁰. Seguramente era sabido que el monje, por personas interpuestas, se empeñaba en prevenir al papa y los reyes de Occidente, exhortándoles a la enemistad con el Imperio que gobernaba un hereje. En verdad, la misma recomendación llegaría desde el grupo “moderado” que lideraba el también expatriado Nicéforo, el que aún continuaba siendo “patriarca legal” para los iconófilos. Corriendo el 817, un acontecimiento poco común puso de manifiesto la religiosidad sincera de León V. En esos meses los musulmanes profanan los santuarios cristianos de Jerusalem y el emperador, muy afectado, responde con un énfasis extraordinario. Ordena bloquear todo comercio con el califato y lanza un potente ataque en Siria, donde vuelve a fortificar el importante nudo de Camachun⁹⁰¹. Menos éxito tiene en su relación con Occidente, pues a la postre Luis el Piadoso no se aviene a tratar sobre el litigio de Dalmacia y el papa Pascual I sigue sin aceptar al patriarca Teodoto como colega⁹⁰². Aún más, el pontífice romano advierte

⁸⁹⁸ Genesio, I, 12, Kaldelis, p. 13.

⁸⁹⁹ Treadgold, 1988, p. 216 y Brubaker/Haldon, 2011, p. 384.

⁹⁰⁰ Cholij, 2002, p. 58.

⁹⁰¹ Sobre los acontecimientos, vid. Treadgold, 1988, pp. 219 y 419, n. 299, con las referencias.

⁹⁰² Brubaker/Haldon, 2011, p. 384.

al emperador bizantino de que “la Iglesia está por encima de la ley” y que “Dios mismo ha mandado que se hicieran imágenes sagradas”⁹⁰³. Sabemos que en el 818, el emperador continúa presionando a los árabes, lanzando raids navales contra Damietta en Egipto. Todo ello, mientras mantiene firme el control sobre los elementos más significativos de la iconodulia en Constantinopla, como el cronógrafo Teófanos Confesor, que por entonces es deportado a Samotracia donde fallece. Los “piadosos” parecen buscar ayuda exterior, dada la inasequible voluntad imperial “incrédula”, y desde luego la encuentran en Roma. En verdad los iconodulos y el papado hacía largo tiempo que habían establecido una alianza de mutuo interés, y ella durará casi hasta el final de esta larga contienda teológico-política. Los primeros se veían refrendados por la cabeza occidental de la Iglesia y el segundo podía actuar como si le asistieran derechos de primacía en Oriente. Ya sabemos que algunos monjes itinerantes servían como enlace y maniobraban para coordinar la acción de clérigos latinos y griegos. Eran viajes y actividad “subversiva” que difícilmente podían evitar las autoridades civiles.

León V parece haber tenido claras las necesidades del Estado y la voluntad decidida de hacer imponer sus reformas. Sabemos que supervisa la operatividad y disciplina del ejército⁹⁰⁴, que consigue una mayor eficiencia en la administración central y que renueva la actividad edilicia, restaurando ciudades asoladas y construyendo nuevos *fossatum* y castillos⁹⁰⁵. Sin embargo, su reinado no fue largo, acabó apuñalado mientras cantaba en la misa de

⁹⁰³ Sobre la cuestión, con el testimonio de la carta que el papa romano Pascual I habría enviado al emperador bizantino León V, vid. Noble, 2009, pp. 257-258.

⁹⁰⁴ *Theophanes Continuatus*, Bekker, p. 30

⁹⁰⁵ Bury, 1965, pp.47-48 y 94ss., donde repasa los hechos y refrenda con fuentes.

Navidad del 820, lo que festeja Teodoro Estudita⁹⁰⁶ y Nicéforo Patriarca considera la voluntad de Dios “para evitar mayores males a los cristianos (verdaderos)”⁹⁰⁷. Al parecer, se trató de una conspiración improvisada fruto de inquinas y ambiciones personales dentro de su mismo grupo de compañeros de armas⁹⁰⁸. Seguramente hasta los adversarios reconocieron en él a un gran gobernante, devoto de la justicia, excelente administrador y líder militar providencial para la salvación del Imperio. Incluso un cronista hostil como Genesio⁹⁰⁹ le dedica frases laudatorias poco usuales, tales como “duro con los criminales pero equitativo”, “administrador competente de los asuntos públicos” y “gran guardián”, por más que resueltamente “impío”.

La corona recayó en Miguel II Tartamudo, un bizarro oficial del ejército nacido en Amorium, no muy culto y que padecía algún defecto en el habla, pero con carisma y notable inteligencia natural. Apenas elevado al trono, parece haber endulzado las maneras de su predecesor, aunque no tanto el fondo. Justo en ese enero del 821 fallece el patriarca Teodoto I Kasiteras y busca un sucesor con cierta calma. Permite el retorno de los líderes exiliados y entabla diálogo, en particular con el depuesto Nicéforo y el irreductible Teodoro Estudita⁹¹⁰. En concreto propone una libertad real de culto, conciliación y tolerancia, permitiendo en la intimidad la dulzura pero sin hacer alarde de ello en público⁹¹¹. Hasta dispone una conferencia

⁹⁰⁶ *Cartas de Teodoro Estudita*, 73, PG 99, 1396C. Subrayado por Alexander, 1958, p. 147.

⁹⁰⁷ *Refutatio et eversio definitionis*, Featherstone, p. 80. Subrayado por Alexander, 1958, p. 250.

⁹⁰⁸ Sobre el asesinato de León V Armenio, vid el amplio relato sobre las principales fuentes disponibles que ofrece Bury, 1965, pp. 48-55.

⁹⁰⁹ Genesio I, 16, Kaldellis, p. 17.

⁹¹⁰ Chelij, 2002, p. 60.

⁹¹¹ Bury, 1965, pp. 113 y Diehl, 1944, p. 300.

donde se pueda llegar a un consenso que supere las diferencias y se alcance la paz⁹¹². La respuesta de los iconodulos, que habían concebido muchas esperanzas en el cambio de emperador, fue altanera y negativa⁹¹³. Todo apunta a que los valores y/o intereses de unos y otros eran entonces, como antes, irreconciliables. Al final, llegado marzo, rechaza devolver el honor a Nicéforo, como demandaban al unísono los clérigos rebeldes, y por contra lo deja en manos del obispo Antonio I Kasimatas de Sillaeum, en tanto que el abad del Monasterio de los Santos Sergio y Baco, conocido como Juan Gramático, es elegido como tutor de Teófilo, el príncipe heredero. Casi a la vez llega a la capital el monje Metodio, conexión entre el papado y los iconodulos bizantinos, con alguna misiva donde se insta al emperador para que abandone el iconoclasmo, en un tono que tal vez resultaba ofensivo⁹¹⁴. A resultas de ello, el correo es flagelado y arrojado a una mazmorra, durante 8 años, acusado de alta traición⁹¹⁵.

Con semejante acto y al elegir tales personas, Miguel II apuesta por la continuidad en el “modelo iconoclasta” de gobierno, podríamos decir. Es cierto que no convocó ningún nuevo concilio, lo que viene a implicar un reconocimiento de la vigencia del inmediato precedente celebrado en Santa Sofía, inspirado por León V Armenio. Allí se había aprobado “corregir un abuso de devoción” y ello parece haber sido suficiente para el también

⁹¹² Las fuentes más relevantes al respecto serían la *Vida de San Nicéforo Patriarca*, De Boor, pp. 209-210 y *Theophanes Continuatus*, Bekker, pp. 47-48.

⁹¹³ Diehl, 1944, p. 302 y Cholij, 2002, p. 61.

⁹¹⁴ Treadgold, 1988, p. 234.

⁹¹⁵ Bury, 1965, pp. 115-116, Diehl, 1944, p. 302. Remitimos también al epígrafe en Prosopografía.

RESULTADOS

muy pragmático emperador amoriano⁹¹⁶. En ese mismo momento estalla una insurrección dirigida por otro de los viejos camaradas, Tomás Eslavo, quien consigue poner bajo sus órdenes a más de la mitad de las divisiones del ejército y la mayor parte de la flota. Parece de nuevo ser apenas una cuestión de rivalidad entre personas, pero todo apunta a que el usurpador se deja arropar por los iconodulos. Tal vez fue por ello que el emperador hizo “recluir” a los clérigos de esa inclinación, entre ellos Teodoro Estudita, dentro de los muros de la capital, con libertad de movimiento pero acaso vigilados⁹¹⁷. Más significativo aún resulta la coronación del rebelde “eslavo” por el patriarca de Antioquía, uno de los amigos del estudita, a la par que era reconocido por el califa al-Mamûn, quien sin duda buscaba debilitar Bizancio. La guerra resulta larga y costosa, estando a punto en varias oportunidades de hacer caer el triunfo de lado del usurpador⁹¹⁸. Fue violenta y compleja, movilizand o ingentes recursos del Estado. Desde luego, bien parece que la tarea reformista precedente de León V había sido efectiva, porque pese al quebranto causado los enemigos exteriores no pudieron obtener apenas ventaja alguna. El año 822 transcurre ocupado por el temible asedio y feroces combates con el que las tropas de Tomás bloquean y pretenden tomar denodadamente Constantinopla. A comienzos de octubre, los búlgaros de Omurtag trastocan el equilibrio, al atacar a las fuerzas alzadas, donde quiebra la disciplina y cunde el desánimo. Entre los meses de mayo y octubre, moviéndose ágil y certero, el emperador titular puede derrotar a su rival y ejecutarle.

⁹¹⁶ Mango 1977a, p. 5.

⁹¹⁷ Cholij, 2002, p. 62.

⁹¹⁸ Sobre la guerra entre Miguel y Tomás, vid. Treadgold, 1988, pp. 234-244.

Con el asentamiento de Miguel II, la cuestión de la gobernanza volvió a un primer plano, pero la oposición seguía siendo formidable y además sabemos que siempre contaba con una inestimable ayuda exterior occidental. Tal vez el emperador bizantino intentó convencer a Luis Piadoso de la necesidad de hacer entrar en cordura a los primados y abades. De ello serían testimonio la delegación diplomática que se envía y la célebre carta del año 824. La primera esta encabezada por dos oficiales, Teodoro Siciliano y Teodoro Critinus, uno iconodulo moderado y el otro iconoclasta convencido, señal de la generosidad y transigencia que se pretendía defender⁹¹⁹. La segunda viene a denunciar, con lo que se advierte eran palabras bastante razonables, el posible abuso que se cometía en la veneración de imágenes⁹²⁰. Empero, el papa Eugenio II, apenas recién elegido, se enroca y reitera que la dulía dirigida a los iconos es correcta⁹²¹. El rey franco parece vacilar, acaso porque Bizancio no puede ser un aliado, dados los intereses geoestratégicos enfrentados que mantenían, y en parte porque no desea una colisión con el todopoderoso obispo de Roma. Está fuera de duda que, pese a tales diligencias diplomático-religiosas, la acción de gobierno real nunca se dejó de lado. En ese año Miguel II lanza un raid contra Sozopetra, región califal que saquea, y renueva el tratado de paz con Omurtag⁹²². La respuesta negativa de los francos carolínges llega en el 825, con el retorno de los embajadores y el concilio de París en noviembre, que se muestra ambiguo y parece condenar tanto a iconodulos como

⁹¹⁹ Treadgold, 1988, p. 246.

⁹²⁰ Remitimos al epígrafe en el capítulo de Fuentes.

⁹²¹ Sobre la cuestión, vid. Noble, 2009, pp. 263-267.

⁹²² Treadgold, 1988, p. 247. Sobre el Kan búlgaro Omurtag, vid. *ODB*, p. 1526.

iconoclastas⁹²³. Ciertamente, Miguel no apunta lanzar persecución alguna y deja por contra florecer un amplio grado de tolerancia, aunque a la par actúa en lo político sin complejos. Se mostrará hasta el final impasible y hasta esquivo con los cabecillas de la intransigencia iconodula, a quienes “no concedió ninguna satisfacción”, en frase de Mango⁹²⁴. Teodoro Estudita se retira al fin a otro de sus monasterios en Bitinia y fallece en el 826, en tanto Nicéforo Patriarca lo hace en 828, reconciliados en la adversidad sufrida⁹²⁵. Al año siguiente el emperador “tartamudo” repite embajada al reino franco, ahora encabezada en solitario por el iconoclasta Teodoro Critinus. Coincide con la guerra en Sicilia⁹²⁶, enfrentando la enésima invasión sarracena, y a la vez con diversas incursiones en Creta, que ocupan a buen seguro la mente del emperador. Alguien que ya se siente enfermo y agotado, tal vez como resultado de alguna patología hepática de larga evolución. Poco antes de morir, el 2 de octubre del 829, Miguel II concede una amnistía general a los presos, última manifestación de su espíritu indulgente⁹²⁷.

El poder queda en manos de su hijo post-adolescente, Teófilo, ayudado por una regencia donde están la madrastra Eufrosina y el tutor Juan Gramático. Éste partirá ese mismo año como plenipotenciario ante el califa al-Mâmun, acaso con la vocación de preservar la paz y compartir intereses

⁹²³ Al respecto, vid. Noble, 2009, pp. 263ss.

⁹²⁴ Mango, 1977a, p. 5.

⁹²⁵ Sobre la muerte y la relación entre ambos, no siempre de acuerdo, al final de sus vidas, vid. Alexander, 1958, pp. 152-155.

⁹²⁶ Al respecto, vid. Treadgold, 1988, pp. 248-258.

⁹²⁷ Al respecto, vid. Treadgold, 1988, p. 258.

y parcelas de pensamiento⁹²⁸. Sería uno de los que Drocourt⁹²⁹ considera “actores privilegiados de las transferencias culturales”, y ser elegido para ello sería otra prueba de su talla intelectual. En palacio, todo apunta a una continuidad sin sobresaltos, terminando de asentar al príncipe como un hombre maduro, digno de ocupar el trono. Sin tardanza, en mayo del 830, se celebran nupcias con una joven aristócrata de Paflagonia, llamada Teodora, que recibe la corona en junio mientras Eufrosina se retira al convento.

Pero ciertos rasgos diferenciales se expresan pronto. Acaso su primera orden autónoma fue la de castigar a los asesinos de León V, por más que el acto hubiera permitido asumir la corona a su padre y por ende a él mismo⁹³⁰. Apunta ser un alegato a favor de la justicia y un aviso de su manera de gobernar en tal sentido, émula del precedente emperador armenio y de la dinastía siria. Efectivamente, al igual que los citados, Teófilo ocupa la primavera y verano del 831 en combatir contra los sarracenos que pretendían avanzar en Cilicia, atravesando el paso de Adata⁹³¹. Obtiene indudables éxitos, ganando la batalla de Carsianon y frenando las incursiones en el Taurus y Heraclea del Ponto. Es recibido en Constantinopla como un héroe y celebra un clásico triunfo “a la romana”. Ello no impide que los iconodulos mantengan cierta actividad subversiva, que incluye el lanzamiento de un panfleto prediciendo la muerte del emperador “impío” y que apunta ser obra del entorno de Metodio, el antiguo legado papal y de Eutimio, obispo de

⁹²⁸ Bury, 1965, pp. 256ss; Diehl, 1944, p. 314; Treadgold, 1988, pp. 208ss, 263-265 y 306-313; Magdalino, 1998, pp. 196-198 y Brubaker/Haldon, 2011, p. 405. La embajada, que causó gran impacto en la corte califal, aparece reseñada en *Theophanes Continuatus*, Bekker, p. 96.

⁹²⁹ Drocourt, 2012, pp. 44ss.

⁹³⁰ Brubaker/Haldon, 2011, p. 392.

⁹³¹ Treadgold, 1988, p. 275.

Sardes⁹³². Ambos son interrogados y el nombre de Teoctista, madre de la augusta Teodora, sale entre los visitantes que simpatizan con el ambiente monaco-iconodulo. Fue un aviso o importante detalle que Teófilo nunca parece haber tenido bien en cuenta. Los dos clérigos responsables fueron flagelados, y el ya septuagenario cenobiarca sardiano parece haber expirado a resultas de ello⁹³³, pero el “nuncio” sabemos que a no tardar sería acogido por la emperatriz entre su séquito personal⁹³⁴. El año 832 se mantiene la amenaza califal sobre la frontera, pese a los intentos bizantinos de llegar a un acuerdo y mantener la paz. Es un primer indicio de que el emperador no se sentía seguro en el campo de batalla y/o conocía la propia debilidad de sus fuerzas ante un califato vigoroso y unido. En la primavera del 833, al-Ma'mûn ocupa la ciudad de Tiana y en el verano se interna en Capadocia, rechazando las demandas de negociación⁹³⁵. Los generales cristianos seguramente siguen indicaciones de hostigar al enemigo evitando el choque frontal, lo que parece tener resultado, más aún cuando al final consiguen herir de muerte al califa. Le sucede su hermano al-Mu'tasim, que debe retirarse precipitadamente, abandonar incluso Tiana y volver a Bagdad donde encara una rebelión interna⁹³⁶. Este incidente sin duda supuso para el emperador bizantino un verdadero respiro entre tanta vorágine de conflictos que exigían su presencia y permanente esfuerzo físico y mental.

⁹³² Brubaker/Haldon, 2011, p. 393, con las fuentes.

⁹³³ Treadgold, 1988, p. 277, con las fuentes. Sobre Eutimio de Sardes, una figura esencial de la resistencia a la política de Teófilo, vid. Kaplan, 1997, pp. 70-71.

⁹³⁴ Vid. *infra*.

⁹³⁵ Sobre estas campañas, cuya cronología y sucesión de movimientos es realmente compleja, vid. Treadgold, 1988, pp. 275-276 y Brubaker/Haldon, 2011, pp. 408-410.

⁹³⁶ Treadgold, 1988, p. 281.

Asumimos que Teófilo se había encontrado hasta entonces bajo una enorme presión. Por un lado la agresividad yihadista con dos vectores simultáneos, Oriente y Sicilia. Por otro la creciente “subversión iconodula” en el interior, que se sumaba a la paulicianiana, una secta correosa relativamente extendida aún. Atemperados los problemas externos, habría llegado el momento de fijar las cuestiones político-teológicas, convocando un sínodo de obispos, en principio para confirmar las conclusiones del 815 y también las del 753, ambos concilios iconoclastas. Se lleva a cabo en el verano, a cobijo de la venerable Iglesia de las Blaquernas, bien que con el rechazo sin paliativos de los patriarcas y un alto número de clérigos⁹³⁷.

El ambiente hostil parece que había alcanzado cotas alarmantes, porque apenas hay margen para el diálogo. Así, vemos recurrir a la represión, que apunta no haber sido blanda. Se confina en una isla a cierto número de abades y monjes, entre ellos Hilarión del célebre Monasterio de Dalmacios y los hermanos palestinos Teodoro y Teófanos, acaso los nuevos líderes del iconodulismo zelota, tras la desaparición de Teodoro Estudita⁹³⁸. En la capital se apalea públicamente hasta morir a un trío de monjes irreductibles del Monasterio de los Abramitas, que aseguraban poseer un icono taumatúrgico “no hecho con manos humanas”. Otros “portadores del hábito tenebroso”, tal que los higumenos Pedro de Atroa y Nicetas Patricio, huyen a las montañas de Bitinia para escapar del castigo. También algunos aristócratas laicos sufren destierro, entre ellos el espatario Sergio⁹³⁹. Desde luego, las noticias

⁹³⁷ Diehl, 1944, p. 303.

⁹³⁸ Treadgold, 1988, p. 280.

⁹³⁹ *Theophanes Continuatus*, Bekker, p. 101. Comentarios en Bury, 1965, p. 141.

que relatamos sugieren con peso un nivel de encono y ofuscación muy elevado por ambos lados. Sin solventar la cuestión “icónica”, sabemos que en el 835 se reanudan los avances árabes en Sicilia combinados con raids en Siria. La presión en el primer escenario parece mayor y más peligrosa por lo que se mantienen las unidades en la isla y aún se refuerzan con el envío de una flota⁹⁴⁰. Teófilo, a la cabeza de un ejército reducido, intenta no obstante evitar la depredación en las comarcas limítrofes anatólicas. Sufre una derrota parcial, lo que prueba la pertinencia de su prudencia en entablar combates decisivos. Con todo, esta guerra intermitente y los movimientos erosionantes de los monjes iconodulos no parece que alteraran la vida ordinaria en Bizancio. De hecho apunta haber sido un año de desarrollo y en prueba estaría el extraordinario aumento de acuñación monetaria⁹⁴¹, la actividad edilicia notable, con el estreno de los suntuosos apartamentos palatinos conocidos como la “Perla” y el “Camilas”, amén de los extraordinarios autómatas del Crisotriclinos y la Magnaura⁹⁴². A partir de ese momento, y sin que se pueda observar desfallecimiento ocasional, la economía bizantina apunta progresar. El comercio podría haber recibido un notable impulso, avalado por un escrupuloso respeto a la legislación y la iniciativa privada mercantil. Teófilo parece haber estado muy atento a tales cuestiones y la anécdota que relata Genesios⁹⁴³ sobre la censura que sufre la propia emperatriz Teodora al pretender hacer negocios “con información privilegiada” resulta muy significativa. Al decir del cronista,

⁹⁴⁰ Treadgold, 1988, p. 287.

⁹⁴¹ Treadgold, 1988, p. 288.

⁹⁴² Treadgold, 1988, pp. 284-285.

⁹⁴³ Genesios, III, 20, Kaldellis, p. 69.

el emperador “creía que la dignidad imperial se adquiriría para proteger al pueblo, no para aprovecharse de él”. Del mismo modo, en la capital florecen las construcciones de orden civil, aquellas que acaso comportaron afluencia de artesanos y mejora de las condiciones vitales entre las gentes ordinarias. Las llamadas a la concordia que Teófilo envía a los califas redundan en la idea de que el progreso disfrutado a la sazón por ambos imperios podría ser aún mayor si los ejércitos no se ponían en marcha⁹⁴⁴.

Bien es cierto que en su afán pacifista no tuvo ningún éxito. Corriendo el 836 a la amenaza árabe se suma la búlgara. Empero, la rápida acción bizantina consigue rechazar al kan Malamir, recuperar cautivos y reconquistar la sección perdida de la Via Egnatia entre Tesalónica y Nestus. Se termina la contienda firmando un ventajoso tratado⁹⁴⁵. Coinciden tales hechos con la reunión de los patriarcas Job de Antioquía, Cristóforo de Alejandría y Basilio de Jerusalem, en esta última sede, quienes al parecer envían una misiva a Teófilo animándolo a liberar Siria y Palestina y urgiéndole a repudiar el iconoclasmo⁹⁴⁶. Cabe, no obstante, dudar de que tal carta no suponga más que un fraude articulado tiempo después por la propaganda iconodula⁹⁴⁷. Sea como fuere, Teófilo lanza una operación ambiciosa en el 837 contra la región del Ato Eufrates, saqueando ciudades importantes como Sozopetra y Samosata, convirtiendo Armenia en un estado vasallo y estabilizando la franja fronteriza⁹⁴⁸. Actúa con idéntica energía en Sicilia,

⁹⁴⁴ Treadgold, 1988, p. 289.

⁹⁴⁵ Treadgold, 1988, p. 292.

⁹⁴⁶ Treadgold, 1988, p. 290.

⁹⁴⁷ Al respecto, Afinogenov, 2003-2004, *passim*.

⁹⁴⁸ *Theophanes Continuatus*, Bekker, pp. 124-126.

RESULTADOS

donde envía un fuerte contingente de tropas al mando del general Alejo Mosele. Ello sin cejar en su fiebre de constructor, sabemos que fue en esas fechas cuando se inaugura un pabellón suntuoso de estilo árabe, “sin rival en la ciudad”, rodeado de vastos jardines y canalizaciones de agua, en una colina del suburbio asiático de Rufiniano sobre el Bósforo, que se convierte en su residencia favorita⁹⁴⁹.

El patriarca Antonio I Kasimatas fallece en abril del 838 y de inmediato le sucede Juan VII Gramático, quien ya ejercía como sincl, el mismo que Esquilitzés asegura fue el promotor y hasta “arquitecto” del espléndido palacio “arábigo”⁹⁵⁰. Esto vino a suponer una reafirmación de la iconoclastia, que entendemos se pretendía consolidar en lo socio-cultural y teológico. A buen seguro, el emperador se siente fortalecido por sus éxitos económicos y estratégicos, amén de confiar plenamente en su antiguo maestro. Hacia mayo convoca otro sínodo que ratifica la condena de la iconolatria, lanzando anatema contra Tarasio y otros iconodulos en tanto se instaba a retirar representaciones figurativas religiosas, sustituirlas u ocultarlas. Casi no tiene tiempo el emperador de culminar esas jornadas cuando el al-Mu’tasim aparece con afán de revancha y un ejército imponente de 80.000 hombres dispuesto a tomar Amorium, origen familiar dinástico. Teófilo se precipita a su protección, maniobra en difíciles circunstancias y termina parcialmente derrotado, debiendo volver a Constantinopla ante los rumores, propagados por sus enemigos iconófilos, de que había muerto. El 15 de agosto, la ciudad

⁹⁴⁹ Es el llamado “Palacio de Bryas”, acaso construido por instigación de Juan VII Gramático, tras poner en valor las técnicas arquitectónicas árabes. Al respecto vid. Janin, 1964, pp. 146-147.

⁹⁵⁰ Esquilitzés, Thurn, pp. 57-58, Esquilitzés, Flusin/Cheynet, p. 54.



Fig. 40. Folio 67 del llamado Salterio Chludov (Moska, D. 129) confeccionado hacia el año 850, en pleno *Triunfo de la Ortodoxia*. Se representa la destrucción o recubrimiento de una imagen mural de Cristo por los iconoclastas, equiparando el acto con la última violencia que los legionarios infligieron a Jesús cuando agonizaba en la Cruz del Gólgota. El personaje se identifica con el patriarca Juan VII Gramático, que se muestra despeinado y con torpe aliño, al objeto de denigrar su figura.



Fig. 41. Folio 69 Salterio Chludov. En la parte inferior se añade una ilustración relativa al Concilio del 815, donde se ratifica el rechazo al culto de los iconos y de las reliquias. El emperador Teófilo aparece sobre el trono mientras el obispo iconodulo (arriba) presenta una imagen de Cristo y el iconoclasta la oculta con cal (inferior).



Fig. 42. Codex Vitr. 26-2. Fol. 43r (arriba). La imagen describe el castigo que Teófilo ordena aplicar a los asesinos del emperador León V Armenio, pese a que ello había redundado en el ascenso al trono de su padre, Miguel II Tartamudo, y por ende en el suyo propio. En el párrafo se le reconoce un gran sentido de la justicia y el honor a la palabra dada.



Fig. 43. Codex Vitr. 26-2. Fol. 43r (abajo). Se refleja la visita de Teófilo a la basílica de Santa María de Blaquerinas, una costumbre habitual y testimonio de la piedad del augusto. El recorrido desde el Gran Palacio hasta el suburbio lo realizaba sobre las calles que bordeaban el Cuerno de Oro y en una de esas ocasiones tendrá ocasión de visitar el Monasterio de la Penitencia, que ordena transformar en un enorme y bien dotado Xenón (el llamado Xenón de Teófilo).

es capturada y pasto de las llamas, la mitad de la población exterminada y el resto arrastrado en cautividad. La noticia causa pavor entre la ciudadanía, pues es conocido que se trataba de la fortaleza más importante del tema de los anatólicos y la cuna de la dinastía reinante⁹⁵¹. El emperador intenta redimir a todos los cautivos, pero su oferta es rechazada. Al parecer, sufre alguna herida grave y está sumido en la depresión. No obstante, al-Mu'tasim también debe retirarse, ante el estallido de la enésima revuelta en el seno de sus íntimos⁹⁵². Al final, la situación queda prácticamente en equilibrio, sobre las posiciones de partida. Cabe señalar que entre los rehenes amorianos estaba un pupilo de León Constantinopolitano, el mismo que traslada a al-Mu'tasim la noticia de sus trabajos y excepcional valía⁹⁵³. Desde Bagdad envían una carta al sabio polímata invitándolo a vivir y trabajar en la corte califal. Enterado Teófilo, disuade a León de aceptar y le instala en la academia próxima a la Iglesia de los Cuarenta Mártires, al final de la Mesé, para que imparta docencia pública⁹⁵⁴.

En el orden interior, algunos datos sugieren que, pese a los golpes, la iconodulia se encuentra lejos de desfallecer. Bien al contrario, es posible que se mantuviera muy viva en el ambiente aristocrático cortesano o hasta que estuviera avanzando. Al correr del 839, de alguna manera se descubre que las hijas de Teófilo y la emperatriz madre Eufrosina participan de la afición por

⁹⁵¹ Ostrogorsky, 1984, p. 215.

⁹⁵² Treadgold, 1988, p. 281.

⁹⁵³ Sobre esta anécdota, que entendemos es tan significativa, vid. el inteligente análisis de Magdalino, 1998, p. 209 y n. 51.

⁹⁵⁴ Simeón Magister, Bekker, p. 638-640 y Jorge Monje, Bekker, pp. 805-806. Sobre la localización de la academia imperial, Janin, 1964, p. 164.

RESULTADOS

los iconos⁹⁵⁵. No extraña que todo quede en una reprimenda, pero también que se encendieran las alarmas y la respuesta fuera contundente. Mientras reordena las circunscripciones temáticas y potencia la diplomacia con rusos y kázaros, aliados contra los árabes, Teófilo se enfrenta ya abiertamente a los recalcitrantes monjes, en particular los que participan en la confección de iconos portátiles, que parecen haber funcionado clandestinamente. Los célebres hermanos palestinos Teodoro y Teófanos se dice que son marcados con hierros candentes en la frente⁹⁵⁶ y también recibe castigo el iluminador Lázaro⁹⁵⁷. Podría parecer una época de áspera represión y retroceso en las artes, en particular las que pretendían desarrollar aquellos represaliados “pintores de iconos”, que dada la tradición generada *a posteriori* parecen ser los más propios de Bizancio. Por el contrario, todo apunta a que la cultura, en sentido amplio, disfrutaría durante esos años de buenas condiciones para su desarrollo. Así cabe entender que al-Mu’tasim en el 840 intente alquilar, ahora “oficialmente”, los servicios de León Constantinopolitano por un montante de 2.000 libras de oro, para que ejerciera la docencia en Samarra⁹⁵⁸. Teófilo rechaza la oferta y nombra al profesor arzobispo de Tesalónica, acaso dentro de una nueva criba en la jerarquía eclesiástica, que pretende cubrir con personajes inequívocamente iconómacos. Ese otoño, los generales Abu Said y Bashir atacaron Capadocia, expedición que continúa o se reanima al

⁹⁵⁵ *Theophanes Continuatus*, Bekker, pp. 90-92 y Simeón Magister, Bekker, pp. 628-629. León Gramático, Bekker, p. 228 suma entre los que adoran los iconos en la clandestinidad a la propia emperatriz Teodora, lo cual no deja de ser muy verosímil. Comentarios en Bury, 1965, pp. 141-142 y Diehl, 1944, p. 304.

⁹⁵⁶ Referencias y análisis en Bury, 1965, pp. 136-138, Diehl, 1944, pp. 303-304 y, sobre todo, Hatlie, 2007, pp. 388-393.

⁹⁵⁷ *Theophanes Continuatus*, Bekker, p. 103.

⁹⁵⁸ Remitimos al epígrafe de Prosopografía.



Fig. 44. Codex Vitr. 26-2. Fol. 49v. Teófilo dispone apalear a un monje (izquierda) en tanto se muestra el debate entre otro cenobiarca y el sincler del patriarca Juan VII Gramático.



Fig. 45. Codex Vitr. 26-2. Fol. 49. Teodora, esposa de Teófilo, aparece rodeada de cortesanos y, en verdad muy próximo, un monje que bien pudiera representar a Metodio, el futuro patriarca. La emperatriz mantiene una conversación con otro cenobiarca respecto a la dulía.



Fig. 46. Codex Vitr. 26-2. Fol. 49r. Un sirviente sorprende a la emperatriz Teodora venerando un icono en sus aposentos privados.



Fig. 47. Codex Vitr. 26-2. Fol. 45r. El emperador Teófilo decreta la ejecución de algunos monjes iconodulos del Monasterio de los Abramitas. Los cenobitas entierran a uno de los mártires, al que ya se reviste con la aureola de santidad.

verano del año siguiente y que obligó a reaccionar. El emperador derrota a los árabes, los persigue, recupera el botín, ocupa Germanicea y a su vez captura muchos prisioneros. Todo ello le permitirá proceder a intercambios y llegar a un acuerdo ventajoso.

Ese mismo año 841, Teófilo cae enfermo de gravedad, se habla de disentería y caída del cabello⁹⁵⁹, lo que a nuestro juicio permite sospechar un envenenamiento homicida. Apenas tiene tiempo para coordinar la formación de un gabinete de regencia, en el que parece al final haberse impuesto la voluntad de su consorte Teodora. Al morir, el 20 de enero del 842, deja un hijo coronado de 2 años de edad y el poder efectivo en manos de la augusta y del primer ministro, el eunuco Teoctisto⁹⁶⁰. El resto del comité de regencia lo conforman parientes de la emperatriz, un dato muy reseñable⁹⁶¹.

Vuelve a ocurrir entonces lo que acaso Teófanos habría llamado “otro milagro”, igualmente auspiciado por una augusta, decidida partidaria de las imágenes sagradas, en contraste con su marido. No hay duda, como Mango⁹⁶² ha señalado, que el papel de las mujeres en el movimiento iconodulo fue considerable. Acaso se trató de una reacción o resistencia frente al hipotético modelo patriarcal que impulsaba la iconoclastia, como sugieren Kazhdan y Talbot⁹⁶³, tal vez expresada por la predilección hacia el Cristo con la Cruz de unos frente a la Virgen y el icono de otros. Los nuevos dirigentes, el

⁹⁵⁹ Genesio, III, 18, Kaldellis, p. 67 y *Theophanes Continuatus*, Bekker, pp. 131, 135 y 138.

⁹⁶⁰ Genesio, IV, 1; Kaldellis, p. 71. Al respecto, vid. Diehl, 1944, p. 304. Sobre el todopoderoso regente, que seguramente estuvo al cargo de los servicios de información del Estado en ese tiempo final de Teófilo, con el empleo de Logoteta del Dromo, vid. *ODB*, p. 2056.

⁹⁶¹ Mango, 1977b, p. 134 y n. 12. Sobre la composición

⁹⁶² Mango, 1977a, p. 4.

⁹⁶³ Kazhdan/Talbot, 1991-1992, p. 404.

RESULTADOS

clan de Teodosia, articulan un cambio de rumbo repentino y completo a la cuestión, por segunda vez en la Historia. A comienzos del 843 ya reúnen un comité, en la residencia personal de Teoctisto, para discutir el dogma teológico de los iconos, pese a la negativa del aún patriarca en ejercicio⁹⁶⁴. El 4 de marzo se celebra un concilio⁹⁶⁵ que expulsa a Juan VII Gramático⁹⁶⁶ y en su lugar coloca al monje Metodio⁹⁶⁷, en tanto que repone los decretos de Nicea II. El nuevo arzobispo de Constantinopla es un viejo “correo” de Teodoro Estudita con el papa Pablo I, un impenitente escritor de “vidas de santos” y acaso autor de cierto libelo contra el emperador, amén de protegido de la emperatriz desde hacía años. Tras una vigilia en la Iglesia de Santa María de las Blaquernas, el 11 una procesión solemne recorre la ciudad y termina con gran solemnidad en Santa Sofía⁹⁶⁸. Viene a proclamar la “fiesta de la ortodoxia”, evento que aún hoy se recuerda anualmente en esa fecha. Al parecer, con frenesí se revisten de iconos portátiles y fijos los palacios, las mansiones, las iglesias, los edificios públicos y hasta las paredes en las calles. En el orden de nombramientos para puestos clave del episcopado reaparecen personajes como el cenobiarca Teófanos Palestino (elevado

⁹⁶⁴ Genesio, IV, 2, Kaldellis, p. 73. Al respecto, Mango, 1977b, pp. 133-135.

⁹⁶⁵ Las actas de este sínodo han desaparecido, pero lo esencial de contenido puede que se conserve en el llamado *Sinodicon de la Ortodoxia*, definiciones perentorias que aún se recuerdan a los fieles en las iglesias ortodoxas durante las ceremonias del primer domingo de Cuaresma. Al respecto, vid. Ostrogorsky, 1984. p. 219.

⁹⁶⁶ Sobre la deposición de Juan VII Gramático, vid. Lemerle, 1971, p. 144 y n. 152.

⁹⁶⁷ Metodio mantenía con la emperatriz Teodora una relación muy estrecha, hasta el punto de que, a pesar de sus antecedentes “penales” como iconodulo zelota, pudo vivir en palacio incluso antes de morir Teófilo. Sobre el patriarca, vid. Laurent, 1929, col. 1597-1606 y Dagron, 2000a, pp. 157-158 y n. 282. La principal fuente para este longevo y dominante personaje de la época es la *Vida de San Eutimio*, Gouillard, pp. 11-16. Remitimos también al epígrafe en Prosopografía.

⁹⁶⁸ *Theophanes Continuatus*, Bekker, pp. 159-160. Para un relato pormenorizado de todos estos vertiginosos acontecimientos, vid. Gouillard. 1967, pp. 120ss.

a metropolitana de Nicea), el eremita Jorge Mitileno (nombrado arzobispo de Éfeso) y los “confesores” Miguel y Simeón, puestos a la cabeza de los importantes monasterios “imperales” de Cora y los Santos Sergio y Baco. Todos ellos, es revelador, habían estado proscritos gobernando Teófilo⁹⁶⁹.

Comienza entonces la que Mango⁹⁷⁰ ha denominado fase de “liquidación del iconoclasmo” que acaso culmina en el 867, de nuevo en el correspondiente concilio que presidirá el patriarca Focio⁹⁷¹. Los monjes estuditas se alzan de nuevo como rigoristas y “puros en la fe”, intransigentes con la posible readmisión de cuantos obispos se “arrepintieran” de haber aceptado el iconoclasmo⁹⁷². Aunque hay una espesa cortina de silencio, algunos datos casi aseguran que en ese intervalo se desencadena una brutal represión a la inversa. Juan VII Gramático, que se mantuvo firme en sus convicciones, parece haber recibido un trato degradante mientras estuvo en prisión, hasta su muerte⁹⁷³. Sabemos que León Constantinopolitano, menos dispuesto al martirio, fue relevado de su cargo en Tesalónica y pasó a la vida ordinaria, ejerciendo de nuevo como simple profesor privado. Aún su discípulo, León Coirofactés, tuvo que sufrir censura y hasta persecución, significativamente acusado de “impiedad” y “helenista”, por “influjo del maestro”⁹⁷⁴. A la postre, es bien posible que, en su modo de interpretar

⁹⁶⁹ Al respecto Hatlie, 2007, pp. 391-393, con las referencias.

⁹⁷⁰ Mango, 1977b, *passim*.

⁹⁷¹ Sobre el Concilio del 867, que a la sazón derivó en una primera ruptura con Roma, vid. Dagron, 2000b, pp. 172-176.

⁹⁷² Al respecto, Dagron, 2000b, pp. 160ss.

⁹⁷³ Recluido en un espacio muy reducido, en aislamiento, habría sido azotado por orden de Teodora, recibiendo hasta 200 golpes (*Homilias de Focio*, Mango, p. 246). Referencias también en *Theophanes Continuatus*, Bekker, p. 157 y Simeón Logoteta, Bekker, pp. 647 y 652.

⁹⁷⁴ Al respecto, Magdalino, 2006, pp. 71-76.

la realidad, los acusadores tuvieran razón. Magdalino⁹⁷⁵ ha creído ver en ciertos de sus poemas, dedicados al joven Constantino VII Porfirogéneta, “lo esencial del pensamiento” que defendía el último patriarca iconómaco y del polímata que le inspiró su amor por las ciencias. Los golpes contra la doctrina y los hombres de la iconoclastia parecen haber sido rápidos y contundentes, incluso aplicando a veces un llamativo carácter “retroactivo”. Sirva como testimonio el ultraje y completa destrucción de los restos de quienes, seguramente, fueron los principales protagonistas “intelectuales” del rechazo a los excesos en la piedad⁹⁷⁶. Se trata, como asegura Brousselle⁹⁷⁷, de una práctica fuera de norma en el mundo bizantino, donde la ley castigaba con severidad la profanación de tumbas. En algún momento entre los años 861-864, a instigación del patriarca Metodio⁹⁷⁸ y con la anuencia del “excéntrico” emperador Miguel III, los monjes abrieron a la par las tumbas de Constantino V Caballinos y Juan VII Gramático⁹⁷⁹. Someten sus cadáveres a humillaciones varias, incluidas el dejar desnudos, la reclusión en el pretorio, la flagelación y el paseo infame por el hipódromo. Después serían incinerados en la plaza pública del Amastrianon, un “suplicio” rara vez aplicado en el Imperio, y las cenizas arrojadas al mar⁹⁸⁰. El sarcófago de mármol verde del emperador termina despiezado y las losas sirven para una nueva cancela en la Iglesia de Santa María del Faro. Está claro que el

⁹⁷⁵ Magdalino, 2006, pp. 76-77.

⁹⁷⁶ Para esta escatológica anécdota, remitimos al artículo específico de Brousselle, 2011.

⁹⁷⁷ Brousselle, 2011, p. 104.

⁹⁷⁸ Los responsables apuntan haber sido Miguel III, su ministro Bardas y el patriarca Metodio (análisis en Brousselle, 2011, pp. 104-113).

⁹⁷⁹ El relato más detallado lo ofrece León Gramático, Bekker, p. 248.

⁹⁸⁰ Brousselle, 2011, p. 104.

pueblo o los soldados ya nunca más podrían reunirse delante de aquella sepultura para invocar su retorno. También resulta evidente que los enemigos del iconoclasmo no perdonaron ni olvidaron. De hecho, y por lo que cabe deducir de los escritos, la represión “ortodoxa” se mantendría en vigor durante varias centurias.

— Rasgos generales de la pugna ideológica iconoclastia/iconodulia

Al sentir de Herrin⁹⁸¹, los años esenciales para comprender la génesis del iconoclasmo fueron aquellos tan críticos que van del 695 al 717, cuando el Imperio estuvo a punto del colapso total, dividido por conflictos internos y los árabes califales amenazaban con tomar la capital. En tan breve lapso se habían sucedido 6 emperadores con traumáticos golpes y una notable falta de dirección política. Cabe hablar por ello de unas “décadas de anarquía”. Se entiende que el movimiento iconoclasta, impulsado esencialmente por el poder político-militar, vino a suponer una reacción o respuesta, de largo alcance, ante ese mismo problema vital. En frase de Dagron⁹⁸², “no abre una crisis, que es muy anterior, sino que acompaña el remedio”. Está fuera de duda que las invasiones búlgaro-eslavas y, de manera muy particular, la irrefrenable expansión del Islam, habían terminado por sumir a la sociedad bizantina en una profunda crisis, a finales del siglo VII. Entre los ingredientes no fue menor el desaliento, una enervante sensación de

⁹⁸¹ Herrin, 1977, p. 15.

⁹⁸² Dagron, 2000a, p. 130.

impotencia e incluso abandono sentida por la colectividad⁹⁸³. Tal vez en ese momento las voces discordantes con la deriva de la gobernanza y del cristianismo, facetas entonces muy imbricadas, se hicieron más visibles. Unos y otros aspectos pueden desde luego ser analizados por separado, pero entendiendo que en conjunto apuntan haber conformado dos grandes opciones para enfrentar el trance. Ello, por más que dentro de cada bloque se dibujaran “extremistas” y “moderados”, algo que resulta una constante en la historia de los movimientos políticos, institucionales y/o religiosos, como es bien sabido.

A.- Aspectos administrativos, económicos y sociales

Cabría sintetizar la iconoclastia como una corriente a favor del predominio absoluto del poder civil, con la cima indiscutible en el trono del agosto, junto a la prioridad del Estado y la fuerza armada⁹⁸⁴. Acaso, semejante vocación se conformaría sobre la base de una estabilidad social alcanzada virtud a la protección de las capas medias agrícolas y mercantiles. Podría haber sido el ideario de algunos dirigentes y hasta clérigos, mayormente de ese estrato modesto, pero apunta haber tenido como principales simpatizantes a los militares, muy en particular aquellos que enfrentaban

⁹⁸³ Brown, 1973, p. 23 y Cormack, 2008, p. 754.

⁹⁸⁴ Acaso por tales conclusiones, Brown, 1973, p. 29 habla de un “iconoclasmo jacobino”, más acusado desde luego en tiempos del enérgico Constantino V Caballinos. Vid. también Haldon, 1977, *passim*, esp. pp. 180-184.

directamente el peligro árabe en Anatolia⁹⁸⁵. No cabe duda que ese objetivo político implicaba un choque inevitable con quienes estaban por defender los intereses de ciertas élites privilegiadas, en particular la aristocracia urbana y aquella latifundista, amén de las jerarquías episcopales y cenobíticas. De cierto, a menudo los distintos miembros de tales colectivos compartían el mismo origen familiar, conformando sagas de rancio abolengo⁹⁸⁶.

En verdad, abundan las pruebas relativas a la gran opulencia de los grandes monasterios entre los siglos VI y VII. En las *Vitae* no es raro oír hablar de compras de objetos litúrgicos extraordinariamente caros por los abades⁹⁸⁷. El vasto tesoro del Monasterio de Sión, en el sur de Asia Menor, ahora dividido entre el Museo Arqueológico de Estambul y la Dumbarton Oaks Collection, los iconos encáusticos adquiridos por los monjes del Monte Sinaí y la alta calidad y valor económico de la decoración en la diaconía griega de Santa María la Antigua en Roma, podrían servir como muestras. A buen seguro, los monumentales complejos cenobíticos constantinopolitanos, tales que el Estudios, el Dalmacios, el Cora o el Dio, tampoco se quedarían atrás en esa carrera de atesorar patrimonio y bienes. A mayor abundamiento, no era sólo la fortuna que se inmovilizaba, también deberíamos añadir la que hoy designamos en el epígrafe de “recursos humanos”. Sin duda alguna, la llamada del convento seducía por entonces a un número muy elevado de profesantes, entre ellos no pocos de entre los mejor preparados

⁹⁸⁵ Los principales líderes del iconoclasmo imperial (León III, Miguel II y León V) fueron militares surgidos del *Tema* de Anatólicos, la región militar fronteriza y con mayor actividad bélica frente a los sarracenos. Remitimos al capítulo de Prosopografía.

⁹⁸⁶ Auzépy, 1988, pp. 48ss.

⁹⁸⁷ Al respecto, Cormack, 1977, p. 37.

para el ejercicio de la administración⁹⁸⁸. En un momento de guerra y crisis demográfica, ello podría haber constituido un problema de envergadura.

En vista de lo expuesto, tal vez resulte asequible advertir cuales fueron las causas reales de tanta inquina contra una porción importante de la Iglesia, con los enormes y ricos monasterios en un primer plano. No es descabellado suponer que los emperadores más dotados consideraran a la masa improductiva encerrada en esos opacos recintos, dirigida por abades aristócratas, como una seria amenaza para la supervivencia del Imperio. No en balde, los gastos estatales se sostenían esencialmente virtud a los impuestos que pagaban los campesinos libres, aquellos mismos que aportaban mozos al ejército. Tampoco menor sería la oportunidad de reducir los caudales acumulados en tales establecimientos hasta entonces exentos, oro y plata que podrían revertir a las arcas un montante en absoluto despreciable. La fuerza armada y su logística, que siempre parecen haber sido el principal interés de unos comandantes excepcionales como fueron León III Sirio, Constantino V Caballinos, León V Armenio, Miguel II Tartamudo y Teófilo Amoriano serían los beneficiados de esa “monacatomanía”. Posiblemente, este choque de intereses se ampliaba a lo que podían haber constituido fuentes de ingresos propios del ámbito eclesial, tanto regular como monacal. El culto a los santos, las curaciones milagrosas, la devoción a imágenes y reliquias formarían parte de un *modus vivendi* “ultra clerical”⁹⁸⁹, y estarían en contra de la tendencia iconoclasta hacia la espiritualidad “simple”, el pragmatismo y la eficiencia administrativa. En suma, disminuir la largueza “terrenal” de

⁹⁸⁸ Al respecto, vid. Hatlie, 2007, pp. 362-365.

⁹⁸⁹ Brown, 1973, pp. 14-15.

la Iglesia, en particular de aquella más autónoma, podría haber conformado un escalón clave en la búsqueda de medios para aumentar los recursos del Estado. La disputa sobre la “idoneidad de la dulía a los iconos” sería, en esta hipótesis, sólo el más “vistoso” entre un buen número de elementos discrepantes entre dos corrientes políticas, que sin remisión debían chocar en el seno de Bizancio. En definitiva, habría que asumir la “adorabilidad” de la imagen religiosa como un debate no esencial, habida cuenta de la naturaleza en verdad compleja del conflicto.

B.- Aspectos ideológico-religiosos

Es posible entender la iconoclastia como la corriente favorable a un cristianismo “reformado”, que buscaba enmendar excesos y no tanto corregir bases dogmáticas previas. Es oportuno señalar que, sin reservas, se reivindicaba en comunión con todos los concilios ecuménicos precedentes. La reunión de Hieréia, primavera y verano del 754, pretendía reafirmar y proteger lo ya acordado desde Nicea I, en el 325, bajo los auspicios del augusto que sentó las bases del “Imperio Cristiano”. Lo mismo cabe decir del celebrado en el 815, presidido por el patriarca Teodoto, utilizando la galería meridional de Santa Sofía. Ciertamente, el movimiento iconómaco apunta haber llegado a defender algunos aprontes doctrinales, en particular bajo Constantino V Caballinos y con Juan VII Gramático, pero cabría advertir que la mayor parte de sus propuestas afectaban en singular a la liturgia y que aun los elementos teóricos hacían referencia a los usos ordinarios de la vida social y al ritual, con sus derivadas morales y costumbristas.

En principio, y ese sería el elemento esencial de la disputa, parece claro que se matizó la capacidad de intercesión de los santos (la *presbeia*) y la genuina esencia de la santidad, en abierta oposición a los llamados “santones”. Como corolario también se comenzó a cuestionar la extensión y lugar de lo sagrado. Para los iconodulos sería una esencia difusa y difundida a través de los iconos y las reliquias. Para los iconómacos estaría concentrada en la eucaristía y la unción sacerdotal⁹⁹⁰. A la inversa, el campo de lo profano era bastante reducido al sentir de unos y mucho más amplio en los otros. El tamaño de las parcelas o intereses de la Iglesia y del Estado resultaba muy distinto, según cada ideario. Todos esos elementos formaban parte de una misma idea global respecto a la “verdadera fe” y, sin poder separarse de ella, la mejor política interior y exterior del Imperio. Analizaremos cada uno de ellos por separado, a fin de compendiar los argumentos que en uno y otro caso se dieron y defendieron.

1.- *Presbeia*

Parece claro que la iconoclastia no puso en cuestión la capacidad de intercesión de los santos, la *legatio* o *presbeia* (*πρεσβεία*), como asegura el canon de Hieréia⁹⁹¹. Ahora bien, lo restringió al camino único de la plegaria íntima y la imitación de sus actos benéficos. Cabe subrayar que en absoluto se tenía por adecuada ninguna otra forma “por medio de materia” para invocar a los “bendecidos por Dios”. Esto implica, en nuestro sentir,

⁹⁹⁰ Al respecto, Gero, 1975, *passim*, Gero, 2000, *passim* y Auzépy, 2001, pp. 342-348.

⁹⁹¹ *Concilio de Nicea II*, Mansi XIII, 348DE.

una mayor importancia concedida al esfuerzo y obra frente a la mediación y pasividad. Enlaza con la figura del llamado “santo iconoclasta”, que se perfila en la “hagiografía iconómaca”, censurada o desdibujada por los triunfantes iconodulos y puesta a la luz por Ševčenko⁹⁹² y Auzépy⁹⁹³.

Estos *benditos* que preconizan los iconómacos no son anunciados ni nacen ya rodeados de fenómenos extraordinarios y tampoco verifican milagros o buscan alejarse del mundo; al contrario ejercen una profesión entre sus similares y alcanzan precisamente la santidad por medio de la excelencia y la compasión en lo que hacen y para quienes le rodean. Sobre ellos están ausentes los epítetos de “bienaventurado” (μακαρισός) o “venerable” (σεβαστός), tan socorridos en la literatura al uso. De ordinario se prefiere “el anciano” (ὁ γέρων) y, sobre todo, “el justo” (ὁ δίκαιος).

En cualquier caso, no parece ser el adjetivo el que cuenta sino el verbo, no el “estado de santidad” sino “la acción santa”⁹⁹⁴. Sus obras nunca revierten en beneficio de un solo individuo, se dirigen a la colectividad y casi podría decirse que se trata de “acciones socio-políticas”⁹⁹⁵. Las referencias modélicas, comparaciones y metonímias, son eminentemente profanas, y entre ellas tanto el soldado como el campesino son términos de alto valor. El santo labora entre los demás en una actividad “laica” para poder complacer a Dios, y se recurre en este caso a la recomendación bíblica del apóstol Pablo⁹⁹⁶. Tampoco tiene el don de la ubicuidad ni realiza otras acciones

⁹⁹² Ševčenko, 1977, *passim*.

⁹⁹³ Auzépy, 1992, *passim*.

⁹⁹⁴ Auzépy, 1992, p. 330.

⁹⁹⁵ Auzépy, 1992, p. 332.

⁹⁹⁶ II Tesalonicenses, 3, 10.

imposibles, como viajes aéreos, y hasta se le perdona no estar al abrigo de las pasiones⁹⁹⁷. En fin, sólo se reconoce su condición por la estricta observancia de las genuinas virtudes cristianas, misericordia, sabiduría, justicia y modestia, dentro de su consciente y pleno ejercicio social.

2.- Santones

Visto lo referente a los modelos de virtuosos iconoclastas, se puede comprender y dar por cierta la radical oposición que éstos plantearon a la figura del santón medieval bizantino. Por costumbre, eran monjes y fundadores de monasterios y así, en expresión de Mango⁹⁹⁸, “el monacato era su cantera”. Desde luego, la santidad se manifestaba por una larga y tan disparatada como inverosímil serie de poderes extraordinarios. Aunque como norma ya se estaba predestinado para tal “estado”, en plenitud se alcanzaba sólo tras superar una dura y absurda escala de mortificaciones⁹⁹⁹. El ideal apuntaba al ascetismo extremo, que permitía anular el cuerpo en la *indolentia* (ἀπάθεια) y acercarse así a lo divino.

En la cima se hallaba el célebre “santo loco por causa de Cristo” (σαλὸς διὰ τοῦ Χριστοῦ), que se decía llegaban a simular demencia para ocultar sus milagros¹⁰⁰⁰. Ello permite traer a la memoria que el exhibicionismo era común y que, no menos rutinario, ejercían una sustanciosa actividad retórica.

⁹⁹⁷ Auzépy, 1992, p. 334.

⁹⁹⁸ Mango, 1994, p. 340.

⁹⁹⁹ Mango, 1994, pp. 340-343.

¹⁰⁰⁰ Al respecto, vid. Simón Palmer, 1999, *passim*.

Es de resaltar que las gentes estaban atentas a tales personajes, hasta el grado de haberse convertido en figuras influyentes, vinculadas incluso con las fuentes de influencia y poder¹⁰⁰¹. Éste era, a la sazón, el arquetipo más en boga, al menos entre los hagiógrafos, quienes a buen seguro no hacían más que satisfacer en lo literario una dinámica socio-cultural que seguía su propio curso.

Ciertamente, a finales del siglo VII el *holy man* se había convertido en el “árbitro de la disciplina cristiana en la comunidad”, al decir de Brown¹⁰⁰². Es sabido que en algunos casos su autoridad llegó a superar de largo la del obispo, incluso osando cuestionar la elección o decisiones patriarcales. Algunas, sino la mayoría, de orden más político que religioso, pues no en balde los ascetas se encontraban en esos años “profundamente politizados”, al decir de Hatlie¹⁰⁰³. Si el ascenso de los santones coincide con el declinar de las instituciones clásicas¹⁰⁰⁴, cabe entender que un movimiento con pretensiones de recuperar la fortaleza del Estado se enfrentara a ellos. Eso es lo que advertimos viene a ocurrir entre los siglos VI y VIII, oscilando diversos grados de tensión.

Como derivada se daría un choque con la propia institución eclesiástica, pues es fácil entender que ésta viera en la actitud del trono una peligrosa deriva contra sus intereses y potestades. La “libertad de la Iglesia” estuvo amenazada por emperadores como León III Sirio, Constantino V Cballinos,

¹⁰⁰¹ Mango, 1994, pp. 343-349.

¹⁰⁰² Brown, 1973, p. 20.

¹⁰⁰³ Hatlie, 2007, p. 365.

¹⁰⁰⁴ Brown, 1971, p. 100.

León V Armmenio y Teófilo Amoriano, por citar a los más enérgicos en este sentido. Entre los elementos de discordia podría haber estado la intromisión en aspectos litúrgicos, el monaquismo autónomo y, sobre todo, el ascetismo extremo con su apéndice de pueril milagrería, ingredientes que de alguna manera se ligaban a la inactividad, el provincialismo y las fuerzas centrífugas en el Imperio¹⁰⁰⁵. A buen seguro, éstas últimas habían tenido un papel clave en las pérdidas territoriales sufridas en los decenios anteriores a la iconoclastia.

3.- Iconos

Desde un cristianismo anicónico original, lo cierto es que a finales del siglo VI, y por razones diversas, se había establecido un iconismo muy en consonancia a lo que Kitzinger¹⁰⁰⁶ denomina “ingenuas ideas animísticas de las masas”. Siendo así, resulta notorio que los emperadores sirios inician una operación profunda e intensa en sentido opuesto. Al sentir iconómaco, los iconodulos habían caído pura y simplemente en una forma de “idolatría”, y tal suponía una falta muy grave¹⁰⁰⁷. Es evidente que para ellos la diferencia entre “adoración” (λατρεία) y “servidumbre” (δουλεία) era un matiz teórico demasiado sutil, un sofisma gestado *ad hoc* y esencialmente falaz. En particular porque se hablaba de que los “duliados” o venerados compartían con el prototipo la *potentia* o facultad de poder (δύναμις) y la *efficacia*,

¹⁰⁰⁵ Brown, 1973, p. 8ss.

¹⁰⁰⁶ Kitzinger, 1954, p. 147.

¹⁰⁰⁷ Vid. por ej. Auzépy, 2004b, pp. 271ss.

capacidad de actuar (ἐνέργεια), condiciones que en puridad se consideraban reservadas a Dios¹⁰⁰⁸. Entre los principales objetos que excitaban esa pasión abominable sobresalían los omnipresentes retratos sobre paneles o tablas de madera, y contra ellos dirigen en consecuencia sus principales acciones coercitivas. Desde luego estaban dentro de aquello “hecho por las manos [del hombre]” (χειροποίητα) y por ende se reconocían como extraños a lo sacramental.

Empero, no parece que pretendieran destruir los iconos por el mero hecho de su existencia, más bien su objetivo fue evitar que pudieran recibir culto. De hecho, la arqueología desmiente que se llegara a desarrollar nunca una campaña masiva de eliminación de imágenes religiosas, al menos las murales y seguramente tampoco las portátiles¹⁰⁰⁹. Es sabido que en Tesalónica, las iglesias de San Demetrio y San Jorge no vieron nunca modificada su decoración. En otros casos sólo sufrirían ciertas modificaciones, a veces retornando a modelos paleocristianos. En Nicea la figura de la Virgen se cubrió con una enorme cruz. En Santa María de las Blaquernas el ciclo neotestamentario dejó paso a estampas bucólicas, con vegetales y pájaros.

Cuestión aparte parece ser el caso de la decoración en edificios ordinarios públicos y privados. En ellos está claro que se preconizó una vuelta a patrones del clasicismo romano y el ejemplo del Million en Constantinopla serviría para expresarlo. Allí una representación conciliar fue retirada para dejar paso a una escena del hipódromo, con los aurigas

¹⁰⁰⁸ Por ello eran capaces de “hablar” o ejecutar milagros. Al respecto, Auzépy, 1987, pp. 42-43.

¹⁰⁰⁹ Mango, 1977a, p. 4.

y las cuadrigas en marcha. En suma, parece evidente que la iconoclastia rechazaba las imágenes que se plasmaban en objetos visibles y sensibles, en la medida que pretendían “poseer” o “servir de ventana” a la propia divinidad o santidad. De otra manera, igualmente se escandalizaban ante la idea de una “encarnación icónica”. Es decir, asumían que lo divino sólo estaba en el cielo, como la rogativa del *padrenuestro* proclama, lo que acaso enlaza con una escrupulosa separación de los poderes temporal y espiritual, en la versión laica. De cierto, este pensamiento sostiene la necesidad de dejar gobernar al emperador sobre los hombres y las cosas de este mundo, como reivindica el proemio de la *Ecloga*, sin que la Iglesia pueda objetar apenas nada al respecto¹⁰¹⁰.

4.- Reliquias

No cabe duda alguna que los iconoclastas estuvieron contra el uso y abuso de las reliquias y que lo hicieron plasmar en la legislación. Al sentir de Auzépy¹⁰¹¹, los datos más significativos que tal aseguran serían el Concilio de Nicea II¹⁰¹² y los *Antirrhetici* escritos por Nicéforo Patriarca¹⁰¹³. En el canon 7 del primer documento se señala que, bajo la dinastía siria, las iglesias se consagraban sin su aporte. En la Antirrética II se dice que Constantino V prohibió colocarlas bajo los altares y en la Antirrética III que se había ordenado abrir y evacuar las que allí se encontraban. En

¹⁰¹⁰ Vid. por ejemplo, el análisis de Auzépy, 1998, *passim*, con las referencias a las fuentes.

¹⁰¹¹ Auzépy, 2001, pp. 17-18

¹⁰¹² *Concilio de Nicea II*, Mansi XIII, 328E-329D.

¹⁰¹³ *Antirrhetici Nicephori*, PG 100, 344A y 477B, Mondzain-Baudinet pp. 159 y 258.

cualquier caso, no faltan noticias en las fuentes relativas a la retirada o, en ocasiones, destrucción de las mismas por parte de los iconoclastas. Como para las imágenes, no parece que se tratara tanto de una actitud vandálica general, sino puntualmente aplicada cuando el objeto recibía una atención indebida. Aún entonces se encarecía la obligación de evitarles todo daño y que, desde luego, no fueran sustraídas, ellas o los suntuosos relicarios¹⁰¹⁴. Empero, sabemos que hubo casos recalcitrantes que llegaron a superar la paciencia imperial. Entre estas últimas, conforme al relato de Constantino de Tíos¹⁰¹⁵, sobresaldría el del supuesto “cuerpo de santa Eufemia”. Negando su incorruptibilidad, por más que correspondiera a una bienaventurada, para los augustos sirios era un simple elemento “profano” que ensuciaba la sacralidad de la Iglesia¹⁰¹⁶.

Similar procedimiento se perfila en el supuesto de las aguas “sagradas”, los agiasmas (αγίασμοι), que tampoco gozaron de la anuencia imperial iconómaca¹⁰¹⁷. A quienes utilizaban esas poco higiénicas “agiasmo-terapéuticas” el emperador les designaba con el peculiar, pero acaso muy

¹⁰¹⁴ Ver al respecto, Auzépy, 2001, pp. 21-22, con las referencias a las fuentes.

¹⁰¹⁵ Constantino de Tíos, *Reliquias de Eufemia*, Halkin, pp. 84-106.

¹⁰¹⁶ Al respecto, Auzépy, 2001, pp. 18-20, con las referencias a las fuentes.

¹⁰¹⁷ Los emperadores iconómacos sí parecen en cambio haber disfrutado de las aguas termales. Sabemos que el balneario preferido de Constantino V estaba en Nicomedia y que allí buscó refugio durante la epidemia de peste del año 747-748. Por otro lado, sabemos de la presencia de baños y piscinas exteriores en la que fue su residencia de descanso habitual, el llamado Palacio de Hieria. Se trataba de un amplio y aireado pabellón, asomado a la costa en del lado asiático del Bósforo (acaso en el actual Fenerbahçe), disfrutando de una inmejorable situación y vistas. Siguiendo acaso la tradición de Constantino I, que eligió el bucólico lago de Nicea y el senado de la ciudad, en ese ambiente relajado y saludable enfrente de Constantinopla, no en una iglesia, hizo reunir el concilio iconoclasta del año 753. Sobre el edificio y su historia, vid. Janin, 1964, pp. 148-150.

descriptivo, término de “hidrólatras” (ὕδρολάτρας)¹⁰¹⁸. Del mismo modo que los iconos, esta “materia” y todas las similares no podían ser, a su juicio, vehículo de intercesión o presbeia, algo que declara el cronógrafo Teófanos¹⁰¹⁹. Convertidas en “substancia perecedera”, se entiende que un líder poco dócil como Constantino V Caballinos “no tuviera en cuenta las reliquias para nada”, al decir del autor de la *Vida de San Nicetas de Medikion*¹⁰²⁰. Podrían ser acaso guardadas como “fuente material” de la memoria o suprimidas si daban lugar a idolatría.

Ciertamente supone un error, no por frecuente menos grave, estimar que el leipsanoclasmo fue una peculiaridad de los enérgicos augustos sirios, que no compartieron el resto de iconómacos¹⁰²¹. El llamado *Canon Epinicius seu Victorialis*¹⁰²², cuyo autor tal vez fue el patriarca Metodio, deja bien a las claras que Juan VII Gramático por igual despreciaba el fervor iconodulo hacia las *reliquiae* (λείψανα). Lo mismo cabe argumentar respecto a su carácter “fundacional”, no en balde Juan Damasceno¹⁰²³ escribe un largo epígrafe dedicado a la vindicación de las reliquias, precediendo a las páginas donde sostiene los iconos. Es evidente, por ende, que esta faceta fue reiterada, acaso medular y presente tanto en el primer como segundo tiempo del iconoclasmo. No es un hecho precisamente baladí, a nuestro

¹⁰¹⁸ Constantino de Tíos, *Reliquias de Eufemia*, Halkin, p. 96. Comentarios, con una visión peculiar, en Wortley, 1982, pp. 274-275.

¹⁰¹⁹ *Cronografía de Teófanos*, De Boor, p. 406.

¹⁰²⁰ *Vida de San Nicetas de Medikion*, BHG 1341, 28. Subrayado por Auzépy, 2001, p. 21.

¹⁰²¹ Vid. por ej. Wortley, 1982, *passim*.

¹⁰²² *Canon Epinicius seu Victorialis*, PG 99, 1777B (Oda VIII). Citado y puesto de relieve por Gero, 1974-1975, p. 32, n. 33.

¹⁰²³ Juan Damasceno, *Expositio Fidei Orthodoxae*, PG 94, col. 1164-1168; IV, 15 (a las reliquias) y también IV, 16 (a los iconos). Comentarios en Auzépy, 2001, pp. 19-20.

sentir. Desde luego, si traspasamos semejante concepto de “irrelevancia” a los restos mortales en general, cabe imaginar un vuelco respecto a la consideración de su aprovechamiento en medicina, de manera singular para el desarrollo de la anatomía¹⁰²⁴.

— La pugna teórica iconoclastia / iconodulia y los fundamentos epistemológicos de la medicina

Las implicaciones de la querrela iconómaca, tal y como la hemos relatado, para el ámbito de la ciencia en general y medicina en particular resultan, a nuestro entender, bastante más obvias y sencillas de las que atañen al campo de la teología. En este asunto algunos conceptos están fuera de discusión y se antojan muy relevantes, todo ello sobre la base de lo antes descrito para la política, sociología y religión. El más importante, a nuestro sentir, es que la iconodulia defendía el vínculo sinérgico establecido entre santón, icono, reliquia, presbeia y sanación milagrosa. Supuestos o reales objetos, restos humanos e imágenes relativos a la santidad, junto a los llamados *holy man*, genuinos “santos vivientes”, se reivindicaban como vehículos de salud disponibles. Así aparece explícito e implícito en un gran número de textos “ortodoxos”. Se podría decir que todos jugaban el mismo “rol psicológico” en su capacidad para trasladar la fuerza divina¹⁰²⁵. Se defendía y promovía la credulidad, una fe inquebrantable en la capacidad para resolver tanto los males espirituales como los físicos, por medio de exorcismos,

¹⁰²⁴ Vid. *infra*.

¹⁰²⁵ Brown, 1973, p. 15.

consejos morales, aguas bendecidas y, cabe subrayar, la administración de “tratamientos”¹⁰²⁶. Éste fue uno de los principios de la facción iconodula, expresado de muy diversas maneras y con mayor o menor elegancia una y otra vez. No sin razón, los exégetas de esa corriente esgrimían que se trataba de una acendrada tradición de la praxis cristiana. Desde el siglo IV, o acaso antes, objetos o sustancias varias y anacoretas habían ejercido como sanadores milagrosos de manera “tangibile y eficaz”, si damos crédito a la hagiografía¹⁰²⁷. Dos centurias después, los iconos comienzan a saturar las paredes de las iglesias y están plenamente integrados en la liturgia, tal vez incluso ya dominan entre los diversos placebos de este género¹⁰²⁸. Apunta haber sido muy mayoritaria la aceptación de semejantes prácticas que, sin miedo a equivocarnos, tildaríamos de supersticiosas. A juzgar por los hechos conocidos, no se trataba sólo de las clases bajas y medias, afectaba por igual a la aristocracia. De cierto, podemos ver a muchos personajes de todos los estratos empeñados en la iconodulia con vehemencia. No en balde, sería por entonces lo “políticamente correcto” si nos permitimos la expresión del argot actual, un credo respaldado por el patriarca, la mayoría de obispos y clero ordinario, el monacato casi sin excepción y de modo pasivo también por los poderes civiles hasta el año 730. Se enmarcaría dentro de una forma de vivir general, una versión de la ideología totalitaria que a la sazón era el cristianismo, donde lo religioso impregnaba todas y cada una de las distintas facetas de la existencia humana.

¹⁰²⁶ Brown, 1971, pp. 95-96.

¹⁰²⁷ Brown, 1971, p. 96.

¹⁰²⁸ Kitzinger, 1954, pp. 108 ss; Brown, 1973, p. 15.

Empero, cabe imaginar que una parte de la sociedad en absoluto estaba tan seducida por este ideario. No abundan las señales de discordancia en las fuentes, pero tampoco están ausentes. Cada ejemplo, cabe subrayar, tiene un alto valor porque sabemos que han llegado hasta nosotros a pesar de una férrea censura. El contenido y tono de las *Vitae* y en particular de los *Miracula* están, una vez más, entre las mejores fuentes disponibles. Sabemos que a mediados del siglo VII la literatura de los santos anacoretas se extrema en sus descripciones, alcanzando el paroxismo¹⁰²⁹ con el llamado “santo loco” (σαλός). Éste es un atrabiliario asceta que renuncia a la razón, la cordura y la sabiduría mundana y que, por humildad, presenta sus milagros como manifestaciones de locura¹⁰³⁰. Sin duda son personajes demasiado ambiguos, hasta incómodos para la jerarquía de todos los órdenes, pero representan la cúspide de un largo y desaforado proceso de credulidad. Pudieron generar ya algunas señales de rechazo incluso entre los “piadosos”, por lo que en breve se ven superadas por otra versión no menos candorosa pero más dócil y manejable. Hablamos de las “colecciones de milagros”, surgidas tarde y que en breve gozan de enorme predicamento.

Ciertamente, lo que se fomenta al alba del iconoclasmo no son aquellas teatrales existencias, sino las más recientes y aleccionadoras antologías de sucesos extraordinarios. Sabemos que una gran cantidad se escriben en Constantinopla superado el 650, coincidiendo con una intensificación del culto a los santos¹⁰³¹. Parece claro que, a comienzos del siglo VIII, en

¹⁰²⁹ Auzépy, 1994, p. 35.

¹⁰³⁰ Auzépy, 1994, p. 33.

¹⁰³¹ Auzépy, 1994, p. 36.

Bizancio y también Occidente una parte importante de la sociedad, incluida la clase dominante, cree en el milagro como algo cotidiano, tanto como para que, en palabras de Auzépy¹⁰³², se “disemine y banalice”. Es notorio que, entre lo “digno de admiración” (θαυμάσιος) aparece con frecuencia y destacada la cura *ad integrum* de algún mal sufrido por el hombre, a menudo manifestación del pecado. La acción del bienaventurado (ya muerto) y del santón (aún vivo) se muestra aquí oportuna y en extremo eficiente, a juzgar por la hagiografía. De hecho, en términos generales y para todo el tiempo medieval, es obligado reconocer que cualquier “elegido” cristiano se erige como “mejor médico y guía para la más grande salvación”, en el pensamiento común de la Iglesia y los fieles.

Los documentos de diverso orden aseguran que la energía divina y la Gracia eran mucho más poderosas que el “servicio médico humano” para solucionar las enfermedades del cuerpo, amén que las del alma. Además, y esto acaso es lo más apreciable, no era complicado acceder a ellas. La *Vida de San Evaristo*¹⁰³³, puesta de relieve por Kazhdan¹⁰³⁴, podría servir como paradigma de semejante pensamiento. No menos elocuentes resultan las que consigna Agustín de Hipona¹⁰³⁵, las protagonizadas por santa Tecla¹⁰³⁶ o las reliquias de san Artemio¹⁰³⁷, amén de los santos Ciro y Juan, escritas por Sofronio¹⁰³⁸. El discípulo de Juan Mosco, además, nos transmite una

¹⁰³² Auzépy, 1994, pp. 31-32.

¹⁰³³ *Vida de San Evaristo*, Van de Vorst.

¹⁰³⁴ Kazhdan, 1984, p. 45, n. 23.

¹⁰³⁵ Por ej. *La Ciudad de Dios*, 22, 8, PL 41, col. 788.

¹⁰³⁶ *Milagros de Santa Tecla*, Talbot/Johnson, *passim*.

¹⁰³⁷ *Milagros de San Artemio*, Crisafulli/Nesbitt, *passim*.

¹⁰³⁸ *Thaumata de Sofronio*, Fernández Marcos, *passim*.

taxonomía preciosa al respecto, presentando la enfermedad bien como posesión, golpe o hasta treta del demonio, con el agregado de la irritación divina, sin olvidar las “causas naturales”¹⁰³⁹. Éstas últimas no apuntan ser especialmente frecuentes y, tras un análisis adecuado, lo más habitual es que incluso pudieran ser afrontadas con un refuerzo de la piedad. En consonancia, los procedimientos terapéuticos están en mayor medida ligados a consideraciones de orden moral y el elemento taumátúrgico, “disponible” si se posee sólida *fides* (πίστις), acaso ocupa el vértice en el marco de la *incubatio* cristiana¹⁰⁴⁰.

Pero en verdad no podría decirse que tal forma de pensar fuera monolítica. Sabemos que había gentes reticentes que, dentro de una sincera fidelidad cristiana, repudiaban los excesos. Entre ellos se extendía la “sombra de la duda” y “se ponía en cuestión la hagiografía”, según los términos aplicados por Dagron¹⁰⁴¹. Este grupo podría haber aumentado su número, alimentado por los desastres y la urgencia de reaccionar frente a la evidente descomposición del Estado¹⁰⁴². Las invasiones árabes, en particular, parecen haber sumido a la sociedad en una profunda desmoralización. En ese momento frente a los “piadosos” se alzarían los “impíos”, acaso los que cuestionaban el abuso en el culto según terminología iconodula. Como ya hemos adelantado, con el impulso del músculo militar, el movimiento iconoclasta apunta haber constituido una iniciativa polifacética para abordar una larga y profunda crisis. Se trataba de mejorar las capacidades de Bizancio

¹⁰³⁹ *Thaumata de Sofronio*, Fernández Marcos, pp. 106-112.

¹⁰⁴⁰ Al respecto, vid. el amplio estudio de Teja, 2008, *passim*.

¹⁰⁴¹ Dagron, 1992, p. 59.

¹⁰⁴² Sobre la cuestión, vid. los análisis de Dagron, 1992, *passim* y Auzépy, 1994, *passim*.

al objeto de enfrentar una gravísima amenaza. Entre ellas estarían las de orden demográfico, tributario y técnico. Los emperadores proponen la familia y una férrea disciplina fiscal contra el ascetismo y la exención caprichosa. En el último apartado, la potenciación del pensamiento matemático-mecánico y positivo estaría en plena concordancia.

El hipotético soporte de ello radicaría en la preferencia y profundización sobre los enunciados de Platón, que estarían más en consonancia con la doctrina iconómaca. La peculiar perspectiva pseudo-dionisiaca de Constantino V Caballinos encajaría en esta vía de acceso al conocimiento del cosmos¹⁰⁴³. Se complementa con la impresión de alguien favorable al racionalismo y lo tangible o natural, tal y como se nos presenta en los *Antirrhetici*¹⁰⁴⁴. Se sumaría así la observación y cuantificación, amén de un objetivo utilitario, adhiriendo sin fractura teoría y práctica. Algo similar sabemos que se abre camino en el califato por tales fechas, teniendo en Jabir ibn Hayyan¹⁰⁴⁵ (alquimista) y al-Kindi¹⁰⁴⁶ (polímata) dos figuras destacadas¹⁰⁴⁷. Dada la dirección que sigue entonces el flujo de las competencias y saberes, de Bizancio a Oriente y apenas viceversa¹⁰⁴⁸, advertir influencia bizantino-iconoclasta en estos sabios islámicos no sería algo inverosímil. La inusitada

¹⁰⁴³ Vid. *infra*.

¹⁰⁴⁴ Vid. *infra*.

¹⁰⁴⁵ Un análisis de su obra y pensamiento cientísta en Hill, 1990, *passim*, esp. pp. 333-335.

¹⁰⁴⁶ Al-Kindi pasa por haber intentado aplicar las matemáticas en farmacología y el abanico de sus intereses sería extraordinariamente similar al de León Constantinopolitano. Para la cuestión, vid. Pioreschi, 2002, *passim*, esp. pp. 18-19.

¹⁰⁴⁷ Es indudable la autoridad de ambos en relación a la obra de Ibn al-Haytan (“Alhacen”), quien es considerado el creador del método científico e incluso un precedente para el razonamiento analógico. Al respecto, Bradley, 2006, *passim* y Rayan, 2014, *passim*.

¹⁰⁴⁸ Le Coz, 2009, pp. 70ss. Vid epígrafe de formación en medicina.

afición por la astronomía/astrología que se pone a la luz durante tales decenios redundaría en la misma idea: interés por la recogida de datos y análisis numérico. Tal vez así se explica que surgieran figuras inauditas en Bizancio, como León Constantinopolitano y adelantos como el telégrafo óptico, el sifón de fuego griego o los autómatas palatinos¹⁰⁴⁹. Insistiríamos en el hecho de que todos estos ingenios suponen un apuesta por la mecánica y la revalorización de clásicos como Herón Alejandrino. Igualmente sería significativo que tales adelantos no tuvieran la continuidad deseada, los dos primeros parecen haberse dejado paulatinamente deteriorar en tanto los terceros sabemos que fueron destruidos bajo Miguel III y sus consejeros “ortodoxos”¹⁰⁵⁰.

En la misma línea, Juan VII Gramático igualmente demuestra una especial predilección por los astros, pero también hacia la química y la arquitectura, disciplinas muy ligadas a la experimentación, geometría y aritmética¹⁰⁵¹. Para la medicina académica dominaría la pujanza del mismo ambiente. Rechazados el milagro, la presbeia, las reliquias, los agiasmas y los santones, acaso aún restaba el recurso a la razón hipocrático-galénica. Dicho de otro modo, el espíritu de los iatrosofistas como Gesio frente a los *Thaumata de Sofronio*¹⁰⁵². Pablo Niceno y el constantinopolitano tantas veces aquí citado, pudieron desarrollar su modo de escribir y trabajar en

¹⁰⁴⁹ Todos son ingenios atribuidos a León Constantinopolitano. Al respecto, vid. Brett, 1954, *passim*.

¹⁰⁵⁰ *Theophanes Continuatus*, Bekker, p. 173. Podríamos sospechar que los autómatas de Bagdad, una tradición acaso iniciada bajo al-Ma'mûn, estarían inspirados en los de aquella Constantinopla iconómaca.

¹⁰⁵¹ Vid. *infra*.

¹⁰⁵² Vid. *infra*.

semejante contexto. Sus tratados, con más o menos acierto, recopilan clínica y terapéutica de forma concisa, clara y sin concesión alguna a lo místico-mágico¹⁰⁵³. La visión científica de la enfermedad, la importancia de mantener la homeostasis sin olvidar la trascendencia de lo psicosomático afloran entre sus páginas. Como Chroné¹⁰⁵⁴ ha puesto de manifiesto, su impronta se puede observar en los estudios de eruditos tales como Simeón Seth, Nicolás Mirepsus o Juan Actuarius, acaso los más clarividentes entre los autores médicos que les seguirán.

Esta nueva mirada retrospectiva hacia la herencia greco-romana en el *ars medica* iría en paralelo con la dedicada a Ptolomeo y Euclides, por citar dos entre los más significativos que sabemos se manejaron entonces¹⁰⁵⁵. Hunain ibn-Isâhq, un iconoclasta convencido que sufrirá represión por ello¹⁰⁵⁶, resulta ser el traductor por excelencia de ese *corpus* y su transmisión a la naciente cultura árabe¹⁰⁵⁷. Insistiríamos en que la estancia en Bizancio, remarcada por Hemmerdinger, no puede haber sido ajena a ello. De hecho, su muy peculiar ideología contraria al culto a las imágenes sagradas, algo inaudito para un cristiano melquita que vivía bajo los árabes, no se puede entender si no es que hubiera nacido tras ese viaje y estancia en el ambiente que describimos.

Por último, un reverdecimiento del deseo de conocer la estructura y función del cuerpo humano pudo realmente ocurrir. En ese anhelo se

¹⁰⁵³ Chroné, 2012, *passim*.

¹⁰⁵⁴ Chroné, 2012, p. 6.

¹⁰⁵⁵ Sería el caso de León Constantinopolitano. Al respecto, vid. epígrafe en Prosopografía.

¹⁰⁵⁶ Remitimos al epígrafe correspondiente en Prosopografía.

¹⁰⁵⁷ Vid. *infra*.

enmarcarían los tratados de la época que de alguna manera enlazan con el galénico dedicado a la morfo-fisiología del hombre. Tres, o al menos dos, versiones del *De Usupartium* son más que significativas al respecto, haciendo referencia a las obras de Teófilo Protospatario, Melecio Obsiquioneo y León Constantinopolitano.

IV. 2. CULTURA Y CIENCIA EN BIZANCIO, DESDE COMIENZOS DEL SIGLO VIII HASTA MEDIADOS DEL SIGLO IX

IV. 2. 1. La educación básica, media y superior durante el periodo iconoclasta

Moffatt¹⁰⁵⁸ advertía que nuestro conocimiento del *educare* entre los reinados de Justiniano I el Grande y Miguel III el Beodo, es decir desde mediados del siglo VI a lo propio del IX, era muy deficitario. Lo achacaba tanto a la falta de fuentes como a una real merma sufrida, por más que reconocía un origen previo a las invasiones árabes y el iconoclasmo. Empero, la verdad es que en modo alguno están ausentes datos muy diversos que aseguran el mantenimiento de una educación intencional y metodizada, con los tres grados tradicionales, bajo los gobernantes “anti-idolátricos”.

¹⁰⁵⁸ Moffatt, 1977, p. 85.

Restos arqueológicos, ciertos códices conservados, la literatura epistolar, los relatos hagiográficos y también las crónicas dejan suficientemente claro que las gentes comunes no era raro en absoluto que recibieran algún tipo de preparación, en tanto el funcionariado y jóvenes de familias acomodadas aspiraban de ordinario a una “segunda enseñanza”, mientras el nivel superior, más restringido pero se mantuvo accesible a una élite urbana, al menos como en épocas precedentes y posteriores.

En consecuencia, una parte significativa de la población, tanto hombres como mujeres¹⁰⁵⁹, estaba instruida y tenía en alta estima ese rasgo distintivo de la identidad bizantina, la del ser civilizado frente a la ignorancia (ἀμαθία) del bárbaro¹⁰⁶⁰. Los términos “disciplinador” (παιδευτής), “enseñante” (διδάσκαλος) y “maestro” (μαῖστωρ), genéricos de profesionales dedicados a la educación¹⁰⁶¹, en absoluto son extraños a los documentos del periodo. La mayor parte de los autores¹⁰⁶² que se han ocupado de ello, lo han puesto de manifiesto y subrayado en variadas ocasiones. Siguiendo a Yannopoulos¹⁰⁶³ y Moffatt¹⁰⁶⁴, para los niveles elemental y medio basta recordar, entre otras, las *Vida de San Nicéforo Patriarca*¹⁰⁶⁵, *Vida de San Esteban Joven*¹⁰⁶⁶, *Vida*

¹⁰⁵⁹ Sirva el testimonio enunciado en la vida de Teodora Tesalonicense, fallecida en torno al 892 (al respecto Mofatt, 1977, p. 88 con las fuentes).

¹⁰⁶⁰ Flusin, 2006a, p. 83

¹⁰⁶¹ Lemerle, 1971, p. 257, n. 45 y Speck, 1974, p. 30, n. 10.

¹⁰⁶² Para la educación en el periodo iconoclasta la bibliografía esencial sería: Fuchs, 1926, pp. 41-45; Yannopoulos, 1975, pp. 169ss; Moffatt, 1977, pp. 85-92; Moffat, 1979, *passim*; Lemerle, 1971, pp. 100-104; Lemerle, 1977, *passim*; Wilson, 1994, pp. 95-118; Dvornik, 1933, pp. 25-33; Alexander, 1958, pp. 57-59; Mergiali, 1996, pp. 221-234; Cholij, 2002, pp. 15-28; Kalogeras, 2000, *passim*; Kalogeras, 2006, *passim*; Markopoulos, 2005, *passim* y Markopoulos, 2006, *passim*.

¹⁰⁶³ Yannopoulos, 1975, pp. 169ss.

¹⁰⁶⁴ Moffatt, 1977, *passim*, esp. pp. 88-90.

¹⁰⁶⁵ *Vida de San Nicéforo Patriarca*, BHG 1335.

¹⁰⁶⁶ *Vida de San Esteban Joven*, Auzépy, 1997.

de *San Nicetas Medikion*¹⁰⁶⁷ y la *Vida de Santa Teodora Tesalonicense*¹⁰⁶⁸; en tanto para el superior citaríamos a Glicas¹⁰⁶⁹, Zonaras¹⁰⁷⁰ y León Gramático¹⁰⁷¹, también sin ánimo de ser exhaustivos. De tales documentos cabe inferir algunas conclusiones en verdad con muy poco margen a la incertidumbre.

Comenzaríamos con la educación elemental, aquella llamada *propaideía* (προπαιδεία) o *paidotribúmenos* (παιδοτριβούμενος), que sabemos se iniciaba a los 6 o 7 años y consistía en aprender a leer, escribir, contar y rudimentos de gramática¹⁰⁷². Parece que era impartida por un único *grammatistés* (γραμματιστής), a veces designado como “preceptor” o *paidotribes* (παιδοτρίβης), ordinariamente un laico privado que cobraba honorarios muy modestos¹⁰⁷³. Con todo, algunos padres colaboraban e incluso suplían al profesional¹⁰⁷⁴, como vemos en Esteban Joven¹⁰⁷⁵ o Nicetas Medikion¹⁰⁷⁶. De cierto, en no pocos casos los monjes también la impartían, sin retribución pero por lo general a niños *impubes* (ἄνηβος) que enfocaban su vida al monacato¹⁰⁷⁷. Sin excepción, la catequesis cristiana se recibía desde temprana edad, en las aulas parroquiales y también el propio hogar, con las madres como responsables habituales¹⁰⁷⁸. La “peculiaridad

¹⁰⁶⁷ *Vida de San Nicetas de Medikion*, BHG 1341.

¹⁰⁶⁸ *Vida de Santa Teodora Tesalonicense*, Paschalides, 1991.

¹⁰⁶⁹ Glicas, Bekker, pp. 370ss.

¹⁰⁷⁰ Zonaras, Dindorf, III, pp. 340, 27- 341,15.

¹⁰⁷¹ León Gramático, Bekker, p. 177, 7-14.

¹⁰⁷² Sobre la enseñanza primara en Bizancio, vid. Markopoulos, 2005, pp. 183-200, esp. 184-185.

¹⁰⁷³ Sobre el *Grammatistés*, vid. Kalogeras, 2000, pp. 232ss

¹⁰⁷⁴ Moffatt, 1977, p. 88.

¹⁰⁷⁵ *Vida de San Esteban Joven*, Auzépy, pp. 97-98.

¹⁰⁷⁶ *Vida de San Nicetas de Medikion*, BHG 1341, xix.

¹⁰⁷⁷ Yannopoulos, 1975, p. 169.

¹⁰⁷⁸ *Ibid.*

iconoclasta” en relación a esta fase pedagógica podría haber estado en una tendencia mayor hacia la escolaridad, en detrimento de lo doméstico, basada tanto sobre textos clásicos como cristianos¹⁰⁷⁹. Se haría uso en particular de los Salmos, y precisamente el término “letra sagrada” (ιερά γράμματα) no sería más que una referencia a esas plantillas obtenidas de los salterios¹⁰⁸⁰ para ejercitarse en lo que hoy llamaríamos “primaria”. No estaría ello en conflicto con lo acordado en el *Quinisexto* Concilio en Trullo (691-692), que prohibía a los laicos exponer las Sagradas Escrituras en público, ya que los docentes no parecen haber utilizado los versículos para comentar o catecumenizar. Nos atrevemos a añadir que de la misma manera podría el dato revelar esa vocación, ya antes destacada, hacia la grafía y consulta directa de las Sagradas Escrituras, en oposición a la representatividad mediante la imagen y los Santos Padres.

Igualmente estaría fuera de duda la viveza de una educación secundaria, la denominada *paideia general* (ἐγκύκλιος παιδείσις). Se emprendía en torno a los 12 años y abordaba sobre todo la tradición literaria profana¹⁰⁸¹, con un curriculum equivalente al clásico *trivium*, es decir gramática, retórica y dialéctica. Se venían a utilizar, en la más pura tradición, los conocidos *progymnasmata* (προγυμνάσματα), “ejercicios preliminares” escritos y orales sobre proposiciones creativas. En esta fase seguramente participaban ya varios profesores, designados como *grammaticós* (γραμματικός), que

¹⁰⁷⁹ Ello se deduciría a partir de diversas *Vitae*, entre ellas las de Esteban Joven, Teodoro Edesino, Nicetas Medikion, David Mitileno y Andrés Loco. Al respecto, vid. Moffatt, 1977, p. 90, con todas las referencias de las fuentes.

¹⁰⁸⁰ Cavallo, 2006, p. 99.

¹⁰⁸¹ Markopoulos, 2006, p. 85

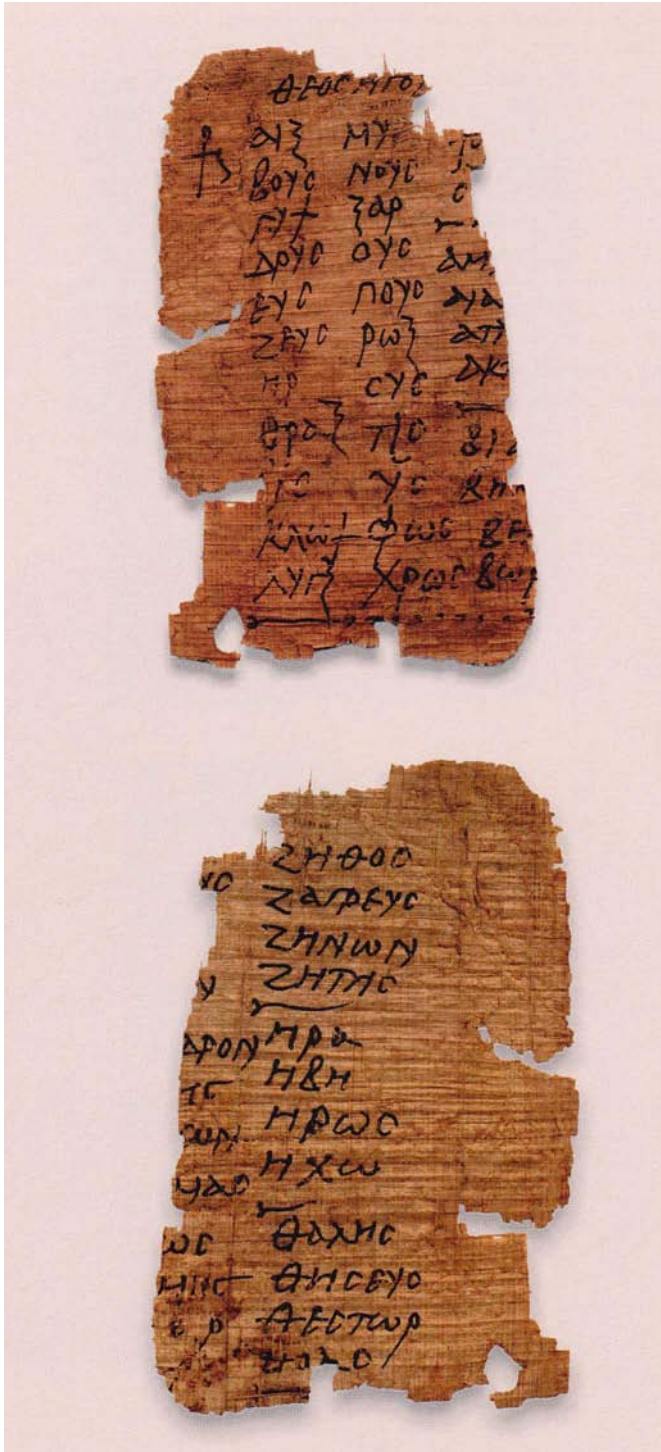


Fig. 48. Folio 1 (anverso y reverso) del inv. 826, un “cuaderno escolar” conservado en la Universidad de Paris-Sorbonne, dentro del Instituto de Papirología. Se fecha en el siglo VI o VII, probablemente en tiempos justinianos o heraclianos y su origen estaría en la provincia de Egipto. El conjunto conserva hasta 11 folios y en ellos se suceden enseñanzas del clásico programa de escuela elemental “pagana”, pese a la fórmula inicial cristiana de “Dios guíame!” que aparece arriba en la primera frase. Se memorizan los nombres de la mitología, se utiliza la literatura de Homero y Menandro, Diógenes el Cínico y sentencias morales de las fábulas de Babrios. Es evidente que al alba de la iconoclastia en Bizancio la enseñanza elemental conservaba todavía los valores y modos tradicionales de la *paideia*. Posiblemente los clérigos y laicos que se vieron inmersos en la disputa sobre los iconos, manejando los saberes y técnicas retóricas, recibieron una enseñanza primaria de un orden muy similar al que manifiestan estos papiros. Lo mismo, en buena lógica, cabe presumir para los médicos.



Fig. 49. Codex Vitr. 26-2. Fol. 134r. La imagen quiere reflejar un aula de enseñanza en tiempos de Constantino VII Porfirogéneta (905-959). Parece que se corresponde a un centro de alto nivel, donde abundan los códices en los armarios y sobre las mesas. Los profesores, designados como “filósofos” se sientan en la cátedra. Los arcos y la columnata podrían hacer referencia a un gran edificio noble, acaso la Magnaura, la Basílica de Illus o incluso el Capitolio.

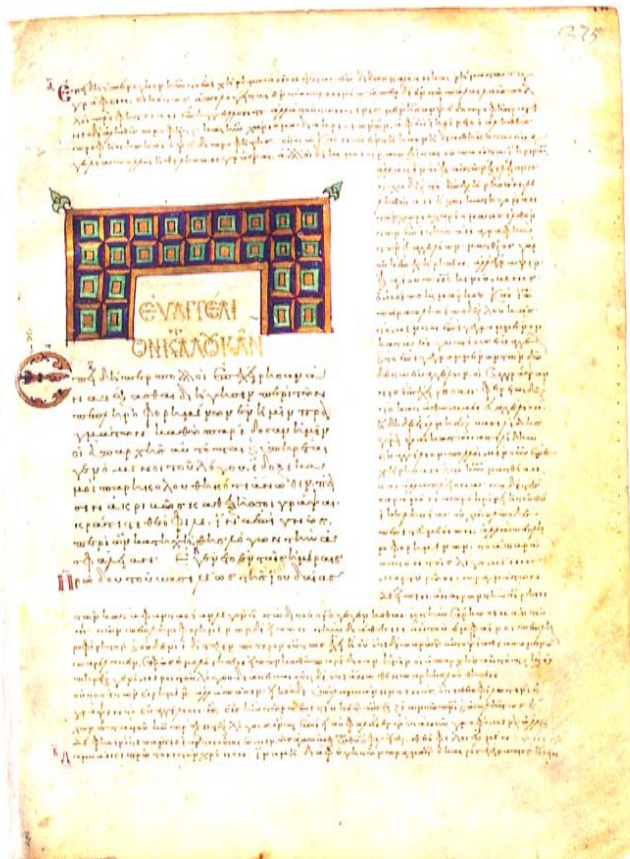


Fig. 50. Folio 275 del código Res/235 (gr. 351, olim N_161). Contiene los cuatro evangelios como elemento principal, sumando algunas epístolas y cánones eusebianos junto al comentario de Pedro de Laodicea. Los especialistas califican el trabajo de los escribas como excelente, datándolo de la primera parte del siglo X. Este tipo de texto sabemos que fue utilizado en la enseñanza seglar, una peculiaridad que probablemente se origina en el periodo iconoclasta.

recibían a cambio una remuneración muy apreciable¹⁰⁸². Es posible, empero, que compitieran con las “escuelas monásticas”, adyacentes a los cenobios, por más que éstas estuvieran abiertas no al público general sino sólo a los novicios *pubes* (ἔφηβος)¹⁰⁸³. A ello apunta el testimonio, por ejemplo, de Nicolás Estudita¹⁰⁸⁴. También asemeja haber estado disponible una última forma de acceder a cierto “bachillerato especializado” en la misma corte. Sería la “Escuela Palatina”, gratuita o con precios “subvencionados” y destinada a la formación de los futuros funcionarios de grado medio¹⁰⁸⁵.

En cuanto a la educación superior o “universitaria”, a veces nombrada “pandidacterion” (πανδιδακτήριον), sabemos que venía a emprenderse no antes de los 18 años, ocupándose de aquellas disciplinas científicas antaño englobadas en el *quadrivium* (τετρακτύς), véase aritmética, geometría, música y astronomía. Cada una de ellas la impartía un “catedrático” y sus honorarios no eran baratos. La ofrecían señalados y prestigiosos especialistas en cada materia, aunque no faltaban los polímatas, que dirigían liceos propios. Entre ellos podríamos resaltar a León Constantinopolitano y Focio, de cuyas florecientes academias privadas tenemos referencias inequívocas¹⁰⁸⁶. Desde luego, y como trataremos después¹⁰⁸⁷, tampoco cabe rechazar la posibilidad de que hubiera existido alguna “Universidad Estatal”, heredera

¹⁰⁸² Sobre el *grammaticós*, vid. Lemerle, 1971, pp. 68, n. 69, 80, 100 y n. 86. También, más reciente, Kalogeras, 2000, p. 237.

¹⁰⁸³ Moffatt, 1977, p. 88

¹⁰⁸⁴ *Vida de San Nicolás Estudita*, PG 105, col 869.

¹⁰⁸⁵ Alexander, 1958, p. 58.

¹⁰⁸⁶ Martínez García, 1990-1991, pp. 85-90.

¹⁰⁸⁷ Vid. discusión en epígrafe correspondiente.

o continuadora estricta de un *Imperial Auditorium*¹⁰⁸⁸, bien el teodosiano abierto en la Basílica de Illus y/o el constantiniano a cobijo del Capitolio¹⁰⁸⁹. Posiblemente en esta “Alta Escuela Imperial” los cursos tenían un carácter gratuito, como sabemos ocurría en época tardoantigua y después hasta la latinocracia, conforme al testimonio de Zonaras¹⁰⁹⁰. En la cima, por último, estarían los estudios de “postgrado”, que se limitaban en puridad a filosofía/teología y tal vez también medicina, impartidas por señalados eruditos y centros relacionados con la materia, el patriarcado en un caso y ciertos hospitales en el otro¹⁰⁹¹.

Cabe insistir en que, a nuestro entender, esta enseñanza superior en absoluto estuvo ausente, pese a las dudas expresadas por Moffatt¹⁰⁹² y también, aunque de forma más matizada, por Markopoulos¹⁰⁹³. Creemos que las pruebas al respecto son numerosas, sólidas y congruentes. En principio, la citada docencia de Esteban Ateniese como “didáscalo ecuménico” (οἰκουμηνικὸς διδάσκαλος), vendría a sugerir que en la primera mitad del siglo VII aún estaba viva la institución teodosiana¹⁰⁹⁴. Justo en la época que consideramos, el recurso a los textos iconodulos de todo orden despejaría cualquier duda en cuanto a interrupción alguna. Los párrafos citan explícitamente o permiten deducir que un cierto número de

¹⁰⁸⁸ *Código de Teodosio* XIV, 9, 3, Mommsen, p. 787; *Código de Justiniano*, XI, 19,1, García del Corral, 5, pp. 614-615.

¹⁰⁸⁹ Vid. discusión en epígrafe correspondiente. Sobre la “Universidad de Teodosio II”, donde habría estudiado Juliano el Apóstata, vid. Fuchs, 1926, pp. 1-8.

¹⁰⁹⁰ Zonaras, Dindorf, III, p. 341, 3-4.

¹⁰⁹¹ Vid. infra, epígrafe de enseñanza médica.

¹⁰⁹² Moffatt, 1977, p. 92.

¹⁰⁹³ Markopoulos, 2006, pp. 86-87.

¹⁰⁹⁴ Fuchs, 1926, p. 13.

sus “héroes”, acaso no los más proclives a conseguir el escalón superior, se habían “licenciado” en esos “cuatro caminos”. Las *Vitae*, en particular, tendrían tendencia a obviar que sus protagonistas habían completado ese “conocimiento profano”, bien por asumirlo peligroso o acaso, como Cholij¹⁰⁹⁵ piensa, por considerar el detalle de “poco interés para los lectores piadosos”. Pero está claro que en absoluto fueron una minoría exigua, más bien lo contrario. En los tratados “refutatorios”, la himnografía y epístolas, vemos a los autores plasmar alusiones complejas a los números y figuras, a las causas de los fenómenos naturales o dominando la lógica aristotélica y el pensamiento neoplatónico. Serían prueba de su aprendizaje y competencia en aritmética, geometría, música, dialéctica y metafísica¹⁰⁹⁶.

En manera singular, los obispos y abades aristocráticos tienen de ordinario una esmerada formación. Como representantes paradigmáticos de una y otra esfera citaríamos a Nicéforo Patriarca, según aporta Ignacio Diácono¹⁰⁹⁷, y Teodoro Estudita, conforme a Teodoro Dafnopates¹⁰⁹⁸. No hay duda de que todos ellos leyeron a los autores paganos clásicos y en sus escritos observamos citas de Homero, Eurípides, Demóstenes, Aristófanes, Esquilo y Diógenes, amén de Platón y Aristóteles¹⁰⁹⁹. Se trata de los habituales analizados en el *trívium* y *quadrivium* greco-romanos, hacia quienes los pedagogos bizantinos demuestran haber guardado una sorprendente

¹⁰⁹⁵ Cholij, 2002, p. 19.

¹⁰⁹⁶ Al respecto, vid, Cholij, 2002, pp. 19-20.

¹⁰⁹⁷ *Vida de San Nicéforo Patriarca*, BHG 1335, pp. 149-151.

¹⁰⁹⁸ *Vida de San Teodoro Estudita*, PG 99, cols 117-120.

¹⁰⁹⁹ Cholij, 2002, p. 20.

lealtad¹¹⁰⁰. Es ocioso recordar que su dominio de la patrística sería superior, un grueso y complejo *corpus* que habrían interiorizado *in extenso*. Otros magníficos testimonios sobre esta subsistencia y aún renovación serían los ofrecidos por Miguel Sincel y Juan Sardiano. Del primero conocemos su “escolaridad” en Jerusalem y “graduación” en Constantinopla, corriendo los decenios 761-781, dedicándose a la docencia superior y llegando a escribir un tratado de gramática para tal menester¹¹⁰¹. Del segundo se estima que pudo hacer uso de una amplia biblioteca clásica, que incluiría Tucídides, Demóstenes e Isócrates, mientras perfilaba un excelente comentario sobre los *Progymnasmata de Aftonio*¹¹⁰². Aunque no hay ningún dato seguro, es muy probable que este prelado tuviera acceso a tales obras antes del 804. Como último ejemplo, y no por ser el menos importante, podríamos traer a colación el caso del célebre Focio, oriundo de la capital, formado allí entre el 820 y 840. Restan sobradas pruebas respecto a su excelente dominio de las ciencias mundanas, la maestría en crítica literaria, poesía, retórica, filosofía e incluso medicina; es decir, en todo tipo de “conocimiento secular” (περιφανῶν σοφία). Ello hasta el punto de que, en palabras de Nicetas David¹¹⁰³, su furibundo enemigo, el ilustrado patriarca “no sólo sobrepasó a todos los de su generación sino que incluso rivalizaba con los antiguos”. A mayor abundamiento, podríamos igualmente estar convencidos que además de iconodulos, clérigos en particular, también en el campo opuesto

¹¹⁰⁰ Sobre el contenido preciso de los textos utilizados en la enseñanza media y superior durante todo el periodo bizantino sin excepción, vid. Markopoulos, 2006, pp. 88-89.

¹¹⁰¹ Sería el “método sobre sintaxis” (Μέθοδος περι τῆς τοῦ λόγου συντάξεως). Al respecto, vid. Donnet, 1972, *passim* y Moffatt, 1977, p. 91.

¹¹⁰² Signes Codoñer, 2012, *passim*, esp. pp. 255-256.

¹¹⁰³ *Vida de San Ignacio Patriarca*, Smithies/Duffy, p. 35.

de iconoclastas, laicos o no, se dieron similares circunstancias. Está claro, como Mango¹¹⁰⁴ ha señalado, que hubo tanto una *intelligentsia* favorable como otra reacia a la veneración de iconos, por más que tajante e incluso violentamente opuestas. Comenzaríamos con un ejemplo no menos brillante que cualquiera de los anteriores, el de Constantino V, de quien está fuera de toda controversia su excelente capacitación retórica y filosófica. Estos preciados dones parece que le fueron facilitados por ciertos “profesores privados”. Sus nombres y especialidades no han llegado hasta nosotros, pero recibieron el desdén venenoso de Nicéforo Patriarca¹¹⁰⁵, sin duda por haber imbuido en su augusto alumno la peligrosa ideología iconoclasta. El “Caballinos” permaneció leal a los pedagógicos “vaticinios”, por más que fueran heterodoxos y pusieran en entredicho verdades muy establecidas, según reza en los mismos *Antirrhetici* niceforianos¹¹⁰⁶.

Algo similar cabe afirmar para la erudición que sospechamos alcanzaron personajes tales que Teodoto Meliseno, Antonio Kasimatas y Juan VII Gramático, cuyo apodo es más que significativo, o muy en particular, León Constantinopolitano, por menos que se le haya catalogado de autodidacta¹¹⁰⁷. Los dos últimos sabemos que fueron profesores, el primero de “bachillerato” o acaso “diplomatura” y el segundo de “facultad” o tal vez “doctorado”¹¹⁰⁸. Su prosa se habría forjado sobre manuales de ortografía y conocemos un autor de esa crucial rama que habría vivido en tiempos de León V Armenio.

¹¹⁰⁴ Mango, 1975, p. 45.

¹¹⁰⁵ *Antirrhetici Nicephori*, PG 100, 281A; Mondzain-Baudinet pp. 113.

¹¹⁰⁶ *Antirrhetici Nicephori*, PG 100, 317C; Mondzain-Baudinet p. 141.

¹¹⁰⁷ Por ej. Lemerle, 1971, pp. 149-154.

¹¹⁰⁸ Vid. *infra*.

RESULTADOS

Hablamos de Teognosto¹¹⁰⁹, compilador que posiblemente dedicó su obra al duro emperador-soldado iconoclasta, en tanto servía como embajador en Aachen ante Carlomagno hacia el año 812. Restaría aún otro último ejemplo, catalogado de iconoclasta en su juventud pasado a las filas iconodulas en la madurez, acaso el más brillante de entre los que tenemos una mejor y más amplia información. Se trata del antes citado Ignacio Diácono, que se habría ordenado entre el 795 y 780 para ejercer como *grammaticós* bajo León V y Miguel II. El especialista Wilson¹¹¹⁰ ha subrayado la calidad óptima de *classical learning* que demuestra el personaje. Una correspondencia llena de alusiones a proverbios elegidos desde la mejor literatura pagana, un dominio de la métrica y gramática herodiana, citas del *Orestes* de Eurípides, referencias a Aristides y Hermógenes o al *Persica* de Ctesias, tal vez teniendo presente el texto original del *Sobre el Estilo* de Demetrio, versión que no parece haber ya tenido Focio en su biblioteca. Sin duda, Ignacio Diácono debió asistir a las escuelas en la Constantinopla de los emperadores León IV, Constantino VI, Irene y Nicéforo I Megaloteta; y en alguna de ellas recibiría, a juzgar por lo dicho, una excelente formación literaria y en saber tradicional.

Cabe aún añadir otro hecho incontestable, y es la profunda y variada cultura que igualmente manifiestan haber tenido, y por ende recibido de otros, personajes que ya vivían en territorio califal musulmán, pero que pertenecen de lleno a la esfera cristiana, bien griega, persa nestoriana, siria o incluso

¹¹⁰⁹ Wilson, 1994, pp. 115-116, con las referencias.

¹¹¹⁰ Wilson, 1994, p. 114. Sobre la biografía y obra del personaje, vid. también *Vida de San Tarasio Patriarca*, Efthymiadis, pp. 38-46.

árabe. El sistema educativo en el que se nutrieron esos grandes eruditos sería, a buen seguro, herencia directa y muy semejante del bizantino, pues apenas hacía unos decenios de la ruptura, y todavía los islámicos no habían establecido el suyo propio. Con la Romanía, a la sazón se mantenían en estrecho contacto, siendo partícipes de los mismos intereses y controversias de orden intelectual. Nos referimos a estudiosos como Juan Damasceno (675-749) o Hunain ibn Isâhq (809-873), el primero un clérigo iconodulo y el segundo un médico iconoclasta, ambos con una ilustración fuera de toda duda.

A nuestro juicio, la prevención expresada respecto a los estudios terciarios no se sostiene y si en verdad hubieran disminuido al final de la época heracliana, lo que tampoco está demostrado, es notorio que muy pronto retornó a los estándares habituales en Bizancio. Se ha señalado¹¹¹¹ que la desaparición de centros urbanos y las pérdidas territoriales entrañarían obligatoriamente un profundo trastorno en la educación. Habría tenido que replegarse al nivel “gramático”, apenas con un funcionamiento intermitente y precario de contadas “escuelas superiores”, ya más visibles a partir de la segunda mitad del siglo IX. Semejante planteamiento olvida que en absoluto desaparece por entonces la vida “política”, que ciertas metrópolis sobreviven (como Calcedonia, Cízico, Nicea, Nicomedia, Heraclea, Adrianópolis o Tesalónica) y que en particular Constantinopla, el gran centro económico y cultural, resiste indemne. Tal vez Lemerle¹¹¹² exagerara, por defecto,

¹¹¹¹ Por ej. Markopoulos, 2006, pp. 86 y 88.

¹¹¹² Lemerle, 1971, pp. 256 ss; reiterado en Lemerle 1977, pp. 195-248, esp. p. 196. El autor habla de mediados del siglo IX, lo que significaría finales del periodo iconoclasta.

al considerar que el número medio total en los *collèges des maistores* constantinopolitanos era en aquél tiempo de apenas unos 200 o 300 alumnos. El fundamento se limita a la correspondencia de un profesor anónimo que ha llegado hasta nosotros¹¹¹³, y entendemos que es muy arriesgado asumir la propuesta a partir de tan exigua base documental. A nuestro juicio, resulta una cifra inaceptable, por extremo reducida, si tenemos en mente la envergadura y necesidades de la capital bizantina, en cuanto a demografía y economía. Por entonces rondaría los 250.000 habitantes¹¹¹⁴ y asumimos que los capaces de leer o firmar eran mayoría¹¹¹⁵, sin excluir las capas bajas que veían en la cultura el mejor camino para abandonar la servidumbre.

Como Cavallo¹¹¹⁶ ha subrayado, en Bizancio ser analfabeto (ἀγράμματος) siempre fue una condición humillante. Los comerciantes y navieros, un grupo notable, aspirarían a dominar lenguas, geografía y el cálculo. Los jueces, notarios y abogados, de cuya actividad hay sobradas pruebas, no podrían improvisarse desde la enseñanza elemental o media. Quienes trabajaban para la administración se contarían por millares, y entre ellos se incluirían contables, agrimensores, arquitectos e ingenieros amén de militares de Estado Mayor e incluso médicos. Los senadores, ricos

¹¹¹³ Sobre esta epistola y el maestro desconocido, vid. Markopoulos, 2000, *passim*.

¹¹¹⁴ Dagon, 2002, pp. 394-395 y Magdalino, 1996, pp. 55-57. A nuestro juicio, la hipótesis expresada *in vacuo* por Mango, quien pretende tan sólo 50.000 habitantes para la Constantinopla de la Dark Age, es absolutamente inasumible. Basta considerar el tamaño de la urbe y del Imperio, entidades que de aceptar esa ridícula cifra implicaría estaban esencialmente desiertas y sin posibilidad de defensa y control efectivo. Sólo la administración y la fuerza armada (los *Tágmata*) que necesariamente rodeaban al emperador para gobernar y asegurar el territorio, implicaría ya la mitad de ese número, incluso aceptando como buenas las previsiones más a la baja, como las de Haldon, que apuntan ser menos fiables de aquellas ofrecidas por Treadgold.

¹¹¹⁵ Así lo reconoce Markopoulos, 2006, p. 87, con carácter general para Bizancio.

¹¹¹⁶ Cavallo, 2006, p. 97.

hacendados de rancio abolengo, no eran tampoco un insignificante clan y entre ellos la demanda de saberes al más elevado nivel no sería extraña. Mayormente cuando en modo alguno faltaba tradición de que así fuera. Está claro que Miguel Sincel, Nicéforo Patriarca, Ignacio Diácono, Teófanos Confesor, Melecio Obsiquioneo o Pablo Niceno, por citar nombres entre una amplia lista, no escribían para un puñado de posibles lectores, pensaban en una comunidad intelectual coetánea que iba a ponderar sus narraciones o tratados y también en los venideros, dando como segura su transmisión a la posteridad. Una vez más cabe traer de nuevo a colación el inicio y rápido desarrollo en esos años de la letra minúscula, prueba más que convincente de que existía una “clase cultivada”, en palabras de Mango¹¹¹⁷, que deseaba y podía adquirir costosos códices, habitualmente con temas que hoy tildaríamos de “académicos”. Por todo ello, creemos que lo más razonable es asumir un grupo ilustrado en absoluto residual como a menudo se pretende.

A la postre, no sólo es razonable impugnar el número de discentes “universitarios” propuestos, también asumimos que faltan razones de peso para aceptar perturbación alguna en el resto de factores; tales como calidad, duración y extensión de las materias. En verdad, la iconoclastia no semeja haber representado un elemento de inestabilidad substancial en ninguno de ellos. Sus hechos diferenciales más notables, responderían eventualmente a otros dos peculiares órdenes. El primero y más interesante pudo ser el impulso de las materias científicas frente a las literarias y teológicas. El

¹¹¹⁷ Mango, 1975, p. 45.

segundo, accesorio amén de menos extraordinario, respondería a la criba de profesores iconodulos y la promoción de simpatizantes de la nueva doctrina, siempre referidos al estrato más elevado. Al hilo de estos enunciados, deberíamos añadir entre las pruebas a favor de la existencia de una *Universitas* en la Constantinopla de aquel siglo, el hecho de que los gobernantes sirio-amorianos no habrían sido menos que los carolínges. Tenemos sobrada constancia sobre la vocación para fundar y sostener una *Schola Palatina* en Aquisgrán y cabe recordar que el Reino Franco se reconocía inferior en todos los órdenes, desde la legitimidad política a la animación y legado cultural, respecto al Imperio Romano de Oriente¹¹¹⁸.

En lo concerniente al “cientifismo iconoclasta”, los datos que lo sugieren no son pocos ni menores, pese a que se basan en los libelos de sus mismos opositores. Para el “primer iconoclasmo” tendríamos a Nicéforo Patriarca con sus *Antirrheticí*, donde pretende “refutar y revertir” el pensamiento de Constantino V. La sucesión de razonamientos, y también los fuertes pero esclarecedores epítetos, creemos que ponen bien de manifiesto la afinidad de los contrarios a la veneración de las imágenes por el “estudio de la materia”, el “escepticismo lógico” y el “naturalismo”¹¹¹⁹, todo ello con un fundamento racionalista. Para el “segundo iconoclasmo” contaríamos con los reproches de un grupo de autores “post-Teófanos”, lanzados como injuriosos dardos contra los “pasatiempos” de Juan VII Gramático y, no menos importante, aquello que conocemos por diversas fuentes del

¹¹¹⁸ Salvo el gobierno de Irene Ateniense, los francos han reconocido siempre a Bizancio como el legítimo Imperio Romano Oriental y en cultura su referente principal, bien que inalcanzable por la pérdida de la lengua griega en Occidente. Al respecto, vid. Riché, 1962, *passim*.

¹¹¹⁹ Vid. epígrafe correspondiente en Fuentes.

polímata León Constantinopolitano. Respecto al patriarca, cabe recordar que un “gramático bizantino” era sin duda mucho más que un profesor de lengua actual. Podríamos imaginar al hombre de letras interesado en toda su propia herencia cultural, no sólo la narrativa lírica, también la geografía, matemáticas y astronomía. Tenemos mucha mayor evidencia para el periodo paleólogo¹¹²⁰, pero los datos sugieren que ello fue así a lo largo de todo el tiempo. Las preferencias que se le reprochan al último obispo iconoclasta apuntan a esa conclusión y así se entiende mejor que fuera el tutor del príncipe Teófilo, destinado a gobernar y con intereses bastante más allá de lo literario. Respecto al polímata, es obligado subrayar las preferencias que le harán célebre y, a la par, sospechoso de “paganismo”. Hablamos de cosmología, mecánica y aritmética, amén de anatomo-fisiología y medicina clínica, muchas y complejas materias que parece haber dominado con soltura. No extraña que su figura se compare al mismo Leonardo Da Vinci, quien sabemos compartió las mismas aficiones¹¹²¹. En verdad que sumado a lo anterior, deja vislumbrar un extraordinario momento de atención hacia lo que tradicionalmente se han denominado “ciencias”. Sólo se encontraría cierto paralelismo en los decenios finales de Bizancio, con Teodoro Metoquites y Máximo Planudes, amén de Jorge Gemisto como exponentes principales, al alba mismo del Renacimiento¹¹²².

Relativo a la cuestión de la purga y el predominio de “catedráticos” iconoclastas, estamos convencidos de que tampoco faltan noticias. Hasta

¹¹²⁰ Al respecto, vid. Hohlweg, 1984, pp. 126-127.

¹¹²¹ Remitimos al epígrafe en Prosopografía.

¹¹²² Al respecto, vid. Mergiali, 1996, *passim*.

conocemos el nombre de algunos de ellos, gracias a un conjunto de versos “contra los iconos” que habrían publicado y que tiempo después se grabarían en algunos edificios públicos recién construidos, ya bajo el emperador Teófilo. Así se asegura, por ende, la existencia de una “escuela” o tradición literaria iconómaca, ciertamente con rasgos platónicos y aún “origenistas”¹¹²³. Sobre el peridromos del Sigma, y según testimonio del *Refutatio et Subversio* de Teodoro Estudita¹¹²⁴, se podían leer los de ciertos poetas llamados Juan, Sergio y Esteban, mientras el *Theophanes Continuatio*¹¹²⁵ añade los de un tal Ignacio. Según Wolska-Conus¹¹²⁶ se trata de un grupo de intelectuales hostiles al culto de las imágenes, cuyos ensayos y lírica se pretendió refutar en algún caso. El tercero podría corresponder a Esteban Kapetolites (Στέφανος τοῦ Καπετωλίτου), cuyo sobrenombre no sería más que un apelativo referente al “Capitolio”¹¹²⁷, edificio que sabemos había sido la sede tradicional del *Auditorium* constantiniano. Debió ser un hombre influyente en la corte porque también aparece como “asecretis” (ἄσεκρήτις). Por último, a Ignacio se le designa como “didáscalo ecuménico” (“... τοῦ οἰκουμενικοῦ διδασκάλου”), un concepto que sería equiparable al de nuestro actual “profesor universitario”, según criterio de Lemerle¹¹²⁸. Que fueran intelectuales del primer iconoclasmo, como defiende Wolska-Conus¹¹²⁹, o del segundo, proposición más común entre los especialistas,

¹¹²³ Sobre la cuestión, vid. Carlini, 1987, *passim* y Criscuolo, 1992, *passim*.

¹¹²⁴ *Refutatio et Subversio Impiorum Poematum*, PG 99, 436B-438A.

¹¹²⁵ *Theophanes Continuatio*, Bekker, p. 143.

¹¹²⁶ Wolska-Conus, 1970, pp. 355ss.

¹¹²⁷ Lemerle, 1971, p. 88. Detalles prosopográficos del personaje en *PmbZ* 4, pp. 259-260.

¹¹²⁸ Lemerle, 1971, pp. 86-87.

¹¹²⁹ Wolska-Conus, 1970, p. 355.

carece de importancia para lo que consideramos¹¹³⁰. En la última opción, el “Juan” señalado no sería otro más que el futuro patriarca “gramático”, en tanto el “Ignacio” se correspondería al célebre “diácono”.

— La “Universidad de Constantinopla” en tiempos iconoclastas.

Conforme al testimonio de Jorge Monje¹¹³¹, la vieja “Universidad” de la capital habría sido destruida mediante el fuego, “con todos los profesores y libros dentro”, por orden del emperador León III. La institución aparece designada como “escuela universal” (οἰκουμενικὸν διδασκαλεῖον), situada en el barrio de Chalcoprateia (Χαλκοπρατεῖα)¹¹³², y su director como “docente universal” (οἰκουμενικὸς διδάσκαλος). Así, asegura el cronista, pretendía acabar con la intransigencia de los eruditos iconófilos. De esa manera, el conocimiento (γνῶσις) habría desaparecido hasta la venturosa llegada de Miguel III y su madre Teodora, los restauradores de la iconodulia.

Ciertamente la leyenda ha sido bien y con facilidad refutada por los especialistas¹¹³³. Baste recordar que semejante noticia, tan extraordinaria, no aparece en ninguna fuente anterior, por más que los autores fueran furibundos enemigos de los emperadores iconoclastas, y ni siquiera tampoco en una primera versión del monje. Se ha demostrado que se trata de un infundio muy posterior, gestado en medios cenobíticos “exaltados” por el triunfo de

¹¹³⁰ Sobre la cuestión vid. Criscuolo, 1994, *passim*, esp. pp. 143-144, ns. 2 y 3.

¹¹³¹ Jorge Monje, De Boor, p. 742.

¹¹³² Sobre el distrito, frente a la puerta occidental de Santa Sofía, vid. Janin, 1964, p. 328.

¹¹³³ Remitimos a los trabajos de Fuchs, 1926, pp. 9-13, Bréhier, 1927-1928, *passim* y, sobre todo, Lemerle, 1971, pp. 89-94.

las imágenes, al decir de Lemerle¹¹³⁴. No obstante, cabe destacar un hecho que sí parece verosímil: quienes vivían en el siglo X daban por sentado que en el VIII existía una “universidad” en la capital, asentada en algún edificio próximo a la Iglesia de la Teótocos de Chalcoprateia¹¹³⁵. Todo apunta a que se trataría del “Pórtico Basilical” (βασιλικὴ στοά)¹¹³⁶, la sede del Auditorium Imperial de Teodosio II y Atenais Eudocia. Adyacente y acaso formando parte de un mismo complejo, se mantendría la gran biblioteca imperial, renovada en tiempos de Justino II (565-578). Estando en una época donde los templos eran más célebres que los arcanos monumentos, nada de particular tiene que se refieran a la institución ligándola a una celeberrima sede mariana¹¹³⁷.

En verdad, este entorno tan en la vecindad del Gran Palacio no fue el único donde parece que se impartiría una docencia “ecuménica”. Al parecer, ya el fundador de la ciudad, Constantino I el Grande, había hecho disponer en el Capitolio (Καπετώλιον) otra “academia estatal”¹¹³⁸. Se describe como un vasto inmueble donde sobresalía la sala principal bordeada de exedras, y cuyo pórtico asomaba a la Mesé en el área del Filadelfion¹¹³⁹. A su cobijo, conforme al *Código de Teodosio*,¹¹⁴⁰ se ejercía la docencia (*intra Capitolii auditórium*) por parte de un claustro que impartía retórica, gramática, filosofía y derecho. No sabemos su duración, pero cabe resaltar que las

¹¹³⁴ Lemerle, 1971, p. 93.

¹¹³⁵ Sobre esta iglesia vid. Janin, pp. 1969, pp. 237-242.

¹¹³⁶ Respecto al edificio, vid. Janin, 1964, pp. 157-160 y 176-177.

¹¹³⁷ Allí se atesoraba, entre otras reliquias, el supuesto “cinturón de la Virgen” en una capilla especial. Al respecto Janin, 1969, p. 241.

¹¹³⁸ Al respecto, Fuchs, 1926, pp. 1-2 y Bréhier, 1927, p. 74.

¹¹³⁹ Sobre el Capitolio de Constantinopla, vid. Janin, 1964, pp. 174-176.

¹¹⁴⁰ *Código de Teodosio* XIV, 9, 3, Mommsen, p. 787. La enseñanza pública radicaba en el capitolio en tanto la privada se distribuía *intra plurimorum domus*.

CONSTANTINOPLA EN TORNO AL AÑO 840

CON LAS PRINCIPALES INSTITUCIONES
FILANTRÓPICAS

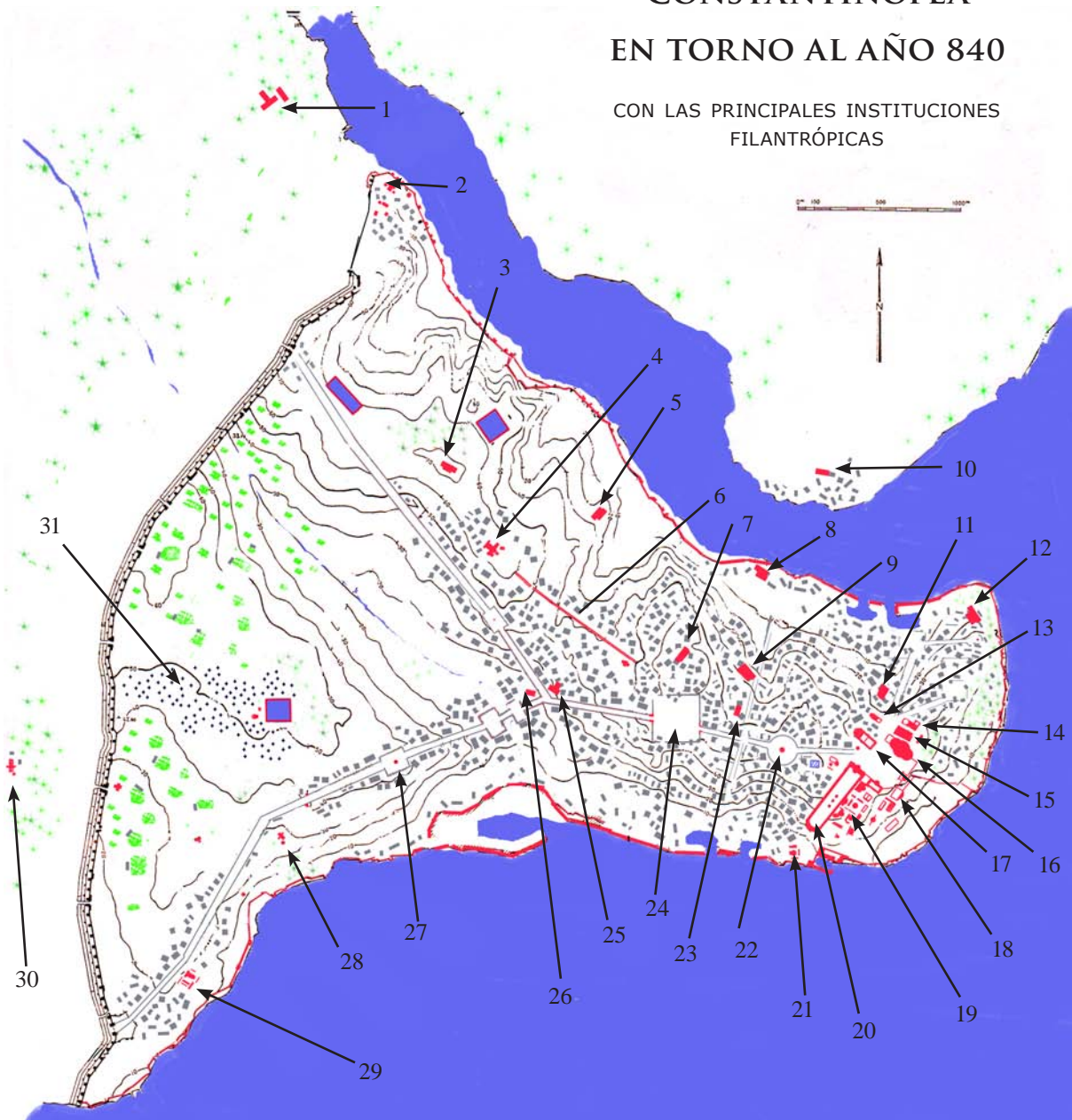


Fig. 51. 1. Monasterio de los Santos Cosme y Damián. 2. Basílica de Santa María de las Blaquernas. 3. Xenón de Paschentios. 4. Iglesia-Mausoleo de los Santos Apóstoles. 5. Xenón de Teófilo. 6. Acueducto de Valente. 7. Iglesia de San Esteban. 8. Xenón de Marcianos (Irene en Perama). 9. Xenón de Narsés. 10. Leprosaría de San Zótico. 11. Xenón de Eubolos. 12. Orfanato de San Pablo. 13. Iglesia de Santa María Chalcoprateia. 14. Iglesia de Santa Irene. 15. Xenón de Sampson. 16. Iglesia de Santa Sofía. 17. Basílica de Illus (Auditorio de Teodosio II). 18. Palacio de la Magnaura. 19. Gran Palacio. 20. Hipódromo. 21. Monasterio de los Santos Sergio y Baco. 22. Foro de Constantino. 23. Iglesia de Cristodotes. 24. Foro de Teodosio. 25. Iglesia de los Cuarenta Mártires. 26. Capitolio (Auditorio de Constantino). 27. Foro de Arcadio. 28. Monasterio de Gastria. 29. Monasterio de San Juan Pródromos de Estudios. 30. Monasterio de Zoodocos Pegé. 31. Cementerio de San Mocio.

fuentes¹¹⁴¹ hablan de cierta enseñanza superior instalada por Teófilo “cerca de la Iglesia de los Cuarenta Mártires”. Resulta que este templo se alzaba justo “a la entrada del Filadelfion”, lo que viene a suponer una inaudita coincidencia. Nos inclinamos a pensar en el mismo tipo de equivalencia, cada antiguo *auditórium* con un nuevo *didascalón*, Basílica y Chalcostrateia, Capitolio y Cuarenta Mártires. Siendo así, nada está en contra de sugerir una estricta continuidad, en uno y otro caso. Esteban Capetolites habría sido “catedrático” en la sede filadélfica y el emperador Teófilo no habría “fundado” sino renovado los *tesaraconta*, poniendo en el vértice al insigne León Constantinopolitano. Una vez más, se revelaría la providencial longevidad de las instituciones en Bizancio. El único traslado efectivo sería aquel recogido en el *Theophanes Continuatus*¹¹⁴² al hablar de la “Escuela de la Magnaura”, habilitada por el César Bardas hacia el 862, dos decenas de años tras el final de la iconoclastia. Eso si no tomamos por correcta la nota de Simeón Magister¹¹⁴³, que ya adjudica al iconoclasta Teófilo la apertura del recinto palatino (ἐν τῇ Μαγναύρα) para “enseñar disciplinas a los adolescentes”. Sea como fuere, de nuevo vemos convocar al polímata iconoclasta para, dentro de ella, dirigir la “escuela filosófica” (φιλόσοφος σχολή), acompañado de su discípulo Teodoro, docto en geometría, de un tal Teodegios, dedicado a la astronomía, y de Cómetas, al cargo de la gramática. La enseñanza sabemos que tenía carácter gratuito (προϊκα) y los profesores sueldo del Estado (δημοσία), pero esto tampoco suponía ninguna novedad, ya era así en tiempos teodosianos. En fin, debemos reconocer que ahora

¹¹⁴¹ *Theophanes Continuatus*, Bekker, p. 189.

¹¹⁴² *Theophanes Continuatus*, Bekker, p. 185.

¹¹⁴³ Simeón Magister, Bekker, p. 640.

ÁREA URBANA DEL AUGUSTEÓN
DE CONSTANTINOPLA EN
TORNO AL AÑO 840

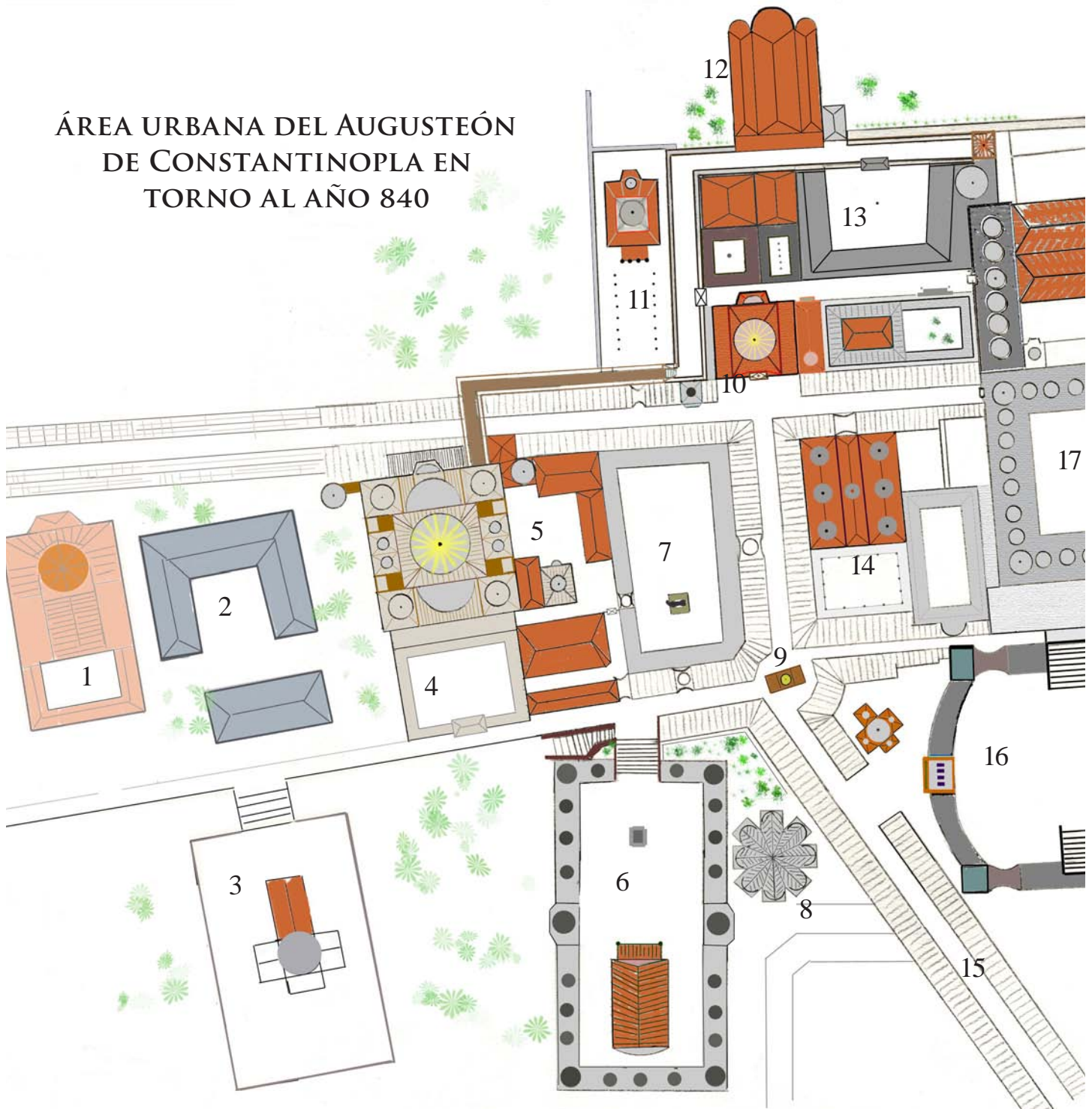


Fig. 52. 1. Iglesia de Santa Irene. 2. Xenón de Sampsón. 3. Iglesia de Santa María Chalcostrateia. 4. Iglesia de Santa Sofía. 5. Patriarcado. 6. Basílica de Illus (Auditorio de Teodosio II). 7. Plaza del Augusteón. 8. Octógono. 9. Arco del Millión. 10. Puerta Calcé del Gran Palacio. 11. Senado. 12. Pabellón de la Magnaura. 13. Triclinos y establos de las Escuelas. 14. Termas de Zeuxippos. 15. Gran Avenida Mesé (porción Regia). 16. Hipódromo. 17. Patio del Dafne,

como entonces el profesorado no se puede improvisar, sólo podemos asumir que procedía de la época anterior y por ende había recibido su formación “universitaria” en tiempos de la iconoclastia. Bajo los emperadores contrarios a la dulía, insistiríamos, existieron a buen seguro esos mismos o muy similares “estudios de grado de licenciatura”.

Resumen: Lo más probable es que durante la iconoclastia la enseñanza básica continuara con las características previas, acaso incorporando textos bíblicos pero sin modificaciones de otro orden. La educación media tampoco se alteraría, aunque pudiera haber ocurrido un refuerzo de la literatura “no cristiana”, sobre todo a partir de Constantino V y hasta Teófilo. En cuanto a la “universitaria”, igualmente deberíamos reconocer la continuidad en localizaciones, docentes y discentes. Los cambios más importantes radicarían en el mayor énfasis sobre las materias científicas y en la depuración de profesores, prevaleciendo acaso el naturalismo frente al sobrenaturalismo.

IV. 2. 2. Actitud hacia la cultura y ciencia en el periodo iconoclasta

Bien parece que algunos datos sugieren con fuerza el desarrollo de una genuina “cultura iconoclasta”. Así lo ha reconocido y explicado una insigne especialista en el periodo como Auzépy¹¹⁴⁴. Sus características principales consistirían en el predominio del antropocentrismo, con un arte que querría

¹¹⁴⁴ Véase por ej. Auzépy, 2006, pp. 100-117, sobre todo pp. 112ss.

retornar a los temas y modelos greco-latinos, una espiritualidad más simple e interior, frente a la compleja y externa, una revalorización de las tareas manuales y terrenales, incluso una legitimación del deseo de fama, gloria, prestigio y poder. Se acompañaría de una predilección por lo visible, la física y biología; con el soporte de patrones literarios y de pensamiento “racionalistas”. En suma, hablamos de un genuino “humanismo”, eventualmente el primero que se podría advertir en Bizancio. La mejor prueba al respecto la tendríamos en las propias acusaciones que sobre ellos vierten sus enemigos iconodulos, y en tal lista sobresaldrían, como ya reiteramos, los *Antirrhetici* de Nicéforo Patriarca. A nuestro sentir, entre las páginas de este encendido triple alegato, la furia y el rencor desbocados dejan traslucir con inusitado detalle la verdadera actitud intelectual presente en cada campo.

Bajo León III y Constantino V se iniciaría el proceso, acaso con la búsqueda y uso de los retóricos y pensadores precristianos. Ciertamente, la primera *antirrética*¹¹⁴⁵ alude explícita al “tráfico de libros sobre libros” que impulsan estos emperadores. Se trata de obras no sólo patristicas sino “de aquellos escritores excluidos del corazón de la Iglesia”, frase que sugiere una heterodoxia flagrante. Tal literatura “peligrosa” generaría una dinámica encadenada, por un lado cierto escepticismo y por otro un exacerbado interés por lo tangible. Así en el mismo documento¹¹⁴⁶ se habla de una “incapacidad para imaginar nada más allá de este mundo” y de una “seducción por la materia”. El emperador “Coprónimo”, para bien o mal un

¹¹⁴⁵ *Antirrhetici Nicephori*, PG 100, 208D, Mondzain-Baudinet p. 59.

¹¹⁴⁶ *Antirrhetici Nicephori*, PG 100, 220D, Mondzain-Baudinet p. 68.

hombre de intelecto, serviría de hecho como arquetipo de esos iconoclastas “cuyo pensamiento se limita a la materia y las criaturas”, con un saber e imaginación que “no sobrepasa lo visible”¹¹⁴⁷. Semejantes impíos, siempre según la *Refutatio et Eversio Deliramentorum* niceforiana, despreciaban los ojos “de la fe”, solo usaban los “del cuerpo” y en ello se asemejaban a Santo Tomás. Desde luego, tampoco se avenían a estimar “la sutilidad de los misterios”¹¹⁴⁸, lo que bien podría significar el paso a segundo plano de la teología, por más que algunos esfuerzos se hicieran para contribuir a cerrar la polémica sobre el enervante culto a los iconos.

Este menosprecio de la “ciencia de Dios”, al menos relativo, llegaría a encender la pasión reivindicativa de los más versados en ella. Los reproches a la “insumisión” y los “oídos sordos” que demostraban tales herejes ante los doctores de la Iglesia serán algo muy habitual¹¹⁴⁹. Se asegura que no sólo repudiaban sus dogmas, sino que también llegaron a burlarse de sus enfermedades y defectos somáticos¹¹⁵⁰. No es de extrañar que se lamentara la caída en un peligroso “abismo de incredulidad”¹¹⁵¹, “apostasía”¹¹⁵² e incluso “ateísmo absoluto”¹¹⁵³. Una derivada de esta falta de sensibilidad hacia lo místico y teológico podría ser el cese de la precedente prioridad absoluta de lo religioso a favor de lo laico. Los esfuerzos de la administración iconoclasta se volcarían más hacia lo utilitario, abandonando el boato y

¹¹⁴⁷ *Antirrhethici Nicephori*, PG 100, 257B, Mondzain-Baudinet pp. 95-96.

¹¹⁴⁸ *Antirrhethici Nicephori*, PG 100, 292B, Mondzain-Baudinet p. 121, n. 151.

¹¹⁴⁹ *Antirrhethici Nicephori*, PG 100, 284B, Mondzain-Baudinet p. 114.

¹¹⁵⁰ *Antirrhethici Nicephori*, PG 100, 329B, Mondzain-Baudinet p. 149.

¹¹⁵¹ *Antirrhethici Nicephori*, PG 100, 313B, Mondzain-Baudinet p. 138.

¹¹⁵² *Antirrhethici Nicephori*, PG 100, 344C, Mondzain-Baudinet p. 160.

¹¹⁵³ *Antirrhethici Nicephori*, PG 100, 333D, Mondzain-Baudinet p. 153.

la grandiosidad de los templos y objetos litúrgicos. Nicéforo Patriarca le reprocha a Constantino V no rivalizar con sus predecesores en ese mecenazgo de la Iglesia¹¹⁵⁴. Las basílicas suntuosas y las riquezas varias otorgadas por emperadores como Teodosio I el Grande, citado como paradigma, serían las mejores pruebas de la piedad del gobernante. Contrastaría con la dejación al respecto de los augustos contrarios a la dulía y ello daría testimonio de su “irreflexión e impiedad”¹¹⁵⁵. Si añadimos la especial atención que esos líderes resueltos dedicaron a las obras civiles y militares, se articula una corriente favorable a los fines útiles, desde luego más en consonancia con el que designamos “espíritu pragmático”, donde el conocimiento encuentra su sentido en el destino práctico de los resultados.

Hablamos de un *utilitarismo* que enlazaría con otro revolucionario modo de enfocar la relación del hombre con Dios, en la que se suprime la idea iconodula de “debilidad humana” que exigía la presencia de intercesores y mediadores¹¹⁵⁶. El iconoclasmo aborrece de los hierofantes (ιεροφάντης), aquellos encargados de rendir lo sagrado manifiesto a los hombres. En la misma medida espolean la capacidad para actuar por cuenta propia, buscando la salvación con los actos y no tanto las oraciones. El santo iconodulo quería imitar a los ángeles, sin relación con la tierra¹¹⁵⁷, el iconoclasta buscaba su espejo en los benefactores sociales. En este sentir, al *consecuencialismo* se sumaría el activismo, pensamos que sin caer en

¹¹⁵⁴ *Antirrhetici Nicephori*, PG 100, 329C-332A, Mondzain-Baudinet pp. 149-150.

¹¹⁵⁵ *Antirrhetici Nicephori*, PG 100, 353C, Mondzain-Baudinet p. 166.

¹¹⁵⁶ Los iconodulos parecen enfatizar la debilidad humana y la extrema dependencia del hombre respecto a los “intercesores” ante la divinidad, algo que los iconoclastas no parecen compartir. Al respecto, *Antirrhetici Nicephori*, PG 100, 349B-349C, Mondzain-Baudinet p. 163 y n. 27.

¹¹⁵⁷ *Antirrhetici Nicephori*, PG 100, 345B, Mondzain-Baudinet p. 160

la llamada “herejía de la acción”¹¹⁵⁸, algo más propio de nuestro tiempo. Sobre el apartado de las preferencias en los estudios, rebajadas la teología y patrología, se entendería un retorno a la sabiduría terrenal, es decir la “helénica”. Así, de hecho, se expresan en varias ocasiones los *Antirrhetici*, asegurando que tales enemigos “calumnian y suprimen las enseñanzas de la escritura inspirada por la divinidad”, mientras mezclan el “ateísmo heleno y el maniqueísmo”¹¹⁵⁹. La mirada iconoclasta se torna “hacia abajo, a la materia y la vida presente”, o como irónicamente también afirma el patriarca, “circunscribe su esperanza al mundo actual”¹¹⁶⁰.

Cabe aceptar, en suma y siguiendo las “acusaciones” niceforianas, que el iconoclasmo privilegiaba lo presente y tangible, palpable y, en buena lid, mensurable. Ese abordaje privilegiado de lo material apunta haberse intentado llevar a cabo en profundidad, con un armamentario deductivo muy crítico, hasta el grado de alcanzar un acerado “escepticismo”. Nicéforo Patriarca se queja, sin poder disimular su irritación, de cómo los iconoclastas venían a exigir una y otra vez “demostraciones rigurosas y proposiciones evidentes para todos”¹¹⁶¹. Ciertamente, reclamaban con similar tenacidad las fuentes que pudieran sostener las teorías y prácticas¹¹⁶². Se atrevían incluso a romper con las tradiciones más acendradas si estimaban que no estaban acordes

¹¹⁵⁸ El *utilitarismo* o *consecuencialismo* define la acción correcta en función de sus resultados o consecuencias. La “herejía de la acción” o “americanismo”, condenada por Pio XII, supone promover la acción rápida y eficiente en lo pastoral o apostólico, sin concesiones a principios complejos o discutidos.

¹¹⁵⁹ *Antirrhetici Nicephori*, PG 100, 349A, Mondzain-Baudinet p. 162.

¹¹⁶⁰ *Antirrhetici Nicephori*, PG 100, 364B, Mondzain-Baudinet p. 174

¹¹⁶¹ *Antirrhetici Nicephori*, PG 100, 376A, Mondzain-Baudinet p. 183.

¹¹⁶² *Antirrhetici Nicephori*, PG 100, 376B, Mondzain-Baudinet p. 183.

con el sentido común o no eran fieles a la Biblia, la única que se avenían a respetar. Al decir de la tercera *antirrhética*, los iconoclastas “se libran de sus ataduras, se vuelven hacia la liberación y la libertad”, reniegan de todo menos de la Sagrada Escritura¹¹⁶³. Podría ser, si nuestra interpretación es correcta, un “evangelismo” en toda regla. Ello aún con serias reservas porque, como sospecha Nicéforo Patriarca, cuando las Letras Divinas chocaban con “su estupidez” también las abandonaban allá donde les placía o interesaba¹¹⁶⁴.

En esas contradicciones pedían “otro testimonio escrito, otra prueba y demostración de la verdad que aparece en los Libros [Sagrados]”¹¹⁶⁵. Se dejaban llevar por “investigaciones puntillosas”, tal y como “habían inventado los paganos y los incrédulos”¹¹⁶⁶. De hecho, “empujaban sus investigaciones en vano hasta el infinito”, y por ello se les distinguía “caminando raudos a su ruina y extravío”¹¹⁶⁷. Así pues, los iconoclastas se parecían demasiado a los helenos que “corrían tras la sabiduría”, la filosofía “falsa” o profana al sentir de los *Antirrhétici*¹¹⁶⁸. Por el contrario, los iconodulos tenían la fe “como el mayor honor, el principio de su salvación y la finalidad de su esperanza”¹¹⁶⁹. Ellos recibían las enseñanzas de la Iglesia Universal en la “virginal simplicidad”, aceptando su iluminación “sin necesidad de otras

¹¹⁶³ *Antirrhétici Nicephori*, PG 100, 376C, Mondzain-Baudinet p. 184.

¹¹⁶⁴ *Ibid.*

¹¹⁶⁵ *Ibid.*

¹¹⁶⁶ *Antirrhétici Nicephori*, PG 100, 377B, Mondzain-Baudinet p. 185.

¹¹⁶⁷ *Antirrhétici Nicephori*, PG 100, 380A, Mondzain-Baudinet p. 186.

¹¹⁶⁸ *Antirrhétici Nicephori*, PG 100, 377C, Mondzain-Baudinet p. 185.

¹¹⁶⁹ *Ibid.*

pruebas”¹¹⁷⁰, pues la tradición no escrita resultaba “el elemento de mayor solidez”¹¹⁷¹. Creyendo y obedeciendo fielmente, y actuando así cabría esperar la recompensa “de quienes buscan al Señor”¹¹⁷². Lo contrario, la repetida “incredulidad” y búsqueda de los referentes escritos que mostraban los “duros de corazón”, sería “la más fatal de todas las enfermedades del alma, germen de la incapacidad para comprender y origen de perdición”¹¹⁷³.

Tras semejante fondo de prioridad hacia lo físico tangible con aparente “fría lógica” y apoyada en la bibliografía, se podría percibir, a nuestro entender, una vocación decidida hacia el realismo. Pensamos en ello a partir de la insistencia con la que se rechaza la “venerabilidad” de los iconos en tanto que faltos de “veracidad”. No sólo resultaban aborrecibles por ser obras “mortales” y hechas siempre “por mano humana”, véase sin rastro alguno de divinidad, es que además no eran “fidedignas”.

El caso de los querubines serviría como paradigma. Para los iconoclastas estos seres incorpóreos serían irrepresentables en el sentido iconodulo, quienes daban por cierta una “forma visible” (εἶδος), ello en la medida que nunca habían sido vistos por nadie. Los “incrédulos” no parecen dispuestos a aceptar ninguna fisonomía con pretensiones de ser “verídica” sin soporte en la observación, abstracción hecha de la fantasía. Nicéforo Patriarca debe hacer un esfuerzo notable para justificar el hipotético aspecto de tales

¹¹⁷⁰ Los iconoclastas reprochaban a los iconodulos esa falta de espíritu “investigador” o predominio de la tradición no escrita y la fe sobre la búsqueda bibliográfica. Vid. por ej. *Antirrhethici Nicephori*, PG 100, 385B, Mondzain-Baudinet p. 191.

¹¹⁷¹ *Antirrhethici Nicephori*, PG 100, 385B, Mondzain-Baudinet p. 191.

¹¹⁷² *Antirrhethici Nicephori*, PG 100, 377C, Mondzain-Baudinet p. 185.

¹¹⁷³ *Antirrhethici Nicephori*, PG 100, 377D, Mondzain-Baudinet p. 185.

“próximos”¹¹⁷⁴, en tanto se lamenta de que sus enemigos no pongan tantos remilgos para elaborar figuras de dioses o mitos paganos¹¹⁷⁵. Ya sabemos que la recuperación de tales motivos clásicos, que incluso en algún caso vendrían a sustituir los de orden cristiano, no dejó de ser causa de escándalo y profundo desagrado entre los iconodulos. Acaso todo ello se enmarcaría en una distinción neta entre mitológico y racional, entre causas naturales (ordinarias) y sobrenaturales (extraordinarias).

En tal sentido cabe traer a colación otra teoría, que apunta ser correcta, respecto a la instalación en tiempos de León III Sirio o Constantino V Caballinos del célebre *Anemodulion* (Ἄνεμοδούλιον). Se trataba de un complejo escultórico conformado por una pirámide que sostenía en la cima una estatua broncea articulada de mujer, móvil al menor impulso del aire¹¹⁷⁶. La base se adornaba con animales, plantas, frutas, cupidos y jóvenes que simulaban soplar trompetas, de cierto en consonancia con la iconografía iconoclasta. Todo sugiere que el dispositivo servía para indicar la dirección e intensidad del viento, también de acuerdo con el espíritu científico que entendemos se ligaba a los “impíos”. No sólo eso, al sentir de Anderson¹¹⁷⁷ el excepcional monumento celebraría la victoria de los bizantinos en el 717, que sabemos fue en parte gracias al estenordeste que afectó a la flota sarracena. Si ello es así, vendría de nuevo a señalar la tendencia “racional” que entrevemos en los iconoclastas, frente a los iconodulos. Los primeros

¹¹⁷⁴ “Querubines” en hebreo significaría “próximos” o “segundos”, entendiendo que se trata de los ángeles más cercanos, aquellos “guardianes de la gloria de Dios”.

¹¹⁷⁵ *Antirrhethici Nicephori*, PG 100, 353A-353B, Mondzain-Baudinet p. 166.

¹¹⁷⁶ Sobre el monumento, vid. Janin, 1964, p. 100.

¹¹⁷⁷ Anderson, 2011, *passim*, esp. pp. 51ss.

dan gracias a la cruz como símbolo del Cristo y a la naturaleza que actuó a su favor, elevando no obstante el mayor mérito a la sabiduría y buen gobierno de los emperadores. Los segundos acaso lo fían todo a la maravillosa actuación de la Virgen María y desprecian el valor de los propios actores, menos valiosos que las oraciones y los objetos venerables.

Exageración o no tanto, las pruebas reunidas en los documentos y acciones conocidas, destacando a nuestro juicio entre los primeros la trilogía de *Antirrhetici* que venimos a citar una y otra vez, permiten dar por cierta la deriva que el iconoclasmo propicia hacia un modelo científico mecanicista. Entenderían el mundo supeditado a la regularidad, expresada en términos matemáticos, como el platonismo de un “Dios ingeniero” que parece defender León Constantinopolitano. Hablamos tanto del llamado “primero” como del “segundo”, pues ambos parecen haber intentado plasmar un mismo paradigma intelectual y socio-económico.

No hay duda que esa ideología, tan irritante para sus detractores, se gesta y conforma en toda su plenitud bajo los dos grandes emperadores sirios. Tras el paréntesis iconodulo, que va desde 780 a 813, percibimos que el gobernante armenio y los amorianos se limitan a intentar desarrollar, con mayor o menor moderación, aquel mismo programa “teórico y práctico”. Cuando Nicéforo Patriarca escribe su obra polémica, gobernaba el armenio León V y aún así la diatriba principal alude al “odioso” antecesor Caballinos, fallecido hacia ya cuarenta años¹¹⁷⁸. Muy significativo es que, para ambos,

¹¹⁷⁸ Nicéforo Patriarca probablemente escribió su encendido *Discurso contra los Iconoclastas* hacia los años 818-820 y Constantino V Caballinos habría muerto en el 775. Al respecto, vid. *Antirrhetici Nicephori*, Mondzain-Baudinet, p. 8.

los “pecados” referentes a su planteamiento vital/teológico son idénticos, pero es sólo contra el “coprónimo” que dirige los alambicados argumentos y también sonoros insultos. Está claro quien fue el autor intelectual del iconoclasmo, el que lo elevó a su mayor nivel como doctrina religioso-política, opción que debe entenderse como esencialmente la misma intentada llevar a cabo por los gobernantes en dos momentos distintos o de una forma discontinua si se prefiere.

Los frutos de ella, podrían haber sido palpables ya en la primera etapa. Sugeríamos antes que su punto de inicio estaba en la recopilación generosa y sin cortapisas de un oportuno cuerpo literario clásico. Esos tratados serían el cimiento del desarrollo de lo que Ševčenko¹¹⁷⁹ ha denominado “semi-secular hagiography”, en puridad un género híbrido sobre la base de una vuelta a la biografía secular. Su representante primigenio podría haber sido la *Vita Nicephori* escrita por Ignacio Diácono y supondría una competencia “racional” dirigida directamente contra la hagiografía al uso. Otra señal se encontraría en la propia literatura polémica de los iconodulos, donde encontramos referentes “profanos” notables.

Empero, el tercer elemento de ratificación estaría en los signos de desarrollo de trabajos técnicos y estudios científicos, pertenecientes al *quadrivium*. El texto de Ptolomeo, Vt.gr. 1291, fechado sin incertidumbres bajo Constantino V, sería el principal de ellos¹¹⁸⁰. Le acompañaría el gran reloj de palacio, para el que este Caballinos no duda en fundar un “monasterio”

¹¹⁷⁹ Ševčenko, 1977, p. 129.

¹¹⁸⁰ Al respecto, vid. Magdalino, 2006, pp. 50ss. Remitimos también al epígrafe correspondiente en Fuentes.

con monjes dedicados en exclusiva a su manejo¹¹⁸¹. Resulta que el futuro patriarca iconoclasta Juan VII Gramático podría haber ejercido y hasta estudiado aquí en su juventud¹¹⁸². En verdad que este tipo de monacato “útil” a la sociedad no parece haber enervado al emperador sirio, más bien lo contrario. También incluiríamos el detalle escatológico recogido por Teófanos¹¹⁸³, que nos inclinan a pensar en una posible tolerancia hacia la disección anatómica. Cabría sintetizar manifestando que al final de la dinastía siria apunta haberse planteado un proceso de recuperación de la antigua retórica e iniciado un repunte de las ciencias “griegas”. Tal vez un síntoma propio sería lo que Magdalino¹¹⁸⁴ ha denominado “defensa de la astrología”, referencia a un resurgir de los estudios relativos al cosmos y las matemáticas.

Probablemente durante el denominado “intermezzo”, que iría desde el 787 (Concilio Ecuménico de Nicea II) hasta el 815 (deposición del patriarca Nicéforo), el dominio del partido iconodulo sirvió como barrera para impedir todo nuevo avance en el acercamiento al estudio de aquello tildado como pagano y por ende nocivo¹¹⁸⁵. No se ha recogido ninguna figura ni documento de esa naturaleza en aquellos años de reacción, los últimos datarían del convulso reinado de Constantino VI, cuando Irene Ateniense pugnaba por sustituir a su hijo y retornar a la iconodulia. El pensamiento

¹¹⁸¹ Magdalino, 2006, p. 23, con las referencias.

¹¹⁸² Gero, 1974-1975, pp. 25-26, con las fuentes. Vid. epígrafe en Prosopografía.

¹¹⁸³ *Cronografía de Teófanos*, De Boor, p. 436. Esta cuestión se ampliará en el epígrafe dedicado a la Anatomía y la visión del cuerpo humano.

¹¹⁸⁴ Magdalino, 2006, *passim*, esp. pp. 48-72.

¹¹⁸⁵ Signes Codoñer, 2005, pp. 211-212.

que entendemos alimentaba a los dirigentes eclesiásticos y políticos del momento, la veneración de los iconos y el paradigma del “milagro disponible”, anulando la naturaleza bajo la voluntad de Dios, apunta a un radical rechazo de la actitud científica y experimental. El golpe militar de León V Armenio acaso vino a representar una corrección de rumbo importante. Su reinado fue breve pero está claro que intentó emular en todas las facetas el de Constantino V, del que ya hemos señalado se reconoció deudor y a quien tomó como modelo. La entidad de lo que pudo llevar a efecto no está bien dilucidado, aunque cabe sospechar que su impulso generó una potente inercia. Muchos de los que le rodearon, abades y profesores, fueron quienes relanzaron la iconoclastia en los decenios siguientes. Está claro que pese al intervalo iconodulo de dieciséis años, un buen número de hombres de intelecto y funcionarios, amén de militares, continuaban profesando una ideología contraria al exceso en la piedad.

Con Miguel II se mantiene la misma dinámica, tal vez no tan radical pero tampoco menos iconómaca en su esencia. La carta que dirige a Luis el Piadoso¹¹⁸⁶, que sólo sobrevive en su versión latina, resulta muy esclarecedora. Las quejas y reflexiones parecen sinceras y, a nuestro sentir, muy razonables¹¹⁸⁷. Acaso puedan ser complementadas por el regalo que igualmente envía, corriendo el 827, al mismo rey franco, un ejemplar del llamado Pseudo-Dionísio Aeropagita¹¹⁸⁸. Este autor neoplatónico, que se habría convertido al cristianismo “desde sus conocimientos científicos”,

¹¹⁸⁶ Vid. epígrafe correspondiente en Fuentes.

¹¹⁸⁷ Sobre la medida en esta misiva, vid. Auzépy, 2007, p. 26.

¹¹⁸⁸ Se trata del *Paris. gr. 437*. Al respecto, vid. la aproximación en Lemerle, 1971, pp. 13-16. Remitimos en especial al epígrafe correspondiente en Fuentes.

RESULTADOS

ofrecía a los iconoclastas el reconocimiento del valor cognitivo de las imágenes simbólicas y no semejantes, al decir de Magdalino¹¹⁸⁹. La Cruz, el símbolo iconómico por excelencia, entraba de pleno en semejante entidad, desde luego sin falsear la incomprendibilidad de Dios. Sabemos que de la traducción llevada a cabo por Juan Escoto Erigena surgirá una teología platónica muy favorable al estudio de la naturaleza, y algo similar cabe imaginar que estuviera ocurriendo en Bizancio. Por último y no menos importante, en la misma línea apunta la elección de los colaboradores más inmediatos, muy singularmente el preceptor de su hijo y futuro heredero del trono, que recaerá en una figura clave del iconoclasmo, Juan Morocharzanos, conocido como “el Gramático” (ὁ Γραμματικός).

El patriarca aparece en compañía de otros intelectuales que tendrán su oportunidad de trabajar sin trabas, en general dedicados a la vertiente “dura” del saber, es decir la de orden físico-natural y exacta. Sin perjuicio de que la censura pudiera haber hecho desaparecer otros referenciables al primer iconoclasmo, no parece extraño que sea bajo Teófilo, un reinado ya largo y estable, cuando al fin se observen los mejores frutos de ese hipotético filohelenismo cultural que sospechamos y, sobre todo, la actitud naturalista de los “intelectuales del poder iconoclasta”.

Las figuras más relevantes serían los dos parientes tantas veces citados, Juan VII Gramático y León Constantinopolitano, considerando que acaso pudieron existir más y su memoria no ha llegado hasta nosotros. Sería en verdad excepcional que sólo ellos hubieran conformado la totalidad, máxime

¹¹⁸⁹ Magdalino, 2006, pp. 68-69.



Fig. 53. Codex Vitruvianus. 26-2. Fol. 74v. Un profesor árabe realiza ejercicios de geometría ante el sultán y en presencia de un prisionero bizantino. Se trataría del discípulo de León Constantinopolitano que demostró poseer unos conocimientos muy superiores en la materia, informando al gobernante musulmán sobre la todavía más extraordinaria sabiduría de su maestro, a la sazón residente en Constantinopla.



Fig. 54. Codex Vitruvianus. 26-2. Fol. 75r. Los enviados al-Mut'asim entregan la carta a León Constantinopolitano, en su propia escuela privada, proponiéndole que se trasladara hasta la corte de Bagdad, bajo protección del califa, y ejercer allí la docencia.



Fig. 55. Codex Vitr. 26-2. Fol. 75v. En este caso, los embajadores musulmanes presentan la petición al propio Teófilo. En la misiva, el califa ofrece al emperador 100 centenaria y la promesa de mantener la paz, todo a cambio de que permitiera el traslado de León Constantinopolitano para enseñar en Bagdad. La contestación del augusto iconoclasta fue una negativa rotunda, porque al decir del cronista Esquilitzés, tenía por “inapropiado dotar a los árabes con el conocimiento virtud al cual los bizantinos eran admirados por el resto de las naciones”.



Fig. 56. Codex Vitr. 26-2. Fol. 58r. La escena pretende ilustrar el ejercicio de “lecanomancia” que, al decir de sus detractores, llevaba a cabo con asiduidad Juan VII Gramático. El patriarca iconoclasta remueve un líquido, acaso en ebullición, mientras parece conversar animadamente con el emperador Teófilo.

cuando ambos parecen haber sido hombres de enorme cultura y mente abierta, muy capaces de atraer otros colegas y abundantes discípulos.

Según la *Vida de León V el Armenio*¹¹⁹⁰, el entonces poco conocido “Juan Morocharzanos” fue quien recibió el encargo de encontrar y adquirir muchos “libros viejos” (παλαιά βιβλία) revisando en bibliotecas de todo el Imperio. Se trataba de obtener soporte intelectual para el florilegio de un futuro concilio, que debería retornar a los principios iconoclastas. La búsqueda ocuparía algunos meses, entre 814 y 815, y una vez culminada se efectuó una investigación a fondo de su contenido. Al decir de la *Carta del obispo melquita al emperador Teófilo*¹¹⁹¹ (circa 839), el a la sazón “lector” (ἀναγνώστης) hodegita reunió “todos los libros” (τὰς βίβλους πάσας) que se encontraban entonces en los cenobios. Parece que se trataba sobre todo de obras religiosas, aunque para una querrela como la iconodula/iconoclasta bien podrían haberse considerado útiles muy diversos tipos de textos.

En cualquier caso, lo que se traduce es una maniobra de “centralización del trabajo intelectual hacia Constantinopla”, conforme a la frase de Dain¹¹⁹². Si efectivamente se concentraron en la capital un número importante de tratados, en un ambiente favorable, nada extraño es que se hubiera despertado un “verdadero Renacimiento” en palabras de Hemmerdinger¹¹⁹³. Sea como fuere, Juan VII Gramático pasa por haber sido un hombre instruido, amante de lo heleno y sospechoso de connivencia con estudios de orden

¹¹⁹⁰ *Scriptor Incertus de Leone*, Bekker, pp. 352ss.

¹¹⁹¹ *Carta del obispo melquita al emperador Teófilo*, PG 95, col. 372.

¹¹⁹² Dain, 1954, p. 38.

¹¹⁹³ Hemmerdinger, 1955, pp. 34-35.

“experimental”¹¹⁹⁴. Lo mismo que su primo (o sobrino) y correigionario en la iconoclastia, León Constantinopolitano, del que ya hemos podido considerar la altura intelectual y científica. El interés que demuestra por las letras antiguas, ese conjunto que denominaríamos “sabiduría pre-cristiana”, está fuera de toda duda. La *Antología Palatina*¹¹⁹⁵ lo describe como un “filósofo” (φιλόσοφος) y un “heleno” (Ἕλην), alguien que pone el máximo interés en la ciencia y cultura clásicas¹¹⁹⁶. Aún más, la calidad y cantidad que se advierte en los volúmenes que sabemos pertenecieron a su biblioteca despejan cualquier duda¹¹⁹⁷. Aparecen autores como Cirinos y Marcelos, Apolonio de Perge, Teón de Alejandría, Proclo de Xantos, Ptolomeo, Euclides y Pablo de Alejandría¹¹⁹⁸. Hablamos de astronomía, geometría y aritmética, a los que cabría añadir Hipócrates, Galeno y otros médicos racionales, a juzgar por sus obras de anatomo-fisiología y clínica.

De cierto, el contraste con el contenido del archivo bibliográfico recogido por el patriarca Focio no puede ser más llamativo. El iconoclasta se vuelca hacia “las ciencias” y el iconodulo a “las letras”. Bien parece que la muerte de Teófilo y la subsiguiente regencia de Teodora suponen un cese aparentemente inesperado y en alguna medida también brusco de esta dinámica. Patriarca y obispo, Juan y León, son destituidos de sus cargos, uno enviado en aislamiento al cautiverio y el otro retomando la academia

¹¹⁹⁴ Gero, 1974-1975, pp. 27-28. El autor no lo considera un “científico” en sentido estricto pero sí un inspirador del renacimiento en el estudio de la literatura clásica, base a nuestro entender de lo primero.

¹¹⁹⁵ *Antología Palatina*, XV, 12, Paton, V. p. 116-117

¹¹⁹⁶ Un análisis completo en Dain, 1954, pp. 37ss.

¹¹⁹⁷ Sobre la biblioteca de León Constantinopolitano, vid. Lemerle, 1971, pp. 169-172.

¹¹⁹⁸ Remitimos al epígrafe correspondiente en Prosopografía.

de sus primeros años como docente privado. Pese a la vuelta a la enseñanza “pública” del segundo, tras un largo periodo que aparenta haber sido de censura y silencio, ya no pudo ser nada igual.

El que sin ninguna duda fue más grande polímata que tuviera nunca Bizancio, parece haber estado bajo vigilancia. Llegaría a ser denunciado y hasta objeto de menosprecio por uno de sus discípulos, el célebre Constantino-Cirilo¹¹⁹⁹. El futuro “apóstol de los eslavos” le envía al infierno en un largo poema, “con su ciencia y su impiedad”, para que allí se reencuentre con Crisipo, Sócrates, Proclo, Platón, Aristóteles y Epicuro, amén de “sus queridos amigos” Euclides y Ptolomeo, en compañía de Homero, Esíodo y Aratos. Todos estos despreciables paganos, helenos que “adoran dioses adúlteros y esclavos de las pasiones” se enfrentarán en el juicio final al castigo, por no “venerar con toda su alma la carne del Dios Verbo”. Podría ejemplarizar el pensamiento iconodulo más extremo, que huye del “saber peligroso” y se asoma con más agrado a la vertiente patristica del saber amén de rigorista en lo litúrgico y moral. Constantino-Cirilo será por méritos evidentes uno de los héroes de la ortodoxia y su inteligencia está fuera de duda. Pero representa un modelo de erudito muy alejado de aquél que podemos asociar con el desarrollo de las disciplinas experimentales.

Al final, la elevación de Focio al patriarcado y la imposición de su concepto de la cultura, eminentemente literaria y teológica, podría haber terminado por eclipsar la vía que llamaríamos alquímico-matemática

¹¹⁹⁹ Para este enfrentamiento entre el “piadoso” discípulo, Constantino-Cirilo, y el maestro “impío”, León Constantinopolitano, vid. Lemerle, 1971, pp. 172-175.

y experimental. Se abriría paso el “enciclopedismo” macedonio, cuyas características no parecen haber sido las ideales para el desarrollo de actividades científico-técnicas.

IV. 2. 3. Avances en cultura y ciencia durante el periodo iconoclasta

Cabe proponer un proceso de renovación o puesta en valor de la cultura clásica bajo la iconoclastia, en particular la relativa a ciencias naturales y tecnológicas, pero también en aquellas que hoy denominamos como “sociales” y aún la literatura griega antigua. Por un lado observaríamos una política consciente para la “recuperación” de textos científico-técnicos amén de históricos. En otro orden, se evidenciarían ciertos avances, incluso singulares, desarrollados en el campo de la ingeniería civil y militar. Como último considerando, tendríamos una tentativa de rehabilitar la narrativa y poesía griegas paganas. Expondremos a continuación, desglosados en epígrafes, los hechos al respecto que entendemos se dieron en ese tiempo y que justifican los enunciados expuestos.

— Textos históricos

La iconoclastia es una época donde a buen seguro no hubo escasez de crónicas y tratados históricos. Amén de Nicéforo Patriarca y Teófanos Confesor, los especialistas han sabido distinguir las huellas de una

historiografía de inspiración iconómaca, bien que después hecha desaparecer a conciencia¹²⁰⁰. En este apartado añadiríamos la llamada “hagiografía iconoclasta”, que sabemos muestra un peculiar “sesgo biográfico”¹²⁰¹, amén de razonable distanciamiento de la milagrería y el misticismo¹²⁰². No obstante, al margen de lo anterior, cabe destacar la copia de otros clásicos, como pudiera ser el de Tucídides. Se ha conservado un ejemplar que pudo pertenecer a León Constantinopolitano y sabemos de la existencia de otro que acaso Juan VII Gramático hizo transliteralizar¹²⁰³. Ello habría ocurrido en el tiempo que ejercía como abad del Monasterio de los Santos Sergio y Baco, sede que podría haber sido un “escritorio de inspiración iconómaca”¹²⁰⁴. Al sentir de Hemmerdinger¹²⁰⁵, éste cenobio fue un lugar de elaboración de manuscritos tanto o más importante que el conocido de Estudios. Se hablaría de unos estuditas iconófilos, dedicados a las vidas de santos y patología y de otros sansergianos iconoclastas, que concedían tiempo a la literatura y ciencia paganas.

— Textos científico-técnicos

La biblioteca de León Constantinopolitano serviría, ya por sí sola, para dar como buena la idea de un registro y florecimiento de tratados matemáticos y astronómicos¹²⁰⁶. Las anotaciones y *ex-libris* que dejó el

¹²⁰⁰ Al respecto, vid. Brubaker/Haldon, 2001, pp. 166ss.

¹²⁰¹ Ševčenko, 1977, p. 129.

¹²⁰² Al respecto, vid. por ej. Auzépy, 1992, *passim*.

¹²⁰³ Hemmerdinger, 1955, pp. 37-41.

¹²⁰⁴ Hemmerdinger, 1955, p. 38.

¹²⁰⁵ *Ibid.*

¹²⁰⁶ Vid. *supra*.

polímata en los márgenes dejan bien a las claras que fueron útiles de trabajo, y no meros adornos. Algunos serían reproducciones en la nueva minúscula ejecutadas por voluntad del sabio¹²⁰⁷. El ejemplar *Vaticanus graecus* 1291, correspondiente al *Manual de Tablas* (Πρόχειροι κανόνες) de Ptolomeo¹²⁰⁸, datado inequívocamente en los años de Constantino V Caballinos, vendría a corroborar esta impresión. Supone, a día de hoy, el más antiguo ejemplar conservado y la iconografía que le acompaña parece traducir un momento de especial valoración de los gustos clásicos, sin desdeñar la mitología, con el desnudo y la desenfadada representación de dioses paganos¹²⁰⁹.

— Tratados de estrategia y táctica

Los ensayos de poliorcética y artillería clásicos reeditados en tiempos macedónicos, no cabe otra posibilidad más que fueran copias de otros anteriores de procedencia directa bizantina, en ningún caso traducciones del árabe. Ello implica que se conservaron bajo la iconoclastia ejemplares antiguos en un estado aceptable o bien se reescribieron por entonces, una segunda opción que se nos antoja más probable. No cabe duda de que los emperadores sirios y amorianos fueron, en general, excelentes comandantes. Los capaces Constantino V y Teófilo, en particular, parecen haber dominado la *re militaris* aprendida en tratados teóricos y después llevada a la práctica bajo la supervisión de sendos progenitores (León III Sirio y Miguel II Amoriano), igualmente dotados en tan delicada materia. La mejor prueba

¹²⁰⁷ Hemmerdinger, 1955, pp. 37-41.

¹²⁰⁸ Al respecto vid. el exhaustivo análisis y argumentos convincentes que se ofrecen en el artículo de Wright, 1985, pp. 355-362, esp. p. 356.

¹²⁰⁹ Remitimos al epígrafe correspondiente en Fuentes.

de un mantenimiento riguroso de los manuales de doctrina y maniobra sería la proximidad entre el *Estrategicón de Mauricio* y la *Táctica de León VI*, justo anterior y posterior al periodo. Es evidente que desde Heraclio hasta Basilio I el primer texto estuvo en vigor y se copió profusamente. No fue de ninguna manera una excepción, otros tratados antiguos también parecen haber estado de permanente actualidad. Destacaríamos el caso de Eneas el Táctico, correspondiente al *Laurentianus* LV-4, cuyo más antiguo manuscrito conservado se data del siglo X, pero los especialistas advierten que está transliterado de uno más antiguo, casi sin duda de época iconoclasta¹²¹⁰.

—Ingeniería civil y mecánica

Como ha recogido Lewis¹²¹¹, hacia el año 600 parece haberse dado un cambio notable en la ingeniería. Hasta entonces la tradición greco-romana sirvió plénamente a las necesidades, incluso se pueden vislumbrar algunos destellos de excelencia y avance, como por ejemplo aquellos realizados en época de los emperadores Teodosio II y Justiniano I. Pero justo después se observa una rápida y profunda decadencia, tanto de la obra pública como privada, salvo quizás aquella directamente relacionada con las urgencias militares. Está claro que de nuevo las condiciones de la sociedad y la economía están detrás de semejante involución. Hablamos de la centuria que sufre las grandes invasiones persas y árabes, la destrucción del sistema justiniano mediterráneo y la amputación de algo más de la mitad del territorio imperial.

¹²¹⁰ Dain, 1954, pp. 43-44.

¹²¹¹ Lewis, 2007, p. 368.

RESULTADOS

De la misma manera, cabe entender que se dieron momentos de recuperación a lo largo de los siglos VIII y IX, bien que intermitentes, donde se distinguen inequívocos momentos de prosperidad. Estaríamos inmersos en el periodo iconoclasta, cuando efectivamente no faltan algunos brillantes ejemplos de ciencia aplicada. En ingeniería civil debemos destacar las amplias y acertadas restauraciones de murallas urbanas, véase Constantinopla y Nicea, del acueducto principal también en la capital, junto a ciertas iglesias, entre las que destacaría Santa Irene adyacente al Xenón de Sampson y, sobre todo, la construcción de espaciosos y lujosos pabellones dentro del Gran Palacio y suburbanos¹²¹². La excelente calificación profesional de quienes restauraron el puente en Région hacia el 870, ya gobernando Basilio I, igualmente vendría a ratificar que la tradición y enseñanza de la especialidad no habían mermado en absoluto en el periodo justo precedente. También podría ser bien traído a colación la presencia de ciertos “sifones” o bombas de extracción y acaso proyección de agua entre las estructuras fijas sanitarias de la ciudad, a disposición del personal para afrontar los incendios. Por más que su mecanismo nos sea desconocido, la terminología y el contexto de la fuente¹²¹³ donde se cita apuntan a que se trataba de un aparataje sofisticado aunque ordinario.

No hay duda ninguna de que los textos pertinentes estuvieron no sólo disponibles sino que proliferaron entonces. Recordamos de nuevo la biblioteca de León Constantinopolitano, que contenía libros de astronomía, matemáticas y mecánica. No eran ejemplares de adorno sino de trabajo,

¹²¹² Remitimos a los epígrafes en Fuentes.

¹²¹³ *Vida de San Esteban Joven*, Auzépy, pp. 169-170.

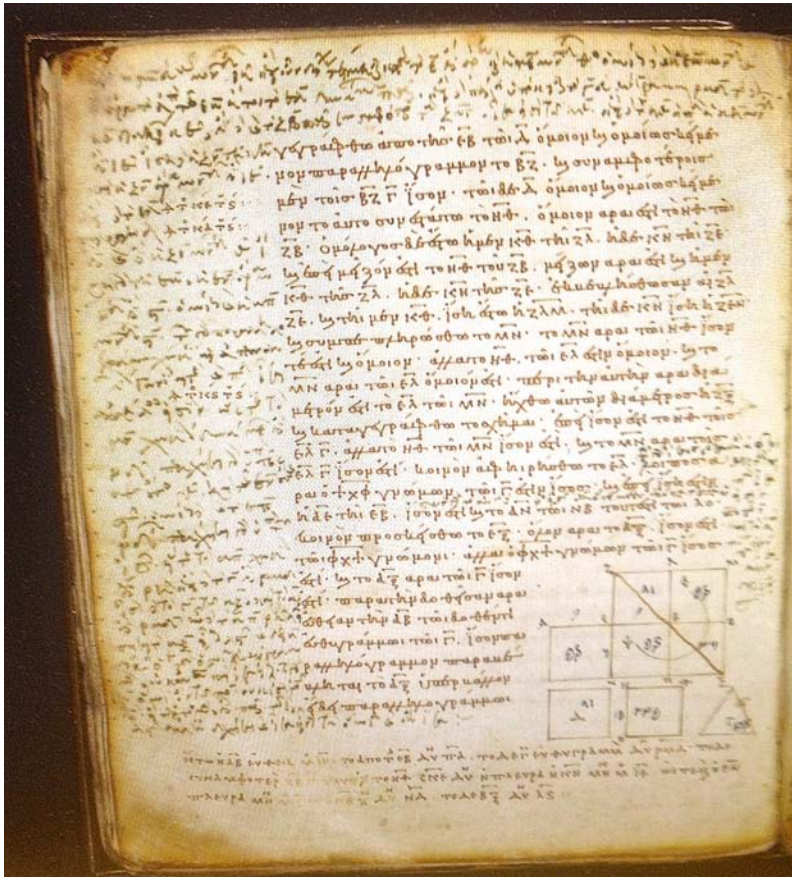


Fig. 57. Folio 113v del código D'Orville 301, de la biblioteca Bodleiana en la Universidad de Oxford. Se corresponde al *Elementos*, epígrafe 6.5, de Euclides, y su interés radica en dos aspectos. Es el más antiguo de los conservados y revela algunas notas de mano del propio León Constantinopolitano. Ocupado en sintetizar, seguramente con propósito pedagógico, la relación de proporcionalidad de dos triángulos con lados y ángulos iguales, el sabio iconoclasta escribe letras sin acentos, lo que en griego viene a significar que no son números sino una genuina notación algebraica. Supone un avance de envergadura aunque sabemos que no tuvo inmediata continuidad. Los especialistas consideran que el polímata bizantino debió tener acceso a los trabajos de Diofanto y Teón de Esmirna, que ya apuntaban en esa misma dirección.



Fig. 58. Folio 88 del ms BUULO ara. 606, conservado en la Biblioteca Universitaria de Lenguas y Civilizaciones en París. También es un ejemplar del *Elementos* de Euclides, confeccionado hacia el año 1215, pero reproduciendo la traducción que de la obra había hecho el hijo de Hunain ibn Isâhḳ, también médico con ejercicio práctico. Es singular la predilección que por las ciencias “duras”, en particular las exactas, mostraron facultativos iconoclastas como el árabe Hunain y el bizantino León.

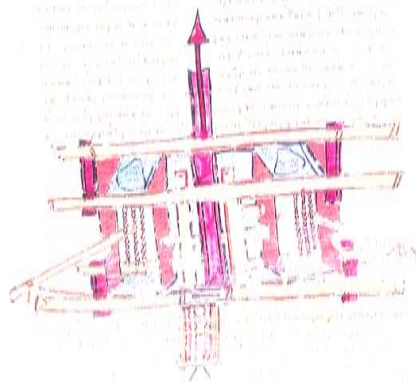


Fig. 59. Folio 23v del Escor. Y.III (gr. 281), conservado en el Real Monasterio de El Escorial. Reúne un compendio de obras de táctica y poliorcética, que se fecha en Constantinopla hacia el siglo X, aunque a nuestro entender el arma que muestra, una arcobalista a tensión, se corresponde más a un periodo precedente, acaso iconoclasta. Desde luego, estaría en consonancia con el espíritu técnico y militar de la época.

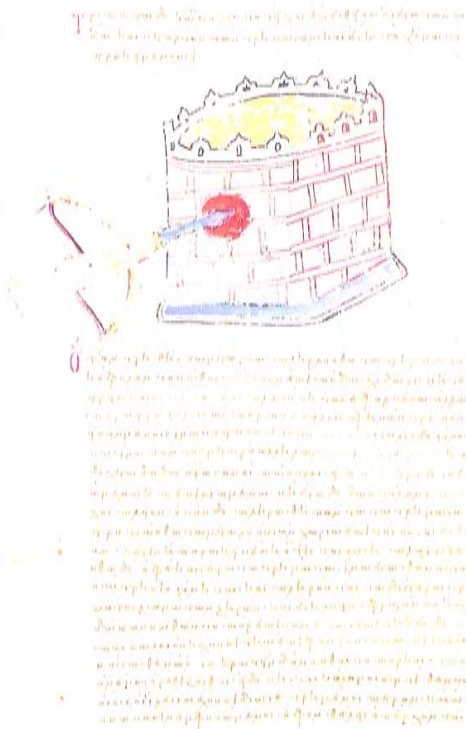


Fig. 60. Folio 3v del mismo documento escorialense anterior (arriba). Aquí se dibuja el efecto de la arcubalista sobre los heleópolis. Se trata del elemento artillero para el que se diseñaron las ventanas superiores de las grandes torres del muro principal en la muralla teodosiana que, como es sabido, se reconstruyó en época de la dinastía siria.

sus comentarios aparecen en los márgenes de un buen número de ellos. En esos mismos años, el califato demandaba tales obras, que de alguna manera conseguían, de modo que ahora vemos sobrevivir algunas sólo vertidas en lengua árabe¹²¹⁴.

— Ingeniería militar

También tenemos constancia de avances singulares que se verifican en el campo de la ingeniería militar durante el periodo iconoclasta. Estarían en consonancia al que entendemos fue un ambicioso proyecto para renovar el despliegue logístico y la maquinaria de guerra bizantina. Probablemente, el más importante fue el desarrollo y la construcción de una complicada máquina de lanzamiento del llamado “fuego griego”. Es sabido que se utilizaba sobre todo en los *dromones*, el navío más rápido y poderoso de la flota constantinopolitana. En la década del 670, esa especie de “napalm”, en extremo resistente a la extinción, se debía calentar antes sobre una hoguera en vías a reducir su viscosidad y hacerlo más inflamable. Para arrojarlo a una distancia relativamente corta, se utilizaba entonces un simple lanzador manual, con mecanismo acaso similar al común del bombín de bicicleta. El riesgo que se asumía era elevado y la distancia alcanzada a menudo insuficiente. Los especialistas aseguran que entre el 750 y 850 el sistema se revolucionó al completo, tanto como para poder hablar de unos nuevos producto y aparataje¹²¹⁵. El líquido apunta haber sido ya bastante fluido en frío, lo que induce a considerar un proceso mucho más elaborado de

¹²¹⁴ Rosenthal, 1975, pp. 9-16; Gutas 1998, pp. 176-186, Lewis, 2007, p. 368.

¹²¹⁵ Lewis, 2007, pp. 370-371.

destilación. Simultáneamente, la bomba se torna sofisticada, combinando la clásica de dos cilindros, recuperada del mundo antiguo, con una inyectora similar a las que impulsan las habituales mangueras de incendios¹²¹⁶. Una llama a la salida del tubo sería suficiente para inflamar el producto, de modo que podemos hablar de un verdadero “lanzallamas” capaz de arrojar fuego a decenas de metros con una terrorífica eficiencia. Desde luego supuso un avance substancial de orden científico-técnico, y cabe remarcar que se dio bajo la iconoclastia.

IV. 3. LA MEDICINA EN BIZANCIO, DESDE COMIENZOS DEL SIGLO VIII HASTA MEDIADOS DEL SIGLO IX

A comienzos del siglo VIII, y conforme a las ideas tradicionales, la medicina bizantina se encontraba en plena consolidación de la que se da en llamar “etapa constantinopolitana”. Perdidas las provincias del Oriente Medio y Norte de África, la formación y el ejercicio se vieron forzadas a un repliegue en lo restante, eventualmente con un núcleo de elite en el entorno de la capital. Sabemos que ya en época de Heraclio se trasladan algunos de los docentes alejandrinos, quienes casi con total seguridad llevarían consigo métodos y herramientas de enseñanza, incluidos los códices¹²¹⁷. Es razonable

¹²¹⁶ Haldon, 2006, pp. 297ss. El autor ofrece debate y hasta un experimento real con los ingredientes que constituyen su hipótesis.

¹²¹⁷ El caso del polímata Esteban Atenicense, maestro en Alejandría y Constantinopla, sería paradigmático. Remitimos a los epígrafes correspondientes en Fuentes y en Prosopografía.

asumir, por ende, que los profesionales provistos de lo que Laín Entralgo¹²¹⁸ denomina “conocimiento científico del hombre y de la enfermedad” en esos años eran herederos directos, sin necesidad de intermediarios ni traductores, del último esplendor de la llamada Escuela de Alejandría. En buena lógica, tendrían a su disposición el conjunto “universitario” de textos médicos conocido como *Summaria Alexandrinorum* (16 libros de Galeno y 4 de Hipócrates), amén de los tratados célebres de Dioscórides, Oribasio Pergameno, Sorano Efesino, Pablo Egineta y Rufo Efesino¹²¹⁹. Con todo, no serían solo éstos, hay constancia del uso y copia de muchos otros ausentes en la lista, particularmente de autores tardoantigüos. Si Hunayn ibn Isâhq debe buscar algunos de sus objetos de traducción en territorio de Bizancio o en ciudades que le pertenecieron hasta apenas unos decenios antes¹²²⁰, si los califas incluso envían comisiones para demandar ejemplares al Imperio¹²²¹ y si un documento como el *Código Nicetas* pone de relieve que en el siglo X todavía se podían reunir en un mismo bloque obras “raras” de antaño¹²²², ello supone que bajo la iconoclastia se tenían en uso y se conservaban. Otras más se originarían entonces, en la línea del galenismo tradicional, no sin rasgos de empirismo, y entre ellas se puede apreciar una cierta deriva hacia estudios de orden anatómico-fisiológico. Sumados otros indicios que aportan las fuentes “no médicas”, podríamos aventurar la presencia de un frustrado

¹²¹⁸ Se trata de los epígrafes repetidos en cada capítulo de su obra (Laín Entralgo, 1978, *passim*).

¹²¹⁹ Citamos aquellos que Hunayn ibn Isâhq había escogido para traducir (vid, *infra*).

¹²²⁰ Vid. *infra*.

¹²²¹ Al respecto, Le Coz, 2004, pp. 88ss, con las referencias a las fuentes. Más adelante se desarrolla la cuestión en mayor profundidad.

¹²²² Sobre las obras reunidas en la *Collectio Chirurgica* de Nicetas remitimos al apartado de Fuentes. En general, vid. Marganne, 2010, *passim*.

proyecto de cambio en la mentalidad, hacia un abordaje científico de la medicina, en paralelo al del cosmos que ya hemos analizado. Sea como fuere, si tal existió no tuvo la prolongación deseable, sabemos que en el siguiente periodo se desarrolla un “enciclopedismo” en gran medida estéril. Empero, algunos elementos positivos sí restarían activos, en particular un novedoso enfoque del diagnóstico sobre los tratados de clínica y una rigurosa ausencia de cualquier elemento mágico-religioso en los tratados. Algo que con anterioridad no siempre se había respetado, incluso entre sabios de primer nivel. Respecto al orden legal, parece claro que heredan las normativas teodosianas y justinianas, y de ello inferimos un ejercicio normativo inicial idéntico o muy similar al protobizantino. La amplia información que aporta de hagiografía refrenda, más allá de toda duda, esta aseveración.

No obstante, algunos datos sugieren que también se implementaron ciertas modificaciones, en particular relativas al sostenimiento y tutela efectiva de los xenones. Podría haber conformado un oportuno giro anticlerical, dando mayor protagonismo a la iniciativa y el gobierno de la administración civil. La reforma aparenta haber tenido éxito, puesto que tenemos constancia de que aún se mantuvo, en lo esencial, bajo la dinastía macedonia¹²²³. Cuando en el siglo IX se termine la *Dark Age* iconoclasta, el conjunto de noticias al respecto aboga por la relativa continuidad y a la par sutiles pero interesantes avances en los principales elementos: formación,

¹²²³ Con la dinastía comnena terminará por triunfar la iniciativa privada y un extremo “liberalismo”, acorde con la decadencia del Estado y el ascenso de la “aristocracia de cuna”. Ello será aún más notorio con el periodo paleólogo. Tanto el Estado como la Iglesia pierden entonces sus capacidades para regir y controlar la filantropía. Vid. *infra*.

investigación, conocimiento, leyes y praxis. Todo ello sin contar con ese hipotético “renacimiento científico malogrado” que también cabe intuir en el corazón de la llamada “crisis iconoclasta”.

IV. 3. 1. Formación en medicina

Aún tomando la totalidad del largo milenio bizantino, es obligado reconocer que los testimonios al respecto no abundan y que aquellos existentes se distribuyen en forma muy dispersa. Es de lamentar, además, que ninguno de los que pudieran haber tratado directa y monográficamente la cuestión se haya conservado. Semejante panorama explica la excesiva oferta de suposiciones infundadas y de falsas hipótesis, emitidas en libros generalistas¹²²⁴. No obstante, algunas certezas y bastantes aproximaciones pueden ser tenidas en cuenta, bien que haciendo un uso riguroso y extenso de las diversas fuentes disponibles. Para el periodo concreto de la iconoclastia, ello rige en la misma medida, aunque el recurso al método regresivo deba ser puesto en práctica casi de ordinario. Desde luego, la información se puede extraer desde las propias compilaciones de medicina, que tenían objetivo pedagógico. También a partir de la legislación y, muy en particular, los *típica* (τυπικά), documentos normativos de régimen interior en los monasterios. Se completaría con la literatura epistolar, las crónicas y cronografías junto a las *Vitae* y *Miracula*, acaso las más generosas en

¹²²⁴ Hohlweg, 1984, p. 123.

detalles. Virtud a este conjunto, estaríamos en condiciones de relatar un cuadro relativamente seguro y completo del magisterio en medicina durante el periodo iconómico bizantino.

Modos, lugares de enseñanza, profesores y alumnos

Cabe imaginar la permanencia bajo la iconoclastia de las dos modalidades tradicionales en la formación del médico científico, un binomio curricular ya de larga evolución en la historia romano-bizantina¹²²⁵ y que Duffy¹²²⁶ ha podido describir aún pujantes en el siglo VII. La primera sería aquella del tipo “ayudantía”, en la más pura ortodoxia liberal hipocrática, fundamentada en el aprendizaje al lado de un doctor de prestigio cuyo ejercicio era exclusiva o mayormente privado. La segunda, identificable con la usanza alejandrina helenística y el normativismo romano, tendría un carácter más “oficial” y radicaría en ciertos organismos o centros asistenciales sostenidos con ayuda pública, donde los docentes disfrutarían del aval estatal o de alguna importante colectividad. En ambos procesos, apunta haber existido de ordinario un espacio físico propio para la exposición de las lecciones magistrales, pues en uno y otro caso hablamos de la iniciación y adiestramiento en una técnica (τέχνη), donde era imprescindible enunciar, explicar y repetir múltiples conceptos y asertos. Ese hemicycleo especial sería el denominado *frontisterio*

¹²²⁵ Par esta doble vía greco-romana de acceso a la medicina vid. Kudlien, 1970, pp. 3-37, Nutton, 1975, pp. 3-15, André, 1987, p. 41 y Samama, 2003, pp. 19-27, que se apoya sobre una amplia revisión de la epigrafía.

¹²²⁶ Duffy, 1985, p. 21.

(φροντιστήριον), término equivalente a “escuela” (διδασκαλεῖον) dedicada a la medicina¹²²⁷. También los requisitos para una y otra vía parecen haber sido idénticos, principalmente haber superado el *trivium* y, cuanto menos, estar iniciado en el *quadrivium*. En condiciones normales ello implicaba alcanzar la etapa vital conocida como “joven menor” (νέος ἥπτων), algo así como la “primera juventud”¹²²⁸. Durante los primeros siglos, la enseñanza específica de la medicina comenzaba efectivamente alrededor de los 16 años, cuando se manejaban la gramática y retórica con alguna soltura y se estaba familiarizado con las matemáticas y la astronomía. No era raro que, además, se hubieran completado varios cursos de filosofía, aunque en ese caso el alumno solía ser algo mayor. Hablamos, por ende, de la más alta cualificación entre los aspirantes a *medici*. Así fue el caso paradigmático de Galeno, con su maestro Satiros en el célebre *asclepeion* de Pérgamo¹²²⁹. Bien es cierto que algunas figuras afamadas, tal que Soranos y Oribasio¹²³⁰, llegaron a recomendar una iniciación más temprana, en detrimento incluso de la cultura general; pero no parece que consiguieran sentar norma. Cabe destacar que nunca se considera ya la “familia” (γένος) algo esencial, como en el tiempo de los Asclépiades¹²³¹. Por más que las sagas existieran, el único factor determinante era la vocación y, sobre todo, una holgada capacidad económica, porque la carrera resultaba bastante onerosa¹²³². En cuanto a la duración, apunta haber sido muy variable. En contados casos el discente

¹²²⁷ Hohlweg, 1984, p. 123.

¹²²⁸ Al respecto, vid. Prinzing, 2009, pp. 22ss.

¹²²⁹ Una biografía reciente y completa de Galeno se ofrece en Boudon-Millot, 2012.

¹²³⁰ Reseñado por André, 1987, p. 42, con las referencias.

¹²³¹ Samama, 2003, pp. 19-20.

¹²³² Samama, 2003, p. 20.

se mantenía más de una década aprendiendo, en diversas escuelas y/o con distintos maestros, trasladándose de ciudad. La mayoría se limitaban al programa “estándar” de cinco años y un único magisterio¹²³³. Las inscripciones funerarias conservadas avalan esta “licenciatura” habitual, la mayor parte pertenecen a médicos que como mínimo tenían 22 años y se lamentan de morir apenas iniciada su profesión¹²³⁴. No obstante, tal vez existían opciones intermedias o estudiantes excepcionales¹²³⁵. También sabemos, y ello dista de ser algo extraordinario, que hubo una tradicional demanda de conocimientos de orden médico por parte de eruditos que no pretendían ejercer el “arte”, sino sólo sumar a su bagaje cultural las nociones relativas a la naturaleza humana y su modo de enfermar¹²³⁶. No en balde, desde la Grecia clásica los conocimientos “médicos”, la higiene en particular, formaban parte de la buena educación de las personas cultivadas¹²³⁷. Así seguirá ocurriendo en Bizancio hasta el final, con Anicia Juliana, Miguel Psellos y la princesa Ana Comneno como brillantes ejemplos¹²³⁸. Bajo la iconoclastia no apunta haber sido menor, el mismo Constantino V posiblemente había recibido nociones y hasta se entretenía con la química o farmacopea, como demuestra la anécdota de la recepción a Umara ibn Hamza¹²³⁹. Añadiríamos que una proporción desconocida apenas estaban pocos meses, con un astuto

¹²³³ André, 1987, p. 47.

¹²³⁴ André, 1987, p. 43.

¹²³⁵ Rémy/Faure, 2010, p. 117ss, recogen en el catálogo un joven médico muerto a la edad de 19 años.

¹²³⁶ Duffy, 1985, p. 23 y Hohlweg, 1984, p. 126.

¹²³⁷ Samama, 2003, p. 22.

¹²³⁸ Al respecto, Strohmaier, 1995, pp. 130-131.

¹²³⁹ El emperador le habría mostrado al embajador árabe los productos químicos y acaso también fármacos que atesoraba en su propia rebotica. Al respecto, vid. Strohmaier, 1989, p. 169, con las referencias a las fuentes.

magister que, sin exigir siquiera saber leer y escribir, les ofrecía adquirir las habilidades necesarias con extrema rapidez y muy bajo costo¹²⁴⁰. En cualquier caso, resulta evidente que los primeros serían la élite en tanto los últimos conformarían el no poco nutrido grupo de charlatanes. Aún más, cabe preguntarse si acaso legalmente no hubo también una neta diferenciación entre los señalados, es decir si existió un ordenamiento jurídico sobre la capacitación y el ejercicio de la medicina, como consecuencia de reconocer la terminación de un curriculum educativo.

Al respecto de esta posible “titulación oficial”, es obligado recordar que el *Código de Teodosio*¹²⁴¹ y el *Código de Justiniano*¹²⁴² ya se habían preocupado de regular estos aspectos tan importantes¹²⁴³. Virtud a ellos, y con argumentos *a silentio* y regresivo, bien cabe sospechar que los médicos *a republica probatus* continuaban en vigor. Ciertamente, las disposiciones parece que en lo esencial se mantendrían y aún se concretarían más, porque en tiempos de Psellos y de Juan Zacarias, es decir entre los siglos XI y XIII advertimos que existen normas similares y en cierto modo aún mas estrictas. Es sabido que bajo la dinastía paleóloga, cuando los estudios de medicina llegaban a su punto final, en el anhelado colofón (κολοφών), el estudiante

¹²⁴⁰ André, 1987, p. 42; sobre diversos testimonios aportados por Galeno.

¹²⁴¹ *Código de Teodosio*, XIII, 3 (“De medicis et professoribus”); VI. 16 (“De comitibus et archiatri sacri palatii”); VI. 21 (“De professoribus, qui in urbe Constantinopolis docentes ex lege comitivan meruerunt”) y XIV. 9 (“De studiis liberalibus urbis Romae et Constantinopolis”).

¹²⁴² *Código de Justiniano*, X, 52, 6 (“Médicos et máxima archiatrios”); XII. 13 (“De comitibus et archiatri sacri palatii”); XII.15 (“De professoribus, qui in urbe Constantinopolis ex lege comitivan meruerunt”) y XI. 19 (“De studiis liberalibus urbis Romae et Constantinopolis”).

¹²⁴³ Sobre la cuestión, vid. Gaupp, 1827, *passim*.

podría recibir el conocido como “edicto pregonado” (κήρυγμα)¹²⁴⁴, que todo apunta era equivalente al “decreto legal final” (σύμβολον ἐπικρίσεως) de tiempos Comnenos¹²⁴⁵. Lo más razonable es entender que en el largo intervalo mesobizantino, incluido el momento iconoclasta, habría continuidad pese a que lamentablemente no se conserven documentos pertinentes. Desde luego, ello parece bien lógico porque los archiatros y el resto de profesionales está claro que gozaban de un estatus reconocido y “gubernativo”, amén de privilegios. Queda por saber si tanto la vía iatrosofista como la archiátrica terminaban en un mismo “exámen público”, como apunta haber sido en épocas tardías, o el reconocimiento llegaba “por mérito” acaso a petición de los profesores implicados.

— Enseñanza “privada”

Son abrumadoras las referencias a profesores libres en el periodo protobizantino, y no sólo en Alejandría, pese a que la vieja metrópolis del Nilo continuara siendo el gran centro “universitario” en general y de medicina en particular¹²⁴⁶. De los siglos V al VII pueden servir como ejemplos destacados los constantinopolitanos (de adopción) Isis¹²⁴⁷ y Agapios¹²⁴⁸, el

¹²⁴⁴ Lo traducimos en estos términos, que hacemos equivalente al *edictum praeconis voce factum*. Sobre la enseñanza médica bajo los paleólogos, vid. Hohlweg, 1984, pp. 124ss.

¹²⁴⁵ Grumel, 1949, pp. 42-46.

¹²⁴⁶ Duffy, 1985, p. 21; Le Coz, 2004, pp. 17-25.

¹²⁴⁷ *PRLE* 3, 717, “Iron”. Habría vivido en época de Justiniano I el Grande (527-565) y el emperador le escogería entre otros filósofos para establecer la fecha de la Pascua.

¹²⁴⁸ *PLRE* 2; 32, “Agapius 2”.

africano Lurius Geminius¹²⁴⁹, el alejandrino Gesius¹²⁵⁰ o el sirio Sergio¹²⁵¹, amén de los célebres Alejandro Trallense o Pablo Egineta. Durante las centurias VIII al X ciertamente faltan reportes, pero no maestros de los llamados *iatrosofistas* tal que Teófilo Protospatario, Melecio Opsiquioneo, Pablo Niceno y León Constantinopolitano. Los cuatro citados para esa “edad oscura”, escribieron obras didácticas, lo cual deja bien claro que la transmisión de saberes, en un ambiente culto, continuaba tras la caída de Alejandría y se mantenía la demanda de nuevas ideas o resúmenes. A juzgar por el contenido de las compilaciones clínicas y los breviarios “preclínicos”, las diferencias formativas con el periodo previo no parecen haber sido reseñables. Hablamos tanto de aspectos deontológicos como curriculares y de pensamiento médico e incluso de profesorado y alumnado. Los docentes abren su escuela, que combina la asistencia, cobran fama por su buen hacer y cultura y hasta escriben algún tratado que contribuirá a su fama. Detrás de ellos están los discentes, supeditados a una escala de larga usanza que asimismo apunta haberse respetado. Se trata del “discípulo” (μαθητής) que apenas puede oír y ver, y el *asistente* (ὕπηρέτης) ya bien capaz de ayudar, en las clases y con el enfermo, al umbral de poder instalarse por su cuenta¹²⁵².

Tal vez uno de los testimonios más apropiados para comprender la esencia de esta enseñanza vicaria que entendemos continuaba bajo la iconoclastia, se encontraría en los diversos “comentarios” del célebre Esteban

¹²⁴⁹ *PLRE* 3; 508-509, “Geminius”.

¹²⁵⁰ *PLRE* 2; 510-511, “Gessius 3”. Sobre su “legado”, vid. Watts, 2009, *passim*.

¹²⁵¹ *PLRE* 3; 1123-1124, “Sergius I”. A diferencia de la mayoría parece haber sido un convencido cristiano o, al menos, muy interesado en la teología. Ello pese a ser considerado un avaricioso y mujeriego. Llegaría a intimar con el papa Agapito I (535-536).

¹²⁵² Sobre estos niveles en la el mundo greco-romano, vid. Samama, 2004, p. 21.

Ateniense. A este sabio polímata lo podríamos ubicar en Constantinopla a partir del 610, invitado por el culto y tolerante Sergio I (610-638), poco después de su ascenso al trono patriarcal¹²⁵³. Hemos señalado antes las distinciones inequívocas que el orgulloso autor establecía entre profesionales y charlatanes, sobre los fundamentos del conocimiento y de la ética¹²⁵⁴. Reitera el vigor de una deontología puramente hipocrática (honestidad, modestia, prudencia y dignidad¹²⁵⁵), en esencia sin concesiones a ningún principio cristiano. Los alumnos escuchan las lecciones y también le acompañan en las visitas domiciliarias a los enfermos incapaces de desplazarse. No faltan referencias a la literatura pagana y, muy en particular, a la filosofía que parece ser otra materia dominada con soltura. Es muy verosímil que se insistiera en el dominio de la astronomía/astrología, con su aparato matemático e incluso la química/alquimia. No en balde, sabemos que recibirá también los epítetos de “gran filósofo” (μεγάλου φιλοσόφου), “científico” (ἐπιστήμων) y, en fin, “profesor universitario” (οἰκουμενικοῦ διδασκάλου)¹²⁵⁶. Tampoco es casual que León Constantinopolitano recibiera similares apelativos, amén de “matemático” y “retor”. Supone, de hecho, una constante en la medicina medieval, bizantina y árabe sobremanera, que aún se puede advertir en toda su plenitud en el siglo XIV, como pone de manifiesto el caso del médico y erudito Juan Zacarías¹²⁵⁷.

¹²⁵³ Wolska-Conus, 1989, p. 87.

¹²⁵⁴ Wolska-Conus, 1994, pp. 34-35. Vid. epígrafe en Fuentes.

¹²⁵⁵ Wolska-Conus, 1994, pp. 38-39. Vid. epígrafe en Fuentes.

¹²⁵⁶ Wolska-Conus, 1989, p. 88. Sobre los numerosos epítetos aplicados a Esteban Ateniense, vid. Papathanassiou, 2006, p. 164, n. 3.

¹²⁵⁷ Al respecto, vid. Hohlweg, 1984, *passim*.

Sea como fuere, está claro que un maestro “privado” cobra por su docencia, aunque no podamos saber la cuantía. El lejano pero casi coetáneo ejemplo de las *Leges Visigothorum*¹²⁵⁸ podría acaso servir como referente; en ella se habla de 12 sólidos por alumno. Es mucho dinero y sumado a los emolumentos que se embolsan por los actos médico-quirúrgicos les convierte, sin duda, en privilegiados dentro de las clases medias. Bien parece que esta legítima aspiración a percibir dinero por su trabajo no contribuyó a mejorar la estima de los autores, al menos de los más fervientes partidarios del “anargirismo” cristiano. Ello y acaso también un “amor al conocimiento sospechoso”, entendiendo el legado politeísta, pueden estar detrás de esa incontestable mala reputación. El galenismo se conciliaba con el monoteísmo, pero del mismo modo su claustro materno era el siempre perverso mundo pagano y sus saberes más “dañinos”. A mayor abundamiento, la versión neoplatónica “místico-mágica” que tan bien enlazaba con las escrituras vino a ser puesta en entredicho, hacia la primera mitad del siglo VI. Por entonces se llegó a abrir paso la versión aristotélica del saber, y sus promotores serían los eminentes Ammonius (470-517)¹²⁵⁹ y su discípulo Juan Filopón (510-570)¹²⁶⁰. Siguiendo las indicaciones del propio Galeno¹²⁶¹, para quien era mejor médico el más filósofo, las doctrinas de estos autores pasaron a ser estudiadas por cuantos se llegaban hasta allí

¹²⁵⁸ *Leges Visigothorum*, 11, 1, 7, Zeumer, p. 402. “De mercede discipuli: Si quis medicus famulum in doctrinam susceperit, pro beneficio suo duodecim solidus consequatur”.

¹²⁵⁹ *EANS*, pp. 66.

¹²⁶⁰ *EANS*, pp. 436-437.

¹²⁶¹ Como es bien conocido, *El mejor médico es igualmente filósofo (Quod optimus medicus si quoque philosophus)* es el título de uno de los libros firmados por Galeno (al respecto, vid. Boudon-Millot, 2012, p. 359).

en busca del saber curar. Su formación tenía, por ende, unas raíces erizadas de peligros, a los que se sumaba la propia actividad, siempre en liza con la versión rigorista de la enfermedad como “castigo divino”¹²⁶². En verdad, el maestro-médico-filósofo-astrólogo de los siglos VI al XII resultaba una figura muy particular, tolerado pero siempre en la mira de los guardianes de la ortodoxia. Los “profesionales liberales” que formaban, quienes después emularían su misma obra pedagógica con la generación siguiente, bien pudieron haber supuesto una de las reservas donde sobrevivía cierta libertad de pensamiento. El oscuro panorama se completa si añadimos las grandes limitaciones de su praxis, la frustración vivida por el demasiado frecuente fracaso terapéutico, amén de la indeseada pero también inevitable iatrogenia. Unos les reprocharían ser buenos con la palabra y no tanto con la acción; se les suponía eminentes “tratadistas” (λόγοι) pero bastante menos “diestros en la técnica” (τὰ ἔργα τῆς τέχνης)¹²⁶³. Desde luego, los felices doctores en quienes se combinaban con acierto tales habilidades, eran celebrados y podían obtener notable honor y fama. No en balde, Jorge Pisidio¹²⁶⁴ llegaba a equiparar con un iatrosófista que domina por igual la teoría y la práctica, a su tan estimado emperador Heraclio manejando las enfermedades del Imperio. Otros insistirían en la escasa o nula eficiencia, comparando siempre con la maravilla de la sanación por medio de la fe

¹²⁶² Esta versión eclesiástica cristiana de la enfermedad como una alteración física derivada del pecado será una constante en el tiempo, acaso más en Occidente que en Oriente. Cabe traer como ejemplo el canon 22 del Concilio de Letrán IV, donde se exhorta a los médicos del cuerpo a que llamen inmediatamente a los médicos del alma (sacerdotes), quienes podrán ayudar a sanar la enfermedad, justo por eliminar el pecado, ya que “cuando cesa la causa, cesa el efecto” (*COD*, Alberigo II-1, pp. 524-525).

¹²⁶³ Duffy, 1985, p. 23.

¹²⁶⁴ Jorge Pisidio, *Expediitio Persica* II, 191-192, Pertusi, p. 215.

y las plegarias, cuestiones que subrayarían hasta la saciedad los panfletos hagiográficos. Cierta capacidad de resistencia y reivindicación de sus principios y acciones, empero, parece haber existido entre estos “líderes de la profesión médica”¹²⁶⁵ y el ejemplo de Gesius enfrentado a los santones y la milagrería podría servir como paradigma. Al parecer, nunca perdió la oportunidad de ridiculizar a los cristianos por su irracional culto al Cristo y su credulidad en lo sobrenatural¹²⁶⁶. Parece que sus únicas referencias eran Hipócrates, Galeno y Demócrito y su esperanza se limitaba a las mejoras en la *materia medica* y cirugía. Los ataques de Sofronio de Jerusalem contra el hombre y su reputación, al que dedica todo un capítulo en su *Milagros de los Santos Ciro y Juan* es buena prueba de cuanto exponemos¹²⁶⁷. De este relato piadoso se extrae la conclusión de que los iatrosofistas daban a sus discípulos una formación teórica/preclínica y práctica/clínica en la mejor manera posible¹²⁶⁸ y que rivalizaban sin complejos con los proveedores de milagros, iconos y reliquias en particular, lo cual desembocaba a menudo en choques rudos y sonados¹²⁶⁹. Pese al acoso de eruditos anti-médicos y de clérigos extremistas, siguieron atrayendo a jóvenes con vocación de las clases pudientes de todas las provincias. Aunque no faltarían algunos criptopaganos, a partir del siglo VI seguramente ya casi todos ellos eran cristianos convencidos, bien que seguían las recomendaciones patrísticas

¹²⁶⁵ Nissen, 1939, pp. 352-353

¹²⁶⁶ Magoulias, 1964, p. 130.

¹²⁶⁷ *Thaumata de Sofronio*, Fernández Marcos, pp. 302-306. Sobre el fondo de la cuestión, vid. Magoulias, 1964, p. 130 y Duffy, 1985, p. 23.

¹²⁶⁸ Duffy, 1985, p. 24.

¹²⁶⁹ Al respecto, vid. Nissen, 1939, *passim*.

favorables a la técnica hipocrática¹²⁷⁰. Cabe de hecho estar persuadidos de que esta “enseñanza privada” continuó siendo la mayoritaria a lo largo del primer periodo de la medicina bizantina, acogidos los “profesores libres” en la periférica y más tolerante Alejandría.

Un indiscutible punto de inflexión se debió verificar cuando los árabes se adueñaron de Egipto y su “universitaria” capital, entre el 642 y 646, tras agónicos combates¹²⁷¹. Resulta evidente que los sangrientos episodios sufridos, con vaivenes trágicos, tuvieron efectos deletereos, aunque sean difíciles de cuantificar. Cabe imaginar que no pocos de entre los profesores supervivientes, y algunos ya incluso antes de los meses violentos, emigraron a tierras más seguras. Del mismo modo debemos asumir que la recepción de alumnos procedentes de otras partes aún bajo dominio bizantino debió caer abruptamente. Restarían sólo jóvenes de familias cristianas acomodadas egipcias, sirias y persas, en general con acendrada tradición médica, que se preparaban para servir como profesionales a los nuevos potentados y dirigentes islámicos. Los primeros omeyas, instalados en Damasco, se sirven de médicos locales greco-bizantinos, pues la población de la ciudad sigue siendo mayoritariamente de tal grupo étnico-religioso. Se trataba de doctores “melquitas” que se continúan formando en la “ocupada” Alejandría¹²⁷². En suma, es cierto que no se puede hablar de un cese total, pero sí de una pérdida en número de docentes y discentes amén de la desvalorización de quienes

¹²⁷⁰ Se trata principalmente de Juan Crisóstomo, Basilio de Cesarea, Gregorio de Nissa y Gregorio de Nazianzo. Al respecto vid. la excelente síntesis de Le Coz, 2004, pp. 25-32.

¹²⁷¹ Ostrogorsky, 1984, p. 127 y, sobre todo, Soto Chica, 2012, pp. 826-838, con un exhaustivo análisis.

¹²⁷² Le Coz, 2004, pp. 22-23 y 78ss.

permanecieron. Estaría ello en consonancia a otras actividades alejandrinas tradicionales, como industria y artesanía, en particular aquella relacionada con la construcción de barcos. Sea como fuere, reiteramos que no pocos debieron ser los profesores que se “deslocalizaron”, vocablo que utiliza con intención Le Coz¹²⁷³. Sabemos que Antioquía, también conquistada, es una de las beneficiadas, acaso porque se mantiene más cerca de territorio imperial y goza de cierta protección virtud a la presencia del patriarca jacobita. Todavía se rodea de un buen número de ricos monasterios donde se acumulan códices y prospera una amplia colonia de grecoparlantes. Era, a la sazón, una de las principales sedes de cultura griega del siglo, donde se estaba traduciendo la obra patrística al siríaco, incluida aquella más conciliadora hacia la medicina hipocrático-galénica. Con todo, los mejores médicos de formación tardo-antioquena o tardo-alejandrina, terminan trabajando en el epicentro omeya, donde los funcionarios civiles del califa son cristianos. Un ilustre ejemplo sería el del iconodulo Juan Damasceno, quien ejerce como encargado en la recaudación de impuestos, al igual que antes su padre y aún el abuelo (Sergio Mansur), ciertamente la persona que había traicionado al Imperio abriendo las puertas de la ciudad a los guerreros sarracenos en septiembre del 634. Podría haber sido por voluntad de Abd al-Malik (685-705) que comenzaron las medidas tendentes a crear un nuevo funcionariado civil ismaelita, en detrimento de los súbditos *dhimmi*¹²⁷⁴. Una “arabización” que sólo se desarrolla en verdad ya gobernando Walíd I (705-

¹²⁷³ Le Coz, 2004, pp. 23 y 25.

¹²⁷⁴ El término hace referencia a las “gentes del libro”, judíos y cristianos, que según el Islam estarían bajo “protección”, conformes a la ley de sus propios sacerdotes, con cierta libertad de culto, aunque limitada en lo referente a manifestaciones exteriores, bien que sometidos a impuestos especiales y siempre con la consideración de súbditos de segunda fila, en inferioridad de derechos.

715) y culmina bajo ‘Umar II (717-720). Es en ese lapso cuando la quizás mal llamada “Escuela de Alejandría”¹²⁷⁵, desaparece definitivamente, casi ochenta años después de la caída de la ciudad. Como hemos relatado, pudo haber sido una lenta agonía, hablando las fuentes de dos últimos profesores que la abandonan, uno hacia Harran (Mesopotamia) y el otro a Merw (actual Turkemistan). En la primera aún enseñaban paganos, tal vez sucesores de los exiliados atenienses en tiempos de Justiniano I el Grande, y en la segunda exiliados nestorianos. Durante ese intervalo, los eruditos islámicos sólo parecen estar preocupados por fijar el texto coránico y establecer la “tradición del Profeta”¹²⁷⁶, de manera similar a como había ocurrido con la Biblia en los primeros siglos de nuestra era. A buen seguro es entonces cuando los jóvenes con vocación intelectual se plantean profundizar en otras artes y ciencias, distintas a la teología. Los médicos “helenizados” damascenos sufren por ello un gradual desplazamiento, paralelo al del resto de burócratas no musulmanes. En tres generaciones más, ya se había formado un gremio de facultativos árabes que demandaban traducir los textos médicos tradicionales. El fenómeno se agudiza tras la mudanza de la corte a Bagdad y la instauración de otra dinastía, los abásidas en el 750. En la capital del Tigris y Eufrates ya van a predominar los médicos nestorianos, que se formaban sobre todo en Jundîshâbur¹²⁷⁷. Ellos son los que terminan por traspasar la ciencia médica a una nueva estirpe de galenos árabes, que

¹²⁷⁵ Por entonces se trataba de la concentración en la ciudad de sabios que daban docencia privada y cobraban por ello, pero en absoluto formaban parte de ninguna institución o “escuela”. Puntualización subrayada para la época por Le Coz, 2004, p. 23.

¹²⁷⁶ Le Coz, 2004, p. 79.

¹²⁷⁷ Sobre los doctores nestorianos en Bagdad entre los siglos VIII y IX, vid. el amplio epígrafe de Le Coz, 2004, pp. 101.

desarrollarán su propia tradición, como es bien sabido. Tal fenómeno de reemplazo se basa en la traducción que figuras de talla gigantesca, muy en particular el iconoclasta Hunain ibn Isâhq, llevan a efecto en los primeros decenios del siglo IX.

Para terminar, y volviendo a nuestro asunto principal, podríamos resumir dando por casi seguro que en la Constantinopla de los años 632 al 661 se habrían instalado un buen número de iatrosofistas, al amparo de la seguridad de una metrópolis intacta y aún capaz de ofrecer pacientes y alumnos, es decir medios de vida y desarrollo. No estaba la metrópolis del Bósforo en peores condiciones que Antioquía o Damasco, lugares donde sabemos que acaecieron fenómenos de esa naturaleza. Muy raro sería, y absurdo es pensar lo contrario, que en territorio todavía “romano” no tuviera aún mayor relevancia e intensidad. En ese sentido, pensamos que Constantinopla fue la primera en tomar esencialmente el relevo de Alejandría. Como hemos visto, a Bagdad sólo llegaría un siglo más tarde, ya en la etapa final de la iconoclastia bizantina, cuando un cuerpo de médicos árabes se había consolidado. De hecho, el último “médico iconoclasta” que conocemos, Hunain ibn Isâhq, moriría justo cuando se aceleraba aquella “segunda renovación”, de la que él mismo fue protagonista indispensable. Desde luego, no parece fortuito que el médico/traductor contrario a la dulzura y de pensamiento naturalista reivindicara al iatrosofista Gesius como su antepasado intelectual¹²⁷⁸. En suma, bajo los emperadores iconómacos la enseñanza privada médica “individual” o “libre” apunta haber continuado

¹²⁷⁸ Watts, 2009, p. 133.

vigente, bien que sin poder hablar de “escuela” porque faltan maestros reconocidos y verdaderos caracteres comunes. Empero, así lo sugiere el hecho de que muchos médicos sean designados como “iatrosofistas” amén de los detalles aportados por las diversas fuentes. De cierto, sólo el desarrollo de otro modo de docencia, la llevada a cabo en los xenones, puede haber hecho palidecer y hasta pasar a un segundo nivel la tradicional iatrosofística, aunque siempre en términos relativos.

— Enseñanza “en centro asistencial”

Tenemos constancia que desde temprana fecha hubo en Roma una docencia “oficial” de medicina, a cargo de catedráticos-facultativos que la impartían en triclinos habilitados para ello, financiados por el *Aerarium*. Así cabe interpretar la noticia que aparece en la *Historia Augusta*¹²⁷⁹, que acaso hace referencia a cierto decreto de Alejandro Severo, emitido entre 222 y 235. Parece que se fijó un elenco de maestros, sueldos y salas para sus lecciones, haciendo referencia a retores, gramáticos, matemáticos, arquitectos y también médicos. Poco después, hacia el 286, tenemos ya una primera prueba de la existencia del título de “médico primero” (*archiater*), lo que entendemos era el reconocimiento de una “carrera profesional”¹²⁸⁰. La palabra, de innegable raíz griega (*ἀρχίατρος*), evoca un traslado más o menos directo y completo de la arcana tradición del *medicis publicis* (*ιατρὸς δημοσιεύων*). Con origen

¹²⁷⁹ *Historia Augusta*, Alex. Sev. 44. 4. Magie, p. 268.

¹²⁸⁰ Sobre la cuestión, con las referencias a las fuentes, vid. Pohl, 1905, pp. 58-61, Nutton, 1977, pp. 191-226 y Miller, 1997, p. 44.

en el siglo VI a.C., se trataba de galenos contratados a sueldo por la *polis*, que se aseguraba así la presencia permanente de alguno cualificado. La selección, prueba de que los candidatos no faltaban, se verificaba mediante una especie de oposición pública. Por lo general, estaban obligados a reservar una parte de su horario para la atención de carácter social, a pobres y extranjeros. Más o menos las mismas funciones parecen haber desarrollado en las ciudades del Imperio Romano, incluidas Roma, Éfeso, Antioquía, Alejandría, Cartago y Constantinopla. A priori, los *archiatri* serían aquellos doctores con mejor expediente y dilatada experiencia, a los que cabría consultar desde la administración, local o estatal. El 27 de septiembre del 333, Constantino I el Grande firmó una ley recordando que sobre los archiatros recaía la responsabilidad de formar nuevos médicos¹²⁸¹. La misma acordaba que seguían gozando de *immunitas*, desde los tiempos de Adriano, exentos de las cargas curiales y del servicio militar, algo que se extendía incluso a las esposas e hijos. La carta del agosto Juliano a Zenón de Alejandría viene a refrendar que estos eran, o tenían la opción de ser, los únicos con potestad de docencia “reconocida” allí donde la urbe tenía capacidad para ello¹²⁸². De hecho, en el ordenamiento municipal se les sitúa al lado de los profesores¹²⁸³. Una *constitutio* de Valentiniano I, fechada el 10 de marzo del 370, expresaba la necesidad de reconsiderar el sistema de elección para

¹²⁸¹ *Código de Teodosio*, 13, 3, 3, Mommsen, p. 741.

¹²⁸² *Cartas del Emperador Juliano*, VIII, “A Zenón, archiatria”, Bidez, p. 58. (“Tu no eres un simple médico sino un maestro para los que quieren estudiar este arte”). El archiater Zenón había sido expulsado de la ciudad por el obispo Jorge de Capadocia, un riguroso represor del paganismo. El emperador Juliano lo reintegraría a su ejercicio docente y asistencial en la ciudad.

¹²⁸³ *Código de Teodosio*, 13, 3 (“De medicis et professoribus”), Mommsen, pp. 740-745.

los archiatros¹²⁸⁴. Es curioso, pero el emperador parece lamentarse de que el favoritismo en ocasiones estuviera por encima del verdadero mérito, una lacra de los concursos que continua estando de actualidad en parcelas similares. Otra norma casi coetánea de la anterior recuerda las obligaciones de los estudiantes urbanos en general, entendiendo que también afectaba a los de medicina¹²⁸⁵. No sabemos cuando, pero a buen seguro no mucho más tarde debió aparecer el título de “archiatros del Palacio Sagrado” (*archiatri Sacri Palatii*), lo que sin duda hace referencia a “médicos primeros” puestos al servicio del emperador y las oficinas centrales del Estado. Éstos tendrán rango senatorial de *comes primi ordinis* y el tratamiento de *vir spectabiles*¹²⁸⁶, en lo que suponía alcanzar la cumbre sobre el ya por entonces largo devenir del arte de sanar. No hay certidumbre, pero acaso no sea descabellado imaginar que en ellos pudo recaer la “alta dirección” sanitaria. Ello incluiría todo lo relativo a la enseñanza médica “oficial” y los procesos de selección para entrar en los gremios de profesionales.

Tras la caída de la *pars Occidentalis*, el organigrama expuesto no parece que mudara de manera substancial. Los didáscalos médicos, archiatros, continúan proliferando en Bizancio, hasta el final, por más que se modifiquen algunas nomenclaturas¹²⁸⁷. Lo en verdad peculiar y trascendental sería la nueva ubicación de la docencia “subvencionada”. No cabe dudar que, desde al menos el siglo V, se habría desarrollado en los xenones, llegando

¹²⁸⁴ *Código de Teodosio*, 13,3, 8 (año 370), Mommsen, p. 742.

¹²⁸⁵ *Código de Teodosio*, 14, 9, 1 (año 370), Mommsen, p. 781.

¹²⁸⁶ *Código de Teodosio*, 6, 16, 1 (año 413) y 13, 3, 16 (año 414), Mommsen, pp. 266 y 740.

¹²⁸⁷ Vid. *infra*.

hasta el final de Bizancio. Miller¹²⁸⁸ ha puesto de relieve lo incontestable del hecho, que también asumen Magdalino¹²⁸⁹, Hohlweg¹²⁹⁰ y Bennet¹²⁹¹. El escepticismo de Horden¹²⁹² está en la onda de su vocación hipercrítica para el tema y desde luego no consigue disminuir la solidez de la hipótesis. Entendemos que Justiniano I el Grande promovió una ambiciosa reforma de la asistencia “social” y a buen seguro el punto clave de ella fue la voluntad para desarrollar los xenones. Precisamente en estos nuevos “asclepeion cristianos” es donde acaso se invita al ejercicio a los archiatros, los mismos que el *códex* redactado por Triboniano reafirma como responsables de la educación médica¹²⁹³. Desde el siglo VI hasta el XIV son numerosos los titulares y subordinados que las distintas fuentes señalan ejerciendo en los xenones¹²⁹⁴. Para ellos se producen y reproducen manuales clínicos sencillos, los “*iatrosafia* de los xenones” (ιατροσόφιον τῶν ξενόνων)¹²⁹⁵ pero acaso también sofisticados “libros de texto universitarios”, como el Dioscórides de Viena o el *Codex Niketas*. Los “libros xenónicos” (ξενωνικῶν βιβλίων),

¹²⁸⁸ Miller, 1997, pp. 156-159

¹²⁸⁹ Magdalino, 1993, p. 220.

¹²⁹⁰ Hohlweg, 1984, 123 ss.

¹²⁹¹ Bennett, 1999, *passim*.

¹²⁹² Por ej. Horden, 2006, p. 66.

¹²⁹³ *Código de Justiniano*, 10.53.6, García del Corral, 5, p. 579.

¹²⁹⁴ Las noticias al respecto son muy numerosas, en general vid. Miller, 1997, pp. 44ss. y cap. 9. De nuevo Horden, 2006, p. 49, insiste en lanzar una reserva sobre este incontestable dato. Se atreve a deslizar la peregrina idea de que acaso el término “iatros” no siempre vino a significar “médico”.

¹²⁹⁵ Al respecto, vid, Kousis, 1928, *passim* y Bennett, 1999, *passim*. Curiosamente, al sentir de Horden, 2006, p. 66, ese mismo “low level” en el contenido de los textos iatrosóficos sirve para refutar que se diera enseñanza médica en los xenones. En verdad, el argumento nos parece absurdo. Sería algo así como que los “manuales de supervivencia” utilizados hoy por los médicos en formación sirvieran para refutar la docencia en los actuales hospitales.

RESULTADOS

un término generalizante, se conservan¹²⁹⁶ o se citan con cierta frecuencia en las fuentes post-justinianas¹²⁹⁷. Por el contexto y aplicando el sentido común, se pueden catalogar como obras “propias” del ejercicio y la enseñanza hospitalarias. Acaso los rudimentarios iatrosóficos representen una evaluación de resultados, en base a la experiencia (ἐκ πείρας), apuntes que sólo vendrían a complementar el corpus clásico “académico”¹²⁹⁸. Supondrían pruebas de una “intensa actividad” de “apropiación y utilización de conocimientos científicos precedentes”, según Ieraci Bio¹²⁹⁹. No sería extraño que los mismos establecimientos, en particular los más importantes, tuvieran bibliotecas donde todos ellos se hallaran disponibles. Debemos entender que allí los galenos intercambiarían noticias, confidencias y conocimientos, elementos formativos que no cabe despreciar. Serían, por vía “reglamentaria” o “circunstancial” lugares adecuados, de hecho los idóneos, para iniciarse o perfeccionarse en medicina clínica. En palabras de Bennet¹³⁰⁰, el xenón ofrecía un “lugar de encuentro a los doctores, para aprender y practicar, tanto formal como informalmente”. Empero, debemos insistir en que las pruebas respecto a la “oficialidad” de su docencia médica son

¹²⁹⁶ Horden, 2006, p. 62 reconoce 5 o 6 entre un total de 18 manuscritos, que tienen conexiones explícitas en sus títulos o contenidos con algún xenón. La proporción que señala, uno por ciento del total conservado, representa muy poco y le permite sospechar que la enseñanza en xenones fue, si acaso, algo residual. De aplicar el mismo criterio en nuestros días, llegaríamos a la misma conclusión, porque los libros de medicina actuales dedicados o que citan un hospital tampoco son muchos y en los dos siglos anteriores aún menos, cuando ya nadie duda del pleno vigor de la formación hospitalaria.

¹²⁹⁷ Miller, 1997, pp. 158ss, Ieraci Bio, 1996, pp.193ss, Bennett, 1999, *passim* y sobre todo el análisis de Bennet, 2003, Appendix V, pp. 440-441.

¹²⁹⁸ Bennet, 1999, p. 517.

¹²⁹⁹ Ieraci Bio, 1996, p. 193.

¹³⁰⁰ Bennet, 1999, p. 517.

concluyentes. El *Tipikón del Pantocrátor*¹³⁰¹ lo recoge explícitamente¹³⁰², con el “maestro de conocimiento médico” (διδάσκαλος τῆς ἰατρικῆς ἐπιτήμης) que instruía en el arte a los “bisoños entre los médicos” (παῖδες ἰατρῶν). Esta última expresión no debe llevar a equívoco alguno, hace referencia a los estudiantes de medicina, jóvenes doctores y “residentes” que podían ejercer bajo control de los veteranos¹³⁰³. Éstos “titulares” serían, en buena lógica, los autores de los breviaros o “borradores” y así se comprende que un tal Romanos, “director médico” del Xenón del Mirelaion (Ξενῶν τοῦ Μυρελαίου)¹³⁰⁴ al correr del siglo IX, se embarcara en redactar un “digesto” para sus discípulos, pese a que entre sus páginas no haya “ni originalidad ni progreso”¹³⁰⁵. Del periodo Paleólogo abundan también las noticias, acaso en mayor grado como corresponde a su menor antigüedad, destacando en este particular el Xenón de Krales (Ξενῶν τοῦ Κράλη)¹³⁰⁶. Ubicado en el Petrión, en las cercanías del prestigioso Monasterio del Pródromos (Μονὴ τοῦ Προδρόμου ἐν τῇ Πέτρᾳ)¹³⁰⁷, contaba con una biblioteca¹³⁰⁸, aulas y hasta un taller de producción editorial¹³⁰⁹. En él, todavía entre 1444 y 1451, vemos dar sus lecciones de medicina y filosofía a Juan Argiropoulos¹³¹⁰. Por entonces, y al decir de Miller¹³¹¹, este hospital era considerado una de las más

¹³⁰¹ *Tipikón del Pantocrátor*, Gautier, p. 107, 1313-1316.

¹³⁰² Grumel, 1949, p. 45.

¹³⁰³ Hohlweg, 1984, p. 124 y n. 32.

¹³⁰⁴ Sobre la institución, vid. Janin, 1969, p. 555.

¹³⁰⁵ Criscuolo, 1996, p. 119

¹³⁰⁶ Sobre la institución, vid. Janin, 1969, p. 559.

¹³⁰⁷ Sobre el monasterio, vid. Janin, 1969, pp. 421-429.

¹³⁰⁸ Janin, 1969, pp. 426-427.

¹³⁰⁹ Bádenas de la Peña, 1999, p. 466 y n. 31, con las referencias.

¹³¹⁰ Al respecto, vid. el exhaustivo análisis de Geanakoplos, 2009, pp. 91-113.

¹³¹¹ Miller, 1997, p. 206.



Fig. 61. Folio 52v del *Parisinus Graecus* 2286, conservado en la Biblioteca Nacional de Francia. Se trata de un compendio de medicina y astrología, que en el primer campo se inicia por un breve tratado de farmacología práctica para seguir, como cuerpo principal, por el académico Dioscóridos. Procedería de Constantinopla, elaborado en el siglo XIII. Una vez más, el modelo seguido es el gran ejemplar de Viena, encomendado por la princesa Anicia Juliana. La triple representación antropomorfa de la mandrágora sería buena prueba, pues sabemos que fue igualmente añadida en el texto de época justiniana. El códice parece que fue encargado por el monje y médico Neófito, adjunto en el Xenón de Krales y que su manufactura es la propia del *scriptorium* de aquella institución. Otra nota al margen asegura que de nuevo Juan Chortasmenos restauró el libro en el año 1406.



Fig. 62. Folio 33v del *Oxoniensis Boldleianus* 87, conservado en la Universidad de Oxford. El retrato representa al médico humanista Juan Argiropoulos, sentado en su cátedra docente mientras hojea un ejemplar de las *Categorías* de Aristóteles. El edificio que se muestra en segundo plano sería el Xenón de Krales, donde sabemos que ejerció la enseñanza hasta los años finales de la Constantinopla bizantina. En el párrafo superior se citan algunos de sus más distinguidos alumnos, enumerando a los médicos Antonio Piropoulos, Manuel Piropoulos, Juan Panaréto, Demetrio Ángelos, Agallón Moschos y Branas, todos formados en el Kral.



Fig. 63. Folio 315 del ms. 3632, conservado en la Biblioteca Universitaria de Bologna. Es un Dioscórides copiado en el taller del Xenón de Krales hacia el siglo XIV. De nuevo los modelos serían aquellos del código de Viena. En esta hoja se representa al médico Eudocio impartiendo su lección magistral a los estudiantes o “residentes” de medicina.



Fig. 64. Folio 35v del ms. 3632, conservado en la Biblioteca Universitaria de Bologna. Contiene el *Pronosticón* de Hipócrates, reproducido en el *scriptorium* del Xenón de Krales hacia la mitad del siglo XV. Se señala que el docente es el mismo Hipócrates que curiosamente imparte una “clase práctica”, procediendo a elaborar algún remedio por cocción o dilución. También resulta llamativo que los discentes son mujeres, lo que acaso vendría a señalar la presencia de una genuina “escuela de enfermeras” en el mismo hospital.

altas instituciones educativas de Constantinopla. Cabe terminar recordado la “certificación lingüística” de esa función docente a la par que asistencial radicada en los xenones, que estaría en la sinonimia reconocida entre los términos φροντιστήριον y νοσοκομείον ο ξενών, un substancial detalle que han venido a subrayar los especialistas Fuchs¹³¹² y Hohlweg¹³¹³.

Resumen: La situación en los siglos VIII al IX parece no ofrecer demasiadas incertidumbres. El mayor centro estudiantil del Imperio era la capital, y ello entendemos que igualmente regiría para los estudios de medicina. Allí existían “academias” privadas dirigidas por médicos-filósofos, de muy diverso tamaño y prestigio, a las que acudían jóvenes de la clase acomodada urbana, no sólo hijos de médicos. Esta vía se supedita en exclusiva a la legislación ordinaria y parece haber conservado los principios de la *paideia* pagana. Tal vez por ello los facultativos que proceden y perpetúan esta rama (¿iatrosofistas?) llegaron a resultar tan sospechosos para la jerarquía eclesiástica. Coexisten con las “escuelas” de centros caritativos públicos, al cargo de los archiatros, cuyos alumnos serían sobre todo familiares de quienes allí trabajaban. Los xenones de Sampson, de Eubolos, de Marciano, de Pantaleón y de Teófilo podrían haber sido a la sazón los mejor dotados para tal docencia. Sabemos que estaban bajo la jurisdicción del Estado, con sendos directores, los llamados xenodocos, nombrados por el emperador¹³¹⁴. En otros casos, cuando los sostenía la *res privata*, el oficial encargado era aquel habitual *curator* (κουράτωρ)¹³¹⁵. El

¹³¹² Fuchs, 1926, p. 61 y n. 6.

¹³¹³ Hohlweg, 1984, p. 124.

¹³¹⁴ Vid. *infra*.

¹³¹⁵ Ibid. Sobre la figura del curator, vid. Bury, 1911, pp. 100-103.

control patriarcal de tales instituciones, pese a su origen basiliano y fuerte componente de *pietas* cristiana, apunta haber sido muy limitado bajo la iconoclastia, como también después de ella. La “ortodoxia”, bien iconodula o iconoclasta, de estos “médicos hospitalarios” podría haber estado más consolidada, dado su carácter oficial, pero a buen seguro no en todos los casos y extremos. En buena lógica, los nombramientos de “profesores xenónicos” afines a la doctrina imperante es una posibilidad a tener muy en consideración. Como norma general, aplicable a una u otra vía, los alumnos estarían en trance de superar el equivalente al *quadrivium* en la “Universidad” de la Basílica (Chalcoprateia) y/o del Capitolio (Cuarenta Mártires)¹³¹⁶. Al menos, los conocimientos de filosofía y astronomía se tendrían por muy recomendables.

En síntesis, deberíamos aceptar que la enseñanza médica continuaba ajena a la catequesis (κατηχέω), fuera del círculo sinodal y patriarcal virtud a la codificación justiniana que no fue derogada hasta mucho más tarde. Sabemos que sólo de forma muy gradual estas características mudarían, y no por completo, a lo largo del periodo macedonio para configurar otra realidad bajo los Ducas y Comneno, cuando se cedió la educación al ámbito eclesial, *de facto* en régimen de exclusividad. Esta “libertad de cátedra” conservada hasta bien entrado el siglo X, pudo suponer una notable ventaja, pues la teología del momento, aplicando una versión propia de filosofía neoplatónica, sabemos que era visceralmente hostil a las expresiones científicas. Es posible que el extremo escepticismo de algunos Padres de la

¹³¹⁶ Vid. *supra* en epígrafe de la educación “universitaria” en Bizancio.

RESULTADOS

Iglesia, en particular aquellos más interesados en la demonología¹³¹⁷, pudiera ser en algún grado eludido. Es conocida la antipatía mostrada en los primeros tiempos por Tertuliano, Justino, Clemente o Tatiano. Más tarde sobresaldría la crítica mordaz de Romano el Méloda o aquella más engolada, pero no menos virulenta, de Sofronio I Hierosolimitano. El primero se burlaba abiertamente de los doctores, hablando de la “mezquindad de Hipócrates y Galeno” mientras les invitaba a comparar su arte con las curaciones milagrosas descritas en la Biblia¹³¹⁸. El segundo llega a articular toda una “fisiopatología”, “clínica” y “tratamiento” de las enfermedades físicas que, a juicio del santo patriarca, los pecados ocasionaban¹³¹⁹. Su “metodología” se practicaba en algunos santuarios, conforme al esquema que conocemos de la Iglesia de Abukir, dedicada a los santos Juan y Ciro¹³²⁰.

A la sombra de sus reliquias y con el procedimiento de la *incubatio*, perduraba la ancestral tradición pagana¹³²¹. Pero ello no significa que los facultativos “hipocráticos” se dejaran intimidar o perdieran el ánimo; la educación bien pudo mantenerse ajena al fundamentalismo cristiano. Al decir de Miller¹³²², los xenones de Constantinopla durante esa *dark century* pudieron tener un papel esencial en la transmisión de la civilización helénica a las generaciones siguientes. Nosotros nos atrevemos a sumar la acción

¹³¹⁷ Sobre esta cuestión, vid. Amundsen, 1996, pp. 145-152.

¹³¹⁸ Por ejemplo en el “Sobre la curación del leproso”. Al respecto, vid. los comentarios de Gador-Whyte, 2010, esp. 8-9.

¹³¹⁹ Suponen el contenido del célebre *Miracula* de los santos egipcios Ciro y Juan. Al respecto vid. *Thaumata de Sofronio*, Fernández Marcos, pp. 87-147.

¹³²⁰ Sobre el templo, vid. *Thaumata de Sofronio*, Fernández Marcos, pp. 13-22.

¹³²¹ Sobre la *incubatio cristiana*, vid. *Thaumata de Sofronio*, Fernández Marcos, pp. 23-32; López Salvá, 1975, *passim*; López Salvá, 1997, *passim* y Teja, 2007, *passim*.

¹³²² Miller, 1997, p. 172.

docente y ejemplo personal de los médicos libres, filósofos y/o iatrosofistas, transmitiendo conocimientos racionales y actitudes independientes frente a lo establecido y dominante.

Textos disponibles y utilizados durante el periodo iconoclasta para la formación en medicina racional

No es un secreto que los médicos técnicos de todas las épocas han encontrado mayormente su vocación primigenia en la filantropía (φιλανθρωπία), añadiendo el gusto o la preferencia por el abordaje de las ciencias naturales (φυσικὸν μέρος τῆς φιλοσοφίας) y la afición al método terapéutico (θεραπευτικὴ ἐπιστήμη). Así ha sido desde Hipócrates hasta la actualidad, con Oribasio Pergameno y Juan Zacarías como modelos¹³²³, por traer a colación dos insignes profesionales de inicio y final en Bizancio, separados por un milenio. En torno a esos principales motivos de interés radicaría el contenido de los textos utilizados para la formación integral del médico, entonces como ahora.

Se comenzaría con los libros “preparatorios”, de saberes considerados elementales e ilustrativos. En buena lógica, y continuando la usanza anterior que persistirá siglos, las indicaciones galénicas al respecto marcarían el itinerario. Hablamos de astronomía, considerada siempre la “disciplina

¹³²³ Hohlweg, 1984, p. 123.

directora” (κορυφαῖον μάθημα)¹³²⁴. El “Manual de Tablas” y el “Tetrabiblos” de Ptolomeo se consultarían, acaso para dar una visión global del cosmos. Seguirían las nociones de aritmética y cálculo, en vista a abordar después la composición de drogas¹³²⁵ y también el método deductivo que busca la verdad¹³²⁶. Para la filosofía se recurría en principio a las *Categorías de Aristóteles*, que darían un esencial manejo del razonamiento lógico, tan importante para poder juzgar entre distintas opiniones¹³²⁷.

Una vez superada esa “preparatoria”, debían comenzar a utilizarse las obras relativas a la materia específica (λόγος ἰατρικῆς τέχνης). Tomando en consideración la tradición alejandrina y también la lista elegida por un iconoclasta como Hunain ibn Isâhq, a lo que no sería ajena su propia escuela y la estancia o el espejo que encontraba en Bizancio, cabe traer a colación la larga serie de tratados hipocráticos y galénicos que recogen Iskandar¹³²⁸, Le Coz¹³²⁹ y Okka/Demirci¹³³⁰. Sobre el testimonio esencial de Ibn Ridwân¹³³¹, cabe adelantar que el orden recomendado por el de Pérgamo ya no parece que fuera respetado. Se distingue un grupo de “introdutorios al arte médico” (el 3, 4, 5, 6 y 7), que apuntan haber sido los primeros en estudiar. Vendrían después aquellos de anatomo-fisiología (el 7, 21, 24, 28, 31, 34, 35, 36, 37, 38, 39, 43, 47, 49, 50, 52, y 53). Entre ellos, el 49 (*De*

¹³²⁴ Hohlweg, 1984, p. 128.

¹³²⁵ Okka/Demirci, 2012, p. 939.

¹³²⁶ Iskandar, 1976, p. 248.

¹³²⁷ Iskandar, 1976, pp. 248 y 257.

¹³²⁸ Iskandar, 1976, *passim*, esp. pp. 257-258.

¹³²⁹ Le Coz, 2004, pp. 168-177.

¹³³⁰ Okka/Demirci, 2012, *passim*.

¹³³¹ Iskandar, 1976, pp. 235-236 con bibliografía y referencia a las fuentes.

Usu Partium) sabemos que fue objeto de renovados compendios en nuestro periodo. Seguirían los de clínica y pronóstico (resto de tratados hipocráticos y galénicos) y al final se podría haber recurrido a la *materia médica* de Dioscórides y las “enciclopedias” de Oribasio amén de Pablo Egineta, en particular su libro sexto relativo a la cirugía. El recurso que Teófanos Crisobalantes hace de la obra del pergameno, hasta el grado de ser descrito como un “Oribasius redivivus”¹³³², deja suficientemente claro que estaba disponible bajo la iconoclastia. Cabe colegir que para quienes optaran por la medicina militar¹³³³, el manejo pedagógico y práctico del egineta sería esencial, y en ese tiempo no debieron ser pocos. Máxime, cuando sabemos que los emperadores iconoclastas fueron, en general, grandes comandantes que estuvieron siempre muy atentos a las necesidades de sus soldados.

Añadiríamos a esta lista las obras que asumimos se escribieron bajo la misma iconoclastia y que sin duda alguna se utilizaron ya con profusión entonces, tal vez de preferencia. En verdad, a juzgar por el hecho de que han sobrevivido, imaginamos que tuvieron éxito, siendo objeto de abundantes copias. Si nuestra datación de Teófilo Protospatario es correcta, daríamos por seguro que todas sus obras estarían entre las más manejadas. A favor de ello tenemos la aparente copia del epígrafe “Sobre la fiebre semiterciana” (Περὶ ἡμιτερταίου) por parte de Teófanos Crisobalantes, en el capítulo 142 de su tratado¹³³⁴. También mención *ex clusive* merecen las dos grandes sinopsis del momento, firmadas por Pablo Niceno y León Constantinopolitano.

¹³³² Sonderkamp, 1984, p. 30.

¹³³³ Vid. *infra*, epígrafe de Medicina Militar.

¹³³⁴ Sonderkamp, 1984, pp. 30-31.

Ya las hemos analizado en el apartado de fuentes, pero debemos aquí hacer énfasis en su extraordinaria trascendencia. Como la especialista Chroné¹³³⁵ ha demostrado, se trata de guiones clave, caracterizados por una “estricta estructura científica”, con los contenidos organizados en secciones inteligibles. Suponen los primeros textos bizantinos, desde la tardoantigüedad, en donde están radicalmente ausentes instrucciones o prescripciones de magia blanca y amuletos. Estos tratados crearon un estándar para la literatura médica bizantina posterior, que saltaría por encima de la excesiva simpleza manifestada bajo la órbita “pro-literaria” de los macedonios¹³³⁶. Aún teniendo en cuenta que su objetivo era un público general¹³³⁷, el de Teófanos Crisobalantes sería muy inferior a los citados, pese a que le sirvieran de fuente, amén de Oribasio¹³³⁸. Cabe añadir por nuestra parte que Pablo y León son producto de un momento histórico muy concreto, cuando se pone muy en prevención el milagro y lo extraordinario, a favor de la racionalidad y lo cosmológico. Hablamos de la iconomaquia del segundo periodo, cuando los frutos de esa mentalidad podrían haber estado en trance de florecer.

Restarían al final los *iatrosafia* “menor”, que sin ninguna duda ya proliferan también en la época que tratamos. Es sabido que los libritos reúnen consideraciones de semiología y terapéutica, bien que sobre el fondo

¹³³⁵ Chroné, 2012, *passim*, esp, p. 6.

¹³³⁶ Para un análisis de la época y en particular la obra de Teófanos Crisobalantes, en ocasiones designado “Nonnos”, vid. Sonderkamp, 1984, *passim*.

¹³³⁷ Sonderkamp, 1984, p. 36.

¹³³⁸ Sobre las referencias de Teófanos Crisobalantes, vid. Sonderkamp, 1984, pp. 30ss



Fig. 65. Folio 220 del Dioscوريدes M652 de la Pierpoint Morgan Library de Nueva York. El manuscrito se ha datado del siglo IX o X, y a juzgar por las miniaturas de estilo tan naturalista, por nuestra parte no descartaríamos que procediera del periodo iconoclasta. Parece que se conservó en Constantinopla hasta el siglo XV, incluso ya bajo los otomanos, cuando un médico añade comentarios al margen en lengua árabe. Pasaría después a manos de Manuel Eugénicos y más tarde a Occidente con diversos propietarios. El códice además de la *Materia Medica* incluye, como es habitual, los *Teriaca* y *Alexifármaca* de Nicandro y el *Halicutica* de Oppiano. Muchas de las miniaturas de esta obra reproducen aquellas del Dioscوريدes de Viena, que parece haber sido muy conocido y considerado en Constantinopla durante siglos.

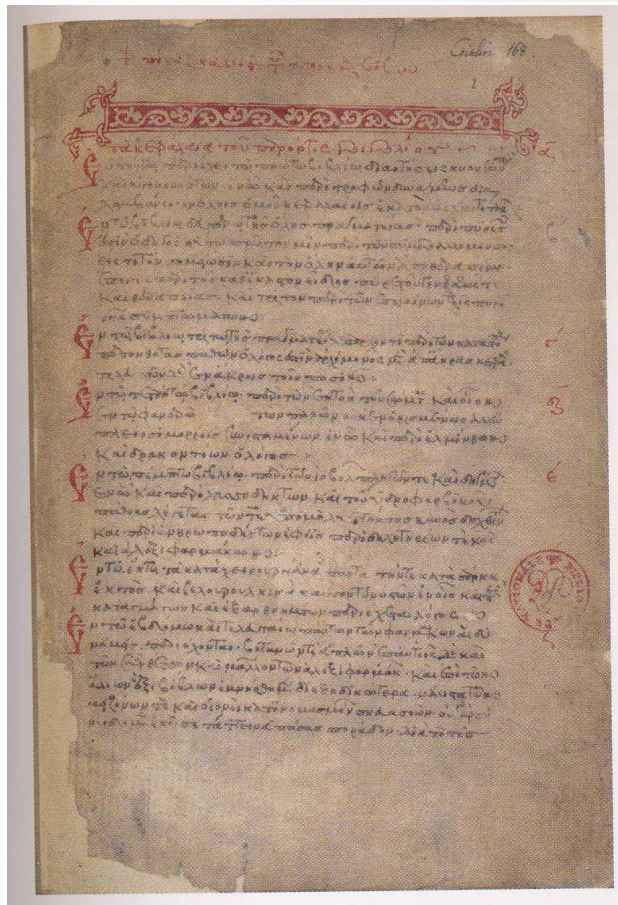


Fig. 66. Folio 1 del manuscrito Coilin 168, conservado en la Biblioteca Nacional de Francia. Es una copia de la obra completa de Pablo Egineta, terminada en 1355 por Pedro Telémaco. La influencia del de Egina en toda la medicina medieval es manifiesta y el conocimiento de la lengua griega supuso para los bizantinos, precedentes y posteriores, una ventaja decisiva a lo largo de los siglos. Las reproducciones en territorio de Bizancio se suceden y está claro que en tiempos de la iconoclastia los siete libros, en particular el dedicado a la cirugía, supusieron uno de los pilares de la enseñanza médica.

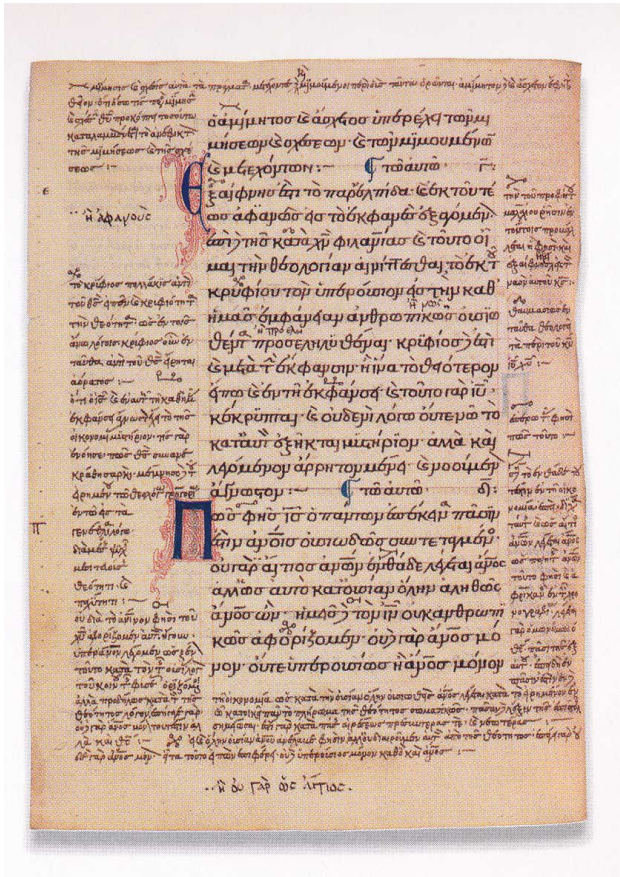


Fig. 67. Folio 5v del *Parisinus Graecus* 2179, conservado en la Biblioteca Nacional de Francia. Se trata de un Dioscórides copiado en Egipto o Palestina hacia el siglo IX. El texto principal está escrito en griego, pero son de remarcar las abundantes anotaciones en árabe que se amontonan en los márgenes. Suponen un testimonio de la persistencia del modo bizantino didáctico en los territorios recién conquistados por los musulmanes y la reutilización de los fondos bibliográficos por las sucesivas generaciones de médicos, que progresivamente fueron miembros de la élite étnico-religiosa dominante. Es posible que su primer propietario fuera un galeno melquita, greco-cristiano bajo el poder de los califas, acaso coetáneo de Hunain ibn Isâhq.



Fig. 68. Folio 1 del manuscrito árabe 2859, conservado en la Biblioteca Nacional de Francia. Se trata de una copia, ejecutada a comienzos del siglo XIII, englobando el *De Sectis* y el *De morborum causis et symptomatibus* de Galeno. El primero, una introducción a la medicina explicando las diferentes escuelas, sabemos que fue traducido por Hunain ibn Isâhq, inicialmente al siríaco para un médico de Jundîshâbûr que seguramente trabajaba en la corte de Bagdad, y más tarde al árabe para Mohamed ibn Mûsâ (m. 850). El segundo tratado se dice que lo tradujo al siríaco para ibn Jibrîl (m. 870) y más tarde un alumno del hirata lo pasaría al árabe, por encargo del astrónomo al-Munajjim (m. 888).

Las dos obras representan la base de la enseñanza médica tradicional y sabemos que se reprodujeron, en la versión del “iconoclasta” Hunain ibn Isâhq hasta muchos siglos después. Las anotaciones al margen suman los detalles aportados por numerosos médicos que fueron propietarios del texto, entre ellos Avicena.

de esquemas galénicos *a capite ad calcem*¹³³⁹, sujetos tan sólo al principio de la eficacia empírica y la simplicidad. A buen seguro, no sólo los médicos ordinarios en los gabinetes simples y los xenones pobres, sino también los archiatros de grandes instituciones y hasta los selectos palatinos recurrirían a ellos. De cierto, su amplísimo número y distribución resulta la mejor prueba de ello. Estarían en consonancia plena con la reconocida vocación “pragmática” de la medicina bizantina.

Por último, es obligado resaltar que los médicos del iconoclasmo, como los primeros macedonios, en absoluto consideraron útiles ninguno de los posibles textos elaborados fuera de sus fronteras. Sin discusión se reconoce que no antes de finales del siglo X comienza la importación bizantina a gran escala de literatura médica árabe¹³⁴⁰. Las traducciones de Hunain ibn Isâhq tampoco parecen haber despertado interés ninguno, señal inequívoca de que estaban a su disposición en lengua original. Está claro que sólo se interesaron por quienes se denominaban “médicos antiguos” (ιατροὶ παλαιοί) de la propia raigambre greco-romano-bizantina, los únicos verdaderamente interesantes por entonces.

Resumen: Sería razonable suponer que la educación médica en Constantinopla y algunas otras ciudades importantes del Imperio, bajo los emperadores iconoclastas, no fue muy distinta de la que ya existía previamente, en particular la considerada como “estándar alejandrino”. El grupo que Hunain ibn Ishâq apunta haber escogido para traducir, bien

¹³³⁹ Vid. por ejemplo, los *iatrosophia* analizados por Kousis, 1928, *passim*.

¹³⁴⁰ Sonderkamp, 1984, p. 40 y Bádenas de la Peña, 1999, p. 470.

podría no haber sido muy distinto del que habitualmente se consideraba en el Bizancio amoriano. Su vida fue larga y la lista apunta haber sido exhaustiva, acaso sin dejar ninguna de las relevantes en la época, hablando del 821 al 873, es decir desde los 18 años hasta su muerte¹³⁴¹. Sabemos que viene a reunir gran parte de la *Summaria Alexandrinorum* (obras de Hipócrates y Galeno), el *Herbarium* de Dioscórides, las *Collectiones* de Oribasio, y los *Libri medicinalis* de Aecio de Amida. Como “librillos de supervivencia”, imaginamos el manejo de las *Sinopsis* de Alejandro Trallense, para las asignaturas “médicas” y de Pablo Egineta, para las “quirúrgicas”. Por último, pero no menos importante, estarían los que Touwaide¹³⁴² designa “manuales terapéuticos hospitalarios”, conocidos en el argot establecido como “iatrosfia”. Ya sabemos que eran un numeroso y diverso elenco de anotaciones simples sobre síntomas, signos y tratamiento.

La Anatomía y la visión del cuerpo humano

Es sabido que la Alejandría helenística fue célebre por sus anatomistas y el notable avance del conocimiento morfo-funcional, acaso con un clímax alcanzado en tiempos de Herófilo de Calcedonia y Erasítrato de Ceos¹³⁴³. Apunta haber sido una verdadera y lamentable “ocasión perdida”, si aceptamos que los sabios citados abogaban por una revolución antihipocrática

¹³⁴¹ Le Coz, 2004, pp. 150-156.

¹³⁴² Touwaide, 2007, *passim*.

¹³⁴³ Von Staden, 1992, *passim*, Štrkalj/Chorn, 2008, *passim*.

y antiaristotélica, buscando acaso otra medicina científica basada “sobre una nueva experiencia del cuerpo humano”, en palabras de Laín Entralgo¹³⁴⁴. Su escuela no tuvo el éxito deseable, por razones varias, pero ello no implica que desapareciera la disciplina en absoluto. Pese a lo que a veces se ha dicho¹³⁴⁵, la práctica y enseñanza anatómicas en la capital egipcia distan de haber flaqueado en época romana, a juzgar por los elogios presentes en el *De Anatomicis administrationibus*¹³⁴⁶. Cabe ampliar esa visión positiva al ámbito de todos los centros de enseñanza médica, cada uno en el nivel que le correspondía. Achacar al *empiricismo*, doctrina que enfatizaba lo de inmediato útil, una supuesta “rápida decadencia” de la disección nos parece excesivo, aunque sea la tesis ofrecida por Von Staden¹³⁴⁷.

Entendemos que cualquier médico, de cualquier época, sería consciente de las ventajas que ofrecía progresar en este saber tan esencial. Si no se hacía, sólo podía deberse al contrapeso de los factores ético-morales y político-religiosos dominantes. El énfasis y la desaforada actividad que protagoniza el ecléctico Galeno, pese a su pudorosa restricción al sustrato animal, son un excelente testimonio de ello¹³⁴⁸. Más tarde, establecido “el galenismo”, la valía del “ver por sí mismo los elementos” aún resulta indiscutible, ahora en tanto “prueba” de lo establecido como académico. De hecho, la llevaran a cabo o no, los autores medievales solicitan al estudiante que “algo al

¹³⁴⁴ Laín Entralgo, 1978, p. 62.

¹³⁴⁵ Por ej. Von Staden, 1992, p. 235-237.

¹³⁴⁶ Galeno, *De anatomicis administrationibus*, Garofalo, III, p. 1040. La obra consagrada a la morfología dataría de los años 177-192 (López Férez, 1999, p. 106).

¹³⁴⁷ Von Staden, 1992, pp. 235ss.

¹³⁴⁸ Sobre la anatomía en Galeno, vid. López-Férez, 1999, *passim*.

menos diseccionem”¹³⁴⁹. Tampoco en el periodo protobizantino cabría admitir una debacle pronunciada, si tenemos en cuenta las descripciones y terribles invectivas que contra ellos lanzan algunos insignes Padres de la Iglesia. Florente Tertuliano¹³⁵⁰ condena explícitamente la práctica disectiva, prueba de su continuidad, en tanto rememoraba al histórico Herófilo como un horrible “carnicero” (*medicus aut lanius*). Lo mismo hace Clemente Prudencio¹³⁵¹, para quien la anatomía no era más que una horrorosa *laniena hippocratica*. Al sentir de Fulgencio de Ruspe¹³⁵², las “sagas galénicas” se mostraban más crueles que la guerra (*bellis crudelior Galeni curia*), dedicándose a trocear la carne como matarifes en todas las plazas de la ciudad. Desde luego, cabe imaginar Alejandría todavía rebosante de actividad anatómica, por más que el santo ruspeño pueda exagerar en su apreciación. Es notorio que Agustín de Hipona¹³⁵³ también fue testigo y lo detesta profundamente, en tanto que advierte sobre la inutilidad de tales acciones para conocer los secretos del cuerpo y la enfermedad¹³⁵⁴. Está claro que estas manifestaciones aseguran la permanencia de la práctica, sobre seres humanos, a comienzos del siglo V.

En igual medida permiten entender la génesis de un cambio radical y más o menos brusco sobre la cuestión, no mucho tiempo después. Las citas que hemos reseñado son comentarios y sentencias cuyos autores muy pronto formarán parte de la *auctoritas* eclesiástica cristiana. Sin ninguna duda sus

¹³⁴⁹ Al respecto, baste citar el *De Usu Partium* que reproduce Teófilo Protospatario. Remitimos al epígrafe correspondiente en Fuentes.

¹³⁵⁰ “Herophilus ille medicus aut lanius” (Tertuliano, *De Anima*, 10.4. Waszink, p. 13).

¹³⁵¹ Prudencio, *Peristephanon*, X. 498, Cunningham, p. 417.

¹³⁵² Fulgencio, Halm, p. 9 (*Mythologiarium libri tres*, Praefatio).

¹³⁵³ Agustín, *La Ciudad de Dios*, 22. 24, PL 41, col. 790-791.

¹³⁵⁴ Al respecto, Carlino, 1994, pp. 166ss y Canetti, 2002, pp. 27ss.

opiniones negativas hubieron de tener hondas y prolongadas repercusiones. Tal vez en bastante mayor medida para Occidente y no tanto para Oriente, pues al respecto los “Padres Griegos” parecen más circunspectos.

El especialista Canetti¹³⁵⁵ ha resaltado esta aparente diferencia entre un *mos occidentalis* y un *mos orientalis*, sobre el fondo de una distinta sensibilidad y tolerancia entre latinos y griegos hacia la cuestión. Para quienes comulgaban con la sede papal, de tendencia agustiniana¹³⁵⁶, la *dissectio* suponía una violación del misterio de la belleza del cuerpo creado, un acto diabólico, disyuntivo e intrínsecamente impío¹³⁵⁷. Además era repugnante (*foeditas*), cruel (*crudelitas*), ineficaz e innecesaria (*supervacuotas*), pues se disponía de otras vías, colocándose así en la onda de la antedicha escuela médica empiricista¹³⁵⁸. Al contrario, para quienes se guiaban por los obispos capadocios la medicina “era un don de Dios”¹³⁵⁹ en todo su contenido, sin excluir el legado de conocimientos morfofuncionales. Desde luego, no se les podía escapar que procedía de las técnicas y el duro trabajo anatómico. No en balde, los pensadores teológicos capadocios se habían formado en Antioquía o Atenas y eran buenos conocedores de la historia y saberes galénicos. Alguno incluso fue médico de profesión, tal que Basilio de Ancira, otros estudiaron aunque no ejercieron, así Basilio de Cesarea,

¹³⁵⁵ Canetti, 2002, p. 43.

¹³⁵⁶ Es notorio que Agustín de Hipona en sus últimos escritos se muestra muy preocupado, realmente casi obsesionado, por la integridad, la plenitud y la pureza del cuerpo humano, envoltorio del alma (al respecto, Canetti, 2002, vid. pp. 42-49).

¹³⁵⁷ Canetti, 2002, p. 48.

¹³⁵⁸ Canetti, 2002, p. 31.

¹³⁵⁹ Sobre los padres capadocios y su actitud realmente positiva ante la medicina racional y sus disciplinas básicas, vid. Le Coz, 2004, pp. 25-32.

y varios más tuvieron familiares o amigos íntimos en el gremio, como Teodoreto de Ciro, Juan Crisóstomo, Gregorio de Nissa o Gregorio de Nazianzo. Además, todos ellos se formaron en escuelas “al uso pagano” donde las disciplinas preclínicas formaba parte del programa de estudios. No es de extrañar que en sus escritos hablen con interés y respeto de las “consideraciones emanadas del *ars medica* sobre la constitución de nuestro cuerpo”¹³⁶⁰. No cabe desde luego creer que estamos ante partidarios de un “iatrocentrismo anatómico”, pero sí asumir que el recurso a la búsqueda de conocimiento mediante “la propia vista” (αὐτοψία) no resultaba algo tan horrible. En esto también sabemos que su influencia fue inmensa a lo largo de las generaciones y hasta el final.

Así al menos apunta cuando advertimos que la disección probablemente no fue jamás abandonada en Bizancio. Bliquez y Kazhdan¹³⁶¹ han aportado cuatro testimonios irrevocables al respecto y Browning¹³⁶² otro adicional muy relevante. El primero sería el de Pseudo-Eustatios¹³⁶³, relativo a la década del 320. Da noticia de la ansiedad mostrada “por los mejores médicos” para hacerse con los cuerpos de los ejecutados al objeto de “poder descubrir algo útil”. Es evidente que nada había cambiado cien años después, cuando sabemos que el de Tagaste escribió su *De civitate Dei libri XXII*, entre 413-426, como síntesis de su pensamiento teológico y político¹³⁶⁴. El segundo

¹³⁶⁰ Gregorio de Nissa (vid. Le Coz, 2004, p. 29, con las referencias).

¹³⁶¹ Bliquez/Kazhdan, 1985.

¹³⁶² Browning, 1985.

¹³⁶³ Pseudo-Eustatios, *Commentarius in Hexaemeron*, PG, 18, col. 788D.

¹³⁶⁴ Comentarios en Trapè, 2001, p. 431, con las referencias.

corresponde a Teófanos Confesor¹³⁶⁵, describiendo un hecho acaecido hacia 765 y sobre el que profundizaremos a continuación. El tercero lo aporta Simeón Nuevo Teólogo¹³⁶⁶, próximo al año 1000, quien pese a ser un místico de primera fila no se escandaliza al decir que tanto los médicos antiguos como sus coetáneos diseccionaban cuerpos, “para comprender la estructura y poder curar las enfermedades”. El cuarto viene dado por Jorge Tornices¹³⁶⁷, metropolitano de Éfeso en 1155, quien en el elogio dedicado a la princesa Ana Comneno habla de los “sabios médicos” que “separan cada órgano”, analizando forma, función y hasta los efectos deletéreos macroscópicos de la enfermedad en ellos. Respecto al quinto, descubierto y analizado por Browning, data también del periodo comneno y se debe a Miguel Itálicos, en concreto la monodia dedicada a Miguel Pantechnes. Éste fue uno de los médicos del emperador Alejo I (1081-1118), y el erudito menciona, entre sus muchos dones y méritos, la magnífica destreza que demostraba con el instrumental en las “operaciones de disección” (ἀνατομικὰς ἐγχειρήσεις) y el profundo conocimiento “de las partes del cuerpo” (τα μορίοις τῆς φύσεως)¹³⁶⁸. Browning¹³⁶⁹ destaca que ese ἀνατομικὰς ἐγχειρήσεις es precisamente el título (*De anatomicis administrationibus*) del mayor trabajo firmado por Galeno sobre el tema¹³⁷⁰. Es aquí donde el pergamino

¹³⁶⁵ *Cronografía de Teófanos*, De Boor, p. 436.

¹³⁶⁶ Simeón el Nuevo Teólogo, *Tratados teológicos y éticos*, Darrouzès, II, pp. 138-140, ref. trad. también en II. 267-274.

¹³⁶⁷ Jorge Tornices, *Cartas y discursos*, Darrouzès, p. 225.

¹³⁶⁸ Miguel Itálicos, *Cartas y discursos*, Gautier, p. 114. Traducción completa y análisis en Browning, 1985, p. 520.

¹³⁶⁹ Browning, 1985, p. 521.

¹³⁷⁰ Se trata del *Περὶ τὴν ἀνατομικὴν ἐγχειρήσεων*, conformado en 15 libros, de los que nos han llegado 8 en griego y el resto en árabe (López Férez, 1999, pp. 107-108).

se extiende en describir los modos de proceder para visualizar los distintos sistemas y órganos, al estilo de un genuino “manual de disección”¹³⁷¹. Cabe preguntarse si la obra estaba disponible y era leída durante ese tiempo en Constantinopla.

Respecto a lo expuesto por Blíquez y Kazhdan¹³⁷², los autores llegan a extraer conclusiones importantes; en particular que la Iglesia Oriental nunca se opuso y que se llevó a cabo con cierta regularidad, aunque no tanto para adquirir nuevos conocimientos como para ilustrar lo ya sabido. Además, se diría que en estas “autopsias”¹³⁷³ didácticas, experimentales o forenses podría tener su causa el aparente buen nivel de la técnica quirúrgica que sugieren los extraordinarios catálogos de instrumentos bizantinos. Por nuestra parte, añadiríamos la competencia de un maestro como Pablo Egineta, cuyo dominio de relaciones y topografía sólo cabe entenderlo derivado de la “incisión y corte” cadavéricos. Si no hubo adelantos relevantes en morfología y de orden quirúrgico, al menos ambos no se redujeron como en Occidente, donde la disección sí parece haber desaparecido totalmente.

Sea como fuere, y ya en directa relación a nuestro periodo de estudio, la anécdota relatada por Teófanos nos sirve para sospechar, sino ratificar, la continuidad. Con algún importante matiz que podría haber pasado desapercibido hasta ahora, cual es la probable realidad de un ambiente

¹³⁷¹ López Férez, 1999, pp. 106-131.

¹³⁷² Blíquez/Kazhdan, 1984, pp. 556-557.

¹³⁷³ Blíquez y Kazhdan equivocan el concepto, denominando “autopsia” (*autopsy*) a lo que evidentemente era disección (en un caso vivisección). El objetivo de la práctica, tanto la aplicada en vivo como *post-mortem*, era “comprender la estructura del hombre”, no encontrar la causa de la muerte de un sujeto. Creemos que la distinción es muy pertinente.

propicio y legislación para ello, por aquel entonces. El párrafo del cronista, que se correspondería al año 763/4, es el siguiente:

“Otro capturado fue Cristian, un renegado de la fe y líder de los escamarós. Le amputaron los brazos y las piernas y en el muelle de Santo Tomás, en presencia de los médicos, le disecaron vivo desde los genitales hasta el pecho, para así comprender la estructura del cuerpo humano. Después lo arrojaron al fuego”¹³⁷⁴.

Anticipamos que la vivisección, por más que ahora resulte repugnante, no suponía una novedad en el mundo greco-latino, aunque ciertamente si algo extraordinario. En Alejandría fue una opción de trabajo anatómico, según asegura el proemio histórico elaborado por Celso¹³⁷⁵, a despecho de que lo considerara “brutal e innecesario”¹³⁷⁶. Es evidente que todo orden moral, incluido el cristiano, rechaza de plano el inhumano procedimiento, así que no podemos compartir la opinión de Bliquez y Kazhdan¹³⁷⁷ sobre un silente hilo de transmisión hasta tiempos bizantinos. O bien estamos ante una exageración de Teófanos Confesor, por mor de vilipendiar al líder iconoclasta, como opina Miller¹³⁷⁸, o efectivamente ante un acto sin precedentes inmediatos, fruto de una actitud mental insólita. Suma valor a esta última opción el que haya otras fuentes que abunden en la idea de asociar a Constantino V Caballinos con la anatomía, e incluso con la convicción de un predominio de la naturaleza sobre cualquier otro factor, incluida la

¹³⁷⁴ Traducción al inglés en *Cronografía de Teófanos*, Mango, pp. 603-604 y n. 5. Los “escamarós” eran bandas de asaltadores especialmente dañinos y crueles que asolaban el área del Danubio, al menos desde finales del siglo VI.

¹³⁷⁵ Celso, *De Medicina*, De Renzi, “Prooemium” 23-24 y 26.

¹³⁷⁶ Al respecto, vid. Conde Parrado, 1999, pp. 7-9.

¹³⁷⁷ Bliquez/Kazhdan, 1984, p.

¹³⁷⁸ Miller, 1997, p. 188.

santidad. El caso paradigmático al respecto sería el comportamiento del emperador con la reliquia de santa Eufemia, episodio puesto de relieve por el especialista Gero¹³⁷⁹. Según el relato de Constantino de Tíos¹³⁸⁰, que sería el más antiguo al respecto¹³⁸¹, floreciendo a finales del siglo VIII, el augusto iconoclasta ordenó abrir el sarcófago para mostrar a la gente que contenía huesos y poco más, en absoluto un cuerpo incorrupto “milagrosamente”. Los restos estuvieron expuestos durante algún tiempo para la burla pública y después ordenó que se incineraran. Los iconófilos (el propio autor del relato) interpretaron el hecho a su manera: aquellos no pertenecían a la mártir calcedoniana, el augusto impío los había cambiado y de ahí el espectáculo de la putrefacción¹³⁸².

Una de las características más llamativas del “estilo” propio de Constantino V Caballinos, un “Iván el terrible *à la Eisenstein*” al decir de Brown¹³⁸³, fue sin duda la radical hostilidad a los *corpus*¹³⁸⁴ como *frammenti di eternità*¹³⁸⁵. De ello parece haber hecho una ostentación mucho mayor que en el caso del segundo iconoclasmo, por más que Juan VII Gramático tampoco viera en esos trozos de carne y hueso nada sacro¹³⁸⁶. Las razones podrían ser varias, algunas paralelas al rechazo de los iconos; es decir, el intento de reducir los excesos en el culto y sus derivaciones económico-

¹³⁷⁹ Gero, 1977, pp. 157-160

¹³⁸⁰ Constantino de Tíos, *Reliquias de Eufemia*, Halkin, pp. 84-106.

¹³⁸¹ Gero, 1977, pp. 157, n. 31

¹³⁸² Gero, 1977, p. 162. No olvidemos que “el *status* de cuerpo incorrupto es la *virtus* cristalina de la reliquia” (Canetti, 2002, p. 47).

¹³⁸³ Brown, 1973, p. 4

¹³⁸⁴ Gero, 1977, p. 164

¹³⁸⁵ Título acertado de la obra sobre las reliquias cristianas de Canetti, 2002.

¹³⁸⁶ Vid. *supra*.

políticas. Pero en esta anécdota parecen abrirse camino otras derivadas más interesantes para nuestro campo. Entendemos que el emperador se muestra convencido del predominio de “las leyes naturales” y desestimaba la posible influencia de lo divino a la par que la eficacia salvífica de las reliquias. De ser así, no sólo se eliminarían las últimas objeciones para el uso de los cuerpos, muertos o vivos, ahora se presentaría como una opción muy estimable, en vista de que casi la única esperanza para sanar radicaría en la propia sabiduría humana. El milagro sería algo muy excepcional, no tan ordinario como los iconófilos predicaban, y en cualquier caso nunca ocurriría sin hacer méritos “de hecho” para ello. En el campo de las ciencias básicas, ese planteamiento podría haber sido revolucionario, digno de un “teólogo radical”¹³⁸⁷. Pensamos en un *revival* inaudito del enfoque “dogmático” o “herofiliano” sobre la actividad preclínica. Sería acorde con otras muestras de “espíritu crítico” que le achacan al emperador y que entresacamos de distintas fuentes, como los ilustrativos *Antirrhetici* niceforianos¹³⁸⁸. El mismo texto que, ya hemos visto, llega a afirmar algo tan tajante como que se volcaba “hacia lo terrenal” y que “su pensamiento se limitaba a la materia y a las criaturas”¹³⁸⁹. Se comprenderían en este sentir las demás noticias que insisten en hablar de la “disección de cuerpos” (σπλάγχων ἀνατομίαις¹³⁹⁰), ejecución de “sacrificios

¹³⁸⁷ Para Constantino V Caballinos como un “teólogo radical”, vid. Gero, 1977, pp. 143-151.

¹³⁸⁸ Vid. epígrafe correspondiente en el capítulo de Fuentes.

¹³⁸⁹ “Ha sido privado de la luz de la verdad, él [Constantino V Caballinos], cuyo saber e imaginación no sobrepasan el mundo de lo visible. No perteneciendo más que a este bajo mundo y volcado a lo terrenal, es incapaz de concebir la gracia oculta en los objetos sagrados y contenida en ellos, pues su pensamiento se limita a la materia y a las criaturas” (*Antirrhetici Nicephori*, PG 100, 257B-376B, Mondzain-Baudinet, pp. 95-96).

¹³⁹⁰ León Gramático Bekker, p. 181; Cedrenus, Bekker, II, p. 3.

humanos” (ἀνθρωποθύτης¹³⁹¹), ofrecidos a las “divinidades helénicas”, o “disecciones adivinatorias” (ἱερείων ἀνατομαῖς¹³⁹²). Como piensa Gero¹³⁹³, podrían ser referencias, bien que distorsionadas *in malam partem*, a una actividad anatómica auspiciada por el emperador, al menos en el círculo médico más próximo, acaso el de los archiatros palatinos.

Cabe sospechar que tuvo continuidad en los años iconoclastas, en particular cuando la sede patriarcal estuvo ocupada por un “científico” como Juan VII Gramático¹³⁹⁴. Es alguien al que significativamente sus detractores acusan de derrochar tiempo en actividades herméticas, como la “hepatoscopia” (ἥπατοσκοπία), “lecanomancia” (λεκανομαντεῖα), hechicería (γοητεῖαι) y “necromancia” (νεκρομαντεῖα). Las habría llevado a cabo en cierto “laboratorio del mal” (πονηρὸν ἐργαστήριον), un edificio suburbano provisto de cúpula que era de su propiedad. Resulta que Bréhier¹³⁹⁵ daba por buenas estas maliciosas necedades y hasta las enmarcaba en una inverosímil “tradición oriental”. A su sentir, el obispo iconoclasta y “los asiáticos del partido” habrían contribuido al traslado y difusión de tales prácticas en Occidente. Siendo difícil de asumir que un hombre educado y cristiano realmente se dedicase a tales actividades de “magia negra”, por nuestra parte no podemos más que rechazar las ideas del sabio francés. Más reciente, considerando la misma cuestión, Gero¹³⁹⁶ ha venido a inclinarse por

¹³⁹¹ Jorge Monje, II, De Boor, pp. 751-752

¹³⁹² Zonaras, Dindorf, III, p. 264.

¹³⁹³ Gero, 1977, p. 144, n. 5.

¹³⁹⁴ Remitimos al epígrafe correspondiente de Prosopografía.

¹³⁹⁵ Bréhier, 1904, pp. 264-265.

¹³⁹⁶ Gero, 1974-1975, *passim*.

una hipotética “obsesiva ansiedad por conocer el futuro”, que dominaría al último patriarca iconoclasta¹³⁹⁷. Hablamos de un personaje a quien el mismo especialista reconoce sus habilidades diplomáticas, elocuencia y capacidad de persuasión amén de integridad moral, valor que le habría llevado a enfrentarse con la autoridad secular¹³⁹⁸. Es decir, un clérigo cultivado y viajero, embajador con sentido común político (πολιτικὴ εὐταξία)¹³⁹⁹, entendemos que prudente y racional, que fue elegido como maestro del príncipe Teófilo, encargado de sus estudios primarios y secundarios¹⁴⁰⁰. Se trata de rasgos y circunstancias personales que no asumimos sean compatibles con la superstición y las adivinanzas. Todavía más, aún poniendo fuera de liza tales adornos intelectuales, podríamos plantear la duda o refutación en forma dialéctica: alguien que niega los iconos como objetos divinos capaces de realizar milagros, ¿es lógico que crea en la magia blanca y los augurios? Desde luego, nuestra respuesta sería siempre negativa. Podríamos añadir, por último, que las acusaciones de *magus* (μάγος) lanzadas contra los titulares de la sede apostólica constantinopolitana ciertamente no se restringieron al “gramático”. Por igual se dirigirían contra Ignacio, Metodios y Focio, hablando sólo de fuentes iconodulas, bien que sin atribuirles las repulsivas y sombrías labores que imputan al iconoclasta. Miguel Sirio¹⁴⁰¹, un cronista fiable y libre de la censura ortodoxa, llega incluso a considerar como “brujos” a casi todos, curiosamente exceptuando a Juan VII, del

¹³⁹⁷ Gero, 1974-1975, p. 29.

¹³⁹⁸ Remitimos al epígrafe de Prosopografía.

¹³⁹⁹ *Theophanes Continuatus*, Bekker, pp. 95-99.

¹⁴⁰⁰ *Theophanes Continuatus*, Bekker, p. 154.

¹⁴⁰¹ Miguel Sirio, Chabot III, pp. 114-116.

RESULTADOS

que por contra alaba su tolerancia, coherencia y, muy en particular, firme oposición a la idolatría. Al final, para abordar esta tan embrollada cuestión apenas parece quedar otro recurso más que elucubrar con paralelismos, en la misma línea que cuando se habla de protociencias. Lecanomancia podría significar alquimia/química y hepatoscopia o necromancia nos llevan de nuevo hasta la disección, en este caso *post mortem*, todo ello con un objetivo que bien pudiera haber sido la observación y el descubrimiento. No en balde se ha argumentado que el veto medieval a la anatomía estaría basado sobre todo en la asociación establecida entre manipular el cadáver y uso de los órganos con fines mágicos¹⁴⁰². Sobre quien pretendiera “abrir el cuerpo” desde el rigor monoteísta, cristiano, musulmán o judío, recaía la sospecha de invocación a los muertos. Si, como pensamos, el fin de tales acciones se enfocaba hacia la ciencia, una de sus consecuencias sería la renovación del interés por “explicar la naturaleza (estructura y función) del organismo”.

En este orden resulta en verdad llamativo y concordante que los únicos textos médicos bizantinos de índole anatomo-fisiológica conservados, tomando toda la larga sucesión de siglos, se hayan fechado en torno a este periodo iconómico. Tales tratados diríamos que se alejan del tradicional pragmatismo imperante mientras buscan conciliar la antropología cristiana con la realidad de una naturaleza palpable. A mayor abundamiento, también sería perceptible el giro hacia Platón en detrimento de Aristóteles, con todas las implicaciones metodológicas que supone. Ello se manifiesta “morfológicamente” en el retorno a considerar el cerebro como origen

¹⁴⁰² Nasr, 1976, p. 162 y Álvarez de Morales, 1999, p. 241.

de los nervios, descartando el corazón, equivocada idea que Esteban Ateniense¹⁴⁰³ aún defendía, en la onda del último pensamiento alejandrino. Nos referimos una vez más a la versión “bizantina” del *De Usu Partium* galénico firmada por Melecio Obsiquioneo y, con mayor razón, aquella de León Constantinopolitano, a nuestro sentir ligada igualmente con la de Teófilo Protospatrio. Se trata del más extenso tratado, ocupando diecisiete libros, que en origen ideara el sabio de Pérgamo ya en su madurez, con un objetivo inequívoco morfo-funcional¹⁴⁰⁴. Se trata de un análisis pausado y completo del *qué* (ὅτι) y el *porqué* (διότι) de la naturaleza humana, sin disimular la admiración que causa su excelencia. El interés renovado por esta rama preclínica parece manifiesto entre finales del siglo VIII y comienzos del IX, frente a otros tiempos anteriores y posteriores. Por más que sean informaciones puntuales e inconexas, cabe vislumbrar la posible existencia de un ambiente distinto, generador de controversia y fuerte oposición. Sólo la connivencia y apoyo del todopoderoso trono augusteo tendría la capacidad de permitirlo y sostenerlo. A nuestro juicio, si Constantino V Caballinos, un intelectual de primera fila¹⁴⁰⁵, estuvo presente en la vivisección descrita por Teófanos Confesor, ello implica que actos de esa naturaleza gozaban de cobertura jurídica y no estaban sólo en el limbo de lo ilegal. Desde luego, falta constancia de que hubiese nunca una ley teodosiana o justiniana concernientes al tema, tampoco de las dinastías macedonia, comnena o paleóloga. Dada la relativa buena información que tenemos sobre tales textos, casi no puede haber recelo de que, en efecto, nunca se editó nada.

¹⁴⁰³ Por ej. Esteban Ateniense, *Comentario al Prognosticon*, Duffy, p. 126, 1-14.

¹⁴⁰⁴ Al respecto, vid. López Férrez, 1999, pp. 101-105.

¹⁴⁰⁵ Vid. epígrafe correspondiente en Prosopografía.

Por el contrario, para el periodo iconoclasta cabe la duda, apenas resta una ínfima parte de su legado y el silencio no desmiente la hipótesis positiva. Es razonable especular con su existencia porque difícilmente podemos admitir que un emperador bizantino permitiera infringir el código escrito o la costumbre moral consensuada, delante de sus súbditos. Si hubo una ordenanza consintiendo la exploración y estudio interno del cuerpo, muerto o incluso vivo, con fines médicos, ello supondría un hito sin precedentes desde Ptolomeo I Sóter (305-282 a.C.). Tenemos la certidumbre documental, pese a que autores como Savage-Smith¹⁴⁰⁶ o Mandressi¹⁴⁰⁷ lo olviden, de que en el territorio bajo dominio árabe califal pesó una prohibición expresa de practicar la disección¹⁴⁰⁸. El relato que lo expone, la biografía del médico Yûhannâ ibn Mâsawayh¹⁴⁰⁹ (Juan Mesué), deriva precisamente de los años 786-857. Bizancio, de ocurrir como imaginamos, marcharía entonces en solitario y harto adelantada en la cuestión. Por desgracia no hubo continuidad o en grado muy limitado, sin que se pudiera desarrollar una generalización eficiente del procedimiento. Es conocido que el nacimiento de una verdadera ciencia anatómica, por una u otra causa, no se daría hasta por lo menos cinco siglos más tarde. Habrá que esperar hasta el año 1240 para que una normativa legal en tierras cristianas (Salerno) autorice la disección de cadáveres, aunque sólo sea un puñado anual de convictos ejecutados del sexo masculino¹⁴¹⁰. El

¹⁴⁰⁶ Savage-Schmith, 1995, pp. 67-110.

¹⁴⁰⁷ Mandressi, 2003, p. y n. 4.

¹⁴⁰⁸ Al respecto, Le Coz, 2004, pp. 133-134.

¹⁴⁰⁹ Ibn al-Qiftî, Lippert, p. 390.

¹⁴¹⁰ Sobre la legislación, considerando la historia del mundo occidental, concerniente al uso de cuerpos pertenecientes a reos ejecutados para someterlos a estudio y disección anatómica, vid. Hildebrandt, 2008, *passim*, en particular tabl. 1.

mismo documento establecía que conocer la anatomía humana se tendría por requisito imprescindible para ejercer la cirugía¹⁴¹¹. Se trata del emitido por el emperador Federico II Hohenstaufen (1194-1250), de efímera existencia porque a su muerte la Iglesia se encargó de que fuera revocado¹⁴¹². Una dispensa especial de la Iglesia, muy restrictiva, era necesaria para “abrir el abdomen” e incluso al objeto de intentar conservar los cadáveres¹⁴¹³. Bien que cirujanos adelantados como Henri de Mondeville y Guy de Chauliac demandaran poder recurrir a la visualización directa (disección) y dejar un tanto de lado el clásico comentario¹⁴¹⁴, la ausencia de cobertura legal continuó aún largo tiempo. En 1299 el papa Bonifacio VIII advertía en su *Detestande feritatis*¹⁴¹⁵ que la excomunión aguardaba a quienes practicaran “la división de los cuerpos o su reducción en cenizas por la cremación”. Por ende, el “sacrilegio” que muchos médicos consideraban ya algo imprescindible para su ciencia, se rodeó de nocturnidad y suma discreción¹⁴¹⁶. Al final sería el papa Sixto IV (1471-1484) quien se aviniera sin rémoras a admitir la práctica, firmando la bula que garantizaba a la Universidad de Tübingen los *cadavera malefactorum* para propósitos anatómicos¹⁴¹⁷.

Resumen: Es posible que durante el periodo iconoclasta rigiera *de facto* o *de iure* alguna norma permitiendo la disección o incluso vivisección

¹⁴¹¹ Walsh, 1908, pp. 419-423.

¹⁴¹² Persaud, 1984, p. 82 ; Nemeč, 1968, p. 2.

¹⁴¹³ Al respecto, Carlino, 1994, pp. 156ss con las referencias.

¹⁴¹⁴ Al respecto, Mandressi, 2003, pp. 47ss con las referencias.

¹⁴¹⁵ Pauser, 1998, pp. 527-535, Mandressi, 2003, pp. 28ss y Jones/Whitaker, 2009, pp. 10-11.

¹⁴¹⁶ Carlino, 1994, pp. 172-173. Destacaría la disección “clandestina” llevada a cabo por el maestro Alberto de la Universidad de Bolonia, el 20 de noviembre del 1319, ayudado por cuatro estudiantes de medicina, utilizando el cuerpo de un criminal ajusticiado.

¹⁴¹⁷ Brown, 1981, p. 248 y Jones/Whitaker, 2009, p. 14.

humanas, con el fin de conocer la estructura y función del hombre. También es probable que surgiera un mayor interés por el conocimiento morfológico y funcional. Ello bien pudo tener como soporte ideológico la actitud “naturalista” frente al cuerpo humano, puesto en evidencia por la radical negativa a aceptar la incorruptibilidad de los santos y la aducida debilidad de los pensadores iconoclastas, al menos Constantino V Caballinos, por “las criaturas y la materia”, al decir de Nicéforo Patriarca¹⁴¹⁸.

IV. 3. 2. La praxis médica en Bizancio durante el periodo iconoclasta

IV. 3. 2. 1. Lugar de ejercicio profesional del médico técnico

Conforme a las noticias, debemos convenir que los lugares de ejercicio habitual del médico, salvando las siempre en vigor visitas a domicilio¹⁴¹⁹, eran fundamentalmente tres. Por un lado estaba el que podríamos llamar “liberal” en el propio gabinete-dispensario, por otro el “social” en los xenones/nosocomeion y por último el “militar”, en los cuarteles y vivacs del ejército. Mención aparte merece el capítulo de la actividad médica dentro del Gran Palacio, que apunta haber contado con un verdadero centro

¹⁴¹⁸ Remitimos al epígrafe IV. 2. 2.

¹⁴¹⁹ Las fuentes hablan de los “médicos frecuentadores” (ιατροὶ θαμίζοντες), pero no cabe imaginar que fueran distintos a los que ejercían en su gabinete o el xenón. Es posible que ciertamente algunos “con mayor frecuencia” fueran enviados a los domicilios, más raro imaginamos es que carecieran de medios para disponer de un iatron. Al respecto, en contra, Hohlweg, 1984, p. 125.

de asistencia restringido a la familia reinante, burócratas y soldados de la guardia imperial. Conviene aclarar que no representaba un grupo menor, en conjunto sumarían varios millares de personas, una genuina “ciudad dentro de la ciudad”¹⁴²⁰. Es posible también que esta “sección palatina” sirviera como oficina para la “planificación” sanitaria o asesoría en asuntos de salud al emperador. Se trataría de una función no sin importancia, sostenida a lo largo de los siglos, con pocas o ninguna variación significativa.

— Medicina en los gabinetes/dispensarios

No cabe duda que el “gabinete médico” (ιατρείον), en la concepción hipocrática expresada en el *Sobre el gabinete* (Περὶ ἰητροῦ), ha sido desde la época arcaica hasta la actualidad el escenario más común de práctica médica. Hablamos de esa clínica modesta con despacho para recibir al paciente capaz de andar, sala de curas o intervenciones quirúrgicas e incluso algunas camas para quienes requerían atención especial, amén de los espacios logísticos destinados a almacenar instrumentos y farmacia¹⁴²¹. En ocasiones los utensilios eran voluminosos, como los artilugios para reducir fracturas y luxaciones que aparecen dibujados en algunos textos, tal que el magnífico *Codex Nicetas* ya analizado¹⁴²². Son bien conocidas las recomendaciones tradicionales respecto a la orientación, luminosidad

¹⁴²⁰ Al respecto, Janin, 1964, pp. 106-122 (“Le Grand Palais”).

¹⁴²¹ Samama, 2003, p. 37.

¹⁴²² Vid. epígrafe correspondiente en Fuentes.

y disposición general, como también sobre los muebles y materiales, que debían huir del lujo y la vulgaridad¹⁴²³. Teniendo presente la atenta lectura que de los textos hipocráticos atinentes se llevó a efecto en todo tiempo, lo oportuno es suponer que ese fuera el ideal al que todos los *iatreion* bizantinos aspiraron, incluidos los de época iconoclasta.

No hay tampoco incertidumbre alguna sobre el hecho de la importancia que en la historia de la medicina ha tenido este modo y sitio de ejercicio. Se trata de un entorno puramente racional, que no convive con ninguna manifestación mágico-religiosa, a diferencia por ejemplo de los *asclepeion* y sólo equiparable en este sentido a los militares *valetudinaria*. Es incuestionable que en Bizancio el gabinete/dispensario continúa vigente hasta el final, por más que no abunden los restos arqueológicos disponibles. En ellos debieron trabajar los iatrosofistas y acaso la mayor parte de los médicos modestos y anónimos que nunca pretendieron formar escuela sino tan solo curar o paliar la enfermedad y las secuelas, amén de ganar su sustento. En algún caso, el tamaño y fama o éxito del *iatreion* pudo redundar en una transformación hacia xenón, siendo la clínica sampsoniana un ejemplo paradigmático¹⁴²⁴. Con todo, el facultativo no permanecía siempre en su clínica, es bien sabido que se desplazaba a la cabecera del enfermo cuando este no podía salir de casa o también si la capacidad económica le hacía acreedor de una mayor deferencia. Algunos incluso apuntan haber desarrollado su tarea exclusivamente “a domicilio”, tal vez por falta de

¹⁴²³ Hipócrates, *Obras Completas*, Littré, III, pp. 272ss (“De l’officine du Médecin”).

¹⁴²⁴ Miller, 1990, pp. 104-105 y Miller, 1997, p. 47. Remitimos también al epígrafe dedicado al Xenón de Sampsón.

medios para procurarse un *iatreion*. Éstos se habían conocido como “clínicos” (κλινικοί)¹⁴²⁵ y nada está en contra de suponer que continuaron existiendo en los tiempos que tratamos. Respecto a los “médicos viajeros”, podríamos asegurar que se trasladaban de ordinario sobre la base de encontrar clientes solventes y los inmuebles adecuados para instalarse. En realidad, como había sido en el mundo clásico¹⁴²⁶, semejante itinerancia no representaba en absoluto algo excepcional, y los ejemplos de Alejandro Trallense o Pablo Egineta bastarían para ilustrar lo que expresamos. Cuestión distinta pudieran ser los “charlatanes”, que apenas se detenían unos pocos días en cada aldea, cargando con sus utensilios y pócimas. Ciertamente, a juzgar por las escasas referencias en la literatura, tales especímenes apuntan no haber sido muy numerosos en Bizancio, al menos mucho menos que en el Occidente coetáneo.

— Medicina en los xenones/nosocomiones

La equivalencia estricta de los términos “xenón” (Ξενών) y “nosocomión” (νοσοκομειών) en el Oriente Romano no puede ser puesta en duda. Así aparece señalada explícitamente en la *Vida de San Andrés de Jerusalem*¹⁴²⁷ y en el *Epítome Historion* de Juan Cinnamo¹⁴²⁸, un significativo

¹⁴²⁵ Miller, 1990, pp. 116-117.

¹⁴²⁶ Al respecto, vid. Samama, 2003, pp. 25-26.

¹⁴²⁷ *Vida de San Andrés de Jerusalem*, Papadopoulos-Kerameus V, p. 176.

¹⁴²⁸ Cinnamo, Meineke, p. 190.

doble dato puesto felizmente de relieve por Constantelos¹⁴²⁹. Una fuente nos traslada al primer iconoclasmo en tanto la otra nos sitúa en el umbral de la Cuarta Cruzada. A mayor abundamiento, las informaciones sugieren con fuerza que, en realidad, todas los órdenes de instituciones filantrópicas poseían un servicio de cuidados médicos, mejores o peores. Con todo, nos ceñiremos al primer grupo pues parecen haber sido los que de forma más directa y esencial estaban dirigidos hacia la restitución de la salud, cumpliendo los requisitos que se han dado en considerar necesarios para establecer el título de “hospital”¹⁴³⁰.

Resulta evidente que los xenones/nosocomios a inicios del periodo sirio ya eran instituciones veteranas y consolidadas, dentro de la tradición de beneficencia y caridad en Bizancio. Ocupaban desde hacía varias centurias, como Miller¹⁴³¹ ha señalado, un puesto esencial en el concepto bizantino de *polis* (πόλις). Durante ese tiempo habían proliferado en casi todas las ciudades, y no sólo las grandes, por menos que los ubicados en Constantinopla, Jerusalem, Alejandría y Antioquía pudieran ser más amplios y mejor dotados, amén de célebres¹⁴³². Todo apunta a que, bajo el mandato de los emperadores contrarios a la iconolatría, aquellas arcanas entidades de orden asistencial que aún permanecían en territorio imperial, no sólo se mantuvieron sino que progresaron, al menos en la misma medida que

¹⁴²⁹ Constantelos, 1968, p. 168.

¹⁴³⁰ Hacemos referencia a la definición de hospital ofrecida por Miller, 1984, pp. 53 y 55. Remitimos también al epígrafe de Introducción.

¹⁴³¹ Miller, 1997, p. 89.

¹⁴³² Miller, 1997, pp. 92-95.

antes y después de ellos¹⁴³³. Esta aseveración rige en igual grado para los dirigentes del *intermezzo* iconodulo, pues las informaciones al respecto también les vienen a situar dentro de una firme y secular vocación caritativa y benefactora. En principio, se advierte la buena condición de los cuatro grandes clásicos constantinopolitanos: Sampsón, Eubolos, Marcianos y Narsés. Después, también es de resaltar la fundación de otros dos que alcanzan un nivel equiparable a los citados, el llamado Xenón de Teófilo y el Xenón de Irene, amén de un conjunto no despreciable con menor proyección. Cabe subrayar el carácter laico que se conserva en los nuevos, de base no vinculados a monasterio o centro de culto alguno. Por último, bien podrían haberse implementado por entonces algunas de las substanciales reformas administrativas que advertimos ya arraigadas en el siglo IX. El Estado apunta haberse hecho con el control de la mayor parte de los establecimientos de socorro y protección en la capital y gestado un organigrama de funcionarios encargados de las cuestiones financieras y dirección. Tales disposiciones afectaban, como decimos, también a los orfanatos, leproserías, internados, comedores o refugios de pobres y asilos de ancianos. Ello implicaría una mejora de la asistencia a las clases menos favorecidas urbanas, las que principalmente se beneficiaban de aquellos hospitales. Mantendrían muy vivo el evergetismo bizantino, acaso más deudor del helenístico que de la virtud cristiana, pues no en balde los donantes sabían que “el dinero invertido se recuperaría en prestigio social”, en palabras de Signes Codoñer¹⁴³⁴.

¹⁴³³ Se han recogido hasta 160 instituciones caritativas provinciales, excluyendo Constantinopla, en el territorio de Bizancio hasta el siglo IX, de los cuales 59 serían xenones, 49 nosocomios y 22 *ptoqueia* o “casas de pobres” (Mentzou-Meimare, 1982, *passim*).

¹⁴³⁴ Signes Codoñer, 1999, p. 186.

RESULTADOS

De hecho, parece que semejante celo de “populismo”, conforme al argot actual, les vino a reportar una notable fama entre sus conciudadanos, que perduraría en el tiempo. Así se explica que incluso recibieran parabienes de los cronistas enemigos, en mayor grado que otros precedentes o posteriores más conformes a la ortodoxia¹⁴³⁵. En verdad, a todos ellos sin excepción se les reconoce su honradez, ecuanimidad, conciencia social y el patronazgo de múltiples construcciones y actos humanitarios¹⁴³⁶. Las referencias son indirectas para León III y Constantino V, los más odiados, pero hacia el resto no faltan las frases laudatorias, a menudo claras y explícitas. José Genesio¹⁴³⁷ y *Theophanes Continuatus*¹⁴³⁸ elogian sin complejos a León V Armenio por tales cualidades y vienen a afirmar lo propio de Teófilo, quien “sentía pasión por la justicia” al decir de Bury¹⁴³⁹. La *Vida de San Ignacio Patriarca*¹⁴⁴⁰, se aviene a reconocer en este augusto, tan denostado de otra manera por su rechazo a la dulzura, como un “líder bondadoso y justiciero”. Igualmente Jorge Monje¹⁴⁴¹, un ferviente iconodulo hasta lo extremo, evoca el altruismo y la ecuanimidad del segundo de los amorianos¹⁴⁴². Cabe puntualizar que para los augustos acreditados como “verdaderos piadosos” del periodo (Irene

¹⁴³⁵ Vid. *infra*.

¹⁴³⁶ Al respecto vid. Constantelos, 1968, p. 114, con las referencias a diversas fuentes.

¹⁴³⁷ Genesio, 1.16, Thurn, p. 14, Kaldellis, pp. 17-18.

¹⁴³⁸ *Theophanes Continuatus*, Bekker, pp. 30-31, 87-89 y 92-94, relativas a la honradez y ecuanimidad de los emperadores León V y Teófilo.

¹⁴³⁹ Bury, 1965, p. 120.

¹⁴⁴⁰ *Vida de San Ignacio Patriarca*, Smithies/Duffy, pp. 10-11. La frase asegura que “no fue un hombre malvado sino de hecho un defensor de la justicia” (“οὐ κακὸς καὶ δικαιοκρίσιας ἀντεχόμενος”).

¹⁴⁴¹ Jorge Monje, Bekker, pp. 804ss.

¹⁴⁴² Sobre la “imparcialidad de trato” y “conciencia social” de Teófilo, vid. Bury, 1965, pp. 120-125 y Constantelos, 1968, p. 114.

Ateniense, Nicéforo I Megaloteta, Miguel I Rangabé y Teodora), las frases laudatorias también se suceden. Podríamos recoger epítetos tan lisonjeros como “amigo de los pobres y de los monjes”, pero cabe puntualizar que su estima por la equidad apunta haber flaqueado¹⁴⁴³. Se bendice en ocasiones la negativa al aumento de la presión tributaria y la generosidad en las donaciones a los santuarios, pero de ninguno subrayan un genuino “amor a la justicia”¹⁴⁴⁴. No conviene olvidar que esta expresión implicaba en Bizancio el respeto por lo que hoy llamaríamos “derechos sociales”. Al contrario, en algún caso se reprocha su avaricia en los negocios privados, como permite advertir la anécdota de la augusta paflagonia pretendiendo competir en el mercado, con “información privilegiada” y en condiciones ventajosas¹⁴⁴⁵.

Todo lo dicho se refiere al conjunto del territorio, pues aunque las reseñas relativas a xenones provinciales o incluso rurales son menos detalladas, semejante notoriedad viene a sugerir que tampoco estuvo la periferia ausente de la atención imperial. Tal vez, para este apartado se hizo en mayor medida delegando en la iniciativa clásica de poderosos laicos o eclesiásticos, movidos por la piedad pero acaso también “conciencia cívica”. Las misiones de *sua pecunia fecit* que llevan a cabo obispos tales que Andrés en Creta o Teofilacto en Nicomedia, junto a los hacendados Filentolos “hijo de Olimpio” o la viuda de Filareto “el Misericordioso”,

¹⁴⁴³ Vid. por ej. en el relato histórico precedente, lo relativo a Nicéforo I Megaloteta.

¹⁴⁴⁴ Remitimos a los epígrafes correspondientes en el capítulo de Prosopografía.

¹⁴⁴⁵ El asunto se recoge con relativo detalle en Genesio Thurn, p. 53, Kaldellis, p. 69 y Esquilitzís, Thurn, p. 51, Flusin/Cheyne, p. 49. El emperador descubre que su mujer está especulando con productos alimenticios, acaso con lo que hoy llamaríamos “información privilegiada”. La augusta utilizaba para el transporte un *chelandion* que seguramente eludía los controles fiscales. Teófilo reprende duramente a Teodora, le prohíbe taxativamente continuar con semejante actividad y ordena quemar el barco y su contenido.

hablan a favor de ello. En suma, no hay duda de que el trono imperial tuvo la mejor de las disposiciones para con los hospitales en el periodo que tratamos, sin menoscabo del buen hacer de los demás elementos de la sociedad implicados, que tradicionalmente contribuían a esa siempre anhelada y consubstancial “filantropía bizantina”.

Organización y financiación de los xenones bajo la iconoclastia

Es muy posible que la situación de los xenones en Constantinopla, aquella que mejor conocemos por las fuentes, no fuera equivalente a lo que acontecía en las provincias, al menos en su totalidad. Tal vez quepa distinguir incluso aquellos principales de los secundarios, tanto centrales como periféricos. No obstante, dada la reproducción del organigrama de poder que se daba en los *temas* respecto a la corte, nada está en contra de imaginar que algo similar ocurría en sendos ámbitos, sustituyendo el emperador por el *estrategós* (στρατηγός), un genuino vicario imperial que sumaba en sus manos los poderes civil y militar de su jurisdicción¹⁴⁴⁶. Lo cierto es que, en términos generales, las noticias sugieren una doble realidad en las instituciones. Por un lado estarían aquellas de alto nivel, integradas en la administración, y por otro las de medio y bajo, sobreviviendo a veces en precario y más en consonancia con lo que conocemos de la antigüedad tardía o de época justiniana. Sea como fuere, en diverso grado pero todas

¹⁴⁴⁶ Sobre estos “capitanes generales” de Bizancio y el amplio grupo de oficiales que servían bajo sus órdenes, vid. Bury, 1911, pp. 39-45.

parecen haber tenido una triple financiación¹⁴⁴⁷. En principio estarían las partidas provistas por el Tesoro Imperial, bien monetarias o, más importante, rentas a partir de granjas u otras fuentes de recursos que les habían sido asignadas. Con carácter extraordinario pero seguro aportando cantidades muy estimables, estarían los donativos de altos personajes (ministros, arcontes, obispos o el propio emperador a título personal). Por último, se sumarían las recompensas directas de pacientes con poder adquisitivo que acudían a lo que podríamos denominar “consultas externas”. En buena lógica, el porcentaje de tales remesas significaría el grado de control por cada grupo, hablando de Estado y/o emperador, hacendados o eclesiásticos y una muy probable también “autogestión”, esta última suponemos que circunscrita a pequeños establecimientos. Conforme a este panorama, cabe plantear que los xenones hubieran sido no muy diferentes a lo que actualmente denominamos “fundaciones”, entendidas como un tipo de persona jurídica, con patrimonio y actividad pero sin ánimo de lucro, que continúa o cumple la voluntad del promotor. Desde Justiniano I el Grande y durante largo tiempo, parece que estos entes esencialmente “autónomos” podían ser monitorizados, quien quiera que fuera el “mayoritario” en la mesa de donantes, por parte de las autoridades eclesiásticas y acaso también las municipales. Ellas se encargarían de evitar que una negligente o interesada actitud de los administradores directos condujera a la ruina y al fracaso de la institución. En realidad, no suponía nada nuevo, sabemos que el evergetismo testamentario había estado entre las principales preocupaciones de la legislación romana, al menos desde los Antoninos, siempre pretendiendo

¹⁴⁴⁷ Miller, 1997, p. 110.

garantizar el cumplimiento de la voluntad de los testadores y el bien común¹⁴⁴⁸. A buen seguro sólo se verificó, al correr de los siglos protobizantinos, un cambio gradual en los habituales ejecutores o albaceas testamentarios. Dada la decreciente capacidad económica de las corporaciones locales, por mor de la galopante ruralización, el protagonismo de las sedes episcopales sobre tan importante parcela de la existencia del *homo bizantinus* no haría más que crecer. A finales de la dinastía heráclida, podemos imaginar un cuasi monopolio de la Iglesia como “agente regulador”, con capacidad ejecutiva de supervisión. A priori, cabría pensar en que éste fuera uno de los elementos en pugna, dentro de lo que entendemos resultó medular en la llamada “crisis de los iconos”. Los emperadores contrarios a la idolatría, sobre todo los más radicales, podrían haber considerado ese ascendiente como una amenaza a su potestad, y actuado en consecuencia. Formaría parte del mismo modelo de gobernanza por el que se atrevieron a rebajar la respetabilidad del patriarca o desacralizaron monasterios. De cierto, la situación legal de los xenones parece cambiar radicalmente en el periodo que tratamos. Los datos apuntan a que las precedentes regulaciones justinianas periclitaron bajo la iconoclastia, y sólo se nos ocurre que acaso fue para debilitar los poderes del clero. Parece que se “liberaliza” la actividad filantrópica, sin perjuicio de una mayor implicación del Estado en el soporte y gobierno de los xenones, al menos de aquellos más importantes y con mayor capacidad para atender a la población general. Pese al triunfo de los iconodulos, esta deriva no se modificaría apenas, prueba de que en Bizancio el “poder secular” no cedía con facilidad sus prerrogativas al “poder religioso”. Sabemos que bajo los

¹⁴⁴⁸ Al respecto, Jacques, 1984, pp. 695-699.

macedonios poco o nada cambió de lo que imaginamos habían establecido los augustos iconómacos, sin perjuicio de que la *Epanagoge* reconociera la potestad episcopal sobre sus propios organismos¹⁴⁴⁹. Parece haber crecido con ellos la llamada *prostaía* (προστασία), una entrega de grandes sumas para reflotar hospitales en apuros por parte de pudientes. Ello les permitía adquirir el control efectivo del centro, en plena ley, ostentando lo que más tarde se denominaría *charistikon* (χαριστικόν). Ciertamente, en los siglos XI y XII, al replegarse la administración en beneficio de la aristocracia, iba a restar sólo esta misma iniciativa privada, lo que daría pie a ciertos abusos. Los hospitales, como el resto de filantrópicos servicios, estarían a merced exclusiva bien de los nuevos “arcontes de cuna”, surgidos de la política comnena y angelina, o del mismo emperador, pero con su propia *res privata*. Los primeros sumarían mayoría y su vida no solía ser muy prolongada, porque la ausencia de cualquier control administrativo las hacía vulnerables a la desatención e incluso objeto de rapiña. Los segundos nunca fueron tan grandes y numerosos como cuando la *res publica* era promotora y titular, en parte también porque los recursos ya no eran tan abundantes. Sólo en este sentido, su tamaño y dotación, el célebre Xenón del Pantocrátor pudo ser excepcional para su momento histórico, y no tanto porque fuera mucho mejor que sus predecesores¹⁴⁵⁰. Pensamos que tales aseveraciones,

¹⁴⁴⁹ *Epanagoge*, IX, 19, Zepos/Zepos II, p. 256. Constantelos considera que el texto legal habla de una jurisdicción extendida a cualquier institución filantrópica, lo cual dista de ser aceptable. Por otro lado, lo relatado en el *De Ceremoniis* deja claro que el Estado controlaba los grandes xenones de la capital.

¹⁴⁵⁰ Horden, 2006, pp. 54-55, asume lo “asombroso” del Pantocrátor reduciéndolo a un caso excepcional, sin precedentes ni continuación. No parece tener en cuenta el numeroso y variado elenco de otros establecimientos y noticias.

ya parcialmente reveladas por Miller¹⁴⁵¹, podríamos desarrollarlas mejor y ofrecer las referencias que las sostienen analizando los distintos tipos de hospitales por separado.

Los grandes xenones en Constantinopla bajo la iconoclastia

A juzgar por la información que aportan los llamados *tacticá* (τακτικά), al transcurso de los siglos IX y X todas las instituciones filantrópicas constantinopolitanas estarían ya perfectamente integradas dentro de la maquinaria burocrática y serían de titularidad exclusiva del Estado¹⁴⁵². Es oportuno subrayar que los metropolitans habían perdido cualquier tipo de jurisdicción sobre ellos, salvo la relativa a los oficios religiosos que de ordinario también se ofrecían en las capillas anexas¹⁴⁵³. Tales documentos reflejan la cotidianidad de un esquema logístico ya algún tiempo antes establecido en Bizancio. Resulta por ende extrapolable a la situación que intentamos analizar bajo la iconoclastia, cuando tenemos sobradas referencias a la vitalidad de todos los centros conocidos con Justiniano I el Grande e incluso la creación de alguno más. Señalábamos antes la supervivencia de los cuatro grandes en Constantinopla, prueba de que a pesar de las catástrofes naturales, horribles plagas, devastadoras invasiones y subsiguientes

¹⁴⁵¹ Miller, 1990, *passim*, esp. pp. 122ss y Miller, 1997, pp. 106ss.

¹⁴⁵² Horden, 2006, p. 68 insiste en el “carácter religioso” de las instituciones filantrópicas bizantinas, despreciando las abundantes pruebas que niegan esta aseveración.

¹⁴⁵³ Miller, 1997, p. 106.

hecatombes demográfico-económicas, los heráclidas se esforzaron en su sostenimiento. También recordábamos que a esta lista de “monumentales” se sumarían al menos otros dos al decir del *Patria Constantinopoleos*¹⁴⁵⁴, el llamado Xenón de Teófilo y el Xenón de Irene (o de Panchentios), que pervivirían siglos, muy en particular el primero de ellos.

Todos y cada uno de estos que llamaríamos “magnos xenones estatales” sabemos que dependían en última instancia del *Cartulario del Sacelión* (Καρτουλάριος τοῦ Σακελλίου). Se trataba de un subsecretario “pagador”, que tenía como responsabilidad directa el manejo del Tesoro del Estado, en particular lo relativo a retribuciones¹⁴⁵⁵. Como inmediatos subordinados estaban los directores propios de cada establecimiento, designados como *hospederos/hospitalarios* (ξενοδόχους), que en general aparecen como funcionarios laicos de alto nivel. Según el *De Ceremoniis*¹⁴⁵⁶, los principales serían aquellos responsables del Sampson¹⁴⁵⁷, Eubolos¹⁴⁵⁸, Irene en Perama o Marcianos¹⁴⁵⁹, Narsés¹⁴⁶⁰ y Teófilo¹⁴⁶¹. Por debajo de ellos se hallaban los propios *cartularios de los establecimientos piadosos*

¹⁴⁵⁴ *Patria* Preger, II p. 185 (τοῦ Θεοφίλου) y p. 246 (τὰ Πασχεντίου).

¹⁴⁵⁵ A la sazón, ya era independiente del “ministro del Tesoro”, el llamado “sacelario” (σακελλάριος). Al respecto vid. Bury, 1911 pp. 93-94 y Oikonomides, 1972, pp. 314-315. Sobre la Sacella (Σακέλη), a la vez Tesoro Público y depósito de archivos, vid. Janin, 1964, p. 112.

¹⁴⁵⁶ *De Ceremoniis*, Reiske, I, pp. 171-177, esp. p. 173.

¹⁴⁵⁷ Remitimos al epígrafe específico sobre la institución.

¹⁴⁵⁸ Sabemos que el Ξενών τὰ Εὐβούλου ya fue reconstruido bajo Justino I (518-527), por lo que cabe conceder una mayor antigüedad aún. Parece que se situaba en la región central, al noroeste de Santa Sofía. Al respecto, vid. Janin, 1969, p. 558.

¹⁴⁵⁹ El Ξενών τοῦ πλησίον τῆς ἁγίας Εἰρήνης τὸ Πέραμα sería una fundación del legendario san Marciano. Sobre la institución, vid. Janin, 1969, p. 558.

¹⁴⁶⁰ Los datos referentes al Ξενών τὰ Ναρσοῦ no son muchos. Habría estado en el barrio del mismo nombre, en algún lugar dentro de la amplia pendiente que desde el actual Gran Bazar desciende hacia el puerto. Al respecto, vid. Janin, 1969, p. 560.

¹⁴⁶¹ Remitimos al epígrafe específico sobre la institución.

(χαρτουλαρίους τῶν εὐαγῶν οἴκων), que apuntan ser los contables adjuntos a cada establecimiento. Un escalón inferior ya encontramos a los archiatros, genuinos “facultativos titulares” que en diverso numero ejercían y daban docencia, conforme al tamaño de la entidad. Está claro que tanto los xenodocos como los xenocartularios y archiatros recibían un sueldo importante de la administración y se reconocían como integrantes de ella, dignos de acudir a la mesa del emperador en señaladas fiestas, tal que aseguran esos “órdenes de presencia para los banquetes oficiales”¹⁴⁶².

En concreto, los citados tomaban asiento justo a la espalda del emperador, mientras los comandantes de la guarnición lo hacían delante, bajo el techo de la magnífica sala denominada *Triclino de las 19 literas* (Τρικλίνιον τῶν ιθ' ἀκουβίτων)¹⁴⁶³. En las recepciones y veladas, como la del décimo día de Navidad¹⁴⁶⁴, los xenodocos lucían escaramanga y *sagia* “rojo profundo” (ξενოდόχους μετὰ τῶν οἰκείων σκαραμαγγίων καὶ ῥωέων σαγίων), en tanto los médicos portaban un vestido de dos matices en color azul¹⁴⁶⁵ (ιατροὺς ἅπαντας μετὰ τῶν οἰκείων διβενέτων), uniformidad que parece se señala como la habitual “de gala”. Es obligado subrayar que ningún *curator* (κουράτωρ) aparece entre quienes gobiernan algún hospital,

¹⁴⁶² Los *taktica* representan unos “apuntes” utilizados por los *atriclinai* (ἀτρικλῖναι), encargados de protocolo en el Gran Palacio, para acomodar conforme a un riguroso orden (τάξις) a los invitados del emperador en los banquetes que cerraban las principales ceremonias anuales (al respecto vid. Oikonomides, 1972, pp. 27-36).

¹⁴⁶³ *De Ceremoniis*, Reiske, II, p. 753. Sobre el pabellón palatino denominado “Triclino de las 19 literas”, vid. Janin, 1964, pp. 111-113.

¹⁴⁶⁴ Para las ceremonias desarrolladas ese día, vid. *De Ceremoniis*, Reiske, II, pp. 752-753.

¹⁴⁶⁵ “Aquellos al cargo de los hospicios (xenodocos) [presentándose] con su particular *escaramanga* y *sagia* rojo profundo y los doctores con su particular *escaramanga* azul damasquinada” (*De Ceremoniis*, Reiske, II, p. 753; Bury, 1911, pp. 94 y 152 —Kletorologion, 736—; Oikonomides, 1972, pp. 182-183).

y ello sería prueba de que la *res privata* del augusto no tenía aún ningún papel relevante en su construcción y/o mantenimiento. Eso sabemos que ocurrirá ya en tiempos de la dinastía Comneno. Ciertamente, resulta difícil precisar cuando se llevaron a efecto las innovaciones económicas y legales que se presentan en los textos considerados. Pero la realidad es que en la etapa justiniana la dependencia orgánica dibujada no parece existir y que con los macedonios ya es una fórmula de cierto recorrido previo. Sólo cabe buscar en el periodo heracliano y la iconoclastia o primeros tiempos tras el *Triunfo de la Ortodoxia*, el momento propicio para la sutil reforma. La primera se describe como agónicos decenios de sobresaltos, guerra total y desmoronamiento de las estructuras urbanas y estatales. La segunda se revela como un momento de recuperación y profunda revisión del Estado y la sociedad. Si hubiera ocurrido gobernando Basilio I, lo más fácil es que tales medidas quedaran reflejadas y conserváramos la memoria. Por ende, *a priori* cabe bascular más hacia los tiempos sirios o amorianos, cuando el silencio y la desesperante ausencia de documentos oficiales permite sospechar que pudo darse sin que nos haya llegado prueba legal alguna. De hecho, las fuentes abogan muy a favor de que, en efecto, hubieran tenido su origen al comienzo de la iconoclastia, con los grandes emperadores reformistas que fueron León III Sirio y Constantino V Caballinos. Por un lado existe constancia de que los xenodocos ya actuaban conforme a esas reglas en tiempos de Irene Ateniense y Constantino VI. El ejemplo de

RESULTADOS

Nicéforo Confesor sería suficiente, la *Vida de San Nicéforo Patriarca*¹⁴⁶⁶ asegura que actuó como *hospedero/hospitalario* de una “gran casa de pobres” constantinopolitana siendo aún un laico, nombrado “a dedo” por los emperadores reinantes y sin que el patriarca titular hubiera tenido en ello participación alguna. Contrasta con el testimonio de los *Milagros de San Artemio*¹⁴⁶⁷, datado del 658-680, donde vemos aún al xenodocos del Cristodotes formando parte del séquito de clérigos, designado por la autoridad eclesiástica. Más concreto aún podría ser el testimonio de Teófanos Confesor¹⁴⁶⁸, al respecto de una “vejación”, entre las varias que “perpetra” Nicéforo I Megaloteta¹⁴⁶⁹. El cronógrafo asegura que el augusto dispuso la “colocación de las propiedades de las casas filantrópicas en manos de oficiales estatales”. Lo introduce en el mismo grupo que otras medidas “odiosas” supuestamente anuladas por Irene Ateniese, y que se remontarían al “inico” Constantino V Caballinos¹⁴⁷⁰.

Acaso en el mismo sentido cabría interpretar otro hecho bien atestiguado del momento, el ascenso del *orfanotrofos* (ὄρφανοτρόφος) a

¹⁴⁶⁶ *Vida de San Nicéforo Patriarca*, BHG 1335, 152. Al respecto, vid. también los comentarios de Alexander, pp. 63-64 y n. 4. El autor intenta conciliar los datos, insinuando que Nicéforo Patriarca pudo llegar a ostentar un cargo eclesiástico antes de ser clérigo debido a que ya estaba encaminado a ser elegido patriarca. No cabe duda de que la ley en Bizancio se respetaba y rechazaríamos de plano tal posibilidad. Lo único realmente admisible es que ya hubieran cambiado las normas al respecto, siendo el emperador quien nombraba los directores de los centros caritativos.

¹⁴⁶⁷ *Milagros de San Artemio*, Papadopoulos-Kerameus, p. 29. El relato piadoso habla de cierto “hombre virtuoso, prominente en el séquito del patriarca” que ejerce como xenodocos en el Xenón de Cristodotes, (ubicado cerca de la Iglesia de Santa Anastasia, en la columnata de Domninos), institución donde termina hospitalizado durante un periodo de 10 meses, a instancia del archiater y sus ayudantes.

¹⁴⁶⁸ *Cronografía de Teófanos*, De Boor, pp. 486-487.

¹⁴⁶⁹ Señalado por Miller, 2003, pp. 184-185.

¹⁴⁷⁰ Remitimos al epígrafe de relato histórico del periodo iconoclasta.

la dignidad del patriciado, que sabemos se da con los primeros emperadores sirios¹⁴⁷¹. Encargado de los orfanatos y leproserías, es posible que su mayor consideración dentro del vasto organigrama de servidores imperiales no sólo refleje una mayor preocupación filantrópica sino también la centralización del control sobre el elenco de establecimientos implicados. Al final, y a juzgar por el conjunto de noticias aquí reunido, lo más verosímil sería que la “estatalización” de las instituciones de caridad, entre ellas los xenones, fuera una decisión del denostado segundo emperador entre los que abominaron de la devoción a las imágenes.

Para terminar este epígrafe, aportaremos algunas noticias relativas al devenir de los dos más importantes xenones que sabemos activos en el periodo de los emperadores antidolátricos, ambos localizados en Constantinopla.

1.- El xenón de Sampsón (Ξενών τοῦ Σαμψών)

Todo apunta a que bajo la iconoclastia el más antiguo y de mayor tamaño amén de mejor dotado hospital de Bizancio continuaba siendo el célebre “Xenón de Sampsón”¹⁴⁷². Sobre su localización no hay duda, se alzaba próximo al patriarcado, en la manzana abierta entre Santa Sofía y la Iglesia de Santa Irene, donde aún hoy se pueden ver unos imponentes muros maestros bajo la maleza y diversos inmuebles modernos¹⁴⁷³. Acaso

¹⁴⁷¹ Bury, 1911, p. 102.

¹⁴⁷² El mejor documentado artículo sobre la historia del Xenón de Sampson continúa siendo el de Miller, 1990, publicado en la *Byzantinische Forschungen*.

¹⁴⁷³ Las fuentes al respecto se recogen en Janin, 1969, p. 574 y Miller, 1990, pp. 104-105.

fundado antes del siglo V por un médico epónimo procedente de Roma¹⁴⁷⁴, en época justiniana ya era el centro sanitario aventajado del Imperio. Reconstruido en un tamaño y magnificencia sin igual, tras los daños sufridos en la insurrección de Niká (enero del 532), sabemos que por entonces ya contaba con múltiples pabellones, entre ellos una clínica oftalmológica y una sala de cirugía¹⁴⁷⁵. Le daban servicio accesorio un grupo de sufridas monjas “enfermeras”, en línea de la ancestral “mujer sabia” (ἄσκητρίς), que tenían sus aposentos en un conventillo adyacente¹⁴⁷⁶. Gobernando la dinastía heráclida, y conforme al testimonio de los *Milagros de San Artemio*¹⁴⁷⁷, hay constancia de una praxis quirúrgica y la admisión de pacientes “de clase media”. En cuanto a la época iconoclasta que nos ocupa, no cabe desconfiar de que también estaba en plena actividad sin haber perdido nada de su esplendor¹⁴⁷⁸. Tenemos el significativo dato de que la *Vita Sampsonis* se escribió justo en este tiempo, al sentir de Halkin¹⁴⁷⁹, el insigne especialista en hagiografía. La preciosa información que aporta sobre el hospital, por ende, deriva del momento iconómaco o muy próximo a ello. Así, podemos estar seguros de que el edificio continuaba en esos años “sobrepasando a todos los demás en la capital”¹⁴⁸⁰. Incluso se conservaba lo que creían era

¹⁴⁷⁴ Miller, 1990, p. 105, con las referencias.

¹⁴⁷⁵ Miller, 1990, pp. 105ss, con las referencias.

¹⁴⁷⁶ Miller, 1990, pp. 113-114, con las referencias.

¹⁴⁷⁷ *Milagros de San Artemio*, Papadopoulos-Kerameus, pp. 25-28. El caso expuesto habla de cierta patología afectando a los genitales, como es habitual en las “curaciones” protagonizadas por las reliquias de este santo. El paciente era un diácono de Santa Sofía, miembro de la facción verde del hipódromo. Los datos, son recogidos y analizados por Miller, 1990, p. 116.

¹⁴⁷⁸ Miller, 1990, p. 120.

¹⁴⁷⁹ *Vida de San Sampson*, Halkin, “Introduction”.

¹⁴⁸⁰ *Vida de San Sampson*, Halkin, pp. 14-15.

la “clínica original del doctor Sampsón”¹⁴⁸¹, por más que pueda parecer una figura legendaria. También que contaba con una “plantilla de médicos” (κατάλογος τοῦ ἱατροῦ), atención continuada y hasta cocineros que incluían carne entre sus recetas¹⁴⁸².

El testimonio que entresacamos deja, en suma, bien de manifiesto la excelente condición del Sampsón bajo los sirios y amorianos, seguramente dirigido por sucesivos gerentes acordes con la ideología dominante. Uno de los sellos superviviente, que muestra una simple cruz en el reverso, está desde luego muy en consonancia a la iconografía iconoclasta¹⁴⁸³. Parece que el hospital sirvió incluso como lugar de reclusión para iconodulos recalcitrantes, en general personas ya ancianas o con alguna enfermedad. Fue el caso del arzobispo José de Tesalónica, a quien el emperador Teófilo ordenó “ingresar” en el Sampsón, según asegura Metodio en su *Vida de San Eutimio de Sardes*¹⁴⁸⁴.

Tal proceder no fue una excepción en Bizancio, conocemos algunos otros casos similares, donde se utiliza un centro filantrópico para alejar de la política algún opositor, siempre en principio poco peligroso, debido a su ancianidad o minusvalía física¹⁴⁸⁵. El encargado de la custodia no sería otro sino el director, un alto funcionario de la administración estatal, de absoluta confianza. Bajo los iconoclastas, de hecho, este xenodocos sampsonita era el primero entre sus homólogos, acaso recibido en la Navidad delante

¹⁴⁸¹ *Vida de San Sampsón*, Halkin, p. 10.

¹⁴⁸² *Vida de San Sampsón*, Halkin, p. 16. Señalado por Miller, 1990, p. 117, n. 71.

¹⁴⁸³ Schlumberger, 1884, p. 154. Reproducidos en Constantelos, 1968, p. 194.

¹⁴⁸⁴ *Vida de San Eutimio*, Gouillard, p. 41.

¹⁴⁸⁵ Al respecto, Miller, 1990, p. 118, con los ejemplos.

del resto por el emperador en el Crisotriclinos y también encabezando la procesión del Domingo de Ramos. Cabe dudar de que llegara a perder su preeminencia tras la aparición del Xenón de Teófilo, hospital que seguía siendo destacado con los macedonios¹⁴⁸⁶. Menos certidumbre hay sobre si alguna vez tuvo el funcionariado del Sampsón la atribución de inspeccionar al resto de instituciones filantrópicas. A veces parece que el antes citado orfanotrofos, oficial que siempre encabezó las recepciones palatinas y desfiles de naturaleza civil¹⁴⁸⁷, fue el encargado de ello, con su amplio plantel de ayudantes radicados en el gran orfanato de San Pablo¹⁴⁸⁸, pero los datos no son concluyentes.

2.- El xenón de Teófilo (Ξενών τοῦ Θεοφίλου)

El más destacado establecimiento sanitario que cabe estar seguro se erigió en época iconoclasta sería el denominado “Xenón de Teófilo”¹⁴⁸⁹. Sabemos que estaba ubicado en la región intramuros del Zeugma, en la zona media de la rivera sur del Cuerno de Oro, sobre una colina¹⁴⁹⁰. La protohistoria del lugar habría comenzado en tiempos de Constantino I el Grande, cuando supuestamente se erigió en el mismo lugar una “casa de prostitución”. Así lo asegura el *Patria Constantinopoleos*¹⁴⁹¹, que añade la

¹⁴⁸⁶ Vid. *supra*.

¹⁴⁸⁷ Sobre la cuestión, vid. Constantelos, 1968, pp. 241-256 y, sobre todo, Miller, 2003, *passim*.

¹⁴⁸⁸ Sobre el Orfanato de San Pablo, vid. Janin, 1969, pp. 567-568.

¹⁴⁸⁹ Al respecto, vid. Janin, 1969, pp. 571-572 y Constantelos, 1968, p. 196.

¹⁴⁹⁰ *Patria*, Preger, II, p. 185.

¹⁴⁹¹ *Patria*, Preger, II, p. 185. Parecida versión en Simeón Magister, Bekker, pp. 645-646 y Jorge Monje, Bekker, p. 809.

primera muda hacia *domus* señorial por parte de un tal Isidoro, acaso uno de los senadores romanos que acompañarían al emperador cuando decidió fundar una “Nueva Roma” en el Bósforo. Tras la muerte del magnate, y en modo no inusual entonces, se reconvertiría a monasterio de meretrices redimidas¹⁴⁹² o, como Simeón Magister¹⁴⁹³ matiza, en un reformatorio para chicas de buena familia. Así se mantendría, según la misma fuente, hasta que León III lo transforma y dota como xenodoqueion (ξενοδοχεῖον). En tal función llegaría al año 797, cuando una vez privado de la vista, Constantino VI es recluido entre sus paredes, a modo de cárcel “domiciliaria”.

Del breve párrafo que nos ha dejado la fuente, cabe inferir que el lugar restaba como “sanatorio”, al margen de que su interno más distinguido fuera el desgraciado príncipe, quien sin duda ninguna requeriría cuidados especiales el resto de los días¹⁴⁹⁴. Empero, una vez fallecido, la viuda lo retornaría a claustro femenino¹⁴⁹⁵, donde ella misma iba a profesar hasta el final, con el significativo nombre de “Monasterio de la Penitencia” (Μονὴ τῆς Μετανοίας)¹⁴⁹⁶. No parece haber tenido un buen soporte económico, porque apenas tres décadas después se hallaba en un lamentable estado, con la estructura al borde del colapso. En ese momento, Teófilo decide volver a la situación que había bajo el primer iconoclasmo, es decir la de un centro

¹⁴⁹² Jorge Monje, Bekker, p. 809.

¹⁴⁹³ Simeón Magister, Bekker, p. 645

¹⁴⁹⁴ Posiblemente, Constantino VI no tardó en morir tras la cruel opacificación de las córneas que sufrió el 19 de agosto del 797, en presencia de su madre, la emperatriz Irene. Al final reposaría en el Monasterio de Santa Eufrosina de los Campos, cerca de la muralla urbana. Al respecto, vid. Brooks, 1900, *passim*.

¹⁴⁹⁵ Simeón Magister, Bekker, p. 646.

¹⁴⁹⁶ Sobre el monasterio vid. Janin, 1969, pp. 263 y 332.

médico, trasladando las monjas a otro paraje. El nuevo edificio apunta haber sido monumental y espléndido¹⁴⁹⁷, con una lucida ornamentación, al grado de rivalizar con el de Sampson, que hasta entonces había sido el más impresionante xenodoquio¹⁴⁹⁸. Además, se le otorgaron privilegios y exenciones fiscales, a la par que dotaban con generosos recursos, tanto en monetario como asignando la renta de tierras estatales para asegurar su futuro de nosocomeion universal y gratuito¹⁴⁹⁹. Al sentir de Miller¹⁵⁰⁰, la fundación teofiliana venía a proclamar el retorno de la grandeza y prosperidad de los tiempos justinianeos.

Sea como fuere, el Xenón de Teófilo parece haber nacido para servir como núcleo y paradigma de una renovada asistencia pública, acaso representando la cima del organigrama que llamaremos “iconoclasta” de la sanidad pública. A ello contribuye la sospecha de que el emperador no sólo levantó un formidable centro asistencial sino también una “dirección” instalada en él. Así entendemos la preeminencia que se concede a su xenodocos en las ceremonias, incluso saltando el tradicional respeto por la antigüedad en Bizancio, hasta el grado de convertirlo en algo similar a un “inspector general de xenones”. Podría ser una interpretación plausible al complejo párrafo del *De Ceremoniis*¹⁵⁰¹ en el que se citan todos estos funcionarios “sociales”, encabezados por el orfanotrofos. Desde luego, el empeño del último emperador iconoclasta llegó a buen puerto, porque el

¹⁴⁹⁷ Jorge Monje, Bekker, p. 209.

¹⁴⁹⁸ Miller, 1990, p. 119.

¹⁴⁹⁹ *Patria*, Preger II, p. 185

¹⁵⁰⁰ Miller, 1990, p. 119.

¹⁵⁰¹ *De Ceremoniis*, Reiske, I, pp. 171-177.

xenón que perpetuaría su nombre se convirtió en uno de los más importantes del Imperio, por encima de la *damnatio memoriae*. Su director, el “xenodocos del Teófilos” estaba entre los de más elevado rango y tenía el privilegio de portar el cuarto lábaro (βῆλον δ´) en la procesión de Domingo de Ramos¹⁵⁰². Ciertamente, no conocemos la duración del hospital teofiliano aunque apunta haber sido prolongada. Constantelos y tampoco Miller ni Janin se atreven a afirmar nada al respecto, pero Magdalino¹⁵⁰³ ha sabido ofrecer una muy verosímil alternativa, estableciendo continuidad con el Xenón del Pantocrátor, del que se conservan numerosas referencias.

La localización del inmueble en un concreto espacio del barrio del Zeugma (τὸ Ζεῦγμα)¹⁵⁰⁴ sería acaso el más significativo dato para soportar la hipótesis. A juzgar por las descripciones, se trataba de un lugar dominante, con una excelente vista panorámica y donde corría la brisa saludable del mar, a poca distancia de la ruta intramuros del litoral querático¹⁵⁰⁵. Janin¹⁵⁰⁶ y Constantelos¹⁵⁰⁷ lo identificaban con el solar actual de la Mezquita de Solimán, en tanto Magdalino¹⁵⁰⁸ viene a fijarlo en el mismo que después ocuparía la célebre institución juanina. Es importante subrayar que la meseta donde en la actualidad se yergue la impresionante Suleymaniye representa la constantiniana tercera colina de la ciudad, y no parece la más en concordancia con lo expuesto. En principio, porque hasta allí en absoluto

¹⁵⁰² *De Ceremoniis*, Reiske, I, p. 172.

¹⁵⁰³ Magdalino, 1996, pp. 46-47.

¹⁵⁰⁴ Sobre el Zeugma, Janin, 1964, pp. 441-442.

¹⁵⁰⁵ *Patria*, Preger, II, p. 185.

¹⁵⁰⁶ Janin, 1969, p. 559, Janin, 1964, pp. 403-404.

¹⁵⁰⁷ Constantelos, 1968, p. 196.

¹⁵⁰⁸ Magdalino, 1996, pp. 46-47 y Magdalino, 2013b, pp. 34-36.

resulta fácil el acceso si se marcha por el camino ribereño en dirección a Blaquernas. Después, porque sabemos que la región zeugmática no englobaba las alturas, que ya se correspondían con las denominadas *Constantianas* (αἱ Κωνσταντιαναί)¹⁵⁰⁹.

De otra manera, también resultaría harto chocante que ningún documento señalara un rasgo topográfico tan señalado, a saber, la ubicación en la cota más pronunciada de la ciudad¹⁵¹⁰. Sin duda se tendría, y aún hoy es así, una buena perspectiva del Bósforo, pero no podríamos afirmar que estuviera en el Zeugma ni alejado del corazón urbano. La opción restante sería la loma que se opone desde el oeste, cerca del inicio de los arcos del Acueducto de Valente, justo donde están visibles todavía unos impresionantes muros de contención que los especialistas han datado de tiempos protobizantinos¹⁵¹¹. Son, en efecto, los cimientos de la Mezquita Zeyrek, vestigio del que fue Monasterio del Pantocrátor, entidad cuya memoria nunca se perdió y que las fuentes también precisan se encontraba en el Zeugma.

Tan afamado monumento, por ende, se alza sobre una plataforma muy anterior que sin duda sostuvo alguna fábrica de tanta o mayor envergadura. Es muy probable que justo al norte de las remanentes tres iglesias se encontraran antaño las salas del nosocomio, sobre la hoy conocida como

¹⁵⁰⁹ Sobre las *Constantianas*, una región muy extensa que llegaba hasta la plataforma de los Santos Apóstoles y flanqueaba el Zeugma desde el interior, vid. Janin, 1964, pp. 372-373.

¹⁵¹⁰ Sobre esta colina se habría alzado posteriormente el Monasterio del Cristo Pantepoptes (“Cristo que todo lo ve”), al sentir de Mango, 1999, *passim*.

¹⁵¹¹ Sobre esta cisterna subterránea que dataría del siglo V o VI y estaría en conexión con el sistema hidráulico principal de la ciudad, vid. Mamboury, 1953, p. 69 y Crow, 2007, pp. 258-259. Una puesta al día reciente en Wolford, 2012, pp. 18-26.

VESTIGIOS DEL MONASTERIO Y DEL XENÓN DEL PANTOCRÁTOR

EN EL ACTUAL ZEYREK



Fig. 69. 1. Muro bizantino de soporte para la plataforma. 2. Cisterna Unkapani. 3. Edificios modernos (restaurante y oficinas de la Seguridad Social). 4. Muro de cimentación bizantino. 5. Jardín. 6. Iglesia de Santa María Eleousa (de la Piedad). 7. Capilla de San Miguel. 8. Iglesia del Cristo Pantocrátor. 9. Agiasma bizantino. 10. Cisterna bizantina sin nombre. 11. Muro de cimentación bizantino.

El gran Xenón de Teófilo, acaso heredero del Xenón de León III, podría haber ocupado el amplio espacio que resta entre las actuales templos y los muros de contención bizantinos, al igual que más tarde el del Pantocrátor. En este supuesto, la fundación de los Comneno no sería verdaderamente nueva, sino una "refundación", algo que sabemos fue muy habitual en Bizancio.



Fig. 70. Aspecto actual del complejo de iglesias del Pantocrátor en Constantinopla. La instantánea está tomada desde el valle entre la tercera y cuarta colina bizantinas, en el entorno de la muralla marítima del Cuerno de Oro. Se correspondería al antiguo camino que desde la región central llevaba hacia las Blaquernas y la elevación se corresponde bien con las descripciones relativas al Xenón de Teófilo.



Fig. 71. Restos de muros bizantinos a la altura de la iglesia septentrional. Podría ser un exonártex desaparecido pero la fábrica parece mucho más antigua que el conjunto cenobítico comneno. Cabe especular con la posibilidad de que se trate de algún vestigio del xenón.

A. Obverse: A simple cross surrounded with four stars.



Reverse:



+
 ΤΟΥΟC
 ΙΟΥCΑ
 ΜΩ

Τοῦ ὁπίου Σάμψω.

Eighth Century

Fig. 72. Sello de un xenodocos o director del Xenón de Sampsón, recogido en la colección de Gustav Schlumberger. En el anverso se puede distinguir la cruz, tan propia de los iconoclastas, sin invocación a los santos ni a la Virgen María. Ref. Schlumberger, 1884.



+ ΚΕ ΒΟΗΘΕΙ ΤΩ CΩ ΔΟΥΛ'(ω)

Reverse: Inscription, "Manuel, imperial protospatharios, inspector [or director] of the xenodocheion of Nicaea."



+ ΜΑΝΟΥΗΛ Β'(ασιλιτω) Α'CΠΑΘ'(αριτω),

ΕΠΙ ΤΟΝ ΟΙΚΙΑΚΟΝ S ΞΕΝΟΔΟΧ[ω] ΝΙΚΕΑC

Tenth–Eleventh Century; Collection Sorlin–Dorigny

Fig. 73. Sello de Manuel, xenodocos o director del Xenón de Nicea que ostentaba la dignidad de Protospatario. Se data del siglo X/XI y pertenece a la colección Sorlin-Dorigny. No obstante, la presencia de una cruz latina y la falta de invocación a ningún santo sugiere igualmente una cercanía al periodo iconoclasta. Ref. Schlumberger, 1884.

B. Seal of Sabas, the Humble Xenodochos (Xenon Unknown).

Obverse: Bust of the Mother of God wearing the medallion of Christ, with the prayer, "Theotocos help," around the edge.



ΘΕΟΤΟΚΕ ΒΟΗΘ' (ε:) ΤΩ ΚΩ [ΔΟΥΛΩ]

Reverse: Inscription, "Sabas the humble xenodochos."



CABA ΕΛΑΧΙΣΤΟ ΕΝΟΔΟΧΟΥ (sic)

Tenth–Eleventh Century; Collection Schlumberger

Fig. 74. Sello de Sabas, xenodocos de un xenón sin precisar que se declara "humilde". Datado también del siglo X/XI muestra ya la efigie de la Teótochos o Madre de Dios, a quien solicita ayuda. Ref. Schlumberger, 1884.

C. Seal of Epiphanius, Director of the Xenon of Loupadiou in Constantinople.

Obverse: Monogram of the cross, with the prayer, "Theotocos help," interspersed.



ΘΕΟΤΟΚΕ ΒΟΗΘΕΙ

ΤΩ ΚΩ ΔΟΥΛΩ

Reverse: Inscription, "Epiphanius, imperial cubicularius and xenodochos of Loupadiou."



ΕΠΙΦΑΝΩ Β' (ασιλ:υω) ΚΩΒΙΚ' (ουλαριω) [S]

ΕΝΟΔ' (ουλω) ΤΩ ΛΟΥΠΑΔΙ[Ω]

Eighth–Ninth Century; Collection Sorlin–Dorigny

Fig. 75. Sello de Epifanio, xenodocos del Xenón de Loupadiou en Constantinopla. Seguramente se trataba de una institución de tamaño medio. Se pide la intercesión de la Teótochos y es designado como cubiculario, lo que implica una dependencia directa del Gran Palacio. Ref. Schlumberger, 1884.

Cisterna Unkapani¹⁵¹². Bien cabrían allí las salas y resto de dependencias que conocemos por el *Tipicón*¹⁵¹³ y que podrían haber alojado hasta 61 enfermos internos, distribuidos en cinco “órdenes”. Hablamos del que se dedicaba a traumatología, otro para “agudos” más oftalmología y digestivo, dos más ocupados por “crónicos” y un último reservado a mujeres¹⁵¹⁴. En efecto, si esta teoría fuera correcta, el Hospital de Irene Piriska y Juan II Comneno tampoco sería una institución totalmente nueva, renovarían aquella de León III y Teófilo¹⁵¹⁵. La pareja imperial comnena se habría empeñado en rehabilitar, bien que desde los cimientos, una arcana institución, acaso aún en funcionamiento, y se apropiaría del nombre para la posteridad. Sabemos que semejante fenómeno fue muy usual en Bizancio, aplicado en todas las épocas.

Bien es cierto que, desde el punto de vista legal, el Xenón de Teófilo y el Xenón de Irene/Juan fueron muy dispares. Los dos estaban libres de la supervisión patriarcal, pero mientras el sirio-amoriano era propiedad del Estado y se administraba por un gerente y funcionarios estatales, el comneno era propiedad personal de los emperadores y se regía solo por su propio *staff*, sin ninguna conexión con la ya disminuida por entonces burocracia del Gran Palacio¹⁵¹⁶. El objetivo era el mismo, pero se corresponden a dos momentos históricos muy distintos: el *medio* en plena vigencia de

¹⁵¹² Wolford, 2012, p. 26.

¹⁵¹³ *Tipicón del Pantocrátor*, Gautier, 1974.

¹⁵¹⁴ Al respecto, vid. Codellas, 1942, *passim*, y, sobre todo, Miller, 1997, pp. 12-29 y 149.

¹⁵¹⁵ Curiosamente, un ambulatorio de la sanidad turca funciona justo al lado de Zeyrek Çamii, dando servicio al barrio que se correspondería con el bizantino Zeugma, a nuestro sentir. Al respecto, vid. Aguado, 2007, pp. 302-309.

¹⁵¹⁶ Miller, 1997, p. 106.

un vigoroso estatalismo centralista frente al *tardío* donde comienzan a prevalecer los modos occidentales feudalizantes. No en balde, les separan tres largos y densos siglos donde se producen notables transformaciones político-ideológicas y sociales.

Los medios y pequeños xenones bajo la iconoclastia

Sabemos que viejos y nuevos xenones/nosocomiones “privados” o “eclesiásticos” existieron durante los decenios iconoclastas, particularmente en las provincias. Las fuentes recogen al menos cuatro entidades, que se desarrollaron *de novo* con toda seguridad entre mediados del siglo VIII a inicios del IX y que, desde luego, apuntan no haber sido los únicos. El primero sería aquél erigido y dotado con recursos propios por Andrés, metropolitano de Creta, en torno al año 740. A la sazón, volvía a su tierra natal procedente de Constantinopla, tras dirigir allí ya un orfanato y una casa de pobres¹⁵¹⁷. Tal entidad parece que se enmarcaba en un ambicioso programa de mejoras sociales para la isla y sabemos que continuó activo tras la muerte del fundador¹⁵¹⁸, mantenido por el obispado y al amparo de las leyes que le eximían de cargas. El segundo habría sido empresa del también arzobispo Teofilacto de Nicomedia, quien lo levantaría hacia el 830 adyacente a la Iglesia de los Santos Cosme y Damián¹⁵¹⁹. Este nosocomio de dos plantas,

¹⁵¹⁷ Citado por Constantelos, 1968, pp. 127 y 168-169. También Miller, 1997, p. 111

¹⁵¹⁸ *Vida de San Andrés de Jerusalem*, Papadopoulos-Kerameus V, p. 176.

¹⁵¹⁹ Constantelos, 1968, pp. 169-170, con las referencias a las fuentes.

del que se dice explícitamente que ejercían médicos y enfermeras, llegaría a ser el mejor en la ciudad y uno de los más reconocidos del Imperio¹⁵²⁰. El tercero podría responder a la inquietud social del acaudalado laico Filentolos “hijo de Olimpio”, que transformó su propio hogar, suponemos una enorme mansión, en hospital¹⁵²¹. Hablamos de la ciudad de Constancia, también en Chipre, comarca donde el personaje poseía una generosa hacienda y muchos barcos mercantes. Su fortuna y los beneficios que se obtuvieran de tales medios se habrían legado en testamento para el sostenimiento del xenón¹⁵²². El cuarto también derivaría del bondadoso espíritu de otra rica hacendada, en este caso la viuda del célebre Filareto el Misericordioso. Al retornar de la capital, sabemos que aquella gran dama, llamada Teosebo, costea la construcción de diversos hospitales en su “patria” de origen¹⁵²³.

Podría ser sólo una casualidad, pero resulta que al analizar el cuarteto señalado se observa una clara distinción en parejas. Por un lado están los clérigos, que resultan ser ambos firmes partidarios de la iconodulia. De hecho Andrés de Creta y Teofilacto de Nicomedia pasan por ser “confesores” virtud a su resuelta defensa de la veneración debida a los iconos. Por otro están los laicos, de quienes ya no cabe estar tan seguros, mientras por contra algunos rasgos vienen a sugerir una vocación ideológico-religiosa opuesta a los precedentes. Ciertamente, podemos sospechar que tanto Filentolos como Filareto y Teosebo responden al arquetipo de “santo iconoclasta”, alguien que no hace milagros, que busca la mejora de sus semejantes

¹⁵²⁰ *Vida de San Teofilacto*, Vogt, p. 75.

¹⁵²¹ Constantelos, 1968, p. 169

¹⁵²² *Sobre Filentolos*, Halkin, p. 62.

¹⁵²³ *Vida de San Filareto*, Fourmy/Leroy, pp. 164-167.

desfavorecidos con medios terrenales y no se aísla de la sociedad en un misticismo estéril¹⁵²⁴. Del primero, el relato edificante que nos ha llegado deja buena prueba de tal condición. Si por un lado se elogia su “caridad”, del otro se vitupera su “vicio”, referencia al hecho de continuar viviendo rodeado de comodidades, de sexo (πορνεία) y, en suma, participando de la vida ordinaria¹⁵²⁵. El anónimo hagiógrafo no puede más que dejar al buen Filentolos en el *limbus puerorum*, libre de las llamas del infierno pero suspirando sin poder alcanzar el cielo. Ello conforme a la visión de un asceta al que los obispos isleños recurren para llegar a saber cual pudo ser el destino del alma de aquel personaje ambiguo y hasta contradictorio, a su criterio. En cuanto a Filareto y esposa, el análisis de Auzépy¹⁵²⁶ nos permite dar por cierto lo sugerido. Es un matrimonio que nunca se separa ni profesa, tienen hijos y mantienen la actividad social-productiva lo largo de toda su vida. Hasta evocan la sentencia de san Pablo¹⁵²⁷ respecto a que “el que no trabaje que no coma”¹⁵²⁸. Los milagros están ausentes, los méritos se refieren a obras de caridad y filantrópicas, dirigidas no hacia uno o pocos individuos sino para la sociedad en conjunto.

Al margen de cuanto desarrollamos, cabe añadir que de nuevo en este tipo de establecimientos “privados” pudo regir la norma enunciada para los grandes “estatales”. Los obispos, metropolitans y patriarcas, salvo en el caso de que ellos mismos fueran los titulares “mayoritarios”, quedaban excluidos

¹⁵²⁴ Para las características del “santo iconoclasta” vid. Auzépy, 1992, *passim*.

¹⁵²⁵ *Sobre Filentolos*, Halkin, p. 58.

¹⁵²⁶ Auzépy, 1994, *passim* y Auzépy, 1992, *passim*, esp. pp. 58-61.

¹⁵²⁷ II Tesalonicenses, 3, 10.

¹⁵²⁸ *Vida de San Filareto*, Fourmy/Leroy, pp. 117.

de ningún tipo de control efectivo. Desde luego, lo mismo se puede decir de cualquier supervisión que pretendiera llevar a cabo el Estado. Es evidente que la Novela 120 de Justiniano I ya no estaba vigente¹⁵²⁹. La *Sinopsis Mayor de las Basílicas* permite asegurar que la ley había desposeído, bastante antes del siglo IX, a los prelados y la burocracia de cualquier jurisdicción real sobre las fundaciones privadas¹⁵³⁰. Por entonces los xenodocos y cartularios de tales entidades, nombrados por los “titulares de la propiedad”, podían comprar y vender, alquilar o intercambiar con otros las propiedades del hospital, sin que nadie pudiera objetar nada. En tiempos de la dinastía comnena ocurría lo mismo, ahora en un sistema donde todo se dejaba en manos de la iniciativa de los potentados. Las condiciones de la fundación del Xenon de Ainos por el príncipe Isaac, entre otros, lo deja bien de manifiesto¹⁵³¹.

Actividad de los xenones bajo la iconoclastia

Ya hemos señalado que desde las monografías de Constantelos¹⁵³² y de Miller¹⁵³³, no cabe el escepticismo respecto a una asistencia sanitaria por facultativos, ejercida en los xenones bizantinos. Las apreciaciones pesimistas de Horden¹⁵³⁴ apenas modifican lo esencial de la hipótesis que

¹⁵²⁹ Miller, 1997, p. 106.

¹⁵³⁰ Miller, 1997, p. 108, con las referencias.

¹⁵³¹ Miller, 1997, p. 106.

¹⁵³² Constantelos, 1968, *passim*.

¹⁵³³ Miller, 1997, *passim*.

¹⁵³⁴ Horden, 2006, *passim*, desplegando un notable hipercriticismo y silenciando un numeroso grupo de noticias esenciales al respecto.

ambos eruditos ofrecieron en la segunda mitad del siglo pasado. De hecho, los datos apuntan a que esa actividad era la principal allí desarrollada, laborando médicos, enfermeros y diversos auxiliares¹⁵³⁵. El cronista Cinnamo¹⁵³⁶ lo afirma sin ambages: “para quien lo desee, es posible tomar estas medicinas de los nosocomios públicos, los que habitualmente son llamados xenones”. Otras fuentes principales que lo avalan serían la *Vida de San Sampson*, el *De Aedifices*, los *Milagros de San Artemio* y el *De Ceremoniis*, aunque no son las únicas¹⁵³⁷. Aún más, la atención que se recibía en estos centros con toda seguridad era de alto nivel. Así cabe deducir de las noticias que aportan los *tactika* y, para lo que se refiere a la práctica diaria, ciertos relatos hagiográficos. Al respecto, resaltaríamos el hecho incuestionable de que incluso los más acomodados y hasta miembros de la familia imperial acudían a ellos, acaso para intervenciones determinadas¹⁵³⁸. Insistiremos en que el escepticismo de algunos autores¹⁵³⁹, basado en un puñado de anécdotas que extrapolados podrían hasta poner en duda el nivel de los hospitales actuales, no es digno de tener en consideración.

Bien parece que en tiempos de Justiniano I el Grande, augusto legislador, la realidad de un número elevado de albergues basilianos en el Imperio, muy heterogéneos, y de unos “médicos de la ciudad” (*medicis publicis / ἀρχιατροί*

¹⁵³⁵ Miller, 1997, p. 91 y 152-155.

¹⁵³⁶ Cinnamo, Meineke, p. 190.

¹⁵³⁷ Revisión de estas fuentes en Miller, 1997, *passim*. El *corpus* de epigrafía también aporta alguna prueba sobre la temprana existencia de estos “médicos de xenones”, por más que no lo fueran en carácter de exclusividad. Se reporta el epitafio de un tal Teodoro, encontrado en Eucaíta del Ponto, datable del siglo V. Al respecto, vid. Samama, 2003, p. 37 y n. 34, con las referencias.

¹⁵³⁸ Ejemplos aportados en Miller, 1990, pp. 116ss. y Miller, 1999, pp. 325-326.

¹⁵³⁹ Por ej. Nutton, 1986, *passim* y Horden, 2006, *passim*.

τῆς πόλεως) actuando en paralelo, imponía regular el funcionamiento de ambos. Como antes hemos señalado, los datos conocidos sugieren que de alguna manera procuró su enlace, para que sumaran esfuerzos y mejoraran capacidades. Es probable que comenzara a separar los archiatros de la jurisdicción municipal¹⁵⁴⁰ para ubicarlos en el *staff* de los xenones, una audaz medida que implicaba consecuencias de profundo calado¹⁵⁴¹. Por un lado se incorporaba la mejor asistencia facultativa disponible, el *top echelon*¹⁵⁴², a los viejos establecimientos que ideara el obispo Basilio en Capadocia. De otra manera, los galenos se encontraban con un lugar de trabajo apropiado, libre de gastos, amén de una ingente y variada clientela de enfermos. Desde ese momento crucial del siglo VI, Bizancio se dota de un sistema de salud nuevo, al servicio de la población sin distinguir raza, cuna, medios o padecimiento. Además, se aseguraba la calidad, por mor de la calificación del personal y el confort físico.

Sabemos que este “sistema hospitalario”, docente y asistencial, es copiado sin demora en Persia, mantenido por la comunidad llamada “nestoriana”, no en balde de origen bizantino, con sus principales centros en Nisibe, Jundîshâbûr y Ctesifonte¹⁵⁴³. Dos siglos más tarde se reproducirá en Bagdad y algunas comarcas del territorio árabe-musulmán¹⁵⁴⁴, aunque

¹⁵⁴⁰ Sería la explicación más plausible a la medida “denunciada” por Procopio, *Anécdota*, Dewing, pp. 302-303, acusando al emperador de retirar los sueldos que recibían los médicos públicos.

¹⁵⁴¹ En contra, Horden, 2006, pp. 64-65, que recuerda la ausencia de legislación que lo ratifique. Aporta algunos ejemplos de archiatros que compatibilizan el ejercicio como “públicos” y xenónicos, pero ello no es óbice, a nuestro juicio, para advertir una ocupación del xenón por parte de estos “médicos primeros”.

¹⁵⁴² Miller, 1997, p. 91.

¹⁵⁴³ Al respecto, Le Coz, 2004, pp. 37-52 (Nisibe) y 53-66 (Jundîshâbûr).

¹⁵⁴⁴ Le Coz, 2004, p. 35. Sobre el origen de los hospitales musulmanes, vid. Dols, 1987, *passim*.

ciertamente no serían los primeros bajo los califas. Sin duda alguna, aquellos “bimaristanes” que los conquistadores, apenas recién convertidos al Islam, habían encontrado en ciudades como Damasco o Jerusalem fueron respetados¹⁵⁴⁵.

Está claro que la actividad justiniana no se limitó a las leyes, también mejoró los establecimientos e incorporaría otros más o, como sería habitual en Bizancio, renovó desde los cimientos algunos anteriores. Estos últimos, la propaganda oficial se encargaría de encuadrarlos en una lista de “nuevos”. Así debemos entender su protagonismo en el Cosmidión, señalado por el *De Aedificiis*¹⁵⁴⁶ y en la *Vida de los Santos Cosme y Damian*,¹⁵⁴⁷ construyendo otros edificios, baños y una sala para cirugía. Pero el establecimiento, no conviene olvidarlo, era ya un célebre *hospital dreams*¹⁵⁴⁸ levantado por el *magister officiorum* Paulino en tiempos de Teodosio II sobre una colina al fondo del Cuerno de Oro, no lejos del barrio de Blaquernas¹⁵⁴⁹. En el complejo se combinaban la *incubatio cristiana* (oniricoterapia) y una verdadera asistencia técnica, a juzgar por lo relatado en los *Miracula* de los Anargiros¹⁵⁵⁰. Otro caso similar, aunque basado en las propiedades de ciertas “aguas sanadoras”, fue el de Zoodocos Pege (Ζωοδόχος Πηγῆ). Aquella

¹⁵⁴⁵ Le Coz, 2004, p. 99. Sobre los hospitales árabes, vid. Leclerc, 1876, I, pp. 558-576.

¹⁵⁴⁶ *De Aedificiis*, Dewing, p. 63.

¹⁵⁴⁷ *Vida de los Santos Cosme y Damian*, Deubner, (14) pp. 135-136 y (15) pp. 174-175.

¹⁵⁴⁸ Sobre estos *hospital dreams* vid. Miller, 2013, *passim*.

¹⁵⁴⁹ Los vestigios del Cosmidión posiblemente se encuentran en una loma a cierta distancia y por encima del emplazamiento actual de la Mezquita de Eyub. Agradecemos al profesor Haluk Çentinkaya, de la Universidad Mimar Sinán de Estambul, y al erudito Selçuk Erecun el habernos ofrecido esta información y acompañado para observar algunos subasamentos, incluida una cisterna, que seguramente pertenecieron al complejo de edificios bizantino.

¹⁵⁵⁰ Al respecto, López Salvá, 1997, *passim* y Miller, 2013, pp. 201-206, con las referencias a las fuentes.

“Fuente dadora de Vida” era un agiasma también extramuros, frente a la Puerta de Silivri, que habría cobrado vida en tiempos de León I Tracio (457-474)¹⁵⁵¹. Ampliado con gran esmero por Justiniano I el Grande¹⁵⁵², acaso utilizando el material sobrante de la gran basílica sofiana¹⁵⁵³, parece que en época iconoclasta continuaba su tarea como sanatorio de raíz místico-mágica pero con inequívoco apoyo facultativo. Al igual que en otros similares, la racionalidad se basaría en la actuación subordinada de ciertos médicos, posiblemente a sueldo de la comunidad de monjes titulares.

Cabe insistir en la neta separación que se puede establecer entre los xenones y estos otros “asclepeion cristianos”, estando los primeros libres de cualquier tipo de práctica supersticiosa y los segundos combinando con mayor o menor fortuna ambos recursos. No sería de extrañar que entre los iconodulos, estos últimos fueran de más estima o disfrutaran de mayor atención, mientras que los iconómacos, conforme al testimonio de Constantino V Caballinos, apuntan haberlos despreciado¹⁵⁵⁴. Ciertamente, el *Patria Constantinopoleos*¹⁵⁵⁵ señala que la piadosa Irene Ateniese debe reconstruir la basílica y resto de dependencias a resultas del daño causado por un temblor. Acaso se pueda enlazar este dato con la leyenda que hace de

¹⁵⁵¹ Janin, 1969, p. 224 con las referencias a las fuentes. El agiasma con los adyacentes templos, cementerio y hospital aún sobrevive, tras superar muchos y difíciles avatares. Sobre su aspecto actual, vid. Aguado, 2007, pp. 372-376.

¹⁵⁵² *De Aedificis*, Dewing, p. 41.

¹⁵⁵³ Al respecto, vid. Janin, 1969, p. 224. En el jardín del actual cementerio, amén de los cipreses que ya señalaba Procopio, aún se puede distinguir un colosal capitel en mármol de Proconesia con los anagramas de Justiniano y Teodora, similares a los que se encuentran en Santa Sofía (descripción y fotografía en Aguado, 2007, p. 375).

¹⁵⁵⁴ Vid. *supra*.

¹⁵⁵⁵ *Patria*, Preger, II, p. 260.

la emperatriz una paciente agradecida, por sanar de cierta “hemorragia” que resta por definir, tras permanecer entre sus muros y beber el agua milagrosa que allí manaba¹⁵⁵⁶.

Rasgos esenciales de la práctica sanitaria en los xenones

Asumida la realidad médica de los xenones bajo la iconoclastia, en línea a los tiempos precedentes y posteriores, se impone desarrollar las características del ejercicio ordinario en ellos, dividiéndolo en los sucesivos apartados de logística, personal, pacientes y enfermedades con sus métodos terapéuticos, elementos en definitiva constituyentes del mundo hospitalario.

1. Logística

No parece que los xenones bizantinos guardaran ningún patrón específico, tanto en la estructura como distribución de elementos, algo que también ocurre hoy mismo. Sabemos que, por lo general, tenían áreas de hospitalización y una o varias salas de curas o cirugía. También cocinas, almacenes, baños o termas y hornos para cocer el pan amén de hipocausto con el objetivo de calefactar el edificio. Tampoco faltaban jardines, huerto e incluso cementerio. Los nosocomios “libres” en el caso de estar cerca

¹⁵⁵⁶ ODB, p. 1008, con las referencias.

alguna iglesia parecen haber prescindido de capilla interior, en tanto los “ligados a un monasterio” se levantaban adyacentes al *catolicón*, siendo el Sampsón y el Pantocrátor paradigmas de cada tipo¹⁵⁵⁷. La división en secciones conforme a “especialidades” resta una incógnita, aunque algunos datos apuntan a que eventualmente se dio en separar ciertas habitaciones para la oftalmología. En los *Milagros de San Artemio*¹⁵⁵⁸ se cita una “puerta de los pacientes oftálmicos” (“...πλησίον τῆς πύλης τῶν ὀφθαλμικῶν), hablando del Sampsón, frase que obliga a tener en cuenta esa posibilidad, al menos para las instituciones más grandes. El caso del Pantocrátor debe hacer reflexionar sobre lo probable de una temprana “diversificación”, pues en el documento fundacional donde se aclaran las divisiones por grupos de patologías¹⁵⁵⁹, no se subraya que ello supusiera entonces ninguna novedad. Sea como fuere, dado que todo lo antes señalado aparece en fuentes previas, coetáneas y también posteriores a la iconoclastia, no resta más que admitir sin reservas que ello rigió de pleno en el periodo que consideramos.

2. Personal

De nuevo Miller¹⁵⁶⁰ es quien ha sabido poner de manifiesto la sorprendente similitud habida entre las plantillas hospitalarias de cualquier época en Bizancio, al menos desde Justiniano I el Grande hasta Juan II Comneno y aún tras superar la latinocracia, en el periodo paleólogo. El

¹⁵⁵⁷ Constantelos, 1968, p. 150.

¹⁵⁵⁸ *Milagros de San Artemio*, Papadopoulos-Kerameus, p. 26.

¹⁵⁵⁹ *Tipicón del Pantocrátor*, Gautier, pp. 82-85.

¹⁵⁶⁰ Miller, 1997, p. 152ss.

autor asegura que este perenne organigrama derivaría de la legislación justiniana, al menos en lo esencial. Cuando los archiatros desembarcaron en los xenones, se habrían hecho acompañar de sus habituales ayudantes, dejando fuera a los voluntariosos pero poco formados “socorristas”, tal que los *paralambanontes* (παραλαμβάνοντες) y *filopononīs* (φιλόπονωνί) de épocas precedentes¹⁵⁶¹. Los *Milagros de San Artemio*¹⁵⁶², con información relativa al Xenón de Cristodotes (Ξενών τὰ Χριστοδότης)¹⁵⁶³, reflejan que hacia el siglo VII existían “médicos titulares”, los conocidos *archiatros*, y también “médicos adjuntos” o acaso “enfermeros” en el sentido moderno, con la denominación de *hipourgōs* (ὑπουργοί). Los primeros tenían un curioso sistema de rotación mensual (“... τοῦ τὸν μῆνα ποιούτος ἀρχιατροῦ”), lo que les podría permitir una “privada” alternativa, desde luego mucho más rentable para su economía. También sabemos que estaban obligados a hacer una ronda diaria de visita a los ingresados (“... τῆς παρόδου γενομένης”), excepto los domingos y festivos. Los segundos parece que sólo podían ejercer en la institución y estaban obligados a realizar guardias nocturnas. Unos y otros se hallaban bajo la férula del xenodocos o del *curator*, los genuinos “gerentes” y responsables frente a la administración estatal o la *res privata*. Por debajo venían a realizar tareas elementales de ayuda los que designan como “sirvientes” o *hiperetās* (ὑπηρέται), entendemos que a modo de “auxiliares de clínica”.

¹⁵⁶¹ Miller, 1997, p. 153.

¹⁵⁶² *Milagros de San Artemio*, Papadopoulos-Kerameus, pp. 28-31. Señalado por Magoulías, 1964, p. 136.

¹⁵⁶³ Se trata de una institución fundada antes del siglo VII en un lugar relativamente céntrico, cerca de la Iglesia de Santa Anastasia, accesible desde la calle porticada de Domninos. Al respecto, vid. Janin, 1969, p. 563.

Ciertamente, para la época que nos ocupa tampoco falta información de primera mano, siendo acaso Teodoro Estudita, a través de su correspondencia epistolar, el mejor aporte. En su carta CLXII, dirigida al monje Teodoro¹⁵⁶⁴, el emisor nos habla de los *protarchos* (πρώταρχοι), suponiendo que se trata de los “primeros archiatros”, en apariencia un nuevo escalón dentro de ellos. Es posible que cada centro tuviera sólo uno, acaso equivalente al moderno “director médico”. Detrás se mantienen los archiatros, seguidos de los *mesos* (μέσοι) y aún más atrás los *teleutaios* (τελευταῖοι). Todos ellos, al decir del abad, se esforzaban en su quehacer “al servicio filantrópico de la humanidad” (“...τὴν φιλόανθρωπον δρῶντες οἰκονομίαν”).

Analizadas con detenimiento, debemos reconocer que la bien conocida “escala profesional” reflejada en el *Tipicón del Pantocrátor*¹⁵⁶⁵, viene a ser, para lo esencial, muy semejante. Ello sugiere una sorprendente, o quizás no tanto cuando hablamos de Bizancio, permanencia de siglos. El *protarchos*, los *archiatros*, los *mesois* y los *teleteutaios* del periodo iconoclasta serían equivalentes, respectivamente, al *primicerios* (πριμικήριοι) los *protomenitais* (προτομηνῖται)¹⁵⁶⁶, los *iatros ordinarios* (ὀρδίνοις ἰατρῶν) y los *perisois* (περισσοί) del periodo comneno. Añadiríamos que el xenodocos se llamaba al final *nosokomos* (νοσοκόμος)¹⁵⁶⁷ y ya era un ejecutivo totalmente independiente, sin tener que rendir cuentas ante ninguna administración, en

¹⁵⁶⁴ *Cartas de Teodoro Estudita*, PG 99, 1509.

¹⁵⁶⁵ *Tipicón del Pantocrátor*, Gautier, pp. 84-89.

¹⁵⁶⁶ Horden, 2006, p. 65, parece no aceptar que el protomenitais comneno se corresponda al archiatros tradicional. De hecho señala que los archiatros están ausentes en el Pantocrátor. Su discurso es confuso, pero parece olvidar la clara y comprensible variación de nomenclatura, con aumento de complejidad, habida desde el siglo VI al XII. También soslaya la, en cualquier caso, más que evidente continuidad de la medicalización en los xenones.

¹⁵⁶⁷ *Tipicón del Pantocrátor*, Gautier, p. 84 y n. 4.

consonancia con lo que hemos expuesto sobre la evolución de la gerencia xenónica. En base a la nomenclatura (el término significa “el que cuida a un enfermo”) nos arriesgaríamos a enunciar que por entonces tales gerentes ya se reconocían como dedicados en exclusiva a la actividad nosocomial o sanadora, sin relación alguna con la de hospicio o alojamiento caritativo.

3. Pacientes

Las referencias explícitas a la gratuidad y universalidad de los ingresos y tratamientos que se ofrecían en los xenones son muy numerosas y alejan cualquier sombra de duda. Está claro que nadie era rechazado y a ninguno se le exigía pago alguno. Como señala Miller¹⁵⁶⁸, las *Vitae*, los *Miracula* y también los *Tipica* son fuentes muy fecundas y fiables al respecto. Ello ya sabemos que nunca fue óbice para que los poseedores de medios hicieran algún regalo o donación graciosa al hospital¹⁵⁶⁹. Empero, es preciso resaltar que no todos los diagnósticos o intervenciones parecen haber estado libres de abonar nada. Los documentos, sin que terminen de ser explícitos, dejan entrever la realidad de terapéuticas “no ordinarias”, en particular la cirugía, que implicaban un pago, a veces muy elevado. Cabría hablar, pensamos, de un genuino “catálogo de prestaciones” disponibles y otro de naturaleza “privada”. El caso ya analizado del milagro 41 de San Artemio¹⁵⁷⁰ serviría

¹⁵⁶⁸ Por ej. Miller, 1990, pp. 123ss. y Miller, 1997, pp. 147-152.

¹⁵⁶⁹ Miller, 1990, p. 124

¹⁵⁷⁰ *Milagros de San Artemio*, Papadopoulos-Kerameus, pp. 68-71. La anécdota es subrayada por Magoulas, 1964, p. 132.

como ejemplo esclarecedor. Miller¹⁵⁷¹ ha reportado algunos otros testimonios, desde monjes que se desplazan hasta un xenón próximo y deben abonar la consulta, hasta ricos provincianos que llegan a Constantinopla desde lejanas tierras en busca de una cura que no encuentran en su origen y están dispuestos a pagar grandes sumas por ello, amén de lo gastado en el viaje y la estancia.

4. Métodos de tratamiento

Lo único admisible es considerar un ejercicio asistencial en los xenones, al igual que en los *iatreion*, conforme a la mentalidad hipocrático-galénica imperante¹⁵⁷². No en balde allí ejercían facultativos con esa formación y principios, en tanto que los testimonios sobre diversos “actos médicos y quirúrgicos” en ellos desarrollados son abrumadores. Bien es cierto que Horden¹⁵⁷³ ha querido poner en duda semejante certidumbre. Como ejemplo de la supuesta práctica religioso-mágica ofrece un malintencionado comentario de cierto místico persa llamado al-Hujwiri. Según el susodicho, algunos cánticos espirituales se utilizaban como terapia en los nosocomios de Bizancio. Pero al leer la cita aflora con claridad que el relator confunde

¹⁵⁷¹ Miller, 1999, pp. 325-327, con las referencias a las fuentes. El primer caso es el de un profesante en el Monasterio de San Mamas, cerca de la muralla urbana. Pide permiso y dinero a su abad para poder acudir a la consulta de un médico que ejerce en cierto xenón no muy alejado. El segundo ejemplo es el de una mujer de Trebisonda, en el extremo oriental de la costa del mar Negro, esposa de un espatarocandidato. Sufriendo un “tumor en el útero” y tras ponerse en manos de diversos médicos en su ciudad, se encamina hacia la capital y allí permanece durante un año, buscando remedio en gabinetes y xenones.

¹⁵⁷² Miller, 1997, p. 164.

¹⁵⁷³ Horden, 2006, pp. 68-70.

RESULTADOS

y exagera en beneficio del afán por adornar su sapiencia en “misticismo exótico”, frente a un auditorio que imaginamos no sabía nada del Imperio. Habla de cierto “angalyun”, referencia acaso a salmos evangélicos que se rezaban al modo ortodoxo, es decir en coro. Ciertamente esto ha sido algo habitual hasta no hace mucho tiempo en todo tipo de centros sociales; de hecho aún hoy es así en países como Grecia y otros de similar cultura. Pero se entiende que era una costumbre al margen de lo esencial, con toda probabilidad llevada a cabo en la correspondiente capilla o por iniciativa de los enfermos y auxiliares en el largo tiempo de espera. En verdad, si la presencia de muestras de fe en un hospital son señal inequívoca de “no estar medicalizado”, cabría decir que incluso ahora son muy pocos los que estarían.

Así pues, aceptando la racionalidad imperante en el xenón, podemos pensar en que el diagnóstico se basaría exclusivamente sobre el balance de los signos y síntomas, manejando ese conocimiento previo de localización *a capite ad calcem* y el juego fisiopatológico del equilibrio de humores. La uroscopia seguramente tuvo un papel esencial¹⁵⁷⁴ y el texto de Teófilo Protospatario pudo en ello conformar autoridad. En consecuencia, la terapéutica haría uso de la dieta y el aseo, los fármacos orales y baños termales, los purgantes y flebotomías, los artilugios y maniobras traumatológicas amén de la cirugía y hasta la psicoterapia¹⁵⁷⁵. La revisión de instrumental quirúrgico que es posible hacer desde la sinopsis de León Constantinopolitano serviría para evaluar la

¹⁵⁷⁴ Miller, 1997, p. 164.

¹⁵⁷⁵ *Ibid.*

capacidad quirúrgica de aquellos doctores¹⁵⁷⁶. Bliquez¹⁵⁷⁷ está convencido de que no hubo significativos cambios durante la iconoclastia en relación a las grandes autoridades del periodo temprano, como Pablo Egineta. En otro orden, también cabe subrayar el extremo respeto que parece haber imperado en relación a las siempre relevantes recomendaciones profilácticas. Sobre todo si tenemos en consideración el lamentable olvido que de ellas se hizo en el medievo occidental e incluso hasta épocas relativamente recientes. Es oportuno repetir la idea que Miller¹⁵⁷⁸ expresa, subrayando el contraste entre ese énfasis sobre la temperatura adecuada y limpieza de las salas en un xenón bizantino, sobre el testimonio de Teodoro Estudita¹⁵⁷⁹, por ende en plena iconoclastia, frente a la extrema frialdad y suciedad que aún dominaba dentro de los pabellones, atestados de camas y enfermos, del célebre policlínico Hôtel-Dieu de París en pleno siglo XIX.

— Medicina Militar

Al igual que el resto de instituciones castrenses, tanto de fuerza como logística, la medicina militar bizantina supondría una continuidad estricta de la tardo-romana. Hablamos de asistencia médico-quirúrgica y rehabilitadora

¹⁵⁷⁶ No tenemos constancia de que León Constantinopolitano haya ejercido nunca en un xenón, pero el instrumental que describe seguramente fue usado en una u otra forma de ejercicio. Una elaborada revisión de ese *instrumentarium* se ofrece en Bliquez, 1999, *passim*.

¹⁵⁷⁷ Bliquez, 1999, pp. 318-319.

¹⁵⁷⁸ Miller, 1997, p. 248, n. 16.

¹⁵⁷⁹ *Cartas de Teodoro Estudita*, PG 99, 1509.

RESULTADOS

amén de aquellas, no menos esenciales, relativas a la selección de reclutas, saneamiento ambiental e incluso desinsectación. Todas esas facetas parece que estuvieron de algún modo cubiertas en la fuerza armada de los emperadores de Oriente, entre las que rara vez se puede observar algún serio quebranto por razones sanitarias.

Cabe estar convencido de que los servicios habituales encargados, de nivel táctico y estratégico, se trasladaron intactos al nuevo despliegue tetrárquico-constantiniano y aún al justiniano. Más tarde apunta que igualmente se mantuvieran en lo esencial, desde los heráclidas a los macedonios, bien que con las modificaciones impuestas por la realidad de una nueva forma de guerra. Un texto tan reproducido siempre en Bizancio como el de Vegetio¹⁵⁸⁰, autor que habría vivido bajo Valentiniano II (375-392), sabemos que enfatizaba sobremanera la atención particular que hacia la *sanitatem militum* debía tener el mando.

Ciertamente, la misma idea se reitera siglos después en otro excelente manual de doctrina, como fue el de León VI, que apunta haber reproducido varios más precedentes, entre el que sobresaldría el célebre *Estrategicón de Mauricio*, todos sin excepción partícipes de la misma inquietud¹⁵⁸¹. En suma, adelantaríamos que la fuerza armada bizantina tuvo un cuerpo sanitario, herencia de Roma, conformado por profesionales que ejercían una “especialidad” en las duras condiciones propias de la guerra. Bajo la iconoclastia tales premisas parecen no haber sufrido merma alguna, más al

¹⁵⁸⁰ Vegetio, III, 2, Reeve, p. 67-68 (Quemadmodum sanitas gubernetur exercitus).

¹⁵⁸¹ *Táctica de León VI*, IV, 7; XII, 37-39 y 96; Dennis, pp. 50-51; 236-239 y 268-269.

contrario podríamos sospechar un fortalecimiento de esta genuina “sanidad militar”, siendo como fue una época de numerosos y difíciles conflictos bélicos, con emperadores muy atentos a las necesidades del ejército y la armada.

Consideraciones organizativas y logísticas de la medicina militar bajo la iconoclastia.

Las pruebas documentales más importantes, relativas a la permanencia del *servicio de salud militar* para el periodo protobizantino, serían los grandes códigos legales, el de Teodosio II el Joven y Justiniano I el Grande. Conforme al primero¹⁵⁸², sospechamos que la necesidad de facultativos en la milicia hacia el 384-386 continuaba siendo apremiante¹⁵⁸³. La exención de un tiempo mínimo de estancia en filas (“ad militiam minima comprehendit”) se reafirmaba para los médicos que ejercían en Roma, pero nada se extiende hacia el abundante resto, incluida Constantinopla y Alejandría. Gracias al segundo¹⁵⁸⁴, sabemos que para retenerlos se consideró oportuno ofrecer ventajosos incentivos, entre ellos el quedar exento de sostener y realizar trabajos públicos durante el servicio y aún después, si la permanencia en filas era prolongada. En ese último caso, los “médicos militares” ya retirados podrían equiparar su estatus al de aquellos aventajados “médicos

¹⁵⁸² *Código de Teodosio*, XIII, 3, 10, Mommsen, p. 743.

¹⁵⁸³ Comentarios al respecto en Garrison, 1970, pp. 67 y 78-79.

¹⁵⁸⁴ *Código de Justiniano*, X, 52 (53), 1-6, García del Corral, 5, pp. 578-579.

municipales” (archiatros) que gozaban de inmunitas, es decir estaban libres de pagar impuestos¹⁵⁸⁵. En el *Digesto*¹⁵⁸⁶ se vino a sumar el “derecho a compensación” (*jus restitutiones*), conforme al cual los galenos *milites* deberían ser indemnizados por cualquier daño material o fraude que hubieran sufrido mientras estaban ausentes por “razón del servicio a la república”.

Con todo lo expuesto, imaginamos la continuidad de los tradicionales empleos, acaso creados en tiempos de Augusto¹⁵⁸⁷, como los “médicos de legión” (*medici legionis*) o los “médicos de cohorte” (*medici cohortis*). Equivaldrían a las posteriores unidades, más reducidas y ágiles, designadas como *meros* y *tagma*, que apuntan igualmente haber tenido su dotación de doctores. Del mismo modo se podría asumir la pervivencia de los valetudinaria, con sus “médicos del castro” (*medici castrorum*), amén de los “médicos de la armada” (*medici duplicarius*). Seguramente ya no eran grandes establecimientos, dada la tendencia a la reducción en *turris* y *castella*, pero es de sentido común que tales fortificaciones contaban con sus propias enfermerías. Para las divisiones acuarteladas en grandes urbes, una tendencia manifiesta a partir del siglo IV, también cabe considerar el sostenimiento del apoyo sanitario. Así, al revisar los principales integrantes en la defensa de una plaza fortificada, el *Antipoliorcéticum*, fechado en tiempos teodosianos¹⁵⁸⁸, cita a los médicos como “habituales” entre el grupo logístico. Sabemos que en el Bajo Imperio todos estos sanitarios todavía

¹⁵⁸⁵ Guillermand, 1982, p. 117.

¹⁵⁸⁶ *Digesto*, IV, 6, nº 33; García del Corral, 1, p. 389 (“Los médicos de los militares, porque el cargo que ejercen beneficia al pueblo y no debe irrogarles perjuicio, pueden implorar el auxilio de la restitución”).

¹⁵⁸⁷ Garrison, 1970, p. 62.

¹⁵⁸⁸ Sullivan, 2003, p. 140.

tenían rango de suboficiales *principales*, “no comisionados”, entre los *immunes*, es decir aquellos exentos de combatir, realizar guardias y otros trabajos manuales¹⁵⁸⁹. Al igual que sucede ahora, sólo respondían ante el jefe de la unidad, bien el prefecto del campo (*praefectus castrorum*) o el tribuno de la legión (*tribunus legionis*). Ello, al margen de la subordinación que cabe imaginar pudiera haber entre los propios facultativos, de modo paralelo al orden civil, siendo en la milicia el llamado “médico titular” (*medicus ordinarius*) el superior de los galenos¹⁵⁹⁰. Ciertamente, ni en la epigrafía y tampoco en los textos abundan las referencias a dichos profesionales¹⁵⁹¹, pero en absoluto están ausentes. Amiano Marcelino¹⁵⁹², escribiendo hacia finales del siglo IV, cita a un tal Doro, antiguo médico del batallón de *escutarios* de la guardia imperial (*medicus scutariorum*), que era centurión en la cohorte pretoriana de Majencio. Más tarde, el cronista Procopio en su *Guerra Gótica*¹⁵⁹³ ha dejado testimonio del virtuosismo de un esforzado galeno llamado Teocteto, a la hora de abordar heridas complejas. Aparentemente formaba parte de un amplio y bien provisto grupo de “apoyo a la fuerza”, uno de cuyos integrantes podría haber sido el mismo Alejandro Trallense, donde fijó su última residencia¹⁵⁹⁴. Más tarde tendríamos como representante a quien pasa por ser el más ilustre cirujano del medioevo. Nos referimos a Pablo Egineta, que demuestra en sus escritos haber poseído, amén de audacia en las concepciones terapéuticas, una

¹⁵⁸⁹ Guillermand, 1982, p. 125.

¹⁵⁹⁰ Guillermand, 1982, p. 122.

¹⁵⁹¹ Garrison, 1970, p. 78.

¹⁵⁹² Amiano Marcelino, *Rerum Gestarum*, XVI, 6.

¹⁵⁹³ Procopio, *Guerra Gótica*, VI, 25-30, Dewing, pp. 304-305.

¹⁵⁹⁴ Mounier-Kuhm, 2006, p. 106.

gran habilidad manual y experiencia¹⁵⁹⁵. Hablamos, con toda certeza, de alguien que ejerció como cirujano de guerra durante largos años y en crudos conflictos¹⁵⁹⁶. Su excepcional obra manifiesta la vigencia de una profesión, la de médico militar, muy viva en el tiempo que estudiamos. Más aún, de los párrafos que nos ha legado cabe discernir el surgimiento y desarrollo de un importante cambio en los asuntos de la guerra y, por ende, en el enfoque de la actividad destinada a paliar sus horrorosas consecuencias.

En efecto, el panorama de la sanidad castrense podría haber mudado en el transcurso de las épocas justiniana y heráclida, para adaptarse a una nueva realidad bélica y otro esquema logístico más apropiado. El nervio marcial en Roma había encontrado su símbolo en los infantes y la legión, equivalente a una brigada, pero en Bizancio radicaría sobre los jinetes y corceles con armadura conocidos como *catafractos* (κατάφρακτος) y el *bandon* (βάνδον), similar al escuadrón¹⁵⁹⁷. Tal predominio del arma de caballería y la organización temática comportaron, a buen seguro, la aparición de los cambios que se evidencian en el llamado *Estrategicón de Mauricio*. Este “libro de ordenanzas” que probablemente escribió el general Filípico hacia el año 612-613, alguien que tuvo el mando operativo tanto en Oriente como Occidente¹⁵⁹⁸, testimonia la meticulosidad de la organización y las preocupaciones de orden sanitario-logístico que continuaban vigentes. Es de remarcar que los postulados muestran un notable grado de pragmatismo, tanto como para que se haya inferido el predominio del deseo

¹⁵⁹⁵ Remitimos a los epígrafes correspondientes en Fuentes y Prosopografía.

¹⁵⁹⁶ Mounier-Kuhn, 2006, pp. 106 y 274.

¹⁵⁹⁷ Gabriel, 2012, p. 196.

¹⁵⁹⁸ Soto Chica, 2012, pp. 629-638, esp. p. 640.

de eficacia sobre la propia filantropía o el altruismo¹⁵⁹⁹. No en balde, se advierte que la negligencia en estos aspectos sanitarios, hará que las tropas “se desmoralicen y no luchan bien en la batalla”. Además desemboca en la pérdida de valiosos guerreros que, con la atención precisa, podrían ser retenidos entre los activos¹⁶⁰⁰.

La principal novedad, acaso por ello desarrollada en el documento con cierto detalle, sería la implementación de un subgrupo propio de las recientes unidades tácticas, entre las que desde luego aún se mantienen las de infantería, en particular las integradas por *escutaratos* (σκουταράτος). Cada *bandon*, de 200 a 400 lanceros, o *tagma*, con cifra similar de hoplitas, debía contar con una sección de dos médicos, un práctico generalista y un cirujano, amén de 8-12 *deputati* (δεποτάτοι), hombres robustos encargados de rescatar heridos en el mismo campo de batalla¹⁶⁰¹. Es evidente que el soldado o caballero “acorazados” resultaba muy valioso, difícil de sustituir, de modo que curar sus lesiones para volver a la lucha se consideraba algo esencial. La norma establecía una recompensa de un *solidus* por cada hombre recuperado, cifra notable, encareciendo igualmente la recogida de las armas y enseres. A la par, estos “enfermeros a caballo” permitían que no se rompiera el eficiente orden de combate, evitando que en las sucesivas oleadas los camaradas desmontaran o se detuvieran para socorrer a quienes habían caído. Algo similar estiman cuando se les asigna la misión de despojar

¹⁵⁹⁹ Guillermand, 1982, p. 182.

¹⁶⁰⁰ *Estrategicón de Mauricio VIII*. 2, 43; Dennis, p. 86.

¹⁶⁰¹ *Estrategicón de Mauricio II*. 9, 1-5, Dennis, p. 126 y también *Táctica de León VI*, II, 37-39, Dennis, pp. 236-239.

a los muertos enemigos y remitir el *spolio mortis* a un botín unificado¹⁶⁰². De ese modo, los infantes o jinetes se podrían concentrar en la persecución sin el temor de perder su parte correspondiente¹⁶⁰³. Los *deputati* permanecían en posición retrasada, a unos 200 o 300 metros, pero entraban rápido en liza cuando se requería. No llevaban armas y su caballo estaba provisto de una silla especial con diversos estribos, capaz de portar hasta dos coraceros inválidos¹⁶⁰⁴. Además el botiquín portátil incluía apósitos, vendas, agua y otras pócimas para taponar hemorragias y reanimar a los desfallecidos. De cierto, sorprende a los especialistas la proximidad a las concepciones modernas de imprimir velocidad y acercar hasta la misma línea del frente la asistencia sanitaria¹⁶⁰⁵.

Es obligado insistir en la circunstancia de que prácticamente las mismas disposiciones se repiten en la llamada *Táctica de León VI*, otro “manual para oficiales” que dataría del 886-912. De nuevo aquí se afirma la intrínseca doble composición de una milicia digna de tal nombre, los “combatientes” (πολεμισταιί) y “no combatientes” (ἄμαχοι), por igual imprescindibles y entre quienes destacarían los médicos¹⁶⁰⁶. Su función se reconoce como esencial, por más que a menudo ocupe un largo tiempo¹⁶⁰⁷, lo que habla no sólo de lo inaplazable sino de tratamientos sofisticados en retaguardia.

¹⁶⁰² *Estrategicón de Mauricio* II.9, 13, Dennis, pp. 29-30.

¹⁶⁰³ Guillermand, 1982, p. 182.

¹⁶⁰⁴ *Estrategicón de Mauricio* II.9, 25-26, Dennis, pp. 29-30.

¹⁶⁰⁵ Al sentir de Gabriel, 2012, p. 197, este sistema dio al personal médico un grado de velocidad en el campo de batalla que sólo se llegaría a superar con la introducción de los vehículos motorizados en los tiempos modernos.

¹⁶⁰⁶ *Táctica de León VI*, I, 7, Dennis, pp. 12-13.

¹⁶⁰⁷ *Táctica de León VI*, II, 12, Dennis, pp. 20-21.

En igual medida se les presume la habilidad de meditar bien las decisiones terapéuticas, que una vez tomadas se llevaban a efecto con diligencia y eficacia. Suponen valores que del mismo modo el autor recomienda adornen al jefe en lo relativo a la dirección de la batalla¹⁶⁰⁸.

De hecho, al sentir del texto, un comandante frente a su ejército debe ser y actuar como un médico con el paciente. Se trata ante todo de prevenir las disfunciones y llegado el caso buscar las causas y atajarlas con medios proporcionados¹⁶⁰⁹. En fin, entre las tareas propias del mando capaz se encarece estar vigilante sobre la salud de sus subordinados. El párrafo ordena atender no sólo las injurias infligidas por piedras, proyectiles u otras armas, sino “también aquellas enfermedades que derivan del frío o calor extremos, de los esfuerzos agotadores, de las aguas, de la tierra, del aire, de la falta de higiene y de la mala o irregular nutrición”¹⁶¹⁰. Todo ello, se dice, de ordinario “le corresponde a la habilidad médica terapéutica” (“τούτων πάντων ἡ ἰατρικὴ ἐστὶ θεραπευτικὴ”)¹⁶¹¹.

Podríamos terminar revelando que tal preocupación aparece una y otra vez, para grabar en el pensamiento del generalato lo que se llega a designar como “ley inviolable” (νόμον ἀπαράβατον): “toma gran cuidado de los soldados heridos” (“τὸ πολλὴν ποιεῖσται τῶν πληγᾶτων στρατιωτῶν τὴν πρόνοιαν”)¹⁶¹². Son normas y principios que se inspiran en la doctrina romana

¹⁶⁰⁸ *Táctica de León VI*, II, 26, Dennis, pp. 32-33.

¹⁶⁰⁹ *Táctica de León VI*, XX, 213, Dennis, pp. 612-615.

¹⁶¹⁰ *Táctica de León VI*, Epílogo, 63; Dennis, pp. 638-639.

¹⁶¹¹ *Ibid.*

¹⁶¹² *Táctica de León VI*, XX 103, Dennis, pp. 572-573; reproducción del párrafo presente en *Estrategicón de Mauricio*, 8.2.43; Dennis, p. 86.

y apenas modifican el espíritu y la letra de los precedentes “estrategistas”. No sorprende que sea válido también en el caso de la “operación defensiva”, y al respecto el testimonio del *De Obsidione Toleranda*¹⁶¹³, acaso escrito hacia el siglo IX, resulta evocador. Reproduce el antes citado *memorandum* sobre asedios y allí aparece el médico como integrante esencial de la guarnición en la plaza. Una vez más, la flexible continuidad del Estado bizantino se pone de manifiesto en todos estos datos. El corolario estaría en que nada substancial se habría modificado bajo la iconoclastia, justamente el periodo intermedio entre los señalados.

Consideraciones sobre la teoría y práctica en medicina y cirugía de guerra bajo la iconoclastia

Como ha sido siempre y todavía hoy, la triada hemorragia-herida-infección se alza como el principal reto al que se enfrentaron aquellos sanitarios del periodo iconoclasta. A buen seguro aprovecharían las enseñanzas a la sazón disponibles en los textos clásicos quirúrgicos, entre los cuales destacaríamos aquellos de Galeno, Celso y muy en particular Pablo Egineta. No hay duda que este último, en concreto el libro sexto (Περὶ τῶν χειρουργουμένων) supuso para los cirujanos castrenses un elemento de inusitada valía. Escrito en lenguaje claro y conciso por alguien que evidentemente bregó en los campos de batalla¹⁶¹⁴, desde su aparición se

¹⁶¹³ *De Obsidione Toleranda*, Van den Berg, p. 47.

¹⁶¹⁴ Mounier-Kuhn, 2006, pp. 106 y 274.

convirtió en el tratado estándar de la especialidad y hasta por lo menos bien entrado el siglo XII así se iba a mantener¹⁶¹⁵. El gran Abulcasis no será más que su admirador y fiel transcriptor¹⁶¹⁶, en la estela de Hunain ibn Ishâq, al igual que Haly-Abbas, cuya versión traducida por Constantino Africano dentro del *Liber Pantegni*, será determinante para la evolución de la cirugía en Occidente¹⁶¹⁷. Cabe añadir que sólo en consideración de este avance teórico, sin duda aprovechado en la praxis, se podría afirmar la superioridad de la asistencia médico-militar bizantina sobre su precedente romana y, sumado el aparato logístico, su abismal ventaja respecto a cualquier otra fuerza armada medieval.

Desde luego, la forma de detener la hemorragia, tan esencial y cotidiana en este tipo de ejercicio, estaba disponible en los escritos señalados. Sabemos que era preceptivo primero hacer una buena valoración, considerando el lugar, la extensión de la brecha y la violencia del chorro de sangre. Después, lo oportuno era rellenar con el llamado “ungüento galénico” o bien hilo seco y aplicar compresión mediante una esponja embebida de agua fría. Si no era suficiente, se insistía en buscar las arterias y coser con hilos los extremos, seccionando el intervalo afecto¹⁶¹⁸, todo lo cual exigía habilidad y conocimientos anatómicos. Si lo anterior fracasaba, cabía aún recurrir a la cauterización del vaso responsable con un pequeño instrumento al rojo, pese a que era conocido el riesgo de recidiva incoercible al desprenderse

¹⁶¹⁵ Gabriel, 2012, pp. 198-199.

¹⁶¹⁶ Mounier-Kuhn, 2006, p. 65.

¹⁶¹⁷ Mounier-Kuhn, 2006, p. 148.

¹⁶¹⁸ Pablo Egineta, VI. 88, Heibert, II, p. 361.

la escara¹⁶¹⁹. Sin duda ésta era la razón por la que el de Egina prefería la “cirugía valiente” sobre la quemadura de tejidos. En este orden, preconizando la ligadura de vasos responsables de hemorragias importantes por lesión de guerra, le cabe al bizantino el honor de haber sido un pionero, delante de Ambrosio Paré, por más que éste la ampliara a las amputaciones de miembros¹⁶²⁰.

De lo que atañe a las heridas, sabemos que lo indicado tradicionalmente era dar puntos y, en caso de gran espacio, valerse de los aproximadores denominados *fibulae* (ἀγκτήρας). Desde luego, nunca antes de haber limpiado con sumo cuidado el interior, si dejar coágulos ni restos extraños, a los que se achacaba la aparición de problemas, como inflamación y sangrado. En buena lógica, cuando se veían afectadas las vísceras, reponerlas en su lugar se hacía necesario. El genio de Pablo Egineta vuelve a brillar aquí de nuevo cuando recomienda, en el caso de las asas intestinales, lavarlas con vino caliente o agua tibia y reintroducirlas con suavidad en la cavidad dejando a un ayudante que las mantenga en posición mientras se procede a suturar la pared abdominal. Para esto último incide en un complicado punto “en ocho”, tomando por separado el peritoneo y los músculos parietales, poniendo atención para evitar la ruptura posterior. Al sentir de Mounier-Kuhn¹⁶²¹, cualquier cirujano del siglo XXI podría subscribir tal programa operatorio, reemplazando los líquidos citados por el actual suero fisiológico calentado.

¹⁶¹⁹ Mounier-Kuhn, 2006, p. 209.

¹⁶²⁰ Mounier-Kuhn, 2006, p. 214.

¹⁶²¹ Mounier-Kuhn, 2006, p. 231.

No menos singular resulta la técnica que preconiza para encarar las peligrosas lesiones y cortes en el cuello. Aboga por trabar primero la vena yugular o la carótida externa antes de extraer alguna flecha o cuerpo extraño, para evitar de este modo hemorragias muy peligrosas. Va más allá y recordando la posibilidad de llevar a cabo la insoslayable cricotiroidectomía¹⁶²² para salvar la asfixia, igualmente enfatiza la necesidad de suturar la tráquea cuando se viera afectada por un corte, pues lo contrario sería “asegurar inevitablemente la muerte”. Desde luego, la intervención descrita exigía pericia y por ello alguien como Abulcasis se conformaba en considerar un único plano, junto a la piel, lo que era muy mala opción dada la fragilidad de los anillos cartilagosos¹⁶²³.

En cuanto a la infección, es de resaltar que la doctrina galénica del “pus loable”, es decir la supuración como tiempo indispensable y precedente a toda curación de una herida, no parece haber estado entre las preferencias del egineta. Es verdad que recomendaba el lavado con vino tibio y la aplicación de grasas emolientes para la “maduración”, pero sin insistir demasiado en ello. Por el contrario, y a diferencia de otros colegas occidentales más tardíos¹⁶²⁴, priorizaba no demorar la extracción de los proyectiles. Se trata de una actitud firme “urgentista”, que sin duda pretendía reducir la posibilidad de infección y hemorragia secundaria, que defiende por más que ello implicara ensayar y dominar la técnica quirúrgica hasta la excelencia¹⁶²⁵.

¹⁶²² Pablo Egineta recurría a la traqueotomía para evitar la muerte por asfixia en los casos de las pseudomembranas diftéricas, opción que no se redescubriría hasta 1825 por Pierre Bretonneau (al respecto, vid. Mounier-Kuhn, 2006, p. 235, n. 1).

¹⁶²³ Mounier-Kuhn 2006, p. 235.

¹⁶²⁴ Al respecto, vid. Mounier-Kuhn, 2006, p. 237.

¹⁶²⁵ Mounier-Kuhn, 2006, p. 254.

Llegado el caso de gangrena, el egineta, siguiendo a su “maestro” Celso¹⁶²⁶, se aventuraba a la amputación “de urgencia”, algo que hasta Hans von Gersdorf ningún otro asegura haber realizado en documento alguno¹⁶²⁷. Deberemos dejar en suspenso si los médicos militares bizantinos de los periodos heracliano hasta el macedonio se plegaron a lo que su principal referente teórico preconizaba, pero nada está en contra de pensar que sí lo hicieron.

Cabe, por último, añadir alguna nota relativa a los traumatismos craneoencefálicos, muy frecuentes en aquellos combates con lanzamiento de proyectiles, golpes contundentes de mazo y caídas de caballo. Pablo Egineta¹⁶²⁸ recordaba con sencillez y precisión los signos que permiten diagnosticar el daño causado. A renglón seguido, cuando atiende a la imprescindible trepanación para aliviar el hematoma subdural, viene a recomendar el clásico instrumento “abaptista” de Galeno, sin duda el más seguro para tan delicada tarea¹⁶²⁹. Su método de perforación será copiado palabra a palabra por insignes sucesores, como Abulcasis o Guy de Chauliac, y aquellos que difieren, como Roger de Parma, no parecen aportar más que errores o retrocesos¹⁶³⁰.

En fin, restaría sólo por decir que este repaso sucinto de la praxis y doctrina defendidas por el gran médico heládico, a nuestro entender sirve

¹⁶²⁶ Pablo Egineta se consideraba discípulo y fiel seguidor de Celso (al respecto, vid, Mounier-Kuhn, 2006, p. 267).

¹⁶²⁷ Mounier-Kuhn, 2006, p. 266.

¹⁶²⁸ Pablo Egineta, VI. 90, Heibert, II, p. 363.

¹⁶²⁹ Mounier-Kuhn, 2006, p. 181.

¹⁶³⁰ Mounier-Kuhn, 2006, p. 246.

bien para aproximarnos a la realidad de la cirugía militar en el iconoclasmo, un tiempo de acción guerrera y política así como seguramente también asistencial.

— Medicina en el Gran Palacio

El Gran Palacio parece haber tenido de forma permanente un cuerpo de facultativos a su servicio, desde su construcción inicial en torno al 330 y hasta su desaparición en 1204, con sucesivas reformas y ampliaciones¹⁶³¹. Ello parece lógico pues el intrincado y vasto recinto no fue sólo la *domus* del emperador, acogía también las oficinas del complejo aparato administrativo, el alto mando del ejército y los cuarteles de las principales unidades de choque palatinas¹⁶³². Se trataba, así pues, de un grupo humano numeroso, la flor y nata de la sociedad en todos los aspectos: autoridad, riqueza y cultura. Con la específica misión de dar cobertura sanitaria a semejante élite estaban estos médicos palatinos, también *a priori* los mejores entre su gremio, como se viene a reconocer, por ejemplo, en los *Milagros de los Santos Cosme y Damian*¹⁶³³. Desde luego, la que llamaríamos “orden de doctores imperiales” tampoco suponía una novedad. Ser “médico del César” (ιατρὸς

¹⁶³¹ Gobernando los paleólogos, el Palacio Imperial se redujo notablemente, ubicado entonces en un nuevo emplazamiento en el barrio de Blaquernas, acaso aprovechando algunos pabellones ya en servicio bajo los Comneno y los Ángel. Con todo, también en esos siglos finales existieron médicos palatinos que conservaron muchos de los rasgos que se señalan para las épocas anteriores, aunque su número fuera notablemente más reducido.

¹⁶³² Sobre el Gran Palacio en Constantinopla vid. Janin, 1964, pp. 122-137.

¹⁶³³ *Milagros de los Santos Cosme y Damián*, mir. 11. Citado por Magoulias, 1964, p. 129.

Καίσαρος) ya era un preciado título en tiempos altoimperiales. Galeno mismo lo había sido, cuidando de Marco Aurelio y Cómodo amén de sus allegados. Con los tetrarcas, cuando se comienza a designar el *palatium* como “Palacio Sagrado”, sabemos que surge el *archiater Sacri Palatii* (ἀρχιατρὸς τοῦ Θεοῦ Παλατίου). No bastaba con uno sólo, constituían un equipo, no precisamente reducido, distinguidos como *archiatri palatini*, miembros natos del *comitatus*, o “compañeros” del augusto. El *Código de Teodosio*¹⁶³⁴ y el *Código de Justiniano*¹⁶³⁵ les dedican sendos epígrafes, enunciando los múltiples privilegios que se les concedían. Parece que los de mayor rango recibían el grado de *comes archiatri* (κόμης δὲ ἰατρῶν οὗτος) y apuntan haber sido la cima del gremio y casi un genuino “ministro de sanidad”, habitando *intra palatium*. En verdad, todos aquellos que citan las fuentes fueron hombres de gran erudición, influyentes y distinguidos en el entorno de los burócratas y jefes militares¹⁶³⁶. Los habitantes de esa “ciudad de gobierno”¹⁶³⁷ sabían reconocer la educación esmerada y sabiduría que poseían los doctores¹⁶³⁸. Parece, en efecto, que el ambiente cortesano nunca dejó de ser ilustrado, en mayor o menor grado. Lo cierto es que desde Oribasio hasta Juan Zacarias (“actuarius”), los médicos al servicio del trono gozaron de enorme prestigio¹⁶³⁹. A menudo también servirían como consejeros

¹⁶³⁴ *Código de Teodosio*, VI, 16, 1, Mommsen, p. 266 (derivaría del año 413).

¹⁶³⁵ *Código de Justiniano*, 12, 13, 1 (“De comitibus et archiatri Sacri Palatii”), García del Corral, 5, pp. 688-689.

¹⁶³⁶ Desde la epigrafía se presentan casos en Samama, 2003, pp. 42-43.

¹⁶³⁷ Al respecto, Janin, 1964, pp. 122-137.

¹⁶³⁸ Blockley, 1980, pp. 94ss.

¹⁶³⁹ Cavallo, 2009, p. 11.

íntimos y embajadores¹⁶⁴⁰. Su opinión contaba y además muchos de los “pacientes regios” compartían la afición por la ciencia hipocrático-galénica, con su aparato lógico-fisiológico. A buen seguro, en la biblioteca palatina no faltaban libros de medicina y el encargo de adquirir o copiar códices por parte de ministros o miembros de la familia reinante parece haber sido algo habitual. El ejemplar de Dioscórides que sabemos Constantino VII regala a Abd al-Rahman III, que se acompañó de un médico traductor, seguramente procedía de la propia colección del “porfirogéneta”. Cabe remarcar, que si la fisiología y farmacopea se consideraron siempre por parte de la élite culta bizantina una forma de “saber hacer” científico-filosófico¹⁶⁴¹, ello rige en especial para quienes estaban cerca del poder. Ya hemos recordado a la aristócrata Anicia Juliana, el ministro Miguel Psellos, la princesa Ana Comneno o el intelectual Nicéforo Blemmida. Pertenecían al ambiente áulico, y sin que puedan ser considerados “médicos”, pues no actuaron nunca como “agentes de salud”, demuestran haber leído y alcanzado un gran conocimiento de ese orden. Desde luego, ello implica que tenían inquietudes al respecto y acceso a textos. Para la época que nos ocupa, volvemos a señalar el ejemplo del duro “hipericonoclasta” Constantino V Caballinos, ávido de recursos farmacéuticos y eventualmente admirador de la *materia medica*. Los médicos que le acompañaron en el lecho del dolor, a bordo del chelandion donde fallece tal vez sin poder aliviar su fiebre, a

¹⁶⁴⁰ No sería más que la continuidad de una antigua tradición que venía de Roma, donde el doctor siempre era alguien de alto estatus y primer nivel de educación. Al respecto, vid. Blockley, 1980, *passim*.

¹⁶⁴¹ Cavallo, 2009, p. 167.

buen seguro estaban entre esos archiatros imperiales¹⁶⁴². Acaso serían los mismos, o colegas, de aquellos que habían presenciado la vivisección de un sanguinario asaltador de caminos, con fines “científicos”, algunos años antes, estando presente el agosto¹⁶⁴³.

IV. 3. 2. 2. Consideración social del médico técnico durante el periodo iconoclasta

Una vez más, los relatos hagiográficos también representan la mejor herramienta para abordar este tema, mientras las síntesis de Magoulias¹⁶⁴⁴ y Kazhdan¹⁶⁴⁵ continúan siendo los análisis más completos al respecto. Ciertamente, las *Vitae y Miracula* de los siglos VI y VII se empeñan en descubrir a los facultativos como ignorantes y avariciosos, siempre incapaces de rivalizar con los santos celestes y santones terrenales¹⁶⁴⁶. Aquellas del siglo IX resultan más evasivas, incluso clementes frente a los “vicios y errores médicos”, silenciando antes que negando la inutilidad de los doctores cuando se deleitan en describir las maravillas, presumidas abundantes, que

¹⁶⁴² Constantino V Caballinos sufre un cuadro agudo febril, que asemeja ser de naturaleza infecciosa, cuando se encontraba en campaña contra los búlgaros corriendo el verano del 775. Fue evacuado hacia la capital, primero en litera y después a bordo de un navío de transporte (chelandion), siendo atendido por ciertos médicos que aparentemente formaban parte de la comitiva imperial. La escena se describe en *Cronografía de Teófanes*, De Boor, p. 448.

¹⁶⁴³ Para la anécdota, vid. *supra*, epígrafe sobre la Anatomía en el periodo iconoclasta.

¹⁶⁴⁴ Magoulias, 1964, *passim*.

¹⁶⁴⁵ Kazhdan, 1984, *passim*.

¹⁶⁴⁶ Kazhdan, 1984, p. 45.

llamamos “milagros de sanación”¹⁶⁴⁷. Hay, desde luego, una moderación en el lenguaje “antimédico” de los hagiógrafos una vez pasada la iconoclastia. Respecto a este momento “anti-idolátrico”, resulta obligado advertir a priori que tales relatos disminuyen notablemente en número¹⁶⁴⁸. Las razones se nos antojan obvias, si tenemos en cuenta la animadversión que muestra el poder hacia los *holy man* y monjes “zelotas”, principales protagonistas y autores literarios del género.

Ya hemos señalado antes que, en el conjunto del medioevo, el santo/santón cristiano se venía a reconocer como el mejor entre los sanadores posibles, por encima del profesional hipocrático que utilizaba el raciocinio, la experiencia y los conocimientos previos. Empero, de las conclusiones ofrecidas por Kazhdan y que acabamos de sintetizar, se derivaría una cierta fluctuación entre periodos y hasta un punto de inflexión corriendo el siglo VIII en relación a ese predominio. Por una u otra razón, el lenguaje y en suma el pensamiento de la sociedad, al menos de quienes han dejado algo escrito, se modera hacia la ciencia y praxis médica una vez que surge el iconoclasmo. Restarán zelotas que reniegan de ella y hasta se permiten prescindir de sus servicios, pero un retorno hacia los principios conciliadores de algunos Padres Griegos de la Iglesia, en particular los capadocios, apunta haber terminado por dominar lo “políticamente correcto” entre los ortodoxos. *La Vida del Patriarca Ignacio*, por Nicetas David Paflagonio¹⁶⁴⁹, ejemplificaría

¹⁶⁴⁷ Sobre la base de las vidas de San Evaristo, Santa Teófano, San Nicolás Estudita, Santo Tomás de Lesbos y San Pedro de Argos (Kazhdan, 1984, pp. 45-46, con las referencias).

¹⁶⁴⁸ Ševčenko, 1977, pp. 113 ss. y Papadakis, 1969, pp. 161-163.

¹⁶⁴⁹ Los milagros de sanación protagonizados por el patriarca Ignacio ocurren una vez que el paciente desespera de los tratamientos ofrecidos por la medicina “terrenal”. Tales hechos se describen en *Vida de San Ignacio Patriarca*, Smithies/Duffy, pp. 97, 109, 111-119 y 156.

esa nueva actitud iconodula moderada hacia la medicina. Desde luego se hace prevalecer y aún preferir el efecto taumatúrgico, disponible si hay verdadera fe. Pero también se describen de forma respetuosa en varias ocasiones los actos protagonizados por médicos “simples”. Resulta ilustrativo el caso de un parto podálico, donde éstos aconsejan la cesarea y extracción fraccionada del feto, para salvar la vida de la madre. Colocar el manto de Ignacio fue suficiente para que ambos sobrevivieran en perfecto estado¹⁶⁵⁰. Otros ejemplos similares se reproducen en las *Vitae* de Sampson y en la de Lucas Estilita, sin querer extender más la lista. Cabe inferir, en consecuencia, que la medicina pese a su inexcusable subordinación ante los poderes del mundo religioso, ya no se consideraba tan ineficiente como en los siglos VI y VII. El arte de Hipócrates y Galeno de alguna manera había conseguido hacerse de nuevo respetar incluso entre los más “piadosos”. Su ascenso habría ido en paralelo a la creciente “duda” sobre los hechos milagrosos en general¹⁶⁵¹. Los que Dagron¹⁶⁵² denomina “fisiologistas” o “filósofos” cristianos adheridos al modo de pensamiento científico o a la libre especulación volverían a tener voz, pese al desprecio de los más devotos. Algo que el género epistolar podría venir a corroborar. Durante los siglos oscuros, los obispos y monjes casi no tienen como interlocutores a ningún facultativo. Después, bajo los macedonios la situación cambia y de nuevo vemos correspondencia con médicos que parecen hombres cultos, o así reconocidos por la jerarquía y élite religiosa. A nuestro entender, bajo

¹⁶⁵⁰ *Vida de San Ignacio Patriarca*, Smithies/Duffy, pp. 114-115.

¹⁶⁵¹ Al respecto, remitimos de nuevo a los trabajos de Dagron, 1992, *passim* y Auzépy, 1994, *passim*.

¹⁶⁵² Dagron, 1992, p. 68.

la iconoclastia la pugna entre filósofos/médicos y hombres de Iglesia fue acerada, tanto como para que entre ellos no abundara el intercambio de misivas o, si las hubo, fueran después censuradas, a la par que los odiosos iconoclastas “letrados y médicos”.

Ciertamente, la hipótesis de Kazhdan¹⁶⁵³ es distinta. Para el especialista, la profesión médica después del siglo VII habría perdido su estatus o, en cualquier caso, la sociedad se “volvió recelosa y negligente hacia los doctores”. La escasa hagiografía los ignora y ciertos “intelectuales”, hablamos de obispos y abades, no los consideran como sus “iguales”. Entendemos que los datos ofrecidos por el sabio bizantinista son incontestables, pero creemos poder ofrecer otra explicación. De nuevo recurrimos a la peculiaridad del tiempo iconoclasta, con el fuerte sesgo que distorsiona las fuentes. En verdad, las *Vitae* y *Miracula* no hacen énfasis en los facultativos y sus técnicas, pero a nuestro juicio ello traduciría más un eco de cierto respeto que lo contrario. Es posible que enfrente tuvieran otra literatura, hoy perdida, donde el milagro se considerara una excepción y por el contrario el acierto del profesional algo más común, al menos para las dolencias ordinarias. Caricaturizar al médico en una sociedad no tan piadosa sería un recurso poco recomendable. La falta de remitentes y/o destinatarios galenos tampoco debiera causar sorpresa. Los clérigos iconodulos, únicos de quienes se conservaron cartas, no tendrían entre los iatrosofistas un nicho importante de seguidores. Perdida para siempre la parte alícuota de los epistolarios iconoclastas, que debió haber sin duda, la impresión que se genera podría

¹⁶⁵³ Kazhdan, 1984, p. 51.

ser equívoca. Lo mismo cabe decir de la hagiografía disponible, en igual grado desequilibrada. Ya sabemos que los iconoclastas favorecieron el desarrollo de unas “vidas ejemplares” muy particulares que, por desgracia, no han llegado hasta nosotros en su estado original¹⁶⁵⁴. Empero, del análisis retrospectivo se deriva que no sólo limitaban el milagro, hasta hacerlo algo muy excepcional, sino que encarecían la acción, entendemos que incluida la social/asistencial con medios “humanos”¹⁶⁵⁵. Frente al “devoto” Evaristo Cocorobionita, en cuyo lecho de enfermo están ausentes los facultativos¹⁶⁵⁶, el “impío” Constantino V Caballinos parece poner precisamente en ellos sus últimas esperanzas y en las aguas salutíferas de los manantiales bitinios¹⁶⁵⁷. Serían ejemplos “extremos” de ambas opciones, iconodula e iconoclasta, pero aún entre los moderados se advierten claras diferencias.

Es conocido y remarcable que la situación vuelve a cambiar hacia finales del siglo X, cuando se percibe de nuevo una “guerra incisiva contra los médicos seculares”¹⁶⁵⁸. Se reanudan los tópicos de avaricia e incompetencia, describiendo un lastimosa oferta de tratamientos frente a los imponentes poderes de sanación del santo. Al sentir de Kazhdan¹⁶⁵⁹, en

¹⁶⁵⁴ De nuevo remitimos al análisis literario de la cuestión por Auzépy, 1992, *passim*.

¹⁶⁵⁵ *Ibid.*

¹⁶⁵⁶ *Vida de San Evaristo*, Van der Vorst, p. 321. Evaristo habría sido un clérigo de la escuela estudita, que llegaría a ser abad del Monasterio de Cocorobion del barrio de Lips en Constantinopla, gobernando Miguel III Amoriano (“el Beodo”). Parece que murió la noche de Navidad del año 897, rodeado de sus monjes acólitos. Las reliquias permanecerán en el cenobio protagonizando un buen número de hechos milagrosos, en particular sanaciones (vid. pp. 314-320).

¹⁶⁵⁷ Constantino V Caballinos, ya muy grave, acaso sufriendo una grave erisipela estreptocócica, parece que intenta reponerse volviendo a Constantinopla y, como destino final, las termas de Nicomedia, donde ya se había refugiado cuando la epidemia de peste del año 747-748. Al respecto, Aguado, 2013, pp. 24ss.

¹⁶⁵⁸ Kazhdan, 1984, pp. 50-51

¹⁶⁵⁹ Kazhdan, 1984, pp. 51-52.

ese momento el doctor se había vuelto demasiado influyente como para que pudiera ser despreciado. No terminamos de apreciar cuales pudieron ser las causas de ese hipotético “resurgir”, los avances habidos capaces de elevar el ascendiente sobre la comunidad de quienes se dedicaban al arte/técnica en la tradición racional. Además, y esto presumimos es lo más determinante, resulta imposible asumir que nunca la medicina humana, con todas sus limitaciones, llegara a ser arrinconada o estigmatizada por sociedad alguna, cuyos miembros estaban provistos de discernimiento y sentido común. Algunos datos, de hecho, vienen a corroborar tal escepticismo apriorístico. Si prestamos atención, advertimos que hasta en aquellos mismos alegatos anti-médicos la primera opción tomada por los enfermos fue, casi siempre, la medicina racional. Sólo cuando ésta fracasaba, el que padecía se plegaba a buscar alguna cura “fuera del sistema habitual”, incluso arrojándose en brazos de lo extraordinario, y apenas los más piadosos en extremo se atrevían a utilizar la vía milagrosa con prioridad o en exclusiva¹⁶⁶⁰. Ciertamente, hoy en día la reacción de los hombres y mujeres frente a la enfermedad grave no viene a ser muy diferente.

Sea como fuere, y a juzgar por las fuentes del periodo, aceptaríamos que los médicos bajo la iconoclastia disfrutaban de cierto respeto entre sus coetáneos, incluso de aquellos que menos estimaban necesario recurrir a su arte/ciencia. Así cabe entender que la hagiografía se muestre esquivada y hasta “moderada”, en contraste con los tiempos inmediatos, anterior y posterior.

¹⁶⁶⁰ Los ejemplos de ello son abrumadores. Volvemos a poner en consideración los casos ofrecidos en la *Vida de San Ignacio Patriarca*.

Resumen: Durante el periodo iconoclasta, el médico técnico bizantino posiblemente estuvo entre los elementos sociales más albur de la disputa político-religiosa. Su imagen podría haber sido muy distinta según el grupo que se considere. Cabe pensar que los más extremistas entre los iconodulos incluso llegaron a rechazar la asistencia médica, en tanto los moderados la aceptarían, pero acaso con enormes reservas y cierto desdén. Por el contrario los iconoclastas deberían haber estado mucho mejor predispuestos, pues no en balde la reconocerían como única capaz de llegar a sanar de ordinario, dado su rechazo a la presbeia y lo extraordinario del milagro. La actitud frente a los doctores, en uno y otro caso, podría variar desde el desprecio o al menos la sospecha y el escepticismo de unos hasta la estima y abierto respaldo de otros.

IV. 3. 2. 3. Características específicas del médico técnico en el periodo iconoclasta

Ya hemos dicho que los testimonios de la época apuntan coincidentes a la realidad de una práctica que se nutría de la teoría deductiva, hasta el punto que coqueteaba con otras ciencias “peligrosas”, pero que también era en igual grado empirista y pragmática. Ya sabemos que, al menos desde tiempos de Heraclio y el patriarca Sergio, parece que prolifera un tipo de sabio nuevo, el que es y se siente a la vez filósofo y médico, astrónomo, astrólogo y

alquimista¹⁶⁶¹. Ciertamente, este “doctor e intelectual” resultaba una figura muy particular. Era un “profesional liberal” en el genuino significado del término y mantenía unas amplias parcelas de libertad respecto a los poderes, incluido el eclesiástico.

Tal vez sea arriesgado identificarlo *avant la lettre*, pero entendemos que estamos ante aquél que los textos designan como *médico y filósofo* (ιατρός και φιλόσοφος) o, en la síntesis propia del lenguaje griego, *iatrosofista* (ιατροσοφιστής). Se trata de facultativos libres que son acusados de criptopaganismo¹⁶⁶² y/o de llevar a cabo actos de pura hechicería¹⁶⁶³. Los hagiógrafos y cronistas ortodoxos se lo reprochan reiteradamente, acotando las habilidades para curar a un simple “engaño sofisticado” (κακοπίστου γνώμης), en palabras de Epifanio de Salamina¹⁶⁶⁴. Sus posibles éxitos sólo derivarían del recurso a conjuros, encantamientos y otros trucos¹⁶⁶⁵. Son arrogantes, descreídos, exigen pagos desorbitados y fracasan siempre, salvo que se valgan de artes ocultas y/o malignas, es decir ingresen en el ámbito de la magia (¿terapéutica?) y la adivinación astrológica (¿pronóstico?). Resultan ser las mismas acusaciones que recaen sobre Juan VII Gramático, el último patriarca iconoclasta. Ciertamente, el “santo varón” aparece como su opuesto y agente desenmascarador. Ellos serían los verdaderos sanadores, de cuerpos y almas; humildes, de inquebrantable fe y gratuitos a mayor

¹⁶⁶¹ Wolska-Conus, 1992, p. 8.

¹⁶⁶² *Thaumata de Sofronio*, 30.2; Fernández Marcos, p. 302, hablando de Gesios.

¹⁶⁶³ Por ej. el milagro 27; *Milagros de San Artemio*, Papadopoulos-Kerameus, pp. 39-40.

¹⁶⁶⁴ Epifanio de Salamina, *Panarion*, 64.67.5, Holl, p. 510. La obra se escribiría entre el 374 y 377 como un exhaustivo “vademecun” para enfrentar el acuciante problema de las herejías dentro del cristianismo.

¹⁶⁶⁵ *ODB*, p. 970.

ventaja. En suma, conforme a los piadosos textos, el antagonismo y pugna entre iatrosofista y santo/santón no puede ser más radical, hacia el clímax del periodo iconoclasta.

IV. 3. 2. 4. La práctica médica y quirúrgica en el periodo iconoclasta

Los médicos bajo la iconoclastia sin duda ejercieron con la capacidad diagnóstica y terapéutica que les confería el bagaje previo hipocrático-galénico, junto a los indudables añadidos que aportaron los maestros de la tardoantigüedad y hasta el periodo heracliano, donde destacarían las recomendaciones quirúrgicas de Pablo Egineta.

Así pues, la anamnesis y exploración serían las tradicionales conocidas desde tiempos remotos, acaso con un mayor énfasis en la uroscopia, que sabemos disfrutó entonces de un gran predicamento, como antes y después. Tal vez, siendo Teófilo Protospatario efectivamente un hombre de este tiempo, el estudio de la orina comienza entonces a ser considerado un elemento no sólo de pronóstico sino también de diagnóstico¹⁶⁶⁶. La obra de Pablo Niceno o aquella de León Constantinopolitano nos convencen de que en tales fechas los doctores trataban de encontrar alguna entre las patologías clásicas allí compendiadas. Como es simple de advertir, en muchas ocasiones el clínico se vería ante la desagradable circunstancia

¹⁶⁶⁶ En general, Wallis, 2000, *passim*. Remitimos también al epígrafe de Fuentes.

de ser incapaz de encuadrar lo observado con la teoría (λόγος) que estaba escrita. Esa insuficiencia entendemos que debe ser considerada como la causa fundamental de la encubierta pero real desafección hacia la teoría del equilibrio de los humores, a la que en textos como los dos citados apenas se le concede algún espacio. No en balde, sus postulados, abstracciones, leyes y argumentos eran de escasa o nula utilidad para quien se enfrentaba al dolor, la disfunción y hasta la muerte cada día. La pura “experiencia práctica” (πειρα) restaría al final la más segura de las alternativas, a despecho de no satisfacer el deseo de integrar los conceptos y explicaciones fisiopatológicas aceptadas. El facultativo debería actuar con “cuidado y previsión” (λογιῆ ἐπιστασία), como se diría más tarde en Bizancio¹⁶⁶⁷. Ello sin perjuicio de que tales habilidades se basarían en conocimientos razonados, pues al médico siempre parece que se le exige talento y perspicacia. Se supone que debería ser alguien a incluir entre los “inteligentes” (συνετοὶ). Desde luego, así se expresaba Juan Zacarías¹⁶⁶⁸ en el siglo XIV pero su observación parece tan acertada para sus días como antes y después.

Respecto al armamentario terapéutico, Dioscórides parece estar muy presente y de nuevo el empirismo más atrevido apunta haber podido sumar algunos otros remedios, por más que de orden puramente sintomático. El recurso a la flebotomía, tan adecuada a la doctrina homeostática tetrahumoral, también debió ser algo corriente. El descubrimiento o puesta en valor de las venas basílica y cefálica estaría en consonancia, sin perjuicio de que

¹⁶⁶⁷ Vid. *infra*.

¹⁶⁶⁸ Hohlweg, 1984, p. 129, con las referencias.

represente una atenta mirada antómico-topográfica¹⁶⁶⁹. En cuanto a la cirugía mayor, cabe pensar que los profesionales del siglo eran bien capaces de operar con cierta precisión y finura. Las continuas referencias a herniorrafias en los textos, aparentemente llevadas a cabo con éxito, abogarían por ello. Más aún se vendría a reforzar por la constancia que tenemos de un señalado avance quirúrgico en uso por entonces, pese a su posible carácter de excepción. Hacemos referencia a la litotricia transuretral descrita sin margen a error en la *Vida de Teófanos Confesor*¹⁶⁷⁰, por Nicéforo Esquevofilax. Está claro que quienes lo ejecutaron tenían amplios conocimientos, larga experiencia, pericia y audacia. Recuerda la formación, actitud y excelencia de Pablo Egineta. A buen seguro, doctores con semejantes atributos no fueron resultado de la ventura, emanarían de un ambiente, tradición y enseñanza determinados. Ya hemos señalado antes la posible influencia de cierta práctica disectiva y, en cualquier caso, la pujanza del libro sexto, “sobre la cirugía”, entre el célebre *Pragmateia*. No es necesario recordar que estaban limitados en extremo por la escasa capacidad de controlar el dolor y las infecciones¹⁶⁷¹. Con todo, es bien posible que la analgesia postoperatoria fuera eficiente y hasta que la anestesia en la sala se practicara. El uso de narcóticos en esponja aplicada sobre mucosa nasal y bucal, en particular la mandrágora, tal que recomendaba Dioscórides, no parece haber sido algo inusual, pese a los problemas de dosificación¹⁶⁷². En cualquier caso, dadas

¹⁶⁶⁹ Temkin, 1961, *passim*.

¹⁶⁷⁰ *Vida de Teófanos Confesor*, De Boor, p. 23. Destacado por Miller, 1985, pp. 174-175 y 189 y Signes Codoñer, 2000, pp. 192-193.

¹⁶⁷¹ Así lo subraya, con lógica evidente, Magoulias, 1964, p. 138.

¹⁶⁷² Al respecto, Cavenaile, 2001, *passim*.

las gigantescas incertidumbres, sabemos que de alguna manera se procuraba una aceptación del riesgo, a modo de “consentimiento informado”, con la fórmula de entregar el escalpelo con su propia mano el paciente al cirujano. El ejemplo del emperador Justino II no parece haber sido un caso aislado, pues el relator, Juan de Éfeso¹⁶⁷³, señala que esa era “la cobarde manera habitual de los médicos”. Desde luego, los resultados de la cirugía no debían ser en absoluto predecibles y tampoco indoloros, sino más bien lo contrario. Las fuentes insisten sobre la agonía de los pacientes y, aún en caso de éxito, los enormes padecimientos e incomodidades sufridos.

No obstante, los procedimientos apuntan haber estado estandarizados, incluso los “preoperatorios”. Al igual que los instrumentos, algunos de los cuales se llegan a citar en los relatos hagiográficos, lo que sería prueba de que tales actos quirúrgicos eran comunes y hasta conocidos en algún detalle por el ciudadano ordinario. Está en consonancia con lo que cabe colegir desde la fuente más directa, próxima y segura para conocer la realidad de la cirugía en plena iconoclastia. Hablamos del compendio de medicina firmado por León Constantinopolitano, donde se incorporan algunos trazos de la disciplina, tal y como entonces se ejecutaba¹⁶⁷⁴. En esas páginas el autor aparece como un cirujano “prudente” a juicio de Bliquez¹⁶⁷⁵ y su arsenal, aún siendo menor al de otros precedentes, no apunta ser modesto. En verdad cabe suponer que los genuinos “especialistas” harían uso de otros muchos y más sofisticados, pues no en balde el polímata escribe una breve introducción para uno de

¹⁶⁷³ Juan de Éfeso, *Historia Eclesiástica*, Smith, p. 177. Señalado por Magoulias, 1964, p. 138.

¹⁶⁷⁴ Bliquez, 1999, p. 293.

¹⁶⁷⁵ Bliquez, 1999, p. 300.

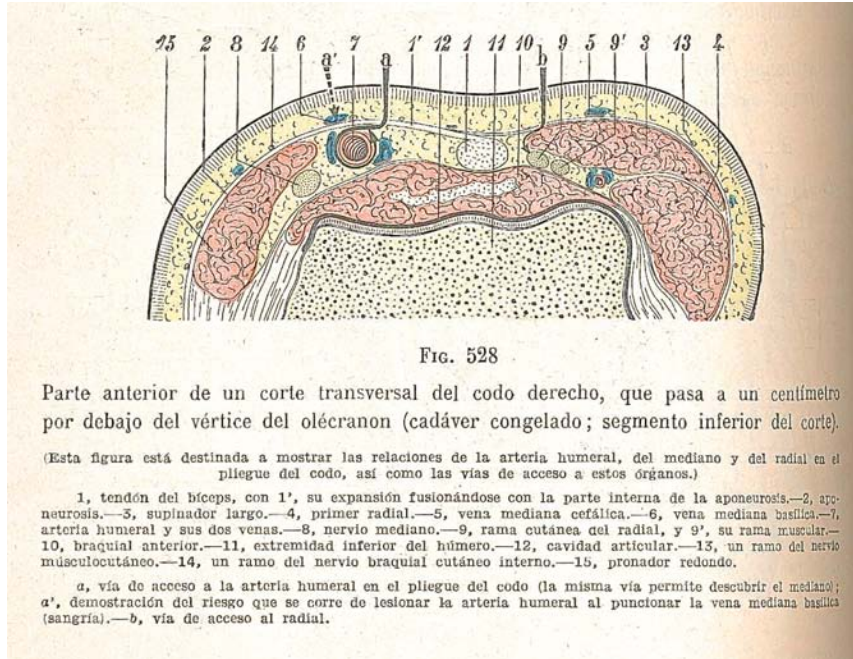


Fig. 76. Relaciones anatómicas de la vena mediana basilica y la arteria humoral, separadas sólo por la aponeurosis, según revela el esquema de Testut. Semejante detalle topográfico parece haber sido puesto de relieve en el periodo iconoclasta, seguramente como elemento de sumo interés para la realización de flebotomías sin riesgo. Sería un dato para considerar la posibilidad de un resurgir, por más que insuficiente, de la práctica disectiva. Ref. Testut, 1927.



Fig. 77. Folio 51 del manuscrito Ms. 3632 de Bolonia, datado en el siglo XV. Se representa al médico Teófilo Protospatario, autor de la obra, recibiendo de su ayudante la muestra de orina para ser analizada por el atento ojo del padre de la uroscopia. En el concepto teofiliano, el estudio de la orina ya no es un impreciso factor de pronóstico sino un relativamente complejo elemento para el diagnóstico.

sus alumnos, llamado Jorge que aparece en el preámbulo. Asumimos, en suma, un ejercicio racional, humano y alejado del ensañamiento, conocedor de las limitaciones, recogiendo la sabiduría precedente y, acaso, dispuesto a avanzar por el camino de un mejor conocimiento morfo-funcional. El trabajo relativo a la morfofuncionalidad, del mismo autor, sería el elemento de soporte para esta última afirmación.

V

DISCUSIÓN

“Discutir” significa llevar a cabo un examen dialéctico de los resultados, y en nuestro caso supone enfrentar los hechos historiográficos presentados en el capítulo anterior con los de otros semejantes o que abordaron alguna parcela del mismo. Con ello intentaremos completar o modificar la explicación de los procesos que eventualmente ocurrieron y, en suma, pasar a un nivel mayor de seguridad en la necesaria generalización desde lo particular. Defender y poner en cuestión los distintos puntos de vista, cotejar lo enunciado y las ideas recibidas conformarán, por ende, los ingredientes de este penúltimo epígrafe, en el que ofrecemos la confrontación entre hipótesis relativas a la cultura, la ciencia y la medicina del periodo.

Hipótesis ofrecidas en torno al origen y significación de la iconoclastia bizantina

Las teorías propuestas para explicar el peculiar periodo iconoclasta han sido ciertamente muy numerosas y variadas. Tanto como para que el especialista británico Brown¹⁶⁷⁶ haya llegado a hablar de una “gripe de sobre-explicación”. De forma sintética, y siguiendo a Talbot¹⁶⁷⁷, damos en distinguir hasta siete principales: el influjo de las doctrinas judeo-

¹⁶⁷⁶ Brown, 1973, p.3.

¹⁶⁷⁷ Talbot, 1998, pp. xii-xiii.

islámicas¹⁶⁷⁸, monofisitas¹⁶⁷⁹ o “extrañas a Bizancio”¹⁶⁸⁰, un vuelco hacia las supuestas inclinaciones mayoritarias de la población microasiática frente a la europea¹⁶⁸¹, el ascenso de los militares anatólicos en detrimento de los civiles constantinopolitanos¹⁶⁸², el choque de intereses y potestades entre tronos imperial y patriarcal¹⁶⁸³, una respuesta bizarra a la desmoralización por las derrotas frente a los árabes y la erupción en Santorini¹⁶⁸⁴ sobre un contexto de crisis¹⁶⁸⁵ y, en fin, la restauración del autoritarismo “centrípeto” que estaba amenazado por la inclinación “centrífuga” de los monjes y santones, con el icono y las reliquias como principales herramientas de acción sobre las masas¹⁶⁸⁶. A nuestro juicio, las tres primeras pueden ser totalmente desechadas, mientras el resto vendrían a delimitar parcelas que entendemos conformaban una misma y compleja realidad. De hecho, suponen los integrantes básicos de la hipótesis que se perfila en los resultados de nuestro trabajo, admitiendo que esencialmente se trata de un asunto político y no tanto teológico¹⁶⁸⁷. No en balde aúna los ingredientes habituales del resto de “iconoclasmos europeos”, tal y como estudió con detalle Freedberg¹⁶⁸⁸. Estaría en consonancia con las “revoluciones” británicas de Enrique VIII, Eduardo VII e Isabel I, aquella de Florencia

¹⁶⁷⁸ Vasiliev, 1956, *passim*.

¹⁶⁷⁹ Ostrogorsky, 1929, *passim*.

¹⁶⁸⁰ Alexander, 1958, pp. 1-22.

¹⁶⁸¹ Por ej. Schwarzlose, 1890, *passim*.

¹⁶⁸² Una revisión, sin aportar datos concluyentes, ofrecía Kaegi, 1966, *passim*.

¹⁶⁸³ Por ej. Afinogenov, 1994, *passim* y Afinogenov, 1996, *passim*.

¹⁶⁸⁴ Resumen en Mango, 1977, pp. 1-3.

¹⁶⁸⁵ Herrin, 1977, *passim*.

¹⁶⁸⁶ Brown, 1973, *passim*.

¹⁶⁸⁷ Así lo definía Yannopoulos, 1997, *passim*.

¹⁶⁸⁸ Freedberg, 1977, *passim*.

en 1490, el Münster del movimiento anabaptista, el Gran Parlamento en Inglaterra o la Revolución Francesa¹⁶⁸⁹. En suma, “Iconoclasmo bizantino” sería equivalente a “Reforma centroeuropea”¹⁶⁹⁰. Uno y otro, como el resto de “iconoclastias” auspiciadas por diversos soberanos o poderes en distintos periodos de la historia, tuvieron una significativa dimensión socio-política¹⁶⁹¹. Analizaremos de esta suerte sólo las explicaciones del fenómeno consideradas erróneas en todo su contenido.

1. Iconoclasmo y judeo-islamismo

El iconoclasmo como una imitación del judaísmo y/o el Islam encuentra apoyo en las insinuaciones, o incluso directas acusaciones, expresadas en ciertos textos iconófilos, amén de la proximidad entre los decretos contra las imágenes en los recintos religiosos editados por León III (año 626) y el califa Yazid II (año 621). Tendrían validez plena las palabras del patriarca Nicéforo en sus *Antirrheticí*¹⁶⁹² respecto a que “la pestilente herejía” habría sido sugerida por un curandero o brujo judío al líder árabe y después al mismo emperador de Bizancio, todo a cambio de una curación mágica. También el patriarca Germán I parece haber cargado de “mentalidad sarracena” (σαρακηνόφρων) al movimiento iconómaco¹⁶⁹³. No así Juan Damasceno ni

¹⁶⁸⁹ Freedberg, 1977, p. 151.

¹⁶⁹⁰ Freedberg, 1977, p. 166.

¹⁶⁹¹ Freedberg, 1977, p. 167.

¹⁶⁹² *Antirrheticí Nicephori*, PG 100, col. 528-533, Mondzain-Baudinet, pp. 294-296.

¹⁶⁹³ Al respecto, Gero, 1973, pp. 61ss y n. 9.

tampoco el anónimo autor de la *Nouthesia*, un deplorable panfleto dirigido contra Constantino V Caballinos. Se pone de manifiesto que ambos escribían en territorio bajo dominio de los califas y que no procedía exponer semejante noción sin ofender a sus amos¹⁶⁹⁴.

La hipótesis ha sido refutada ya hace algún tiempo, con nulo margen de duda, por los concienzudos trabajos de Sharf¹⁶⁹⁵, Grabar¹⁶⁹⁶, Gero¹⁶⁹⁷ y Auzépy¹⁶⁹⁸. Ellos han venido a demostrar fehacientemente que el Islam nada tiene que ver en este asunto, salvo por su agresividad y expansión territorial, hechos “pertinentes para explicar la crisis bizantina” y la estrategia de resistencia que supuso el iconoclasmo. La actitud islámica *anicónica general*, es decir contraria a las imágenes de todo orden, en puridad nada tiene que ver con la *anti-icónica religiosa* bizantina¹⁶⁹⁹. Es sabido que los emperadores contrarios a la *dulía* fomentaron el arte representativo, bien que su iconografía siguiera otros patrones más profanos. Lo mismo cabe decir de la supuesta influencia hebraica, acaso ya puesta en liza por casi todos los autores iconodulos, en vista a contrapesar la visión veterotestamentaria de sus adversarios. Curiosamente se olvidan de las persecuciones que algunos augustos iconoclastas lanzaron contra esta minoría¹⁷⁰⁰. Cabría añadir que el papel de los judíos en el Imperio siempre fue muy limitado y despreciable en

¹⁶⁹⁴ Gero, 1973, p. 60 y ns. 6 y 7.

¹⁶⁹⁵ Sharf, 1971, pp. 61-81.

¹⁶⁹⁶ Grabar, 1977, pp. 45-52

¹⁶⁹⁷ Gero, 1973, pp. 59-84.

¹⁶⁹⁸ Auzépy, 2004b, pp. 266ss.

¹⁶⁹⁹ Al respecto, vid. Cresswell, 1946, pp. 159-166.

¹⁷⁰⁰ Remitimos al epígrafe de Relato Histórico.

asuntos de gobierno¹⁷⁰¹. En suma, invocar la influencia de cualquier cultura no cristiana en la génesis del iconoclasmo bizantino supone un exceso sin base real ninguna¹⁷⁰².

2. Preferencia iconoclasta de las poblaciones microasiáticas

La piedad “no representacional” que supuestamente habría sido predominante entre las poblaciones orientales del Imperio, contra las occidentales “pro-iconos”, ha sido otra idea defendida por algunos autores, bien que con diversos matices. En origen esbozada por Schwarzlose¹⁷⁰³, encontró eco en Ostrogorsky¹⁷⁰⁴, quien creyó distinguir cierto fondo monofisita en el pensamiento teológico de Constantino V Caballinos. En ese planteamiento, los habitantes microasiáticos serían mayoritariamente antiniconos y contrarios a la doctrina de veneración icónica, sin que sepamos bien cómo se traslada el razonamiento. De cierto parece que hubo algunos preladados iconoclastas en Asia Menor antes del 726, pero también es verdad que se citan muchos más iconodulos en esas mismas comarcas¹⁷⁰⁵. Por el contrario, en el supuesto poniente iconófilo no faltarían contrarios a la dulía, como los titulares de Nápoles, Claudio de Turín o el mismo Teodulfo de Orleans. Acaso este último clérigo erudito fue quien insertó en su posible

¹⁷⁰¹ Al respecto, vid. Sharf, 1971, pp. 61-81.

¹⁷⁰² Brown, 1973, p. 2.

¹⁷⁰³ Schwarzlose, 1890.

¹⁷⁰⁴ Ostrogorsky, 1929, pp. 5, 25-28 y 40

¹⁷⁰⁵ Al respecto, Gero, 1973, pp. 85-93.

discípulo, el príncipe asturiano Alfonso II el Casto, ese sorprendente iconoclasmo hoy aún manifiesto en la decoración original que sobrevive en las paredes de la Iglesia de San Julian de los Prados¹⁷⁰⁶.

Matizaciones a la teoría de Brown sobre la “reacción contra el poder del monacato y los santos hombres”

El enfrentamiento de los monjes y santones contra las autoridades, tanto civiles como religiosas es la teoría desarrollada por Brown¹⁷⁰⁷ en su forma más completa. Propone entender la iconoclastia como una reacción del poder contra quienes amenazaban la potestad de la alta jerarquía eclesiástica y, sobre todo, del emperador. A nuestro sentir, habría que limitarse en puridad al segundo aspecto, ya que todo apunta a que patriarcas y obispos, en su inmensa mayoría, simpatizaron inequívocamente con la iconodulia. Sólo un número muy limitado parecen haber estado convencidos, y tal vez los únicos de los que no cabe mantener reservas fueron Teodoto I Kasiteras, Antonio I Kasimatas y Juan VII Gramático. No obstante, entendemos como muy acertada la oposición monacato *versus* iconoclasmo, hasta el punto que, como Freedberg¹⁷⁰⁸ asegura, la bizantina de aquella época podría ser tomada como paradigmática para el resto de situaciones similares históricas. En el protestantismo inglés, las imágenes serían arrojadas al suelo y los monjes

¹⁷⁰⁶ Al respecto, vid. Schlunk/Berenger, 1957, *passim*.

¹⁷⁰⁷ Brown, 1973, pp. 21ss.

¹⁷⁰⁸ Freedberg, 1977, p. 173.

inmediatamente después expulsados. Se les privó del aura de santidad y terminaron siendo objeto de burla pública. Tanto en fondo como en forma, las coincidencias con el Bizancio de las dinastías siria y amoriana son realmente muy notables.

Hipótesis recesiva sobre la cultura y las ciencias en el periodo iconoclasta

La hipótesis tradicional sobre la cuestión de las letras y la ciencia en Bizancio es aquella que señala una recesión cultural, amplia y profunda. Sus fundamentos parecen ser de dos órdenes. Por un lado estaría la acreditada disminución de obras y autores en el mundo bizantino entre el 650 y el 775 según Kazhdan¹⁷⁰⁹ o hasta el 850 conforme a Kougéas¹⁷¹⁰. Los *scriptoria* aparentemente apenas producen códices, tanto textos profanos como religiosos. El *gap* aún sería más extremo en los 50 años habidos entre la muerte del patriarca Germán (ca. 730) hasta el Séptimo Concilio (780), al decir de Mango¹⁷¹¹. En otro orden vendrían a certificarlo, por vía indirecta, las fuentes bizantinas que hablan de emperadores (en particular León III y Constantino V), capaces de destruir libros y asesinar profesores. Serían, al decir de esos mismos cronistas, líderes brutos que sufrían de una profunda ignorancia (*ἀπαιδευσία*) y actuaban conforme a su mente depravada

¹⁷⁰⁹ Kazhdan, 1999, pp. 137-138.

¹⁷¹⁰ Kougéas, 1953, pp. 458ss. Al respecto, vid comentarios en Lemerle, 1971, p. 77.

¹⁷¹¹ Mango, 1975, p. 45.

(ἀμαρτίνοος). El primer factor tal vez sea indiscutible pero la causa de ello puede cambiar en manera radical el aspecto del tema. Lemerlé¹⁷¹² ya había llamado la atención sobre lo singular de que la sequía afectaba tanto a textos profanos como religiosos, resultando increíble que durante ese tiempo al menos los segundos no se copiaran. Parece evidente el inapelable concurso de una razón poderosa, fuera de lo común y ajena al conflicto, y no es necesario buscar demasiado para encontrarla. La mortandad y destrucción provocadas por las guerras totales, primero con Persia y, sin solución de continuidad, la embestida árabe (amén de la presión de ávaros, eslavos y búlgaros en las provincias europeas) estarían detrás de semejante debacle. Así se aniquilaron las condiciones necesarias para el desarrollo de la actividad intelectual en ciudades como Cartago, Alejandría, Antioquía, Cesarea, Mileto o Serdica; las que habían sido principales centros productores literarios de cualquier orden en la Romanía. Hablamos de una sustancial merma territorial y económica¹⁷¹³; las rentas públicas podrían haber disminuido desde unos 11'3 millones de *nomismata*, hacia el 540, a tan sólo 2 en el 668. La etiología, por utilizar el argot médico, es manifiesta sin resultar necesario ningún otro factor para explicarlo. Sabemos que incluso el propio patriarca Nicéforo¹⁷¹⁴ recoge la cadena de sucesos y viene a reconocer que el retroceso de las letras se derivaba de la inseguridad, efecto de los desastres bélicos acaecidos en el intervalo anterior a la dinastía siria. En verdad, no parece adecuado colocar la disminución de códices en el “debe” del

¹⁷¹² Lemerle, 1971, pp. 77ss.

¹⁷¹³ Un análisis claro de esta etapa (“catástrofe y contención”) se ofrece en la síntesis histórica de Treadgold, 2001, pp. 111-152 y para las cifras ofrecidas remitimos a la tabla 1 en la p. 277.

¹⁷¹⁴ *Crónica de Nicéforo*, De Boor, p. 52. Comentarios en Lemerle, 1971, p. 74.

periodo iconoclasta, porque el fenómeno se inicia antes de León III y justo comienza a remitir en ese mismo reinado o su sucesor inmediato. A despecho de la apreciación de Mango, es probable además que semejante déficit no sea tan real, y esté sesgado por dos factores. Primero, que posiblemente muchos documentos de esos años se escribieron sobre papel, un material perecedero que a buen seguro ha mermado lo restante. Segundo, que la concienzuda censura iconófila posterior también sería razón, al menos para una notable parte. En efecto, la idea de “siglos oscuros” debe mucho a los iconodulos triunfantes, a la implacable *damnatio memoriae* que consigue hacer desaparecer toda la producción literaria de alguna manera relacionada con aquellas dinastías¹⁷¹⁵. Cualquiera que sea el aspecto tratado, es posible advertir la pertinaz ocultación, incluso en las ruinas pétreas¹⁷¹⁶. Respecto a la idiosincrasia anti-cultural de los emperadores iconoclastas en general, la refutación tampoco resulta difícil. León V Armenio y Miguel II Amoriano fueron rudos soldados, acaso con escasa educación, pero no estaban fuera de la norma. Antes y después de ellos hubo muchos hombres de acción con poco nivel educativo que en absoluto gestaron semejante fama. Respecto al resto, la cuestión cambia diametralmente. León III no parece haber sido iletrado, mientras Constanino V y Teófilo, ambos “porfirogénetas”, sabemos que recibieron la mejor de las educaciones posibles en Constantinopla. El primero pasa de hecho por ser uno de los principales intelectuales del iconoclasmo¹⁷¹⁷. Aún así, es el que mayores y más sonoras invectivas ha recibido, superando acaso las dirigidas contra cualquier otro emperador,

¹⁷¹⁵ Magdalino, 2006, p. 23.

¹⁷¹⁶ Remitimos al capítulo de Fuentes.

¹⁷¹⁷ Remitimos al epígrafe correspondiente en Fuentes.

anterior o posterior. Empero, ciertas de ellas tal vez puedan resultar orientativas en lo que atañe a nuestro tema. La de Constantino V según Teófanos¹⁷¹⁸, era la “ignorancia propia del hereje” y de los “impuros”. El emperador era un miserable incapaz de advertir “la verdad absoluta”, que “dominado por satán” estaba dispuesto a “destruir los verdaderos textos”. En la tradición más autonomista del clero, aquella ya enunciada por Gregorio de Nazianzo¹⁷¹⁹, los iconodulos parecen creer que “hablar de Dios no está accesible para todos”, que debería restringirse a ese “oficio de puros”, a quienes “han purificado alma y cuerpo”. Ésta es la tesis, por ejemplo, que se anticipa una y otra vez en los *Antirrhetici* niceforianos¹⁷²⁰. Si los iconoclastas se atreven a poner en duda la doctrina tradicional y exponen sus argumentos teológicos, sólo es porque su ignorancia de esas cuestiones les hace atrevidos. Como Auzépy¹⁷²¹ subraya, no les son extrañas las normas gramaticales y la tradición antigua, sino la palabra divina y la “realidad de la encarnación”. Los propagandistas partidarios del culto a los iconos y los santos han tachado a sus enemigos de incultos, pero hablan de la “verdadera sabiduría”, en referencia al dogma y la fe. La sinrazón iconoclasta enfrentada a la lógica iconodula se convertirá en un tópico, el hecho histórico se ve desplazado por el lugar común¹⁷²². Estaríamos ante una impostura que los continuadores llevarán al extremo, articulando patrañas como la de una supuesta destrucción prendiendo fuego a la Universidad, con los profesores

¹⁷¹⁸ *Cronografía de Teófanos*, De Boor, p. 405.

¹⁷¹⁹ Baste recordar su pensamiento expresado en “Fuga”.

¹⁷²⁰ Remitimos al epígrafe en Fuentes.

¹⁷²¹ Auzépy, 2006, pp. 104-105.

¹⁷²² Lemerle, 1971, p. 94.

dentro, por el maligno emperador que da inicio a la herejía. Con todo no resulta difícil interpretar en manera verosímil la maliciosa ficción escrita por Teófanos. Tal vez León III en efecto eliminó a los clérigos docentes, no físicamente pero sí apartándolos del claustro “universitario” civil. Bien pudo limitarse a ejecutar con pulcritud la normativa justiniana al respecto o incluso articular alguna nueva que impidiera a los religiosos enseñar en la institución docente imperial. El trasfondo de la noticia “incendiaria” sería el eco de tales medidas tendentes a conservar la independencia de la enseñanza profana frente a los deseos de la Iglesia por ocupar esa parcela. Es posible que al final de la dinastía heracliana el patriarcado hubiera conseguido avances significativos en su anhelo de controlar las vetustas y tradicionales cátedras, que se remontarían a la época de Teodosio II, bien que con lógicas modificaciones en cada etapa. Sabemos que la pugna continuará bajo los macedonios para sólo en tiempos de los Comneno llegar las autoridades eclesiásticas a casi monopolizar la educación superior.

Sea como fuere, tal y como hemos analizado antes, podemos estar convencidos de que algunos “catedráticos” laicos, a buen seguro iconoclastas, ejercieron en la Constantinopla de los gobernantes sirios y amorianos. Ya hemos tratado esta cuestión en el epígrafe de la “Universidad de Constantinopla” y sólo cabe recordar lo esencial. Por un lado que poetas iconoclastas elaboraron versos “contra los iconos”, algunos de los cuales se llegaron a exponer en ciertos edificios públicos. Por otro que el centro de altos estudios ubicado en el Capitolio continuaba de alguna forma en la llamada “Escuela de los Cuarenta Mártires”, del mismo modo que el

asociado a la Basílica se mantenía en el designado como “Escuela de la Chalcostrateia”. Si a esta constancia de buen nivel de educación se añaden los signos de actividad y hasta los avances técnicos ya señalados, la perspectiva de una involución cultural y técnica bajo los gobiernos iconómacos pierde toda consistencia a favor de lo contrario.

Hipótesis recesiva sobre la medicina del periodo iconoclasta

Durante mucho tiempo se ha reclamado como un “hecho” la supuesta exacerbación de cuanto negativo hubo en la medicina bizantina precisamente bajo la iconoclastia. Semejante panorama oscuro lo han dibujado autores de gran renombre, tales que Laín Entralgo¹⁷²³, quien in vacuo achacaba a una supuesta destrucción de monasterios la pérdida de muchos libros, textos médicos incluidos, provocando un “serio colapso del desarrollo de la medicina constantinopolitana”. En verdad, las objeciones a esta simplista declaración surgen sin dificultad. Lo primero sería recordar que la “ruina monástica” (más bien simple secularización) dista mucho de haber sido algo numéricamente significativo. Sabemos que se trató de casos puntuales, cenobios muy concretos que en general se desacralizaron para servir como cuarteles, y nunca con vandalismo¹⁷²⁴. A buen seguro, continente y contenido fueron respetados, como atestiguan las supervivencias de edificios y las normas para conservar los relicarios, pese a negar el valor de la reliquia.

¹⁷²³ Laín Entralgo, 1978, p. 155.

¹⁷²⁴ Remitimos al epígrafe de Relato Histórico.

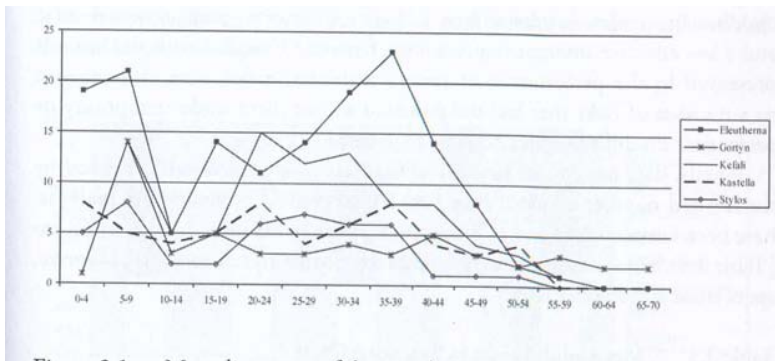


Figure 2.1 Mortality curve of the populations

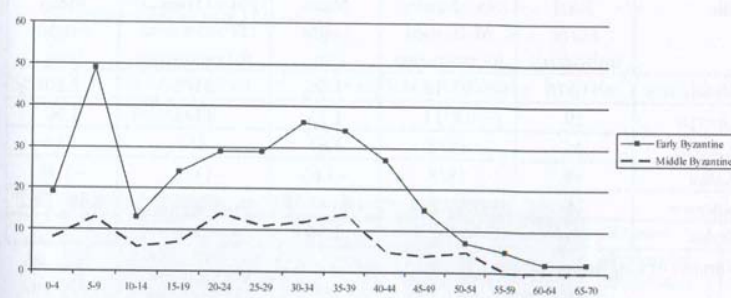


Figure 2.2 Mortality curve of the populations by time period

Fig. 78. Conforme a los resultados de diversos estudios sobre lugares arqueológicos, parece razonable suponer que la mortalidad mantuvo durante los periodos proto y medio bizantino los mismos parámetros, con una elevada tasa infantil y esperanza media de vida establecida entre la tercera y cuarta décadas. Eso puede significar que ningún cambio esencial se dio tanto en la alimentación como en los cuidados médicos, amén de conflictos y catástrofes. Fuente: Bourbou, 2010.



Fig. 79. Codex Vitr. 26-2. Fol. 131r. Según Esquilizés. en tiempos de Romano I Lecapeno los cirujanos de Constantinopla se atrevieron a intentar una separación de siameses pipópagos. La situación era obligada porque uno de ellos había fallecido. Al parecer el paciente sobrevivió durante algunos días, lo que supone un notable éxito. No deja de ser un dato muy significativo respecto al nivel de la cirugía bizantina, apenas 75 años después de que la doctrina iconoclasta hubiera sido proscrita.

Lo segundo, y aún más importante, es que igualmente se olvida la enorme diferencia que entre Occidente y Oriente existía entonces en ese apartado. Los códices bizantinos no se conservaban principalmente en los claustros, más al contrario se mantenía una tradición seglar que fue preponderante. Bibliotecas “imperiales” y privadas, talleres “libres” civiles de copia “a demanda”, escuelas manejadas por maestros independientes eran, y serían hasta tiempos de la dinastía Comneno, el fundamento de la enseñanza y la transmisión de conocimientos en Bizancio. Tales realidades han sido objetivadas y puestas de relieve por, entre otros, Cavallo¹⁷²⁵ y Wilson¹⁷²⁶. En suma, deberíamos subrayar que la medicina bizantina iconoclasta, como la precedente y la macedonia, apenas tuvo un contacto tangencial con el monasticismo, su ejercicio radicaba en gabinetes y xenones, se enseñaba en forma iatrosofística o frontistérica y los textos eran privados o radicaban en bibliotecas xenónicas.

¹⁷²⁵ Cavallo, 1988/1993, pp. 283-284.

¹⁷²⁶ Wilson, 1994, pp. 24-25.

VI

RESPUESTA A LAS PREGUNTAS, EVALUACIÓN DE LA HIPÓTESIS HEURÍSTICA Y CONCLUSIONES FINALES

Tras la exposición de los resultados y su discusión razonada, podríamos estar ahora en condiciones de responder a las preguntas formuladas. Cabe adelantar que, al menos en grandes rasgos, consideramos la hipótesis de trabajo refrendada. También que los elementos de singularidad resultan evidentes, al igual que su carácter inequívocamente positivo respecto al desarrollo de las ciencias en general y la medicina en particular. La única explicación para que no se procediera a un desarrollo sostenido sería, a nuestro juicio, el fracaso político de la opción iconoclasta. Sabemos que el régimen ortodoxo-iconodulo impuso una férrea disciplina en la sociedad. La *damnatio memoriae* y censura aplicadas fueron de un rigor sin precedentes, afectando a los principios, el modo de vida y la actitud vital que preconizaba el pensamiento reformista iconómaco. Algunos rasgos del periodo maldito, no obstante, se manifestarían en el posterior y ellos habrían contribuido al desarrollo del llamado “renacimiento” bajo los emperadores macedonios. La estabilidad político-social y bonanza económica gestadas estarían entre los condicionantes de semejante viveza en el arte y la retórica. Con todo, la pérdida del naturalismo y racionalismo que podría haber generado la iconodulia, con su corolario de presbeia y milagrismo, condujo a sesgar esa madurez intelectual hacia estudios literarios en detrimento de los científicos. La medicina se vería afectada de un modo en esencia similar. Así, mientras durante el corto tiempo iconómaco se escriben tratados anatomofisiológicos y sinopsis clínicas enfocadas a una práctica sin demasiados lastres teóricos, con los ortodoxos más inmediatos se retorna al enciclopedismo erudito pero

carente de espíritu práctico y crítico, ejemplarizado en el texto de Teófanos Crisobalantes. La visita de Hunain ibn Ishâq al Bizancio antiidolátrico tendría como resultado el estímulo del hipocratismo y galenismo en el mundo árabe. Cabe resaltar por último, que algunos avances se dieron por entonces, de orden anatómico (descubrimiento de las venas antebraquiales basílica y cefálica) y quirúrgico (uso de las señaladas en el sangrado “terapéutico” y técnica de litotricia transuretral). Serían el testimonio de una mayor amplitud de conocimientos, la destreza adquirida por el ejercicio y acaso también la disección, amén de un espíritu más positivista y resuelto.

VI. A. RESPUESTA A LAS PREGUNTAS SURGIDAS EN EL DESARROLLO DEL TEMA

Una vez refutadas las hipótesis recesivas sobre la cultura, ciencia y medicina en el periodo iconoclasta pretendemos ahora enfocar la cuestión mediante el abordaje de una lista de preguntas directas que juzgamos son la clave para poder dar respuestas generales. El método, que podríamos llamar “interrogación” (πεύσεις), fue el utilizado por Constantino V Caballinos en su esfuerzo por obtener consenso respecto a la idoneidad o no del culto a las imágenes. Posiblemente el emperador pretendió ofrecerlas a la asamblea de obispos, someterlas a discusión y ver si obtenían la ansiada aprobación. No era por entonces algo novedoso, desde luego, pero nos parece oportuno traerlo a consideración para entender el carácter antinómico de la crisis. Se

trató de una agria pugna “entre contrarios” irreconciliables, también desde la perspectiva intelectual, articulándose dos partidos que discutían sobre una gran variedad de asuntos. Honestamente pensamos que este mismo sistema dialéctico, de pregunta y respuesta conforme al método erotapocrítico, también puede servir a nuestro empeño.

Preguntas nucleares en torno a la cuestión de la cultura y ciencia en el periodo iconoclasta

— ¿HUBO UNA “CULTURA ICONOCLASTA”?

La iconoclastia afectó a las más diversas facetas de la existencia humana privada y en común, originando una profunda división “ideológica” entre grupos. Ello ya nos permitiría plantear la cuestión de si en realidad durante ese periodo se intentó desarrollar una genuina “cultura iconoclasta”, antagónica de la que reconocemos como “ortodoxa”. Ciertamente los datos que abogan por su existencia no son pocos y, en general, muestran notable consistencia. Se trata de un catálogo de preferencias entre distintos saberes y habilidades, creencias o ideologías aceptadas como verdaderas y beneficiosas, valores morales y símbolos asumidos, costumbres y tópicos que se respetan por la comunidad, jerarquías o relaciones sociales e intrafamiliares, gustos artísticos y afanes o grandes proyectos edilicios emprendidos con el aplauso

de la población, prioridades y esfuerzos en lo tecnológico sostenidos por el erario público, amén de pautas de conducta o aspiraciones de la sociedad. La profesora Auzépy lo ha subrayado en varias ocasiones¹⁷²⁷. Abordaremos en epígrafes secuenciales los condicionantes y características para aceptar la hipótesis.

¿Se dieron las circunstancias sociales y económicas propicias?

Para que sea posible una cultura está claro que debe haber unas condiciones socio-económicas adecuadas. La deriva de retroceso en territorio, economía y demográfico que sabemos sufrió el Imperio Romano Oriental bajo la dinastía heráclida, parece que precisamente se revierte a partir del largo reinado de León III Sirio y, sobre todo, bajo Constantino V Caballinos. Entre ambos suman varios decenios de reformas, estabilidad y victorias en el campo de batalla, con estabilización en las fronteras y seguridad en el interior. La recuperación podría haber sido relativamente rápida y de entidad, con un desarrollo de la agricultura, la artesanía y el comercio. Algunos datos apuntan, de hecho, a un incremento de la monetarización¹⁷²⁸, y otros más de diversa índole se suman para dar por cierto un auge comercial y hasta bonanza. También todo sugiere que el Estado fue mucho más eficiente en la obtención de recursos, con nuevas medidas recaudatorias y mayor justicia social. Ese fenómeno apunta haber sido renovado bajo León V y la dinastía amoriana, años en los que no parece que la administración haya tenido

¹⁷²⁷ Por ej., Auzépy, 2006, p. 112.

¹⁷²⁸ Remitimos al artículo citado de Morrison, 2001, *passim*.

ningún problema de tesorería y tampoco la fuerza armada dificultades para reponer las pérdidas en el campo de batalla.

¿Un “radical cambio de hábitos”, vida devota versus profana?

Nuestra percepción es que en verdad los iconoclastas pretendieron sustituir una “vida devota” por una “vida profana”. Afectaría a facetas tanto privadas como públicas del *modus vivendi*, entre las que podemos destacar los hábitos individuales y relaciones sociales, la escala de valores, la liturgia religiosa y los gustos artísticos. Se podrían concretar en los siguientes apartados:

1.- La iconomaquia tiene preferencias en la vestimenta, apostando por el color frente al “tenebroso” hábito monástico, también en interiorismo, donde está en contra de adornar la casa con motivos piadosos, en particular la mesa y los utensilios domésticos. Al contrario, parece abogar por el uso de estampas seculares en ese interior civil o, para el caso de edificios públicos, relativas a la llamada “ideología imperial”.

Lo cierto es que la arqueología ha podido descubrir la implementación de un cambio tras el siglo IX. Se trata de que las figuras de Cristo y religiosas en general, abundantes antes del siglo VIII, llegan a desaparecer de los textiles, seguramente víctimas de la actitud generada bajo la iconoclastia¹⁷²⁹. En la alimentación, los contrarios a la dulzura prefieren la carne y caprichos culinarios, en tanto sus opositores defienden cierto vegetarianismo y frugalidad. Los

¹⁷²⁹ Maguire, 1996, pp. 100-106, esp. pp. 137-145

iconómacos no desdeñan el sexo, la música y diversión mundanas. Fustigan la continencia o el ascetismo y hasta “se ríen de las vidas de santos”¹⁷³⁰. Son hombres “vitalistas” que “se abandonan a la carne”, a los placeres de este mundo y “son esclavos de su vientre”¹⁷³¹. No “perseveran en la oración ni el ayuno, tampoco tienen ninguna veneración por la virginidad ni respeto por la sabiduría [teológica]”¹⁷³².

Está claro que defendían y practicaban un espíritu festivo y secular, violentamente repudiado por los iconófilos, en particular los estratos más conservadores de la alta sociedad y entre ellas con mayor énfasis las mujeres, ciertos clérigos rigoristas y los monjes de las llamadas “comunidades privadas”¹⁷³³.

2.- Los iconoclastas asumen la religión como algo esencial y prioritario, pero parecen menos dispuestos a la superstición y el fanatismo que sus adversarios. Reprochaban a los iconófilos que se apoyaran sobre la “fe pura” y “la tradición no escrita”¹⁷³⁴. Ellos sólo reconocían la validez de los escritos bíblicos y la patrística. No temen la muerte ni el juicio final y los actos “divinos” son por ellos considerados como “comedia y puerilidad”¹⁷³⁵. Serían “cristianos más racionales” que no creen en el milagro “habitual” o “disponible”. Es notorio que justo por ello los iconófilos los califican una y

¹⁷³⁰ *Antirrhetici Nicephori*, PG 100, 516D, Mondzain-Baudinet, p. 286.

¹⁷³¹ *Antirrhetici Nicephori*, PG 100, 492B, Mondzain-Baudinet, p. 269.

¹⁷³² *Antirrhetici Nicephori*, PG 100, 489A-489B, Mondzain-Baudinet, p. 267.

¹⁷³³ Hatlie, 2007, p. 362.

¹⁷³⁴ *Antirrhetici Nicephori*, PG 100, 385B, Mondzain-Baudinet, p. 191.

¹⁷³⁵ *Antirrhetici Nicephori*, PG 100, 492B, Mondzain-Baudinet, p. 268.

otra vez como “incrédulos hacia los signos divinos”¹⁷³⁶. Tienen por acertado que lo eclesiástico “debe ceder ante el régimen de leyes y actos civiles”, en suma someterse a los poderes emanados del orden laico¹⁷³⁷.

3.- Los iconoclastas preferían los motivos seculares frente a los religiosos. Los ejemplos de ello son abundantes, tal que la sustitución de un grupo relativo a los 6 concilios ecuménicos presente en el Milion por una hazaña del auriga Ouranos con su carro de carrera; o escenas de la vida de Cristo presentes en la Iglesia de Blaquernas por “todo tipo de árboles, pájaros y animales”. En general, estamos ante la eliminación de figuras religiosas y fomento de aquellas relativas a la naturaleza, paisajismo, vida ordinaria, carreras, caza, guerra e incluso teatro.

¿Favorece la iconoclastia una proliferación y “democratización”, amén de mayor simplicidad y mejor orden de los manuscritos?

La respuesta también entendemos que es positiva, sobre la base de los siguientes hechos:

1.- Aparición de la “escritura minúscula”

Ello habría ocurrido hacia el 780, tal vez de forma simultánea en Constantinopla y Palestina o tal vez aún antes, cerca del 750 en el entorno del Gran Palacio. Se compone con letras reducidas, ligadas dentro de palabras separadas, provistas de acentos, con iniciales que se destacan,

¹⁷³⁶ *Antirrhetici Nicephori*, PG 100, 516B, Mondzain-Baudinet, p. 286.

¹⁷³⁷ *Antirrhetici Nicephori*, PG 100, 504A, Mondzain-Baudinet, p. 277.

largas y/o decoradas. A menudo se acompañan de miniaturas ilustrativas. El resultado es una división del documento en unidades coherentes, señalando con nitidez los comienzos y finales de cada segmento de texto. Es evidente que todo lo descrito redundaba en una mayor rapidez de escritura y confort de lectura.

2.- Uso masivo del papel

El papel es un material mucho más barato que el precedente pergamino o piel animal, y supone una rebaja considerable de los costos. El códice podría haber sido algo menos costoso y más accesible.

— ¿HUBO UNA “CIENCIA ICONOCLASTA”?

¿Los iconoclastas rechazan los “poderes mágicos”?

Al sentir de los iconoclastas, las reliquias, los iconos y el “agua sagrada” (agismas) carecían de verdadera fuerza taumatúrgica, un principio “antimagia” que parece haberse extendido a cualquier otra manifestación de cultura y conocimiento. Cabe imaginar que en medicina igualmente abominaban del uso de tales elementos en el diagnóstico y la terapéutica. Por el contrario los iconófilos parecen creer firmemente en sus poderes y en la facilidad para que, mediante las obras u oraciones pertinentes se manifestaran. Recordamos que los centenares de padres reunidos en el trascendental Concilio de Nicea II consideraron argumento a favor de la

iconodulia un extracto de los *Milagros de San Cosme y Damián* en donde se relataba la curación de cierta mujer (que sufría un cólico) tras ingerir una decocción a base de raspaduras obtenidas desde un fresco que representaba a dichos santos¹⁷³⁸.

¿Los iconoclastas aplican principios teoréticos “simplificadores”, “evidentes” y sólidos?

En teología, y por ende en el resto del saber, los iconoclastas parece que prefieren argumentos y pensamientos “simples”, pero igualmente “demostraciones rigurosas y proposiciones evidentes para todos”, en palabras del patriarca Nicéforo¹⁷³⁹. Además se cuestionaban, como asevera el mismo clérigo iconodulo, “lo que nunca antes se había cuestionado”, en tanto buscaban (bien que en vano) “una verdad evidente para todo lo que brilla bajo el sol”¹⁷⁴⁰.

¿Los iconoclastas fomentan la obra “civil”, la tecnología, la matemática, la música y la medicina?

Destacaríamos que el principal “sabio” de la época es un matemático/filósofo/médico, el célebre León Constantinopolitano. Entre los escasos materiales de la época conocidos, sobresalen con mucho, las obras civiles

¹⁷³⁸ Comentarios en Auzépy, 2007, p. 26.

¹⁷³⁹ *Antirrhetici Nicephori*, PG 100, 376A, Mondzain-Baudinet, p. 183.

¹⁷⁴⁰ *Antirrhetici Nicephori*, PG 100, 365B, Mondzain-Baudinet, p. 250.

(acueducto, murallas, fortalezas, pabellones palatinos urbanos y suburbanos), junto a los sofisticados “autómatas”, los suntuosos y complejos órganos musicales (para ceremonias civiles) y los libros “técnicos”, en particular los ejemplares de matemáticas, astronomía y hasta filosofía política (como las *Leyes de Platón*). La propaganda iconófila se lamenta de la falta de atención mostrada por los emperadores iconoclastas hacia las grandes construcciones, mobiliario y joyas religiosas. Sería muy de destacar la utilización que hizo León Constantinopolitano, por vez primera en la historia, de las letras griegas como símbolos algebraicos sin valor numérico concreto¹⁷⁴¹. Representa un testimonio brillante de la capacidad de abstracción del autor y de sus principios simplificadores. Por desgracia no tuvieron continuidad, habrá que esperar hasta el siglo XVI con François Viète para que se extienda el procedimiento¹⁷⁴². Acaso se debería a la interrupción de aquel espíritu cientifista de la época, tras imponerse el llamado Triunfo de la Ortodoxia.

¿Actividad edilicia notable en extensión y de calidad?

La calidad de la fábrica en la gran reforma del *Dikeraton* sobre una amplia extensión de la triple muralla teodosiana en Constantinopla es muy notable y lo mismo cabe decir de las empresas desarrolladas por León V y los soberanos de la dinastía amoriana¹⁷⁴³. El conjunto de la tarea edilicia de los emperadores iconoclastas es también significativo, en particular el

¹⁷⁴¹ Stuloff, 1988, pp. 56-58.

¹⁷⁴² Resaltado por Signes Codoñer, 2000, p. 251.

¹⁷⁴³ Foss/Winfield, 1986, pp. 53-55, 66.67 y 70-71.

que deriva del impulso renovador lanzado por Constantino V Caballinos, emperador que seguramente fue el artífice de articular una nueva dinámica demográfica y urbana en el Bósforo¹⁷⁴⁴. Cabe resaltar que predominaron las realizaciones de orden civil, en particular infraestructuras de saneamiento como la gran reconstrucción del sistema hídrico en la capital.

¿Textos científicos de calidad, evidencia de un interés por ese tipo de conocimiento?

En el periodo predominan los tratados científicos sobre los teológicos y la literatura. Los principales protagonistas intelectuales de la iconoclastia favorecen las ciencias “fuertes”, en particular exactas y hasta experimentales. Es casi seguro que por esto último se les acusa a menudo por los coetáneos de ejecutar “prácticas oscuras y peligrosas”.

En ocasiones también se ha esgrimido después el argumento de que apenas son cesiones pueriles a la “adivinación” y la magia. No obstante, todo apunta a que las empresas derivaban hacia algo más material y tangible. Al decir del patriarca Nicéforo, los iconoclastas se encontraban “prisioneros de las cosas de este mundo”¹⁷⁴⁵. Con el testimonio brillante que aporta la actividad “privada” de Juan VII Gramático, la biblioteca de León Constantinopolitano, ciertos avances tecnológicos y de manera singular el códice *Vaticanus Graecus* 1291, provisto de peculiares ilustraciones exentas de pretensión religiosa, cabe afirmar que bajo los emperadores contrarios a

¹⁷⁴⁴ Magdalino, 2007, *passim*.

¹⁷⁴⁵ *Antirrhethici Nicephori*, PG 100, 465C, Mondzain-Baudinet, p. 251.

la cual se vivió un periodo de interés por la invención y el conocimiento de orden físico-natural. Los textos generados para dar salida a esa nueva línea de información y saber se verían adornados con un estilo propio de ilustración.

¿Una reactivación y apertura a nuevos campos de la enseñanza durante el periodo iconoclasta?

Es muy probable que se diera un estricto mantenimiento, y aún resurgir en algunos aspectos, de la enseñanza elemental, media y superior durante el periodo iconoclasta y los paréntesis interpuestos. Para esta aseveración contamos con los siguientes datos:

1.- Excelente nivel de la lengua escrita y gran competencia de muchos gramáticos.

2.- Inmejorable formación que se pone de manifiesto en los escritos de abades y obispos, a menudo los mismos que fueron feroces adversarios de la iconoclastia.

3.- Noticias de la existencia de un sistema de educación primaria (propaideia) y secundaria, bajo control todavía del *ordo civilis*, esencialmente sin “despaganizar”, en todo similar al de la época bajo-imperial, conforme se puede leer en múltiples *Vitae* y *Miracula*.

4.- Sospecha de una mayor vitalidad y demanda de literatura, a juzgar por el invento en aquel entonces de la letra minúscula e incluso de

una extensión a capas menos favorecidas, virtud a la generalización del papel en detrimento de otros materiales más costosos. Se hablaría de una tendencia a la “democratización”, siempre en términos relativos, del acceso al conocimiento.

— ¿INFLUYÓ LA ICONOCLASTIA EN LA MEDICINA?

¿Un impulso asistencial? ¿Mayor énfasis del poder imperial en asegurar el cuidado de la salud y el cubrimiento de las necesidades básicas, en particular para pobres, huérfanos y viejos?

Entendemos que una respuesta afirmativa en ambas cuestiones es la más verosímil. Para ello recopilamos los siguientes datos:

A. Legislación de León III/ Constantino V

— Fundamentos del derecho (el preámbulo de la *Ecloga Legum* sería muy significativo al respecto).

— Elevación del rango y aumento de las tareas ejercidas por el funcionario llamado “orfanotrofo” (ὀρφανοτρόφος), que pasa a ser un oficial de la administración de primer nivel, ya con dignidad de patricio, la más alta del organigrama bizantino. Sería una señal inequívoca del aumento considerable en el número y la entidad de los diversos centros asistenciales los cuales sabemos contaban con personal sanitario.

— Traslado hacia la jurisdicción del Estado de todas las principales instituciones filantrópicas médico-asistenciales, que serán dirigidas y gestionadas por funcionarios imperiales (los “xenodocos”).

B. Permanencia de las instituciones asistenciales previas y fundación de otras nuevas, posiblemente de gran tamaño y bien dotadas.

— Los grandes xenones tradicionales (Sampson, Irene en Perama, Marcianos y Eubolos) se mantienen en su nivel habitual.

— Fundación del Xenón de Teófilo, un hospital que rivaliza con los mejores. Se alzaría justo en el mismo espacio donde mucho más tarde, Juan II Comneno y su esposa Irene la Húngara fundarían el “Hospital del Pantocrátor” (¿una re-fundación?)

¿Un impulso en la “investigación médica”, básica y aplicada?

También asumimos que ese hipotético estímulo en efecto tuvo lugar, derivado del ambiente social y el apoyo del Estado, y al respecto las pruebas más significativas serían:

1. Aumento absoluto y relativo de la literatura médica.

— El peso de la literatura médica (y no religiosa en general) parece haber sido mayor en términos absolutos, consideradas otras épocas previas y posteriores, ello pese al concienzudo empeño de hacer desaparecer toda obra emanada desde el entorno imperial. El número de obras dedicadas a

temas sanitarios, de índole clínica y preclínica, es relativamente elevado y su peso cobra aún más estima si consideramos la sequía de documentos escritos que se reconoce en el periodo.

2. Constancia de una actitud “naturalista” frente al cuerpo muerto.

— Al sentir iconoclasta, la reliquia es en puridad un cuerpo muerto, y en consecuencia siempre se descompone, salvo actuación técnica de los embalsamadores. De ello cabe deducir que en lo terrenal y ordinario “prevalece la naturaleza sobre cualquier otro factor”, incluida la santidad. El caso paradigmático sería el comportamiento de Constantino V Caballinos con la reliquia de Santa Eufemia. Los iconoclastas estaban convencidos del predominio de “las leyes naturales” y desestimaban la influencia de la divinidad mientras tampoco venían a asumir sin críticas la eficacia salvífica de las reliquias.

3. Constancia de cierta práctica anatómica

Tendríamos por muy probable la realización de disecciones, al objeto docente e incluso investigador. Los testimonios pertinentes, de cuya datación no cabe inseguridad alguna, podríamos sintetizarlos en dos grupos:

— Vivisección con el objetivo manifiesto de “comprender la estructura del cuerpo”, al decir de Teófanos Confesor.

— “Troceado de cuerpos”, “Sacrificios humanos” o “sacrificios adivinatorios” ofrecidos por Constantino V Caballinos a las “divinidades helénicas”, según León Gramático. Serían referencias a una actividad

anat6mica auspiciada por el emperador, al menos en el c6rculo m6dico m6s pr6ximo (cuerpo de archiatros palatinos).

4. Constancia de nuevos descubrimientos morfol6gicos y cl6nicos

— Determinaci6n de dos puntos venosos, el “bas6lica” y “cef6lica”, ligados a procedimientos de flebotom6a y seguramente tambi6n pr6ctica de disecci6n.

— Distinci6n entre poliartritis reumatoide y la artritis gotosa, conforme al compendio de Le6n Constantinopolitano. Supone un esp6ritu observador y observancia estricta de los principios racionales hipocr6ticos.

5. Constancia del desarrollo de nuevas t6cnicas quir6rgicas

— Procedimiento de la litotricia previa del c6lculo llevada a cabo sin incisiones, por v6a retr6grada, antes de favorecer su expuls6n con la orina.

Nota para los apartados 4 y 5: Se trata de ejemplos y datos poco menos que aislados y sin aparente continuidad, pero en la ciencia hist6rica no es raro emitir generalizaciones a partir de un n6mero muy limitado de datos.

6. Aparici6n o desarrollo acelerado de los llamados “mementum cl6nicos bizantinos”.

Parecen estar concebidos pensando en la actuaci6n diagn6stica y terap6utica de un xen6n o centro donde deber6an ser explorados muchos pacientes en un tiempo limitado. No hay seguridad de que el g6nero surgiera justo bajo la iconoclastia, pero podemos asumir que en este tiempo

proliferaron hasta terminar de establecerse como un subgrupo significativo de literatura médica.

7. Posible fijación de estándares racionales en los textos médicos

Las sinopsis de Pablo Niceno y León Constantinopolitano respetarían los principios de orden, claridad, validez y, sobre todo, ausencia de toda cesión a la potencialidad místico-mágica.

VI. B. RESPUESTA A LAS PREGUNTAS PROPUESTAS EN LA INTRODUCCIÓN

Entrando en las cuestiones explícitas apuntadas en el primer apartado de la tesis, pasamos ahora a exponer las conclusiones generadas por el estudio.

A.1. ¿Qué aconteció en la esfera de la medicina durante el periodo iconoclasta en Bizancio? Pensamos en los hechos y circunstancias atinentes a cada una de las parcelas que conforman la actividad médica, desde la formación y el cuadro de valores ético-ideológico-religiosos hasta los profesionales, el ejercicio privado, la asistencia pública, la farmacopea, los actos médicos, el instrumental y técnicas de cirugía, los actos quirúrgicos y las publicaciones.

1.- Mantenimiento de la doble vía en la formación privada (“iatrosofística”) y pública (“xenónica”).

2.- Continuidad, sino refuerzo, de la filantropía y los principios cristianos de caridad.

3.- Vigencia de la ética profesional hipocrática.

4.- Persistencia de los gabinetes médicos privados tradicionales.

5.- Ejercicio de calidad, con carácter gratuito y universal, en los xenones.

6.- Materia medica basada esencialmente en el texto de Dioscórides.

7.- Actos médicos recogidos en los tratados clásicos, en teoría sostenidos por la doctrina humoral pero en la práctica con un fuerte empirismo.

8.- Instrumental y procedimientos de cirugía en consonancia con aquellos del periodo alejandrino.

9.- Publicaciones preclínicas, en particular anatomofisiología (Teófilo Protospatario, Melecio Obsiquioneo y León Constantinopolitano). También sinopsis generales (Pablo Niceno y León Constantinopolitano) y textos “de especialidad”, como la Urología (Teófilo Protospatario).

A.2. ¿Tuvo aquella medicina rasgos propios, diferenciales? ¿Cuales fueron las relaciones y en qué sentido predominante circularon especialistas y saberes entre las potencias del periodo, en particular el Imperio carolingio y el califato de Bagdag?

1. Es posible que la medicina en el periodo iconoclasta se viera afectada por el impulso reformista. El naturalismo y “cientifismo” que se parece haber

propugnado redundaría en una mayor atención a la anatomofisiología y los aspectos técnicos, en detrimento del sobrenaturalismo y la milagrería.

2. Los doctores y conocimientos se desplazarían, en su caso, desde Bizancio al califato e incluso Occidente. León Constantinopolitano y Hunain ibn Ishâq resultan los mejores exponentes de la dirección que establecemos.

A.3. ¿Cabe hacer un balance en términos de retroceso, paralización o progreso, considerando las etapas precedente y subsiguiente? B. Preguntas explicativas. B.1. ¿Porqué se dieron esos eventuales sucesos y circunstancias, tanto relativos a los fundamentos como al ejercicio ordinario? B.2. ¿Tuvo la iconoclastia, como movimiento socio-político con un soporte doctrinal complejo, influencia de algún tipo en tales acontecimientos científico-prácticos referentes a la salud, la enfermedad y la terapéutica? C. Preguntas teóricas. C.1. ¿Se verifican en esta etapa los condicionantes generales que, según se afirma, dificultan o impulsan la ciencia y praxis médicas?

Es más probable un progreso de la medicina que ninguna otra consideración (retroceso o parálisis). Sería un avance en técnica y también fundamentos. Algunos textos servirán como modelos en el futuro (Sinopsis de León Constantinopolitano y Pablo Niceno, De Urinis de Teófilo Protospatario), bien que en lo referente a los compendios con el precedente de Pablo Egineta. Parece que la observación clínica atenta permitió diferenciar algunas enfermedades hasta entonces confusas, como la artritis reumatode y la gota. Aunque no tuviera continuidad, sabemos que la litotricia transversal

se practicó con éxito por entonces. Aceptaríamos un buen momento para la cirugía. También habría un desarrollo notable de la praxis, en particular de la atención pública en los xenones. El Estado se habría hecho cargo de la administración, sostenimiento y control de los grandes centros, mientras no faltaría la iniciativa privada más modesta. Entre estos últimos, estarían miembros laicos de la élite, ajenos al monacato y la Iglesia, partícipes de una nueva mentalidad seglar y filantrópica.

La causa de todo lo expuesto podría haber sido el ambiente favorable gestado por la iconoclastia, rechazando la milagrería y apostando por el naturalismo y las ciencias básicas.

XI

BIBLIOGRAFÍA UTILIZADA

FUENTES

Obras médicas:

Albucasis, Spink/Lewis

M. S. Spink and G. L. Lewis, *Albucasis: On Surgery and Instruments*. Publications of the Wellcome Institute of the History of medicine. New Series, vol. XII. London: Wellcome Institute of the History of medicine, 1973.

Borelli, *De motu animalium*

De motu animalium, Io Alphonsi Borelli Neapolitani Matheseos Professoris, Opus Posthumum, Romae: Angeli Bernabò, 1680.

Celso, *De medicina*, De Renzi

Celsus Aulus Cornelius. De medicina libri octo ex recensione Leonardi Targae quibus accedunt versio italica; de Celsi vita et opere; pharmacopea et armamentarium chirurgicum; bibliotheca celsiana latina et italica; adnotationes criticae et historicae; indices locupletissimi, et lexicon celsianum. Curante Salvatore De Renzi. 2 Vols. Vol. 1 en Neapoli, typis Del Filiatre Sebezio, 1851; Vol. 2 in Napoli, dalla Stamperia del Vaglio, 1852.

Colección de textos quirúrgicos de Nicetas, Bernabò

La Collezione di testi chirurgici di Niceta, Firenze, Biblioteca Medicea Laurenziana, Plut. 74.7, Tradizione medica Classica a Bisanzio, a cura di Massimo Bernabò. Collana Folia Picta 2. Roma: Edizioni di Storia e letteratura, 2010.

Esteban Ateniense, *Comentario al Prognosticon*, Duffy

In Hippocratis Prognosticum commentaria III: A commentary on the Prognosticon of Hippocrates. Corpus Medicorum Graecorum, XI, 1, 2. Edidit et in linguam anglicam vertit. John M. Duffy: Berlin: Akademie-Verlag, 1983.

Esteban Ateniense, *Comentarios sobre los Aforismos*, Westerink

Stephanus of Athens: Commentary of Hippocrates' Aphorisms, Sections I-II. (Stephani Atheniensis in Hippocratis Aphorismos commentaria, I-II). Ed. and trans. Leendert G. Westerink. Ed. and trans. Leendert G. Westerink. Rev. 2nd ed. Editio altera lucis ope expressa Corpus Medicorum Graecorum XI 1,3,1. Berlin: Akademie Verlag, 1985/1998. *Stephanus of Athens: Commentary of Hippocrates' Aphorisms, Sections III-IV. (Stephani Atheniensis in Hippocratis Aphorismos commentaria, III-IV)*. Ed. and trans. Leendert G. Westerink. Corpus Medicorum Graecorum XI 1,3,2. Berlin: Akademie Verlag, 1992. *Stephanus of Athens: Commentary of Hippocrates' Aphorisms, Sections V-VI. (Stephani Atheniensis in Hippocratis Aphorismos commentaria, V-VI)*. Ed. and trans. Leendert G. Westerink. Corpus Medicorum Graecorum XI 1,3,3. Berlin: Akademie Verlag, 1995.

Galeno, *De anatomicis administrationibus*, Garofalo

Procedimenti anatomici, Galeno. Edizione traduzione e note di Ivan Garofalo. Vols 1-3. Milano: Biblioteca Universale Rizzoli, 1991.

Hipócrates, *Obras completas*, Littré

Oeuvres complètes d'Hippocrate, traduction nouvelle avec le texte grec en regard, collationné sur les manuscrits et toutes les éditions; accompagnées d'une introduction, de commentaires médicaux, de variantes et de notes philologiques, suivie d'une table générale des matières, par Émile Littré, 10 vols. Paris: Jean-Baptiste Baillière, 1839-1861.

Hunain ibn Isâh, *Cuestiones sobre medicina para estudiantes*, Wilson/Dinkha

Hunain ibn Ishaq's "Questions on Medicine for Students", transcription and Translation of the Oldest Extant Syriac version (Vat. Syr. 192), by E. Jan Wilson and Samuel Dinkha. Città del Vaticano: Biblioteca Apostolica Vaticana, 2010.

BIBLIOGRAFÍA

León Constantinopolitano, *Sobre la naturaleza del hombre*, Renehan

Leo the Physician, Epitome on the Nature of Man, edited for the first time and translated by Robert Renehan, *Corpus Medicorum Graecorum X*, 4. Berlin: Akademie Verlag, 1969.

León Constantinopolitano, *Sinopsis de medicina*, Ermerins

“Leonis, philosophi et medici, conspectus medicinae” en *Anécdota Medica Graeca e Codicibus MSS*. Expromsit Franz Zacharias Ermerins, *Med. Doct.*, Lugduni Batavorum: S. et J. Luchtmans, Academiae Typographos, 1840.

Melecio Obsiquioneo, *Sobre la naturaleza humana*, Cramer

“Μελέτιος μοναχός, Περὶ τοῦ ἀνθρώπου κατασκευῆς”, ed. J. Cramer, *Meletius, De natura hominis, Anécdota Graeca e codd. Manuscriptis Bibliothecarum Oxoniensium*, v. 3, Oxford 1836, pp. 1-157.

Pablo Egineta, Heibert

Paulus Aegineta, edidit I. L. Heiberg. Lipsiae et Berolini: B.G. Teubneri, Pars Prior, Libri I-IV (1921), Pars Altera, Libri V-VII (1924).

Pablo Niceno, *Manual Médico*, Ieraci Bio

Paolo di Nicea, Manuale medico, Testo edito per la prima volta, con introduzione, apparato critico, traduzione e note, a cura di Anna Maria Ieraci Bio. Collana di Studi e Testi diretta da Antonio Garzya 16. Napoli, Bibliopolis, p. 1996.

Teófilo Protospatario, *Comentarios sobre los Aforismos*, Dietz

“Theophili et Damascii commentarii in Hippocratis Aphorismos cum fragmentis et longioribus et brevioribus e Sthevani, Atheniensis philosophi, sive Meleti, comentario in eundem librum e codd. depromptis”, en *Apollonii Citiensis, Stephani, Palladii, Theophili, Meletii, Damascii, Ioannis, aliorum Scholia in Hippocratem et Galenum e codicibus mss. Vindobonens, Monacens, Florent, escorialens*; edidit F. R. Dietz, 2 vols. Königsberg: Bornträger, 1834 (reimpr. Amsterdam, Hakkert, 1996), II, pp. 236-544.

LA MEDICINA EN EL PERIODO ICONOCLASTA DE BIZANCIO (717-842)

Teófilo Protospatario, *Sobre la naturaleza humana*, Greenhill

Theophili Protospatharii, De Corporis Humani Fabrica Libri V. Edidit Gulielmus Alexander Greenhill, M.D. Oxonii: E Typographeo Academico, 1842.

Teófilo Protospatario, *Sobre la orina*, Ideler

“Theophili, De Urinis” en *Physici et medici graeci minores*. Vol I. Iulius Ludovicus Ideler. Amsterdam: Adolf M. Hakkert, Publisher, 1963; pp. 261-283 (1ª ed. Berolini, 1841).

Obras no médicas:

— *Historiografía*

Bar Hebraeus, Abbeloos/ Lamy

Gregorii Barhebraei, Chronicon Ecclesiasticum e Codice Musei Britannici Descriptum Conjuncta Opera ediderunt, Latinitate donarunt annotationibusque theologicis, historicis, geographicis et archaeologicis illustrarunt. Joannes Bapstista Abbeloos et Thomas Josephus Lamy. Parisii et Lovanii: Excudebat car. Peeters, 1872-1877.

Cedrenos, Bekker

Georgios Cedrenos Ioannis Scylitzae ope ab Immanuele Bekkero suppletus et emendatus. Corpus Scriptorum Historiae Byzantinae. 2 tomos. Bonnae: Impensis Weberi, 1838-1839.

Cinnamo, Meineke

Ioannis Cinnami Epitome rerum ab Ioanne et Alexio Comnenis Gestarum ad Fidem codicis Vaticane. Recensuit Augustus Meineke. Corpus Scriptorum Historiae Byzantinae. Bonnae: Impensis ed. Weberi, 1836.

BIBLIOGRAFÍA

Crónica de Nicéforo, Mango

Nikephoros Patriarch of Constantinople. Short History. Text, translation, and commentary by Cyril Mango. Corpus Fontium Historiae Byzantinae XIII. Washington, Dumbarton Oaks Research Library and Collection, 1990.

Cronografía de Teófanos, De Boor

Theophanis Chronographia. Recensuit Carolus De Boor, 2 vols, Lipsiae: B.G. Teubneri, 1883-1885 (vol. 2: texto latino de Anastasio el bibliotecario, realizado hacia los años 871-874 en Roma).

Cronografía de Teófanos, Mango

The Chronicle of Theophanes Confessor; Byzantine and Near Eastern History, AD 284-813, Trad. Cyril Mango and Roger Scott. Oxford: Charendon Press, 1997.

Esquilizés, Thurn

Ioannis Scylitzae Synopsis Historiarum. Editio princeps. Recensuit Ioannes Thurn. Corpus Fontium Historiae Byzantinae. Vol. V. Series Berolinensis. Berlin: Walter de Gruyter, 1973.

Esquilizés, Flusin/Cheyne

Jean Skylitzès. Empereurs de Constantinople. Texte traduit par Bernard Flusin et annoté par Jean-Claude Cheynet. Réalités byzantines 8. Paris: P. Lethielleux (Meta-Éditions), 2003.

Genesio, Thurn

Josephi Genesisii regnum libri quattuor, A. Lesmüller-Werner and I. Thurn eds. (CFHB 14), Serie Berolinensis, Berlin/New York: Walter De Gruyter, 1978.

Genesio, Kaldellis

Genesios, On the Reigns of the Emperors, translation and Commentary Anthony Kaldellis, Byzantina Australiensia 11, Camberra: Australian Association for Byzantine Studies, 1998.

LA MEDICINA EN EL PERIODO ICONOCLASTA DE BIZANCIO (717-842)

Glicas, Bekker

Michaelis Glycae Annales recognovit Immanuel Bekkerus. Corpus Scriptorum Historiae Byzantinae. Bonnae: Impensis Ed. Weberi, 1836.

Jorge Monje, Bekker

“Georgius Monachus” en *Theophanes Continuatus, Ioannes cameniata, Symeon Magister, Georgius Monachus, ex recognitione Immanuelis Bekkeri*, Bonnae: Weberi, 1838; pp. 603-760.

Jorge Pisidio, *Expeditio Persica*, Pertusi

“Expeditio Persica” en *Giorgio di Pisidia: Poemi I, Panegirici Epici*, edizione critica, traduzione e commento a cura di Agostino Pertusi. *Studia Patristica et Byzantina* 7. Ettal: Buch-Kunstverlag, 1959.

Juan de Éfeso, *Historia Eclesiástica*, Smith

The Third Part of the Ecclesiastical History of John Bishop of Ephesus. Now first translated from the original syriac by R. Payne Smith. Oxford: The University Press, 1860.

León Gramático, Bekker

“Leonis Grammatici Chronographia”, en *Leonis Grammatici Chronographia ex Recognitione Immanuelis Bekkeri, accidit Eustachii de Capta Thessalonica Liber*. Corpus Scriptorum Historiae Byzantinae. Bonnae: Impensis ed. Weberi, 1842, pp. 1-331.

Miguel Sirio, Chabot

Jean-Baptiste Chabot, Chronique de Michel le Syrien, Patriarche Jacobite d'Antiche (1166-1199). Editée pour la première fois et traduite en français. (4 vols). Paris: Ernest Leroux, 1899, 1901, 1905 y 1910.

BIBLIOGRAFÍA

Simeón Magister, Bekker

“Symeon Magister” en *Theophanes Continuatus, Ioannes Cameniata, Symeon Magister, Georgius Monachus, ex recognitione Immanuelis Bekkeri*. Corpus Scriptorum Historiae Byzantinae. Bonnae: Weberi, 1838; pp. 763-924.

Scriptor Incertus de Leone, Bekker

“Historia de Leone, Bardae Armenii Filio”, en *Leonis Grammatici Chronographia ex Recognitione Immanuelis Bekkeri, accidit Eustachii de Capta Thessalonica Liber*. Corpus Scriptorum Historiae Byzantinae. Bonnae: Impensis ed. Weberi, 1842, pp. 335-362.

Theophanes Continuatus, Bekker

“Theophanes Continuatus” en *Theophanes Continuatus, Ioannes cameniata, Symeon Magister, Georgius Monachus, ex recognitione Immanuelis Bekkeri*. Corpus Scriptorum Historiae Byzantinae. Bonnae: Weberi, 1838; pp. 3-481.

Zonaras, Dindorf

Ioannis Zonarae Epitome historiarum. Cum Caroli Ducangii suisque annotationibus edidit Ludovicus Dindorfius. Bibliotheca Scriptorum Graecorum et Romanorum Teubneriana. 6 vols. Lipsiae in aedibus B. G. Teubneri, 1868-1875.

— *Vitae*

Vida de San Andrés de Jerusalem, Papadopoulos-Kerameus

Athanasios Papadopoulos-Kerameus, “Βίος τοῦ ἐν Ἁγίοις Πατρός ἡμῶν Ἀνδρέου τοῦ Ἱεροσολυμίτου, Ἀρχιεπίσκοπου γενομένου Κρήτης, συγγραφῆς παρὰ Νικήτα τοῦ πανευφήμου πατρικίου καὶ κυέστορος”, en *Ἀνάλεκτα Ἱεροσολυμιτικῆς Σταχυοογίας* 5, Πετρούπολη: Κιροβαουμ, 1898; pp. 169-179.

LA MEDICINA EN EL PERIODO ICONOCLASTA DE BIZANCIO (717-842)

Vida de San Esteban Joven, Auzépy

La Vie d'Étienne le Jeune par Étienne le Diacre, Introduction, édition et traduction Marie-france Auzépy, Birmingham Byzantine and Ottoman Monographs 3, Aldershot: Variourum Ashgate, 1997.

Vida de San Eutimio, Gouillard

Jean Gouillard, "La vie de Euthyme de Sardes" en *TM* 10 (1987), pp. 19-89.

Vida de San Evaristo, Van der Vorst

Charles Van der Vorst, "La Vie de S. Évariste, higoumène a Constantinople", en *AB* 41 (1923), pp. 288-325.

Vida de San Filareto, Fourmy/Leroy

M-H. Fourmy et M. Leroy, "La Vie de S. Philarète", (edition et traduction) en *Byzantion* 9 (1934), pp. 85-181.

Vida de San Ignacio Patriarca, Smithies/Duffy

Nicetas David. The Life of Patriarch Ignatius, text and translation by Andrew Simithies with notes by John M. Duffy. Corpus Fontium Historiae Byzantinae. Vol. LI. Washington: Dumbarton Oaks Research Library and Collection, 2013.

Vida de San Juanito, Sullivan

"Life of St. Ioannikios, Introduction and translation by Denis F. Sullivan", en A-M. Talbot (ed.) *Byzantine defenders of Images, Eight Saint's lives in english translation*, Washington: Dumbarton Oaks Research Library and Collection, 1998; pp. 243-351.

Vida de San Juanito, Van den Gheyn

(BHG 936); J. Van den Gheyn, *Acta Sanctorum Novembris* 2.1 (Brussels: Société des Bollandistes, 1894), pp. 384-435, con trad. al latín.

BIBLIOGRAFÍA

Vida de San Nicéforo Patriarca, BHG 1335

En Carolus De Boor, *Nicephori archiepiscopi Constantinopolitani opuscula historica*, Leipzig 1880, pp. 139-217.

Vida de San Nicéforo Patriarca, Fisher

“Life of the Patriarch Nikephoros I of Constantinople”, introduction and translation by Elizabeth A. Fisher, en A-M Talbot, (ed.), *Byzantine Defenders of Images, Eight saints' lives in english translation*, Washington: Dumbarton Oaks Research Library and Collection, 1998; pp. 25-142.

Vida de San Nicetas de Medikion, BHG 1341

Acta Sanctorum Aprilis, Collecta digesta illustrata a Godefrido Henschenio et Daniele Papebrocio e Societate Iesu. Tomus I, (ed. 1866), Impressiom Anastaltique, Culture et Civilisation, Bruxelles, 1968. Appendix, pp. xviii-xxvii.

Vida de San Nicolás Estudita, PG 105

“Vita S. Nicolai Studitae”, en *Patrologiae Graecae*, J.-P. Migne, Tomus CV (1862), Nicetae Paphlagonis, qui et David, Nicetae Byzantini opera quae, reperiri poterunt omnia, cols. 863-925 (BHG 1365).

Vida de San Roman Neomartir, Peeters

Peeters, Paul, “S. Roman le Néomartiyr († 1 mai 780) d’après un document géorgien”, en *AB* 30 (1911), pp. 393-427.

Vida de San Sampson, Halkin

“Vita Sampsonis (antiquior)”, ed. François Halkin, dentro del artículo “Saint Sampson: le xénodoque de Constantinople”, en *Rivista di Studi Bizantini e Neoellenici* 14-16 (1977-1979), pp. 6-17.

Vida de San Tarasio Patriarca, Efthymiadis

The Life of the Patriarch Tarasios by Ignatios the Diacon, Introduction, Text, Translation and Commentary by Stephanos Efthymiadis, (BHG 1698). Birmingham Byzantine and Ottoman Monographs Vol. 4. Centre for Byzantine, Ottoman and Modern Greek Studies University of Birmingham. Variorum Series. Aldershot: Ashgate, 1998.

Vida de Santa Teodora Tesalonicense, Paschalides

Ὁ βίος τῆς ὀσιομυροβλύτιδος Θεοδώρας τῆς ἐν Θεσσαλονίκη. Διήγησις περὶ τῆς μεταθέσεως τοῦ τιμίου λειψάνου τῆς ὀσίας Θεοδώρας. Εισαγωγή-κριτικὸ κείμενο-μετάφραση-σχόλια. Κέντρον Ἀγιολογικῶν Μελετῶν 1. Thessalonike, 1991.

Vida de Santa Teodora Tesalonicense, Talbot

“Life of St. Theodora of Thessalonike”, introduction and translation by Alice-Mary Talbot, en A-M. Talbot (ed.) *Byzantine Defenders of Images, Eight saints' lives in english translation*, Washington: Dumbarton Oaks Research Library and Collection, 1998; pp. 159-237.

Vida de Teófanos Confesor, De Boor

“Vita Theophanis”, en *Theophanis Chronographia*. Recensuit Carolus De Boor, Vol. 2. Leipzig: Teubner, 1885.

— *Miracula*

Milagros de San Artemio, Crisafulli-Nesbitt

The Miracles of St. Artemios, A Collection of Miracle Stories by an Anonymous Author of Seventh-Century Byzantium, by Virgil S. Crisafulli and John W. Nesbitt, Leiden, New York, Köln: Brill, 1997.

BIBLIOGRAFÍA

Thaumata de Sofronio, Fernández Marcos

Fernández Marcos, Natalio, *Los “Thaumata” de Sofronio, contribución al estudio de la incubatio cristiana*. Manuales y anejos de “Emerita” 31 (Consejo Superior de Investigaciones Científicas). Madrid: Instituto “Juan de Nebrija”, 1975.

Milagros de Santa Tecla, Talbot/Johnson

Miracle tales of Byzantium, translated by Alice-Mary Talbot and Scott Fitzgerald Johnson. Dumbarton Oaks Medieval Library. Cambridge/London: Harvard University Press, 2012.

— *Otros*

Agustín, *La Ciudad de Dios*, PL 41

S. Aurelii Augustini hipponensis episcopi ad Marcellinum De Civitate Dei, Contra Paganos libri viginti duo, en *Patrologiae Latinae, Opera Omnia*, J.-P. Migne, Tomus XLI, S. Aurelii Augustini Tomus Septimus, 1845.

Antología Palatina, Paton

The Greek Anthology, with an english traslation by W.R. Paton. Loeb Classical Library. 5 vols (LCL n° 67, 68, 84, 85 y 86). London/Cambridge: Harvard University Press, 1916-1918.

Amiano Marcelino, *Rerum Gestarum*

Ammien Marcellin Histoires, Tome I, Livres XIV-XVI texte établi et traduit par Édouard Galletier avec la collaboration de Jacques Fontaine. Collection des Universités de France. Paris: Les Belles Lettres, 2002.

Antirrhetici Nicephori, PG 100

“P.N. Nicephori, archiespiscopi constantinopolitani. Refutatio et eversio deliramentorum inscite et impie ab irreligiosi Mamonae vaniloquentia dictorum adversus salutarem dei verbi incarnationem”. en *Patrologiae Graecae*, J.-P. Migne, Tomus C, S. Nicephori. cols. 206-534.

Antirrhetici Nicephori, Mondzain-Baudinet

De notre bienheureux père et archevêque de Constantinople, Nicephore. Discussion et Réfutation des Bavardages ignares, athées et tout à fait creux de l'irreligieux Mamon contre l'incarnation de Dieu le Verbe Notre Sauveur. Discours contre les iconoclastes. Traduction, présentation et notes par M-J Mondzain-Baudinet. Paris: Klincksieck, 1989.

Canon Epinicius seu Victoralis, PG 99

“Canon Epinicius seu Victoralis in erectione ss. imaginum (Baronius, *Annales Ecclesiastici*, t. IX. P. 1059), en *Patrologiae Graecae*, J.-P. Migne, Tomus XCIX, S. Theodorus Studita, pp. 1767-1768.

Carta de Miguel II a Luis el Piadoso, Bigham

“Lettre de Michel II le Bègue à Louis le Pieux (824)”, en Stéphane Bigham, *Les Images Chrétiennes, Textes historiques sur les images chrétiennes de Constantin le Grand jusqu'à la période posticonoclaste (313-900)*, Montréal: Médiaspaul, 2010; pp. 277-287.

Carta del obispo melquita al emperador Teófilo, PG 95

“Epistola de sacris imaginibus ad Theophilum imp”, en *Patrologiae Graecae*, J.-P. Migne, Tomus XCV, Joannis Damasceni, monachi et presbyteri hierosolymitani, col. 346-386.

Cartas de Teodoro Estudita, PG 99

“Epistulae Theodori Praepositi Studitarum” (“Epistolarium libri duo ex. Edit Jacobi Sirmondi”), en *Patrologiae Graecae*, J.-P. Migne, Tomus XCIX, S. Theodorus Studita, col. 903-1681.

Cartas del emperador Juliano, Bidez

L'empereur Julien, Oeuvres complètes, Tome I, 2e partie. Lettres et fragments. Texte établi et traduit par Joseph Bidez. Collections des Universités de France/ Serie Grecque 22. Paris: Les Belles Lettres, 2003 (1^a ed. 1924).

BIBLIOGRAFÍA

Código de Justiniano, García del Corral

Cuerpo del Derecho Civil Romano a doble texto, traducido al castellano del latino, publicado por los hermanos Kriegel, Hermann y Osenbrüggen, con las variantes de las principales ediciones antiguas y modernas y con notas de referencias por D. Ildefonso L. García del Corral. 6 tomos. Barcelona, Jaime Molinas-Consejo de Ciento, 1889-1898.

Código de Teodosio, Mommsen

Theodosiani Libri XVI cum Constitutionibus Sirmondianis edidit Adsumpto Apparatu P. Kruegeri, Th. Mommsen. 3 Vols. I.1. Prolegomena, I. 2. Textus, II. Leges Novellae. Editio Tertia Lucis ope expressa. Berolini, Apud Weidmannos, 1962.

Concilio de Nicea II, Mansi

Sacrorum Concilium nova et amplissima Collectio, ed. J.D. Mansi, Florence-Venice, 1759ss, repr. Paris, 1901-1927, vol. XII, 951-1154, XIII, 1-485 (actas), XIII, 373-379 (Horos), 417-439 (cánones).

Constantino de Tíos, *Reliquias de Eufemia*, Halkin

“L’histoire des reliques d’Euphémie par Constantin de Tios (BHG 621)”, en *Euphémie de Chalcedoine, Légendes byzantines* publiées par François Halkin, appendice Paul Canart, Bruxelles: Société des Bollandistes, 1965; pp. 81-106.

Constantino Porfirogéneta, *Tres Tratados Militares*, Haldon

John Haldon. *Constantine Porphyrogenitus. Three Treatises on imperial military expeditions*. Introduction, Edition, Translation and Commentary by John F. Haldon. CFHB 28. Wien: Verlag der Österreichischen Akademie der Wissenschaften, 1990.

Correspondencia de Ignacio Diácono, Mango

The Correspondence of Ignatios the Deacon, text, translation, and Commentary by Cyril Mango, with the collaboration of Stephanos Efthymiadis. Washington: Dumbarton Oaks Research Library and Collection, 1997.

LA MEDICINA EN EL PERIODO ICONOCLASTA DE BIZANCIO (717-842)

De Ceremoniis, Reiske

Constantini Porphyrogeniti Imperatoris De Ceremoniis Aulae Byzantinae Libri duo Graece et Latine e recensione Io. Iac. Reiskii (Johann Jacob Reiske), *Corpus Scriptorum Historiae Byzantinae*, 2 vols. Bonnae: Impensis Ed. Weberi, 1829-1830.

De Obsidione Toleranda, Van den Berg

Van den Berg, Hilda: *Anonymous de obsidione toleranda*. Editio critica quam curavit Hilda Van den Berg. Lugduni Batavorum: Brill, 1947.

Ecloga Legum, Von Lingenthal

K. E. Zachariae von Lingenthal, "Ecloga Legum", en *Jus Graecoromanum*, Vol. II (Leges Imperatorum Isaurorum et Macedonum), (J. Zepi et P. Zepi, eds). Athenis: Georgii fexis et filii, 1931; pp. 11-62 y 80-99.

Ecloga Legum, Burgmenn

Ecloga. Das Gesetzbuch Leons III. Und Konstantinos' V. Herausgegeben von Ludwig Burgmenn. Frankfurt am Main: Löwenklau, Gesellschaft, 1983.

Epanagoge, Zepos/Zepos

Jus Graecoromanum 6. Ecloga Privata Aucta. Epanagoge aucta. Ecloga ad Prochiron mutata. Synopsis mayor. Panagiotis Ioannou Zepos , Ioannus D. Zepos, Karl Eduard Zachariae Von Ligenthal. Aalen: Scientia, 1962.

Epifanio de Salamina, *Panarion*, Holl

Die Griechischen Christlichen Schriftsteller der Ersten Drei Jahrhunderte. Epiphanius (Ancoratus und Panarion), Karl Holl, Zwiter Band, Panarion Haer. 34-64. Leipzig: Hinrichs'che Buchhandlung, 1922.

BIBLIOGRAFÍA

Estrategicón de Mauricio, Dennis

Maurice's Strategikon, Handbook of Byzantine Military Strategy, translated by George T. Dennis. The Middle Ages Series. Philadelphia: University of Pennsylvania Press, 1984.

Fulgencio, Halm

Fabii Planciadis Fulgentii, Opera. Ed. R. Helm. Leipzig: Teubner, 1898.

Germán, *De haeresibus et synodis*, Mai

S. Germani I, Patriarchae Constantinopolitani. De Haeresibus et Synodis. Photii ítem Patr. Syntagma canonum. Spicilegium Romanum Tomus VII. Angelo Mai (Ed.). Romae: Typis Collegii Urbanii, 1842.

Historia Augusta, Magie

Historia Augusta. Vol. II. Caracalla. Geta. Opellius Macrinus. Diadumenianus. Elagabalus. Severs Alexander. The two Maximini. The Three Gordians. Maximus and Balbinus. David Magie. Loeb Classical Library 140. London: Harvard University Press, 1991 (1^a ed. 1921).

Homilias de Focio, Mango

The homilies of Photius, Patriarch of Constantinople. English translation, Introduction, and Commentary by Cyril Mango. Dumbarton Oaks Studies Three. Cambridge: Harvard University Press, 1958.

Ibn al-Qiftî, Lippert

Ibnal-Qiftî, Ta'rikhal-hukamâ, ed. J. Lippert. Leipzig: Dieterich'sche Verlagsbuchhandlung, 1903.

Jorge Tornices, *Cartas y discursos*, Darrouzès

Georges et Démétrios Tornikes. Lettes et discours. Ed. Jean Darrouzès. Paris: CNRS, 1970.

LA MEDICINA EN EL PERIODO ICONOCLASTA DE BIZANCIO (717-842)

Juan Damasceno, *Expositio Fidei Orthodoxae*, PG 94

“Expositio Fidei Orthodoxae”, en *Patrologiae Graecae*, J.-P. Migne, Tomus XCIV, Sancti Patris Nostri Joannis Damasceni, monachi, et presbyteri hierosolymitani, Opera Omnia quae exstant, P. Michaelis Leguien; pp. 790-1226.

Juan Itálico, *Cartas y discursos*, Gautier

Michel Italikos, Lettres et discours édités par Paul Gautier. Archives de l’Orient Chrétien 14. Paris: Institut Français d’Études Byzantines, 1972.

Leges Visigothorum, Zeumer

Leges Visigothorum edidit Karolus Zeumer. Hannoverae et Lipsiae: Impensis bibliopolii Hahniani, 1902.

Patria, Preger

Scriptores Originum Constantinopolitanarum, recensuit Theodorus Preger, Fasciculus Prior (Hesychii Illustrii Origines Constantinopolitanae, Anonymi Enarrationes Breves Chronographicae, Anonymi Narratio de Aedificatione Templi S. Sphae). Lipsiae: Teubneri, 1901. Fasciculus Alter, Ps.-Codinis Origines Continens, adiecta est forma urbis Constantinopolis. Lipsiae: Teubneri, 1907. (Ed. conjunta en Leipzig: Teubner, 1989).

Procopio, *Guerra Gótica*, Dewing

Procopius, History of the Wars, books V-VI.15, with an english translation by H.B. Dewing. Loeb Classical Library 107. Cambridge/London: Harvard University Press, 2006 (1ª ed. en 1919).

Procopio, *De Aedificiis*, Dewing

Procopius, Buildings, General Index, with an english translation by H.B. Dewing with the collaboration of Glanville Downey. Loeb Classical Library 343. Cambridge/London: Harvard University Press, 2002 (1ª ed. en 1940).

BIBLIOGRAFÍA

Procopio, *Anécdota*, Dewing

Procopius, The Anécdota or Secret History with an english translation by H.B. Dewing with the collaboration of Glanville Downey. Loeb Classical Library 290. Cambridge/London: Harvard University Press, 2004 (1ª ed. en 1935).

Prudencio, *Peristephanon*, Cunningham

Aurelii Prudentii Clementis carmina. Cura e studio M.P. Cunningham. Corpus Christianorum. Series latina, vol. 126. Turnhout: Brepols, 1966.

Pseudo-Eustatius, *Commentarius in Hexaemeron*, PG 18.

“S. Eustathius episcopus antiochenus et confessor, Spuria: Commentarius in Hexaemeron”, en *Patrologiae Graecae*, J.-P. Migne, Tomus XVIII, S.P.N. Methodii Episcopi et Martyris. Opera Omnia, col. 708-1668.

Refutatio et Eversio Definitionis, Featherstone

Nicephori Patriarchae Constantinopolitani Refutatio et eversio definitionis synodalis anni 815, (Corpus Christianorum Serie Graeca, vol. 33), Jeffrey Featherstone (ed.). Turnhout: Brepols, 1997.

Refutatio et Subversio Impiorum Poematum, PG 99.

“Refutatio et Subversio Impiorum Poematum, Juannis, Ignatii, Sergii, et Stephani, recentium christomachorum: primum quidem versibus pari cum ipsis ipsorum nominibus numero dimensis. Alisque, tum soluta oratione simul cum impii dogmatis delineatione”, en *Patrologiae Graecae*, J.-P. Migne, Tomus XCIX, S. Theodorus Studita, col. 435-476.

Simeón el Nuevo Teólogo, *Tratados teológicos y éticos*, Darrouzès

Jean Darrouzès, *Symeon le Nouveau Théologien, chapitres théologiques, gnostiques et pratiques*. Introduction, texte critique, traduction et notes. Sources Chrétiennes 51. Paris: Editions du Cerf, 1957.

LA MEDICINA EN EL PERIODO ICONOCLASTA DE BIZANCIO (717-842)

Sobre Estrategia, Dennis

“Strategy (Περὶ Στρατηγας)”, en G.T. Dennis, *Three Byzantine Military Treatises*. Dumbarton Oaks Texts IX. Washington: Dumbarton Okas Research Library and Collection, 1985; pp. 10-136.

Sobre Filentolos, Halkin

Franciscus Halkin, “La visión de Kaioumos et le sort éternel de Philentolos Olympiou”, en *AB* LXIII (1945), pp. 56-64.

Táctica de León VI, Dennis

The Taktica of Leo VI, text, translation, and commentary by George Dennis. Corpus Fontium Historiae Byzantinae. Volumen XLIV. Washington: Dumbarton Oaks Research Library and Collection, 2010.

Tertuliano, *De anima*, Waszink

Tertulianus, De anima, edited with introduction and a commentary by J.H. Waszink. Amsterdam: Meuhlenhoff, 1947.

Tipicón del Pantocrator, Gautier

Paul Gautier, “Le Typikon du Christ Sauveur Pantocrator”, en *REB* 32 (1974), pp. 1-145.

Vegecio, Reeve

Vegetius Epitoma Rei Militaris, recognovit brevique adnotatione critica instruxit, M.d. Reeve, Osford Classical Texts. Oxford: Oxford University Press, 2004.

TRABAJOS SECUNDARIOS

Afinogenov, 1994

Afinogenov, Dmitry: “Κωνσταντινούπολις ἐπίσκοπον ἔχει, The Rise of the patriarchal power in Byzantium from Nicaenum II to Epanagoga”, en *Erytheia* 15 (1994), pp. 45-65.

Afinogenov, 1996

Afinogenov, Dmitry: “Iconoclasm and Ecclesiastical Freedom: Two Approaches in Ninth-Century Byzantium”, en *Orientalia Christiana Analecta* 251 (The Christian East, its Institutions and its Thought. A Critical Reflection), 1996; pp. 591-611.

Afinogenov 1999a

Afinogenov, Dmitry: “Imperial Repentance: the solemn Procession in Constantinople on March 11, 843”, en *Eranos* 97 (1999), pp. 1-10.

Afinogenov 1999b

Afinogenov, Dmitry: “The Date of Georgios Monachos Reconsidered”, en *BZ* 92 (1999), pp. 437-446.

Afinogenov, 2003-2004

Afinogenov, Dmitry: “The new edition of the Letter of the three patriarchs. Problems and achievements”, en *Σύμμεικτα* 16 (2003-2004), pp. 9-33.

LA MEDICINA EN EL PERIODO ICONOCLASTA DE BIZANCIO (717-842)

Aguado, 2004

Aguado Blázquez, Francisco: “A propósito de Bizancio y la transmisión de la Cultura Clásica”, en *Estudios sobre Medicina, Ciencia y Cultura en Bizancio*, en prensa. También en <http://www.imperiobizantino.com/transmisioncultura.htm>, 2004. 09.

Aguado, 2007

Aguado Blázquez, Francisco: *Guía de Constantinopla, un viaje a Estambul en busca de Bizancio*. Col. A.M. Cadena Báñez, Avilés: Spania-Bizas, 2007.

Aguado, 2013

Aguado Blázquez, Francisco: “Diagnóstico final de Constantino V, especulaciones en torno a las causas antecedente e inmediata de muerte del emperador iconoclasta (con una aproximación a la medicina bizantina en el siglo VIII)”, en *XVI Jornadas sobre Bizancio*, Universidad de Alcalá de Henares, 17-18 octubre, 2013. También en *Estudios sobre Medicina, Ciencia y Cultura en Bizancio*, Aguado Blázquez, Francisco; en prensa.

Ahrweiler, 1975

Ahrweiler, Hélène: *L'idéologie politique de l'Empire byzantin*, Paris: Presses Universitaires de France, 1975.

Alexander, 1958

Alexander, Paul J.: *The patriarch Nicephorus of Constantinople, Ecclesiastical Policy and Image worship in the Byzantine Empire*. New York/Oxford: Oxford University Press, 1958.

Álvarez de Morales, 1999

Álvarez de Morales, Camilo: “El cuerpo humano en la medicina árabe medieval. Consideraciones generales sobre la anatomía”, en A. Pérez Jimenez y G. Cruz Andreotti (eds.), *Unidad y pluralidad del Cuerpo Humano. La Anatomía en las culturas mediterráneas*. Madrid: Ed. Clásicas, 1999; pp. 231-248.

BIBLIOGRAFÍA

Ambraseys, 2009

Ambraseys, Nicholas: *Earthquakes in the Mediterranean and Middle East. A Multidisciplinary Study of Seismicity up to 1900*. Cambridge: Academy of Athens and Cambridge University Press, 2009.

Amundsen, 1996

Amundsen, Darrel W.: *Medicine, Society, and Faith in the Ancient and Medieval Worlds*. Baltimore: Johns Hopkins University Press, 1996.

Anastos, 1954

Anastos, Milton V. : “The Ethical Theory of Images Formulated by the Iconoclasts in 754 and 815”, en *DOP* 8, 1954, pp. 153-160.

Anastos, 1968

Anastos, Milton V. : “Leo III’s Edict against the images in the year 726-727 and Italo-byzantine relations between 726 and 730”, en *Byzantinische Forschungen* 3, 1968, pp. 5-41.

Anderson, 2011

Anderson, Benjamin: “Leo III and the Anemodoulion”, en *Byzantinische Zeitschrift* 104 (2011), pp. 41-54.

André, 1987

André, Jacques: *Être médecin à Rome*. Petite Bibliothèque Payot 256. Paris: Les Belles Lettres, 1987.

LA MEDICINA EN EL PERIODO ICONOCLASTA DE BIZANCIO (717-842)

Andrés Santos, 2007

Andrés Santos, Francisco Javier: “La literatura jurídica bizantina: un epigonismo creativo”, en A. Sánchez Ostiz, J. B. Torres García y R. Martínez (coords.), *De Grecia a Roma y de Roma a Grecia: un camino de ida y vuelta*. Pamplona: Ediciones de la Universidad de Navarra (EUNSA), 2007; pp. 393-406.

Angeletti/Cavarra/Gazzaniga, 2009

Angeletti, Luciana Rita; Cavarra, Berenice e Gazzaniga, Valentina: “Introduzione”, en *Il De Urinis di Teofilo Protospatario*, Celebrazione del ventennale di Medicina nei Secoli, Arte e Scienza, supplemento 2009, pp. 15-18.

Aróstegui, 1995

Aróstegui Sánchez, Julio: *La investigación histórica: teoría y método*. Barcelona: Crítica (Grijalbo/Mondadori), 1995.

Auzépy, 1981

Auzépy, Marie-France: “Une lecture iconoclaste de la Vie d’Étienne le Jeune”, en *TM 8* (1981), Melanges Paul Lemerle, pp. 415-436.

Auzépy, 1987

Auzépy, Marie-France: “L’iconodoulia, défense de l’image ou de la dévotion à l’image?”, en F. Boespflug et N. Lossky (eds.), *Nicée II, 787-1987, Douze siècles d’images religieuses*. Paris: CERF, 1987, pp. 157-165.

Auzépy, 1988

Auzépy, Marie-France: “La Place des moines à Niceée II (787)” en *Byzantion 58*, 1988, pp. 5-21.

BIBLIOGRAFÍA

Auzépy, 1990

Auzépy, Marie-France: “La destruction de l’icône du Christ de la Chalcé par Léon III: propagande ou réalité?”, en *Byzantion* 60, 1990, pp. 445-492.

Auzépy, 1992

Auzépy, Marie-France: “L’analyse littéraire et l’historien: l’exemple des vies de saints iconoclastes”, en *Byzantinoslavica* 53, 1992, pp. 57-67.

Auzépy, 1994

Auzépy, Marie-France: “L’évolution de l’attitude face au miracle à Byzance (VIIe-IXe siècle), en *Actes des congrès de la Société des historiens médiévistes de l’enseignement supérieur public*. 25e Congrès, Orléans, 1994. Miracles, prodiges et merveilles au Moyen Age, pp. 31-46.

Auzépy, 1997

Auzépy, Marie-France: “Francfort et Nicée II” en *Das frankfurter Konzil von 794*, ed R. Berndt, Francfort/Main, 1997, pp. 279-300.

Auzépy, 1998

Auzépy, Marie-France: “Le Christ, l’empereur et l’image (VIIe-IXe siècle)” en *EYΨYXIA, Melanges offerts à Hélène Ahrweiler*, (Byzantina Sorbonensia 16), Paris: Presses de la Sorbonne, 1998, pp. 35-47.

Auzépy, 1999

Auzépy, Marie-France: *L’hagiographie et l’iconoclasme byzantin. Le cas de la Vie d’Étienne le Jeune*, (Centre for Byzantine, Ottoman and Modern Greek Studies, University of Birmingham, vol 5), Aldershot: Ashgate, 1999.

LA MEDICINA EN EL PERIODO ICONOCLASTA DE BIZANCIO (717-842)

Auzépy, 2001

Auzépy, Marie-France: “Les isauriens et l’espace sacré: l’Église et les reliques” en *Le sacré et son inscription dans l’espace à Byzance et en Occident*, ed M. Kaplan (Byzantina Sorboniensia 18), Paris, Presses de la Sorbonne, 2001, pp. 13-24.

Auzépy, 2003

Auzépy, Marie-France: “Un modèle iconoclaste pour le Psautier Chludov?”, en A. Avramea, A. Laiou, E. Chrysos (eds.), *Byzantium, State and Society. In Memory of Nikos Oikonomides*. Athènes, 2003, pp. 11-29.

Auzépy, 2004a.

Auzépy, Marie-France: “La tradition comme arme du pouvoir: l’exemple de la querelle iconoclaste”, en *L’autorité du passé dans les sociétés médiévales*, ed. J.M. Sansterre (Collection de l’École française de Rome 333, Institut Historique Belge de Rome, Bibliothèque 52), Rome, 2004, pp. 79-92.

Auzépy, 2004b

Auzépy, Marie-France: “Les Enjeux de l’Iconoclisme”, en *Cristianità d’Occidente e Cristianità d’Oriente* (Settimane di Studio 51), Spolète, 2004, pp. 127-169.

Auzépy, 2006

Auzépy, Marie-France: *L’Iconoclisme*. Bibliographie thématique “Que sais-je” 3769. Paris: Presses Universitaires de France, 2006.

Auzépy, 2007

Auzépy, Marie-France: “État d’Urgence”, en *L’histoire des iconoclastes. Bilans de recherche 2*. Paris: Association des Amis du centre d’Histoire et Civilisation de Byzance, 2007, pp. 1-57. (ed. post. en inglés, Cambridge, 2008).

BIBLIOGRAFÍA

Bádenas de la Peña, 1999

Bádenas de la Peña, Pedro: "Byzantine medical book and the diffusion of byzantine medicine in the Eastern mediterranean", en *Medicina nei Secoli, Arte e Scienza*, 11/3 (1999), pp. 461-476.

Baldwin, 1984

Baldwin, Barry: "Beyond the house call: doctors in early byzantine history and politics", en *DOP* 38, Symposium on Byzantine Medicine, 1985, pp. 15-19.

Ballen, 2007

Ballen, Rafael: "La estructura del Estado en las leyes de Platón", en *Revista Diálogo de Saberes* 26 (2007), pp. 45-69.

Barcia Goyanes, 1984

Barcia Goyanes, Juan José: "Vena basílica y vena cefálica: a propósito de un reciente trabajo de Hans J. Oesterle", en *Dynamis, Acta Hispanica ad Medicinae Scientiarumque Historiam Illustrandam* 4 (1984); pp. 239-245.

Beatrice, 2005

Beatrice, Pierre Franco: "l'union de l'âme et du corps. Némésius d'Émese lecteur de Porphyre", en *Les Pères de l'Église face à la Science médicale de leur temps*, dir. V. Boudon-Millot et B. Pouderon, *Théologie Historique* 117, Paris: Beauchesne, 2005, pp. 253-286.

Beck, 1966

Beck, Hans-Georg: "Bildung und Theologie im frühmittelalterlichen Byzanz", en *Polychronion*, Festschrift Franz Dölger zum 75. Geburtstag. Heidelberg: C. Winter Universitätsverlag, 1966; pp. 69-81.

LA MEDICINA EN EL PERIODO ICONOCLASTA DE BIZANCIO (717-842)

Bennett, 1999

Bennett, David: "Three xenon texts", en *Medicina nei Secoli, Arte e Scienza*, 11/3 (1999), pp. 507-519.

Bennett, 2003

Bennett, David: *Xenonika, medical texts associated with Xenones in the late Byzantine period*, Thesis University of London, 2003.

Bernabò, 2010

Bernabò, Massimo: "Tre recuperi dell'antico. Una introduzione alla collezione di Niceta", en M. Bernabò (dir.), *La Collezione di testi chirurgici di Niceta*, Firenze, Biblioteca Medicea laurenziana, Plut. 74.7. Tradizione medica classica a Bisanzio. Roma: Edizione di Storia e Letteratura, 2010; pp. 1-12.

Bertelli, 1988

Bertelli, Carlo: "Por une évaluation positive de la crise iconoclaste byzantine", en *Revue de l'Art* 79 (1988), pp. 9-16.

Bithos, 2001

Bithos, George P.: *Methodios I patriarch of Constantinople: churchman, politician and confessor for the faith*. Durham theses. Durham University. 2001. URL: <http://etheses.dur.ac.uk/4239/>.

Bliquez, 1984

Bliquez, Lawrence J.: "Two Listes of Greek Surgical Instruments and the State of Surgery in Byzantine Times", en *DOP* 38 (1984), pp. 187-204.

BIBLIOGRAFÍA

Bliquez, 1999

Bliquez, Lawrence J.: "The surgical instrumentarium of Leon Iatrosophistes", en *Medicina nei Secoli, Arte e Scienza* 11/2 (1999), pp. 291-322.

Bliquez/Kazhdan, 1984

Bliquez, Lawrence and Kazhdan, Alexander: "Four testimonia to human dissection in byzantine times", en *Bulletin of the History of Medicine* 58 (1984), pp. 554-557.

Bloch, 1902

Bloch, Iwan: "Byzantinische Medizin", en Theodor Puschmann (ed.), *Hand-buch der Geschichte der Medizin*, Jena: Gustav Fischer, 1902, pp. 492-568.

Bloch, 1952

Bloch, Marc: *Apologie pour l'histoire, ou métier d'historien*. Cahier des Annales 3. Paris: Armand Colin, 2^o ed. 1952 (1^a ed. 1949).

Blockley, 1980

Blockley, Roger C.: "Doctors as diplomats in the sixth century A.D.", en *Florilegium* 2 (1980), pp. 89-100.

Boudon-Millot, 2005

Boudon-Millot, Véronique: "De l'homme et du singe chez Galien et Nemesius d'Émèse", en *Les Pères de l'Église face à la Science médicale de leur temps*, dir. V. Boudon-Millot et B. Pouderon, Col. Théologie Historique 117, Paris: Veauchesne, 2005; pp. 73-88.

Boudon-Millot, 2012

Boudon-Millot, Véronique: *Galien de Pergame. Un médecin grec à Rome*. Collection Histoire. Paris: Les Belles Lettres, 2012.

LA MEDICINA EN EL PERIODO ICONOCLASTA DE BIZANCIO (717-842)

Boulnois, 2005

Boulnois, Marie-Odile: "L'union de l'âme et du corps comme modèle christologique, de Némésius d'Emese à la controverse nestorienne", en V. Boudon-Millot et B. Pouderon (dirs.), *Les Pères de l'Église face à la Science médicale de leur temps*. Col. Théologie Historique 117, Paris: Beauchesne, 2005; pp. 451-475.

Bradley, 2006

Bradley, Steffens: *Ibn al-Haytham, first scientist*. Profiles in Science. Greensboro: Morgan Reynolds, 2006.

Bravo, 1997

Bravo García, Antonio Pedro: *Bizancio, perfles de un Imperio*. Madrid: Akal, 1997.

Bréhier, 1904

Bréhier, Louis: "Un patriarche sorcier à Constantinople", en *Revue de l'Orient Chrétien* 9 (1904), pp. 261-268.

Bréhier, 1926

Bréhier, Louis: "Notes sur l'histoire de l'enseignement supérieur à Constantinople" en *Byzantion* 3 (1926), pp. 72-94.

Bréhier, 1927-1928

Bréhier, Louis: "Notes sur l'histoire de l'enseignement supérieur à Constantinople. III.- La légende de Léon l'Isaurien, incendiaire de l'Université de Constantinople", en *Byzantion* 4 (1927-1928), pp. 13-28.

Brett, 1954

Brett, Gerald: "The autómata in the Byzantine throne of Solomon", en *Speculum* 29 (1954), pp. 477-487.

BIBLIOGRAFÍA

Briau, 1855

Briau, René Marie: *La chirurgie de Paul d'Égine*, texte grec restitué et collationné sur tous les manuscrits de la bibliothèque impériale, accompagné des variantes de ces manuscrits et de celles des deux éditions de Venise et de Bale, ainsi que de notes philologiques et médicales avec traduction française en regard, précédé d'une introduction par René Briau. Paris: Victor Masson, 1855.

Brooks, 1900

Brooks, Ernest Walter: "On the date of the Death of Constantine the son of Irene", en *BZ* 9 (1900), pp. 654-657.

Brousselle, 2011

Brousselle, Isabelle: "Une damnatio memoriae byzantine: le châtimeut post mortem de deux défunts très spéciaux, l'empereur Constantin V et le patriarche de Constantinople Jean le Grammairien", en A. Gautier et C. Martin (eds.), *Échanges, communications et réseaux dans le Haut Moyen Âge*. Turnhout: Brepols, 2011.

Brown, 1971

Brown, Peter: "The Rise and Function of the Holy Man in Late Antiquity", en *The Journal of Roman Studies* 61 (1971), pp. 80-101.

Brown, 1973

Brown, Peter: "A Dark-Age Crisis: Aspects of the Iconoclastic Controversy", en *The English Historical Review* 88 / 346 (1973), pp. 1-34.

Brown, 1981

Brown, Elizabeth A.R.: "Death and the Human Body in the Later Middle Ages. The legislation of Boniface VIII on the Division of the Corpse", en *Viator, Medieval and Renaissance Studies* 12, Berkeley: University of California Press, 1981, pp. 223-270.

LA MEDICINA EN EL PERIODO ICONOCLASTA DE BIZANCIO (717-842)

Brown, 1985

Brown, Robert: "A further testimony to human dissection in the byzantine world", en *Bulletin of the History of Medicine* 59 (1985), pp. 518-520.

Brubaker/Haldon, 2001

Brubaker, Leslie y Haldon, John: *Byzantium in the Iconoclast Era (c. 680-850). The Sources: An Annotated Survey*. Birmingham Byzantine and Ottoman Monographs Vol. 8. Aldershot, Variorum, Ashgate Publishing Limited, 2001.

Brubaker/Haldon, 2011

Brubaker, Leslie y Haldon, John: *Byzantium in the iconoclast era c. 650-850: a history*. Cambridge: Cambridge University Press, 2011.

Bury, 1889

Bury, John Bagnell: *A history of the Later Roman Empire, from Arcadius to Irene (395 A.D. to 800 A.D.)*; 2 vols, London: Macmillan, 1889.

Bury, 1911

Bury, John Bagnell: *The Imperial Administrative System in the Ninth Century: with a revised text of Kletorologion of Philotheos*, The British Academy Supplemental Papers I, London: Henry Froude, Oxford University Press, 1911.

Bury, 1965

Bury, John Bagnell: *A history of the Eastern Roman Empire, from the fall of Irene to the accession of Basil I (A.D. 802-867)*; New York: Russell and Russell, 1965 (1ª ed. 1912).

Cameron, 1976

Cameron, Alan: *Circus factions. Blues and Greens at Rome and Constantinople*. Oxford: Clarendon Press, 1976.

BIBLIOGRAFÍA

Cameron, 2003

Cameron, Averil: "Preface" en *Fifty years of Prosopography, The Later Roman Empire, Byzantium and Beyond*, ed. A. Cameron, *Proceedings of the British Academy*, 118. Oxford: Oxford University Press, 2003.

Canard, 1926

Canard, Marius: "Les expéditions des Arabes contre Constantinople", en *Journal Asiatique* 208 (1926), pp. 80-102.

Canetti, 2002

Canetti, Luigi: *Frammenti di eternità. Corpi e reliquie tra Antichità e Medioevo*. Col. sacro/santo nuova serie 6. Roma: Viella, 2002.

Carlini, 1987

Carlini, Antonio: "Platone e le interpolazioni dottrinali in Gregorio di Nissa", en *Filologia e forme letterarie. Offerti a Francesco delle Corte*. Urbino: Quattro venti, 1987, pp. 465-473.

Carlino, 1994

Carlino, Andrea: *Books of the Body: Anatomical Ritual and Renaissance Learning*. Translated by John Tedeschi and Anne Tedeschi. Chicago: University of Chicago Press, 1994.

Carr, 2010

Carr, Edward H. : *¿Qué es la historia?*, trad. Joaquín Romero Maura y Horacio Vázquez Rial, Barcelona: Planeta, 2010 (1ª ed. 1961).

LA MEDICINA EN EL PERIODO ICONOCLASTA DE BIZANCIO (717-842)

Cavallo, 1988/1993

Cavallo, Guglielmo: "Modelos bibliotecarios en Occidente y en Oriente en la Edad Media", en *Oriente y Occidente en la Edad Media: influjos bizantinos en la cultura occidental* (Actas de las VIII Jornadas sobre Bizancio, Vitoria 8-1988), coords. J.M. Egea y P. Bádenas de la peña, Veleia, Anejos Serie Minor, Vitoria 1993, pp. 277-285.

Cavallo, 1993

Cavallo, Guglielmo: "I Libri di Medicina: Gli usi di un sapere", en *Maladie et Société à Byzance*, Evelyne Patlagean (ed.), Collectanea 3. Spoleto: Centro Italiano di Studi Sull'alto Medioevo, 1993; pp. 43-56.

Cavallo, 2009

Cavallo, Guglielmo: "Nota", en *Il De Urinis di Teofilo Protospatario, Centralità di un Segno Clinico*, L. R. Angeletti, B. Cavarra e V. Gazzaniga (eds.), Medicina Nei Secoli, suplemento 2009. Roma: Casa Editrice Università La Sapienza, 2009.

Cavarra, 2009

Cavarra, Berenice: "Medicine e Uroscopia, fino al VII D.C.", en L.R. Angeletti, B. Cavarra e U. Gazzaniga (eds.), *Il De Urinis di Teofilo Protospatario, Centralità di un Segno Clinico*, Medicina nei Secoli, arte e Scienza. Supplemento 20, pp. 35-60.

Cavenaile, 2001

Cavenaile, Robert: "L'anesthésie chirurgicale dans l'antiquité gréco-romaine", en *Medicina nei Secoli, Arte e Scienza* 13/1 (2001), pp. 25-46.

Cholij, 2002

Cholij, Roman: *Theodore the Stoudite. The Ordering of Holiness*. Oxford Theological Monographs. New York: Oxford University Press, 2002.

BIBLIOGRAFÍA

Chronē, 2011

Χρόνη, Μαρία: “Τα ζωικά προϊόντα ως πρώτη ύλη στην παρασκευή φαρμάκων και περιάπτων στα βυζαντινά ιατρικά κείμενα της μέσης περιόδου. Η εξελικτική σχέση της πανίδας με την ιατρική και την λευκή μαγεία”, en Anagnostakis, T.G. Kolias, E. Papadopoulou (eds.), *Animals and environment in Byzantium (7th-12th c)*. International Symposium 21, Institute for Byzantine Research/ National Hellenic Research Foundation, I. Athens, 2011, pp. 379-406.

Chronē, 2012

Χρόνη, Μαρία: “Forming the Medical Concepts of Byzantium in the 9th century”, en *Αρχαιολογία Online*, 2012.

<http://www.archaiologia.gr/en/blog/2012/12/31/forming-the-medical-concepts-of-byzantium-in-the-9th-century/>

Codellas, 1942

Codellas, Pan S. : “The Pantocrator, the imperial byzantine medical center of XIIth century AD in Constantinople”, en *Bulletin of the History of Medicine* 12 (1940), pp. 392-410.

Comelles Esteban, 1993

Comelles Esteban, Joseph Maria: “Milagros, santos, vírgenes y médicos. La institucionalización del milagro en la Europa Cristiana”, en O. Romani y J.M. Comelles (eds.), *Actas del VI Congreso Nacional de Antropología FAAEE/ACA*, Vol. 2, Antropología de la Salud y de la Medicina. Tenerife, ACA y Dirección General de Patrimonio Histórico, 1993; pp. 166-192.

Conde Parrado, 1999

Conde Parrado, Pedro: “Entre la ambigüedad y la audacia: la vivisección alejandrina y los anatomistas del Renacimiento. Nocentes homines a regibus ex carcere acceptos... (Celso, De Medicina, pro. 23)”, en *Asclepio*, Vol. LI-1, 1999, pp. 5-25.

LA MEDICINA EN EL PERIODO ICONOCLASTA DE BIZANCIO (717-842)

Congourdeau, 2004

Congourdeau, Marie-Hélène: “La médecine byzantine, une réévaluation nécessaire”, en *La Revue du Praticien* 54 (2004), pp. 1733-1737.

Constantelos, 1968

Constantelos, Demetrios J.: *Byzantine philanthropy and social welfare*, New Brunswick: Rutgers University Press, 1968.

Constantelos, 1985

Constantelos, Demetrios J.: “Clerics and secular professions in the Byzantine Church”, en *Byzantina* 13 (1985), pp. 374-390.

Constantelos, 1999

Constantelos, Demetrios J.: “Medicine and Social Welfare in the Byzantine Empire”, en *Medicina nei Secoli, Arte e Scienza* 11/2 (1999), pp. 337-355.

Cormack, 1977

Cormack, Robin: “The Arts during the Age of Iconoclasm”, en A. Bryer and J. Herrin (eds.), *Iconoclasm: Papers given at the Ninth Spring Symposium of Byzantine Studies*, University of Birmingham, March 1975. Birmingham, Centre for Byzantine Studies University of Birmingham, 1977; pp. 35-44.

Cormack, 2008

Cormack, Robin: “Art and iconoclasm”, en *The Oxford Handbook of Byzantine Studies*, ed. E. Jeffreys, J. Haldon and R. Cormack, Oxford: Oxford University Press, 2008, pp. 750-757.

Cresswell, 1946

Cresswell, Keppel Archibald Cameron: “The lawfulness of painting in Early Islam”, *Ars Islamica* 11/12 (1946), pp. 159-166.

BIBLIOGRAFÍA

Criscuolo, 1992

Criscuolo, Ugo: "Iconoclasmo bizantino e filosofia neoplatónica delle imagine", en *Platonism in Late Antiquity*, ed. St. Gersh and Ch. Kannengiesser. Notre Dame (Indiana): University of Notre Dame, 1992, pp. 83-102.

Criscuolo, 1994

Criscuolo, Ugo: "Sugli epigrammi iconoclastici di Giovanni (il Grammatico?)", en *Σύνδεσμος, Studi in onore di Rosario Anastasi*, volumen secondo, Istituto di Studi Bizantini e neoellenici, Catania: facoltà di lettere e Filosofia, 1994; pp. 143-152.

Criscuolo, 1996

Criscuolo, Ugo: "Pour le texte de médecin Romanos", en A. Garzya e J. Jouanna (eds.), *Storia e ecdótica dei testi medici greci* (Atti del II Convegno Internazionale), Napoli: D'Auria, 1996; pp. 113-131.

Crislip, 2005

Crislip, Andrew T.: *From Monastery to Hospital: Christian Monasticism and the transformation of Health Care in Late Antiquity*, Ann Arbor: University of Michigan Press, 2005.

Crow, 2007

Crow, James: "The infrastructures of a Great City: Earth, Walls and Water in Late Antique Constantinople", en *Technology in Transition: A. D. 300-650*, ed. L. Lavan, E. Zanini and A. Sarantis, Leiden: Brill. 2007.

Crow/Bardill/Baylis, 2008

Crow, James; Bardill, Jonathan and Bayliss, Richard Andrew: *The Water Supply of Byzantine Constantinople*. Journal of Roman Studies Monographs 11. London: Society for the Promotion of Roman Studies, 2008.

LA MEDICINA EN EL PERIODO ICONOCLASTA DE BIZANCIO (717-842)

Dagron, 1984

Dagron, Gilbert: *Constantinople Imaginaire. Études sur le recueil des "Patria"*, Bibliothèque Byzantine, Études 8, Paris: Presses Universitaires de France, 1984.

Dagron, 1992

Dagron, Gilbert: "L'ombre d'un doute: L'hagiographie en question, Vie-XIe siècle", en *DOP* 46, Homo Byzantinus: Papers in Honor of Alexander Kazhdan (1992), pp. 59-68.

Dagron, 2000a

Dagron, Gilbert: "L'iconoclasme et l'établissement de l'orthodoxie (726-847)", en *Histoire du Christianisme, des origines à nos jours*, dir. J.M. Mayeur, Ch et L. Pietri, A. Vachez y M. Venard. Tome IV, Évêques, moines et empereurs (610-1054), Paris, Desclée, 2000; pp. 93-166.

Dagron, 2000b

Dagron, Gilbert: "L'Église et l'État (milieu IXe - fin X siècle)", en *Histoire du Christianisme, des origines à nos jours*, dir. J.M. Mayeur, Ch et L. Pietri, A. Vachez y M. Venard. Tome IV, Évêques, moines et empereurs (610-1054), Paris, Desclée, 2000, pp. 166-240.

Dagron, 2002

Dagron, Gilbert: "The Urban Economy, Seventh-Twelfth Centuries", en A. Laiou (ed), *The Economic History of Byzantium*, Vol. 2, A. Dumbarton Oaks Studies, 39; Washington: Dumbarton Oaks Research Library and Collection, 2002.

Dain, 1954

Dain, Alphonse: "La Transmission des textes littéraires classiques de Photius à Constantin Porphyrogénète", en *DOP* 8 (1954), pp. 33-47.

BIBLIOGRAFÍA

Darrouzès, 1975

Darrouzès, Jean : “Listes épiscopales du Concile de Nicée (787)”, en *REB* 33 (1975), pp. 5-76.

Dennis, 1985

Dennis, George T.: *Three Byzantine Military Treatises*. Dumbarton Oaks Texts IX. Washington: Dumbarton Oaks Research Library and Collection, 1985.

Trapè, 2001

Trapè, Agostino: “San Agustín”, en *Patrología III, La edad de oro de la literatura patristica cristiana*. A. Di Berardino (dir.). Madrid: BAC, 2001 (1ª ed. italiana en 1978).

Diamandopoulos/Kassimatis/Goudas, 2007

Diamandopoulos, Athanasios; Kassimatis, Theodoros and Goudas, Paulos: “Paulos Aegineta: the Pioneer of plastic Surgery Evolution and comparisons”, en *Hospital Chronicles* 2/2 (2007), pp. 83-88.

Diehl, 1944

Diehl, Charles: *Le Monde Oriental de 395 a 1081, Histoire du Moyen Âge, Tome III*, par Ch. Diehl et G. Marçais. Paris: Presses Universitaires de France, 1944.

Dols, 1987

Dols, Michael W.: “The Origins of the Islamic Hospital”, en *Bulletin of the History of Medicine* 61 (1987), pp. 367-390.

Donnet, 1972

Donnet, Daniel: “Le tradition imprimée du traité de grammaire de Michel, le Syncelle de Jérusalem”, en *Byzantion* 42 (1972), pp. 441-508.

LA MEDICINA EN EL PERIODO ICONOCLASTA DE BIZANCIO (717-842)

Drocourt, 2012

Drocourt, Nicolas: “Quelques aspects du rôle des ambassadeurs dans les transferts culturels entre Byzance et ses voisins (VIIe-XIIe siècles)”, en R. Abdellatif, Y. Benhima, D. König et E. Ruchaud (eds.), *Acteurs des transferts culturels en Méditerranée médiévale*, Paris: Deutsches Historisches Institut, 2012.

Ducellier, 1988

Ducellier, Alain: *Les Byzantins, histoire et culture*, Col. Points. Histoire, H99. Paris: Editions du Seuil, 1988.

Duffy, 1984

Duffy, John: “Byzantine medicine in the six and seventh centuries: aspects of teaching and practice”, en *DOP* 38, Symposium on Byzantine Medicine, pp. 21-27.

Dvornik, 1933

Dvornik, Francis: “Les légendes de Constantin et de Méthode vues de Byzance”, en *Byzantino-Slavica, Supplementa I*, Prague, 1933, pp. 25-33.

Flusin, 1992

Flusin, Bernard: Reseña sobre la edición de Cyril Mango, Niképhoros Patriarch of Constantinople, Short History; en *REB* 50, 1992, pp. 278-281.

Flusin, 2006a

Flusin, Bernard: “Un lettré byzantin au XIIe siècle: Jean Mésarites”, en Brigitte Mondrain (ed.), *Lire et écrire à Byzance*. CNRS, Monographies 19. Paris: Association des Amis du Centre d’Histoire et Civilisation de Byzance, 2006; pp. 67-84.

BIBLIOGRAFÍA

Flusin, 2006b

Flusin, Bernard: “I Discorsi contri i etrattori delle immagini’ di Giovanni di Damasco e l’esordio del primo iconoclasmo”, en S. Chialà et L. Cremaschi (eds.) *Giovanni di Damasco, un Padre al sorgere dell’Islam*. Atti del XIII Convegno Ecuménico Internazionale di Spiritualità Ortodossa, Sezione Bizantina. Bose: Comunità di Bose, 2006; pp. 53-86.

Foss/Winfield, 1986

Foss, Clive and Winfield, David: *Byzantine Fortifications, an Introduction*. Pretoria: University of South Africa, 1986.

Frampton, 2008

Frampton, Michael: *Embodiments of Will. Anatomical and Physiological Theories of Voluntary Animal Motion from Greek Antiquity to the Latin Middle Ages, 400 B.C. – A.D. 1300*. Saarbrücken, Dr. Müller, 2008; Chicago, University of Chicago, 2008.

Freedberg, 1977

Freedberg, David: “The Structure of Byzantine and European Iconoclasm”, en A. Bryer and J. Herrin (eds.) *Iconoclasm, Papers given at the Ninth Spring Symposium of Byzantine Studies*, University of Birmingham, March 1975. Birmingham: Centre for Byzantine Studies University of Birmingham, 1977; pp. 165-177.

French, 2003

French, Roger Kenneth: *The Business of Medicine from the Middle Ages to the Enlightenment*. Cambridge: Cambridge University Press, 2003.

Freshfield, 1932

Freshfield, Edwin Hanson: *Roman Law in the Later Roman Empire. The Isaurian period, eighth century, the Ecloga*. Cambridge: Bowes and Bowes, 1932.

LA MEDICINA EN EL PERIODO ICONOCLASTA DE BIZANCIO (717-842)

Frölich, 1880

Frölich, Hermann: "Paul von Ägina als Kriegschirurg", en *Wiener Medizin, Wochenschr* XXX (1880), pp. 1241-1265.

Fuchs, 1926

Fuchs, Friedrich: *Die höheren Schulen von Konstantinopel im Mittelalter*, Byzantinisches Archiv, Heft 8. Leipzig/Berlin: Teubner, 1926.

Gabriel, 2012

Gabriel, Richard A.: *Man and Wound in the Ancient Worlds. A History of Military Medicine from Sumer to the Fall of Constantinople*. Washington: Potomac Books, 2012.

Gador-Whyte, 2010

Gador-Whyte, Sarah: "Emotional Preaching: Ekphrasis in the Kontakia of Romanos", en *Australian Society for Classical Studies* 31 (2010), pp. 1-13.

Garrison, 1921

Garrison, Fielding H.: *An Introduction to the History of Medicine, with medical chronology, suggestions for study and bibliographic data*. Third Edition, revised and enlarged. Philadelphia/London: W.B. Saunders Company, 1921.

Garrison, 1970

Garrison, Fielding H.: *Notes on the history of military medicine*, mit einem Vorwort von Horst Zoske. Hildesheim/New York: Georg Olms, 1970 (1ª ed. Washington, 1922).

BIBLIOGRAFÍA

Garzya, 2006

Garzya, Antonio: "Introduzione" en A. Garzya, R. De Lucia, A. Guardasole, A.M. Ieraci Bio, M. Lamagna e R. Romano (eds), *Medici Bizantini*. Oribasio di Pergamo, Aezio d'Amida, Alessandro di Tralle, Paolo d'Egina, Leone Medico. Classici Greci UTET. Torino: Unione Tipografico-Editrice Torinese, 2006.

Garzya/Masullo, 2004

Garzya, Antonio e Masullo, Rita: *I problema di Cassio Iatrosophista*. Testo critico, introduzione, apparato critico, traduzione e note. Serie Quaderni dell'Accademia Pontiana. Napoli: Accademia Pontiana, 2004.

Gaupp, 1827

Gaupp, Ernest Theodor: *De professoribus et medicis eorumque privilegiis in Jure Romano Dissertatio*; Vratislaviae: Max et Soc, 1827.

Geanakoplos, 1989

Geanakoplos, John Deno: *Constantinople and the West. Essays on the Late Byzantine (Palaeologan) and Italian Renaissances and the Byzantine and Roman Churches*. Madison: The University of Wisconsin Press, 1989.

Gero, 1973

Gero, Stephen: *Byzantine iconoclasm during the reign of Leo III, with particular attention to the oriental sources*, CSCO, vol. 346, Subsidia tomus 41. Louvain: Secrétariat du Corpus SCO, 1973.

Gero, 1974-1975

Gero, Stephen: "John the Grammarian, the last iconoclastic patriarch of Constantinople. The man and the legend", en *Byzantina. Nordisk tidskrift för byzantinologi* 3-4 (1974-1975), pp. 25-35.

LA MEDICINA EN EL PERIODO ICONOCLASTA DE BIZANCIO (717-842)

Gero, 1975

Gero, Stephen: "The eucharistic doctrine of the byzantine iconoclasts and its sources", en *Byzantinische Zeitschrift* 68, 1975, pp. 4-22.

Gero, 1977

Gero, Stephen: *Byzantine iconoclasm during the reign of Constantine V, with particular attention to the oriental sources*, CSCO, vol. 384, Subsidia tomus 52. Louvain: Secrétariat du Corpus SCO, 1977.

Gero, 2000

Gero, Stephen: "What were the Holy Images of the Iconoclast?", en *Orientalia Christiana Analecta* 260, 2000, Crossroad of Cultures, Studies in Liturgy and Patristics in Honor of Gabriele Winkler, pp. 331-343.

Geroulanos, 2007

Geroulanos, Stefanos: "Surgery in Byzantium", en M. Grumbart, E. Kislinger, A. Muthesius and D. Stathakopoulos (eds.), *Material Culture and Well-Being in Byzantium (400-1453)*, Proceeding of the International Conference Cambridge, 8-10 September 2001. Wien: Verlag der Österreichischen Akademie der Wissenschaften, 2007; pp. 129-134.

Gibbon, 1776-1788

Gibbon, Edward William Smith: *The History of the Decline and fall of the Roman Empire*. London: W. Strahan and T. Cadell, 1776-1788.

Goossens, 1935

Goossens, Roger: "A propos de la légende de Constantin V", en *Annuaire de l'Institut de Philologie et d'Histoire Orientales* 3, (1935), pp. 157-160.

BIBLIOGRAFÍA

Gouillard, 1960

Gouillard, Jean: “Une oeuvre inédite du patriarche Méthode: La Vie d’Euthyme de Sardes”, en *Byzantinische Zeitschrift* 53 (1960), pp. 36-46.

Guilland, 1959

Guilland, Rodolphe: “L’expédition de Malasma contre Constantinople (717-718)”, en *Études Byzantines*. Publications de la Faculté des Lettres et Sciences humaines de Paris. Paris: Presses Universitaires de France, 1959.

Gurunluoglu/Gurunluoglu, 2001

Gurunluoglu, Raffi and Gurunluoglu, Aslin: “Paulus Aegineta, a seventh century encyclopedist and surgeon: his role in the history of plastic surgery”, en *Plastic and Reconstructive Surgery* 108/7 (2001), pp. 2072-2079.

Grabar, 1977

Grabar, Oleg: “Islam and Iconoclasm”, en A. Bryer and J. Herrin (eds.), *Iconoclasm, Papers given at the Ninth Spring Symposium of Byzantine Studies*, University of Birmingham, March 1975. Birmingham: Centre for Byzantine Studies University of Birmingham, 1977; pp. 45-52.

Grabar, 1984

Grabar, André: *L’Iconoclisme byzantin, le dossier archéologique*, 2eme éd. Revue at augmentée, Col. Idées et recherches; Paris: Flammarion, 1984.

Grégoire, 1934

Grégoire, Henri: “Manuel et Théophobe ou la concurrence de deux monasteries”, en *Byzantion* 9 (1934), pp. 183-204.

LA MEDICINA EN EL PERIODO ICONOCLASTA DE BIZANCIO (717-842)

Grimm-Stadelmann, 2008

Grimm-Stadelmann, Isabel: *Θεοφίλου περί τῆς τοῦ ἀνθρώπου καασκευῆς, Theophilus, Der Aufbau des Menschen*, Kritische Edition des Textes mit Einleitung, Übersetzung und Kommentar. Inaugural-Dissertation zur Erlangung des Doktorgrades der Philosophie an der Ludwig-Maximilians-Universität München. Vorgelegt von Isabel Grimm-Stadelmann aus Münchn. München, 2008.

Gritzalis/Karamanou/Androutsos, 2011

Gritzalis, Konstantinos; Karamanou, Marianna and Androutsos, George: “Gout in the writings of eminent ancient greek and byzantine physicians”, en *Acta Medico-Historica Adriatica (AMHA)* 9/1 (2011), pp. 83-88.

Grumel, 1949

Grumel, Venance: “La profession médicale à Byzance à l’époque des Comnènes” en *REB* 7, 1949, pp. 42-46.

Guilland, 1955-1957

Guilland, Rodolphe: “Études sur l’histoire administrative de l’Empire. Les titres auliques des eunuques. Le protospathaire”, en *Byzantion* 25-27 (1955-1957), pp. 649-711.

Guilland, 1959

Guilland, Rodolphe: “L’expédition de Malasma contre Constantinople (717-718)”, en R. Guilland, *Études byzantines*, Paris: Presses Universitaires de France, pp. 109-133.

Guilleard, 2007

Guilleard, Chris: “Old age in Byzantine society”, en *Ageing and Society* 27 (2007), pp. 623-642.

BIBLIOGRAFÍA

Guillermant, 1982

Guillermant, Jean: *Histoire de la Médecine aux Armées*, Tome 1, De l'Antiquité à la Révolution, Préface du Médecin Général Inspecteur Pierre Juillet. Paris: Charles Lavauzelle, 1982.

Guillou, 1990

Guillou, André: *La Civilisation byzantine*, Collection Les Grandes Civilisations. Paris: Arthaud, 1990.

Gurunluoglu/Gurunluoglu

Gurunluoglu Raffy and Gurunluoglu, Aslin: "Paulus Aegineta, a seventh century encyclopedist and surgeon: his role in the history of plastic surgery, en *Plastic and Reconstructive Surgery* 110/6 (2002), pp. 2072-2079.

Gutas, 1998

Gutas, Dimitri: *Greek Thought, Arabic Culture. The Graeco-Arabic Translation Movement in Baghdad and Early Abbasid Society (2nd-4th/8th-10th centuries)*. London/New York: Routledge, 1998.

Haldon, 1977.

Haldon, John: "Some Remarks on the Background to the Iconoclast Controversy" en *ByzSlav* 38 (1977), pp. 161-184.

Haldon, 1984.

Haldon, John: *Byzantine Praetorians, an administrative, institutional and social survey of the Opsikion and Tagmata, c. 580-900*. Freie Universität Berlin Byzantinisch-Neugriechisches Seminar. Πουκίλα Βυζαντινά 3. Bonn: Rudolf Habelt, 1984.

LA MEDICINA EN EL PERIODO ICONOCLASTA DE BIZANCIO (717-842)

Haldon, 1990

Haldon, John: *Byzantium in the Seventh Century, the transformation of a culture*, Revised edition. Cambridge: Cambridge University Press, 1990.

Haldon, 2006.

Haldon, John. "Greek fire revisited: recent and current research", en E. Jeffreys (ed.), *Byzantine Style, Religion and Civilization: in honour of Sir Steven Runciman*, Cambridge, 2006; pp. 290-325.

Hatlie, 2007

Hatlie, Peter: *The Monks and Monasteries of Constantinople, ca. 350-850*. Cambridge: Cambridge University Press, 2007.

Heiberg, 1919

Heiberg, Johan Ludvig: "De codicibus Pauli Aeginetae observationes", en *Revue des Études Grecques* 32 (1919), pp. 268-277.

Hemmerdinger, 1955

Hemmerdinger, Bertrand: *Essai sur l'histoire du texte de Thucydide*. Collection d'Études Anciennes. París: Les Belles Lettres, 1955.

Hemmerdinger, 1964

Hemmerdinger, Bertrand: "La culture grecque classique du VIIe au IXe siècle", en *Byzantion* 34 (1964), pp. 125-133.

BIBLIOGRAFÍA

Herrin, 1977

Herrin, Judith: "The Context of Iconoclast Reform", en A. Bryer and J. Herrin (eds.), *Iconoclasm: Papers given at the Ninth Spring Symposium of Byzantine Studies*, University of Birmingham, March 1975. Birmingham, Centre for Byzantine Studies University of Birmingham, 1977; pp. 15-20.

Herrin, 2002

Herrin, Judith: *Mujeres en Púrpura, Irene, Eufrosine y Teodora, soberanas del medievo bizantino*, Madrid: Santillana, 2002, (1ª ed. en inglés, 2001).

Hildebrandt, 2008

Hildebrandt, Sabine: "Capital Punishment and Anatomy: History and Ethics of an Ongoing Association", en *Clinical Anatomy* 21 (2008), pp. 5-14.

Hill, 1990

Hill, Donald Routledge: "The literature of Arabic alchemy", en M.J.L. Young, J.D. Latham and R.B. Sergeant (eds.), *Religion, learning and Science in the Abbasid Period*, Cambridge: Cambridge University Press, 1990, pp. 328-341.

Hirsch, 1876

Hirsch, Ferdinand: *Byzantinische Studien*. Leipzig: Verlag von S. Hirzel, 1876.

Hohlweg, 1984

Hohlweg, Armin: "John Actuarius de Methodo Medendi", en *DOP* 38 (1984), Symposium on Byzantine Medicina, pp. 121-133.

Horden, 2006

Horden, Peregrine: "How medicalised were byzantine hospitals?", en *Medicine e Storia* X (2006), pp. 45-74.

LA MEDICINA EN EL PERIODO ICONOCLASTA DE BIZANCIO (717-842)

Hunger, 1978

Hunger, Herber: *Die hochsprachliche profane Literatur der Byzantiner*. Bd. 2. Philologie, Profandichtung, Musik, Mathematik und Astronomie, Naturwissenschaften, Medizin, Kriegswissenschaft, Rechtsliteratur. München: C.H. Beck, 1978.

Ieraci Bio, 1995

Ieraci Bio, Anna Maria: “ΛΕΡΩΤΑΠΟΚΡΙΣΙΣ nella letteratura medica”, en CI Moreschini (ed.), *Esegesi, Parafrasi, Compilazione in Età Tardoantica*. Atti del III Convegno dell'Associazione di Studi Tardoantichi (Pisa, 7-9 ottobre 1993). Napoli, 1995; pp. 186-207.

Ieraci Bio, 1996

Ieraci Bio, Anna Maria: “Sur une Άποθεραπευτική attribuée à Théophile”, en A. Garzya e J. Jouanna (eds), *Text médicaux grecs. Tradition et ecdotique*. Paris-Sorbonne, 24-26 mars 1994, Napoli, 1996, pp. 191-205

Ieraci Bio, 1999

Ieraci Bio, Anna Maria: “La Syntomos Paradosis di Teofilo Protospatario”, en A. Garzya e J. Jouanna (eds), *I Testi Medici Greci. Tradizione e Ecdotica*. Atti del III Convegno Internazionale. Napoli 15-18 ottobre 1997. Napoli, 1999, pp. 250-267.

Ieraci Bio, 2005

Ieraci Bio, Anna Maria: “Medicina e teología nel De Natura Hominis de Melezio”, en V. Boudenot-Millot et B. Pouderon (dirs.), *Les Pères de l'Église face à la science médicale de leur temps*. Actes du troisième Colloque d'Études Patristiques (Paris, 9-11 Septembre 2004). Col. Théologie Historique 117. Paris: Beauchesne, 2005; pp. 29-48.

Ieraci Bio, 2006

Ieraci Bio, Anna Maria: “Leone Medico”, en A. Garzya (ed), *Medici Bizantini*, Torino: Unione tipografico-editrice torinese, 2006, pp. 785-859.

BIBLIOGRAFÍA

Ieraci Bio, 2010

Ieraci Bio, Anna Maria: “Giovanni Argiropulo e un inédito commento anónimo a Galeno (ars med. 1, 1^a-b7) nel Vat. Gr. 285”, en *Storia della Tradizione e Edizione dei Medici Greci*. Atti del VI Colloquio internazionale. Paris 12-14 aprile 2008, a cura di V. Boudon-Millot, A. Garzya, J. Jouanna e A. Roselli (eds.). Collectanea 27. Napoli: D’Auria Editore, 2010; pp. 271-290.

Irigoin, 1962

Irigoin, Jean: “Survie et renouveau de la littérature Antique à Constantinople”, en *Cahiers de Civilisation Médiévale* 5 (1962), pp. 287-302.

Iskandar, 1976

Iskandar, Albert Z.: “An attempted reconstruction of the late alexandrian medical curriculum”, en *Medical History* 20.3 (1976), pp. 235-258.

Jacques, 1984

Jacques, François: *Le privilège de liberté. Politique impériale et autonomie dans les cités de l’Occident romain (161-264)*. Rome: École Française de Rome, 1984.

Janin, 1964

Janin, Raymond: *Constantinople byzantine: développement urbain et répertoire topographique*. Archives de l’Orient Chrétien 4A. 2^a Edition révisée et augmentée. Paris: Institut Français d’Études Byzantines, 1964.

Janin, 1969

Janin, Raymond: *La Géographie Ecclésiastique de l’Empire Byzantin. Première partie. Le Siège de Constantinople et le patriarcat oecuménique*. Tome III. Les églises et les Monastères. 2^a ed. Paris: Institut Français d’Études Byzantines, 1969.

LA MEDICINA EN EL PERIODO ICONOCLASTA DE BIZANCIO (717-842)

Janin, 1975

Janin, Raymond: *Les Églises et les Monastères des Grands Centres Byzantines (Bithynie, Hellespont, Latros, Galèsios, Trébizonde, Athènes, Thessalonique)*. Paris: Institut Français d'Études Byzantines, 1975.

Jones/Whitaker, 2009

Jones, Gareth and Whitaker, Maja: *Speaking for the Dead. The Human Body in Biology and Medicine*. Burlington/Farnham: Ashgate, 2009.

Kaegy, 1966

Kaegy, Walter Emil: "The Byzantine Armies and Iconoclasm", en *Byzantinoslavica* 27 (1966), pp. 48-70.

Kalogeras, 2000

Kalogeras, Nikos: *Byzantine childhood education and its social role from the sixth century until end of Iconoclasm*. Ph. D. Diss. The University of Chicago. Chicago, 2000.

Kalogeras, 2006

Kalogeras, Nikos: "Education encisioned or the miracle of learning in Byzantium", en *Byzantinoslavica* 64 (2006), pp. 111-124.

Kaplan, 1997

Kaplan, Michel: *La Chrétienté Byzantine du début du VIIe siècle au milieu du XIe siècle, Images et reliques, Moines et moniales, Constantinople et Rome*. Regards sur l'Histoire. Paris: SEDES, 1997.

BIBLIOGRAFÍA

Kapsambelis, 2012

Kapsambelis, Daphne: *Invention or evolution in the provision of health care in Late Antiquity in the Eastern Roman Empire. The Case of the Hospital*. Master Dissertation. University of Wales, Trinity Saint David. 2012.

Karlin-Haiter, 1971

Karlin-Hayter, Patricia: “Études sur les deux histoires du règne de Michel III”, en *Byzantion* 41 (1971), pp. 452-496.

Karlin-Hayter, 1994

Karlin-Hayter, Patricia: “A byzantine politician monk: saint Theodore Studite”, en *JOB* 44 (1994), pp. 217-232.

Karlin-Hayter, 1997

Karlin-Hayter, Patricia: “The Age of Iconoclasm?”, en K. Demoen et J. Vereecken (eds.), *La Spiritualité de l'Univers byzantin dans le Verbe et l'Image, Hommages offerts à Edmond Voordeckers*. Instrumenta Patristica et Medievalia (IPM 30). Turnhout: Brepols, 1997, pp. 371-384.

Kazhdan, 1984

Kazhdan, Alexander: “The image of the medical doctor in byzantine literatura of the tenth to twelfth centuries”, en *DOP* 38 (1984), pp. 43-51.

Kazhdan, 1999

Kazhdan, Alexander: “The dark century (ca. 650-ca. 775)”, en *A History of Byzantine Literature (650-850)*, in collaboration with Lee F. Sherry and Christine Angelidi, Research Series 2, Athens: The National Hellenic Research Foundation, 1999, pp. 137-168.

LA MEDICINA EN EL PERIODO ICONOCLASTA DE BIZANCIO (717-842)

Kazhdan/Talbot, 1991/1992

Kazhdan Alexander y Talbot, Alice-Mary: “Women and Iconoclasm”, en *BZ* 20 (1991-1992), pp. 391-408.

Kearney, 1970

Kearney, Hugh: *Los Orígenes de la Ciencia Moderna, 1500-1700*. Trad. Juan José Ferrero Blanco. Biblioteca para el hombre actual. Madrid: Guadarrama, 1970. (1ª ed. en 1964).

Kitzinger, 1954

Kitzinger, Ernst: “The Cult of Images in the Age before Iconoclasm”, en *DOP* 8 (1954), pp. 83-149.

Kougéas, 1953

Kougéas, Sokrates: “Βυζαντινά βιβλιογραφικά εργαστήρια (αποσπασμα)”, en *Πρακτικά της Ακαδημίας Αθηνών* 28 (1953), pp. 458

Kousis, 1928

Kousis, Aristoteles: “Contribution à l'étude de la médecine des zénons pendant le XVe siècle, basée sur deux manuscrits inédits”, en *Byzantinisch-Neugriechische Jahrbücher* 6, (1927-1928), pp. 77-90.

Krumbacher, 1897

Krumbacher, Karl: *Geschichte der byzantinischen Literatur, von Justinian bis zum Ende des Oströmischen Reiches (527-1453)*, bearbeitet unter Mitwirkung von A. Ehrhard und H. Gelzer. 2ª ed. Munich: o. Beck, 1897 (nueva ed. New York: B. Franklin, 1958).

BIBLIOGRAFÍA

Kudlien, 1970

Kudlien, Fridolf: "Medical education in Classical Antiquity" en O'Malley (ed), *The History of Medical Education*. UCLA Fórum in medical Sciences 12. C.D. Berkeley/Los Angeles/London: University of California Press, 1970, pp. 3-38.

Laín Entralgo, 1978

Laín Entralgo, Pedro: *Historia de la Medicina*. Barcelona: Salvat, 1978.

Lamagna, 2003,

Lamagna, Mario: "Il trattato De Urinis di Stefano d'Atene e l'uroscopia alessandrina", en A. Roselli; I. Garofalo e K-D. Fischer (eds.), *Galenismo e medicina tardoantica: fonti greche, latine e árabe*. Atti del Seminario Internazionale di Siena, Certosa di Potignano, 9-10 settembre 2002. Napoli: Istituto Universitario Orientale, 2003, pp. 53-73.

Lamagna, 2006

Lamagna, Mario: "Paolo di Egina", en *Medici Bizantini*, ed. A. Garzya. Torino: Unione Tipografico-Editrice, 2006, pp. 683-783.

Laurent, 1964

Laurent, Vitalien: "Une homélie inédite de l'archevêque de Thessalonique Léon le philosophe sur l'Annonciation (25 mars 842)", en *Mélanges Eugène Tisserant, Studi e Testi* 232, vol. II. Orient Chrétien, première partie. Città del vaticano, 1964; pp. 281-302.

Le Coz, 2004

Le Coz, Raymond: *Les medecins nestoriens au Moyen Age. Les maîtres des Arabes*. Préface de Guy Lazorthes. Paris: L'Harmattan, 2004.

LA MEDICINA EN EL PERIODO ICONOCLASTA DE BIZANCIO (717-842)

Le Coz, 2006

Le Coz, Raymond: *Les chrétiens dans la médecine arabe*. Col. Peuples et cultures de l'Orient. Paris: L'Harmattan, 2007.

Leclerc, 1876

Leclerc, Lucien: *Histoire de la Médecine Arabe*, exposé complet des traductions du Grec: Les Sciences en Orient, leur transmission à l'Occident par les traductions latines. 2 vols. Paris: Ernest Leroux, 1876.

Lemerle, 1971

Lemerle, Paul: *Le Premier Humanisme Byzantin. Notes et remarques sur enseignement et culture à Byzance des origines au Xe siècle*. Bibliothèque Byzantine, Études 6. Paris: Presses Universitaires de France, 1971.

Lemerle, 1977

Lemerle, Paul: "Le gouvernement des philosophes. L'enseignement, les écoles, la culture", en *Cinq études sur le XIe siècle byzantin*. Col. Le Monde Byzantin. Paris: Editions du Centre national de la recherche Scientifique, 1977; pp. 193-248.

Lewis, 2007

Lewis, Michael J.T.: "Antique Engineering in the Byzantine World", en L. Lavan, E. Zanini and A. Sarantis (eds), *Technology in Transition, A.D. 300-650*, Leiden/Boston: Brill, 2007.

Lombard, 1902

Lombard, Alfred: *Études d'histoire byzantine, Constantin V, empereur des romains (740-775)*. Avec une préface de Ch. Diehl. Paris: Félix Alcan, 1902.

BIBLIOGRAFÍA

López Férez, 1999

López Férez, Juan Antonio: “La anatomía en Galeno”, en A. Pérez Jimenez y G. Cruz Andreotti (eds.), *Unidad y pluralidad del Cuerpo Humano. La Anatomía en las culturas mediterráneas*. Madrid: Ed. Clásicas, 1999; pp. 95-136.

López Salvá, 1997

López Salvá, Mercedes: *Estudio de la incubatio cristiana en la primitiva Iglesia Oriental (excepto Menuthi) a través de las colecciones griegas de milagros*. Tesis doctoral. Universidad Complutense, Facultad de Filosofía y Letras. 1975

López Salvá, 1997

López Salvá, Mercedes: “Actividad asistencial y terapéutica en el Kosmidion de Constantinopla”, en P. Badenas de la Peña, A. Bravo I. Pérez Martín (eds), *Ἐπίγειος οὐρανός. El Cielo en la Tierra. Estudios sobre el monasterio bizantino*, Col. Nueva Roma 3. Madrid: Consejo Superior de Investigaciones científicas, 1997, pp. 131-145.

MacKinney, 1965

MacKinney, Loren: *Medical Illustrations in Medieval Manuscripts*, London: Wellcome Historical Medical Library, 1965.

Magdalino, 1993

Magdalino, Paul: *The empire of Manuel I Komnenos, 1143-1180*, Cambridge: Cambridge University Press, 1993.

Magdalino, 1996

Magdalino, Paul: *Constantinople Médiévale, Études sur l'évolution des structures urbaines*, Travaux et Mémoires du Centre de Recherche d'Histoire et Civilisation de Byzance, Collège de France, Monographies 9. Paris: De Boccard, 1996.

LA MEDICINA EN EL PERIODO ICONOCLASTA DE BIZANCIO (717-842)

Magdalino, 1998

Magdalino, Paul: "The road to Baghdad in the thought-world of ninth-century Byzantium", en L. Brubaker (ed.), *Byzantium in the Ninth Century; Dead or Alive?*, Papers from the thirtieth Spring Symposium of Byzantine Studies, Birmingham March 1996. Society for the promotion of byzantine studies publications. Aldershot: Ashgate, 1998

Magdalino, 2003

Magdalino, Paul: "Prosopography and Byzantine Identity", en A. Cameron (ed.), *Fifty years of Prosopography, The Later Roman Empire, Byzantium and Beyond*, Proceedings of the British Academy, 118. Oxford: Oxford University Press, 2003.

Magdalino, 2006

Magdalino, Paul: *L'Orthodoxie des astrologues, la science entre le dogme et la divination à Byzance (VIIe-XIVe siècle)*. Réalités Byzantines, 12. Paris: Lethielleux, 2006.

Magdalino, 2007

Magdalino, Paul: "Constantine V and the middle age of Constantinople", en *Studies on the History and Topography of Byzantine Constantinople*, Variorum Collected Studies Series, Aldershot: Ashgate publishing limited, 2007.

Magdalino, 2013a

Magdalino, Paul: "Byzantine encyclopaedism of the ninth and tenth centuries", en J. König and G. Woolf (ed.), *Encyclopaedism, from Antiquity to the Renaissance*, Cambridge: Cambridge University Press, 2013; pp. 219-231.

Magdalino, 2013b

Magdalino, Paul: "The Foundation of the Pantokrator Monastery in Its Urban Setting", en S. Kotzabassi (ed.), *The Pantokrator Monastery in Constantinople*. Byzantinisches Archiv, Band 27. Boston/Berlin: Walter de Gruyter, 2013.

BIBLIOGRAFÍA

Magoulias, 1964

Magoulias, Harry J. : “The lives of the Saints as sources of data for the history of byzantine medicine in the sixth and seventh centuries”, en *Byzantinische Zeitschrift* 57 (1964), pp. 127-150.

Maguire, 1996

Maguire, Henry: *The Icons of their Bodies. Saints and their Images in Byzantium*, Princeton: Princeton University Press, 1996.

Maier, 1974

Maier, Franz Georg: *Bizancio*. Col. Historia Universal Siglo XXI. Madrid: Siglo XXI Editores, 1974.

Majno, 1991

Majno, Guido: *The Healing Hand, Man and Wound in the Ancient World*. Cambridge/London: Harvard University Press, 1975.

Mandressi, 2003

Mandressi, Rafael: *Le regard de l'anatomiste. Dissections et invention du corps en Occident*. Paris: Seuil, p. 2003.

Mango 1975

Mango, Cyril: “The Availability of books in the Byzantine Empire, A.D. 750-850”, en C. Mango and I. Ševčenko (eds), *Books and Bookmen in Byzantium*. Washington: Dumbarton Oaks, 1975; pp. 29-45.

LA MEDICINA EN EL PERIODO ICONOCLASTA DE BIZANCIO (717-842)

Mango 1977a

Mango, Cyril: "Historical Introduction", en A. Bryer and J. Herrin (eds.) *Iconoclasm, Papers given at the Ninth Spring Symposium of Byzantine Studies*, University of Birmingham, March 1975. Birmingham: Centre for Byzantine Studies University of Birmingham, 1977; pp. 1-6.

Mango 1977b

Mango, Cyril: "The Liquidation of Iconoclasm and the Patriarch Photios", en A. Bryer and J. Herrin (eds.), *Iconoclasm, Papers given at the Ninth Spring Symposium of Byzantine Studies*, University of Birmingham, March 1975. Birmingham: Centre for Byzantine Studies University of Birmingham, 1977; pp. 133-140.

Mango 1994

Mango, Cyril: "El santo" en G. Cavallo (ed.), *El hombre bizantino*, versión española de P. Bádenas de la Peña, I. Pérez Martín, J.A. Ochoa Anadón y J. L. Aristu, Madrid: Alianza Editorial, 1994; pp. 319-350. (1ª ed. Roma-Bari, 1992).

Mango, 1997

Mango, Cyril: "Introduction", en *The Chronicle of Theophanes Confessor, Byzantine and Near Eastern History, AD 284-813*, edited by C. Mango and R. Scott with the assistance of G. Greatex. Oxford: Oxford Clarendon Press, 1997.

Mango, 1999

Mango, Cyril: "Where at Constantinople was the Monastery of Christos Pantepoptes?", en, *Δελτίον τῆς Χριστιανικῆς Ἀρχαιολογικῆς Ἐταιρείας* 20 (1999), pp. 87-88.

Marganne, 2009

Marganne, Marie Héléne: "Aspects chirurgicaux du Codex de Nicéas dans les affections articulaires", en *Rhumatologie Pratique* 1 octobre 2009, Journées d'Histoire des Maladies des Os et des Articulations, pp. 37-40.

BIBLIOGRAFÍA

Marganne, 2010

Marganne, Marie H el ene: “Le Codex Niketas et la Médecine byzantine”, en M. Bernab o (dir.), *La Collezione di testi chirurgici di Niceta*, Firenze, Biblioteca Medicea Laurenziana, Plut. 74.7. Tradizione medica classica a Bisanzio. Roma: Edizione di Storia e Letteratura, 2010; pp. 47-53.

Markopoulos, 2000

Markopoulos, Athanasios: *Anonymi professoris epistulae*. Corpus Fontium Historiae Byzantinae Vol. 37. Berlin-New York: Walter De Gruyter, 2000.

Markopoulos, 2005

Markopoulos, Athanasios: “Βυζαντινή εκπαίδευση και οικουμενικόντα”, en E. Chrysos (ed.), *Byzantium as Oecumene*. Αθήνα: Εθνικό Ιδρυμα Ερευνών, Ινστιτούτο Βυζαντινών Ερευνών, 2005; pp. 183-200.

Markopoulos, 2006

Markopoulos, Athanasios: “De la Structure de l’école byzantine, le maître, les livres et le processus éducatif”, en B. Mondrain (ed.), *Lire et écrire à Byzance*, Centre de Recherche d’Histoire et Civilisation de Byzance, Monographies 9. Paris: Association des Amis du Centre d’Histoire et Civilisation de Byzance, 2006.

Martínez García, 1990-1991

Mart nes García, Francisco Javier: “La Universidad de Constantinopla en el Renacimiento Macedonio”, en *Erytheia* 11-12 (1990-1991), pp. 77-96.

Mentzou-Meimare, 1982

Mentzou-Meimare, Konstantina: “Επαρχιακά εναγ ή ιδρύματα μέχρι του τέλους της Εικονομαχίας”, en *Byzantina* 11 (1982), pp. 243-308.

LA MEDICINA EN EL PERIODO ICONOCLASTA DE BIZANCIO (717-842)

Mergiali, 1996

Mergiali, Sophia: *L'enseignement et les Lettrés pendant l'époque des Paléologues (1261-1453)*. Athènes: Société des Amis du peuple. Centre d'études byzantines, 1996.

Miller, 1984

Miller, Timothy S.: "Byzantine Hospitals", en *DOP* 38 (1984), Symposium on byzantine medicine, pp. 53-63.

Miller, 1990

Miller, Timothy S.: "The Sampson Hospital of Constantinople", en *Byzantinische Forschungen*, 15 (1990), pp. 101-135.

Miller, 1997

Miller, Timothy S.: *The Birth of the Hospital in the Byzantine Empire*, Baltimore and London: The Johns Hopkins University Press, 1ª ed. 1985 y 2ª ed. (with a new introduction) en 1997.

Miller, 1999

Miller, Timothy S.: "Byzantine physicians and their hospitals", en *Medicina nei Secoli, Arte e Scienza*, 11/2 (1999), pp. 323-335.

Miller, 2003

Miller, Timothy S.: *The Orphans of Byzantium, Child Welfare in the Christian Empire*, Washington: The Catholic University Press, 2003.

Miller, 2013

Miller, Timothy S.: "Hospital Dreams in Byzantium", en S.M. Oberhelman (ed.), *Dreams, Healing, and Medicine in Greece, from Antiquity to the Present*. Farnham/Burlington: Ashgate Publishing Limited, 2013.

BIBLIOGRAFÍA

Moerman, 2002

Moerman, Daniel E.: *Meaning, Medicine, and the "Placebo Effect"*. Cambridge: Cambridge University Press, 2002.

Moffatt, 1977

Moffatt, Ann: "Schooling in the Iconoclast Centuries", en A. Bryer and J. Herrin (eds.), *Iconoclasm, Papers given at the Ninth Spring Symposium of Byzantine Studies* University of Birmingham, March 1975. Birmingham: Centre for Byzantine Studies University of Birmingham, 1977; pp. 85-92.

Moffatt, 1979

Moffatt, Ann: "Early Byzantine school curricula and a liberal education", en *Byzance et les Slaves, Melanges Ivan Dujčev*, Paris: Association des amis des études archéologiques des mondes byzantino-slaves et du christianisme oriental, 1979, pp. 275-288.

Morrison, 2001

Morrison, Cécile: "Survivance de l'économie monétaire à Byzance (VIIe-Ixe siècle)", en E. Kontoura-Galake (ed.), *The dark centuries of Byzantium (7th-9th c.)*, International Symposium 9, Athènes: National Hellenic Research Foundation, 2001; pp. 377-397.

Mortreuil, 1966

Mortreuil, Jean Anselme Bernard: *Histoire du Droit Byzantin ou Droit Romain dans l'Empire d'Orient, depuis la mort de Justinien jusqu'à la prise de Constantinople en 1453*. 3 vols. Osnabrück: Otto Zeller, 1966 (Reimpr. 1^a ed. 1843-1846).

Mounier-Kuhn, 2006

Mounier-Kuhn, Alain: *Chirurgie de guerre. Le cas du Moyen Âge*. Preface du Médecin General des Armées Yves Cudennec. Paris: Economica, 2006.

LA MEDICINA EN EL PERIODO ICONOCLASTA DE BIZANCIO (717-842)

Moulet, 2011

Moulet, Benjamin: *Évêques, pouvoir et société à Byzance (VIIIe-XIe siècle)*, Paris: Publications de la Sorbonne, 2011.

Moulinier-Brogi, 2012

Moulinier-Brogi, Laurence: *L'Uroscopie au Moyen Âge, "Lire dans un verre la nature de l'homme"*, Col. Sciences, techniques et civilisations du Moyen Âge à l'aube des Lumières, 14; Paris, Honoré Champion, 2012.

Nasr, 1976

Nasr, Seyyed Hossein: *Science and Technology in Islam*. London: Science Museum, 1976.

Nemec, 1968

Nemec Jaroslav: "Highlights in medicolegal relations". National Library of Medicine. URL: <http://www.nlm.nih.gov/hmd/pdf/highlights.pdf>.

Neuburger, 1911

Neuburger, Max: *Geschichte der Medizin*, Zwei Bände. Erster Teil, Stuttgart: Ferdinand Enke, 1911.

Niavis, 1987

Niavis, Paulos E. : *The Reign of the Byzantine Emperor Nicephorus I (AD 802-811)*. Historical Monographs 3. Athens: Historical Publications St. D. Basilopoulos, 1987.

Nissen, 1939

Nissen, Theodorus: "Medizin und Magie bei Sophronios", en *Byzantinische Zeitschrift* 39 (1939), pp. 349-381.

BIBLIOGRAFÍA

Noble, 2009

Noble, Thomas F.X.: *Images, Iconoclasm, and the Carolingians*. The Middle Ages Series. Philadelphia: University of Pennsylvania Press, 2009.

Nutton, 1975

Nutton, Vivian: "Museums and medical schools in Classical Antiquity", en *History of Education* 4 (1975), pp. 3-15.

Nutton, 1977

Nutton, Vivian: "Archiatri and the medical profession in Antiquity", en *Papers of the British School at Rome* 45 (1977), pp. 191-226.

Nutton, 1984

Nutton, Vivian: "From Galen to Alexander, aspects of Medicine and medical practice in Late Antiquity", en *DOP* 38, Symposium on Byzantine Medicine, 1984, pp. 1-14.

Nutton, 1986

Nutton, Vivian: "Reseña de la primera edición del libro de Miller" en *Medical History* 30 (1986), pp. 218-221.

Nutton, 2004

Nutton, Vivian: *Ancient Medicine*. Series of Antiquity. London/New York: Routledge, 2004.

Nutton, 2013

Nutton, Vivian: "Byzantine medicine, genres, and the ravages of time", en B. Zipsler (ed.), *Medical books in the Byzantine world*. Quaderni Bolognesi di Filologia Classica. Studi Online 2. Bologna: Eikasmos, 2013; pp. 7-18.

LA MEDICINA EN EL PERIODO ICONOCLASTA DE BIZANCIO (717-842)

Oikonomides, 1972

Oikonomides, Nicolas: *Les Listes de préséance byzantines des IXe et Xe siècles*. Paris: Éditions du Centre National de la Recherche Scientifique, 1972.

Okka/Demirci, 2012

Okka, Berrin and Demirci, Mustafa: "The curriculum and education of medicine after Galen in Alexandria, Egypt", en *Saudi Medicine Journal* 33-9 (2012), pp. 937-941.

Ostrogorsky, 1929

Ostrogorsky, Georg: *Studien zur Geschichte des byzantinischen Bilderstreites*. Historische Untersuchungen 5. Breslau: M. und H. Marcus, 1929.

Ostrogorsky, 1984

Ostrogorsky, Georg: *Historia del estado Bizantino*, trad. Javier Faci, Madrid: Akal, 1984. (1ª ed. en alemán, München, Oskar Beck, 1963).

Papadakis, 1969

Papadakis, Aristeides: "Hagiography in Relation to Iconoclasm", en *Greek Orthodox Theological Review* 14 (1969), pp. 159-180.

Papathanassiou, 1999

Papathanassiou, Maria: "Iatromathematica (medical astrology) in late antiquity and the byzantine period", en *Medicina nei Secoli, Arte e Scienza*, 11/2 (1999), pp. 357-376.

Papathanassiou, 2006

Papathanassiou, Maria: "Sthephanos of Alexandria: A Famous Byzantine Scholar, Alchemist and Astrologer", en P. Magdalino and M. Mavroudi (eds), *The Occult Sciences in Byzantium*. Geneve: La Pomme d'Or, 2006, pp. 163-203.

BIBLIOGRAFÍA

Pauser, 1998

Pauser, Joseph. : “Sektion als strafe”, en N. Stefenelli (ed.), *Körper ohne Leben, Begegnung und Umgang mit Toten*. Wien: Böhlau, 1998; pp. 527-535.

Pérez Martín, 2009

Pérez Martín, Inmaculada: “Al calor del texto antiguo: la lectura de textos matemáticos en Bizancio”, en I. Monteiro Arias, A.B. Muñoz Martínez y F. Villaseñor Sebastian (eds.), *Relegados al margen: Marginalidad y Espacios Marginales en la Cultura Medieval*. Biblioteca de Historia del Arte. Madrid: Consejo Superior de Investigaciones cinéticas, 2009; pp. 55-68.

Persaud, 1984

Persaud, T. V. N.: *Early History of Human Anatomy*. Springfield: Charles C. Thomas, p. 82.

Pieler, 1978

Pieler, Peter: “Byzantinische Rechtsliteratur”, en H. Hunger (ed.), *Die hochsprachliche profane Literatur der Byzantiner*; II. Philologie, Profandichtung, Musik, Mathematik und Astronomie, Naturwissenschaften, Medizin, Kriegswissenschaft, rechtsliteratur. Handbuch der Altermsswissenschaft XII, 5, 1-2. München: Beck, 1978; pp. 341-480.

Pohl, 1905

Pohl, Rudolf: *De Graecorum Medicis Publicis*. Dissertatio inauguralis quam ad summos in Philosophia honores rite impetrandos consensu et auctoritate amplissimi philosophorum ordinis in alma litterarum universitate friderica guilelma berlinensi. Scrsit Rudolfus Pohl. Berolini: Typis expressit Georgius Reimer, 1905

Pormann, 2004

Pormann, Peter E.: *The Oriental tradition of Paul of Aegina's Pragmateia*. Leiden/Boston: Brill, 2004.

LA MEDICINA EN EL PERIODO ICONOCLASTA DE BIZANCIO (717-842)

Prioreschi, 2002

Prioreschi, Plinio: “Al-Kindi, A Precursor of the Scientific Revolution”, en *Journal of the International Society for the History of Islamic Medicine*, 2002, pp. 17-20.

Prinzing, 2009

Prinzing, Günter: “Observations on the Legal Status of Children and the Stages of Childhood in Byzantium”, en Papaconstantinou and A-M. Talbot,(eds.), *Becoming Byzantine, Children and Childhood in Byzantium*. Washington, Dumbarton Oaks Research Library and Collection, 2009.

Rayan, 2014

Rayan, Sobhi: “Analogical reasoning roots in Ibn al-Haytham’s scientific method of research”, en *International Journal of Computational Bioinformatics and in Silico Modeling*, Vol. 3, nº 1, pp. 321-326.

Remy/Faure, 2010

Rémy, Bernard et Faure, Patrice: *Les médecins dans l’Occident romain (Péninsule Ibérique, Bretagne, gaules, Germanies)*, Centre Cluster 13, Col. Scripta Antiqua 27, Bordeaux, Ausonius Éditions, 2010.

Riché, 1962

Riché, Pierre: *Éducation et culture dans l’Occident barbare, VIe-VIIIe siècles*, Patristica Sorbonensia IV; Paris: Ed. de Seuil, 1962.

Rocca, 2008

Rocca, Julius: “Anatomy”, en R. J. Hankinson (ed.), *The Cambridge Companion to Galen*. Cambridge: Cambridge University Press, 2009; pp. 242-262.

BIBLIOGRAFÍA

Rochow, 1991

Rochow, Ilse: *Byzanz im 8. Jahrhundert in der Sicht des Theophanes. Quellenkritisch-historischer Kommentar zu den Jahren 715-813*. Berliner Byzantinistische Arbeiten 57. Berlin: Wiley VCH, 1991.

Rochow, 1994

Rochow, Ilse: *Kaiser Konstantin V (741-775). Materialien zu seinem Leben und Nachleben*. Mit einem prosopographischen Anhang von Claudia Ludwig, Ilse Rochow und Ralph-Johannes Lilie. Berliner Byzantinistische Studien 1. Berlin: Peter Lang EVW, 1994.

Rosenthal, 1975

Rosenthal, Franz: *The Classical Heritage in Islam*, translated from the German by Emile and Jenny Marmorstein, London/New York: Routledge and Kegan Paul, 1975.

Rouan, 1981

Rouan Marie-France: "Une Lecture iconoclaste de la Vie d'Étienne le Jeune", en *TM* 8, Mélanges Paul Lemerle (1981), pp. 415-436.

Salazar, 1998

Salazar, Christine. : "Getting the Point: Paul of Aegina on Arrow Wounds", en *Sudhoffs Archiv* 82 (1998), pp. 170-187.

Samama, 2003

Samama, Évelyne: *Les médecins dans le monde grec, sources épigraphiques sur la naissance d'un corps médical*. Hautes études du monde gréco-romain 31. Genève, Librairie droz, 2003.

LA MEDICINA EN EL PERIODO ICONOCLASTA DE BIZANCIO (717-842)

Sarton, 1927

Sarton, George: *Introduction to the History of Science*, Vol. I (From Homer to Omar Khayyan). Baltimore: Williams and Wilkins, 1927.

Savage-Schmith, 1995

Savage-Schmith, Emile: "Attitudes toward dissection in medieval Islam", en *Journal of the History of Medicine and Allied Sciences* 50/1 (1995), pp. 67-110.

Scarborough, 1984a

Scarborough, John: "Symposium on Byzantine Medicine, introduction", en *DOP* 38 (1984), Symposium on Byzantine Medicine, pp. ix-xvi.

Scarborough, 1984b

Scarborough, John: "Early Byzantine Pharmacology", en *DOP* 38 (1984), Symposium on Byzantine Medicine, pp. 213-232.

Schaff, 1982

Schaff, Adam: *Historia y Verdad. Ensayo sobre la objetividad del conocimiento histórico*. Trad. Ignasi Vidal Sanfeliu. Barcelona/Buenos Aires/ Mexico, 1982. (1ª ed. 1971, *Geschichte und Wahrheit*).

Schlumberger, 1884

Schlumberger, Gustave: *Sigillographie de l'empire byzantine*, Paris: Ernest Leroux, 1884.

Schlunk/Berenger, 1957

Schlunk, Helmut y Berenger, Magín: *La pintura mural asturiana de los siglos IX y X*. Oviedo: Instituto de Estudios Asturianos, 1957.

BIBLIOGRAFÍA

Schwarzlose, 1890

Schwarzlose, Karl: *Der Bilderstreit, Ein Kampf der griechischen Kirche um ihre Eigenart und ihre Freiheit*. Gotha: Perthes, 1890.

Searby, 2008

Searby, Denis: “A collection of mathematical problems in COD. UPS. GR. 8”, en *Byzantinische Zeitschrift* 96 (2008), pp. 689-702.

Ševčenko, 1977

Ševčenko, Ihor: “Hagiography of the Iconoclast Period”, en A. Bryer and J. Herrin (eds.), *Iconoclasm, Papers given at the Ninth Spring Symposium of Byzantine Studies* University of Birmingham, March 1975. Birmingham: Centre for Byzantine Studies University of Birmingham, 1977; pp. 113-140.

Ševčenko, 1998

Ševčenko, Ihor: “The title and preface to Theophanes Continuatus”, en *Bollettino della Badia Greca di Grottaferrata* 52 (Όπώρα. Studi in onore di mgr Paul Canart per il LXX compleanno), pp. 77-93.

Sharf, 1971

Sharf, Andrew: *Byzantine Jewry from Justinian to the Fourth Crusade*, The Littman Library of Jewish Civilization, New York: Schocken Books, 1971.

Shepard, 2008

Shepard, Jonathan: “Periodisation and the contents of this boook”, en J. Shepard (ed.), *The Cambridge History of the Byzantine Empire, c. 500-1492*. Cambridge: Cambridge University Press, 2008.

LA MEDICINA EN EL PERIODO ICONOCLASTA DE BIZANCIO (717-842)

Signes Codoñer, 1989

Signes Codoñer, Juan: “Algunas consideraciones sobre la autoría del Theophanes Continuatus”, en *Erytheia* 10.1 (1989), pp. 17-28.

Signes Codoñer, 1995

Signes Codoñer, Juan: *El periodo del segundo iconoclasmo en Theophanes Continuatus. Análisis y comentario de los tres primeros libros de la crónica*. Amsterdam: Hakkert, 1995.

Signes Codoñer, 1998

Signes Codoñer, Juan: “La visión del cuerpo humano en Bizancio”, en A. Pérez Jimenez y G. Cruz Andreotti (eds.), *Unidad y pluralidad del Cuerpo Humano. La Anatomía en las culturas mediterráneas*. Madrid: Ed. Clásicas, 1998; pp. 169-230.

Signes Codoñer, 2003

Signes Codoñer, Juan: “Ciencia y técnica en Bizancio”, en *Ciencia y Cultura en la Edad Media*, Actas VIII y X, Tenerife, Orotava: Fundación Canaria Orotava de historia de la Ciencia, 2003, pp. 215-252.

Signes Codoñer, 2005

Signes Codoñer, Juan: “El primer renacimiento bizantino”, en J. Signes Codoñer, B. Antón Martínez, P. Conde Parrado, M.A. González Manjarrés y J. A. Izquierdo Izquierdo (eds.), *Antiquae lectiones. El legado clásico desde la Antigüedad hasta la revolución Francesa*, Madrid, Cátedra (Anaya), 2005, pp. 210-215.

Signes Codoñer, 2012

Signes Codoñer, Juan: “Leer a los clásicos en el Renacimiento, Reading the Classics in the Byzantine Renaissance”, en *Minerva* 25 (2012), pp. 251-256.

BIBLIOGRAFÍA

Simón Palmer, 1999

Simón Palmer, José: “Los santos locos en la literatura bizantina”, en *Erytheia* 20 (1999), pp. 57-74.

Singer/Underwood, 1962

Singer, Charles Joseph and Underwood, Edgar Ashworth: *A Short History of Medicine*. New York: Oxford University Press, 1962.

Sonderkamp, 1984

Sonderkam, Joseph A. M.: “Theophanes Nonnus: Medicine in the circle of Constantine Porphyrogenitus”, en *DOP* 38, Symposium on Byzantine Medicine, 1984, pp. 29-42.

Soto Chica, 2012

Soto Chica, José: Bizantinos, *Sasánidas y Musulmanes. El fin del Mundo Antiguo y el Inicio de la Edad Media en Oriente. 565-642*. Tesis Doctoral Universidad de Granada. Dra. E. Motos Guirao. Granada: Editorial Universidad de Granada, 2012.

Speck, 1974

Speck, Paul: *Die Kaiserliche Universität von Konstantinopel*, Präzisierungen zur Frage des höheren Schulwesens in Byzanz im 9. Und 10. Jahrhundert. Byzantinisches Archiv, heft 14. München: C.H. Beck'sche Verlagsbuchhandlung (Oskar Beck), 1974.

Speck, 1978

Speck, Paul: *Kaiser Konstantin VI. Die Legitimation einer Fremden und der Versuch einer eigenen Herrschaft*. Quellenkritische Darstellung von 25 Jahren byzantinischer Geschichte nach dem ersten Ikonoklasmus, 2 Bde. I. Untersuchung. II. Anmerkungen und register. München: Wilhelm Fink, 1978.

LA MEDICINA EN EL PERIODO ICONOCLASTA DE BIZANCIO (717-842)

Speck, 1981

Speck, Paul: *Artabasdos. Der rechtgläubige Vorkämpfer der göttlichen Lehren. Untersuchungen zur Revote des Artabasdos und ihrer Darstellung in der byzantinischen Historiographie*. Poikila Byzantina 2. Bonn 1981.

Speck, 1986a

Speck, Paul: “Die Ursprünge der byzantinischen Renaissance”, en *The 17th International Byzantine Congress, Major Papers*. New Rochelle/New York: Aristide D. Caratzas, 1986, pp. 555-576.

Speck, 1986b

Speck, Paul: “Klassizismus im achten Jahrhundert? Die Homilie des Patriarchen Germanus über die Rettung Konstantinopels”, en *REB* 44 (1986), pp. 209-227.

Speck, 1987

Speck, Paul: “Weitere Überlegungen und Untersuchungen über die Ursprünge der byzantinischen Renaissance mit einem Nachtrag: Das Trierer Elfenbein und andere Unklarheiten”, en *Varia II (Ποικίλα Βυζαντινά 6)*. Bonn, 1987, pp. 253-283.

Speck, 2002

Speck, Paul: *Kaiser Leon III; die Geschichtswerke des Nikephorus und des Theophanes und der Liber Pontificalis: eine quellenkritische Untersuchung*. (Ποικίλα Βυζαντινά 20). Bonn: Habelt, 2002.

Speranzi, 2010

Speranzi, David: “Note codicologiche e paleografiche”, M. Bernabò (dir.), *La Collezione di testi chirurgici di Niceta*, Firenze, Biblioteca Medicea laurenziana, Plut. 74.7. Tradizione medica classica a Bisanzio. Roma: Edizione di Storia e Letteratura, 2010; pp. 13-35.

BIBLIOGRAFÍA

Stathakopoulos, 2004

Stathakopoulos, Dionisysios Ch.: *Famine and Pestilence in the Late Roman and Early Byzantine Empire. A systematic Survey of Subsistence Crises and Epidemics*. Birmingham Byzantine and Ottoman Monographs, Volume 9. Aldershot/Burlington: Ashgate, 2004.

Štrkalj/Chorn, 2008

Štrkalj, Goran and Chorn David: “Herophilus of Chalcedon and the practice of dissection in Hellenistic Alexandria: history of medicine: SAMJ forum”, en *South African Medical Journal* 98/2 (2008), pp. 86-89.

Strohmaier, 1995

Strohmaier, Gotthard: “Réception et tradition: la médecine dans le monde byzantine et arabe”, en M.D. Grmek et B. Fantini (eds.), *Histoire de la pensée médicale en Occident: Antiquité et Moyen Âge*, Vol. 1. Paris: Le Seuil, 1995; pp. 123-149.

Stuloff, 1988

Stuloff N.: “Mathematik in Byzanz”, en *Kurt Vögel in memoriam. Vier Vorträge von W. Kaunzner, H. Gericke, K. Reich und N. Stuloff*, München: Institut für Geschichte der Naturwissenschaften, 1988; pp. 39-60.

Sullivan, 2003

Sullivan, Denis: “A Byzantine Instructional Manual on Siege Defense: The Obsidione Toleranda. Introduction, English Translation and Annotations”, en J.W. Nesbitt (ed.), *Byzantine Authors: Literary Activities and Preoccupations, Texts and Translations dedicated to the Memory of Nicolas Oikonomides*. Leiden/Boston: Brill, 2003; pp. 139-266.

Tabanelli, 1964

Tabanelli, Mario: *Studi sulla chirurgia bizantina. Paolo di Egina*. Biblioteca di Storia della Scienza. Florence: Olschki, 1964.

LA MEDICINA EN EL PERIODO ICONOCLASTA DE BIZANCIO (717-842)

Talbot, 1998

Talbot, Alice-Mary (ed): *Byzantine defenders of Images, Eight Saint's lives in English Translation*, Washington, Dumbarton Oaks, 1998.

Teja, 2008

Teja, Ramón: “De Menute a Abukir. La suplantación cristiana de los ritos de la incubatio en el templo de Isis en Menute (Alejandría)”, en *Revista de Ciencias de la Religión* 18 (2007), pp. 99-114.

Teja, 2008

Teja, Ramón: “Cultos y ritos terapéuticos cristianos en la hagiografía de Oriente (siglos IV-VI)”, en *Cristo e asclepio, Culti terapeutici e taumaturgici nel mondo mediterraneo antico fra cristiani e pagani*. Atti del convegno Internazionale Accademia di Studi Mediterranei, Agrigento 20-21 novembre 2006, a cura di E. Dal Covolo e G. S. Gasparro. Roma: Librería Ateneso Salesiano, 2008.

Temkin, 1961

Temkin, Owsei: “The Byzantine Origin of the Names for the Basilic and Cephalic Veins”, en *XVIIIe Congrès International d'Histoire de la Médecine*, Vol. 1, Communications, Athens, 1961; pp. 336-339.

Temkin, 1962

Temkin, Owsei: “Byzantine Medicine: Tradition and Empirism”, en *DOP* 16 (1962), pp. 97-115.

Tihon, 1988

Tihon, Anne: “Enseignement scientifique à Byzance”, en *Organon* 24 (1988), pp. 89-108).

BIBLIOGRAFÍA

Topolsky, 1985

Topolsky, Jerzy: *Metodología de la Historia*. Madrid: Catedra, 1985 (original Metodologia historii, Warszawa, Wydawnictwo Naukowe, 1973).

Tougaard, 1891

Tougaard, Albert: *La persécution iconoclaste d'après la correspondance de saint Théodore Studite*. Paris: Librairie Victor Lecoffre, 1891.

Touwaide, 2007

Touwaide, Alain: "Byzantine Hospital Manuals (Iatrosophia) as a source for the Study of Therapeutics", en B.S. Bowers (ed.), *The Medieval Hospital and Medical Practice* (AVISTA Studies in the History of Medieval Technology, Science and Art, vol. 3). Aldershot: Ashgate, 2007; pp. 147-173.

Treadgold, 1982

Treadgold, Warren: "The Unpublished Saint's Life of the Empress Irene", en *BF 7* (1982), pp. 237-251.

Treadgold, 1988

Treadgold, Warren: *The Byzantine Revival (780-842)*, Stanford: Stanford University Press, 1988.

Treadgold, 2001

Treadgold, Warren: *Breve historia de Bizancio*. Barcelona/Buenos Aires/ Méjico: Paidós, 2001. (1º ed. en inglés, New York, Palgrave, 2001).

LA MEDICINA EN EL PERIODO ICONOCLASTA DE BIZANCIO (717-842)

Trilling, 1997

Trilling, James: "Daedalus and the Nightingale: Art and Technology in the Myth of the Byzantine Court", en H. Maguire (ed.), *Byzantine Court Culture from 829 to 1204*. Washington: Dumbarton Okas, 1997; pp. 217-230.

Tsamakda, 2002

Tsamakda, Vasiliki: *The Illustrated Chronicle of Ioannes Skylitzes in Madrid*, With 604 Illustrations. Leiden: Alexandros Press, 2002.

Van den Ven, 1955-1957

Van den Ven, Paul: "La patristique et l'hagiographie au concile de Nicée de 787", en *Byzantion* 25-27, 1955-1957, pp. 325-362.

Varona Codeso, 2009

Varona Codeso, Patricia: *Miguel III (842-867), construcción histórica y literaria de un reinado*. Col. Nueva Roma 33, Madrid: Consejo Superior de Investigaciones Científicas, 2009.

Vasiliev, 1956

Vasiliev, Alexander Alexandrovich: "The Iconoclastic edict of the caliph Yazid II. A. D. 721", en *DOP* 9-10 (1956), pp. 25-47.

Vilar, 2013

Vilar, Pierre: *Iniciación al vocabulario del análisis histórico*. Trad. M. Dolors Folch, Barcelona: Planeta, 2013 (1ª ed. en francés, París, 1980).

Von Staden, 1992

Von Staden, Heinrich: "The discovery of the body: human dissection and its cultural contexts in Ancient Greece", en *Yale Journal of Biology and Medicine* 65 (1992), pp. 223-241.

BIBLIOGRAFÍA

Vössing, 2008

Vössing, Konrad: “Augustinus und Martianus Capella, ein Diskurs im Spätantiken Karthago?”, en T. Fuhrer (ed.), *Die christlich-philosophischen Diskurse der Spätantike: Texte, Personen, Institutionen*. Akten der Tagung vom 22-25 Februar 2006 am Zentrum für Antike und Moderne der Albert-Ludwigs-Universität Freiburg. Philosophie der Antike, Bd. 28. Stuttgart: Franz Steiner Verlag, 2008; pp. 381-404.

Walsh, 1908

Walsh, James J.: *The Popes and Science. The History of the Papal relations to Science during the Middle Ages and down to our own time*. New York: Fordham University Press, 1908.

Wallis, 2000

Wallis, Faith: “Inventing diagnosis: Theophilus’ De urinis in the Classroom”, en *Dynamis, Acta Hispánica ad Medicinae Scientiarumque Historiam Illustrandam* 20 (2000), pp. 31-73.

Watts, 2009

Watts, Edward: “The Enduring Legacy of the Iatrosophist Gessius”, en *Greek, Roman, and Byzantine Studies* 49 (2009), pp. 113-133.

Whittow, 1996

Whittow, Mark: *The Making of Byzantium, 600-1025*. Berkeley: University of California Press, 1996.

Wilson, 1994

Wilson, Nigel G.: *Filólogos bizantinos. Vida intelectual y educación en Bizancio*. Madrid: Alianza Editorial, 1994 (original *Scholars of Byzantium*, 1983).

LA MEDICINA EN EL PERIODO ICONOCLASTA DE BIZANCIO (717-842)

Westerink, 1986

Westerink, Lennert G.: "Leo the Philosopher: Job and the Other Poems", en *Illinois Classical Studies* 11, 1/2 (1986), Problems of Greek Philosophy (Spring/Fall), pp. 193-222.

Wolford, 2012

Wolford, Tyler: *Healing on the Fourth Hill: Searching for the Pantocrator Monastery*, Honors Thesis (HONRS 499), Thesis Advisor Christine Shea, Muncie, Indiana, ball State University, 2012.

Wolska-Conus, 1970

Wolska-Conus, Wanda: "De quibusdam Ignatiis", en *TM* 4, 1970, pp. 329-360.

Wolska-Conus, 1989

Wolska-Conus, Wanda: "Stephanos d'Athènes et Stephanos d'Alexandrie: Essai d'identification et de biographie", en *REB* 47 (1989), pp. 5-89.

Wolska-Conus, 1992

Wolska-Conus, Wanda: "Les commentaires de Stephanos d'Athènes al Prognostikon et aux Aphorismes d'Hippocrate: de Galien à la pratique scolaire alexandrine", en *REB* 50 (1992), pp. 5-86.

Wolska-Conus, 1994

Wolska-Conus, Wanda: "Stephanos d'Athènes (d'Alexandrie) et Théophile le Prôtospathaire, commentateurs des Aphorismes d'Hippocrate, sont-ils indépendants l'un de l'autre?", en *REB* 52 (1994), pp. 5-68.

Wolska-Conus, 1996

Wolska-Conus, Wanda: "Sources des commentaires de Stéphanos d'Athènes et de Théophile le Prôtospathaire aux Aphorismes d'Hippocrate", en *REB* 54 (1996), pp. 5-66.

BIBLIOGRAFÍA

Wortley, 1982

Wortley, John: "Iconoclasm and leipsanoclasm: Leo III, Constantine V and the relics", en *Byzantinische Forschungen* 8 (1982), pp. 253-279.

Wright, 1985

Wright, David H.: "The Date of the Vatican Illuminated Handy Tables of Ptolemy and its Early Additions", en *Byzantinische Zeitschrift* 78 (1985), pp. 355-362.

Yannopoulos, 1975

Yannopoulos, Panayotis: *La Société Profane dans l'Empire Byzantin des VIIe, VIIIe et IXe siècles*. Université de Louvain, Recueil de Travaux d'Histoire et de Philologie 6e Série, fascicule 6. Louvain: Bureau du Recueil Bibliothèque de l'université et Publications Universitaires de Louvain, 1975.

Yannopoulos, 1997

Yannopoulos, Panayotis: "Aux Origines de l'iconoclasme: une affaire doctrinale ou une affaire politique", en Kristoffel Demoen et Jeannine Vereecken, (ed.), *La Spiritualité de l'Univers byzantin dans le Verbe et l'Image, Hommages offerts à Edmond Voordeckers à l'occasion de son éméritat*. Instrumenta Patristica XXX. Steenbrugis, in Abbatia S. Petri. Brepols Publishers, turnhut, 1997; pp. 371-384.

Yébenes Escardó, 2009

Yébenes Escardó, Zenia: "Políticas de la (in)visibilidad. Lectura anacrónica y dialéctica de la controversia bizantina", en *Revista Observaciones Filosóficas* 8 (2009). www.observacionesfilosoficas.net/politicadelainvisibleidad.htm

Zuckerman, 2005

Zuckerman, Constantin: "Learning from the Enemy and More: Studies in Dark Centuries Byzantium", en *Millenium* (Yearbook of the Culture and History of the First Millenium) 2 (2005), pp. 79-136.

Χρυσογραφοῦσι Χριστὸν οἱ θεηγόροι
ῥήσει προφητῶν μὴ βλέποντες.
Ἰωάννης Ζ' Γραμματικὸς

